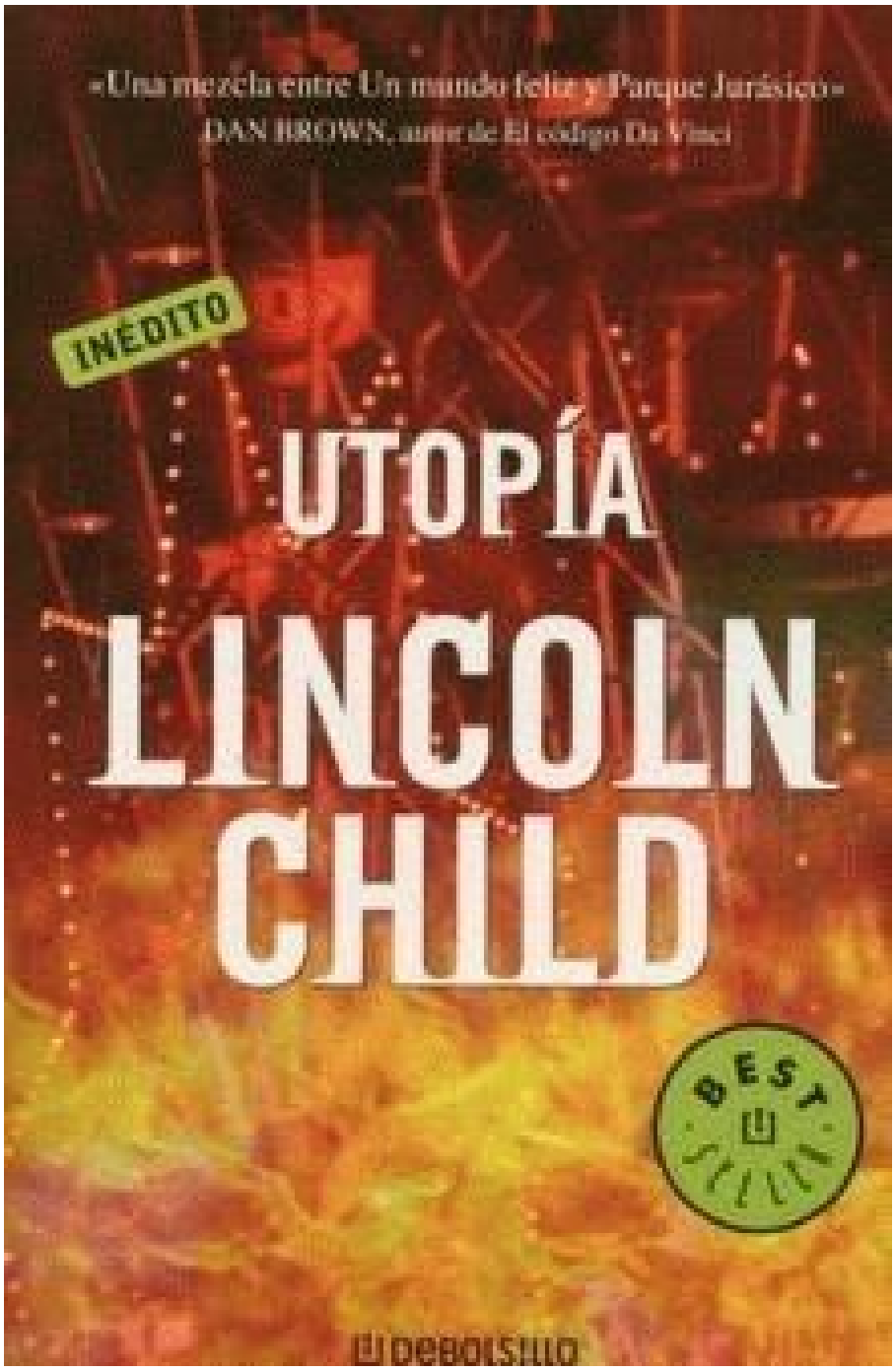
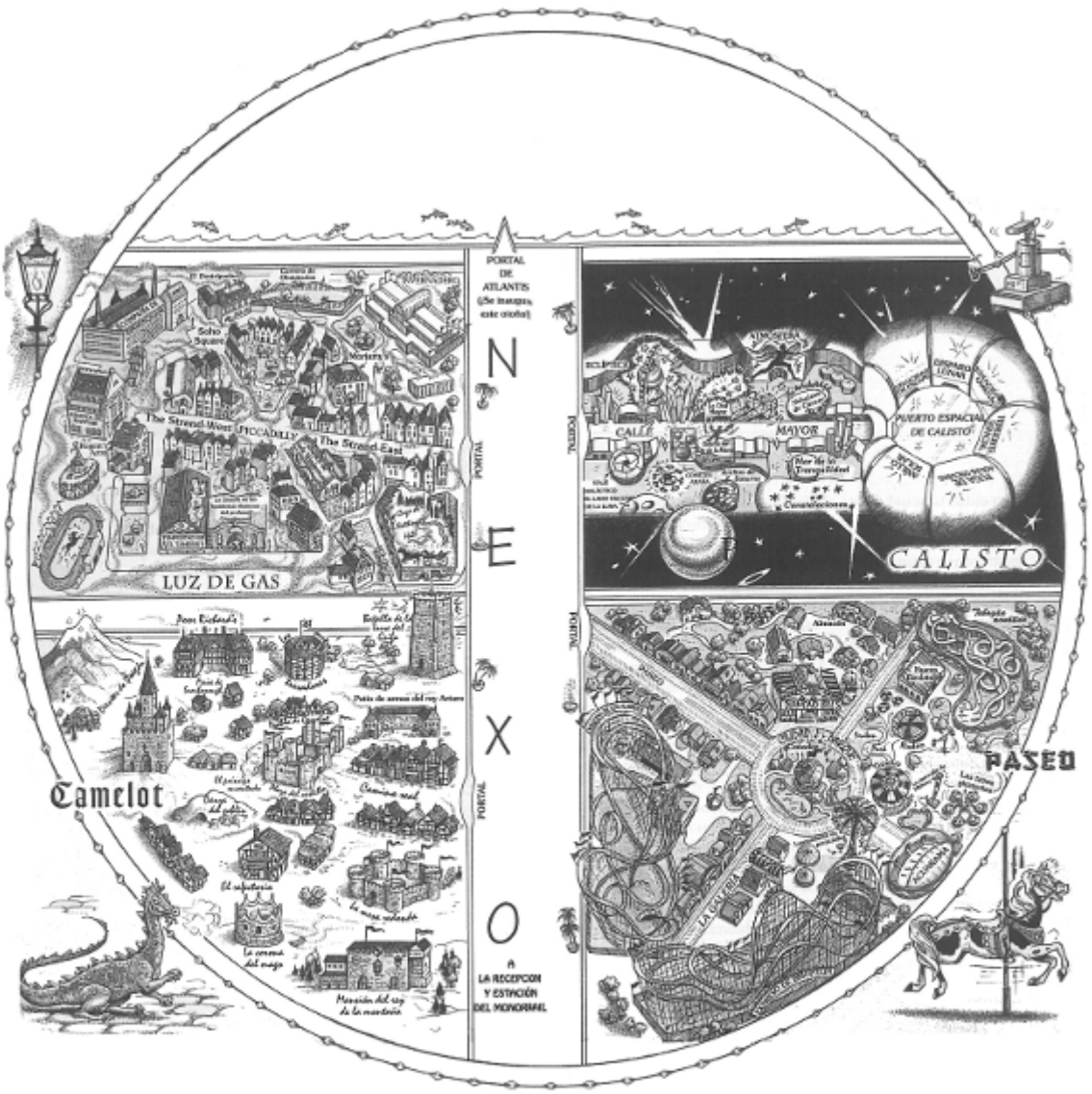

«Una mezcla entre Un mundo feliz y Parque Jurásico»
DAN BROWN, autor de El código Da Vinci
INÉDITO
UTOPÍA
LINCOLN
CHILD
BEST
U
DEBOLSILLO




# UTOPÍA

## LINCOLN CHILD

**Lincoln Child**

**UTOPÍA**

*Para mi hija, Verónica.*

## AGRADECIMIENTOS

Muchas personas ayudaron a convertir este libro en una realidad. Mi primo, Greg Tear, participó casi desde el principio, y demostró ser una fuente de ideas y un crítico incansable. Eric Simonoff, mi agente en Janklow amp; Nesbit, realizó la heroica tarea de leer (y, bendito sea, releer) el manuscrito y ofrecer unas críticas vitales. Betsy Mitchell, además de darme todo su apoyo, resultó ser una perspicaz lectora, y la novela es mucho mejor gracias a los aportes de ella y sus socios. Matthew Snider, de Creative Artists Agency, demostró de nuevo ser el más listo de la Costa Oeste.

Quiero dar las gracias a mi editor en Doubleday, Jason Kaufman, por su entusiasmo y valiosa ayuda con el manuscrito. También al agente especial Douglas Margini, por su asesoramiento en el tema de las armas y los procedimientos de los agentes de la ley. Un agradecimiento muy especial a mi compinche y compañero escritor, Douglas Preston, por su inmensa ayuda y por alentarme a escribir este libro a solas. En las siete novelas que hemos escrito juntos ha demostrado ser un compañero leal y un gran amigo, y espero con entusiasmo nuestras siguientes siete colaboraciones. Doug, mil gracias.

También hay otros cuyas contribuciones, grandes o pequeñas, se merecen un agradecimiento: Bob Wincott, Lee Suckno, Pat Allocco, Tony Trischka, Stan Wood, Bob Przybylski, sin duda hay más que he omitido, y a todos ellos mis más sinceras disculpas.

Quiero dar las gracias a los numerosos miembros del boletín online de Preston-Child; nunca olvidaré su entusiasmo y dedicación.

Por último, quiero dar las gracias a las tres mujeres de mi vida -mi madre, Nancy; mi esposa, Luchie; y mi hija, Verónica- por hacer posible este libro.

No es necesario decir que Utopía, el personal y los visitantes son absolutamente imaginarios. Las referencias a personas, lugares y cosas externas al parque son ficticias o utilizadas ficticiamente.

**utopía** f. 1. *Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación, 2. Un lugar o ubicación ideal, frecuentemente imaginario.*

## PROLOGO

Era el último triunfo, y Corey lo sabía. No solo había conseguido la camiseta de Jack el Destripador -aquella que su madre había jurado durante tres meses que nunca le compraría- sino que ahora toda la familia se disponía a participar en la Caza de Notting Hill. Todos sabían que era el viaje más alucinante, no solo en Luz de Gas sino en todo el parque. Dos de sus compañeros de clase habían estado allí el mes pasado durante las vacaciones, y a ninguno de los dos le habían permitido subir. Pero Corey estaba decidido. Había visto que sus padres también mostraban entusiasmo a pesar de sí mismos, tal como él había sabido que ocurriría. Después de todo, aquel era el mejor parque temático del mundo entero, y el más nuevo. Una tras otra, habían caído las pequeñas reglas familiares, hasta que al final él había ido por el Gran Kahuna. Media hora de lloriqueos había conseguido acabar con las resistencias. Ahora, a medida que la cola se hacía cada vez más corta, Corey tenía claro que se había salido con la suya.

Incluso desde esa distancia, veía que el viaje era realmente fantástico. Se encontraban en un sinuoso callejón con viejas casonas a ambos lados, y soplaba una muy ligera brisa que olía a moho. ¿Cómo lo harán?, se preguntó. Las farolas de gas estaban encendidas. Había bruma, por supuesto, como en todo el resto de Luz de Gas. Ahora ya alcanzaba a ver la plataforma de embarque. Dos mujeres con largos vestidos oscuros y unos sombreros ridículos ayudaban a un grupo a sentarse en una vagoneta con grandes ruedas de madera. Las mujeres cerraron las puertas y se apartaron. El vehículo se puso en marcha y desapareció debajo de un alero mientras aparecía otra vagoneta vacía que se detuvo delante de la plataforma. Subió otro grupo, la vagoneta desapareció de la vista, y una tercera vagoneta ocupó su lugar. Había llegado su turno.

Pasó cierta angustia cuando pensó que quizá era demasiado bajo para el viaje; pero, con un tremendo esfuerzo para erguirse al máximo, Corey consiguió que la frente le quedara por encima del listón de altura mínima. Se estremeció de emoción cuando una de las mujeres los acompañó hasta la vagoneta. Se lanzó como un rayo al asiento delantero y se sentó, muy decidido. Su padre frunció el entrecejo.

- ¿Estás seguro de que quieres sentarte allí, Capitán?

Corey asintió vigorosamente. Después de todo, esto era lo que hacía que el viaje fuera espeluznante. Los asientos estaban encarados, lo cual significaba que los dos sentados adelante viajarían de espaldas.

- No me gusta -gimoteó su hermana, mientras se sentaba a su lado. Él la hizo callar con un brutal codazo. ¿Por qué no tenía un hermano mayor, como tenía Roger Prescott? A él le había tocado una hermana quejica que leía libros de caballos y creía que los videojuegos eran espantosos.

- Por favor, no saquen en ningún momentos los brazos y las piernas fuera del birlocho -les advirtió la mujer con aquel extraño acento que Corey suponía que era inglés. No sabía qué era un birlocho, pero no le importaba. Estaba a punto de viajar en el Notting Hill, y ahora nadie podía detenerlo.

La mujer cerró la puerta, y la barra de seguridad bajó automáticamente por delante del pecho de Corey. La vagoneta se sacudió; su hermana chilló, asustada. Corey resopló.

En cuanto avanzaron, asomó la cabeza por un costado, y miró primero arriba, después abajo. Su madre se apresuró a reñirlo, pero no antes de que él viera que la vagoneta

estaba colocada en algo parecido a una cinta transportadora, muy bien disimulada y casi invisible en la penumbra, y que las ruedas solo giraban para aparentar. No tenía importancia. La vagoneta avanzó en la oscuridad, mientras aumentaba el estruendo de los cascos de los caballos al galope. Corey contuvo el aliento, incapaz de reprimir la sonrisa de entusiasmo cuando notó que la vagoneta comenzaba a subir bruscamente. Ahora, en la oscuridad, vio la vaga silueta de una ciudad que se extendía a su alrededor: un millar de tejados, las luces y el humo en el aire nocturno, y, más lejos, un torre fantástica. Ni se dio cuenta de la pequeña cámara de rayos infrarrojos oculta en la ventana superior.

Quince metros más abajo, Allan Presley miraba aburrido el monitor, mientras el chico de la camiseta de Jack el Destripador subía en la vagoneta Alfa. La camiseta había sido el éxito de ventas en Luz de Gas durante los últimos cuatro meses, pese a que se vendían a veintinueve dólares. Era sorprendente ver cómo se abrían las carteras cuando la gente venía aquí. Y, hablando de cosas abiertas, el chico abría la boca como una caricatura: movía la cabeza de aquí para allá y dejaba un rastro verdoso en el monitor de infrarrojos a medida que la vagoneta subía por encima de los tejados del Londres victoria- no. Por supuesto, el chico no se daba cuenta de que subía por una pantalla cilíndrica que mostraba la imagen digital transmitida por dos docenas de proyectores a las luces de fibra óptica del paisaje urbano. Era una ilusión, por supuesto. En Utopía, la ilusión lo era todo.

La mirada de Presley se fijó por unos segundos en la chica sentada junto al chico. Demasiado oven para tener algún interés. Además, los acompañaban los padres. Exhaló un suspiro.

En la mayoría de los entretenimientos más espectaculares había cámaras estratégicamente situadas al final de las espeluznantes bajadas que fotografiaban los rostros de los viajeros. Por cinco dólares uno se podía comprar en la salida su foto, donde aparecía sonriendo como un loco o aterrado. Pero se había convertido en una tradición clandestina entre las muchachas más atrevidas enseñar los pechos a la cámara. Por su- puesto, las fotos nunca llegaban al público. Pero los empleados disfrutaban de lo lindo. Incluso se habían inventado una palabra para el caso: tetamen. Presley sacudió la cabeza. Los que trabajan en el tobogán acuático gigante del Paseo conseguían entre doce y quince fotos todos los días. Aquí en Luz de Gas era mucho menos común, sobre todo tan temprano.

Con otro suspiro, dejó a un lado las *Geórgicas* de Virgilio y echó un rápido vistazo al resto de los treinta y seis monitores instalados en la sala de control. Todo estaba tranquilo, como siempre. Para los niveles de Utopía, la Caza era una montaña rusa de baja tecnología, pero así y todo era casi automático. El único cambio en la rutina que disfrutaba Presley era cuando algún idiota se bajaba de la vagoneta en mitad del viaje. Pero también eso estaba previsto: Se activaban los sensores a lo largo de la cinta transportadora; él avisaba al operador de la torre que detuviera el viaje, y después enviaba a los de seguridad para que escoltaran al tipo fuera del parque.

Presley miró de nuevo la cámara 4. El chico se encontraba ahora en la cúspide de la primera subida. Dentro de un segundo, la poca luz que quedaba desaparecería, la vagoneta se inclinaría y se lanzaría por la primera caída; aquí comenzaba la diversión. Advirtió que estaba atento al entusiasmo reflejado en el pequeño rostro -visíble incluso en la fantasmal imagen de los infrarrojos- e intentó recordar la primera vez que había hecho el recorrido. A pesar de los miles de viajes que hacía por trabajo, solo había una palabra para describirlo: mágico. Sonó el altavoz.

- Hola, Elvis.

No respondió. En Estados Unidos, ser un varón blanco y llamarse Presley tenía una carga inevitable. Era como apellidarse Hitler, o quizá Cristo, siempre y cuando alguien tuviera las pelotas de…

- ¿Elvis, me recibes? Reconoció la voz nasal de Cale, que llamaba desde la Carrera de Obstáculos.

- Sí, sí -respondió Presley.

- ¿Alguna diversión por allí?

- No. Un muermo.

- Aquí también. Bueno, casi. Esta mañana tuvimos a cinco vomitando, uno tras otro. Tendrías que haberlo visto: cuando bajaron, esto parecía una zona de guerra. Tuvieron que cerrar durante diez minutos para que entrara el equipo de limpieza.

- Fascinante.

Se escuchó una profunda sacudida en la sala de control cuando una de las vagonetas bajó por la última caída vertical que ponía fin al recorrido. La mirada de Presley se dirigió automáticamente a los monitores mientras la vagoneta avanzaba hacia la plataforma de descarga. Rostros mareados y felices.

- Avísame si tienes algo bueno -prosiguió Cale-. Uno de los comisarios me dijo que esta noche esperan a un grupo de chicas estudiantes. Quizá me dé una vuelta cuando acabe el turno.

Una luz roja se encendió en el panel de circuitos que tenía delante.

- Te dejo -dijo Presley. Apretó un botón para comunicarse con el operador de la torre-. Tengo un fallo de freno en la Vuelta Omega.

- Sí, lo veo -respondió el operador-. ¿Dónde están los mecánicos?

- Haciendo trabajos de lubricación en el Estanque de los Fantasmas.

- Vale. Llamaré al taller.

- Recibido.

Presley se reclinó en la silla y miró los monitores una vez más. Los testigos de emergencia se encendían continuamente. Los viajes tenían tantos sistemas de seguridad que nunca había motivos para preocuparse de verdad. De todas maneras, la mayoría no eran más que falsas alarmas. El mayor peligro lo corrían los mecánicos, que tenían que mantener la cabeza y las manos bien apartadas de las vagonetas cuando había que hacer alguna reparación sin detenerlas.

Corey se aferraba con desesperación a la barra de seguridad al tiempo que gritaba a voz en cuello. Sentía la gravedad que le aplastaba el pecho, le tiraba implacablemente de las axilas, e intentaba arrancarlo del asiento. En lo más alto de la montaña -así por lo menos decía el guión-, una aparición fantasmal había espantado a sus caballos imaginarios, y ahora la vagoneta corría enloquecida. Se hallaba inmerso en un caos sonoro: el traqueteo de la vagoneta, los relinchos de los caballos aterrados y, por encima de todo esto, el agudo, constante y gratificante alarido de su hermana. Estaba pasando el mejor momento de su vida.

Ahora atravesaban a toda velocidad una serie de decorados sorprendentemente reales mientras bajaban por la pedregosa colina: un lago desierto, espectral; un laberinto de callejuelas oscuras; una zona de muelles ruinosos y veleros siniestros. La vagoneta dio un

brinco, luego otro, con una fuerza descomunal. Corey se sujetó con todas sus fuerzas, porque había escuchado rumores de lo que le esperaba al final del camino: la vagoneta volaría por encima de la ladera y caería al vacío en la más total oscuridad.

- Estoy en el freno noventa y uno. Todo en orden. Eh, Dave, ¿sabes por qué, en la revisión, el médico te dice que vuelvas la cabeza cuando te revisa el miembro?

- No.

Presley escuchaba la charla de los mecánicos en la radio, sin apenas prestar atención. Miró los monitores, y después volvió a centrarse en la lectura de las *Geórgicas*. Había estudiado literatura clásica en la Universidad de Berkeley, siempre con la intención de ir a la escuela universitaria de graduados, pero ahora mismo era incapaz de hacer el esfuerzo de abandonar Utopía y volver a los estudios. Tal como estaban las cosas, probablemente era la única persona en todo el estado de Nevada que hablaba latín. Una vez había intentado usarlo para ligar. No había funcionado.

- Verás, alguien me lo explicó. Los doctores no quieren que les escupas en la cara cuanto toses.

- Caray. ¿Por eso? Yo siempre creí que debía de haber alguna razón anatómica, porque… Eh, diablos, el freno noventa y cuatro está fundido.

Presley se irguió en la silla. Ahora escuchaba con atención.

- ¿Cómo que está fundido? No es una maldita bombilla.

- Te lo acabo de decir. Humea, huele a rayos. Ha tenido que ser una sobrecarga. Nunca lo había visto antes, ni siquiera en el simulador. Parece que el freno noventa y cinco también esta fundido.

Presley se levantó de un salto, la silla salió despedida. Miró el diagrama de frenos. Los frenos de seguridad 94 y 95 controlaban el descenso vertical desde la Vuelta Omega.

Esto tenía mala pinta. Estaba claro que los mecanismos de seguridad detendrían cualquier vagoneta que subiera. Pero nunca había oído que los frenos fallaran antes, sobre todo dos seguidos, y no le hizo ninguna gracia. Cogió el micro y llamó al operador de la torre.

- Frank, baja los interruptores. Páralo.

- Ya estoy en ello. Pero… oh, Dios mío, una vagoneta está pasando ahora mismo…

La mirada de Presley se fijó en los monitores. Lo que vio le heló la sangre en las venas.

Una vagoneta iniciaba el descenso final de Notting Hill. Pero no era el descenso regular y controlado que había visto infinidad de veces. La vagoneta se había separado de la guía vertical y el bastidor se bamboleaba enloquecido. Los ocupantes estaban aplastados contra las barras de seguridad, abrazados los unos a los otros, el blanco de los ojos y el rosa de las lenguas de un color verde claro en la pantalla del monitor. No había recepción de audio pero Presley veía cómo gritaban.

La vagoneta se ladeó todavía más a medida que cogía velocidad. Luego se produjo una tremenda sacudida y uno de los pasajeros cayó hacia delante. Se aferró desesperadamente, pero la fuerza de la gravedad era demasiado fuerte; las manos se soltaron de la barra de seguridad, escaparon de las manos de los adultos que intentaron sujetarlas, y, mientras el viajero salía volando hacia la cámara y caía a una velocidad de vértigo, Presley apenas si tuvo tiempo de ver el dibujo de Jack el Destripador antes de que el impacto cortara la transmisión de las imágenes.

**DOS SEMANAS MÁS TARDE**

**7.30 h.**

En su inicio en el Charleston Boulevard de Las Vegas, por encima del Strip, Rancho Drive traza una amplia curva a la izquierda para después seguir recto hacia Reno. Es como una flecha que vuela hacia el noroeste con una precisión absoluta, sin hacer caso de ninguna de las tentaciones naturales o artificiales que lo invitaban a curvarse, como si tuviese prisa por dejar muy atrás las luces de neón y los tapetes verdes. Los clubes de campo, los centros comerciales y, finalmente, incluso las urbanizaciones de casas que imitan las primitivas viviendas de adobe acaban por quedar atrás. El desierto del Mojave, apisonado bajo el asfalto y el cemento, vuelve por sus fueros. Finos tentáculos de arena se abren paso a través de lo que los carteles comienzan a llamar carretera 95. Las hirsutas yucas salpican el desierto, color lana sucia. Los cactos se levantan como portaestandartes de la nada. Después de las multitudes y los carteles de neón, la gradual transición a los vastos espacios vacíos parece sobrenatural. Excepto por la autopista, no parece que la mano del hombre hubiese tocado este lugar.

Andrew Warne movió el espejo retrovisor hacia arriba y a la derecha, y respiró más tranquilo cuando desapareció el brillo cegador.

- ¿Cómo es posible que haya venido a Las Vegas sin traer las gafas de sol? En este lugar el sol brilla trescientos sesenta y cinco días al año.

La adolescente que ocupaba el asiento del acompañante hizo una mueca, y se acomodó los auriculares.

- Ese es mi papa. El profesor despistado.

- Ex profesor, dirás.

La carretera era una resplandeciente línea blanca. El desierto aparecía blanqueado por el resplandor, con las yucas y los achaparrados arbustos reducidos a pálidos espectros. Warne apoyó la palma de la mano en el cristal de la ventanilla y la apartó en el acto. Eran las siete y media de la mañana, y la temperatura exterior ya debía de rondar los treinta y ocho grados. Incluso el coche de alquiler parecía adaptado para el desierto: el mando del climatizador estaba atascado en la potencia máxima.

Cuando se acercaron a Indian Springs vieron una meseta en el este: la base aérea de Nellis. Comenzaron a aparecer gasolineras separadas por unos pocos kilómetros, fuera de lugar en el inmenso vacío, impolutas, tan nuevas que a Warne le parecieron como acabadas de sacar de una caja. Miró la hoja sujeta al portapapeles entre los asientos. Ya no faltaba mucho. Allí estaba: el cartel de salida de la autopista, pintado de un color verde vivo, flamante. Utopía. Dos kilómetros. La chica también lo vio.

- ¿Todavía no hemos llegado? -preguntó.

- Ya casi estamos, princesa.

- Sabes que detesto que me llames princesa. Tengo catorce años. Es un nombre para las niñas pequeñas.

- Algunas veces te comportas como si lo fueras.

La chica frunció el entrecejo y aumentó el volumen del magnetófono, y el sonido de la batería se escuchó con toda claridad por encima del ruido del climatizador.

- Ten cuidado, Georgia, acabarás sorda. ¿Qué estás escuchando?

- Swing.

- Bueno, al menos eso es una mejora. El mes pasado era rock gótico, y el anterior era… ¿qué era?

- Euro-house.

- Euro-house. ¿No te puedes decidir por un estilo que te guste?

Georgia se encogió de hombros.

- Soy demasiado inteligente para eso.

La diferencia fue evidente en cuanto llegaron al final de la rampa de salida. Cambió la superficie de la carretera: en lugar del pavimento cuarteado de la carretera nacional 95, surcado como la piel de una serpiente por innumerables reparaciones, ahora era lisa como una mesa de billar, con más carriles que la autopista por la que habían llegado. Unas elegantes farolas se inclinaban sobre el pavimento. Por primera vez en casi cuarenta kilómetros, Warne vio otros coches delante. Los siguió mientras la autovía ascendía suavemente desde la llanura parda. Aquí los carteles era blancos con letras azules, y todos decían lo mismo: APARCAMIENTO PÚBLICO.

El aparcamiento, casi vacío a esa hora, tenía una extensión impresionante. Warne siguió las flechas y pasó junto a varios todoterrenos que parecían insectos en la inmensa extensión de asfalto. Había puesto cara de incrédulo cuando alguien le había comentado que setenta mil personas visitaban el parque todos los días; ahora estaba dispuesto a creerlo. Georgia miraba en derredor. A pesar de su muy bien aprendida actitud de desprecio adolescente, no conseguía ocultar del todo el entusiasmo.

Tras recorrer otro par de kilómetros llegaron a la parte delantera del aparcamiento y a un gran edificio de una sola planta con la palabra RECEPCIÓN escrita con letras Art Deco en el tejado. Aquí había más coches, y personas con pantalones cortos y sandalias. Frenó junto a la garita. Se le acercó uno de los empleados del aparcamiento y le indicó a Warne que bajara el cristal de la ventanilla. El hombre vestía un polo blanco, con un logotipo que era un pájaro estilizado en el lado izquierdo.

Warne sacó una tarjeta plastificada de la carpeta. El empleado le echó una ojeada, introdujo el nombre en su agenda electrónica y esperó a que el resultado de la búsqueda apareciera en la pantalla. Al cabo de un momento, le devolvió el pase y lo autorizó a pasar.

Aparcó junto a una hilera de tranvías amarillos y se guardó el pase en el bolsillo de la camisa.

- Ya estamos aquí -dijo. Luego, al mirar el edificio, se detuvo con una expresión pensativa.

- No estarás pensando en volver con Sarah, ¿verdad? Sorprendido por la pregunta, Warne miró a su hija. Ella le devolvió la mirada.

Era notable cómo, en ocasiones, Georgia era capaz de leerle el pensamiento. Quizá era por el mucho tiempo que pasaban juntos, el resultado de lo mucho que habían aprendido a confiar el uno en el otro en los últimos años. En cualquier caso, a veces resultaba irritante. Sobre todo cuando ella lo hacía con los temas más sensibles. Georgia se quitó los auriculares.

- Papá, no lo hagas. Es un coñazo.

- Vigila esa boca, Georgia. -Sacó un pequeño sobre blanco de la carpeta-. ¿Sabes…? no creo que haya una mujer en la tierra que te parezca adecuada. ¿Quieres que siga viudo el resto de mi vida?

Lo dijo con un poco más de fuerza de lo que había deseado. La única respuesta de Georgia fue poner los ojos en blanco y colocarse de nuevo los auriculares.

Andrew Warne quería a Georgia con toda el alma. Sin embargo, nunca había pensado que pudiera ser tan difícil atender su trabajo, la casa y criar a una hija él solo. Algunas veces se preguntaba si no estaba haciendo un desastre. Era en momentos como este cuando echaba de menos a Charlotte más que nunca. Miró a Georgia por un instante. Luego exhaló un suspiro y abrió la puerta del coche.

El aire que parecía fuego se coló en el acto. Warne cerró la puerta, esperó a que Georgia se sujetara la mochila, y después caminaron a paso ligero a través de la explanada de cemento hasta el Centro de Transporte.

En el interior, la temperatura era fresca. El centro tenía un diseño funcional y parecía inmaculado. Todo era de madera clara y metal pulido. Las taquillas con el frente de cristal se extendían a izquierda y derecha en unas hileras interminables. Todas estaban desiertas excepto una directamente al fondo. Les permitieron pasar después de comprobar el pase y continuaron por un pasillo brillantemente iluminado. Al cabo de una hora, todo esto estaría a rebosar con padres atribulados, chicos revoltosos y guías turísticos. Ahora, no había nada más que las barandillas y el ruido de sus pasos en el suelo impoluto.

El monorraíl estaba estacionado en el andén, con las puertas abiertas. Las ventanas panorámicas se curvaban hacia arriba a ambos lados de los vagones color plata, y se unían en el mecanismo transportador enganchado al raíl aéreo. Warne nunca había viajado antes en un monorraíl colgante, y no le hacía mucha gracia. Vio a unos cuantos pasajeros en los vagones, hombres y mujeres bien vestidos. Un empleado les indicó que fueran al primer vagón. Como siempre, estaba impecable, y los únicos ocupantes eran un hombre fornido sentado delante y otro bajo y con gafas sentado en el fondo. Aunque el viaje aún no había comenzado, el hombre fornido miraba a un lado y al otro atentamente, con una expresión entusiasta en su rostro pálido.

Warne dejó que Georgia se sentara junto a la ventanilla, y luego tomó asiento a su lado. Casi antes de que estuviesen sentados, se escuchó un suave toque de campana y las puertas se cerraron silenciosamente. Hubo una muy leve sacudida, seguida por una paulatina aceleración. «Bienvenidos al monorraíl de Utopía», dijo una voz que no parecía tener un origen visible. No era la voz habitual que Warne escuchaba en los servicios de megafonía públicos: era una voz sonora, muy bien modulada, con un rastro de acento británico. «La duración estimada del viaje hasta el Nexo es de ocho minutos y treinta segundos. Por su seguridad y comodidad, les rogamos que permanezcan en sus asientos hasta el final del trayecto.»

Súbitamente, una luz brillante inundó el vagón cuando el centro quedó detrás y por debajo de ellos. Adelante y arriba, los raíles duales se curvaban suavemente a través de un angosto cañón de arenisca. Warne miró hacia abajo y casi levantó los pies impulsado por la sorpresa. Había creído que el suelo era metálico y ahora acababa de descubrir que era de vidrio transparente. Había una caída de unos treinta metros hasta el pedregoso fondo del cañón. Respiró profundamente y miró a través de la ventanilla.

- No está mal -dijo Georgia.

«El cañón que estamos recorriendo es geológicamente muy antiguo -explicó la voz-. En los bordes pueden ver juníperos y artemisas, característicos del desierto…»

- ¿Puede creerlo? -dijo una voz junto a su oído.

Warne se volvió. En un flagrante desafío a la orden de permanecer sentados, el hombre fornido había abandonado su asiento en la cabecera del vagón para ir a sentarse en el asiento vecino. Vestía una camisa estampada naranja, tenía unos brillantes ojos negros y una sonrisa que parecía abarcarle todo el rostro. Lo mismo que Warne, sostenía en la mano un pequeño sobre blanco.

- Pepper, Norman Pepper. Dios mío, que panorama, y nada menos que desde el primer vagón. Tendremos una visión espectacular del Nexo. Nunca he estado aquí antes pero me han dicho que es fantástica. Fantástica. ¡Imagínese, comprar toda una montaña, una meseta, o como se llame, para un parque temático! ¿Es su hija? Es muy bonita.

- Di gracias, Georgia.

- Gracias, Georgia -repitió su hija con un tono muy poco convincente.

«…En la ladera del cañón, a la derecha del tren, verán una serie de pictogramas. Estos dibujos rojos y blancos fueron realizados por los habitantes prehistóricos de la región, durante el período denominado Tejedores de Canastos II, que floreció hace aproximadamente unos tres mil años…»

- ¿Cuál es su especialidad? -preguntó Pepper.

- ¿Cómo dice?

El hombre se encogió de hombros.

- Es obvio que no trabaja en el parque, porque viaja en el monorraíl. El parque todavía no ha abierto, así que no es visitante. Eso significa que usted es consultor o especialista en algo, como todos los demás que están ahora en el tren.

- Soy… Trabajo en robótica -respondió Warne.

- ¿Robótica?

- Inteligencia artificial.

- Inteligencia artificial -repitió Pepper-. Vaya. -Hizo una pausa y abrió la boca para formular otra pregunta.

- ¿Qué es usted? -se apresuró a preguntarle Warne.

El hombre sonrió todavía con más ganas al escucharlo.

Apoyó un dedo en una de las aletas de la nariz y le guiñó un ojo como si fuese un conspirador.

- *Dendrobium giganteum*.

Warne lo miró, desconcertado.

- *Cattleya dowiana*. Ya sabe. -El hombre parecía sorprendido.

Warne levantó las manos.

- Lo siento.

- Orquídeas. -Pepper resopló-. Creía que quizá se había dado cuenta cuando le dije mi nombre. Soy el botánico experto en especies exóticas que organizó la exposición en Nueva York el año pasado. ¿No lo leyó en los periódicos? El caso es que quieren unos híbridos

especiales para el ateneo que están construyendo en Atlantis. Por lo visto, tienen algunos problemas con las orquídeas nocturnas en Luz de Gas. No les gusta la humedad o algo así. -Separó las manos con tanta violencia que su sobre y el de Warne cayeron al suelo-.

Todos los gastos pagados, pasaje de primera clase, un pago muy generoso por la consulta y, como si fuese poco, algo muy bueno para el currículo.

Warne asintió mientras el hombre recogía los sobres y le devolvía el suyo. Warne le creyó. En Utopía se llegaba a tal extremo en la exactitud de sus mundos temáticos que, en más de una ocasión, se veía a los eruditos boquiabiertos que los recorrían, libreta y lápiz en mano. Georgia contemplaba el paisaje, sin hacer caso de Pepper.

«… los cincuenta kilómetros cuadrados que pertenecen a Utopía son ricos en recursos naturales y paisajes, incluidos dos fuentes y un embalse…»

Pepper miró por encima del hombro.

- ¿Y qué me dice de usted?

Warne casi se había olvidado del hombre delgado y con gafas sentado más atrás. El hombre tardó unos segundos en responder, como si hubiese necesitado considerar la pregunta.

- Me llamo Smythe -contestó con un acento que sonaba a australiano-. Pirotecnia.

- ¿Pirotecnia? ¿Se refiere a fuegos de artificio?

El hombre se pasó los dedos sobre el bigotillo.

- Diseño espectáculos especiales, como la reciente celebración de los seis meses. También me ocupo de solucionar problemas. Algunos de los crisantemos que se lanzan durante la función final llegan demasiado alto y rompen los paneles de cristal de la cúpula.

- Eso no puede ser -opinó Pepper.

- En el espectáculo de la Torre del Grifo, los visitantes se quejan de que la traca final suena demasiado fuerte.

Smythe calló bruscamente, se encogió de hombros y miró de nuevo a través de la ventanilla.

Warne también contempló por unos momentos la ladera rosa, y después el interior del vagón. Había algo que le preocupaba y de pronto comprendió qué era. Miró a Pepper.

- ¿Dónde están todos los personajes, los actores, Oberón, Morfeo, Pendragón? No he visto ni siquiera una calcomanía.

- Oh, sí que están por aquí, en las tiendas en al unas de las atracciones infantiles, Pero no verá a nadie disfrazado por la calle. Dicen que Niththingale era muy puntilloso en ese aspecto. Le preocupaba la pureza de la experiencia. Es por eso que todo esto… -Trazó un arco con su mano regordeta y añadió-: El Centro de Transporte, el monorraíl, incluso el Nexo todo es muy discreto. Nada de comercialización. Hace que los mundos parezcan mucho más reales. Al menos eso es lo que he oído decir. -Se volvió al hombre que estaba detrás-. ¿No es así?

Smythe asintió. Peter se inclinó un poco más hacia Warne.

- A mí nunca me ha parecido gran cosa todo eso que hacía Nightingale. Las películas de animación, las *Feverstone Chronicles* basadas en sus viejos números de magia… Demasiado oscuras. Pero mis chicos se vuelven locos por ellas. Las ven todas las semanas, como un reloj. Casi me matan cuando se enteraron de que vendría aquí y no podrían acompañarme.

Pepper soltó una carcajada y se frotó las manos. Warne había leído libros donde las personas se frotaban las manos a la espera de lo que pasaría, pero no estaba seguro de haber visto a alguien que lo hiciera.

- Mi hija me habría matado si no la traía -replicó-. ¡Ay! -Gritó cuando Georgia le dio un puntapié por debajo del asiento.

Por un momento permanecieron en silencio. Warne se frotó la pantorrilla.

- ¿Usted cree que es verdad que tienen un reactor nuclear enterrado debajo del parque? -preguntó Peter.

- ¿Qué?

- Ese es el rumor. Imagínese el consumo eléctrico. Por todos los diablos, este lugar tiene su propio ayuntamiento. Piense en la electricidad que se necesita para mantener todo esto en funcionamiento: aire acondicionado, las atracciones, los ordenadores. Se lo pregunté a una de los recepcionistas en el Centro, y me dijo que tenían una central hidroeléctrica. ¡Hidroeléctrica! ¡En medio del desierto! Yo… eh… mire… ¡allí está!

Warne miró al frente y se quedó pasmado. Escuché cómo Georgia ahogaba una exclamación.

El monorraíl acaba de salir de una curva muy cerrada, y adelante el cañón quintuplicaba la anchura. De una ladera a la otra, y desde lo alto hasta la base, había una enorme fachada color cobre que resplandecía con el sol de la mañana. Era como si el cañón acabara de pronto en esta inmensa pared de metal bruñido. El final del cañón era una ilusión, por supuesto -un inmenso valle circular encerraba todo el parque-, pero resultaba espectacular, asombroso, hermoso a pesar de lo espartano. En toda la fachada no había más que dos pequeños cuadrados en el centro, cerca de la cumbre, por donde entraban y salían los raíles del tren. A lo largo del borde superior se veía una única palabra, Utopía, con letras de algún material parecido a la mica que brillaban y aparecían y desaparecían según el ángulo de los rayos solares. Por encima y más allá, una enorme cúpula geodésica lo cubría todo, una compleja estructura de polígonos de cristal y vigas metálicas. En el ápice ondeaba una bandera: el estilizado logotipo de un pájaro violeta sobre fondo blanco.

- Guau -susurró Georgia.

«… Deseamos que disfruten de la visita, Recuerden: Si tienen alguna pregunta o necesitan algo, los invitamos a visitar cualquiera de nuestras salas de servicios en el Nexo o en los Mundos. Por favor, permanezcan sentados hasta que el monorraíl se detenga.»

En el vagón se hizo el silencio mientras entraban en la sombra.

**8.10 h.**

El Nexo era un espacio amplio y luminoso donde, lo mismo que en el Centro de Transporte, dominaban la madera clara y el metal pulido. Restaurantes, tiendas de todo tipo y salas de servicios se extendían a izquierda y derecha hasta donde alcanzaba la vista. Warne siguió a los demás por la rampa del andén del monorraíl. En las alturas, la cúpula de cristal enmarcaba un cielo sin nubes que se curvaba por encima del Nexo como un brillante manto azul. Delante de él, los pues tos de información y las hermosas fuentes brillaban con los rayos del sol. Los carteles, grandes pero discretos, dirigían a los visitantes hacia los cuatro mundos del parque: Camelot, Luz de Gas, Paseo y Calisto. El aire era fresco, ligeramente

húmedo, y se oía una infinidad de sonidos apagados: voces, el chapoteo del agua, un sonido más suave que no consiguió identificar.

Un grupo de jóvenes esperaban al pie de la rampa. Hombres y mujeres vestían americanas blancas y llevaban las mismas carpetas. Se parecían tanto los unos a los otros que bien podrían haber sido parientes. Warne se preguntó, medio en bruma, si había limitaciones de altura, peso y edad para los empleados de Utopía. Hizo a un lado ese pensamiento al ver que una de las mujeres caminaba hacia él con paso enérgico.

- ¿El doctor Warne? Soy Amanda Freeman -Se presentó la mujer y le estrechó la mano.

- Ya lo veo -respondió Warne, con un gesto hacia la placa con el nombre abrochada en la solapa de la americana; se preguntó cómo lo había reconocido.

- Me encargaré de su acceso a Utopía. Le daré una breve explicación para que se oriente. -La voz era agradable, pero casi tan enérgica como su paso. Señaló el pequeño sobre que Warne llevaba en la mano, con un código de barras impreso en un borde-. ¿Me lo permite?

Warne se lo dio. Freeman rasgó el sobre y vació el contenido en la palma de la mano. Era una insignia del pájaro estilizado en color verde. Se lo abrochó a la solapa.

- Por favor, no se quite la insignia mientras esté con nosotros.

- ¿Por qué?

- Lo identifica como un especialista externo. ¿Tiene el pase? Bien. Con el pase y la insignia tendrá acceso a todas las zonas restringidas.

- Es mucho mejor que pagar la entrada.

- Tenga siempre el pase a mano. Puede que se lo pidan en más de una ocasión. El personal que trabaja en el subsuelo suele llevarlo enganchado en los bolsillos. ¿Esta es su hija?

- Sí. Se llama Georgia.

- No me informaron de que lo acompañaría. Tendremos que darle una insignia.

- Muchas gracias.

- No es ninguna molestia. Puede esperar en los servicios de atención a los niños mientras procesan su admisión. Podrá recogerla más tarde.

- ¿Servicios de atención a los niños? -preguntó Georgia, con un muy claro tono de indignación.

Una sonrisa apareció fugazmente en el rostro de Freeman.

- Me refería a la sección de jóvenes adultos de los servicios de atención a los niños. Creo que te llevarás una sorpresa muy agradable.

Georgia miró a Warne con unos ojos que echaban chispas.

- Papá, más te vale que así sea -murmuró-. Yo no juego con Legos.

Warne miró hacia la rampa de bajada. El especialista en pirotecnia, Smythe, se alejaba con paso decidido por el Nexo.

Norman Pepper iba tras él, conversando animadamente con uno de los jóvenes recepcionistas. Pepper se frotaba las manos y sonreía.

Acompañaron a Georgia hasta uno de los mostradores de servicios y luego caminaron por el pasillo central del Nexo.

- Tiene una hija muy bonita -comentó Freeman.

- Gracias. Pero, por favor, no se lo diga. Es un tema que la saca de sus casillas.

- ¿Qué tal el monorraíl?

- Fenomenal.

- Nos gusta traer a los especialistas visitantes en el monorraíl la primera vez. Hace que comprendan mejor la experiencia de los visitantes de pago. Le informarán de cómo llegar al aparcamiento de los empleados como parte del servicio de orientación. Es mucho menos espectacular, naturalmente, pero le ahorrará unos quince minutos de trayecto, a menos que este alojado aquí.

- No, estamos en el Luxor.

A diferencia de la mayoría de los parques temáticos, Utopía estaba organizada para que el visitante viviera una inmersión total de un día; no había alojamientos para turistas. Sin embargo, a Warne le habían dicho que sí había un hotel privado, un establecimiento de primera clase para los visitantes famosos, artistas y otros personajes importantes, y habitaciones más sencillas para los consultores visitantes, músicos y personal nocturno.

- ¿Qué pasa con los relojes? -preguntó Warne mientras intentaba mantenerse a la par de su guía. Había advertido que, aunque eran las ocho y cuarto, los relojes digitales en las paredes del Nexo señalaban las 00.45.

- Cuarenta y cinco minutos para la hora cero.

- ¿Qué?

- Utopía está abierta los trescientos sesenta y cinco días del año, de nueve de la mañana a nueve de la noche. A la hora de cierre, los relojes comienzan una cuenta atrás de doce horas. Permite que los artistas y los trabajadores sepan cuánto tiempo les queda hasta la apertura. Por supuesto, no hay relojes en los mundos, pero…

- ¿Se tarda doce horas en preparar el parque para el día siguiente? -preguntó Warne, incrédulo.

- Hay muchísimas cosas que atender -respondió Freeman con otra pequeña sonrisa-. Venga, acortaremos camino a través de Camelot.

Lo llevó hacia un enorme portal en la pared más cercana. Encima, destacaba la palabra «Camelot» escrita con letra gótica. Esta era, hasta el momento, la única desviación que Warne había visto en el diseño del Nexo: hasta los carteles de los baños y las salidas de emergencia estaban escritos con letra Art Deco.

Tres empleados de americanas blancas que custodiaban el portal sonrieron y saludaron a Freeman. La mujer guió a Warne por un laberinto de barreras hasta una gran sala de espera. En la pared más lejana había media docena de puertas metálicas. Una de las puertas se abrió, y Freeman entró primera en el enorme ascensor.

Las puertas se cerraron y la misma sedosa voz femenina del tren anunció: «Están entrando en Camelot. Disfruten de la visita». Se oyó un golpe sordo y el ascensor se puso en marcha. Warne advirtió que la cabina no subía ni bajaba sino que se movía horizontalmente.

- ¿Se tarda mucho en llegar al parque propiamente dicho? -preguntó.

- La verdad es que no nos movemos -respondió Freeman-. La cabina solo crea la ilusión del movimiento. Los estudios demuestran que a los visitantes les resulta más fácil acomodarse a los mundos si creen que es necesario un viaje, por breve que sea, para llegar hasta ellos.

Se abrieron las puertas en el otro extremo de la cabina. Por segunda vez en la última media hora, Warne se detuvo, asombrado.

Delante se abría una ancha calle de adoquines oscuros.

Unos pintorescos edificios -algunos con techos de paja, otros con tejados a la holandesa- bordeaban la calle y se extendían hacia lo que, visto de lejos, parecía la plaza de un poblado.

Más allá de la plaza, la calle se bifurcaba alrededor de la muralla de un castillo, monolítico y de color arena. Por encima de las almenas ondeaban un centenar de estandartes multicolores. Todavía más lejos, vio más torres y la ladera de una montaña con la cumbre nevada, que se elevaba sobre una colina cubierta de verdor. En las alturas, la curva de la cúpula creaba la ilusión de un espacio interminable. El aire olía a tierra, a hierba recién cortada y a verano, Warne avanzó lentamente con la sensación de ser Dorothy que salía de su triste casa monocolor para entrar en Oz. «Espera a que Georgia vea esto», pensó. La fuerte luz solar blanqueaba toda la escena y recortaba los perfiles. Los empleados del parque caminaban presurosos por las calles adoquinadas, pero no vestían el uniforme que había visto antes: aquí los hombres vestían calzas y jubones de colores; las mujeres, amplios vestidos y tocas, y distinguió un caballero con armadura. Solo un pequeño grupo de supervisores con las americanas blancas, ordenadores de mano y radios, y un empleado de mantenimiento que limpiaba la calle con una manguera, rompían la ilusión.

- ¿Qué le parece? -preguntó Freeman.

- Es fantástico -contestó Warne sinceramente.

- Sí, lo es. -Warne se volvió y la vio sonreír-. Me encanta ver a las personas que entran en un Mundo por primera vez. Dado que no puedo volver atrás y repetir la experiencia, ver la reacción de los demás es lo más parecido.

Continuaron caminando por la ancha calle, y Freeman le iba señalando las atracciones con que se encontraban. Cuando pasaron por delante de una panadería, se abrió una ventana con los cristales emplomados y les llegó un aroma irresistible. En algún lugar, un bardo afinaba su laúd mientras canturreaba una balada.

- La filosofía del diseño de los cuatro Mundos es la misma -le explicó Freeman-. Los visitantes pasan primero por un decorado… en el caso de Camelot, el pueblo donde estamos… que los ayuda a orientarse, a ponerse en ambiente. Lo llamamos descompresión. Hay restaurantes, tiendas y franquicias, por supuesto, pero sobre todo es un lugar para que los visitantes miren, se aclimaten. Luego, a medida que se adentran en el Mundo, comenzamos a integrar las atracciones… las montañas rusas, los espectáculos en vivo, proyecciones holográficas, lo que quiera… en el entorno. Todo ocurre sin solución de continuidad.

- Eso parece. -Warne advirtió que, excepto por los carteles en las tiendas y los restaurantes, no había ninguna señalización moderna: los lavabos y los quioscos de información muy bien integrados solo estaban señalados por lo que parecían ser unos símbolos holográficos muy reales.

- Los eruditos vienen aquí porque esta calle que estamos recorriendo es una reconstrucción exacta de Newbold Saucy, una aldea inglesa abandonada en el siglo catorce -comentó Freeman-. Los visitantes vienen porque Dientes de Dragón es probablemente la montaña rusa más espectacular del parque, después de la Máquina de los Alaridos que está en Paseo.

Al acercarse a la plaza vieron la mole del castillo, que se alzaba ante ellos.

- Una réplica exacta de Caernarvon, en Gales. Con una compresión selectiva y una perspectiva forzada, por supuesto.

- ¿Una perspectiva forzada?

- Los pisos superiores no son del tamaño real, son más pequeños. Crean la ilusión de tener -las proporciones correctas, pero son más acogedores, intimidan menos. Utilizamos la técnica en diversos niveles en todo el parque. Por ejemplo, aquella montaña es más baja para crear la ilusión de distancia.

- Señaló el rastrillo abierto-. En el castillo es donde se ofrece el espectáculo de «El príncipe encantado». Hacía mucho que ya no se oía la balada del trovador, y ahora Warne percibió otros sonidos: los trinos de los pájaros, el rumor de las fuentes y el mismo ruido de fondo que había sentido en el Nexo.

- ¿Qué es ese sonido que oigo continuamente? -preguntó.

- Es usted muy observador -dijo Freeman-. Nuestros investigadores han hecho un trabajo pionero sobre el útero. El sonido no es audible cuando los visitantes llenan Camelot. Sin embargo, no cesa.

Warne la miró, intrigado.

- Es la técnica de reproducir determinadas condiciones del útero, la temperatura y los sonidos ambientales, para estimular una sensación de tranquilidad subliminal. Tenemos pendientes de aprobación cinco patentes de la técnica. La Utopía Holding Company tiene más de trescientas patentes. Algunas las emplean con licencia diversas empresas farmacéuticas, médicas y de electrónica. Otras son de propiedad exclusiva.

«‹Tres de ellas las desarrolle yo», pensó Warne y se permitió cierto orgullo. Se preguntó si la mujer que lo acompañaba sabía la contribución que había hecho al funcionamiento de Utopía: la metarred, que coordinaba las actividades y la inteligencia de los robots del parque. Probablemente no, a la vista de la manera en que le explicaba las cosas, como si solo fuese un ayudante de programación. Una vez más, se preguntó por qué Sarah Boatwright había insistido para que acudiera allí con tanta premura.

- Por aquí -dijo Freeman y entró en una callejuela transversal.

Un hombre con una capa violeta y pantalones de montar oscuros pasó junto a ellos, muy entretenido en practicar su inglés medieval. Delante, dos fornidos especialistas de mantenimiento cargaban con una gran jaula metálica. En el interior había un pequeño dragón que batía la cola. Las escamas rojas brillaban como el fuego con la luz del sol y los orificios nasales se dilataban con el paso del aire. Warne lo miró fijamente. Habría jurado que los ojos amarillos de la criatura centelleaban cuando lo miraron.

- Es un dragón que instalarán en la Torre del Grifo -le informó Freeman-. El parque todavía está cerrado. Por eso no lo llevan por los túneles. ¿Qué pasa, doctor Warne?

Warne continuaba mirando al dragón.

- No estoy acostumbrado a verlos con piel, eso es todo -murmuró.

- ¿Cómo dice? Oh, sí, esa es su especialidad, ¿no?

Warne se pasó la lengua por los labios. Los disfraces, la lengua arcaica, el absoluto realismo del entorno… Sacudió la cabeza lentamente.

- Puede ser un poco fuerte cuando no hay público alrededor que rompa la ilusión. -La voz de Freeman sonó más suave, menos enérgica-. A ver silo adivino. Cuando llegó, el Nexo le pareció demasiado sobrio, sin ningún atractivo.

Warne asintió.

- Es algo que las personas sienten muy a menudo cuando visitan Utopía por primera vez. Una visitante me comentó que le recordaba la terminal de un aeropuerto. Bueno, lo diseñaron de esa manera, y esta es la razón. -Abarcó el entorno con un gesto-. Algunas veces el realismo puede desorientar a los visitantes. El Nexo les facilita un entorno neutral, una zona de reposo, una transición entre los Mundos.

Se detuvo delante de una casa de dos pisos con la planta baja de madera, y levantó la tranca de hierro que sujetaba la puerta. Warne la siguió al interior. Para su sorpresa, el edificio no era más que una cáscara vacía. Había una puerta gris en la pared del fondo, un escáner de huellas digitales y un lector de tarjetas. Freeman se acercó al escáner y apoyó el pulgar en el molde. Se oyó un chasquido y se abrió la puerta. Warne vio el resplandor verde de las luces fluorescentes.

- De nuevo en el mundo real -dijo Freeman-, o al menos lo más cercano que podemos estar por aquí.

Lo invitó a cruzar el umbral.

**8.50 h.**

Sarah Boatwright, directora de operaciones del parque, ocupó su asiento en la abarrotada mesa de conferencias de su despacho, situado a diez metros por debajo del Nexo. La temperatura era glacial -consecuencia del paso de los conductos primarios del aire acondicionado detrás de la pared del fondo- y se calentó las manos con el tazón de té. La directora era una fanática del té. Cada hora en punto, el mejor restaurante de Luz de Gas enviaba una taza de la selección del día. Ese día era té de jazmín. Contempló cómo las pequeñas flores semejantes a bolas se abrían en el líquido caliente, y se inclinó por un instante sobre la taza para aspirar la fragancia. Era exquisita, exótica, fascinante.

Eran las 0.10 hora de Utopía, y los jefes del parque se habían reunido en su des acho para la sesión diaria previa a la apertura. Bebió un sorbo y sintió el calor que se extendía lentamente por los miembros. Este era para ella el verdadero comienzo del día, no el sonar del despertador, la ducha, la primera taza de la mañana. Todo comenzaba en ese momento cuando daba las órdenes del día a sus capitanes y tenientes cuando se ponía al timón del mayor parque temático de la Historia. Era su trabajo asegurarse de que, aunque entre bambalinas podía pasar cualquier cosa en cualquier momento -dos mil niños exploradores revoltosos, problemas en el suministro eléctrico, la visita de un primer ministro y su comitiva-, para los visitantes cada día fuese siempre exactamente el mismo. Perfecto de principio a fin. No podía imaginar un trabajo con mayores desafíos, o ninguno más gratificante.

Sin embargo, junto con la habitual expectativa, ese día había algo más. No era aprensión -Sarah Boatwright nunca había sido una persona aprensiva- sino algo más cercano a la cautela. «Andrew está aquí -pensó-. Está aquí, y es imposible que sepa cuál es el verdadero motivo.» Era la forzada duplicidad la razón de la cautela; la percibía con toda claridad mientras miraba a los demás, para observar las expresiones. Investigación,

Infraestructura, Juegos, Restauración, Servicios Médicos, Relaciones con los Clientes. Todo en orden. Bob Allocco, jefe de Seguridad, estaba en el otro extremo de la mesa, macizo y bajo como un bulldog, el rostro bronceado impasible. Todos la miraban, alertas, serios, en sintonía con ella. Prefería que las cosas fueran así: profesionales al máximo. No se oían muchas bromas a menos que Sarah lo hiciera primero. Fred Barksdale era la excepción tolerada, por supuesto: sus citas de Shakespeare y su ácido humor inglés habían hecho desternillar de risa a los presentes en más de una ocasión. Ahora entraba, con una taza de café con leche en equilibrio precario sobre un montón de hojas de gráficos. Freddy Barksdale, director de Sistemas, con su melena rubia y las atractivas arrugas en la frente. Solo verlo le provocó una oleada de afecto que borró los pensamientos sobre Andrew Warne y amenazó con alterar su seco profesionalismo. Se aclaró la garganta, bebió un sorbo y miró al grupo.

- Muy bien. Vamos allá. -Miró la hoja de papel que tenía delante-. La asistencia estimada para hoy es de sesenta y seis mil visitantes. El sistema está operativo en un noventa y ocho por ciento. ¿Se sabe cuándo estará de nuevo en funcionamiento la Estación Omega?

Tom Rose, el jefe de Infraestructuras, sacudió la cabeza.

- La montaña rusa parece funcionar bien, las luces están verdes en todo el recorrido. Pero los diagnósticos siguen dando un error de código, así que los reguladores automáticos no permiten la entrada de electricidad de la red.

- ¿Podemos saltarnos los reguladores?

Rose se encogió de hombros.

- Podemos, pero se nos echará encima un ejército de funcionarios de seguridad.

- Una pregunta tonta. Perdona. -Sarah exhaló un suspiro-. Quiero que te ocupes de resolverlo cuanto antes, Tom. Haz todo lo que puedas y más. Esa atracción es el plato fuerte de Calisto. No podemos permitirnos darle vacaciones.

Fred te puede facilitar un equipo si lo necesitas.

- Por supuesto -dijo Barksdale, alisándose la corbata mientras hablaba.

Era una corbata preciosa, anudada con la misma extraordinaria atención al detalle que Barksdale dedicaba a todas sus acciones. Aunque no tenía el hábito de expresar las emociones personales en una reunión pública como esta, Sarah había advertido que el alisarse la corbata era algo que hacía cuando algo le rondaba por la cabeza. Sarah miró a los demás.

- ¿Alguna otra mala noticia?

- Acabo de enterarme de que el conjunto que debía tocar hoy en la sala de embarque Umbilicus no vendrá -le informó el jefe de Espectáculos-. Arrestaron a alguien del grupo por posesión de drogas en el aeropuerto de Los Ángeles o algo así.

- Fantástico, sencillamente fantástico. Tendremos que buscar a alguno de nuestros grupos para que lo cubran.

- Firmware podría hacerlo, pero tienen que tocar en Poor Richard's.

Sarah sacudió la cabeza.

- Umbilicus tiene tres veces más público. Manda al grupo a Vestuarios en cuanto lleguen; si no han tocado nunca vestidos con trajes espaciales, tendrán que aprender sobre la marcha. -Miró de nuevo alrededor de la mesa-. ¿Algo más?

- Han pillado a un tramposo en el casino de Luz de Gas -contestó el jefe de Casinos-. Un tipo de setenta y cinco años, que ya había sido advertido en dos ocasiones. Esta vez, Ojo Avizor lo filmó en el momento en que vaciaba una tragaperras.

- Peor para él. Envía su foto a Vigilancia y a Seguridad de Casinos, y pon su nombre en la lista negra. -Sarah miró de nuevo la hoja-. ¿Cómo van los trabajos en Atlantis?

- Hasta ahora sin tropiezos -respondió alguien-. Todo parece indicar que lo tendremos acabado para la fecha.

- Roguemos para que así sea. -Atlantis era el nuevo Mundo bastante controvertido, que se abriría al público para finales de año-. Doctor Finch, ¿tiene el informe de la semana pasada?

El director de los Servicios Médicos cogió la hoja que tenía delante.

- Cinco nacimientos, todos sin complicaciones. Dos muertes: una por infarto de miocardio, la otra por un aneurisma. Veintinueve lesionados, una muñeca rota la más grave.

- Dejó la hoja sobre la mesa-. Una semana tranquila.

Sarah Boatwright miró a la directora de Recursos Humanos.

- Amy, ¿alguna novedad sobre los posibles paros del personal sanitario?

- Ninguna, y no sé si eso es bueno o malo.

- Mantente al tanto. Avísame en cuanto te enteres de algo. -Miró su lista-. Veamos. La concurrencia ha bajado en Camelot. Es casi un quince por ciento menos que en los otros Mundos. La central quiere que organicemos un comité para que se encargue de averiguar cuál es el problema. -Hizo una pausa-. Nos ocuparemos del tema cuando regrese de San Francisco, ¿de acuerdo?

Echó una última ojeada a la lista, la dejó a un lado y cogió otra.

- Muy bien, pasemos lista. La Tony Trischka Band actuará en Paseo.

Asegúrense de que reciben vales para las comidas y él alojamiento. Entre los famosos que nos visitarán hoy tenemos al senador Chase de Connecticut y su familia, el director ejecutivo de GeneDyne… y el conde de Wyndmoor.

En cuanto dijo el nombre, se escuchó un gemido generalizado.

- ¿Lady Wyndmoor insistirá de nuevo en todo eso del castillo? -preguntó alguien.

- Es probable. -Sarah dejó la segunda hoja-. La gente de la Comisión del Control del juego de Nevada vendrá aquí dentro de una semana a contar desde el miércoles; quiero que todos comiencen a practicar su mejor sonrisa. Una última cosa. El especialista externo Andrew Warne llegará hoy. -Al ver que algunos la miraban despistados, añadió-: Es el especialista en robótica que creó la metarred de Utopía. Por favor, facilítenle toda la ayuda que pueda necesitar.

Este último anuncio fue recibido en silencio, y Sarah se levantó.

- Muy bien. Faltan dos minutos y sigue la cuenta. A la faena.

Fue a su mesa mientras los demás comenzaban a salir del despacho. Cuando se volvió, solo quedaba Fred Barksdale. Ya se lo esperaba.

- ¿Por qué Warne viene hoy? -preguntó Barksdale con un muy leve tono de agravio en su impecable acento-. No tenía que venir hasta la próxima semana.

«Así que era eso», pensó Sarah.

- Adelanté la visita.

- ¿No podrías haberme avisado con tiempo, Sarah? Tendré que reasignar muchísimas tareas. Necesitará los recursos de…

La directora se llevó un dedo a los labios.

- Fue idea de Emory; lo decidieron el jueves. Después del accidente en la Caza de Notting Hill ocurrido hace dos semanas, es probable que intervenga la Oficina de Salud Pública, y la oficina central quiere que nos ocupemos de tenerlo todo en orden cuanto antes. -Se acercó a Barksdale y añadió en voz baja-: Recuerda que mañana me voy a San Francisco para asistir ala convención.

- ¿Cómo podría olvidarlo? -Los ojos de Barksdale se iluminaron y en su rostro apareció el esbozo de una sonrisa-. La convención te mantendrá alejada de ese tipo, que quizá aún sufra por «su amor despechado».

- No fue ese mí primer pensamiento. Iba a preguntarte si crees que podemos confiar en Teresa Bonifacio para que se ocupe del tema durante mi ausencia, que trabaje con Andrew hasta resolver el problema. Él es el único capaz de hacerlo, pero no puede hacerlo solo. No será fácil para ninguno de los dos. Después de todo, vamos a meternos con lo que para Andrew es el trabajo de su vida. Tú ya sabes cómo se siente Teresa respecto a todo este asunto.

Barksdale asintió con una expresión pensativa.

- Terri y yo hemos tenido nuestras diferencias de opinión, aunque nunca ha sido por la calidad de su trabajo. Puede que no le guste lo que se debe hacer, pero creo que podemos contar con ella para que lo haga.

- ¿Tú te encargarás de controlar su trabajo durante mi ausencia?

Barksdale asintió de nuevo.

- Gracias, Freddy. -Sarah miró hacia la puerta abierta del despacho para asegurarse de que el pasillo estuviese desierto. Después sujetó las solapas de la americana de Barksdale, lo atrajo hacia ella y lo besó en los labios-. Te compensaré cuando regrese -murmuró. Luego se apartó para buscar la taza de té-. Bueno, vamos. Tenemos que abrir el parque.

**9.00 h**

Los diez mil relojes de Utopía cambiaron la hora a la vez. Acabada la cuenta atrás, los contadores quedaron en blanco; a continuación señalaron las nueve y volvió el tiempo real. Había llegado la hora cero.

En el Centro de Transporte parecía reinar la confusión. Los acomodadores, provistos con bastones luminosos, se desplegaron por los aparcamientos y las carreteras de acceso para dirigir a los miles de coches en una milimétrica coreografía. Los tranvías de varios vagones azules y blancos unían los aparcamientos con el centro. En el primer vagón iban los guías, con sus birretes blancos donde destacaba el logo del ruiseñor, explicando, micrófono en mano, las normas del parque entre bromas y curiosidades de Utopía en una docena de idiomas.

En el interior del centro, todas las taquillas estaban abiertas, y por setenta y cinco dólares por cabeza, para todas las edades y sin descuentos, distribuían las insignias con la silueta

del ruiseñor que, enganchadas en la camisa o la solapa, permitían el acceso durante un día a las mágicas tierras del parque.

Los monorraíles circulaban ahora a la velocidad calculada para la «hora punta», para transportar hasta el Nexo a un millar de personas cada diez minutos.

En el Nexo, donde hasta entonces había reinado un silencio casi absoluto, resonaban ahora una infinidad de voces. Los visitantes novatos se agrupaban a la sombra de las palmeras y junto a las fuentes, muy ocupados en consultar los planos y las guías del parque. Los veteranos -los «utópicos», que formaban clubes y tenían páginas web para compartir su pasión- caminaban seguros, con los neófitos a la zaga, hacia sus Mundos favoritos.

En Luz de Gas, una vendedora de pescado y patatas fritas pasó a la carrera por delante de la entrada de la Caza de Notting Hill -cerrado por reparaciones- para ir a su quiosco.

En Paseo, los revisores de la Máquina de los Alaridos acabaron su ronda, teclearon sus códigos de autorización en la consola de la sala de control y le dieron el visto bueno al operador para que pusiera en marcha la montaña rusa. En las profundidades del castillo de Caernarvon, un especialista en imágenes hizo una última comprobación del sistema informático que controlaba las secuencias holográficas de «El príncipe encantado».

Los noventa minutos posteriores a la apertura y antes del cierre -cuando el máximo volumen de visitantes entraba y salía del parque- eran los que más inquietaban a la dirección de Utopía. Los especialistas de operaciones estaban en alerta máxima, preparados para actuar al instante si se producía alguna irregularidad en el tráfico que pudiera provocar atascos en el Centro de Transporte, el Nexo, o dentro de los Mundos. Miles de cámaras -discretamente ubicadas detrás de espejos, en tabiques y vigas falsas, tras las fachadas- transmitían imágenes de todo el parque para que los Mundos se llenaran sin tropiezos ni demoras, Los guardias, algunos con americanas negras, otros de paisano, se mezclaban con las multitudes, atentos a los niños perdidos y a la presencia de carteristas. Pero nada de todo esto era visible para el visitante medio, que recorría el parque con la intención de disfrutar al máximo.

Otro lugar donde no había visitantes -una zona absolutamente prohibida a ellos- era el «Subterráneo», los niveles inferiores debajo del parque. La mayoría de los visitantes ni -siquiera sabían de su existencia; creían que estaban a nivel del suelo, y no cuatro pisos por encima del fondo del cañón.

Aunque en el subterráneo no había fantásticos hologramas, espectaculares rayos láser ni reproducciones de personas y de objetos de los cuentos de hadas hechas con cemento celular, era aquí donde estaba la magia real de Utopía. Los empleados del parque iban de un lado a otro; algunos eran actores vestidos con los trajes de los personajes que interpretaban en los espectáculos y mezclados con la muchedumbre; otros eran trabajadores a los que los visitantes nunca veían, vestidos con monos, vaqueros y trajes. En las paredes de cemento había diagramas donde aparecían las cafeterías para el personal, los vestuarios, las peluquerías, las salas de descanso, almacenes, centros informáticos, laboratorios de investigación y desarrollo, y el resto de la activa ciudad secreta «subterránea». Los guías y el personal de los servicios de visitantes utilizaban los túneles como atajos entre los diferentes Mundos. Los técnicos, los artistas y los especialistas se reunían en una docena de salas de conferencias y laboratorios, para pensar en nuevas atracciones o analizar la penetración del mercado. Por el laberinto circulaban coches eléctricos para llevar de una sección a otra de Utopía a un artista famoso o un recambio requerido con urgencia. A Tom Tibbald caminaba por los pasillos del nivel C, canturreando por lo bajo. Acaba de cumplir los treinta, tenía los cabellos castaños rizados

y comenzaba a tener tripa. En la solapa de la americana blanca llevaba la insignia dorada de los especialistas en electrónica. A pesar del canturreo, no se sentía en absoluto a sus anchas; le inquietaban los trabajadores que pasaban rápidamente sin saludarlo, las cámaras de vigilancia montadas en el techo abovedado y, sobre todo, las tarjetas de plástico y cobre que llevaba en un bolsillo de la americana. Pasó por delante de la Sección de Maquillaje y el Taller 3. Dejó de canturrear cuando se acercó al control de seguridad establecido en la entrada de personal.

El guardia de la garita comprobó su identificación, asintió y luego registró la salida en el ordenador. Tibbald volvió a canturrear cuando se abrieron las puertas automáticas y salió al aparcamiento del personal.

Después del aire frío y la iluminación suave de los túneles, el calor y el resplandor del sol fueron como una bofetada. Tibbald hizo una mueca y se volvió por un momento para dejar que sus ojos se acomodaran. Luego se sorbió la nariz y avanzó, esta vez sin tanta prisa, mientras miraba a un lado y otro del aparcamiento. Buscaba la furgoneta.

La parte trasera de Utopía carecía de la belleza de la fachada. Las paredes del cañón caían a pico hasta fundirse con la tierra parda del suelo. A su espalda se levantaba la inmensa pared trasera del parque, con unas pocas ventanas como manchas negras en la extensión de cemento. A cada lado, muy arriba, unas enormes puertas verdes daban a unas rampas que bajaban suavemente hasta el suelo trazando una curva: eran las salidas de emergencia, que nunca se usaban excepto en los simulacros.

Entre ellas, a nivel del suelo, se encontraban los muelles de carga, las entradas de personal, talleres y cobertizos para los vehículos.

Allí estaba: una furgoneta color habano, de doble eje, aparcada un poco más allá de los demás vehículos. En las ventanas aparecía escrito el rótulo de la empresa: «Exotic Bird Trainers of Las Vegas». Tibbald caminó hacia la furgoneta con la ilusión de que tuviese aire acondicionado. Las ventanillas cerradas eran una buena señal. Pero cuando abrió la puerta del acompañante no sintió el impacto del aire frío. Suspiró con resignación, se aflojó el cuello de la camisa y subió al vehículo.

El hedor a guano era muy fuerte, y el asiento estaba cubierto con un trozo de tela plastificada verde. «Normal -pensó Tibbald-, con tanta mierda de pájaro en este trasto.» En la zona de carga había una jaula blanca con media docena de cacatúas de las Molucas, unas aves grandes de color rosa. Lo miraron en silencio, las crestas color salmón desplegadas al máximo. Tibbald miró al conductor y parpadeó, sorprendido.

- ¿Qué ha pasado con el otro tipo? -preguntó, sorbiéndose la nariz una vez más-. Me refiero al que vino la primera vez.

El hombre sentado al volante le devolvió la mirada. Tenía los ojos achinados y los pómulos muy altos le daban a su rostro la forma de un corazón.

- Tenía que atender otros compromisos -respondió al cabo de unos segundos.

Tibbald pensó por un instante, decidió que debía de ser un chiste, y se rió.

- ¿Las tiene? -preguntó el hombre.

Hablaba pausadamente, con un muy ligero acento extranjero. Tibbald intentó determinar su origen. Tenía amigos en el servicio para Visitantes que hablaban con extranjeros todos los días, y les bastaba una palabra para reconocer un acento. Tibbald, en cambio, nunca trataba con los visitantes, y después de un momento renunció al esfuerzo.

- Aquí mismo. -Metió la mano en el bolsillo de la americana, sacó las tarjetas de plástico y las sostuvo en alto, en abanico como si fuesen naipes-. Todos sus sabores preferidos; lima-limón, cereza, fruta de la pasión y el nuevo fresa salvaje.

El hombre frunció el entrecejo y se apresuró a hacerle un gesto para que bajara la mano. Tibbald bajó las tarjetas por debajo del nivel de la ventanilla.

- Por un poco más de dinero -comentó-, le habría conseguido las especificaciones de la tecnología de reconocimiento de voz que quiere. Le habría evitado las molestias de todo esto. ¿Para qué parque dijo que trabajaba? ¿Paradise Island? ¿Fantasy World?

- No se lo dije -contestó el otro. Señaló las tarjetas-. ¿Las probó?

- Yo mismo las reprogramé -manifestó, orgulloso.

Las fue enumerando por orden-: Esta da acceso a todas las áreas de visitantes, esta a Mantenimiento, esta otra al Núcleo.

- Apoyó el dedo en la última tarjeta, de un color rojo claro-. Esta es la mágica. Todos los controles de seguridad hasta el nivel tres. -Apartó el dedo y en su rostro apareció una expresión inquieta-. Oiga, si lo pillan, no mencione mi nombre. Yo no sé nada. ¿De acuerdo?

El hombre asintió con un gesto.

Tibbald sonrió más tranquilo. Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de insignias del ruiseñor.

- Aquí tiene las insignias que pidió. Son genéricas, así que no se las puede rastrear. Póngase una en la chaqueta y podrá moverse con toda libertad.

- ¿Todo lo demás está preparado?

- El programa de hoy ya esta en marcha. No podría cambiar nada aunque me fuese en ello la vida. -Tibbald se humedeció los labios-. ¿Ahora puede darme el dinero? -Lo dijo con un tono indiferente, pero después volvió a sorberse la nariz, el típico gesto del adicto a la cocaína.

- Por supuesto.

El hombre buscó en el bolsillo de la cazadora -Tibbald advirtió sin darle importancia que la prenda era de piel a pesar del calor- y sacó un sobre muy abultado. Se lo dio a Tibbald.

- Buen trabajo.

En cuanto Tibbald comenzó a contar el dinero, el hombre le pasó un brazo sobre los hombros como una muestra de aprecio, al mismo tiempo que metía la otra mano debajo de la cazadora, y esta vez empuñaba una pequeña pistola automática.

Tibbald no tenía ojos más que para el dinero, y no fue hasta que el hombre le apoyó el cañón del arma en las costillas y lo acercó con el otro brazo que se dio cuenta de lo que sucedía. Abrió los ojos como platos, intentó protestar, pero la sorpresa disminuyó su velocidad de reacción.

Los proyectiles eran de punta hueca, diseñados para estallar dentro de la carne más que para atravesarla, pero así y todo el hombre apuntó el arma hacia abajo, hacia la columna de Tibbald, para eludir la posibilidad de herirse en el brazo que sujetaba a la víctima.

Se escuchó una detonación sorda, luego otra. Las cacatúas chillaron como si aprobaran el asesinato. El cuerpo de Tibbald se aflojó y de sus labios escapó un sonido parecido al de un fuelle cuando el aire escapó de los pulmones. El asesino apartó el brazo para dejar que

Tibbald cayera sobre el asiento y se apresuró a recoger el sobre del dinero antes de que se manchara con la sangre. Cogió la tela de plástico y la utilizó para envolver el cuerpo y luego lo hizo rodar ala parte trasera de la furgoneta. Miró a través de las ventanillas para asegurarse de que nadie había sido testigo de lo sucedido.

Se disponía a guardar el arma cuando se interrumpió, se había apartado rápidamente, pero no había bastado: tenía una salpicadura de sangre en la pechera de la camisa.

Maldijo en voz alta. Guardó la pistola y se subió la cremallera de la cazadora hasta el cuello. Un par de minutos en los lavabos bastarían para limpiar la sangre.

Además, una vez vestido con el disfraz, nadie se daría cuenta.

**9.10 h.**

Andrew Warne estaba cómodamente sentado en una butaca en un despacho del nivel A. Amanda Freeman escribía en un ordenador. Durante el último cuarto de hora, la mujer le había hecho un gran número de preguntas. Una vez, años atrás, Warne había hecho algunos trabajos como consultor para la CIA. El agente Encargado de investigar sus antecedentes para Langley había sido mucho menos concienzudo. Amanda acabó de escribir y lo miró.

- Sabía que lo suyo era la robótica, pero no tenía idea de que fuese el creador de la metarred. Creo que controla todos los robots del parque, ¿no es así?

- Así es, excepto unos pocos que son totalmente autónomos.

- Impresionante. -Freeman miró de nuevo la pantalla, escribió algo en una hoja y se la dio-. Creo que hemos terminando. Su reunión es a las once. Aquí tiene el número del despacho. Pida en cualquier sala de servicios que le indiquen cómo llegar. Quizá quiera aprovecharla espera para echar una ojeada.

- Por supuesto. Quizá visite el reactor nuclear.

Freeman lo miró de reojo y reapareció su sonrisa un tanto irónica.

- Así que también oyó ese rumor. Me han dicho que la respuesta es que utilizamos energía hidroeléctrica. -Se levantó-. Ahora solo nos falta la orientación; es el procedimiento para todos los especialistas externos.

- ¿Qué, una película de aprendizaje? Esperaba ver algo del parque con mi hija.

- Solo dura cinco minutos. Acompáñeme, por favor.

Salieron del despacho. Warne la siguió por el pasillo, cada vez más irritado. Ya le habían hecho pasar por más tonterías burocráticas de lo que era normal, y ahora ¿una película de orientación? Como si él fuese sencillamente un especialista llamado para hacer un escaparate. ¿Lo había preparado Sarah con la intención de mortificarlo? Warne descartó el pensamiento. Sarah Boatwright podía haber sido muchas cosas, pero nunca había sido vengativa.

Cruzó los brazos sobre el pecho y comenzó a masajeárselos.

- Creía que mi viejo laboratorio de informática era frío, pero aquí se podría congelar carne.

- Es un efecto secundario del proceso de purificación del aire. Hay ciento ochenta mil metros cuadrados de suelo debajo del parque, y la pureza del aire es casi la misma de una

fábrica de chips. -Señaló el corredor-. Está prohibido fumar, por supuesto. Todas las motos y coches son eléctricos. El único vehículo no eléctrico que entra es el camión blindado que viene una vez por semana.

Pasaron delante de una serie de despachos idénticos al que acababan de dejar. Warne miró a través de las ventanas, sin dejar de masajearse los brazos. En uno de los despachos, vio a Norman Pepper, el hombre que había conocido en el monorraíl, que gesticulaba con mucho entusiasmo.

- ¿Sabía -decía Pepper, cuya voz llegaba a través de la puerta abierta- que las orquídeas son las maníacas sexuales del reino vegetal? En lugar de fertilizarse a sí mismas como las demás plantas, se toman unas molestias increíbles para tener una relación sexual con las otras orquídeas. La flor de la *Paphiopedilum venustum* ha evolucionado, hasta el último detalle, para tener exactamente el mismo aspecto de…

- Es aquí -anunció Freeman.

Abrió una puerta y lo invitó a pasar a una habitación pequeña con las paredes, el techo y el suelo cubiertos por el mismo material oscuro. Había dos sillas idénticas enfrentadas. Warne miró en derredor. Esta no era la sala de proyección que había esperado. Se parecía más al despacho de un psiquiatra poco interesado por el diseño interior. La mujer le señaló la silla más cercana.

- Cuando acabe, ya puede marcharse -le indicó-. Tiene mi tarjeta, llámeme cuando quiera. Las primeras visitas pueden resultar un tanto abrumadoras.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

Un segundo más tarde, Eric Nightingale estaba sentado en la silla opuesta.

Warne casi saltó de la silla. Miró la aparición, con una expresión incrédula.

El holograma era increíble en su perfección. Warne sabía que la tecnología holográfica era la especialidad del parque, pero no tenía idea de que hubiesen hechos tantos avances. La imagen en la silla bien podría haber sido Nightingale en persona. Allí estaba -el rey de los magos, el visionario creador de Utopía- con el sombrero de copa, la pajarita blanca, el frac, el mismo rostro delgado, inteligente, los brillantes ojos negros, la perilla detallada hasta el último pelo. El legendario rey del espectáculo, el mago famoso por sus extravagancias teatrales, su perfeccionismo, su afán por borrar la línea entre la realidad y la ilusión. Al combinar las representaciones tradicionales con la más alta tecnología, había convertido el arte de la magia en una poderosa máquina de entretenimiento. Las dos series de dibujos animados basadas en los personajes de sus actuaciones se habían convertido en líderes de la audiencia televisiva de entre cinco y quince años. Había sido su condición de estrella lo que le había permitido reunir el conglomerado de corporaciones y capitales de riesgo que formaban la Utopía Holding Company, y había sido el visionario responsable del desarrollo de Utopía, hasta su muerte en un accidente aéreo, seis meses antes de que el parque abriera sus puertas.

Ahora estaba sentado allí, una imagen creada a partir de la difracción de la luz, con la mirada puesta en Warne. La imagen le habló.

- Gracias por venir a Utopía. Le agradecemos el conocimiento que aporta al sistema, y confiamos en que su estancia sea agradable.

Warne escuchaba a medias, todavía un poco aturdido por la sorpresa. Este era el hombre que se había sentado con el en su laboratorio de Carnegie-Mellon dos años y medio atrás, y le había explicado su sueño de Utopía para pedir su colaboración. Este era el hombre que

había influido tanto en la vida de Warne: primero para mejor, y después -sin pretenderlo- para peor.

Nightingale llevaba muerto más de un año, y sin embargo allí estaba. Al contemplar la imagen, Warne sintió cómo el afecto que le había tenido -alimentado por innumerables tazas de café compartidas y tantas discusiones apasionadas y creadoras- resurgía bruscamente, con una fuerza tremenda. No se había dado cuenta de lo mucho que añoraba el vigor intelectual de su amistad, el tácito respeto mutuo. Nightingale se había entusiasmado con las teorías de la robótica y la inteligencia artificial planteadas por Warne. El propio hecho de que fueran controvertidas le había servido de acicate, y se había convertido en el más poderoso defensor de Warne; precisamente la clase de defensor que le vendría muy bien tener en esos momentos. Warne se sintió triste y un tanto inquieto, como si estuviese en presencia de un fantasma.

Sabía cómo funcionaba la holografía y que para conseguir que los sistemas de vídeo en 3D produjeran una imagen de un metro de alto se necesitaban ordenadores de una gran potencia. Sin embargo la figura que tenía delante era de tamaño natural, a todo color, limpia de cualquier imperfección del proceso como podía ser el difuminado de la emulsión. Tampoco tenía el aspecto vaporoso de los hologramas de primera generación. Warne echó una ojeada a las paredes oscuras, en una búsqueda infructuosa de la fuente transmisora. Luego volvió a fijarse en la imagen y procuró concentrarse en las palabras.

- Cerca de quinientos millones de personas visitarán este año los parques temáticos -dijo la imagen de Nightingale-. Le confiaré un secreto. Tengo en mente para ellas algo mejor que un parque temático. Quiero que todos vengan a Utopía. Si les podemos ofrecer una inmersión completa, la experiencia utópica que educa a la par que entretiene, habremos conseguido nuestra meta. Es algo que podemos conseguir sin necesidad de las montañas rusas o de cualquier otro juego vulgar. Es ahí donde entra usted. -Nightingale sonrió, con la sonrisa amplia, entusiasta, cómplice que Warne recordaba muy bien-. Usted está aquí gracias a sus conocimientos en una especialidad determinada, y, sea cual sea dicha especialidad, nos ayudará a conseguir que Utopía sea un lugar más real, un lugar donde todo funcione a la perfección, un lugar que exceda los límites de la imaginación. Utopía es un desafío, y si no nos desafiamos a nosotros mismos, no evolucionaremos.

La imagen de Nightingale se levantó. Warne vio que, de alguna manera, el holograma tenía la misma energía física -súbita, elástica, eléctrica- que el mago había tenido en vida.

- La primera vez que expliqué mi concepto de Utopía, los sabihondos dijeron que estaba loco. Nadie recorrería kilómetros de desierto para visitar un parque temático. Afirmaron que Las Vegas era la peor de las ubicaciones posibles. Era un parque para adultos, no algo pensado para las familias. El público no querría verse metido en un entorno que desafiara su imaginación. Tendrían más que suficiente con las montañas rusas. Pero yo tenía muy claro que Utopía haría honor a su nombre. Se convertiría en el parque temático más concurrido del mundo entero. Con el conocimiento de los especialistas externos como usted, continuaremos creciendo.

Nightingale se quitó el sombrero de copa y lo puso boca arriba.

- Descubrirá que todo en Utopía es pura ilusión. Aquí no rehuimos de los artificios. En cambio, hacemos todo lo posible por sumergir a los visitantes en la ilusión, por ahogarlos en ella. Metió la mano en la copa del sombrero. Cuando la sacó, tenía una paloma blanca posada en el dedo índice, con la cabeza ladeada, los ojos brillantes como lentejuelas. Si al marcharse se llevan algunos de los mejores recuerdos de su vida, los más vívidos, ¿no

resultan dichos recuerdos tan reales como cualquier otro? Es así exactamente como creamos la realidad a partir de la ilusión.

Con un gesto airoso, lanzó la paloma al aire. El pájaro levantó la cabeza y extendió las alas. Mientras Warne la observaba, las plumas blancas comenzaron a resplandecer con un brillo metálico. Luego, bruscamente, se transformó en un pequeño dragón. Un chorro de fuego escapó de entre las mandíbulas, y Warne se agachó instintivamente. El dragón voló por encima de la cabeza de Nightingale y después desapareció en una nube de humo azul.

El holograma del mago miraba directamente a Warne con una gran sonrisa, como si disfrutase con la impresión que causaba en su interlocutor. No había duda de que había preparado todo esto como una actuación, sin saber que se convertiría en un elogio a sí mismo. Los negros ojos de la imagen resplandecieron debajo de las gruesas cejas.

- Desde que se puso en marcha el proyecto Utopía, hemos conseguido muchas de las más importantes innovaciones en el terreno de los parques temáticos. Entornos muy reales, consistentes. Estímulos subliminales. Tecnologías punteras en la holografía y otros sistemas de vídeo. Robots inteligentes, autónomos.

- Muchas gracias -le murmuró Warne a la imagen.

- Es con su ayuda que continuaremos con las innovaciones. Utopía continuará creciendo sobre la base que ya tenemos ahora: la vanguardia de una nueva era en el entretenimiento familiar, y un crisol de las nuevas tecnologías. Disfrute de su estancia con nosotros.

Mientras hablaba, Nightingale había sujetado el sombrero de copa con las dos manos. Ahora las separó, y la imagen comenzó a ondular. Los bordes tomaron un color oro y plaga, con un curioso fulgor en la penumbra de la habitación. El fulgor se extendió rápidamente hacia dentro, hasta que la imagen de Nightingale pareció convertirse en un recipiente conforma humana lleno de polvo mágico. La resplandeciente nube pareció inclinarse a modo de saludo.

- Hasta que volvamos a vernos -se despidió Nightingale, con una voz débil e insustancial como la propia imagen.

La resplandeciente silueta aumentó bruscamente de intensidad al tiempo que irradiaba un número infinito de puntos de luz y después se esfumó acompañada por un muy suave fondo musical.

Warne se levantó para contemplar inmóvil el lugar donde había estado Nightingale, a medio camino entre el pasado y el presente. Parpadeó para quitarse el escozor de las lágrimas.

- Adiós, Eric -dijo en voz baja.

**9.45 h.**

Andrew Warne caminaba junto a la valla blanca con los ojos entrecerrados para protegerse del fuerte resplandor del sol, mientras la multitud pasaba a su lado. La acera era una ancha extensión de traviesas de madera, blanqueadas y pulidas como si llevaran años expuestas a la sal y el sol. Vio a un organillero con un mono en el hombro que hacía girar la manivela del instrumento, rodeado por un grupo de visitantes. Al final de la acera había un precioso parque con senderos arbolados y bancos de madera. En el centro se alzaba un cenador, donde una banda de ragtime con sombreros de paja y chaquetas a rayas rojas y

blancas interpretaba una versión irresistiblemente alegre de «Royal Garden Blues», Por encima de todo se elevaba la gigantesca montaña rusa llamada el Expreso de Brighton, con un fantástico entramado de soportes de madera y una primera bajada como la de una pista de esquí. Parecía como si por arte de magia hubiesen dado vida a una vieja postal.

Este era el mundo Paseo de Utopía, una impecable reproducción de un parque de diversiones de principios del siglo XX junto al mar, auténtico hasta las farolas de hierro forjado e incluso, como Warne comprobó un tanto sorprendido, con un débil olor a excrementos de caballo en el aire, que no resultaba desagradable en el contexto. Sin embargo no podía ser auténtico porque ningún paseo de 1910 había tenido esta perfección. Era más el producto de algo recordado con cariño, un pasado donde se habían eliminado las imperfecciones, y reforzado con un arsenal de tecnología oculto. Warne caminó entre la muchedumbre hasta llegar junto al pequeño parque, sacó un plano del bolsillo y lo consultó, y luego tomó el sendero más cercano.

Vio delante el óvalo azul de un lago. La elegante y brillante curva de la cúpula de cristal en las alturas añadía un toque de irrealidad a lo que ya era un entorno exótico. Los niños y los adultos se arrodillaban en el borde de mármol del lago para sumergir las manos en el agua y miraban los pequeños veleros que navegaban por la plácida superficie.

Warne se encogió para sus adentros. Les había parecido el lugar obvio donde encontrarse: ubicado en el centro, probablemente poco concurrido. En ningún momento había pensado que pudiera haber veleros. Se preguntó cómo reaccionaría Georgia.

Después intentó borrar el pensamiento. No era más que el deseo instintivo, automático, de protegerla. Aunque habían pasado tres años desde la muerte de Charlotte, no había conseguido que desapareciera, y, cuando afloraba, Georgia se resentía. «Ahora soy mayor -le decía con la mirada-. Puedo apañármelas.» Nunca lo manifestaba en voz alta, de la misma manera que casi nunca hablaba de su madre, pero él lo sabía de todas maneras, quizá por un sexto sentido paternal. No dejaba de ser curioso que, a pesar de lo muy unidos que habían llegado a estar en estos últimos tres años, aún quedara este trozo de tierra desconocida donde a él no se le permitía aventurarse.

Entonces la vio, entre dos grupos de turistas asiáticos al otro extremo del lago, con la mirada puesta en las embarcaciones.

Por un momento, no hizo más que mirarla, dominado por el amor y el orgullo. La mayoría de los adolescentes a los catorce años eran desmañados, larguiruchos, a caballo entre el niño y el adulto. Georgia era diferente. Alta y delgada, tenía la elegancia innata de un purasangre. Había tanto de su madre en cada uno de sus movimientos: la manera como apartaba del rostro el mechón de cabello castaño con un dedo, cómo se unían las cejas mientras contemplaba el agua con el entrecejo fruncido. Sin embargo, era hermosa de un modo en que Charlotte nunca lo había sido, Warne a menudo se preguntaba de quién había heredado la belleza. De él no, por supuesto. Miró su reflejo en el agua a sus pies: un hombre alto, delgado, con el rostro moreno y una barbilla cuadrada y sobresaliente. Cuando salían juntos, a menudo se sentía complacido y un poco asustado. Su hija era de las que hacían volver la cabeza.

Se acercó a ella. Georgia, al verlo, puso los ojos en blanco, en un enfado fingido.

- Ya era hora -dijo. Se quitó los auriculares-. Vamos, vamos, vamos.

- ¿Adónde vamos?-preguntó Warne, que se apresuró a seguirla mientras Georgia emprendía el camino de regreso al bulevar. Le sorprendió que, con tanto donde elegir, Georgia ya lo

tuviera todo decidido. Pero ella seguía su marcha a buen paso entre la multitud. Una chica con una misión.

- Allí, por supuesto -respondió Georgia y señaló arriba y adelante sin mirar.

Warne miró hacia donde apuntaba el dedo.

- ¿Allí? -exclamó. Luego lo entendió: la enorme estructura de madera del Expreso de Brighton se alzaba ante ellos, las sinuosas líneas de traviesas subían y bajaban como una inmensa cinta-. Ah, allí. ¿Estás segura de que quieres montar en eso?

Georgia no se molestó en responderle.

- Lo tengo todo organizado. He consultado un millar de páginas web, califiqué todas las atracciones de cada uno de los Mundos. Así que primero subiremos a esta, después a la Máquina de los Alaridos, y luego…

- ¡Eh, más despacio! -No era así como Warne había imaginado su primera visita a Utopía: correr con desesperación entre las multitudes, tan preocupado por ver dónde ponía los pies que no tendría tiempo de mirar el entorno-. ¿A qué viene tanta prisa?

- No me has dicho cuánto tiempo estarás ocupado. Hay mucho que ver, y no quiero perderme nada. Jennifer, una de mis compañeras de clase, estuvo aquí en febrero, y les gustó tanto que se quedaron un día más, para verlo todo. Me dijo que les costó quinientos dólares cambiar las entradas.

- No sé cuánto tiempo estaré ocupado, princesa, pero no puede ser mucho.

Pasaban por delante del Tiovivo Encantado famoso por tener más caballos de madera que cualquier otro tiovivo en el mundo, según había leído Warne en la guía-, y las lánguidas notas de un vals llegaron hasta ellos a través del fresco aire perfumado.

- La reunión con Sarah será a las once -continuó Warne-. Entonces sabré algo más.

- ¿Se puede saber cuál es el gran secreto? ¿Por qué no te ha querido decir de qué se trata?

- No hay ningún secreto. Creo que tiene algo que ver con aumentar la capacidad de la metarred. -Warne no había hablado directamente con Sarah Boatwright; la reunión de las once había sido concertada a través de su ayudante administrativo. Aunque no quería reconocerlo, las preguntas de Georgia eran las mismas que se formulaba él. Cambió de tema-. Adivina con quién he hablado. Con Eric Nightingale.

Al escucharlo, Georgia acortó un poco el paso. Lo miró, como si quisiera entender el chiste.

- Venga, papá. Eso es una gilipollez.

- Cuida tu lenguaje. En realidad fue Nightingale quien lo dijo todo. Era un holograma, de tamaño natural, y sorprendentemente auténtico. Se lo hacen ver a todos los especialistas visitantes. Algo así como una explicación de lo que representa Utopía.

- ¡Como si a ti te hiciera falta! Le diste la mitad de las ideas para este lugar.

Warne se echó a reír ante la exageración.

- Solo algunas relacionadas con la inteligencia artificial, la robótica.

- Por cierto, ¿dónde están los robots? -Georgia miró en derredor sin detenerse-. Todavía no he visto ninguno.

- Aquí estarían fuera de lugar. Espera hasta que lleguemos a Calisto.

La entrada al Expreso de Brighton era un gran edificio de ladrillos decorado como un salón de juegos del siglo XIX, un poco más allá del Acuarama. De los pisos superiores colgaban banderas; antiguos carteles y pasquines pegados en la fachada anunciaban de todo: desde espectáculos musicales hasta remedios mágicos. Tres arcadas daban paso a los visitantes, cada una con el nombre de la atracción correspondiente: Panóptico, las Ruinas Ardientes, Metamorfosis. En cada una había cola.

- Acabamos de estudiar la metamorfosis en biología -comentó Georgia-. Fue aburrido.

- Quizá, pero es la cola más corta. -Warne consultó su reloj-. Vamos.

La cola avanzaba deprisa -Warne había leído que el parque era capaz de entretener a los visitantes incluso en las colas-, y en cuestión de minutos estaban a la sombra del edificio. Más allá de la arcada, el vestíbulo se hallaba en penumbras. La cola se dividió en dos, y una mujer con un sobrio vestido dirigió a Georgia a la derecha. Warne la siguió mientras sus ojos se acomodaban a la poca luz. El aire le pareció más fresco y más húmedo. Escuchó las risas y las exclamaciones de asombro. Alcanzó a distinguir varias personas formadas en fila, con las miradas fijas en lo que parecían ser unos grandes paneles de cristal en una de las paredes del pasillo.

Casi de inmediato, Warne y Georgia ocuparon sus lugares delante de los dos primeros paneles. Warne miró el panel y se vio reflejado. «Así que es un espejo -pensó-. Vaya gracia.»

De pronto, Georgia se echó a reír.

- ¡Oh, Dios mío! -gritó, atenta a su panel-. ¡Es fantástico!

Entonces el espejo de Warne se quedó en blanco. «¿Qué demonios? Esto no es un espejo.» Un segundo más tarde, reapareció su imagen. Pero había algo extraño, la imagen tenía algo inquietante. No consiguió descubrirlo, así que se encogió de hombros y pasó al siguiente espejo, que Georgia acababa de dejar.

De nuevo vio su imagen reflejada. Una vez más, desapareció para reaparecer de nuevo. Solo que esta vez era obvio el cambio. Súbitamente había engordado.

El Andrew Warne que lo miraba desde el espejo parecía haber aumentado cien kilos en un santiamén. Tenía una barriga tremenda, la prominente nuez de la garganta estaba oculta debajo de la doble papada. Era una imagen sorprendente, desconcertante, y no obstante no había ninguna duda de que era él o, mejor, lo que podría haber sido. En el siguiente panel, Georgia se reía de ella misma.

«Metamorfosis. ¿Cómo demonios lo hacen?», se preguntó.

Pasó al espejo siguiente. Ahora había pasado de ser obeso a esquelético. Los ojos, hundidos en el ancho rostro de la imagen anterior, ahora le sobresalían de las órbitas. La mandíbula tenía unas dimensiones desproporcionadas con relación al cuello de pollo.

Comprendió de pronto cómo lo hacían. Se trataba de la tecnología holográfica, como la imagen de Nightingale que había visto antes. Había una cámara detrás del cristal. Escaneaba la imagen y luego utilizaba el programa de modulación para modificarla -más gorda, más delgada, lo que fuera- y después la retransmitía. Lo mismo que en los espejos deformantes, solo que años luz más adelantados.

Se dio cuenta de que Georgia llevaba delante del panel vecino más tiempo de lo normal. Su hija miraba la imagen como hechizada. Llevado por la curiosidad, se inclinó hacia ella. Lo que vio le hizo contener el aliento.

Era una imagen de Georgia con veinte años más. El mismo cabello castaño, los ojos pensativos, la boca como un pimpollo, los rasgos perfectos, solo que ahora había algo más en aquel rostro ficticio: la imagen de su esposa muerta, Charlotte, débil pero inconfundible. Era como si un espectro lo estuviese mirando a través de los ojos de su hija.

Permanecieron en silencio unos segundos más, absortos en la imagen. Luego Warne se humedeció los labios y apoyó una mano en el hombro de su hija.

- Vamos. Estamos demorando la cola.

Más allá de la galería, la cola serpenteaba hacia el andén de embarque a la montaña rusa. El recinto reproducía una estación de metro de principios del siglo XX. Las palabras «Expreso de Brighton» y «Andén» junto con la flecha que indicaba la dirección eran de azulejos negros sobre fondo blanco. Mezclados en la cola de los visitantes había hombres y mujeres con vestidos de época, que conversaban y reían. Un vendedor de cacahuetes anunciaba su producto a voz en cuello. Cerca había quioscos y artistas callejeros. Warne sacudió la cabeza. La ilusión era notable. De no haber sido por los otros visitantes, habría jurado que había viajado en el tiempo hasta el parque de Coney Island de cien años atrás.

Georgia mantenía un silencio poco habitual. Warne pensó en la imagen que acaba de ver.

- Tu madre y yo te llevamos a un parque antiguo como este. Cuando tenías siete, o quizá ocho años. Kennywood.

¿Lo recuerdas?

- No. ¿Se puede saber por que tenemos que hacer cola con toda esta gente? ¿No puedes hacer que nos dejen pasar los primeros? Tú eres una persona importante.

- Cariño, eso fue hace mucho tiempo. Por cierto, hay una cosa que quería preguntarte -dijo con una sonrisa traviesa-. ¿Qué tal el servicio de atención infantil?

Georgia frunció la nariz al escuchar el retintín.

- La verdad es que no esta nada mal. Puedes ver cualquiera de los viejos capítulos de *Atmósfera*, y tienen centenares de ordenadores y videojuegos. Pero no me entretuve mucho con esas cosas. Me dedique a preparar esto. -Metió una mano en un bolsillo del vaquero y sacó una hoja de papel plegada.

- ¿Qué es? -Warne tendió la mano automáticamente.

Georgia apartó el papel para que no lo cogiera.

- Una lista. De requisitos.

Warne esperó. Georgia se encogió de hombros.

- Me preguntaste cómo debía ser la novia que yo aprobaría. Así que los escribí. -Miró a su padre-. ¿Quieres que la lea, o no?

- Sí -respondió, sin disimular la curiosidad.

La cola avanzó, y ellos también. Georgia desplegó el papel y comenzó a leer.

- Número uno: no usa zapatos de tacón alto. Número dos: no es vegetariana. Tres: juega a las cartas, al ajedrez y al backgammon, pero no muy bien.

Warne se rió para sus adentros. Él era un campeón del backgammon, pero a veces se olvidaba de dejarle ganar una partida a Georgia de vez en cuando.

- Trae regalos en todas las visitas. Come pastel de chocolate.

A Warne le encantaba el pastel de chocolate. Se sintió conmovido: Georgia también había pensado en él, además de en ella misma.

- Está a favor de una paga generosa. No debe ser pelirroja. -Sonrió al decirlo. Sarah Boatwright tenía el cabello de un color cobre muy vivo.

- Participa en los juegos on-line. Nunca hace dieta.

Warne comenzó a descubrir un patrón que no le hacía mucha gracia: Sarah, aunque delgada por naturaleza, parecía estar permanentemente a dieta.

- Come en McDonald's al menos una vez por semana.

Le gustan más las gaseosas con helado que los batidos. Le gustan más los Three Stooges que los hermanos Marx. No debe ser mala con mi papá, como lo fue Sarah.

- No fue mala -replicó Warne automáticamente.

- Viste vaqueros con frecuencia. Odia las anchoas, las sardinas y todas las demás clases de pescado.

Warne suspiró para sus adentros. Cada vez estaba más claro que no existía mujer alguna que cumpliera con todos estos requisitos.

- Debe creer…

- Déjame ver. Has escrito una lista interminable. -Warne le arrebató el papel. Sonrió al ver la letra; a pesar de sus deseos de comportarse como adulta, Georgia aún hacía los puntos de las íes como pequeños círculos vacíos. La sonrisa se esfumó en cuanto contó los requisitos-. ¡Dios bendito!

Son treinta y siete.

- Me ocupó casi todo el tiempo que te estuve esperando -reconoció Georgia, orgullosa-. Solo omití un requisito, porque no podía ser más obvio.

- ¿Cuál?

- Tiene que gustarle Fats Waller. Pero ¿a quién no le gusta?

«A ti, probablemente, dentro de más o menos un mes», pensó Warne.

Ya estaban casi en la cabeza de la cola. Warne vio a un hombre con el uniforme de conductor que hacía pasar a una docena de personas a lo que parecía el vagón abierto de un tren elevado. Sintió un nudo en la garganta.

- ¿Qué hora es? -preguntó Georgia.

- Las diez menos cinco.

- Bien. Nos da tiempo para subirnos a la Máquina de los Alaridos antes de tu reunión. Quizá incluso para un viaje en el tobogán acuático.

Warne apretó los labios. Prometían ser unos sesenta minutos muy largos.

**9.55 h.**

El hombre que decía llamarse Doe estaba en la pasarela que daba al Centro de Recepción, apoyado en la balaustrada. Le gustaba ver la elegante caída de su americana de lino sobre la balaustrada. Contempló el Nexo desde la altura, la ancha avenida que llevaba hasta la estación del monorraíl. Aunque eran casi las diez, una multitud de visitantes continuaban

bajando por las rampas. Una riada humana, pensó. Verla le hizo recordar el Libro de Joel. Lo citó en voz alta: «Multitudes, multitudes en el valle de la Decisión». Pero no; para ser sincero, la escena tenía un aspecto desolado, posmoderno, más propio de T. S. Eliot que de la Biblia. Le gustó el sonido de su voz, y habló de nuevo un poco más alto:

*Una muchedumbre inundó el puente de Londres, eran tantos.*

*No creía que la muerte hubiese perdonado a tantos.*

Miró de nuevo al centro, pero los empleados estaban muy atareados detrás del mostrador conforma de media luna y no podían haberlo oído. La única persona que parecía haberlo hecho era un hombre con una americana de pana, que acababa de salir de los lavabos. Sus miradas se cruzaron; el hombre se llevó la mano a la gorra de paño a modo de saludo, y siguió su camino. Una vez más la mirada de John Doe recorrió el Nexo. Decidió que no le agradaba el diseño: la construcción de metal y madera parecía una horrible síntesis de Walter Gropius y Piranesi.

El sistema de seguridad, en cambio, era otra cosa. Estaba impresionado por su extensión y discreción. Las cámaras de vigilancia del Centro de Transporte y el monorraíl eran una maravilla de la miniaturización. Miró hacia la pared más cercana del Centro de Recepción. Oculto detrás del Cartel de «Solo empleados» había un sensor de proximidad. Un visitante normal no lo habría descubierto ni aunque lo buscara, e, incluso si lo descubría, no sabría qué era. El ojo experto del señor Doe lo reconoció como un DeMinima Sensalert; era el último modelo, muy caro y difícil de conseguir a menos que el comprador fuese una potencia mundial o, por lo visto, Utopía.

Sin embargo, un sistema de seguridad de poco valía si sus encargados eran unos ineptos. Después de todo, las murallas de Troya no se habían derrumbado; habían sido los propios troyanos idiotas los que habían entrado el caballo a la ciudad. En Utopía, el personal de seguridad resultaba mucho menos impresionante que los juguetes que tenían a su disposición. Los guardias -con americanas negras en lugar de blancas como el resto de los empleados- se movían entre la multitud con paso decidido, los cordones de los auriculares detrás de las orejas. Destacaban como zorros en un gallinero, y lo mismo habría dado que llevaran metralletas y chalecos antibalas.

Incluso los guardias de paisano eran fáciles de reconocer. Había una amplia variedad de disfraces: un turista gordo con una camisa estampada, un hombre alto y delgado con varias cámaras, una supuesta mujer embarazada. Pero todos calzaban los mismos zapatos negros con suela de goma que usaban los de uniforme.

El señor Doe sacudió la cabeza. No podría haber sido mejor ni aunque lo hubiera hecho él mismo, algo que, en cierto sentido, había hecho.

Esperó un instante más para disfrutar del calor del sol en la espalda. Luego recogió su bolso de cuero y descendió a la planta baja para dirigirse a la entrada de Luz de Gas.

En el interior, de nuevo apartado de la multitud, el señor Doe caminó por las calles adoquinadas, con las manos en los bolsillos, entretenido en silbar un fragmento especialmente complicado de una fuga de Bach. Su mirada estaba en constante movimiento, si bien, a diferencia del resto de los visitantes, no le interesaban los espectáculos, ni las atracciones, ni los actores. En cambio, permanecía atento a aquello que supuestamente debía estar oculto: los puestos de vigilancia, las puertas reservadas al personal, las cámaras infrarrojas. Su buen humor fue en aumento. Silbó con nuevos bríos.

El señor Doe nunca había estado en Utopía, pero tenía un profundo conocimiento de la disposición del parque. Tomó el camino más corto para ir al casino de Luz de Gas, una

réplica exacta del invernadero del Real jardín Botánico de Londres. Se detuvo delante de la entrada sur y miró con franca admiración la resplandeciente fachada de hierro y cristal, la belleza de las líneas. Esto le gustaba más. Entró.

En el interior, todo era más tranquilo, más discreto. Aquí no reinaba el bullicio de las montañas rusas y los restaurantes. Tiestos con palmeras y estandartes victorianos bordeaban las paredes. Camareras con vestidos de tafetán y bombasí servían copas de ginebra rosa y brandy con soda que eran invitación de la casa. Los crupieres de levita se encargaban de las innumerables mesas de juego. Debajo del crucero central había dos grandes círculos de tragaperras de latón, con discos mecánicos y dibujos pintados a mano. El señor Doe se paseo por la sala, asombrado por la manera como Utopía había modificado todos los juegos para que el casino coincidiera con la época del resto de Luz de Gas.

Aun así, había un elemento que intencionadamente no era victoriano: los Ojos Avizores, los innumerables globos de cristal ahumado dispuestos en el techo. A diferencia del resto del parque, la seguridad en los casinos tenía que estar a la vista.

El señor Doe sonrió complacido mientras observaba a los centenares de jugadores que se inclinaban sobre las mesas de dados, colocaban las fichas en los tapetes de las ruletas, accionaban como autómatas las palancas de las tragaperras. Tantas personas, todas muy ocupadas en perder dinero.

Como estudioso de la estupidez humana, le divertía inmensamente la gran ironía que representaba el invernadero. Constituía un verdadero milagro: un parque temático cuyo núcleo no era una marca de cerveza ni un personaje de dibujo animado, sino los casinos. Era una maravillosa tergiversación de la idea original de Eric Nightingale. La intención de todo este escenario replanteado desde el punto de vista empresarial estaba perfectamente clara para el señor Doe: los visitantes entraban en el parque, se sometían al hechizo planeado hasta el último detalle, perdían las inhibiciones y, a continuación, su dinero.

Era ciertamente extraordinario: Utopía había abierto las puertas hacía seis meses y casi nadie había puesto el grito en el cielo por este sucio secreto. Quizá era por eso que a Utopía las cosas le iban rodadas.

El señor Doe echó una última y atenta ojeada al invernadero. Irónico a más no poder, y no obstante, absolutamente necesario.

Volvió a las calles envueltas por la bruma de Luz de Gas. Se detuvo delante de un pequeño local con un rótulo en el escaparate que decía «Blackpool Tobacconist and Cigar Emporium». Casi oculta en la sombra había una puerta pequeña. Miró con toda naturalidad por encima del hombro. Después apoyó la mano en el pomo y lo giró.

Al otro lado de la puerta había un pasillo de cemento que se extendía en ambas direcciones. El trozo de pared opuesto a la puerta estaba pintado de color madera con la intención de engañar a cualquier visitante que pasara por delante de la puerta abierta y hacerle creer que era parte de la atracción. El señor Doe se aseguró de cerrar bien la puerta y después de orientarse caminó hacia la derecha. Llegó a una escalera metálica y bajó al nivel A.

Se detuvo al llegar al primer cruce. Un guardia se acercaba por el pasillo señalado como Centro de Procesamiento. El señor Doe caminó hacia el guardia, con la expresión de alguien que se ha perdido. El guardia se detuvo en cuanto lo vio.

- ¿Puedo ayudarlo, señor? -preguntó, desconfiado.

- Se lo agradecería. Busco el departamento de Veterinaria. He quedado en encontrarme allí con mi colega.

- ¿Es usted un especialista externo? ¿Dónde está la insignia?

- ¿Insignia? ¡Ah, por supuesto, la insignia! -tartamudeó el señor Doe. Metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó la pequeña insignia del ruiseñor verde-. Me había olvidado. Tengo que llevarla, ¿no? Lo siento. -Se la sujetó en la solapa.

- ¿Puedo ver su pase, por favor?

- Aquí lo tengo. -Sacó la tarjeta plastificada del otro bolsillo.

El guardia le echó una ojeada y se la devolvió.

- Gracias. Siga por este pasillo, doble a la derecha en el tercer cruce. Es la segunda puerta a la izquierda.

- Muy agradecido.

El señor Doe sonrió mientras el guardia continuaba su camino. El guardia de había comportado tal como indicaba el manual de entrenamiento. Era obvio que, tal como le habían asegurado, podía confiar en que los guardias del escalón más bajo seguirían fielmente el manual. Esto era realmente fantástico.

En el departamento de Veterinaria dominaban las voces animales de todo tipo y algunos olores exóticos poco agradables.

El señor Doe intentó no oler cuando pasó junto a un pequeño grupo de chimpancés que reñían, para ir a una puerta señalada como «Preparación externa 3». Al otro lado, un hombre de ojos achinados y cazadora de cuero aguardaba junto a la enorme jaula de las cacatúas.

- ¿Algún problema? -preguntó el señor Doe mientras cerraba la puerta.

El hombre sacudió la cabeza.

- Nadie tuvo mucho interés en acercarse a echar una mirada. -Señaló el papel de periódico sucio de deyecciones que cubría el suelo de la jaula.

- Era de esperar. ¿El resto del equipo?

- Todo marcha de acuerdo con el programa.

- ¿Dónde está nuestro pequeño genio informático?

- Descansa pacíficamente.

- Me alegra saberlo.

El señor Doe señaló la jaula, y el hombre abrió un cajón oculto debajo del papel de periódico. El señor Doe se acercó, metió la mano en el cajón y sacó un radiotransmisor del tamaño de un móvil con una gruesa antena en la parte superior.

Encendió el transmisor, marcó un código en el teclado y lo acercó a la boca.

- Búfalo de Agua, aquí Factor Primario. Dame una confirmación.

Hubo una pausa, y después se oyó la respuesta.

- En posición.

- Diez-cuatro. Te llamaré de nuevo a la una. -El señor Doe cambió la frecuencia-. Cascanueces, adelante. ¿Cascanueces, me recibes?

Esta vez la pausa fue más larga, y junto con la voz se oyó un fuerte ruido de fondo.

- Afirmativo.

- Nos movemos. ¿Tienes preparado el humo y los espejos?

- Afirmativo -repitió Cascanueces.

- Cambio y corto.

El señor Doe se guardó el radiotransmisor en el bolsillo y de nuevo miró en el interior del cajón, para observar el contenido con ojo crítico.

- Ahora busquemos el arma del día.

El señor Doe cogió una Ruger y después la rechazó por motivos puramente estéticos. Contempló el bonito acabado del acero pulido de una Colt, pero decidió que no estaba de humor para una pistola con un retroceso tan potente. Acabó decidiéndose por una Glock-9: un arma ligera, precisa, fiable si las cosas se salían de madre.

Pasó la pistola de una mano a la otra y después la guardó en la sobaquera. Se arrodilló delante del hombre de los ojos achinados, abrió el bolso y comenzó a guardar los objetos que sacaba del cajón. Trabajó deprisa, con movimientos que reflejaban una larga práctica, y acabó en treinta segundos. Cerró la cremallera y le dio el bolso al otro hombre, que se lo colgó al hombro y se dirigió a la puerta. Se detuvo un momento con la mano en el pomo para mirar al señor Doe y asintió.

- ¿Sabes una cosa? -dijo el señor Doe con una amplia sonrisa-. Eres la viva imagen de Johnny Appleseed.

**11.00 h**

El Centro de Investigaciones Aplicadas del nivel B tenía el mismo aspecto de su viejo laboratorio en Carnegie-Mellon, pensó Warne, o el que habría tenido de haber contado con un presupuesto veinte veces mayor. Las habitaciones eran amplias, resplandecientes, luminosas. Pasaron por delante de una sala de informática llena de terminales y servidores; en otra sala, un grupo de técnicos con batas blancas se afanaban alrededor de un objeto que parecía ser un sistema de transmisión holográfico. Georgia caminaba a su lado, con un plano en una mano.

- ¿Tienes que encontrarte con Sarah Boatwright ahora? -preguntó-. Solo hemos subido a dos montañas rusas.

«Gracias a Dios», pensó Warne. El Expreso de Brighton había sido duro, pero la segunda montaña -la Máquina de los Alaridos- había sido mucho peor. Aún tenía el estómago en la garganta y si cerraba los ojos continuaba viendo las vigas de madera que pasaban a unos centímetros de su rostro.

- No puede durar mucho. Habremos acabado antes de que te des cuenta. Además -aventuró-, ¿no sientes curiosidad de verla después de tanto tiempo? Será una sorpresa, no le dije que me acompañarías.

La única respuesta de Georgia fue un discreto bufido. Warne miró el número de una de las puertas y luego el número que le había dado Amanda Freeman. Sala de Conferencias B23. «¿Por qué una sala de conferencias?», se preguntó. Un curioso lugar para una reunión de confianza con Sarah. La ayudante administrativa le había dicho que el tema de la reunión

sería el desarrollo futuro de la metarred, el sistema informático que había diseñado para controlar los autómatas del parque. No le vendría nada mal que le encargaran ocuparse de la ampliación. Pero al principio había procurado no dejarse llevar por el entusiasmo. Después de todo, su desvinculación con la oficina central de Utopía no había sido precisamente amistosa. Luego, el jueves pasado, la ayudante lo había llamado de nuevo para adelantar la reunión una semana. Eso significaba que estaban ansiosos; era comprensible, dado que faltaba poco para la inauguración de Atlantis. Tendrían que ampliar la metarred para dar cabida a los robots del nuevo Mundo. Era lo más lógico. Sin duda esta primera reunión solo serviría para restablecer las relaciones y hablar en líneas generales sobre el proyecto. Acabada la visita, recorrería el parque con Georgia, regresarían a casa, y él prepararía una propuesta. A continuación, celebrarían muchas y más largas reuniones. Esa era la manera como trabajaba Utopía. Vio unas puertas dobles ala derecha.

- Es aquí -anunció.

Hizo girar el porno. La mano húmeda de sudor resbaló en el metal pulido. Pensar en que vería de nuevo a Sarah le provocaba una sensación donde se confundían el deseo y la aprensión. Dejó que Georgia entrara primero. Cuando entró él, se detuvo sorprendido.

La sala era mucho más grande de lo que había imaginado. Cerró la puerta y avanzó a paso lento al tiempo que miraba en derredor. En el centro había una mesa rodeada por una docena de sillas. En un extremo había una gran pizarra electrónica blanca llena de diagramas. En el otro había un proyector. Varios terminales de ordenador montados en mesas rodantes estaban amontonados en un rincón. Georgia echó un vistazo a la sala y luego, atraída por la curiosidad, se acercó a la pizarra electrónica. Warne la observó con una expresión ausente.

Entonces se abrió la puerta y Sarah Boatwright entró en la habitación.

Warne se había preguntado qué sentiría al verla de nuevo. Había imaginado que se sentiría molesto, un poco irritado, quizá incluso furioso. Pero lo que nunca había imaginado era el puro deseo, y solo le bastó verla para que resucitara con toda su fuerza.

Habían pasado doce meses desde que ella había aceptado ser directora de operaciones. Había abandonado Carnegie-Mellon y acabado definitivamente su relación con Warne. Sin embargo parecía hasta cierto punto más joven, como si el aire helado de Utopía tuviese propiedades regenerativas. La intensa luz de la sala hacía que su pelo cobrizo brillara con un color canela, y resaltaba los reflejos dorados en los ojos verdes. Como siempre, se mantenía muy erguida, la barbilla levantada. Siempre había sido muy serena, muy segura de sí misma, sin duda la mujer más fuerte que había conocido. Ahora había algo más en su porte, en sus movimientos, que reconoció de inmediato: la autoridad. Sostenía en una mano la omnipresente taza de té y en la otra unas hojas de papel.

- Andrew, gracias por venir. -Dejó la taza en la mesa y le tendió la mano.

Warne se la estrechó. El apretón de Sarah fue breve, profesional, sin el más mínimo rastro de afecto. Entonces vio a Georgia, que los observaba en silencio desde el otro extremo, junto a la pizarra. Sarah bajó la mano. Por una fracción de segundo, en su rostro se reflejó el desconcierto, una expresión que Warne había visto muy pocas veces. Desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido.

- Hola, Georgia -dijo, con una sonrisa-. No sabía que vendrías. Es toda una sorpresa. Una bonita sorpresa.

- Hola -respondió Georgia.

Durante unos cinco segundos reinó un silencio incómodo.

- Has crecido por lo menos quince centímetros desde la última vez que nos vimos. También estás más bonita.

La respuesta de Georgia fue apartarse de la pizarra para ir junto a su padre.

- ¿Qué tal la escuela? Recuerdo que tenías algunas dificultades con el francés.

- Ya no.

- Eso está muy bien. -Una pausa-. ¿Has ido al parque? ¿Has visitado alguna de las atracciones?

Georgia asintió, con la mirada baja.

Sarah miró a Warne. «¿Drew, qué hace aquí?», era la pregunta que reflejaba su rostro.

En aquel momento, otras dos personas entraron en la sala: un hombre alto y delgado de unos cuarenta años, y una joven asiática con una bata blanca. Sarah los miró.

- Pasad, por favor -dijo-. Os quiero presentar al doctor Warne. Andrew, Fred Barksdale, director de Información Tecnológica y Sistemas.

La sonrisa de Barksdale dejó ver sus dientes perfectos.

- Un placer. -Se adelantó para estrechar la mano de Warne-. Bienvenido a Utopía. Una visita que se ha hecho esperar.

- Ella es Teresa Bonifacio, que trabaja con Fred en robótica.

Warne miró a la joven con renovado interés. Había hablado con ella por teléfono infinidad de veces -más que suficientes para convertirse en buenos amigos *à la distance*-, pero nunca la había visto en persona. Teresa medía alrededor de un metro sesenta de estatura, tenía los ojos oscuros y el cabello corto negro azabache. Ella lo miró fijamente. Por un momento, Warne casi se sintió abrumado por su atractivo. Durante sus muchas conversaciones, nunca se le había ocurrido imaginar un rostro para la voz profunda en el teléfono.

- Teresa, finalmente nos conocemos.

- No puedo creerlo. Tengo la sensación de que nos conocemos desde hace años. -Su sonrisa era cálida y un poco traviesa; le hacía arrugar la nariz y las comisuras de los ojos.

- Esta es Georgia -añadió Sarah-. La hija de Andrew.

Barksdale y Teresa miraron a la niña, un tanto sorprendidos. Al verlo, Warne se inquietó. De pronto resultó evidente que aquel no era el encuentro entre amigos que había esperado. Había interpretado mal el significado de la cita. Se produjo otra pausa. Warne notó que Georgia se le acercaba un poco más.

- Bien, vale más que empecemos. -Sarah ordenó los papeles que había dejado en la mesa-. Georgia, escucha. Tenemos que hablar con tu padre durante unos minutos. ¿Te importaría esperar fuera?

Georgia no respondió; no era necesario. El entrecejo fruncido y los labios apretados bastaron.

- Se me acaba de ocurrir una idea -dijo Barksdale, al ver que los demás no hablaban-. ¿Que os parece si Terri lleva a Georgia a una de las cafeterías del personal? Tenemos batidos de todos los sabores, y son todos gratis.

Esta vez fue Teresa quien se mostró agraviada, pero Warne dirigió a Barksdale una mirada de agradecimiento. El hombre se había dado cuenta del problema y había dado con una solución aceptable. Warne miró de nuevo a su hija.

- ¿Qué te parece, cariño?

Casi veía los engranajes que giraban en la cabeza de Georgia. Ella era consciente de que no podía rechazar la cortés invitación de un adulto, y tampoco -al menos eso esperaba Warne- poner en una situación incómoda a su padre.

La expresión adusta de Georgia se suavizó.

- ¿Batidos de cereza?

- Litros -afirmó Barksdale, sonriente.

- Vale.

Teresa Bonifacio miró a Barksdale, luego a Georgia y por último a Warne.

- Ha sido un placer haberlo conocido, doctor Warne -dijo, con un tono risueño-. Vamos, chica.

Se llevó a Georgia y cerró la puerta al salir.

**11.15 h.**

- ¿Otro batido? -preguntó Teresa mientras se movía en la silla de plástico rojo, en un intento por encontrar una posición cómoda.

- No -respondió Georgia, y luego añadió-: Gracias.

Teresa sonrió mientras espiaba de reojo el reloj. La reunión duraría una media hora, quizá cuarenta minutos. Pero solo habían pasado diez, y ya no se le ocurría qué más decirle a la niña que tenía delante. Intentó disimular un suspiro de impaciencia. «No puedo creer que rechace un empleo de 120.000 dólares al año en el Rand Institute para acabar de niñera de una chiquilla malcriada», pensó.

Se movió de nuevo en la silla. Por mucho que le molestara hacer de niñera, casi se alegraba de no estar presente en la sala, de no ver el rostro de Andrew cuando se enterara de las noticias. A lo largo del último año, su aprecio por el hombre había aumentado más allá de la admiración intelectual. Un laboratorio de robótica podía ser un lugar solitario. Después de todo, los autómatas no hablaban; y, cuando lo hacían, la conversación casi nunca era interesante. Había descubierto que esperaba con ansia las charlas telefónicas con Warne. Era agradable conversar con alguien que disfrutaba con las pequeñas victorias, con las teorías un tanto descabelladas. Incluso parecía apreciar su curioso sentido del humor, y eso era decir mucho. Andrew Warne era muy buen tipo; lo que estaba pasando era una sorpresa muy desagradable, y no solo para él.

Georgia sacó un magnetófono del bolsillo, se puso los auriculares, y luego -como si acabara de caer en la cuenta de que era una descortesía- se los quitó. Teresa se preguntó por qué Warne había llevado con él a su hija. La respuesta apareció al instante. «Nadie le reveló el verdadero motivo de la llamada. Están dispuestos a mantener el máximo secreto. Él debió de creer que podría pasar un día de fiesta con su hija.» Intentó buscar un nuevo tema de conversación.

- ¿Qué es lo que escuchas? -señaló el magnetófono.

- Benny Goodman. En el Carnegie Hall.

- No está mal. Aunque para mí el viejo Benny es un pelín demasiado blanco, no sé si me entiendes. ¿Te gusta Duke Ellington?

Georgia sacudió la cabeza.

- No lo sé.

- ¿No lo sabes? Es el padre de toda la música moderna. No me refiero solamente al jazz. El tipo tenía Swing. Tienes que escuchar su concierto en Newport en 1956. No te pierdas «Diminuendo and Crescendo in Blue». El saxofonista, Paul Gonsalves, interpreta un solo de veintisiete estribillos. Veintisiete fabulosos estribillos. Increíble.

El comentario no consiguió respuesta. Teresa exhaló otro suspiro. Se dio cuenta de que le hablaba a Georgia como si fuese una adulta. Pero no tenía idea de cómo hablar con una niña. Ni siquiera cuando ella misma era una niña sabía cómo hablar con los de su edad. Demonios, a veces ni siquiera se sentía cómoda cuando hablaba con otros adultos. Pero tenía muy clara una cosa: si tenía que seguir sentada allí durante otra media hora, acabaría loca perdida. Se levantó bruscamente.

- Vamos a dar un paseo. -Georgia la interrogó con la mirada-. Pareces aburrirte tanto como yo. Ven, quiero que veas una cosa.

Georgia la siguió en silencio mientras Teresa caminaba por los pasillos del nivel B. Llegaron a una puerta sin cartel. La puerta daba a una escalera metálica. Teresa la hizo pasar, y comenzaron a subir.

La escalera parecía no acabarse nunca. Por fin llegaron a un pequeño rellano, cerrado con rejas. En un extremo comenzaba otra escalera, más angosta que la anterior, que desaparecía en un túnel. De mutuo acuerdo, se detuvieron en el rellano para recuperar el aliento:

- ¿No hay ascensor? -preguntó Georgia, entre jadeos.

- Sí, pero detesto los ascensores.

- ¿Por qué?

- Tengo claustrofobia.

Permanecieron en silencio durante un par de minutos. Después Teresa preguntó:

- Dime una cosa, ¿qué tal es tener un padre que es un genio?

Georgia la miró sorprendida, como si nunca se hubiese planteado el tema.

- Bueno, no está mal.

- ¿No esta mal? No sé lo que yo habría dado por tener a un padre como el tuyo. La idea que tenía mi padre de las matemáticas avanzadas era contar las cuentas del rosario.

Georgia pensó durante unos segundos.

- Es como cualquier otro padre. Nos divertimos.

- ¿Te interesa la robótica?

- Sí. Bueno, me interesaba.

Teresa consideró la respuesta. Le costaba creer que estuviese allí, de charla con la hija de Andrew Warne, el creador de la metarred, el controvertido pionero de la robótica y la inteligencia artificial, que hasta no hacía mucho trabajaba en Carnegie-Mellon. Mientras

ponían en marcha la metarred, había hablado tantas veces con él por teléfono que le costaba imaginar que tuviese una familia. Por supuesto, ella conocía la historia. Sabía que su esposa, ingeniera naval, había muerto ahogada cuatro años atrás mientras probaban un nuevo modelo de velero en la bahía de Chesapeake. Conocía la estrecha vinculación de Warne con Eric Nightingale en el proyecto original de Utopía, y cómo, después del fallecimiento de Nightingale, los ejecutivos encargados de acabar la construcción del parque lo habían apartado. Incluso conocía los cotilleos la relación entre Warne y Sarah Boatwright en Carnegie-Mellon; cómo sus controvertidas teorías sobre el aprendizaje de las máquinas no estaban dando los frutos prometidos; cómo la compañía que había fundado después de abandonar Carnegie-Mellon había quebrado, víctima de la caída de las empresas de Internet. Por supuesto, no todos los rumores que corrían por Utopía era acertados; pero, si este último lo era, entonces más razones para lamentar lo que le esperaba ese día. Se apartó de las rejas.

- Vamos. Solo nos faltan setenta y un escalones. Una vez los conté.

Este tramo de escalera era muy empinado y estaba cubierto. No había ventanas, y la iluminación la daban los tubos fluorescentes en el techo.

- Ya casi estamos -dijo con voz jadeante Teresa, que se ayudaba a subir con el pasamanos.

La pendiente disminuyó poco a poco. Teresa pasó primera por una curva cerrada, salió a otro rellano y se apartó al tiempo que le hacía un gesto a Georgia para que se pusiera a su lado. La observó mientras se acercaba y después se detenía bruscamente, dominada por el asombro.

- Sujétate bien fuerte a la balaustrada. -Teresa sonrió al ver su expresión-. Se tarda un poco en acomodarse. Cierra los ojos un momento. A veces ayuda.

Se encontraban en una plataforma de observación, debajo mismo de la cúpula de cristal de Utopía. Abajo, más allá de un panel de cristal que solo permitía ver en un sentido, se extendía todo el parque. Se veía la nítida recta del Nexo que cruzaba por el centro. A cada lado, como las mitades de un pomelo, estaban los Mundos; cada uno con sus propios colores y formas, absolutamente diferentes los unos de los otros. Calisto, el futurista puerto espacial, visto desde esa altura parecía una fotografía en blanco y negro; Luz de Gas estaba envuelto en la bruma; Paseo era pura luz y colores pastel. Había gente por todas partes, personas que caminaban por los bulevares y las aceras, que hacían cola, tomaban fotografías, consultaban planos, hablaban con los actores, comían, bebían, reían y gritaban. Era como ver un plano animado del parque. Pero era mucho más; porque, desde esa altura, se descubría con todo detalle la compleja maquinaria secreta que ningún visitante llegaba a ver: las entradas y salidas ocultas, los falsos frentes de los edificios, los coches eléctricos, los decorados, los equipos y el laberinto de pasillos disimulados detrás de las paredes y las fachadas.

Teresa le señaló a un trabajador que, con una radio en la mano, trotaba por un angosto pasillo situado casi directamente debajo de ellas.

- No hagas caso de la gente que se mueve entre bambalinas -dijo con un tono risueño-. Bueno, ¿qué te parece?

- Es impresionante -afirmó Georgia, con los ojos brillantes ante el magnífico espectáculo que se extendía a sus pies.

De pronto, señaló-: ¡Mira! Allí está el Expreso de Brighton. Subimos esta mañana. Y la Máquina de los Alaridos. No sabía que estaban tan cerca uno de otra.

- Es parte del diseño del parque -le explicó Teresa-. Se pone la salida de una atracción cerca de la entrada de la otra.

Sonriente, se apartó un poco para observar a Georgia, que lo miraba todo, boquiabierta. A diferencia de la mayoría de los demás parques, en Utopía los visitantes solo tenían acceso a las zonas públicas. Nadie excepto las personalidades llegaban a ver el subterráneo, y nadie tenía ocasión de ver el parque desde la posición en que estaban. Hasta cierto punto era de lamentar, porque era algo que asombraba a todos, incluso a las niñas precoces de catorce años que creían haberlo visto todo.

- Mira esto -añadió Teresa, Le señaló una pequeña placa en la balaustrada donde se leía «Eric Nightingale, 1956-2002»-. Lo llamamos el Nido de Nightingale. Está dedicado a su visión de Utopía. -Miró a Georgia-. ¿Tuviste ocasión de conocerlo?

- Solía venir a casa. Hablaba de robótica con papa. Jugó al backgammon conmigo en un par de ocasiones. Me dejó ganar más veces de lo que me deja papa.

Teresa sacudió la cabeza. Le resultaba divertida la imagen del gran Nightingale jugando al backgammon con una niña de primaria. Después contempló el parque.

- Todos los que trabajan en Utopía vienen aquí una vez. Por lo general en su primer día. Es algo así como una iniciación. Por lo demás es un lugar muy tranquilo. Ya sabes, con tantas escaleras. A mí me gusta venir aquí. Dios sabe que necesito hacer ejercicio. Cuando me siento baja de moral, por cuestiones de trabajo o algún otro motivo, venir aquí me recuerda para qué trabajo. Me pareció que hoy era apropiado subir hasta aquí.

Se interrumpió al comprender que había dicho más de lo que pretendía. Vio que Georgia la miraba de una forma extraña ¿«Está pensando algo sobre mí -dijo Teresa-. ¿Qué será? Quizá me valga más no saberlo.»

- ¿Qué? -preguntó en voz alta.

Georgia desvió la mirada por un momento.

- Me preguntaba una cosa. ¿Te gusta Fats Waller?

- ¿Gustarme? Escuché «Handful of Keys» hasta que se borraron los surcos del disco. Creo que en piezas para piano no hay ninguna que supere a «Carolina Shout». -Ahora fue ella quien miró intrigada a Georgia-. ¿Por qué?

Georgia le sostuvo la mirada por un momento, y después se apresuró a mirar al parque.

- Oh, por nada especial -respondió, con una súbita timidez.

Teresa consultó su reloj.

- Creo que hemos conseguido matar media hora. Volvamos con tu padre -dijo, y comenzó a bajar la escalera.

**11.15 h.**

Andrew Warne miró alternativamente a Sarah y Fred Barksdale. Sarah hizo un gesto hacia la mesa.

- Andrew, por favor -dijo Sarah-. Siéntate. -Dejó la taza en la mesa y se sentó. Recogió los papeles, los ordenó de nuevo y se los acercó a Warne-. Fírmalos para que podamos continuar.

Warne cogió las hojas, les echó un vistazo y miró a la mujer.

- Es un acuerdo de confidencialidad.

Sarah asintió.

- No lo entiendo. Firmé uno de estos durante la fase de desarrollo.

- Son cosas de Chuck Emory y la oficina central. Quieren asegurarse de que todo lo que discutamos aquí permanezca en el máximo secreto.

Sarah no añadió nada más y se limitó a sostenerle la mirada. Al cabo de un momento, Warne exhaló un suspiro, bajó la mirada y garrapateó su nombre en la última página. «Maldita burocracia -pensó-. Los tipos de Nueva York empeoran con los años.» No obstante, tenía sentido. Para expandir la metarred necesitaría tener acceso a la nueva tecnología de la empresa. Sarah cogió el documento.

- Gracias. -Dejó las hojas junto a la taza de té-. Lamento que no pudiéramos darte antes más detalles, pero hace muy poco que detectamos los problemas y hemos intentado descubrir un patrón.

Warne miró a la directora del parque.

- ¿Problemas?

Sarah se volvió hacia Barksdale.

- Fred, ¿puedes ponerlo al corriente?

- Muy bien -asintió Barksdale. Apoyó los codos en los brazos de la silla y unió las manos por las puntas de los dedos. Miró a Warne atentamente-. Durante las últimas dos semanas han estado ocurriendo cosas extrañas con algunos de los sistemas de Utopía. Fallos en el sistema de traslación universal de las salas de servicios, por ejemplo. La inteligencia artificial que controla los diagnósticos de la Estación Omega (la caída libre de Calisto) detecta fallos continuamente y no deja que funcione. Pero la mayoría de los problemas los hemos tenido con la robótica. -Comenzó a enumerarlos con los dedos-. Un robot de limpieza en el nivel C intentó fregar un panel eléctrico; consiguieron desactivarlo en el último momento. Un robot cartero comenzó a arrojar la correspondencia en las papeleras en lugar de colocarla en los buzones. Algunos de los lanzallamas en Dientes de Dragón se activaron antes de tiempo y a punto estuvieron de achicharrar a un grupo de visitantes japoneses.

- ¿Todos estos problemas son continuos? -preguntó Warne.

- Eso es lo más irritante de todo. Excepto en la Estación Omega, han sido intermitentes, e incluso ese problema desapareció hace alrededor de una hora. Se ha vuelto a activar la luz verde, y ninguno de los técnicos sabe la razón. Hemos realizado pruebas de tolerancia, evaluaciones de los sistemas, hasta hemos recurrido a la baja tecnología con osciloscopios y localizadores, y no hemos encontrada nada raro.

- Fallos fantasmas -señaló Sarah-. Todo funciona bien, al minuto siguiente tienen un ataque psicótico y luego vuelven a la normalidad.

Warne miró a Sarah. Comenzaba a tener una sensación de frío en la boca del estómago.

- ¿Oscilaciones en el voltaje? -preguntó.

Barksdale sacudió la cabeza.

- Todas las líneas están absolutamente limpias -afirmó-. No hay fluctuaciones en la red eléctrica.

- Tienes razón, lo había olvidado. El reactor nuclear.

- Al ver que nadie se reía, formuló otra pregunta-: ¿Los detectores Beta?

- No. Todos en orden.

- ¿Algún virus?

- ¿Después de tantos ciclos de procesamiento? ¿En tantos lugares y que luego desaparezcan?

- ¿Habéis montado un espacio limpio para aislar algún episodio?

- Con tantos robots autónomos en el parque, la verdad es que ni siquiera sabríamos por dónde empezar.

Se hizo el silencio. Warne advirtió que el helor se extendía por momentos.

- Los problemas intermitentes de esta clase a menudo indican una intrusión externa -manifestó con mucha cautela.

- Absolutamente imposible -dijo Barksdale-. Hay un foso alrededor de todos los servidores de producción. No hay conexiones externas. El único portal exterior es la página Web de información, y no está aquí. Además tiene toda clase de cortafuegos.

Sarah Boatwright bebió un sorbo de té.

- Solo para asegurarnos, el mes pasado Fred pidió a los «sombreros blancos» de KIS que le dieran un repaso. Según su informe, nunca habían visto un sistema más seguro.

Warne asintió, distraído. Había trabajado el año anterior con el Keyhole Irtrusion Systems, cuando el servidor de Carnegie-Mellon había sufrido un ataque de negación de servicios. Los «sombreros blancos» eran piratas informáticos contratados por las empresas para que analizaran sus sistemas informáticos y señalaran los fallos. Los chicos del KIS eran los mejores del ramo. Se humedeció los labios. Había llegado el momento de hacer la pregunta.

- Muy bien, así que hay un problema en el paraíso. Lo lamento. Pero ¿cómo se relaciona exactamente con eso que tu ayudante llamó el futuro desarrollo de la metarred?

Barksdale y Sarah Boatwright intercambiaron una mirada.

- Doctor Warne, no sé muy bien cómo decírselo -respondió Barksdale-. Esperaba que llegara a la misma conclusión que nosotros. El problema parece estar en la metarred.

Si bien había comenzado a temer que esa fuese la respuesta, Warne se sintió asombrado. Notó la boca seca.

- ¿No creéis que es sacar una conclusión apresurada?

- Es la única cosa que tienen en común todos los fallos. Hemos eliminado todo lo demás. No hay otra respuesta.

- ¿No hay otra respuesta? -Warne escuchó su voz, más alta y apresurada de lo que habría deseado.

- Se supone que la metarred aprende por sí misma. Quizá, con el paso del tiempo, ha modificado sus reglas para peor, como dice el refrán, «lo mejor es enemigo de lo bueno».

- No, no lo sé. El sistema tiene un tic nervioso, y culpáis a la cabeza.

- Es más que un tic nervioso -manifestó Barksdale. Había una expresión especial en su rostro, como la de un médico que le da una mala noticia a un paciente-. Hay algo más. Ocurrió el viernes pasado en la montaña rusa de Notting Hill.

Warne había leído una breve noticia del incidente en el periódico.

- Aquello fue un fallo mecánico. Un descuido en el mantenimiento o algo así.

- Todas las atracciones donde la fuerza de gravedad es alta están fabricadas por una empresa suiza, la Taittinger SC Rochefort. Son el Rolls-Royce de las montañas rusas.

- Sea como sea, fue un accidente. ¿Por qué es importante?

- Hay dos robots asignados a la atracción. Durante el día, mientras funciona la montaña, se encargan de la lubricación. Cuando el parque cierra, realizan una inspección de seguridad de toda la vía. Están programados para verificar la fatiga del metal y los puntos de tensión, asegurarse de que los patines de freno electrónicos que controlan el movimiento de las vagonetas en las subidas y bajadas funcionan correctamente. Por alguna razón que desconocemos, hace diete noches aflojaron una docena de patines en lugar de ajustarlos, con un cambio de polaridad. Al día siguiente, con la atracción en marcha, cinco de los patines sufrieron un cortocircuito, dos de ellos en un punto crítico. Sin los patines para mantenerla en los realces, una de las vagonetas descarriló en el descenso final. Los enganches de seguridad colocados en la parte inferior de la vagoneta impidieron que descarrilara del todo, pero se bamboleó terriblemente en los veinticinco metros de bajada.

- Vi los vídeos del incidente -dijo Sarah-. Fue como ver a un perro sacudiendo un ratón. El niño sentado delante se soltó de la barra y cayó. Salvó la vida de milagro. Pero se fracturó las dos piernas y varias costillas. Pasará meses en silla de ruedas. Los otros ocupantes también sufrieron lesiones. El padre se fracturó la clavícula. Ni que decir que los abogados rondan por aquí un día sí y otro también.

Warne se dio cuenta de que contenía el aliento. Soltó el aire lentamente.

- ¿Estáis absolutamente seguros?

Sarah y Barksdale asintieron a una.

- No tiene sentido. ¿Revisaron los programas de los robots?

- Fue lo primero que hicimos después de cerrarla atracción. El equipo de revisión de códigos dirigido por Teresa Bonifacio verificó cada una de las líneas de comando. La metarred había reprogramado los robots para que aflojaran los patines.

- ¿De los dos robots?

- Cada uno aflojó seis patines.

Warne notó una extraña sensación de parálisis en los miembros. Se esforzó en controlarla.

- Esperad un momento. Pensemos en el trabajo de la metarred. Es una red nerviosa que examina el código operativo de los robots del parque y optimiza el código. Eso es todo lo que hace. Es un sistema de aprendizaje pasivo. Iría en…

- Warne se interrumpió-. ¿Habéis considerado la posibilidad de un sabotaje interno?

Barksdale asintió mientras se arreglaba la corbata.

- Todo el personal es sometido a una muy rigurosa batería de pruebas psicológicas y se averiguan sus antecedentes.

Los sueldos y los beneficios que ofrecemos son los mejores de la industria, tenemos un grado de satisfacción laboral del noventa y nueve por ciento…

- Espera, espera -lo interrumpió Warne-. Todo eso está muy bien. Pero esto tiene todo el aspecto de ser un trabajo desde dentro. ¿Qué otra explicación puede haber?

Warne vio cómo Sarah y Barksdale intercambiaban una mirada. Adivinó lo que pensaban: «Está a la defensiva. Intenta cargarle las culpas a cualquiera menos a su propia creación».

- Tenemos un proceso de promoción de códigos muy estricto, nada se actualiza sin pasar por la cadena de mandos ni sin mi autorización. La cuestión es, doctor Warne, que esto no es sencillamente la faena de un espía industrial o un empleado descontento. ¿Fallos de diagnóstico en un robot cartero? ¿Qué sentido tiene? Además, es a gran escala. Incluso así, hemos comenzado con las entrevistas y las revisiones de expedientes, para estar bien seguros.

Sarah bebió otro sorbo de té.

- Mientras tanto, Andrew, queremos que desactives la metarred.

Por un momento, el asombro demoró la respuesta de Warne. «Dios bendito, desactivar la metarred.» Pensó en los robots de la Caza de Notting Hill, los patines sueltos. ¿Era realmente posible que él fuese indirectamente el responsable de algo tan terrible…? Sacudió la cabeza. No era posible, no podía ser.

Miró de nuevo a Sarah y a Barksdale. Vio en sus ojos que esta conversación no era más que un mero trámite. Ya habían tomado una decisión.

- Sarah -dijo con su tono más abyecto-, sé que estás -sometida a una gran presión. Pero creo que es una medida apresurada. Podemos tomarnos unos días para analizar a fondo el problema. Puedes facilitarme los detalles específicos. Estoy seguro de que algo saldrá a la luz.

- Andrew, salgo mañana por la mañana para San Francisco. Fred te facilitará todo lo que necesites.

Warne los vio compartir otra mirada íntima. Entonces se dio cuenta: Sarah y Barksdale eran pareja.

Bruscamente, los celos y el enfado se mezclaron con la sorpresa, el desconsuelo y la mortificación que ya lo dominaban. No podía culpar a Sarah, por supuesto; era lógico que se sintiera atraída por alguien como Barksdale. El tipo tenía el encanto británico que a Warne siempre le había parecido un tanto superficial; apuesto, galante, inteligente. Era casi demasiado. Se sintió como un Volvo cambiado por un jaguar de doce cilindros.

Sacudió la cabeza ante la amarga ironía. Durante todo este tiempo, no había dejado de pensar en cómo sería ver a Sarah de nuevo: Cómo actuaría ella, lo que sentiría él, lo que Georgia podría decir o callar. No había pensado casi para nada en la reunión, más allá de que podía ser un nuevo principio para su carrera. Se reclinó en la silla, con la sensación de ser más viejo que cuando había entrado en la habitación.

- Vosotros comprasteis la tecnología -dijo con furia contenida-. La podéis utilizar como mejor os parezca. ¿Qué necesidad había de hacerme venir aquí solo para comunicarme la mala noticia?

- Queremos que se encargue usted de desmontarlo -respondió Barksdale.

- ¿No os parece que es tener mucha cara? No solo queréis hacerle una lobotomía a mi creación, sino que yo empuñe el bisturí.

Barksdale pareció considerarla protesta de Warne.

- No es una operación trivial.

- Estoy seguro de que tenéis una legión de programadores que pueden hacer las reparaciones. No necesitáis de mi ayuda…

- Doctor Warne, ¿cree usted que fue idea mía? -Barksdale sonreía, pero las sonoras vocales inglesas denotaban cierta irritación.

- También podría ser que en realidad estéis buscando a un cabeza de turco.

Barksdale lo miró sorprendido. Sarah se levantó.

- Creo que ya hemos hablado lo suficiente -declaró con un tono seco-. Demos por acabada la reunión. Fred, te veré en la reunión sobre el estado del parque. Andrew, ¿puedes quedarte un momento?

- De acuerdo. -Barksdale sonrió fugazmente a Sarah, se despidió de Warne con un gesto cauteloso y se marchó.

Sarah lo observó marchar y luego miró a Warne.

- Me alegra comprobar que no has perdido tu capacidad para ponerte al público en tu contra.

- ¿Cómo esperabas que reaccionara, después de enterarme de que mi gran éxito está a punto de acabar en la basura? ¿Complacido?

- No tienes por que verlo de esa manera. La suspensión de la metarred es transitoria. Hay que averiguar qué pasa.

- No me vengas con historias. Ya he tratado con los tipos de la oficina central después de la muerte de Nightingale, ¿o no lo recuerdas? Has visto el resultado. En cuanto apaguen la metarred, no la volverán a encender.

Sarah acercó la mano a la taza de té.

- Comprendo cómo te sientes, Andrew, pero…

- Eso también. ¿Qué pasa conmigo?

- Creo que es lo mejor. -Apartó la mano y lo miró a los ojos-. ¿Tú no?

Nadie derrotaba a Sarah en un duelo de miradas. La furia que sentía Warne desapareció con la misma brusquedad que había aparecido, y ahora se sintió derrotado. Se inclinó sobre la mesa y cruzó los brazos.

- Acabo de darme cuenta de que mañana es veintiuno de junio.

- ¿Y qué?

- Es el primer aniversario del día que te largaste.

- No me largué, Drew. Acepté el trabajo en Utopía.

- ¿No podrías haberte quedado un poco más, haber intentado solucionar las cosas? Sé que ambos estábamos muy ocupados, que no teníamos mucho tiempo para dedicarnos el uno al otro. Soy consciente de que Georgia no te puso las cosas fáciles. Pero tampoco le diste muchas oportunidades, a ninguno de los dos.

- Te di todas las que pude. ¿Esperabas que renunciara a mi trabajo?

- No esperaba que liaras los bártulos y vinieras a Nevada.

- ¿Era la oportunidad de mi vida! ¿Habrías preferido que me quedara, resentida contigo por haberme retenido?

Sarah se había adelantado mientras lo decía. Ahora hizo pausa. Luego, con paso lento, retrocedió, cogió la taza y bebió un sorbo.

- No removamos el pasado -añadió en voz baja-. No tiene sentido, no nos conducirá a ninguna parte. -Dejó la taza en la mesa con mano firme-. Meterte en esto fue una decisión difícil para mí, pero no tenía otra alternativa. Nadie entiende la configuración de la metarred mejor que tú. Después de todo, tú la diseñaste, y no queremos tener más problemas.

Warne no respondió. Le pareció que no quedaba nada; más que decir.

- No tendría que recordarte los términos del acuerdo original. ¿No lo puedes ver como una oportunidad? Tienes seis meses por delante, y trabajarás en un entorno que ni en sueños podrías duplicar en tu laboratorio.

«Ahora no tengo laboratorio», pensó Warne. Se encogió de hombros.

- Claro que sí. Será una fantástica autopsia.

Sarah lo miró mientras se prolongaba el silencio. Luego recogió los papeles y la taza de té.

- Teresa regresará en cualquier momento. Te recomiendo que no pierdas el tiempo. El señor Barksdale espera un plan de trabajo para última hora de la tarde.

Salió de la sala de conferencias sin molestarse en cerrar la puerta.

**11.45 h.**

Calisto era el Mundo del futuro de Utopía. Se pretendía que los visitantes creyeran que se encontraban en un bullicioso puerto espacial situado en una órbita geosincrónica alrededor de la sexta luna de Júpiter. Andrew Warne comprobó que no resultaba difícil de creer. Después de un breve viaje en una lanzadera a través de la más absoluta oscuridad, había desembarcado en el muelle, con Georgia a su lado, para pasar inmediatamente a la muy concurrida Calle Mayor, donde se detuvo para contemplar el entorno con una expresión de asombro. Delante de ellos había un centro de diversión y comercio que parecía haber sido transportado directamente del siglo XXIV. Alienígenas y actores vestidos con uniformes futuristas caminaban mezclados con la multitud, que no dejaba de hacerles fotos. Rayos lásers rojos y azules se entrecruzaban por encima del Mundo. Por todas partes había imágenes holográficas de un realismo sorprendente: unas señalaban el camino hacia las atracciones, otras flotaban como rótulos sobre las entradas de los restaurantes, las tiendas y los lavabos.

Como en todo el resto del parque, en las alturas se veía la cúpula. Pero aquí no aparecía la faja de azul brillante que había visto en el Nexo y en Paseo, sino otra negro terciopelo como el espacio exterior, tachonado por millones de estrellas.

Los vivos colores de Júpiter ocupaban una cuarta parte del Cielo. Mientras lo contemplaba, vio que las nubes se movían a gran velocidad sobre la superficie del planeta, como en las tempestades terrestres.

- Impresionante -opinó Georgia mientras miraba en derredor-. Como se veía en la presentación. Pero ¿por que estamos aquí? No hemos acabado de recorrer Paseo.

- Lo haremos después. Nos queda mucho tiempo. Hay algo que quiero enseñarte.

Miró su reloj. Había quedado en encontrarse con Teresa a la una, así que disponían de más de una hora. Intentó mantener el paso ligero, el tono relajado. Georgia tenía un sexto sentido para interpretar sus cambios de humor. Afortunadamente, no le había hecho preguntas sobre la reunión.

Consultó un momento el plano, y luego él y Georgia se mezclaron con la multitud. La excitación y la energía aumentaron, y en el aire frío que olía como una sala esterilizada flotaba un casi palpable sentimiento de alegría. Calisto era el único Mundo donde aparecían los personajes de la popularísima serie de Nightingale, Atmósfera. También era donde estaban las dos montañas rusas más famosas del parque: Horizonte Espacial y Disparo Lunar. Por todas partes había niños que corrían para acercarse a los hologramas de Eric Nightingale y a los actores disfrazados, arrastraban a los padres a sus atracciones preferidas o pedían dinero para comprar los muñeco de la serie.

Sin embargo, ni el ambiente festivo ni el exótico entorno consiguieron disipar el humor lúgubre de Warne. Desactivar la metarred. Seguía sin poder creerlo. Pensar que solo dos horas antes había estado deambulando por Paseo como un bobo mientras se preguntaba qué nuevas y fantásticas características querrían añadir a la red robótica. Sacudió la cabeza con una expresión de amargura.

- ¿Que pasa, papa? -preguntó Georgia en el acto.

- Nada. Es que todo este lugar, las montañas rusas, todas estas tiendas… Es absolutamente comercial. Si Nightingale lo viera se moriría de nuevo.

- Papá, no entiendes nada. Es impresionante. Mira aquello- Le señaló una de las atracciones más tranquilas: algo que parecía una araña hecha de pequeñas naves espaciales, que giraban sujetas a unas patas metálicas apenas visibles que subían y bajaban y creaban la ilusión de que las naves se movían por sí mismas-. Hasta los juegos para los más pequeños son fantásticos.

Warne asintió. Así y todo estaba muy lejos de la visión que Nightingale le había descrito, sentado a la mesa de su cocina, la primera noche que se habían encontrado. Recordó cómo resplandecían los ojos negros del mago con la energía de un iluminado; cómo saltaba de la silla una y otra vez mientras hablaban para pasearse por la habitación; cómo movía las manos mientras describía su idea de un entorno virtual. Había recorrido medio mundo para visitar parques temáticos, castillos, templos, pueblos medievales. Quería crear mundos virtuales que fuesen perfectos hasta el último detalle; mundos pasados, mundos futuros, que instruyeran a los visitantes al tiempo que los entretenían. Mundos que se basarían en la inmersión, y no en las atracciones, para deleitar a los visitantes. Nightingale lo había llamado un sistema temático que utilizaría los últimos adelantos en los medios digitales, la holografía y la robótica para crear su magia, y había querido que Warne diseñara la subestructura robótica.

Incluso sin la pasión y el carisma de Nightingale, la idea no podía ser más atractiva. Encajaba perfectamente con las muy controvertidas teorías de Warne sobre la inteligencia artificial y el aprendizaje de las máquinas. Se le había ocurrido la idea de la metarred que vincularía todos los robots del parque a un ordenador central. El ordenador analizaría la actividad de los robots, crearía mejoras y descargaría los códigos optimizados a todos los robots conectados a la red. No solo sería el vehículo perfecto para demostrar sus teorías sobre el aprendizaje de las máquinas, sino el comienzo de una vasta red de robots e inteligencia artificial que acabaría por abarcar todas las operaciones del parque. Al menos, aquel había sido el plan…

- ¿Teresa es japonesa? -preguntó Georgia.

Warne salió de su ensimismamiento, un tanto sorprendido por la pregunta.

- No lo sé, princesa. No lo creo.

- Papá, te he dicho que no me llames princesa.

Se habían adentrado en Calisto, y aquí la muchedumbre era mucho más compacta. Por todas partes se oían voces, risas, gritos infantiles. A un lado, una multitud estaba reunida alrededor de un hombre alto y delgado vestido con una armadura del siglo XXIV y una resplandeciente capa negra. Era Morfeo, el demoníaco mago que gobernaba la Tierra Primitiva, un personaje al que cincuenta millones de niños televidentes odiaban encantados. Posaba para una foto, con una mano apoyada en el hombro de un niño y una amplia sonrisa que separaba la diabólica barba. Warne frunció el entrecejo mientras lo miraba. Acababa de darse cuenta de que no había hablado con Teresa desde hacía por lo menos tres semanas. Era algo poco habitual; tenían la costumbre de llamarse al menos una vez ala semana no solo para hablar de trabajo sino también para compartir cotilleos y chistes.

Ella era la encargada de la metarred. Lo mínimo que podría haber hecho era avisarle. ¿Por qué no lo había hecho? Se dejó llevar por el enfado al pensar si ella tendría alguna responsabilidad en todo esto, si no habría hecho algo, inadvertidamente o no, para sabotear su creación. Y pensar que su primera respuesta, al verla en persona, había sido de una fuerte atracción física, sacudió la cabeza.

Habían quedado en encontrarse en su laboratorio. Decidió que lo haría para preparar una retirada, asegurarse de que no hubiese impedimentos para una transición tranquila. Después haría lo que tenía pensado desde el principio: disfrutar del parque con su hija. Teresa y su equipo podían ocuparse de desactivar la metarred. Al diablo con el contrato. De ninguna manera sería él quien desconectara su más grande logro.

Distinguió un poco más allá el holograma de una constelación sencilla, que giraba sobre la entrada de un restaurante: la Osa Mayor. Las numerosas personas que hacían cola no dejaban de hacer comentarios y señalar algo. A pesar de sí mismo, Warne no pudo evitar una sonrisa. Sabía muy bien qué comentaban con tanto entusiasmo.

Junto a la entrada del restaurante había una ventana mostrador, enmarcada en cromo y abierta a la calle. Delante del mostrador, hecho de un brillante material transparente, había una fila de taburetes redondos y, detrás, una heladería futurista iluminada con luz ultravioleta. El heladero era un gran robot móvil que tenía el aspecto de haber sido construido por un niño con bloques metálicos. La base era una plataforma con seis ruedas sincronizadas. Sobre la base había un cubo de grandes dimensiones donde estaba el ordenador, y sobre el cubo, un cilindro que soportaba dos grupos de transductores ultrasónicos.

Warne tocó el brazo de Georgia para llamar su atención y después señaló el robot. Georgia miró hacia donde señalaba su padre y se detuvo bruscamente. En su rostro apareció una sonrisa.

- ¡Oh, papa! -exclamó-. Se me hace extraño verlo aquí.

El robot preparaba un batido. Warne observó cómo el autómata echaba el helado en el recipiente de la batidora; las poderosas pinzas que eran sus manos se movían con movimientos precisos y perfectamente controlados. Aquello había sido la parte más difícil del proyecto: la geometría sonar. Como sabía que el robot estaba destinado a trabajar en

un entorno fijo, todo lo demás -los códigos de las ruedas para el sistema de orientación, el mapa topológico- había sido relativamente sencillo. Pero la visión estereoscópica necesaria para sacar cantidades precisas de un recipiente de helado de forma variable lo había mantenido despierto más noches de las que quería recordar. También había dado nombre al robot: Currante. Sin duda su hermano, Cubito, estaba en algún lugar del restaurante. Warne había diseñado a Cubito para que atendiera el bar, una tarea más sencilla porque servir una cantidad de bebida predeterminada no requería un control tan delicado como el de los mecanismos que accionaban los brazos de Currante.

- Vamos -dijo Warne con un brazo sobre los hombros de Georgia-. Tomemos un helado.

Mientras se acercaban, Currante acabó de preparar el batido y se lo sirvió a una adolescente sentada en uno de los taburetes.

- Aquí tiene -dijo, y movió la cámara que era la cabeza hacia la muchacha-. Su pase, por favor.

Warne observó cómo Currante escaneaba el pase con el sonar, lo devolvía y luego colocaba el batido en el mostrador. Georgia tenía razón: también él se había acostumbrado tanto a ver al robot moverse en el reducido espacio de su laboratorio en Carnegie-Mellon que se le hacía extraño verlo allí, en ese entorno surrealista, sirviendo helados de verdad a personas reales.

El robot se alejó para ir a servir a otro cliente. Warne y Georgia pasaron entre los mirones para ir a sentarse en dos taburetes al final del mostrador. Había sido Georgia quien lo había convencido para que instalara un sensor ultrasónico panorámico encima del conjunto central del autómata, y lo girara hacia la voz humana más próxima. Todavía recordaba el momento en que se lo había mostrado por primera vez, la manera como ella había torcido el gesto para manifestar su desaprobación. «Tiene que tener una cabeza», le había dicho.

Había construido los dos robots solo para llamar la atención de Nightingale, unas plataformas que sirvieran para demostrar cómo el reconocimiento de voz y el procesamiento de imágenes podía tener una aplicación comercial. Pero Nightingale era un hombre apasionado por los detalles y poseía una increíble visión de futuro, y se había mostrado tan encantado con Cubito y Currante como lo había estado con la premiada tesis de Warne sobre las redes nerviosas jerarquizadas, o su idea de una metarred de autoaprendizaje. Había insistido en que debían encontrarles un lugar en Utopía. Currante se les acercó.

- Buenas tardes. ¿Qué desean?

- Un batido de vainilla, por favor. -Warne no necesitaba preguntárselo a Georgia. -Su hija podía sobrevivir a base de batidos de vainilla. Había sido lo primero que le había enseñado al robot a preparar.

- Un batido de vainilla -repitió Currante. Warne casi había olvidado que la voz artificial estaba hecha a partir de su propia voz digitalizada, y desde luego no recordaba lo grande que era el autómata: casi dos metros cuarenta hasta la parte superior de los sensores-. ¿Algo más?

- Sí, Un batido doble de chocolate y pistachos con nata montada, por favor.

El robot se detuvo al escuchar el pedido.

- ¿Doctor Warne? -preguntó al cabo de un momento.

- Sí, Currante.

El robot hizo otra pausa, esta vez más larga.

- Marchando un batido doble de chocolate y pistachos con nata montada, Kemo Sabe.

Warne observó al robot mientras se alejaba. La referencia a *El Llanero Solitario* había sido una broma privada, su firma al pie del cuadro. Había decidido incluirla dieciocho meses atrás, el mismo día en que habían embalado a Cubito y Currante para enviarlos a Nevada. Dieciocho meses, pero la diferencia era abismal. Entonces, él y Sarah acababan de iniciar la relación; era una mujer muy segura de sí misma, con su misma capacidad intelectual, y una posible segunda madre para Georgia. Él había comenzado un trabajo pionero para Eric Nightingale, con la promesa de que habría muchos más. El futuro no podía haber sido más prometedor.

Con cuánta rapidez habían cambiado las cosas. Georgia no había acogido a Sarah de la manera que él había esperado; al contrario, se había mostrado resentida y había adoptado una actitud posesiva con su padre. Por otro lado, su propio trabajo había comenzado a ser objeto de severas críticas en Carnegie-Mellon, donde lo veían como algo poco fiable. Después había muerto Nightingale, y su relación con los ejecutivos y contables que lo habían reemplazado se agriaron hasta el punto de romperse, y su contrato para acabar el desarrollo de la metarred había sido su única vinculación con Utopía, Sarah se había marchado para ocupar el cargo de directora de operaciones del parque. Era toda una ironía que fuera Warne quien se la había presentado a Nightingale. Con el dinero de la metarred, Warne había renunciado a Carnegie-Mellon para fundar su propio laboratorio con la intención de demostrar la validez de sus teorías sobre el aprendizaje de las máquinas. El estallido de la burbuja de las empresas de Internet había hecho que se quedara sin respaldo financiero. Así y todo, aún le quedaba la metarred, o por lo menos eso había creído hasta esa mañana. Currante se acercó con el batido de vainilla.

- Aquí tiene -dijo Currante.

Dejó el batido en el mostrador y se volvió hacia los recipientes de helados, para ejecutar la orden de preparar el batido doble de chocolate y pistachos con nata montada. Los movimientos del robot parecían algo irregulares, un poco menos precisos de lo que recordaba. Era casi como si las rutinas se hubiesen «desoptimizado». ¿Podía ser ese el resultado de las conexiones diarias? ¿Era posible, realmente posible, que la metarred hubiese…? Warne rehusó seguir con esa línea de pensamientos. Por ese día ya tenía su ración de malas noticias.

- ¿Puedes prestarme el plano? -preguntó Georgia.

- Por supuesto.

- ¿Y cuarenta dólares?

- Por su… eh… espera. ¿Cuarenta dólares? ¿Para qué?

- Quiero comprar una camiseta de Atmósfera. Esas que brillan. ¿No las has visto?

Warne las había visto por docenas en los adolescentes que recorrían la calle. Exhaló un suspiro, abrió el billetero y le dio el dinero. Georgia se colocó de nuevo los auriculares y bebió un sorbo del batido.

A fuer de sincero, debía admitir que esta parada en particular era tanto para él como para su hija. Necesitaba ver una afirmación de su trabajo, el recordatorio de tiempos mejores. Hasta ese momento -cuando se enteró de que la desactivarían- no se había dado cuenta de lo importante que era para él la metarred. A pesar de su actitud desafiante, notó que comenzaba a dominarlo la desesperación. ¿Qué haría ahora? Se había marchado de

Carnegie-Mellon. Había quemado sus naves. Miró de reojo a Georgia. ¿Cómo podría explicárselo?

Se escuchó un zumbido, y reapareció Currante.

- Aquí tiene, Kemo Sabe -dijo. Dejó la copa de helado en el mostrador.

Warne esperó. Ahora el robot le pediría el pase, cargaría el helado en la cuenta de Utopía.

Currante no hizo nada de todo eso. En cambio, movió los sensores a izquierda y derecha. Se escuchó un fuerte zumbido y el robot comenzó a balancearse adelante y atrás. Los movimientos eran vacilantes, inseguros.

Georgia dejó el batido, se quitó el auricular de un oído y miró a su padre.

- ¿Qué ocurre? -preguntó.

Con un súbito y agudo chirrido, Currante se arrojó sobre Warne. El cubo donde estaba el ordenador chocó contra el mostrador, y cayeron las copas y los dispensadores de pajitas. Se oyeron algunos murmullos de sorpresa entre los clientes. Al cabo de un segundo, Currante retrocedió bruscamente, chocó contra el mostrador trasero, e inició otra carga a gran velocidad, al tiempo que movía los brazos metálicos y giraba la cámara que era su cabeza.

- ¡Georgia! -gritó Warne-. ¡Apártate!

El robot chocó una vez más contra la barra. Esta vez se escucharon gritos y el ruido de los taburetes que caían al duelo cuando los clientes se apartaron a la carrera. Pero Currante retrocedió para chocar de nuevo contra el mostrador trasero. Una docena de botellas de jarabe acabaron hechas añicos contra el suelo. Con un chirrido de los motores, el robot volvió a la carga.

Warne saltó del taburete. Miró a Currante con una expresión de desconcierto y sorpresa. Nunca antes el robot se había comportado de esta manera. En realidad, no podía comportarse de esta manera: él mismo lo había programado. ¿Qué demonios estaba pasando? Era como si el robot quisiera escapar del entorno, abrirse paso hasta la calle. Pero sus instrucciones de guía eran primitivas; si conseguía atravesar el mostrador, con su tamaño y velocidad, aplastaría cualquier, cosa que encontrara a su paso.

El robot chocó contra el mostrador con la fuerza de un ariete. La larga superficie transparente se deformó con un movimiento ondulatorio que fue volcando todo lo que quedaba en la barra. Currante retrocedió y volvió a cargar como un toro furioso.

Se oyeron voces de advertencia detrás de Warne, gritos de espanto. Miró a su derecha. Georgia se había apartado un par de metros y contemplaba la escena, atónita. Pensó rápidamente. Solo podía hacer una cosa: hacer el intento de llegar al interruptor manual colocado en la parte trasera del cubo y desactivar el autómata. Se acercó con mucho cuidado.

- Currante -dijo con voz alta y clara con el propósito de llamar su atención, interrumpir el inesperado proceso que lo hacía comportarse de esta manera. Mientras hablaba, levantó la mano izquierda, con los dedos separados, en un gesto de paz; mantuvo la mano derecha baja y la movió lentamente alrededor del cubo. Al escuchar la voz, Currante movió los sensores en su dirección.

- Kemo Sabe -respondió. Entonces, con un movimiento que pilló por sorpresa a Warne, le sujetó la muñeca derecha con una de las pinzas.

Warne soltó un grito de dolor cuando Currante aumentó la presión y amenazó con aplastarle los huesos. El robot tiró, y Warne saltó por encima del mostrador y fue a chocar contra los recipientes de helado, al tiempo que se giraba a la par del autómata para evitar que le fracturase la muñeca.

- ¡Papá! -Georgia se adelantó con la intención de apartarlo de Currante.

- Georgia, no! -gritó Warne, que hacía lo imposible para pasar la mano izquierda alrededor del cubo.

Currante se deslizó hacia atrás y arrastró a Warne con él. Los servomecanismos sonaban con estridencia por el esfuerzo. La otra pinza avanzó en dirección al cuello de Warne, en el mismo momento en que sus dedos encontraban el interruptor.

Currante se detuvo bruscamente. Saltaron chispas de la base. Los sensores descendieron. Se apagó el ruido de los motores. La pinza se abrió para dejar en libertad la muñeca prisionera. Warne cayó pesadamente al suelo, y luego se levantó lentamente entre los recipientes de helado. Se frotó la muñeca. Georgia se le acercó a la carrera y juntos se apartaron del robot humeante.

Se había reunido una multitud que había presenciado el incidente desde una distancia prudencial. Cubierto de helado de vainilla y chocolate, Warne les echó una ojeada mientras se masajeaba la muñeca. Georgia permanecía a su lado, muda de asombro. Durante unos segundos, reinó el silencio. Luego se escuchó un silbido de admiración.

- ¡Fantástico, tío! -dijo alguien-. Por un momento, me convenció de que era real.

- Extraordinario -gritó otro.

Entonces poco a poco comenzaron a oírse los aplausos hasta que todos aplaudían y gritaban entusiasmados.

**12.45 h**

A medida que el sol se elevaba en el cielo de Nevada, todos los colores desaparecían del paisaje. Los rojos, amarillos, castaños y ocres de los cañones de piedra caliza se esfumaban hasta convertirse en blancos, y la vegetación se quedaba sin sombra.

En lo alto de la meseta que rodeaba Utopía, el sol iluminaba un vasto paisaje lunar de quebradas y riscos. Los múltiples cañones, silenciosos y desiertos, estaban salpicados de juníperos y artemisas. El propio cielo era una cúpula de azul claro, absolutamente limpio excepto por la estela de un avión solitario que trazaba una línea blanca a diez mil metros de altura.

Algo se movió en una angosta cañada cerca del extremo más apartado de la meseta. El hombre, que apenas si se había movido desde antes del amanecer, estiró las piernas y consultó su reloj. A pesar del terrible calor, había dormido tranquilamente. Más que cualquier otra cosa, era el entrenamiento lo que se lo había permitido. La mayor parte de la vida profesional del hombre había consistido en esperar. Había esperada durante horas, a veces días: en la selva de Mozambique; en los hediondos pantanos camboyanos, rodeado de sanguijuelas y mosquitos que transmitían la malaria. El desierto de Nevada era para él como un lugar de vacaciones.

Se desperezó a gusto, hizo sonar los nudillos y realizó unos cuantos movimientos de cabeza para aliviar una ligera tensión en los gruesos músculos del cuello. A su espalda, la cúpula

geodésica que cubría Utopía se elevaba sobre el cañón como la parte superior de un gigantesco globo aerostático. El armazón metálico y los miles de paneles de vidrio resplandecían con el sol de mediodía. Estaba rodeada de pasarelas, una encima de la otra, separadas entre sí por una distancia aproximada de quince metros y comunicadas con escalerillas. En una parte de la cúpula se veía un trozo oscuro con forma de luna en cuarto creciente: era el cielo sobre Calisto. Visto de de cerca y a esta altura, la cúpula resultaba de una belleza sobrenatural que ningún visitante tendría nunca la ocasión de ver.

El hombre de la meseta no era un visitante, y no había acudido por la vista.

Se volvió hacia una gran bolsa de lona que tenía a su lado. Abrió la cremallera, rebuscó en el interior hasta encontrar la cantimplora y bebió un buen trago. Aunque no había guardias ni cámaras de vigilancia en esta zona absolutamente desértica, los movimientos del hombre eran rápidos y precisos.

Dejó la cantimplora a un lado y se secó los labios con el dorso de la mano. Luego se acercó a los ojos los binoculares que llevaba colgados alrededor del cuello. El medidor de distancias láser hacía que los binoculares pesaran mucho, y tuvo que utilizar las dos manos para mantenerlos firmes mientras observaba la zona.

Desde su posición disfrutaba de una excelente vista de la parte trasera de Utopía. Muy abajo, vio con toda claridad la sinuosa carretera de acceso que ascendía hacia el aparcamiento del personal y los muelles de carga. Un gran camión frigorífico subía en ese momento; como en una película muda observó al conductor cuando cambiaba las marchas. Era un buen puesto de observación, pues se podía ver inmediatamente cualquier vehículo que intentara escapar o si aparecían coches de la policía. Enfocó los binoculares un poco más alto, y de inmediato los números rojos de la pantalla subieron rápidamente a medida que hacía un barrido del horizonte.

Para construir el parque, la Utopía Holding Company había comprado un terreno limitado al sur por la carretera 95, y al norte por la base aérea Nellis. En las profundidades de Nellis, en un lugar llamado Groom Lake, había unas instalaciones que en un tiempo habían aparecido en los mapas del gobierno con el nombre de Área 51. Estaban vigiladas por centinelas autorizados a disparar a matar contra los intrusos. Por el este y el oeste, Utopía limitaba con un desierto que pertenecía a la Oficina de Administración de Tierras. El parque no necesitaba de las altas alambradas y patrullas empleadas en otros parques temáticos: dejaba que la naturaleza y el gobierno se encargaran de la vigilancia.

Quizá Utopía y los demás parques se dejaban adormecer por la sensación de seguridad y bienestar que tanto se esforzaban por infundir en los visitantes. Cuando se trataba de cerrar los perímetros, solo les preocupaba contar con unos obstáculos que impidieran el paso a aquellos que querían ahorrarse el dinero de la entrada. Las medidas de seguridad no tenían en cuenta a alguien que había perfeccionado sus técnicas de penetración y evasión en media docena de entornos hostiles.

El hombre bebió otro sorbo de agua. Después guardó la cantimplora en la bolsa y sacó un fusil M-24 Sniper Weapon Sistem. Silbó muy suavemente mientras realizaba una rápida inspección del arma. El SWS estaba basado en el Remington Modelo 700; eran fusiles más nuevos, pero no más precisos. Pesaba cinco kilos, un peso reducido par el arma de un francotirador. El disipador del fogonazo y la caperuza de la mira telescópica aseguraban que no se descubriera su presencia cuando se lo utilizaba.

Apoyó el fusil en las rodillas y de nuevo metió la mano en la bolsa para sacar cuatro proyectiles 308 Winchester, la mejor bala que se podía conseguir para el calibre 30. Llenó

el cargador, accionó el cerrojo para meter la primera bala en la recámara y después guardó el fusil con mucho cuidado en la bolsa. No le preocupaba que el sol pudiese alabear la culata, pero no quería que el cañón se calentara hasta el punto de no poder tocarlo.

El segundo fusil que sacó de la bolsa era un Barret M-82 «Light 50». Tenía un aspecto mucho más impresionante que el M-24 y era menos preciso; claro que con balas de ametralladora calibre 50 podía tumbar cualquier cosa a una distancia de mil metros.

Con los fusiles y todo lo demás que llevaba en la bolsa, el hombre había cargado más de cuarenta kilos en la escalada que había hecho la noche anterior para llegar a la posición. No le había molestado porque había aprendido a llevar armas de repuesto desde que había ido a Parris Island.

Sonó un suave pitido en la radio. La desenganchó del cinto y marcó rápidamente el código de desbloqueo.

- Búfalo de Agua, Búfalo de Agua -dijo la voz-. Aquí Factor Primario. ¿Cuál es la lectura?

- Todavía cinco sobre cinco -respondió el hombre.

- ¿Estado?

- Preparado.

- Muy bien. Controla esta frecuencia, te informaremos dentro de una hora. Factor Primario fuera.

Se silenció la radio y el hombre la enganchó de nuevo en el cinto. Miró otra vez el reloj: la una en punto. Luego se ocupó del M-82, y lo inspeccionó como había hecho con el primer fusil. Satisfecho, pasó la mano por la mira telescópica. Se trataba de una mira fija, por supuesto -las miras desmontables no siempre mantenían el ajuste-, y el arma ya había sido ajustada. Miró la enorme cúpula que se elevaba por detrás y encima de su posición; vio una minúscula mancha que se movía sobre ella. Se llevó el arma al hombro para mirar a través de la mira telescópica. La mancha era un hombre vestido con un mono blanco que se movía lentamente por la estructura metálica para inspeccionar los cristales. Ocupaba dos líneas en la retícula del medidor de distancias; estaba aproximadamente a trescientos metros.

El hombre acarició el gatillo.

- Ten mucho cuidado -murmuró-. No queremos que te caigas.

Después, con mucho cuidado, amorosamente, guardó el fusil en la bolsa.

**13.05 h.**

Le habían lavado y planchado el traje en la tintorería del parque, y se había redactado un informe del incidente para el Servicio de Seguridad. Ahora Andrew Warne se encontraba en uno de los pasillos del nivel B y se rascaba la barbilla con expresión perpleja. En su infancia, a menudo había tenido un sueño recurrente después de vivir un día especialmente traumático: caminaba por un pasillo de la escuela para ir al despacho del director, y pasaba por delante de las puertas de las aulas sin llegar nunca a la puerta al final del pasillo. En este momento tenía la sensación de estar viviendo aquel mismo sueño. A su lado, Georgia no dejaba de moverse.

- ¿Te has perdido?

- No.

- Creo que sí.

- ¡Era tu tarea! Te di el plano a ti, ¿recuerdas?

Se apartaron para dejar paso a un coche eléctrico. Warne miro a un lado y otro del cruce. ¿No habían estado antes allí?

El lugar le resultaba conocido, pero con la multitud que recorría los pasillos le resultaba difícil orientarse. Además, estaba preocupado. Aún le dolía la muñeca donde currante lo había sujetado. Descubrió que se había estado masajeando la muñeca dolorida. Georgia lo miró.

- ¿Estás bien, papa?

- Solo un poco alterado. Lo siento, sin duda te has llevado un buen susto.

Georgia sacudió la cabeza.

- No me asusté.

- ¿No? -exclamó Warne, sorprendido-. Pues yo sí.

- Vamos, papa -dijo Georgia, que lo miraba como si le costase creer en la profunda ignorancia de su padre-. Tú lo construiste, ¿no? No podía hacerte nada malo. Él mismo no se lo habría permitido.

Warne sacudió la cabeza. Georgia no había estado en la reunión, no sabía nada de lo que le habían dicho. Si no hacía preguntas, mejor que mejor, pero él sí que tenía unas cuantas preguntas para Teresa Bonifacio, siempre y cuando encontraran su despacho.

Vio un cartel que no recordaba haber visto antes, «Nuevas tecnologías». Bueno, esto ya pintaba mejor. Miro por encima del hombro para asegurarse de que no los atropellaría algún coche de mantenimiento y luego se llevó a Georgia por la dirección que señalaba el cartel.

Al cabo de un minuto, para su gran enfado, se había perdido de nuevo. La nueva sección del nivel B donde habían ido A parar parecía corresponder a los despachos de los ejecutivos; los pasillos estaban cubiertos con moqueta, y las paredes de cemento, empapeladas. Ya se disponía a dar media vuelta cuando vio a una figura conocida. Se detuvo bruscamente.

Sarah Boatwright estaba en el umbral de un despacho, de espaldas a ellos, en compañía de dos hombres vestidos con trajes oscuros, que la escuchaban atentamente. La cabellera cobriza de la directora se sacudía al compás del movimiento de sus brazos.

Verla así, de espaldas a él, le trajo un súbito recuerdo: la primera mañana en la que se habían levantado de la misma gama. Antes de marchar al trabajo, lo último que había hecho Sarah había sido detenerse frente al espejo durante unos minutos para observarse desde todos los ángulos. En el momento, Warne había creído que se trataba de pura vanidad, y solo más tarde comprendió que sencillamente se observaba para descubrir si había algo fuera de lugar, alguna imperfección. A Sarah le gustaba el orden en todas las cosas. Sin embargo, cuando llegaba al trabajo se concentraba tanto en su tarea que se olvidaba de su aspecto. Por lo tanto, hacía este esfuerzo de una manera premeditada. A Warne le había parecido algo un tanto divertido hasta que terminó por entender que, desde el punto de vista de Sarah, era claramente la solución más lógica.

Sarah se volvió por un momento y los vio. Les dedicó una rápida sonrisa y los invitó a acercarse con un gesto. Luego habló de nuevo con los hombres, que asintieron y se marcharon.

- No pretendíamos interrumpir -se disculpó Warne mientras se acercaban.

- No te preocupes. Eran los encargados de Transporte y Diseño, otra media docena de pegas en la construcción de Atlantis, Lo habitual. -Los verdes ojos de Sarah miraron alternativamente a Warne y Georgia-. Llegas tarde para tu reunión con Terri. ¿Te has perdido?

- Sí -reconoció Warne.

- No -respondió Georgia al mismo tiempo.

- No estáis lejos. El laboratorio de Terri está a la vuelta de aquella esquina. -Sarah miró de nuevo a Georgia. Titubeó antes de añadir-: ¿Por qué no entráis un momento?

El despacho era grande, amueblado con elegancia, y la temperatura era fría, incluso para lo habitual en los subterráneos de Utopía. La intensidad de la luz en los pasillos hacía que el despacho pareciera estar en penumbras. En la mesa de Sarah no había nada más que unas pocas carpetas, un ordenador y un tazón. Como siempre, todo estaba en perfecto orden. Incluso los cuadros en la pared -una fotografía de Eric Nightingale y Sarah; otra de Swope, el velero de veinte metros de eslora con el que ella había participado en la regata de Newport-Bermuda- estaban perfectamente alineados.

- Es muy bonito -comentó Warne-. Parece que te van muy bien las cosas. Quizá tenga que pedirte la llave del lavabo de los ejecutivos.

- En Utopía me tratan muy bien.

- Ya lo veo.

Hubo una pausa incómoda, la sensación de que había algo que había quedado pendiente entre ellos. Warne se preguntó, un tanto vagamente, si debía disculparse por su estallido durante la reunión de la mañana. Con la misma rapidez con que lo había pensado, se dio cuenta de que, fuese correcto o no, no iba a disculparse.

- Me han informado del incidente con Currante -dijo Sarah-. Me alegra ver que no estás herido.

- No sé qué decirte. Me duele -respondió Warne, con una mano en la muñeca.

- Mandaré que lleven la unidad lógica al laboratorio de Terri para que la analicen. -No lo dijo, no era necesario, Pero la implicación era obvia.

Warne miró a Georgia. Se había sentado en una de las sillas de la mesa de conferencias y hojeaba un libro a todo lujo titulado *Utopía Portraits*.

- Sarah -dijo en voz baja y se acercó un poco más-, la metarred no es responsable de lo sucedido. No puede serlo. Tú estabas en Carnegie-Mellon cuando la desarrollamos, sabes muy bien de qué es capaz. Reprogramar los robots no es algo que figure en su patrón de conducta.

- ¿Cómo puedes saber exactamente qué es capaz de hacer? Es un sistema de autoaprendizaje. Tú lo diseñaste para que se mejorase a sí mismo y a los robots, para que se adaptara a los cambios.

- Lo que quieras, pero tú te comportas como si se tratase de un software con voluntad propia. La compañía nunca habría autorizado la instalación de no haber pasado las pruebas previas. Estuvo funcionando durante seis meses antes de la instalación sin presentar ninguna pega. ¿No es así?

- Pues ahora lleva funcionando otros seis meses en un entorno de constantes cambios. Quizá se ha automodificado de una manera que no estamos preparados para controlar. Al menos, esa es la teoría de Fred Barksdale, y él es quien está en la mejor posición para saberlo.

- De acuerdo pero… -Warne se interrumpió con un esfuerzo. No tenía sentido discutir; ya lo discutiría con Terri Bonifacio. Exhaló un suspiro, sacudió la cabeza-. Hablando de Fred Barksdale… ¿Lo vuestro va en serio o es solo un romance pasajero?

Sarah lo miró fijamente y se encontró con la sonrisa de Warne.

- ¿Es tan obvio? -preguntó al cabo de un momento.

- Destaca como un rótulo de neón.

- Fred es un buen tipo -afirmó Sarah.

- Pues a mí no me pareció que fuese tu tipo. Me refiero a que tiene toda la pinta de ser uno de esos ingleses estirados. Se parece tanto a… no sé, a uno de esos aficionados a la caza del zorro, a la ginebra rosa, al ejemplar del Times planchado, esa clase de cosas.

- Es el hombre más refinado que he conocido. Creo que he estado saliendo con científicos durante demasiados años, y no quiero ofender a nadie.

- Desde luego que no -dijo Warne, aunque se le enfrió un poco la sonrisa.

Vio que Sarah miraba más allá de él, y miró por encima del hombro. Georgia había dejado el libro y contemplaba su conversación privada con una expresión de desagrado. Sarah se apartó.

- Georgia, tengo algo para ti, -Pasó al otro lado de la mesa y se agachó. Se oyó el ruido de una llave que giraba en la cerradura, seguido del zumbido de unos ventiladores. Sarah se levantó al tiempo que decía con un tono amable; -Venga, sal.

A Warne le pareció por un momento como si la mesa se hubiese movido. Luego algo apareció por detrás de la mesa, una cosa que parecía un barril de cerveza montado sobre ruedas. Se detuvo y la cámara instalada en la parte superior giró velozmente. En cuanto los captó en el visor, emitió un sonido a medio camino entre un ladrido y un eructo, y avanzó bruscamente.

Georgia saltó de la silla y abrió los brazos.

- ¡Tuercas! -gritó-. Ven aquí, chico.

Warne observó el rápido avance del robot hacia Georgia. Tuercas no consiguió frenar a tiempo, y Georgia acabó tumbada en el suelo.

Había olvidado lo mucho que las cámaras estereoscópicas de la cabeza parecían ojos; lo bien que el giroscopio de baja velocidad angular que había instalado en la base del robot imitaba los movimientos nerviosos de un cachorro. Incluso la torpeza del autómata estaba en consonancia con el personaje.

Había construido a Tuercas como una herramienta de demostración, algo sencillo para explicar conceptos de robótica como el desplazamiento y la evitación de colisiones. Warne era un firme partidario de la etología -utilizar la conducta animal como modelo para estructuras de inteligencia artificial-, y Tuercas había sido ideal para sus propósitos. Era uno de los primeros ejemplares que había construido para implementar sus teorías de aprendizaje de las máquinas. También le había parecido la mascota perfecta para Georgia, que siempre había sido alérgica a los perros. Luego, cuando su hija había perdido el

interés, se había llevado a Tuercas al instituto, donde se había convertido en una curiosidad. El robot tenía dos procesadores, una cantidad de memoria extraordinaria y un hardware muy caro aunque ya un tanto anticuado. Cuando Warne acabó de programarlo, sus cincuenta mil líneas de órdenes incluían comportamientos de bajo nivel como buscar o pedir algo, detectar extraños y otras muchas tareas perrunas. Sin embargo, no sabía muy bien si por un exceso de órdenes o porque alguno de los estudiantes le había gastado una broma pesada, el robot se comportaba de una manera imprevisible, de una manera que nunca hacían las demás creaciones de Warne. Al menos, hasta esa mañana.

Tuercas detectó a Warne, se acercó a él y comenzó a golpearlo en el muslo con la cabeza con bastante fuerza, como si reclamara su atención.

- Hola, muchacho -dijo Warne.

Siempre le había gustado el robot, y por un momento sintió el impulso irracional de acariciarle unas orejas inexistentes. Cuando se agachó para mirarlo de cerca, se sorprendió al ver la gruesa capa de polvo que cubría el micrófono, los servos y los demás mecanismos. Era como si hubiesen acabado de sacarlo de un trastero, y llamaba la atención en un entorno impoluto como era el despacho de Sarah. Sopló para quitar el polvo de algunas de las partes y se levantó.

- Ve a jugar con Georgia.

Durante sus encuentros con Nightingale, el mago se había entusiasmado con el robot. Al final, Warne se lo había regalado como una promesa de que no tardarían en llegar otras maravillas tecnológicas. Siempre había creído que los diseñadores del parque utilizarían a Tuercas en alguna de las atracciones. Calisto habría sido la más adecuada.

- ¿Cómo es que no lo utilizáis en el parque? -preguntó.

- Siempre hemos tenido la intención de utilizarlo. Pero hemos evolucionado hacia entornos más sensoriales: hologramas, rayos láser, atracciones dirigidas por ordenador, encuestas, todas esas cosas.

- Encuestas. Chuck Emory y sus contables.

- También esta la idea de que podría resultar un tanto intimidatorio para los visitantes.

- ¿Intimidatorio? ¿El pequeño Tuercas?

- No es tan pequeño.

Un hombre apareció en la puerta del despacho, con un rollo de planos debajo del brazo.

- Perdóname un momento. -Sarah fue a hablar con el hombre.

Warne la observó por un instante. Después miró a su hija, que estaba de rodillas junto al robot y le murmuraba. Echó otra ojeada al despacho, y su mirada se detuvo en la foto del velero. En su momento, había parecido un buen augurio. Charlotte Warne había construido veleros; Sarah los tripulaba. No se había dado cuenta de que esta coincidencia provocaría en Georgia la reacción opuesta a la esperada. También había habido algo más. Su esposa amaba los veleros con una pura y sencilla pasión. Cuando conoció mejor a Sarah, comprendió que su interés en las Carreras era solo el de superar un desafío.

Miró de nuevo a su hija. Georgia había sido el desafío que Sarah no había podido superar. Recordó la incómoda situación en la sala, cuando Sarah había visto aparecer a Georgia.

No se había producido un abrazo espontáneo; solo el afecto ofrecido con mucha formalidad. Era como si Sarah sencillamente no entendiera a los niños. Lo había intentado

de la misma manera que intentaba hacerlo con Tuercas. Warne tenía claro que no lo conseguiría, Sarah era absolutamente lógica, sin darse cuenta de que la implacable aplicación de la lógica nunca funcionaba con los niños; ellos eran capaces de echar por tierra cualquier plan, hacer todo lo contrario a lo que uno esperaba. Se sobresaltó cuando sonó el teléfono en la mesa de Sarah. Miró el teléfono y después consultó el reloj.

- Será mejor que nos vayamos -dijo-. ¿El laboratorio de Teresa…?

- El segundo pasillo a la derecha, la tercera puerta a la izquierda. -Sarah se despidió del hombre y se acercó a la mesa-. Andrew, una advertencia respecto a Teresa. No es la típica empleada del parque.

- ¿Cómo es eso?

- Es brillante, por supuesto, de las mejores programadoras de robots, pero no le gustan las normas. Hemos tenido algunas dificultades para que se acomode al espíritu de Utopía.

- ¿A qué te refieres? ¿Es rebelde? ¿Problemática?

- Digamos que le gusta nadar contracorriente. Hace unos meses programó a un robot cartero para que pinchara los traseros de los chicos más guapos de la sección de Correos.

Hablaba en voz baja, pero desde el otro lado del despacho se escuchó la risa ahogada de Georgia.

- No me digas -exclamó Warne.

- También se sospecha que fue quien puso una foto de Margaret Thatcher desnuda, con la cabeza de Fred Barksdale, en el lavabo de señoras de la sección de Sistemas. Ha recibido tres advertencias disciplinarias desde que se inauguró el parque. -La expresión del rostro de Sarah no podía ser más severa.

- Se niega a que le laven el cerebro para convertirse en una buena chica, ¿no? A mí me suena a problemática.

Sarah fue a responderle, pero se detuvo al ver que una mujer con una americana blanca asomaba la cabeza por la puerta.

- Esto está muy concurrido -murmuró Warne.

- Es un continuo desfilar. -Sarah miró a la mujer-. ¿Sí, Grace?

- Siento interrumpir, señorita Boatwright, pero como no coge el teléfono… Hay aquí un caballero que quiere verla.

- ¿Un caballero?

- Un especialista externo. Dice que usted quiere hablar con él.

- No recuerdo ninguna cita. -Sarah consultó la agenda en el ordenador-. Muy bien. Dígale que espere un momento. -Sacó algo de un cajón de la mesa y se lo dio a Warne. -Aquí tienes el ecolocalizador de Tuercas. Será mejor que vea que quiere el especialista.

- Gracias. -Warne se sujetó el ecolocalizador en la muñeca.

- Me marcho mañana a primera hora. Si no volvemos a vernos durante la tarde, buena suerte. Espero que todo funcione.

Warne le dedicó una sonrisa de compromiso.

- Fred hará todo lo posible por ayudarte. No lo olvides, no hay nada permanente. Con un poco de suerte, podrás solucionar el fallo, y entonces solicitaremos la autorización de

Nueva York para conectarla de nuevo. Adiós, Georgia. Me ha alegrado verte. Que disfrutes de la visita.

- Gracias -Contestó Georgia, y se levantó.

Warne se despidió con un gesto y salió del despacho con Georgia. En el pasillo, Grace esperaba en compañía de un hombre alto y delgado con una barba bien cuidada, El hombre miró a Warne y le sonrió.

Se oyó algo que sonaba como una bocina. Era Tuercas que se balanceaba en el umbral como un cachorro impaciente, -¿A qué estás esperando? -preguntó Warne-. Venga, vamos.

Mientras caminaban por el pasillo, aquellos que se encontraban con el trío -un hombre, una niña, y un robot que los seguía como un pato mareado- se apartaban rápidamente para darles paso.

**13.09 h.**

Cuando Warne ya había desaparecido de la vista, Sarah se demoró un momento para mirar el lugar donde había estado. La inquietud que había sentido durante la reunión previa a la apertura no se había disipado. En realidad no era tanto una inquietud, sino la idea de que había algo sin resolver en su mente. Nunca había sido dada al autoanálisis; siempre había preferido la acción por encima de la introspección. No obstante, sabía que estaba relacionado con el momento escogido para la visita de Andrew Warne. Había sido idea de Check Emory, por supuesto. «Adelanta la visita, haz que vaya allí ahora -le había insistido el director ejecutivo desde Nueva York-. Quiero ver desconectada la metarred antes de que ocurra algo peor. No le digas ni una palabra de por qué va hasta que esté allí. No podemos permitirnos ninguna filtración. Dile lo que sea, pero consigue que vaya.» Por supuesto, le había molestado el engaño. Pero había algo más: se había sentido más tranquila porque ella estaría en San Francisco durante la mayor parte de la visita de Warne, y eso era una señal de debilidad, algo que detestaba. ¿Qué le preocupaba? Nunca había tenido miedo a las críticas de nadie, incluidas las de Warne. Quizá era compasión; los próximos días serían muy desagradables para él. Ya sería bastante duro presenciarlos, como para tener que participar en el proceso. Todos estos pensamientos pasaron por su mente en un segundo. Luego se volvió hacia el hombre que esperaba en el pasillo.

- Lo siento. Por favor, pase.

El hombre entró en el despacho, con una gran sonrisa.

- No recuerdo haber pedido hablar con usted, señor -dijo Sarah, mientras se sentaba.

El hombre asintió y se cruzó de brazos con un gesto elegante. Sarah advirtió, casi automáticamente, que el traje de lino era de un corte impecable, un traje muy caro. Había algo extraño en el visitante, aunque no acababa de saber qué era.

- A su memoria no le pasa nada, señorita Boatwright -replicó el hombre-. No pidió verme. Un pequeño engaño de mi parte.

Se acercó, y entonces Sarah descubrió qué era. Tenía los ojos de colores distintos. El izquierdo era castaño; el derecho, de un azul brillante.

No se alarmó. Era algo que ocurría con cierta frecuencia. Algunos de los fanáticos del parque se pasaban de la raya. Eran aquellos que visitaban el parque decenas de veces al año; los que se vestían de magos como Eric Nightingale; los que presentaban cientos de

solicitudes de trabajo, incluso para las tareas más humildes, con el único fin de acceder a la trastienda. De vez en cuando encontraban la manera de colarse entre bambalinas y había que escoltarlos cortés pero firmemente fuera del recinto. Claro que ninguno de ellos había recurrido antes a valerse de su apellido. Así y todo, a pesar de la rareza del color de los ojos, el hombre no parecía trastornado ni peligroso. Tenía un rostro apuesto y digno, la sonrisa franca, y toda su persona parecía transmitir una serena compostura.

Por un momento, le recordó a Fred Barksdale.

- ¿Puedo preguntarle su nombre?

- Por supuesto, Sarah. ¿Le parece bien que la llame Sarah? -La voz era baja y melodiosa, con un muy leve acento que podía ser australiano-. Los nombres de pila ayudan a crear un trato más distendido. Soy el señor Doe, Sarah, pero puede llamarme John.

La presentación fue seguida de un breve silencio. Sarah consultó la agenda en la pantalla del ordenador.

- No hay ninguna entrada para un especialista externo llamado… John Doe que esté citado para hoy en Utopía.

- Así es. Otro engaño. Es molesto, lo siento. ¿Es té de jazmín lo que toma? Huele de maravilla.

El señor Doe continuaba sonriéndole con mucha naturalidad. Entonces hizo algo muy extraño. Se acercó para sentarse en el borde de la mesa, cogió la taza y bebió un sorbo. Después cerró los ojos mientras lo paladeaba.

- Ah, excelente. -Bebió otro sorbo-. Claro que tiene el sabor de la cosecha de primavera, la primera floración. Para esta hora del día, la segunda habría sido una elección más acertada.

Sarah acercó la mano derecha al teclado con un movimiento casual. Una secuencia de tres números haría que los Agentes de Seguridad se presentaran en el despacho en noventa segundos. Pero la chaqueta del hombre se abrió cuando se inclinaba para dejar la taza en la mesa, y quedó a la vista la culata de un arma en la pistolera sujeta bajo la axila. Apartó la mano.

- ¿Qué quiere? -preguntó.

El hombre pareció dolido por la pregunta.

- ¿A qué viene la prisa, Sarah? No tardarán en pasar muchas cosas, en cuestión de minutos. Así que vamos a tomarnos un momento para conocemos mejor. Como personas civilizadas.

Sara apartó un poco la silla, sin dejar de mirarlo atentamente.

- Muy bien. ¿Quién es usted?

El señor Doe pareció considerar la pregunta, como si nunca la hubiese escuchado antes.

- ¿Se refiere a qué hago? -Hizo una pausa-. No sé, digamos que podría ser un expedidor, pero me desagrada la palabra; tiene un sonido efímero, aunque no sé cómo describir exactamente lo que hago. Consigo cosas que quieren otras personas. A mí me parece que «intermediario» suena como algo muy vulgar. Quizá lo mejor sería que me considerase sencillamente como un hombre con un don.

Metió la mano en un bolsillo de la chaqueta, y Sarah se preparó para moverse rápidamente, si era necesario. El hombre sacudió la cabeza, como si lo desilusionara su

desconfianza. Luego dejó un pequeño radiotransmisor sobre la mesa y se inclinó hacia delante, como si fuese a revelarle un secreto.

- Sarah, tengo buenas noticias para usted. Ahora tiene el poder de asegurarse de que nadie muera esta tarde en el parque. -Le señaló la radio con los dedos largos y elegantes.

Sarah lo miró sin decir palabra.

- Sé lo mucho que este parque representa para usted. -Mientras hablaba, mantenía el contacto visual. En su rostro había una expresión de empatía, de profunda comprensión-. Sé que su objetivo principal es que todo vaya como una seda que los visitantes gocen en todo momento de la máxima seguridad. No es necesario que pase nada que pueda cambia; esa situación, nada en absoluto. Siempre y cuando siga unas pocas reglas básicas. -La mirada amable y comprensiva siguió clavada en sus ojos-. No deberá avisar a la policía local o federal, y no intentará evacuar el parque. La actividad continuará como es habitual. Los visitantes entrarán y se marcharán como en cualquier otro día del año. Todo el mundo se divierte y nadie resulta herido. Si lo piensa, ese es su trabajo, ¿no? Solo le pido que cumpla con las reglas, Sarah.

- ¿Qué quiere? -repitió la directora.

El señor Doe se apartó de la mesa.

- Le pediré que haga varias cosas. Es muy importante que siga mis instrucciones al pie de la letra y sin demoras. Nos mantendremos en contacto con la radio. -Apretó un botón de la radio y se escuchó un discreto zumbido-. Pero primero quería que mantuviéramos esta pequeña charla personal.

Ya sabe, para romper el hielo, para darle un rostro a todo esto. -Se arregló la chaqueta-. Espero que me perdone.

Ahora llega la parte desagradable de la conversación.

- No respondo bien a las amenazas -afirmó Sarah, con un tono cortante.

- No nos llevará mucho tiempo, y tampoco son algo terrible, Sarah. Haga exactamente lo que le diga, cuando se lo diga. No intente detenerme, molestarme o engañarme, o tendrá que atenerse a las consecuencias. Descubrirá que sé mucho más de usted y del parque de lo que se imagina. Hay otros conmigo, todos mucho más intimidantes. Hemos tenido mucho tiempo para prepararnos. Estamos vigilando las entradas y las salidas. Si coopera, nos habremos marchado antes de que se entere, y podrá continuar con su trabajo de entretener a los visitantes. Bueno, ya está. No ha sido tan malo, ¿verdad? Siempre he dicho que cuando se amenaza a alguien ha de ser como ponerle una inyección. Si se hace rápido no duele tanto. -Se inclinó, y Sarah volvió a tensar los músculos. Doe se limitó a sonreír y le acarició la mejilla con los nudillos-. No tardaré en comunicarme. Disfrute del té, Sarah, es exquisito. Así y todo, recuerde lo que dije sobre la segunda floración.

Cuando se volvió para caminar hacia la puerta, Sarah acercó la mano de nuevo al teclado. Luego pensó en el arma y la calma sobrenatural en los ojos de John Doe, y esperó.

El hombre se detuvo un momento antes de salir.

- Una cosa más. Quizá se sienta tentada a poner en duda mis palabras, y es evidente que es una mujer que no se asusta fácilmente. Puede que decida cerrar el parque a los visitantes que llegan ahora o no cumplir con mis peticiones. Cualquiera de las dos cosas dará motivo a una represalia inmediata. Por lo tanto, en un esfuerzo por evitar cualquier complicación; he preparado una pequeña exhibición. Ya que usted ofrece tantas, me

parece justo que disfrute de alguna de vez en cuando. Acabará con todas sus dudas. -Consultó su reloj-. Comenzará a la una y media en punto. Espero que le agrade.

Sin decir nada más, salió del despacho.

**13.15 h**

- ¿Crees que se trata de un chalado? -preguntó Fred Barksdale-. ¿Como el tipo de la semana pasada que creía ser Abrahán y que Utopía era Sodoma? -Giró el volante del coche eléctrico para evitar a un peatón. Circulaban a una velocidad de veinte kilómetros por hora, el doble de la velocidad autorizada en los pasillos del subterráneo.

- No me pareció el típico chalado que amenaza con poner una bomba. -Sarah sacudió la cabeza con fuerza, como si quisiera despejarse la mente-. Se mostró demasiado cortés, muy solícito. Me buscó. Sabe exactamente lo que quiere, y además está esto. -Palmeó uno de los bolsillos de su chaqueta.

Se escuchó el chillido de los neumáticos contra el suelo de cemento cuando giraron en una esquina. Sarah miró a Barksdale. En su rostro se dibujaba una expresión decidida. Barksdale le devolvió la mirada.

- ¿Estás bien, querida?

- Sí.

Frenaron bruscamente delante de unas puertas sin rótulos. Barksdale dejó el coche aparcado en diagonal a través del pasillo, y se acercó rápidamente a una de las puertas. Pasó la tarjeta magnética por el escáner. Se oyó un chasquido. Empujó la puerta hacia dentro y se apartó para que Sarah entrara primero.

El Centro de Operaciones de Monitorización, conocido por todo el personal de Utopía como la Colmena, era una gran sala circular llena desde el suelo hasta el techo con monitores de televisión. Allí se recibían las imágenes registradas por la red principal de cámaras de seguridad instaladas en el parque. Las demás conexiones de vídeo instaladas en Utopía, como las imágenes de las cámaras de infrarrojos de las atracciones y de los Ojos Avizores de los cuatro casinos, se controlaban en Centros separados. Pero las imágenes de las más de seis mil cámaras instaladas por todo el parque -desde los restaurantes hasta los vagones del monorraíl- Se podían controlar independientemente desde la Colmena.

Al entrar, Sarah pensó -como siempre hacía cuando visitaba el lugar lo apropiado que era el apodo. Los centenares de monitores que la rodeaban, con la superficie de cristal vuelta hacia el centro, recordaban el interior de una inmensa colmena.

No estaba preocupada; al menos, no demasiado. Había tenido muchísimas falsas alarmas desde la inauguración del parque, demasiadas llamadas anónimas y mensajes electrónicos que anunciaban atentados. Pero ninguno de aquellos chalados o bromistas se había presentado por su nombre. Ninguno de ellos le había dado un transmisor de radio. Sobre todo ninguno había llevado un arma. Por lo tanto, había llamado a Bob Allocco, el jefe de Seguridad, y había ordenado una alerta general.

En la Colmena, el aire era frío y seco, con un débil olor a desinfectante. Una docena de agentes de seguridad estaban sentados en sus respectivas estaciones, atentos a las imágenes que aparecían en las pantallas que correspondían a su sector. Bob Allocco se encontraba detrás del especialista más cercano, y el repiqueteo de sus dedos en la

superficie de la mesa denunciaba su impaciencia. Se volvió en cuanto se acercaron, frunció el entrecejo y los invitó a seguirlo con un ademán.

En un extremo había una puerta de cristal negro entre dos estanterías. Allocco abrió la puerta con su tarjeta, los hizo pasar y después cerró la puerta.

La habitación era pequeña y oscura. Había varios monitores panorámicos, tres teléfonos, un ordenador y un par de sillas. En cuanto se cerró la puerta, se puso en marcha un ventilador. El zumbido era para evitar que alguien desde el otro lado pudiese escuchar las conversaciones. Allocco los miró.

- ¿Hasta qué punto creen que esto va en serio? -preguntó.

- Mucho me temo que debemos considerarlo como algo grave, lo sea o no -respondió Barksdale.

- Lo sabremos a la una y media -añadió Sarah en voz baja.

El jefe de Seguridad la miró fijamente.

- ¿A qué se refiere?

- Dijo que nos haría una demostración para dejar bien claro que va en serio, que no se trata de un farol.

- ¿No le dijo nada sobre qué quiere?

- Dijo que se pondrá en contacto con nosotros a través de esto. -Sarah sacó la radio del bolsillo.

Allocco cogió la radio y le echó una ojeada.

- Bueno, no sé quién es el tipo, pero está claro que no le falta dinero. Miren esto: es un criptógrafo militar con un difusor de señal. No hay manera de localizar su posición -Se lo devolvió-. ¿La amenazó?

- Insinuó que sino hacíamos exactamente lo que quería, habría muertos.

- A mí eso me suena a una amenaza muy clara -afirmó Barksdale.

- Además me dijo que no debía llamar a la policía ni disponer la evacuación del parque. Todo debe seguir funcionan do con toda normalidad, si no queremos que se produzca algún incidente que debamos lamentar. -Hizo una pausa para que calaran sus palabras-. También dijo algo más. Que eran varios y que habían tenido mucho tiempo para prepararse.

Se volvió para mirar a Barksdale. Incluso en la penumbra, su rostro mostraba un leve tono grisáceo.

- ¿Qué está pasando? -preguntó Barksdale-. ¿Son terroristas? ¿Fanáticos? ¿Miembros de alguna secta de locos?

- No es momento para adivinanzas -repuso Allocco-. Tenemos la tecnología. Buscaremos a ese tipo. -Descolgó uno de los teléfonos y marcó un número-. ¿Ralph? Soy Bob Allocco. Estoy en la Colmena. ¿Podrías venir, por favor?

- Colgó el teléfono-. Era Ralph Peccam, mi mejor especialista de vídeo -explicó-. Antes trabajaba en Sistemas; se conoce todo la infraestructura como la palma de la mano.

- ¿Es discreto? -preguntó Sarah.

- Sí. ¿A qué hora salió el tal John Doe de su despacho?

- Sobre la una y diez -respondió Sarah.

- Muy bien. -Allocco se sentó delante de la pantalla y con el ratón buscó entre los menús-. Vamos a seguirle la pista.

Llamaron suavemente a la puerta, y Sarah la abrió. Iluminado por el tenue resplandor de las pantallas de la Colmena había un joven bajo y muy delgado. Llevaba el pelo rojo cortado como una cresta de gallo, y tenía la nariz y las mejillas cubiertas de pecas. No podía tener más de veinte años. La insignia dorada en la solapa de su americana lo identificaba como un especialista en electrónica.

- Ralph, pasa y siéntate -dijo Allocco.

El joven miró a Sarah y después se sentó delante de la pantalla. No dejaba de sorber sonoramente.

- Tenemos un pequeño trabajo para ti. Algo que no debe salir de esta habitación, ¿de acuerdo?

Peccam asintió en silencio, y sus grandes ojos miraron otra vez a Sarah. Era evidente que nunca había estado tan cerca de la directora del parque.

- ¿Recuerdas los ejercicios de búsqueda que practicamos? Pues ahora no es un ejercicio. Un hombre salió del despacho de la señorita Boatwright hará unos ocho minutos. Vamos a seguirle el rastro. -Allocco señaló la pantalla-. Ahí tienes el listado de las cámaras en aquel pasillo. Comienza con la B-2023.

Peccam escribió una serie de órdenes. Una imagen apareció en uno de los monitores: la entrada del despacho de Sarah, tomada de una cámara montada en el techo al otro lado del pasillo. En la parte inferior de la pantalla figuraba la hora de registro. A medida que retrocedían las imágenes, el medidor señalaba las centésimas de segundo. A su lado había una larga serie de números.

- ¿Las imágenes son en blanco y negro? -preguntó Sarah, sorprendida.

- Todas las cámaras en las áreas ejecutivas son en blanco y negro. Solo las zonas públicas son en color. Lo comentamos en una de las reuniones del mes pasado, cuando se acabó de instalar el nuevo sistema. ¿No lo escuchó?

- Por lo que parece, no con la suficiente atención. Póngame al corriente.

El jefe de Seguridad señaló el monitor.

- El registro de vídeo es totalmente digital, no hay nada analógico. Eso significa que no hay pérdida de señal, que la capacidad de almacenaje es ilimitada, y la resolución, teóricamente infinita. Todo está reducido a un código de tiempo uniforme que funciona a una velocidad de… ¿cuánto, Ralph?

- Treinta -contestó Peccam con voz ronca.

- Treinta imágenes por segundo. Podemos sincronizar exactamente dos, tres imágenes del parque, las que sean, y guardar el registro indefinidamente.

- ¿Así que lo archivan todo? -preguntó Sarah.

- Hasta un límite, porque el tamaño de… Ralph, ¿cuál era la configuración?

- Cada monitor está conectado a un canal de fibra óptica, que llega hasta los cuatro terabytes. -Peccam estornudó.

- Menudo resfriado -Comentó Allocco.

- Fui al dispensario hace un par de horas para que me dieran un antihistamínico -contestó Peccam-, y lo que ha hecho es darme sueño.

- Pues ahora necesitamos-que esté bien despierto. -Sarah miró a Allocco-. Si lo he entendido bien, podemos buscar en los registros anteriores, ¿no? Averiguar si John Doe ya estuvo otras veces en el parque. Quizá ver qué hizo…

- En teoría. -Allocco se rascó la barbilla-. Vera, los registros de vídeo en tiempo real ocupan ancho de banda. Mucho ancho de banda. No se imagina lo rápido que se llenan los cuatro terabytes. Por eso las cámaras del subterráneo son de blanco y negro. Todas las noches, los registros de video pasan a los servidores. -Miró a Barksdale-. Es ahí, Back Rogers, donde entran ustedes.

- ¿Fred? -dijo Sarah.

Barksdale, que hasta entonces había permanecido en silencio, se aclaró la garganta.

- Archivamos los vídeos en nuestra red remota durante dos semanas. Luego se descargan en otro servidor.

- ¿Cuánto tardaremos en recuperarlos?

- Unas doce horas.

- Es mucho tiempo.

- Creo que nos estamos precipitando. Todavía no hemos localizado al tipo. -Allocco se situó detrás de Peccam para mirar la imagen en el monitor Central-. Bien. La una y diez. Ahora adelante, a doscientos cuadros por segundo.

En el monitor, las figuras pasaron por delante del despacho de Sarah como unas manchas fugaces. Luego una sombra pasó por la puerta.

- Para -dijo Allocco-. Retrocede cien cuadros.

En la pantalla apareció la imagen congelada de Fred Barksdale que entraba en el despacho.

- Es una imagen posterior -dijo Sarah-. Fred entró unos dos minutos después de salir john Doe.

- Retrocede cincuenta -ordenó Allocco.

Otra serie de imágenes, esta vez más lentas, que retrocedían en silencio. Entonces una de las figuras entró en el despacho; se volvió, desapareció en el interior.

- Para -repitió Allocco-. Adelante, diez cuadros por segundo.

En el monitor apareció de nuevo john Doe en cámara lenta. Miró a un lado y otro del pasillo, se pasó una mano por las solapas de la chaqueta y se alejó por el pasillo hasta desaparecer del campo visual de la cámara.

- ¿Ese es el cabrón? -preguntó Allocco.

Sarah asintió. Al verlo de nuevo -la barba recortada, la sonrisa despreocupada- sintió que la invadía la furia, mezclada con otras emociones que no acababa de identificar. Le ardió la mejilla donde la habían rozado sus nudillos.

- Retrocede cien y congela.

John Doe permaneció inmóvil en el umbral.

- Enfoca el rostro. Aumenta diez veces.

El rostro llenó la pantalla, iluminada por una lámpara del techo. Sarah vio que el ojo izquierdo aparecía como una mancha más oscura que el derecho.

- ¿Puede limpiarla un poco? -preguntó Barksdale-. ¿Resaltarla?

- Sí -respondió Peccam-. Tardaré unos minutos.

- Entonces puede esperar. Veamos adónde fue. -Allocco miró el listado en un borde de la pantalla-. Pasa a la B2027. Sincroniza el tiempo.

El monitor central se apagó por un momento. Luego apareció otra vista del pasillo, dos puertas más allá del despacho de Sarah.

- Adelante, treinta -murmuró Allocco.

Durante un segundo, el pasillo apareció vacío. Después una mujer con un vestido de época pasó por el pasillo, ya continuación apareció John Doe. Caminaba con un aire despreocupado y la imagen cruzó toda la pantalla.

- La B2051. La misma sincronización -pidió Allocco.

Ahora la vista correspondía a la intersección de dos pasillos. Apareció la misma mujer, que dobló a la izquierda para ir hacia el rellano de una escalera. Un coche de mantenimiento cruzó la pantalla horizontalmente. Después apareció John Doe en la parte superior. Se detuvo por un instante para ver si se acercaba un coche, y también dobló a la izquierda, en la misma dirección que la mujer.

- Se dirige al nivel A, quizá a Luz de Gas -opinó Allocco. Miró de nuevo el listado-. Busca la A1094.

- No lo olvide -dijo Sarah-. No quiero una interceptación total. Todavía no. Veamos adónde va, si es que tiene realmente algo planeado para la una y media. Ordene que lo rodee una red de seguridad, por si acaso esta en el nivel. Pero que no se muevan hasta que yo lo diga.

El pasillo del nivel A que se veía en el monitor era más ancho y estaba mejor iluminado. También había más gente. Por debajo de la cámara pasaban grupos de empleados que iban y venían del café A, la cafetería para el personal. La mujer con el vestido de época apareció en la imagen. Por lo visto había encontrado a su pareja, y ahora ambos caminaban del brazo, a un paso mucho más lento.

- Vaya, vaya -murmuró Allocco-. Una DPA. Tendré que anotarlos. -Las demostraciones públicas de afecto entre los figurantes o los empleados, si bien no estaban estrictamente prohibidas, eran desalentadas.

John Doe apareció en el campo de la cámara. Caminó unos cuantos pasos y luego se detuvo en mitad del pasillo. La gente pasó a su lado, sin hacerle caso.

- ¿Qué demonios esta haciendo? -preguntó Allocco.

Cuando menos se lo esperaban, John Doe miró directamente a la cámara. Sonrió al tiempo que se llevaba las manos al cuello como si fuera a ajustarse el nudo de la corbata.

- Todo un frescales -comentó Barksdale-. Un villano muy elegante.

De pronto, la imagen se deformó y en la pantalla no quedó más que una descarga de estática.

- ¿Qué es esa mierda? -gritó Allocco.

Las manos de Peccam volaron sobre el teclado.

- No lo dé. El tiempo continúa corriendo. Quizá un fallo de software.

En cuestión de segundos, las imágenes reaparecieron en la pantalla con toda normalidad. La multitud continuó pasando por debajo de la cámara, pero john Doe se había esfumado.

- Pasa a la A1905 -dijo Allocco, después de consultar la lista-. La misma sincronía.

Solo vieron la misma nieve que había aparecido en la cámara anterior. También desapareció en menos de un minuto.

- La A1906. Venga, deprisa.

Tampoco esta vez había imagen.

- Caray -exclamó Allocco. Abrió la puerta-. Escuchen, ¿han tenido algún fallo en la recepción de imágenes hace cinco o diez minutos atrás?

Los técnicos se volvieron para mirarlo. Uno de ellos asintió.

- Sí, perdimos las señales durante unos diez segundos.

- ¿Qué? ¿En todo el sistema?

- No, señor. En una parte del nivel A y en Soho Square en Luz de Gas.

Allocco cerró la puerta y se dirigió a Peccam.

- Sigamos los caminos obvios que pudo haber recorrido. Busca la A1940. Sincronízala adelantada diez segundos.

Fueron pasando de una cámara a otra sin conseguir ningún resultado. Al final, Allocco exhaló un suspiro y levantó las manos como si se rindiera.

- ¿Qué opinan? -preguntó.

- No puede ser un fallo técnico -Opinó Barksdale-. Es imposible que falle de esa manera, con todos los sistemas duplicados. -Miró a Sarah-. ¿Otro desperfecto?

- No lo creo -contestó Sarah-. Sería demasiada coincidencia. -Un nuevo e inquietante pensamiento apareció en su mente-. ¿Podemos rastrear el distintivo?

- Ya lo hemos intentado -dijo Allocco-. Seguramente lleva un genérico. Ralph, continúa buscando. Avísame si das con él. -El jefe de Seguridad se apartó del monitor-. ¿Qué hacemos?

- Esperar -respondió Barksdale.

Sarah consultó Su reloj. Eran las 13.25.

## 13.15 h.

El laboratorio de robótica aplicada de Teresa Bonifacio era quizá el espacio más desordenado que Warne había visto desde los años en que tenía una habitación en la residencia de estudiantes en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. En un entorno como el de Utopía, donde todo era orden y precisión, parecía un acto beligerante, una declaración de independencia. Había manuales abiertos por todas partes, las páginas dobladas, los lomos rotos. Un robot que parecía un esqueleto estaba en un rincón, con un brazo levantado como si fuese la estatua de la Libertad, vestido con hojas de papel continuo a rayas verdes y blancas. «Paradise City» sonaba en algún lugar como música de fondo. A diferencia del resto del subterráneo de Utopía -donde prácticamente no había

olores- aquí se notaba algo en el aire que parecía olor a pescado. Warne frunció la nariz involuntariamente mientras miraba en derredor. El laboratorio no tenía en las paredes los carteles con las principales atracciones de Utopía ni las típicas frases de motivación laboral. En cambio, en las paredes aparecían colgados los chillones carteles de Guns N' Roses. Uno estaba autografiado con las palabras «Paz, amor, cuchillada» escritas con rotulador rojo. Una postal de Borokay Beach, Filipinas, estaba clavada detrás de la puerta. Al lado, alguien había pegado una hoja con un texto escrito a mano:

*Cuando una tarea no se puede repartir debido a las restricciones secuenciales, el empleo de mayores esfuerzos no consigue adelantarla. La gestación de un niño tarda nueve meses, y no importa cuántas madres se destinen.*

*FREDERICK P. BROOKS, JR. The Mythical Man-Month.*

Teresa estaba sentada en la esquina más apartada, prácticamente invisible detrás de pilas de libros y viejos ejemplares de Amusemerzt Industry Digest. Estaba soldando algo y una voluta de humo se elevaba de entre sus manos. En cuanto vio a Warne, dejó el soldador a un lado, se levantó las gafas protectoras y pasó entre las pilas.

- Andrew, es fantástico verte aquí -exclamó con una voz profunda. Le dedicó una amplia sonrisa-. No me puedo creer que después de todo este tiempo, estés… Oh, Dios mío, Andrew se volvió. Georgia acababa de entrar en el laboratorio, con Tuercas pegado a los talones. El robot se detuvo en el acto, y sus sensores comenzaron a escanear el entorno una y otra vez, como si fuese incapaz de procesar todos los obstáculos a la vista.

- No te preocupes -la tranquilizó Georgia-. Es Tuercas.

- Sí, claro. -Teresa miró al robot durante unos segundos. Luego se volvió hacia Warne y se rió, con la irónica risa de contralto que él había escuchado tantas veces en las conversaciones telefónicas-. ¿Sabes?, por aquí eres algo así como una leyenda. Nadie te ha visto nunca. Las únicas personas que hablan contigo por teléfono somos Barksdale y yo. Por ahí dicen que no existes, que eres otro de los inventos de Nightingale. Cuando se corrió la voz de que vendrías esta mañana, dos personas vinieron a preguntarme si era verdad.

- No me digas.

Warne miró a Georgia, que se había acercado a ellos y observaba con curiosidad el desorden que los rodeaba. Con ella a su lado no podía decirle a Teresa lo que pensaba de todo esto. Todavía no. Aun así, no estaba dispuesto a dejarse engañar por los halagos. Aquí el olor era más fuerte, y Georgia frunció la nariz.

- Es *bagoong* -le explicó Teresa, y se echó a reír.

- ¿Bago qué?

- Paté de gambas. Lo que hueles. Es delicioso untado en mango verde. Aquí no le gusta a nadie, excepto a mí. -La traviesa sonrisa se amplió-. Por eso acostumbro a comer aquí, y no voy a la cafetería.

Warne pensó por un momento en la postal de la playa. Luego buceó en su memoria.

- Huele a *mabaho*, ¿no? -dijo-. Gusto a *masarap*.

- ¿Hablas tagalo?

- Quizá unas cinco palabras. Una vez tuve un ayudante de laboratorio filipino.

- Sí. En estos tiempos estamos infestando los salones de la ciencia. -Teresa miró de nuevo a Georgia, que parecía inquieta, impaciente por volver al parque-. Tengo algo que te gustará. Es la nueva Game Boy, «Archaeopteryx: Perfect Edition».

- Ya la he probado -replicó Georgia.

- Esta seguro que no. -Teresa se acercó a un archivador, abrió uno de los cajones y buscó en el interior. Cuando volvió, traía una consola de bolsillo. A diferencia de las que Warne conocía, a esta le faltaba la tapa de plástico y, sujetas a los circuitos electrónicos, había una media docena de pinzas de conexión con cables multicolores que colgaban como colas-. Algunos de estos juegos tienen un notable nivel de inteligencia artificial -explicó-. He rastreado las cadenas de órdenes en mis ratos libres a ver si encontraba rutinas que pudiéramos copiar. En este, encontré una docena de niveles secretos que los programadores nunca hicieron públicos.

- ¿Los niveles maestros? -Georgia abrió los ojos como platos-. Los mencionan en la web. Creía que no eran más que gilipolleces.

- ¡Georgia! -exclamó Warne, enfadado.

- Pues no son gilipolleces. -Teresa le entregó la consola-. Ten, diviértete. Por favor, no quites ninguna de las pinzas, o tendré que reconectarlo todo. Puedes sentarte en aquella mesa. Tira todo al suelo.

Warne miró a Georgia, que ya estaba absorta en la máquina. Así que Teresa dedicaba sus ratos libres a destripar Game Boys. Quizá si hubiese dedicado más atención a la metarred, ahora él no tendría que estar allí. Se volvió hacia la joven, que lo miraba.

- ¿Qué? -preguntó Teresa al cabo de un momento-. ¿Por dónde quieres que empecemos? -Sonrió de nuevo. Cuando vio que Warne no le devolvía la sonrisa, una sombra de incertidumbre se coló en su expresión.

- Dímelo tú. Es tu fiesta.

La sonrisa de Teresa desapareció en el acto.

- Escucha, Andrew -dijo en voz baja-, sé cómo debed de dentirte, y de verdad diento mucho…

- No me cabe duda -la interrumpió Warne con un tono brusco-. Guárdatelo para tu informe. Llama a tu equipo y te diré por dónde comenzar. Pero luego nos marcharnos. Encargaos vosotros de arreglar vuestros estropicios.

Una embarazosa pausa siguió a estas palabras. Luego Teresa de volvió.

- Voy a buscar los informes de los incidentes -dijo por encima del hombro. Fue hasta la puerta, la abrió y salió, sin molestarse en cerrar la puerta.

Warne cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Por un momento, en el laboratorio solo se escucharon los pitidos de la Game Boy.

- Papá…

Warne miró a Georgia. Continuaba inclinada sobre la pantalla.

- ¿Sí?

- ¿Por qué acabas de mostrarte tan desagradable con ella?

- ¿Desagradable? -repitió Warne, sorprendido. No se había dado cuenta de que Georgia los había escuchado.

Normalmente, su hija prestaba muy poca atención a sus conversaciones de trabajo. Entonces recordó que ella le había preguntado si Bonifacio era japonesa. «A Georgia le gusta», pensó.

Teresa entró en el laboratorio con un grueso fajo de papeles en la mano. Cerró la puerta y caminó rápidamente hacia Warne, la cabeza hundida entre los hombros, los labios apretados. Parecía enfadada.

- El terminal de control de la metarred esta allí -dijo sin mirarlo.

Se acercó a una mesa ubicada en un extremo de la habitación. Warne la siguió. Había dos taburetes, uno con una pila de papeles en el asiento, delante de una pantalla. Teresa quitó los papeles de un manotazo, acercó el taburete a la pantalla y ge sentó. Warne se sentó en el otro. Teresa inclinó la cabeza hacia el terminal, con un brillo de furia en los ojos, y con un gesto le indicó a Warne que la imitara.

- De acuerdo, Warne -añadió en voz baja-. Es obvio que tienes… ¿cómo lo podría decir científicamente…? Un grano en el culo, y sé qué te lo ha provocado.

- Pues entonces dímelo -replicó Warne, sin alzar la voz.

- Crees que yo soy la responsable de todo esto.

- ¿No lo eres? ¿Tú, o alguien de tu equipo?

- ¿Mi equipo! -exclamó Teresa con un tono burlón.

- Tú y yo llevamos trabajando juntos durante casi un año. De acuerdo, por teléfono, pero creía que teníamos una buena relación, que éramos amigos. Sabes que la metarred no puede ser responsable de estas conductas. Estoy seguro de que ni siquiera te molestaste en defenderla. Demonios, ni siquiera me avisaste. Me dejaste venir aquí como un idiota, totalmente desprevenido.

- ¡Mi equipo! -repitió Teresa, como si aún le costase creer lo que había oído. Se echó hacia atrás-. Dios mío. Eres un tío listo, creía que ya te habías dado cuenta.

- ¿Darme cuenta de qué?

- Aparte de mí, ¿con quién más has hablado aquí de la metarred?

Warne hizo memoria.

- Había un ayudante de laboratorio, un tal Clay…

- ¿Barnett? Clay trabaja en Tecnología de la Imagen desde de hace cinco meses. -Se inclinó de nuevo hacia la pantalla-. No existe ningún equipo, Andrew. Solo estoy yo.

- ¿Qué? -Warne la miró, incrédulo-. ¿Tú eres la única persona asignada a los robots?

- Hay un grupo de mantenimiento que se ocupa de reemplazar los servos y hacer las revisiones mecánicas. Pero yo soy la única especialista.

Por unos momentos se hizo el silencio, mientras Warne se recuperaba de la sorpresa.

- En cuanto a lo de avisarte, me prohibieron expresamente decírselo a nadie, y menos a ti.

- Papá -llamó Georgia desde el otro extremo de la habitación-, ¿de qué estáis hablando? ¿Por qué murmuráis?

- No pasa nada, cariño. Solo estamos tratando de solucionar un pequeño problema. Nada más. -Warne miró de nuevo a Teresa.

- ¿Crees que no defendí la metarred? -añadió la joven, furiosa-. La defendí con uñas y dientes. Es mi medio de vida, sobre todo ahora.

- De acuerdo -dijo Warne-. Dime qué pasó.

Teresa se quitó las gafas protectoras, que aún llevaba sobre la cabeza, las dejó encima de la mesa y después se pasó una mano por el pelo.

- Comenzó poco después de que abrieran el parque. Primero me dijeron que, por el momento, solo nos ocuparíamos del mantenimiento, que aumentaría la plantilla de Robótica en cuanto el Comité de Futuras Atracciones diera su informe. Lo hicieron, pero nunca llegué a verlo. El personal contratado para Robótica fue enviado a otros departamentos: Imagen, Sonido. Después, hará cosa de un par de meses, comenzaron las reducciones.

- ¿Reducciones?

- Retirar a los robots no esenciales. Reemplazarlos con humanos o sencillamente anular sus tareas. En realidad, los únicos robots que hemos añadido no son autónomos. Solo son máquinas animadas, como los dragones y los grifos de Camelot. Son los encargados de los Mundos, no yo, quienes se ocupan de ellos.

Warne se pasó el dorso de la mano por la frente.

- ¿Cuál es la explicación?

- ¿No la ves? Son los contables de la Oficina Central. Los robots no son lo bastante sexys. Son demasiado especulativos, demasiado abstractos. Por supuesto que es bonito tener a unos cuantos dando vueltas como una golosina visual: divierten a los turistas en Calisto, dan a los tipos de Relaciones Públicas algo de que escribir. Pero no venden entradas. La oficina central cree que los robots están pasados de moda. El propio Barksdale me lo dijo. Eran una promesa, como la inteligencia artificial, pero no están dando los resultados que se esperaban. En estos tiempos todos los chicos tienen un robot de juguete, cosas sin cerebro que dan mala fama a los robots de verdad. A nadie le importa si son robots o personas los que barren los suelos del nivel C.

- A Eric Nightingale le importaba. Él mismo me lo dijo.

Teresa se apartó bruscamente.

- Nightingale era un visionario. Veía a Utopía como algo más que un parque temático con artilugios de lujo. Pretendía que fuese un crisol para la nueva tecnología.

- Un crisol para la nueva tecnología. Le escuché decir ese discurso esta misma mañana.

- Pues yo lo creí -afirmó Teresa, con un tono de desafío-. Todavía lo creo. Por esa razón acepté trabajar aquí.

Pero Nightingale está muerto, y el parque ya no funciona de acuerdo con su visión. Todo funciona según las tendencias que marcan las estadísticas y las proyecciones. Toda la atención se centra en lo superficial. Que vengan los eruditos en historia del arte, que todo parezca real. Pongamos hologramas más grandes y mejores. Buscad nuevas atracciones.

- Bajó la voz-. Tampoco nadie se esperaba las ganancias que obtendrían de los casinos. Ha cambiado todo el enfoque del parque.

Warne la observó mientras ella guardaba silencio con una expresión de enfado. Mostraba una franqueza que no estaba de acuerdo con la política de Utopía. Él se había presentado

allí, dominado por la más justa indignación, y lo único que había conseguido era que Teresa expresara su frustración.

- Papá -llamó Georgia de nuevo-, ¿has acabado? Vamos al parque.

- Espera un minuto -respondió-. Ya casi hemos acabado.

Warne y Teresa intercambiaron una mirada.

- Perdona, Teresa -dijo Warne-. Creo que me he precipitado en mis conclusiones.

- No pasa nada. Como te dije, sé cómo te sientes. Yo me siento de la misma manera. Otra cosa: por favor, llámame Terri. Detesto Teresa.

- ¿Te bautizaron con el nombre de la santa?

- Por supuesto, y debo de ser la única filipina no católica en todo el mundo. No he pisado una iglesia en diez años. No quiero ni pensar en lo que habrían dicho mis padres si viviesen.

Se produjo otra breve pausa. Warne no sabía muy bien qué hacer o decir.

- Bueno, al menos a Nightingale le habrían gustado los hologramas -dijo finalmente-. De verdad que son fantásticos.

- Tienes toda la razón. -Hubo un cambio en la expresión de la joven-. Será mejor que no te tomes todo lo que digo al pie de la letra. Algunas veces no es más que envidia. Aquí hay mucha tecnología puntera. Lo que pasa es que, después de sus grandes descubrimientos, los chicos de hologramas se llevan todos los méritos, y el presupuesto. Al principio, en Tecnología de la Imagen había ocho personas, y ahora son cuarenta.

- ¿Cuáles son los grandes descubrimientos?

- Conseguir hologramas de tamaño real en lugar de aquellos que son como paquetes de cigarrillos. Aquel fue el primero. Pero el principal avance se produjo después de la muerte de Nightingale. El Crisol.

Warne la miró, sorprendido.

- Irónico, ¿no? Supongo que le dieron el nombre en homenaje a su famoso discurso. No conozco los detalles técnicos, se lo tienen todo muy callado. Es un sistema que permite crear unos hologramas fantásticamente complejos utilizando ordenadores. Por supuesto, es necesario contar con un formidable poder de CPU conectadas en paralelo para que funcione, pero no necesita rayos láser, fotopolímeros, ni nada de todo eso. Es casi como los programas 3-D que se emplean para las películas con animaciones por ordenador. En lugar de crear figuras bidimensionales, el Crisol crea proyecciones holográficas en movimiento.

- ¡Caray! -exclamó Warne-. No alcanzo a imaginar el potencial que se necesita.

- Dímelo a mí. Todas estas patentes particulares no se licencian. Se guardan la magia para ellos, hacen que sean la firma de Utopía. No dejan de avanzar desde que abrieron el parque. La primera atracción holográfica fue el Destripador, en Luz de Gas.

- No lo sabía.

- Al principio era más una prueba que otra cosa. El público está en el teatro para ver una obra de época. Entonces alguien grita que los polis están persiguiendo a Jack el Destripador, que lo tienen acorralado en el vestíbulo. Luego otro grita que el Destripador está en la sala, y se apagan las luces.

- No esta mal.

- Hay que tener un muy buen control de esfínteres. Unos hologramas casi hiperrealistas del Destripador que corren por la sala, que aparecen detrás de tu butaca, con el cuchillo ensangrentado en alto. Los alaridos del público. -Terri se encogió de hombros-. Fue un éxito. Los poderes para ron las orejas, vieron el potencial. Así que, a continuación, decidieron añadir hologramas a Horizonte Espacial, que todavía estaba en desarrollo.

- Es la montaña rusa en Calisto, ¿no? La vi en el plano.

- Es la montaña rusa de nueva generación. Absolutamente oscura. Los asientos atornillados a una plataforma dirigida por un ordenador para que se mueva arriba y abajo, y se bambolee, al mismo tiempo que te lanzan imágenes. La diferencia es que aquí no miras una pantalla plana: son cometas y meteoros en tres dimensiones que pasan junto a tu cara. No hace falta utilizar gafas especiales. Estas metido dentro del holograma.

Warne sacudió la cabeza asombrado.

- Entonces a alguien se le ocurrió la brillante idea de ganar más dinero con la tecnología. ¿Has visto las galerías del Ojo de la Mente en Calisto y el Nexo?

- No.

- Son estudios donde uno puede hacerse un retrato holográfico solo o con alguno de los personajes, incluido Nightingale. Pues no lo vas a creer. No dan abasto. Así que tú eres un contable de Utopía, que ves cómo el dinero llega a raudales de los casinos, y ves que los padres se dan de bofetadas por el privilegio de pagar cien dólares para que les hagan un retrato holográfico de sus hijos. Después miras a Terri Bonifacio y su programa de robótica. ¿Quién crees que se quedará corta cuando preparen el presupuesto del próximo trimestre?

No valía la pena molestarse en responder a la pregunta.

- Eso es solo el comienzo. -Terri se levantó-. Georgia, ¿puedes venir un momento? Quiero enseñarte algo. -Esperó a que Georgia se acercara con la Game Boy en la mano. Después se volvió hacia un objeto pequeño, que Warne había supuesto un robot: un cilindro negro con ruedas, que no medía más de un metro de altura-. También están trabajando en esto.

Se agachó para apretar unos cuantos botones. Por un instante hubo un fugaz parpadeo luminoso en el aire cerca del aparato y entonces, repentinamente, un bebé elefante apareció junto a Warne.

Warne se apartó instintivamente y a punto estuvo de tropezar con Georgia. El elefante era perfecto hasta el último detalle. Los pequeños ojos negros, hundidos entre pliegues de piel gris, brillaban mientras lo miraban con atención. Los finos pelos del labio superior relucían. Era un holograma, pero mucho más real incluso que la imagen de Nightingale que había visto aquella mañana.

- ¡Dios bendito! -exclamó Warne.

- ¡Impresionante! -susurró Georgia.

El elefante desapareció cuando Terri apretó otro botón en el cilindro.

- Es un proyector holográfico portátil -explicó la joven-. Todavía esta en fase de desarrollo. Tengo este viejo prototipo solo porque están pensando en incorporarles algunos de los chips de memoria de mis robots desactivados. Tienen la intención de utilizarlos en los espectáculos de magia de Nightingale que se ofrecerán en todos los Mundos el año que viene.

- Señaló el aparato con el pulgar-. El elefante era la última cosa en la memoria de imágenes. Es muy fácil de usar. Mirad.

Ajustó una pequeña lente y apretó un botón que ponía «muestra». Después se apartó unos pocos pasos y se colocó delante de la lente, con una mano en el pecho y la otra a la espalda como si fuese Napoleón. Se escucharon una serie de pitidos, seguidos de un breve zumbido. Terri se acercó de nuevo para apretar el botón de ‹proyectar». Al instante, una segunda Terri Bonifacio apareció junto a ella, exacta hasta el más minúsculo detalle: Terri tal como la había registrado la máquina unos segundos antes.

- Por ahora solo puede reproducir imágenes estáticas -comentó Terri-, pero no hay nada que lo supere en calidad de detalles. -Miró la imagen congelada-. ¡Mis saludos, emperador!

- ¿Puedes hacerme una? -preguntó Georgia.

- Faltaría más. -Terri hizo que se acercaran, le mostró a Warne cómo funcionaba el aparato. En cuestión de momentos, había dos Georgias.

- ¿De verdad que tengo la cara así de gorda? -protestó Georgia, mientras miraba su holograma.

A pesar de sí mismo, Warne sacudió la cabeza en una muda muestra de admiración. Terri apagó el aparato y la imagen desapareció.

- Claro que ¿para que utilizan toda esta tecnología? -preguntó Terri inesperadamente-. Para que la gente se divierta. Para proyectar un monstruo en la vagoneta cuando pasa por un túnel y hacer que los chicos se espanten. ¿Crees que Nightingale habría aprobado algo así? Creo que él lo habría calificado como corto de miras, y…

Se escuchó un estrépito tremendo directamente sobre sus cabezas: un sonido como el de diez volcanes que hubiesen entrado en erupción a la vez. Georgia soltó un grito y se abrazó instintivamente a su padre. Warne le cubrió la cabeza con los brazos. El taburete que estaba a su lado cayó al suelo.

Tuercas emitió un sonido agudo y se movió rápidamente aun rincón.

Una sonrisa reemplazó la expresión de enfado en el rostro de Terri mientras Warne apartaba los brazos de la cabeza de su hija.

- ¿Qué demonios…? -comenzó.

- Lo siento, tendría que haberos avisado. Estamos directamente debajo de la Torre del Grifo, en Camelot. Es la función de la una y veinte.

Warne recogió, el taburete y miró al techo.

- ¿Cuántas funciones hay al día?

- Una por la mañana, Y tres por la tarde.

- ¿Tienes que soportarlo cuatro veces al día?

La sonrisa de Terri se hizo más grande.

- La cosa ha mejorado desde que vine aquí. Antes, me tenían debajo de la Tempestad en el Támesis, en Luz de Gas. Había goteras.

Warne esperó un momento a que desapareciera el zumbido en los oídos. Georgia miraba a su padre y Terri con expresión impaciente.

- Bueno, ¿qué pensáis hacer? ¿Cunto tiempo os llevará desconectar la metarred o lo que sea que debáis hacer?

Su padre la miró, sorprendido.

- ¿Lo sabes? -Miró a Terri-. ¿Tú le has dicho algo?

- Venga, papá. Lo tienes escrito en la cara desde que saliste de la reunión.

Warne se rascó la nuca con aire apesadumbrado. Se oyó otra explosión, esta vez más suave. Le pareció percibir los gritos de entusiasmo del público.

- Todo esto me parece bastante estúpido -opinó Georgia.

- ¿A qué te refieres?

- A desconectar la metarred. No hay ningún virus, fallo, ni nada que se le parezca, por mucho que diga Sarah.

En los ojos de Terri apareció una mirada risueña.

- ¿Cómo lo sabes?

Georgia se irguió en el taburete y la miró directamente a los ojos.

- Porque mi padre la construyó.

Warne desvió la mirada, parpadeó varias veces. Por un momento, tuvo miedo de hablar. Al final, respondió:

- Sarah dijo que quieren un plan de acción para hoy mismo.

- Sí. Los tipos de Nueva York nos han dado una semana para desconectar la metarred. Eso significa quitar los ciento y pico de robots que controla. Fred necesita saber cuál es la manera más rápida y segura de hacerlo.

Warne se sentó en el taburete. Respiró profundamente un par de veces.

- Primero, necesitas desconectar los vínculos de comunicación. -Pensó por un momento-. Tal como funciona ahora, todas las noches la metarred analiza la información que recibe de cada robot y busca la manera de mejorar su rendimiento. Si la encuentra, transmite a los robots el nuevo código cuando se conecta a la mañana siguiente. ¿De acuerdo?

- Sí.

- Por lo tanto, primero desconectas el subsistema de aprendizaje. Una vez hecho esto, no tienes más que desconectar el vínculo. De esta manera, todavía puedes enviar nuevas instrucciones y correcciones a los robots. Pero la metarred no hará más modificaciones por su cuenta.

- Eso tiene sentido -dijo Terri.

- Desmontar la inteligencia será la parte complicada. Primero tendrás que ensayar el modelo en un entorno de prueba. Una vez hecho esto, el resto es sencillo. Tienes que preparar un listado de los robots y sus procesos. Puedes hacer las recomendaciones correspondientes a las tareas esenciales y no esenciales.

- Espera un momento. ¿No eres tú quien tiene que hacer todo esto?

Warne la miró. Su intención era dedicar al tema unos minutos, evaluar la situación, dar unas cuantas instrucciones y después dejar que Terri se encargara de la lobotomía. Ahora se le acababa de ocurrir otra cosa. Miró de reojo a Georgia, que se entretenía con el proyector holográfico. «No hay ningún virus ni fallo. Mi padre lo construyó», había dicho.

- Terri, tengo que preguntártelo. ¿Puede que le hicieras algo a la metarred, como administradora, que pudiese ser responsable de todo esto?

Los ojos castaños de la joven se encendieron con una súbita indignación.

- Nada. Es autónomo. Solo me he ocupado de registrar las actualizaciones.

- Así que has llevado un control de los cambios que la metarred ha hecho en las actividades de los robots.

- La mayoría de los cambios son de poca importancia. Refinar las conductas, actualizar los sistemas de gobierno y poca cosa más. Funciona por su cuenta.

Warne se levantó del taburete. Mientras pensaba, se masajeó la muñeca dolorida donde Currante lo había apretado.

- ¿En qué estás pensando? -preguntó Terri.

«Porque mi padre lo construyó.»

Aparte de Georgia, la metarred era lo único que le quedaba. Era la credibilidad que necesitaba si pretendía conseguir algún trabajo académico de investigación. No podía permitir que lo desmontaran sin presentar batalla. Miró de nuevo a Terri. Si lo había entendido bien, si recortaban los trabajos de Robótica, la metarred también significaba mucho para la joven. Llevado por un impulso, apoyó una mano en el brazo de Terri.

- Corrígeme si me equivoco, pero ¿no acabamos de trazar nuestro plan de acción?

Terri asintió con una expresión de cautela.

- Pues, en ese caso, nos da un poco de margen. ¿Qué te parece si en lugar de llevarlo al desguace, levantamos el capó e intentamos reparar la avería?

Terri lo miró por un momento. Luego, lentamente, reapareció en su rostro la sonrisa traviesa.

- Creo que comienza a gustarme tu manera de pensar, capitán -dijo con una mirada provocativa-. Acabas de hacerte con un tripulante.

**13.17 h.**

- ¡Atención! -anunció una voz entre bambalinas a través del sistema de megafonía-. La función empieza dentro de tres minutos.

Roger Hagen consultó su reloj sin interrumpir su trote hacia el vestuario. Puntual como siempre. Alunas veces tanta puntualidad llegaba a ser deprimente.

Por todas partes se llevaban a cabo los últimos preparativos para el espectáculo en la Torre del Grifo. El técnico de efectos especiales estaba en su cabina. El director escénico repasaba los detalles con su ayudante. Los tramoyistas ponían en marcha las máquinas de humo y niebla. Los técnicos de sonido, los electricistas, los carpinteros y los maquilladores se ocupaban de sus tareas con la rapidez propia de la práctica. Algunos de los actores ensayaban movimientos de esgrima. Otros, sentados en los rincones, repasaban las frases en inglés medieval con sus profesores de dicción.

En otros parques, antes de comenzar la función los actores se comportaban como si estuviesen en una juerga estudiantil. En Utopía, en cambio, parecían más unos estudiantes preparándose para el último examen de licenciatura. Hagen pasó entre bastidores, con mucho cuidado para no tropezar con la infinidad de cables que había en el suelo, y luego bajó un tramo de escaleras.

El vestuario para el espectáculo en la Torre del Grifo estaba abarrotado: magos, doncellas con tocas y caballeros andantes a medio vestir. Resonaba el ruido de las máquinas de coser, y los ayudantes pasaban con percheros cargados de prendas de época. Harvey Schwartz, el fornido encargado del vestuario, vio a Hagen y sonrió.

- ¡Eh, gente, mirad! -gritó mientras se apartaba de una fila de lavadoras y señalaba a Hagen-. ¡Es el que nos abandona!

- Sí, sí -murmuró Hagen.

Se quitó la camisa, abrió la taquilla y se puso el justillo de Nomex retardante del fuego colgado en el interior. Miró en derredor un tanto inquieto. A pesar de la atmósfera de estudio, también Utopía tenía sus tradiciones, como cualquier otro parque, y una de ellas era gastar una broma pesada a aquellos que trabajaban por última vez en uno de los espectáculos.

Uno de los ayudantes de vestuario se acercó para ayudarlo a ponerse la armadura. Hagen inspeccionó cada pieza -la coraza, las perneras, las botas-, atento a la presencia de algún regalo indeseable. El mes pasado le habían metido una caca de perro en el casco a un tipo que se despedía. El pobre no la había descubierto hasta que ya era demasiado tarde y había tenido que actuar durante toda la función con aquella poquería dándole vueltas por la armadura.

No encontró nada fuera de lugar y Hagen le hizo una seña al ayudante para que le pusiera el yelmo. De inmediato, el mundo de Hagen quedó reducido al pequeño rectángulo de luz que entraba por el visor. La armadura no le molestaba mucho -después de todo, estaba hecha de una plancha de aluminio muy delgada-, pero sí la pérdida de visión. Eso y el olor: cuando terminaba la actuación, el interior de la armadura olía como un vestuario que no hubiesen ventilado en años.

Oyó la fanfarria y los gritos del público cuando se alzó el telón y comenzó el espectáculo. El ayudante cerró el último broche, encendió el pequeño transmisor sujeto al yelmo, le entregó el escudo y la espada, y por último golpeó el yelmo con los nudillos para avisarle que estaba listo. Hagen movió la cabeza para despedirse de Harvey Schwartz y subió la escalera para ir a la parte de atrás del escenario. No era fácil caminar con la armadura. Debía tener mucho cuidado con donde pisaba; si tropezaba y caía, no podría levantarse sin ayuda.

Se acercó a las bambalinas para espiar desde detrás de uno de los cortinados. Los tres mil asientos de la sala estaban ocupados. La Batalla de la Torre del Grifo se había estrenado hacía cuatro meses y se había convertido rápidamente en uno de los espectáculos en vivo más populares de Utopía. A los chiquillos les encantaba ver en vivo y en directo a los personajes de *Feverstone Chronicles*, las películas de dibujos animados de Nightingale sobre el mundo mágico de Camelot. Al ver las sonrisas de los niños, iluminados por luces estroboscopicas de 25.000 vatios y rayos láser, a Hagen le entraron dudas.

El parque había sido un buen lugar de trabajo. Años antes, en su época de estudiante, había interpretado el papel de un capitán de un barco fluvial en busca de clientes en uno de los parques de Disney. Utopía era otra cosa. No dejaba de ser cierto que la insistencia en el realismo, las clases, se hacían un poco pesadas. En cada función, siempre había uno o dos asesores que controlaban la exactitud histórica y otorgaban puntos a los mejores intérpretes. Pero los salarios eran los mejores del ramo. Todas las semanas recibían fichas por valor de doscientos dólares para los casinos, y los esfuerzos se recompensaban: Si uno

lo hacía bien, podía escoger las mejores representaciones y se le abría el camino para los ascensos.

El verdadero motivo por el que Hagen había decidido marcharse era que no le gustaba el desierto. Muchos de los actores -aquellos que no querían recorrer cada día cincuenta kilómetros desde la zona norte de Las Vegas- se habían instalado en la ciudad de Creosote, a unos pocos kilómetros al norte del parque, sobre la carretera 95. En el último año, lo que una vez había sido poco más que un parada de camiones se había transformado en una bulliciosa aglomeración de casas rodantes y cabañas, con una muy animada vida nocturna y el ambiente de un campus universitario. Pero, para Hagen, vivir como un estudiante a los treinta años ya no le resultaba divertido.

En el escenario, Mymanteus el archimago estaba preparando el hechizo maligno que le permitiría dar vida a los grifos de la torre. Alguien golpeó la armadura con los nudillos y Hagen se apartó de la cortina al tiempo que se volvía. Por la mirilla vio a Olmstead, el actor que hacía de su escudero, o *écuyer*, como insistían los asesores.

- Hola, hola -dijo Olmstead. La cabeza asomaba de la cota de malla, generosamente embadurnada con gel-. ¿Qué tal lo llevas?

- Fatal, con esta armadura.

- Vamos, disfruta -replicó Olmstead con una sonrisa. Recuerda que hoy es tu último día. Piensa que a mí me quedan ocho funciones antes del fin de semana.

Cada vez sonaba más fuerte la música de los altavoces ocultos en los falsos tabiques. El hechizo del archimago casi había acabado entre bambalinas la tensión era cada vez mayor. Era ahora cuando comenzaba la diversión. Hagen miró a la directora de escena, que estaba debajo de una hilera de monitores con el dedo a un lado en el botón de efectos especiales de la consola que tenía delante. Cerca de ella se encontraba el técnico teatral que se ocupaba del panel desde donde se controlaba la parte piromusical del espectáculo. Detrás de ellos vio a un hombre bayo con gafas y pinta de profesor, con un medidor de decibelios en la mano. No lo había visto antes y pensó que se trataba probablemente de uno de los especiales en pirotecnia que habían contratado. La traca final era realmente espectacular ero el estruendo resultaba insoportable. El público no dejaba de quejarse, y dos de los trabajadores sufrían ahora de zumbidos en los oídos. Hagen miró de nuevo al tipo calvo que habían llamado para que solucionara problema. «Petardos silenciosos -pensó-. Las cosas que inventan.»

Ese día no lo serían. En unos segundos se abrirían las puertas del infierno. Los grifos saldrían de su sueño rodearían a la reina Kalma y al príncipe regente. El malvado archimago Mymanteus los atacaría con rayos de hielo y misiles mágicos. La chiquillería comenzaría a gritar. Entonces Hagen haría su gloriosa aparición. Correría al centro del escenario, lucharía heroicamente y moriría al cabo de dos minutos.

Moría tres veces al día. Excepto que, al final de ese día, moriría por última vez. Después colgaría el escudo, devolvería la espada si la suerte lo acompañaba, quizá conseguiría regresar a Creosote sin que sus compañeros lo empaparan con una manguera o lo sometieran a cualquier otra clase de maltrato.

Los tramoyistas sudaban la gota gorda, pues las máquinas de niebla funcionaban al máximo para lanzar ríos de niebla gris en el teatro. El técnico tenía montado el sistema electrónico pirotécnico, y la directora de escena apretó el botón al tiempo que hacía una seña a la cabina de control.

Sonó un tremendo estallido que hizo temblar el suelo, acompañado por los gritos del público. Los grifos estaban en movimiento. Treinta segundos. Destellos de color naranja y rojo brillaban entre las muselinas y los cortafuegos. De vez en cuando había un destello más intenso: eran los rayos láser del hechizo del archimago. Olmstead sonrió de nuevo y asintió. La adrenalina comenzó a correr por las venas de Hagen. Un técnico subió por una escalerilla en el extremo derecho del escenario para asegurarse de que el robot que disparaba los rayos láser estuviese colocado en los raíles y preparado para funcionar. El suelo volvió a temblar cuando entraron en funcionamiento los altavoces colocados debajo del escenario, Hagen miró el reloj colocado entre bambalinas: 13.28. Más destellos, luego una risa diabólica: su señal.

La directora levantó una mano.

- ¡Hagen! ¡Ahora!

Hagen respiró a fondo, sujetó bien firme la espada, levantó el escudo por delante de la coraza y avanzó. La directora alzó el pulgar. Uno de los tramoyistas apartó la cortina, y Hagen entró en el escenario envuelto en una nube de humo.

Había representado este papel quizá unas trescientas veces, pero esta vez, en su último día, intentó verlo como algo nuevo, fijar claramente en su memoria todas y cada una de las sensaciones que le producía estar en el escenario de la Torre del Grifo.

La más obvia era el ruido. Los gritos del público, los rugidos de los grifos furiosos que se movían por el escenario, los estampidos de los dardos mágicos del archimago, todo contribuía a que fuese impresionante. Cuando lo iluminaron los focos y dejó atrás la niebla y el humo, la multitud estalló en vítores.

La Torre del Grifo era enorme: una estructura de ocho pisos de altura, abierta como una chimenea hasta el techo.

Olía a moho y piedras húmedas. Había antorchas y brasero en las paredes. El aire resplandecía con cegadores estallidos de color. En lo alto, el archimalo continuaba riéndose al tiempo que -con la ayuda de los técnicos de efectos especiales situados entre bambalinas- lanzaba bolas de fuego sobre sus aterrorizadas víctimas: la reina y el príncipe regente. Una de las bolas de fuego chocó contra la pared más apartada de la torre. Se escuchó una brutal explosión, seguida por el desprendimiento de un trozo de mampostería, y luego la bola voló hacia el público sostenida por unas varillas invisibles, para desviarse finalmente en el último momento. Los espectadores prorrumpieron en gritos de deleite.

En otro lugar del escenario, el pobre Olmstead se veía asediado por un grifo furioso. Hagen levantó a *Peligrosa*, su espada refulgente, y se lanzó al rescate. Otro de los grifos se volvió hacia él, sus ojos mecánicos brillantes como ascuas.

Con la precaución de mantener al robot entre él y el público, Hagen descargó un mandoble, que pasó a un palmo del grifo.

Entre bambalinas, el técnico manipuló el control remoto, y la bestia mecánica cayó al suelo y se sacudió, soltando humo por la boca. Era un efecto realmente espectacular y el público lo recompensó con nuevos vítores.

Hagen saltó por encima del cuerpo de su escudero y corrió hacia la reina tras despachar a un segundo grifo. En el interior de la armadura la temperatura iba en aumento. Tenía el rostro bañado en sudor. Había una hilera de pequeños monitores, disimulados entre las candilejas, para que los actores, vieran la escena desde la perspectiva del público. Hagen

no los perdía de vista. Aunque su actuación solo duraba dos minutos, resultaba muy fácil desorientarse entre el humo y el resplandor de los lásers.

Se colocó delante de la reina y levantó el escudo hacia el archimago.

- ¡Varlet! -gritó-. ¡En nombre de Dios, cesad vuestra alquimia!

El archimago se rió al tiempo que se preparaba para obrar otro hechizo. Las luces parpadearon, y el escenario tembló al entrar de nuevo en funcionamiento los altavoces. Hagen miró los monitores a través del visor, para comprobar su posición y asegurarse de que estaba medio girado hacia el público. Cuando Mymanteus lanzara su ataque, un rayo láser rebotaría en el yelmo y a continuación rebotaría por todo el escenario, sincronizado con otra serie de explosiones. Él se desplomaría, con los brazos bien abiertos, víctima del rayo letal del archimago. Este era otro de los efectos favoritos de los espectadores. Hagen quería hacerlo a la perfección en su última representación.

Se oyó un ruido espeluznante. El archimago levantó los brazos, y un rayo de luz azul partió de sus dedos. Hagen miraba el monitor. Nunca se cansaba de ver esto.

Solo que esta vez fue diferente. El rayo del archimago no rebotó en el yelmo para después continuar su alocada trayectoria entre la bruma. En cambio, el rayo perforó el yelmo y atravesó limpiamente la cabeza de Hagen, para salir por el otro lado en línea recta hacia la izquierda del escenario. En el monitor, pareció como si una resplandeciente aguja le hubiese atravesado las mandíbulas. La multitud aplaudió a rabiar, Hagen no escuchó los aplausos. En realidad, no sentía ningún dolor, solo un calor que no desaparecía y una presión cada vez mayor en el cráneo, que continuó creciendo hasta que perdió el resto de los sentidos y se desplomó en redondo.

Unos segundos más tarde, bajó el telón en medio del estruendo de la traca final que estalló en las alturas de la torre y lanzó una lluvia de colores sobre el público. Los violentos ecos de la explosión se apagaron mientras el público, de pie, despedía el espectáculo con una larga ovación. Al otro lado del telón la actividad era frenética. Los actores se felicitaban mutuamente y corrían a los vestuarios; los encargados del vestuario revisaban las prendas los técnicos comenzaban a prepararlo todo para la siguiente función. Nadie hizo caso de los aplausos y gritos que aún sonaban en la sala. El especialista en pirotecnia anotó la lectura de su marcador decibelios. En una es esquina, uno de los asesores reprochaba a un chiquillo que no podía tener más de diez años, porque había sostenido mal la trompeta. Solo Robert Hagen permanecía inmóvil tumbado boca abajo sobre las tablas del escenario.

Olmstead se acercó a su compañero.

- Venga, no se puede dormir en horas de trabajo -dijo con una sonrisa, y tocó el cuerpo de Hagen con la punta de la bota. Al ver que Hagen no se movía, creció la sonrisa de Olmstead-. ¿Qué es esto, tu gran actuación? Lo siento, muchacho, pero no me quedan más Oscar.

La sonrisa comenzó a borrarse cuando se prolongó el silencio.

- Eh, Ralph, ¿cuál es la broma? -preguntó Olmstead.

Se arrodilló junto al caballero inmóvil y lo sacudió suavemente.

Cuando lo sacudió de nuevo, notó algo. Miró el yelmo de Hagen. Se agachó un poco más, y entonces olió a carne quemada.

Se levantó de un salto y comenzó a gritar pidiendo ayuda, pero su voz apenas era audible por encima del rugir de la multitud.

**13.34 h.**

Bob Allocco, jefe de Seguridad del parque, lo había visto y escuchado casi todo en los seis meses transcurridos desde la inauguración del parque. Pero nunca había visto nada como aquello.

Se encontraba en la garita de control de la salida de la Torre del Grifo y, a través del cristal opaco por el exterior, contemplaba al público que salía del teatro. Se oían risas, silbidos y comentarios de lo más variopintos; lo típico de una multitud excitada por el espectáculo. La única diferencia era que los espectadores parecían más entusiasmados que nunca. Conectó el audio para escuchar los comentarios.

- ¡Impresionante! -le decía un chico a otro-. ¿Has visto esos dragones?

- A ver si te enteras. No eran dragones -respondió el otro-. Eran grifos.

Una mujer mayor pasó junto a la ventana. Se abanicaba con el programa mientras hablaba con otra mujer anciana.

- Dios bendito, todos esos fuegos de artificio, prácticamente en la cara… Pensé que me daría algo. Ya sabes, con lo delicado que tengo el corazón.

- ¿Has visto la muerte del caballero? -le comentaba a su esposa un hombre que empujaba un cochecito de bebé-. Directamente a través de la cabeza. ¿Cómo lo harán?

- Tampoco fue para tanto -replicó la esposa-. Con los efectos especiales pueden hacer lo que quieran. Pero que aquel trozo de pared pareciera que fuera a caer sobre nosotros, eso sí que fue espectacular.

Allocco esperó a que salieran los últimos espectadores. Luego abrió la puerta, saludó a los acomodadores y entró en el teatro. Estaban levantando la sección de la torre caída con una grúa hidráulica. Unas aspiradoras gigantes se encargaban de eliminar las nubes de humo.

Se detuvo entre las hileras de asientos con la mirada puesta en las paredes de piedra artificial. Tenía un mal presentimiento, por supuesto, pero era algo que le sucedía cada vez que el parque abría las puertas. Le gustaba ver el parque a las seis de la mañana, cuando el personal era mínimo y no había visitantes para estropear la ilusión. Entonces podía caminar por las calles de adoquines de Luz de Gas olas pasarelas colgantes de Calisto sin tener que preocuparse por los niños perdidos, los picapleitos o los estudiantes borrachos.

La semana anterior tres moteros habían decidido bañarse desnudos en el estanque de Paseo. Se habían necesitado ocho agentes de seguridad para convencerlos de que se vistieran y abandonaran el parque. Una semana antes, un turista portugués se había enfadado por tener que hacer una cola de dos horas para entrar en el Horizonte Espacial y había amenazado con una navaja al empleado de la entrada. Allocco sacudió la cabeza. Sus hombres tenían prohibido llevar armas, ni siquiera en defensa propia. Nada de sprays irritantes, ni porras y mucho menos armas de fuego. Dependían de sus sonrisas, de sus poderes de persuasión. No era mucho delante de una pistola. Un agente que hablaba portugués había conseguido finalmente que el tipo guardara la navaja, pero durante un par de minutos habían estado en un tris de que ocurriera una desgracia.

Caminó por el pasillo alfombrado hasta el frente de la sala, subió al escenario y pasó entre bambalinas. Los actores, todavía con sus trajes, formaban corrillos y comentaban lo sucedido en voz baja. Allocco los envió al vestuario. Después se acercó al hombre de bata blanca que estaba arrodillado junto al actor que yacía inmóvil en el suelo.

Le habían quitado el yelmo. Allocco lo recogió. A cada lado, a la altura de las mejillas, había un pequeño agujero. Sostuvo el yelmo a la altura de los ojos y miró por los agujeros.

Casi no había sangre. El yelmo olía a metal recalentado y carne quemada. Dejó el yelmo a un lado y se dirigió al médico.

- ¿Cómo está?

- El rayo le atravesó las dos mejillas -respondió el medico-. Quemaduras en la piel, lesiones en los tejidos y trauma muscular, como era de esperar. Tiene quemaduras en la lengua, y probablemente perderá dos o tres dientes. Cuando se despierte tendrá un dolor de cabeza descomunal. Así y todo, tiene suerte de estar vivo. -Miró al jefe de Seguridad-. Cinco centímetros más arriba, y habríamos necesitado una bolsa para cadáveres en lugar de una camilla.

Allocco asintió.

- Podemos prestarle una primera atención y suturarle heridas, pero necesitará cirugía estética. ¿Quiere que llame, a Lake Mead para que envíen una ambulancia?

Allocco pensó en John Doe antes de contestar.

- No, todavía no. Por ahora haga todo lo que esté a su alcance. Infórmeme si se produce algún cambio en su estado.

El médico llamó a los camilleros que esperaban. Allocco fue a una de las alas del escenario, donde un supervisor observaba a una pareja de técnicos que bajaban algo por una escalera. Al acercarse vio que se trataba de un robot. Tenía el aspecto de una caja con ruedas rematada por un largo tubo blanco -una cabeza de láser- con una lente en un extremo y un manojo de cables de control en el otro. La lente, completamente destrozada, colgaba de la montura. El tubo estaba abierto en canal y los bordes de metal fundido todavía humeaban. Los técnicos dejaron el robot en el suelo con mucho cuidado.

- ¿Quién de ustedes es el encargado de seguridad del láser? -preguntó Allocco.

- Yo soy el encargado para Camelot, señor -respondió el más alto de los dos.

- ¿Puede decirme qué pasó?

- No lo sé, señor -dijo el técnico, con voz ahogada. Parecía estar muy asustado-. No es más que una cabeza de treinta vatios. No lo entiendo, no tiene el menor sentido…

- Tranquilo, hijo. -Allocco señaló al robot-. Solo dígame que salió mal.

- Es un láser de argón con una cabeza multilineal refrigerada por aire. Necesitamos el argón porque el rayo tiene que ser del mismo color azul de las descargas del archimago.

- Continúa. -Si dejaba que el tipo hablara a su aire, quizá acabaría por decir algo importante.

- Tampoco podíamos usar un controlador de luz estándar porque no tenemos un guión que seguir. ¿Lo sabe?

Allocco asintió amablemente. Conocía el procedimiento.

- Siempre tiene que rebotar en el caballero, pero no hay manera de saber exactamente dónde estará el caballero en el momento de la descarga.

- Había un robot sobrante que rondaba por aquí. Lo emplearon en algunas tareas de mantenimiento y después lo abandonaron. Entonces a alguien se le ocurrió la brillante idea.

La expresión de miedo del hombre se acentuó. «Creo saber quién fue», pensó Allocco. Espero en silencio.

- Así que le montaron la cabeza de argón y colocaron al robot en unos raíles allí arriba, ala derecha. -Señaló el lugar-. La mujer de Robótica, Teresa, lo modificó para que rastreara un rayo infrarrojo en el yelmo del Caballero. En el momento oportuno, dispara el láser directamente a la señal infrarroja.

- ¿Cuánto tiempo lleva esto en funcionamiento?

- Desde un par de semanas después de inaugurarse el espectáculo. Ya vamos para los tres meses, cuatro veces al día.

Ningún problema.

- Ningún problema. -Allocco señaló la carcasa partida-. ¿Qué pudo provocar semejante sobrecarga?

- Nunca he visto nada como esto, señor. Tuvo que haber excedido la salida normal en un cien por cien.

Allocco miró al hombre de reojo.

- Ya sabe que la Oficina de Salud Pública querrá investigar este incidente.

El técnico se puso tan pálido que, por un momento, Allocco creyó que perdería el conocimiento.

- ¿Tiene las hojas de control al día? -preguntó con voz suave el jefe de Seguridad.

- Sí, señor. Seguimos la Z-136 al pie de la letra. -ANSI Z-136 eran las normas de seguridad para el uso de rayos láser en la industria, la investigación y el gobierno-. Hacemos las evaluaciones semanales especificadas, reevaluaciones de la zona de riesgo, mantenimiento, interconexiones…

- Muy bien. Ahora quiero que se lleve esta cosa abajo y le haga la autopsia. Infórmeme de lo que encuentra. -Miró a la directora de escena, que había escuchado en silencio la conversación-. Se acabaron los rayos láser para el archimago, al menos por un tiempo. ¿Puede apañar alguna otra cosa para la función de las cuatro y veinte?

- Tendré que hacerlo, ¿no? -La directora se volvió y siguió a los técnicos hacia el túnel que conducía a los vestuarios Allocco la observó marcharse. Luego sacó la radio del bolsillo.

- Comando Nueve Siete, aquí Treinta y tres.

- Sí, señor.

- Quiero el historial de la Torre del Grifo. ¿Algún avise de intrusión en las últimas veinticuatro horas?

- Un momento. -Allocco esperó acompañado por el sonido de fondo de la estática-. No, señor. Hay un rayo abierto, todo lo demás está en orden.

- ¿Un rayo abierto? ¿Dónde esta el interruptor?

Escuchó el sonido de las teclas.

- Torre del Grifo 206. Orientación oeste, pasarela cuatro.

- ¿A qué hora transmitió el rayo la señal de abierto?

- Hará unos cinco minutos, señor. ¿Quiere que envíe a alguien para que lo compruebe?

- No, gracias. Lo haré yo mismo. No haga caso de más alertas de la torre hasta que me comunique.

Allocco guardó la radio en el bolsillo y caminó hacia el fondo del escenario, mientras miraba con expresión pensativa la estructura de columnas y vigas metálicas que formaban el esqueleto de la Torre del Grifo.

Las zonas públicas de Utopía estaban rodeadas por redes de alfombras detectoras de intrusos y alarmas infrarrojas más modernas. Garantizaban que los visitantes permanecían seguros en las vagonetas de las atracciones y alertaban si alguien, intencionadamente o no, entraba en lugares potencialmente peligrosos. Cuando alguien pasaba e interrumpía la señal solo causaba una ruptura temporal. Cuando un rayo se quedaba abierto así, siempre significaba un fallo de hardware.

Además, ¿a quién se le ocurriría subir por la estructura, sin ser detectado por los demás sensores, para después sentarse y permanecer inmóvil en la trayectoria de un rayo?

El jefe de Seguridad observó los raíles por donde había corrido el robot con el láser. Luego miró el lugar en el escenario donde hasta hacía un momento había estado el caballero herido.

Era una locura. Sin embargo, Allocco tendría que comprobarlo.

Los peldaños de la escalera metálica gris estaban fríos al tacto, subió poco a poco, mano sobre mano. Hacía mucho tiempo que no subía por una escalera vertical, ni tampoco nadaba, ni corría ni hacía más actividad física aparte de caminar, y al cabo de un par de minutos comenzó a jadear. Mientras ascendía iba viendo los distintos equipos de accesorios utilizados en las funciones: soportes de cables, poleas, conductos…

Cada vez estaba más oscuro. Los sonidos de las actividades que se desarrollaban abajo apenas si se oían. Un poco más arriba vio una pasarela que tenía un dos pintado con pintura blanca en la parte inferior. Subió hasta la pasarela y se sentó; le costaba respirar. A un lado se hallaba el puesto del observador, equipado con prismáticos y un teléfono. Durante las representaciones, este lugar era un hormiguero. Ahora se encontraba desierto. Unos tubos fluorescentes en la pared permitían que los trabajadores no tropezaran los unos con los otros mientras se movían por la pasarela.

Allocco caminó poco más de seis metros hasta la siguiente escalera. Resignado, se sujetó a los peldaños y subió de nuevo.

Fue una larga subida hasta la pasarela 3. Cuando llegó, lo primero que hizo fue sentarse en el suelo de rejilla y apoyar la espalda contra la barandilla, La camisa empapada en sudor se le pegaba a la piel. Esto era una locura. Tendría que haber dejado que enviaran a un equipo o, mejor todavía, encomendarle el trabajo al personal de mantenimiento. Pero ya que había llegado hasta allí, bien podía acabarlo. Dios sabía que necesitaba el ejercicio.

Miró en derredor, con la respiración entrecortada. Se encontraba a nivel del techo del escenario. Había poca luz, pero alcanzó a ver un mamparo al final de la pasarela: allí estaba la maquinaria hidráulica que dejaba caer el trozo de mampostería sobre el público en el momento culminante del espectáculo. Por encima de su cabeza, las paredes se unían en un estrecho canal vertical que formaba la fachada de la Torre del Grifo. En el otro extremo de la pasarela había otra escalera que se perdía en la oscuridad. Espero un

minuto, y otro más, para recuperar el aliento. Entonces se levantó. Tenía mucho que hacer para estarse sentado allí todo el día.

Subir por este tramo de la torre le resultó mucho más difícil. Si se echaba demasiado para atrás, la espalda rozaba contra la áspera superficie de la pared, de modo que se vio obligado a mantenerse casi pegado a los escalones y utilizar toda la fuerza de los brazos para subir. Cuando vio la parte inferior de la pasarela 4, le temblaban todos los músculos, jadeando, continuó su ascenso.

Esta pasarela solo se utilizaba para las tareas de mantenimiento y las poco frecuentes inspecciones de seguridad, y estaba a oscuras. Costaba creer que al otro lado de la pared brillaba el sol, cantaban los trovadores y los visitantes paseaban alegremente. Allocco se apoyó en la escalerilla. Tenía la sensación de que el corazón le estallaría en cualquier momento. Fantástico, pensó. Si ahora me da un ataque, tardarán una semana en encontrarme.

Esperó a que se le normalizara un poco la respiración y luego sacó del bolsillo una linterna lápiz. El rayo de luz era delgado como un hilo. ¿Cómo no se le había ocurrido traer una linterna de verdad?

Subió los últimos peldaños y llegó por fin a la pasarela 4.

Era muy angosta y la barandilla era más alta que en las demás. Aunque solo veía oscuridad debajo de los pies, Allocco tenía muy clara la considerable caída hasta el escenario. Tenía la muy desagradable sensación de ser un diminuto insecto arrastrándose por el interior de un frasco.

Los extremos de la pasarela se perdían en la oscuridad. Le habían dicho dirección Oeste. Tardó un momento en orientarse y luego avanzó cautelosamente por el sendero de luz que trazaba la linterna.

Al cabo de unos segundos, la luz alumbró la caja de uno de los sensores de infrarrojos, atornillada a la barandilla a un palmo del suelo. Estaba bien disimulada aunque no resultaba difícil de encontrar si uno sabía lo que buscaba. Allocco se arrodilló junto ala caja y alumbró la placa: GT-205. Eso significaba que el sensor defectuoso debía de ser el siguiente de la hilera. Se puso de pie y avanzó de nuevo.

De pronto se detuvo, el cuerpo tenso, todos los sentidos alertas. Abrió la boca para dar un alto, pero un sexto sentido le avisó que permaneciera en silencio.

Entonces ocurrió algo extraño: bajó la mano derecha hacia la cadera y sus dedos solo sujetaron aire.

Allocco se miró la mano con una expresión de absoluta incredulidad.

Años atrás, en lo que él llamaba su otra vida, había sido agente de la policía de Boston. No había desenfundado un arma en una docena de años. ¿Qué impulso atávico lo había llevado a echar mano a una?

Alumbró con la linterna hacia delante, atento al más mínimo movimiento, a un brillo metálico, a cualquier cosa que pudiese representar una amenaza. El corazón le latía desbocado, todos sus instintos le avisaban de un peligro. Sin embargo no oyó ni vio nada y, después de un par de minutos, se obligó a relajarse. Exhaló un suspiro, sacó la radio del bolsillo y la acercó a los labios, pero la guardó de nuevo. Ya había llegado al sensor. ¿Qué sentido tenía pedir ahora que enviasen un equipo?

Se reprochó su comportamiento. Había dejado que John Doe lo asustara. Agradeció que Sarah Boatwright no pudiese verlo en esos momentos. La mujer detestaba cualquier

muestra de debilidad, y allí estaba él, sudoroso, jadeante, con el corazón en la boca como cualquier policía novato en su primera intervención. Era embarazoso, muy poco profesional. Hasta que se demostrase lo contrario, el tipo no era más que otro chalado fanfarrón. Era otra broma pesada, como las falsas amenazas de bomba que recibían casi a diario. ¿A qué grupo de terroristas, ladrones, mercenarios profesionales, o lo que fuera, se le ocurriría asaltar un parque temático? En Utopía no había nada que les pudiese interesar.

Se rió por lo bajo y avanzó de nuevo en busca del sensor defectuoso. Lo distinguió cerca del suelo, en la misma posición que el anterior, a unos seis metros de distancia.

Advirtió en el acto que el sensor no se encontraba averiado. Había algo allí, algo que interrumpía el paso del rayo infrarrojo.

Allocco se adelantó poco a poco. Contuvo el aliento.

- ¡Dios bendito! -susurró. Se arrodilló con la mirada fija en el objeto.

Ahora sabía, con la más absoluta certeza, que lo que estaba ocurriendo allí no se trataba de un juego.

**13.42 h.**

Sarah Boatwright esperó mientras Allocco cerraba con llave la puerta del despacho y bajaba la cortinilla para que nadie los viera desde el pasillo. Luego el jefe de Seguridad se adelantó para dejar una caja de metal sobre la mesa. Fred Barksdale, que estaba en un extremo del despacho, se acercó. Frunció el entrecejo, y la aristocrática curva de sus labios mostró un gesto severo. Sarah se inclinó hacia delante en la silla.

- Muy bien, Bob. ¿Qué pasa?

Allocco tenía el rostro enrojecido y, debajo de la chaqueta, la camisa empapada en sudor.

- Hice que el encargado de Seguridad de los rayos láser examinara la unidad. Cree que recibió una sobrecarga. Disparó un rayo de más de trescientos vatios en lugar de los treinta fijados, Reventó la carcasa y destruyó la cabeza.

- Eso no es posible. El parque solo utiliza rayos láser de clase 2, y no… -Sarah se interrumpió-. ¿Era un láser controlado por un robot?

- Así es. El robot corre por unos raíles y rastrea la señal emitida desde el yelmo del caballero.

Por un momento reinó el silencio.

- Otra vez la metarred -comentó Barksdale en voz baja.

- Esto no es más que el principio -añadió Allocco-. Había un informe de una interrupción en uno de los sensores de la Torre del Grifo. Lo comprobé. Encontré esto.

Abrió los cierres de la caja, levantó la tapa y sacó algo sujetándolo por los lados. A Sarah le pareció que era un trozo de plastilina gris envuelto en un papel transparente marcado con una serie de números. Allocco lo depositó con mucho cuidado en la mesa.

- C4 -dijo.

- ¿C4? -repitió Sarah, y se levantó para mirar de más cerca.

- Explosivo de gran potencia de uso militar. Es un paquete de dos kilos.

Sarah se quedó inmóvil. Luego volvió a sentarse lentamente, con la mirada puesta en el paquete gris.

- Lo encontré en una pasarela de la torre. Lo habían colocado para que interrumpiera el rayo del sensor.

- Dios mío -exclamó Barksdale-. Tenían la intención de volar la torre.

- No lo creo -afirmó Allocco.

- ¿Por qué demonios no?

Una curiosa sonrisa apareció en el rostro del jefe de Seguridad.

- Porque mire lo que encontré clavado en el paquete a modo de detonador.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un Chupa-chup envuelto en papel rojo.

Nadie dijo nada. Sarah miró la bola redonda en el extremo del palito blanco.

- Fresa -murmuró.

- Hablé con los tramoyistas, con los tipos que trabajan en las pasarelas. Nadie vio nada. Así y todo, alguien consiguió eludir los sensores, colocar el explosivo, y marcharse.

- No lo entiendo -manifestó Barksdale.

- Pues yo sí. -Allocc0 dejó el chupa-chup junto a la caja-. Sencillamente nos dice que puede causar daños. Destruir las atracciones con total impunidad. Ahora que lo pienso, creo que todos los fallos que hemos sufrido no han sido tales. Nuestro amigo John Doe nos está enviando un doble mensaje. Nos dice que tiene pleno control de todo.

- Es decir, que nos tiene pillados por todas partes -dijo Sarah con voz pausada.

La dominaban varias emociones -sorpresa, preocupación, furia- y no quería que ninguna de ellas afectara a las decisiones que estaba a punto de tomar.

- Han reprogramado algunos de los robots para sembrar el caos en el parque -prosiguió-. Aflojan los frenos de las vagonetas, sobrecargan los emisores de láser, Pero también nos han dejado una prueba de que tienen los medios para hacer que todo esto vuele por los aires.

- ¿Qué le dijo John Doe que quería? -preguntó Allocco-. ¿Disipar cualquier duda? Pues a mí me ha convencido.

- Se acercó a la mesa y cogió el teléfono.

- ¿Qué hace? -preguntó Sarah.

- Ordenaré que pongan en marcha el nivel uno del plan de evacuación del parque -contestó Allocco, mientras marcaba-. Después me pondré en contacto con la policía estatal.

Esto es algo que a mis colegas de la Tropa E les interesará mucho saber. Necesitaremos dos equipos, quizá tres, además de agentes federales expertos en la dispersión de multitudes en Zonas de fuego…

Barksdale se adelantó y apoyó bruscamente una mano en la horquilla del teléfono. Fue algo tan poco habitual por parte del flemático ejecutivo que Sarah lo miró, sorprendida.

- ¿Qué demonios está haciendo? -gritó Allocco.

- Yo podría hacerle la misma pregunta. ¿No recuerda por qué han hecho esta demostración? Para advertirnos que no debemos hacer nada intempestivo.

Allocco lo miró con furia. Sin decir palabra, comenzó a marcar de nuevo.

- Cuelgue el teléfono -le ordenó Sarah en el acto.

Allocco se detuvo y la miró, con una expresión que reflejaba su desconcierto. Sin embargo, el tono de Sarah tenía una autoridad que no podía pasar por alto. El director de Seguridad colgó el teléfono.

- Antes de hacer precisamente aquello que nos advirtieron que no debíamos hacer, necesitamos saber mejor a qué nos enfrentamos -añadió Sarah, con un tono apenas un poco más suave.

- ¿A qué nos enfrentamos? -replicó Allocco-. Yo le diré a qué nos enfrentamos. Observé a los visitantes cuando salían de la Torre del Grifo después de la función. ¿Sabe qué? Lo pasaron en grande. Nadie se enteró, nadie se dio cuenta en lo más mínimo de que alguien había resultado herido. -Señaló el explosivo-. Si el semtex hubiese estallado, habría caído toda la pared interior de la torre. Toneladas de escombros sobre tres mil espectadores. Habría sido literalmente eso que dicen de que la casa se vino abajo, y sabe qué habría pasado. A todos les habría encantado hasta el momento en que perdieran la vida. Porque habían visto cómo otra torre se había desplomado al otro lado del teatro. Un derrumbamiento que era parte del espectáculo.

Se alejó unos pasos y luego se acercó de nuevo a la mesa.

- ¿A cuántas personas tenemos hoy aquí? ¿Unas sesenta y seis mil? Ni una sola de ellas tiene ahora mismo el instinto de supervivencia. Es algo que dejan en la entrada. Para eso pagan. Ven un incendio, escuchan una explosión, se dan cuenta de que la vagoneta comienza a descarrilar y ¿qué hacen? Se divierten más que nunca. Porque creen que todo forma parte del espectáculo. Eso hace que todas ellas sean víctimas fáciles. -Miró a Barksdale-. ¿Cuántos robots tenemos funcionando en el parque?

- ¿Se refiere a conectados a la metarred? -preguntó Barksdale. Pensó un momento-. Después de las reducciones del mes pasado, alrededor de ochenta.

- Ochenta, y cualquiera de ellos es una bomba de relojería. Incluso si fuese posible desconectarlos a todos sin crear demasiados problemas, no disponemos de tiempo para llegar a todos ellos. Además no son solo los robots, Le hemos dado a John Doe un campo de juego ideal. -Se inclinó sobre la mesa-. Colocó explosivos en las paredes de la Torre del Grifo, pero también podría haber saboteado la tubería de gas de los lanzallamas o…

- ¡Ahí es donde está el problema! -lo interrumpió Barksdale-. Lo acaba de decir. No podemos verificarlo todo. Estos malnacidos tienen todos los triunfos. Tenemos que pensar en la vida de los visitantes. Ahora mismo, la evacuación, llamar a la policía, no es una opción.

- Perdone, es la única opción. No estamos equipados para defendernos de esta clase de amenazas. -Allocco hizo un gesto hacia el paquete de explosivo plástico-. En lo que se refiere a los visitantes, ¿cree que a las personas que pusieron esto les importa un rábano que mueran o vivan unos cuantos turistas?

- Probablemente no -reconoció Barksdale-. Por eso mismo no debemos incitarlos.

Los dos hombres se volvieron hacia Sarah, como si quisieran que ella hiciera de árbitro. Ella miró sus expresiones.

El rostro pétreo de Allocco reflejaba decisión. En las aristocráticas facciones de Barksdale, la preocupación no podía ser más evidente.

- No llamaremos a la policía -decidió.

La tranquilidad volvió al rostro de Barksdale, mientras que al jefe de Seguridad se le subían los colores.

- ¿Qué? -exclamó Allocco-. ¿Piensa plegarse sin más a las órdenes de ese cabrón?

- No, no me inclinaré ante él.

Mientras hablaba, notó cómo se endurecía su expresión a medida que la furia desplazaba a las demás emociones. La arrogancia de john Doe cuando había entrado en su despacho, bebido el té, planteado sus exigencias. Cuando le había acariciado el rostro. La manera como casi despreocupadamente amenazaba a su parque, hería a su gente. Había creído que ella cedería sin más a sus amenazas. Pues estaba en un error.

- John Doe dijo que tiene vigiladas las entradas y las salidas -continuó-, Insinuó que mataría a los visitantes si ordenábamos una evacuación. No tengo razones para creer que miente. Traer a una legión de policías al parque no es la respuesta. Nos enfrentaremos a John Doe en nuestros propios términos y con nuestra gente. -Miró a Barksdale-. Fred, has dicho que tienen todos los triunfos. No estoy de acuerdo. Este es nuestro parque, y eso nos da la ventaja de jugar como locales.

Barksdale levantó una mano dispuesto a protestar, pero después se echó atrás y la bajó.

- Vamos por orden -prosiguió Sarah-. Por lo que dijo Doe, vigilan el monorraíl, así que no podemos disponer una evacuación general, al menos por el momento. Por lo tanto, comenzaremos como si se tratara del primer nivel de una amenaza de bomba. Bob, ordene una alerta para todos los equipos de seguridad, sin dar más detalles. Reúna a las personalidades visitantes y llévelas a la sala principal. Dígales que viene el presidente, lo que sea, pero llévelas allí. Mientras, llamaré a Las Vegas para que no venga el lechero. ¿Te encargas tú de avisar a los cajeros, Fred?

Barksdale asintió. Casi todas las operaciones económicas en el parque se hacían a través de las tarjetas de crédito de los visitantes, pero en muchos lugares se usaba dinero en efectivo, sobre todo en los casinos. El lechero era, en la jerga de Utopía, el camión blindado que acudía a recoger la recaudación una vez a la semana. Sarah se dirigió de nuevo a Allocco.

- No podemos cerrar las entradas. En cambio, sí podemos ir cerrando taquillas un poco antes: digamos, cuatro cada media hora. También podemos acelerar la circulación de los trenes para facilitar las salidas.

- Podríamos cerrar un par de atracciones de la lista A -propuso Allocco-. Si la gente cree que lo ha visto todo, o las colas son muy largas, quizá decidan marcharse más temprano.

- Muy bien, pero hay que hacerlo todo con la máxima discreción. Hay que enviar al laboratorio de Terri Bonifacio el robot de la Torre del Grifo. El doctor Warne tendría que echarle una ojeada. Quizá encuentre algo que nos permita averiguar qué otros robots han sido modificados.

- Eso lo puedo hacer ahora mismo. -Allocco cogió de nuevo el teléfono.

Barksdale frunció el entrecejo y miró a Sarah.

- Si quieres que todo se haga con la…

- No le diremos a Andrew nada más allá de lo estrictamente necesario. Pero ahora mismo necesitamos su ayuda. Sobre todo cuando… -Hizo una pausa-. Sobre todo cuando parece que la metarred no es la responsable de todo esto.

Barksdale se arregló la corbata en un gesto inconsciente, algo que delataba su inquietud. Sarah se sintió dominada por una súbita oleada de afecto que se apresuró a controlar. Ya habría ocasión para manifestarla más tarde.

- ¿Qué te preocupa, Fred?

- Es que me cuesta entenderlo, si la metarred no tiene fallos, entonces, ¿qué está pasando? ¿Cómo pueden esos tipos enviar instrucciones a los robots? Nuestra red es absolutamente segura. No hay manera de que nadie desde el exterior pueda…

Barksdale se interrumpió. El único sonido que se oyó en el despacho fue el de Allocco al colgar el teléfono.

Sarah observó el rostro de su amante con mucha atención.

Freddy Barksdale era el hombre más educado y encantador que cabía imaginar, y al mismo tiempo era un curioso híbrido: una juventud privilegiada en los mejores colegios ingleses, una carrera en los más altos cargos de los servicios de información.

Si había algún problema, buscaba, por instinto, un fallo mecánico. Nunca se le ocurría pensar en la posibilidad de un error o una traición humana. Eso era algo antideportivo. Sencillamente no era la manera de hacer las cosas. Pero ahora, mientras lo observaba, vio algo en sus ojos, el atisbo de algo que ella ya sabía que debía de ser la verdad.

- Freddy -dijo Sarah en voz baja-, quiero que me consigas una lista de todo tu personal que tenga el acceso y los conocimientos para hacer algo como esto, y cuáles de ellos están hoy aquí.

Barksdale permaneció inmóvil por un momento, como si la petición hubiese sido suficiente para convertirlo en piedra. Luego asintió lentamente.

- Creo que deberías hacerlo ahora mismo -continuó Sarah y, mientras Barksdale se volvía, añadió-: Fred, mantén todo esto en secreto, que he se filtre absolutamente nada.

Sarah esperó a que la puerta se cerrara detrás de Barksdale antes de dirigirse a Allocco.

- Quiero que usted haga lo mismo. Quiero una lista del personal de seguridad que tenga los medios o algún motivo. Cualquiera con una queja referente al trabajo, que tenga problemas con el jefe, consuma drogas o pase por apuros de dinero. -Mientras decía estas últimas palabras, intercambiaron fugazmente una mirada muy significativa. Después Allocco asintió-. Ese técnico, Ralph Peccam, ¿ha encontrado algo?

- Todavía continúa revisando las grabaciones de vídeo.

- No es posible que él mismo haya preparado ese fallo en la Colmena, ¿verdad? Cuando perdimos el rastro de John Doe.

- No. Al menos, no sin una preparación adecuada.

- Dijo que había trabajado en Sistemas. ¿Es hombre de su absoluta confianza?

- Cuenta con todo mi respaldo. Nunca se involucraría en este tipo de cosas. Lo conozco demasiado bien.

- De acuerdo. Entonces, que siga con los vídeos. -Se apartó de la mesa para acercarse a un plano del parque-. Tiene toda mi atención, Bob. Si tiene un plan para acabar con esto, sin riesgos innecesarios para el parque y los visitantes, quiero escucharlo.

La interrumpió un discreto zumbido.

Sarah tardó unos segundos en descubrir qué era. Luego, cuando lo hizo, se reprochó por haberlo olvidado, aunque solo fuese por un instante. Metió la mano en el bolsillo, sacó la radio y la conectó.

- ¿Señorita Boatwright? -preguntó la voz suave de John Doe-. ¿Sarah?

Sarah miró a Allocco. El jefe de Seguridad se apresuró a sacar del bolsillo una minigrabadora y se la pasó.

- Sarah, ¿está allí?

- Aquí estoy. -Sarah puso en marcha la grabadora y la acercó al altavoz de la radio.

- ¿Vio nuestra función de la una y media?

- No pude asistir. Escuché las críticas.

- Por lo tanto ¿podemos continuar con este asunto sin más incidencias desagradables?

- Adelante.

- Le contaré una pequeña historia. Por favor, escuche con mucha atención. No es muy larga, y creo que le parecerá muy interesante.

**13.45 h.**

- ¿Puedo utilizar alguno de estos terminales para conectarme a la red? -Georgia había derrotado al máximo nivel de la Game Boy y ahora estaba sentada desconsoladamente en el suelo, en la posición del loto, sin más diversión que arrojarle una bola de papel a Tuercas para que la recogiera-, Me gustaría, quizá, bajar algo de Duke Ellington. V Al otro lado del laboratorio, Terri Bonifacio estaba muy concentrada en untar pasta de gamba en un trozo de mango amarillo.

- Ni hablar, chica.

Georgia miró la docena de terminales desocupados con una mirada que decía claramente: ¿No puedes prescindir ni siquiera de uno de estos?

Terri no pasó por alto la mirada y sonrió.

- Es un sistema sellado, no hay portales con el exterior.

Es un riesgo de seguridad demasiado grande. Si te interesa, tengo muchos conciertos de Guns N' Roses pirateados.

- No, gracias.

Warne había estado trabajando en el terminal de la metarred.

Se apartó de la pantalla y miró a Terri con los ojos enrojecidos.

- Pasó por la fase del postpunk del rock duro californiano el diciembre pasado. -Miró el trozo de mango-. Lo siento, pero eso tiene un aspecto francamente repulsivo.

- Pues estás de suerte. Algunos días, traigo *dinuguan* para comer.

- Me da miedo preguntar qué es.

- Cabeza, hígado y corazón de cerdo, con salsa de sangre de cerdo. También como *balun-balunan*, que…

- Vale, vale.

Desde el suelo, Georgia hizo una exagerada pantomima de meterse un dedo en la garganta. La sonrisa de Terri se agrandó.

Georgia arrojó la bola al rincón más lejano. El robot salió disparado detrás de la bola, con todos los sensores en marcha. En cuanto llegó junto a la pelota, adelantó la cabeza y abrió las pinzas. Sujetó la pelota con las pinzas y emprendió la vuelta a una velocidad sorprendente, que controló en el último momento, y depositó la pelota en la mano extendida de Georgia con mucha suavidad.

- ¿Buen chico, Tuercas! -dijo Georgia. El robot ladró entusiasmado y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo.

- Se persigue la cola -exclamó Terri-. Como un perro de verdad.

Georgia dejó caer la pelota al suelo y miró a Warne.

- Papá, ¿todavía no has acabado? Llevamos aquí por lo menos una hora.

- Media hora, princesa.

- No me llames princesa. -Consultó su reloj-. Son casi las dos.

- Solo unos minutos más. -Miró a Terri y le señaló el terminal-. A la metarred no le pasa nada. He hecho todas las pruebas posibles y más, y funciona perfectamente.

Terri se acabó el mango y se encogió de hombros como si dijera: «Te lo dije».

- Tenías razón. Todos los cambios efectuados por la metarred han sido favorables. -Warne se volvió hacia el terminal y comenzó a buscar en la pantalla-. Lo que me intriga son los informes de incidencias. He repasado casi todos los fallos de los robots. ¿Sabes qué? Según los archivos de la metarred, ninguno de aquellos robots recibió orden alguna de cambio. La metarred no hizo ninguna modificación en sus códigos, y eso no tiene sentido.

Miró fijamente el terminal. Vio su propio rostro -pálido, un tanto ojeroso- reflejado en el cristal. El solo hecho de estar sentado allí revivió unos recuerdos agridulces muy intensos, La última vez que había estado delante del terminal de la metarred, en su laboratorio en Carnegie-Mellon, había experimentado un orgullo casi paternal por la creación que estaba a punto de enviar a Nevada. La metarred sería el primero de una serie de desarrollos revolucionarios que sin duda saldrían de su laboratorio. Sus teorías del aprendizaje de las máquinas eran la comidilla de la comunidad robótica, y había encontrado un formidable defensor en Eric Nightingale.

Qué diferentes eran ahora las cosas para el rostro que veía reflejado. Cerró los ojos y agachó la cabeza. ¿Qué había pasado?, se preguntó, ¿Cómo podía haber salido todo tan mal, en tan poco tiempo? Ni siquiera había tenido tiempo de darse cuenta.

Se oyó el zumbido de unos motores, unos fuertes ladridos metálicos, Tuercas se movió adelante y atrás por el centro del laboratorio, como si buscase algo. Luego se detuvo debajo de un grupo de tubos fluorescentes.

- ¿Qué hace? -preguntó Terri.

- Está recargando las baterías. Dado que su modelo, que en estos momentos es Georgia, no se mueve, ha pasado al estado de espera y realiza tareas de mantenimiento. ¿Recuerdas tus clases de cibernética?, ¿la tortuga de Grey Walter, con sus primitivas conductas de acercase y apartarse de las fuentes de luz? Es la misma idea.

Terri observó al robot, que permanecía inmóvil debajo de las luces.

- Es completamente autónomo, ¿no? Si hubiese estado conectado a la metarred, yo lo habría sabido.

- Sí.

- Supongo que utiliza un algoritmo A para buscar las rutas, ¿no es así? ¿Cómo has evitado los típicos zigzagueos?

- Añadí algunas trabas en el proceso.

- Y su configuración ¿es totalmente reactiva? Tiene que serlo, dados todos los procesos aleatorios que el pobre tiene que hacer.

- Efectivamente. Pero lleva un núcleo jerárquico para darle algunos rasgos personales, para que parezca más real. Claro que no todos funcionan como se esperaba. Puede ser de lo más travieso cuando le da por ahí.

Miró a la mujer de reojo. No había duda de que era una experta.

La comunidad robótica estaba dividida en dos bandos. El bando conservador defendía la creación de robots con una inteligencia artificial «deliberativa»: sistemas muy estructurados y jerarquizados con unos modelos internos fijos. El progresista -del que Warne era su controvertido líder- creía que los robots basados en las conductas eran el camino al futuro: sistemas reactivos que basaban sus acciones en la información de los sensores, y no en seguir instrucciones precodificadas.

- Hay algo un tanto inquietante en él -comentó Terri-. Como si nunca se supiera qué hará a continuación. Además, ¿por qué es tan condenadamente grande?

- Cuando lo construí, no había muchos componentes miniaturizados como ahora. A lo largo de los años he ido cambiando los originales por otros más pequeños y potentes. Reduje el peso a la mitad, y liberé espacio para motores y servos más grandes. Por eso se mueve con tanta velocidad. ¿No lo habías visto antes?

- Solo de lejos. Creo que estaba en un rincón del despacho de Sarah Boatwright o quizá en el de Barksdale. No lo recuerdo.

Warne exhaló un suspiro. No sabía muy bien la razón, pero no se sorprendió.

- Háblame de Fred Barksdale. ¿Cómo es?

- Veamos. Es encantador, educado, elegante, jovial… si te gustan esas cosas en un hombre, por supuesto. Puede pasarse horas citando a Shakespeare. Todas las mujeres de Sistemas están locamente enamoradas de Fred, razón por la cual yo no lo estoy. -Warne se rió-. Según se rumorea, él y Sarah hacen muy buena pareja -añadió Terri.

A Warne la risa se le atravesó en la garganta. Miró a Terri. Habría jurado que había un muy leve tonillo burlón en su voz.

- No te preocupes. También dé lo que hubo entre vosotros. En Utopía son más cotillas que en «Peyton Place».

- Aquello ya es historia antigua -dijo Warne.

- No tan antigua -murmuró Georgia.

Terri soltó una carcajada.

- ¿Sabes?, esta hija tuya me gusta cada vez más.

Georgia sonrió, ruborizada hasta las orejas.

Warne miró de nuevo la pantalla; pasó el puntero del ratón de una ventana a otra. Una vez más, se sintió dominado por una mezcla de sentimientos: en parte miedo, en parte desesperación. Estaba perdiendo la metarred; era algo que estaba pasando ante sus propios ojos. Sin embargo, no tenía ni un solo fallo; acababa de hacer todas las pruebas. Pero, evidentemente, algo tenía que estar mal. El accidente en la atracción de Notting Hill, y aquella misma mañana, el robot que él mismo había construido, Currante… No tenía sentido. Apartó la mano del ratón y se frotó la muñeca distraídamente.

Se produjo una súbita conmoción cuando Tuercas -con las baterías recargadas al máximo- apareció a gran velocidad, sujetó el ratón con una pinza y escapó. Se oyó como un estampido. Warne miró al robot, que lo miraba a su vez, con el ratón en la pinza y el cable cortado colgando como una cola, a la espera de que Warne lo persiguiera.

- Tuercas, no perseguir -dijo con voz cansada. Se volvió hacia Terri-. ¿Tienes a mano otro ratón?

- Por supuesto. ¿Siempre roba cosas de esa manera?

- Le encanta perseguir coches, robots, cualquier cosa con ruedas. No me preguntes por qué. Llegó a ser tan pesado que tuve que incorporar una orden especial para él: «No perseguir». Así y todo, nunca se sabe qué hará.

«Mi carrera en un microcosmo», pensó mientras miraba con expresión de pena al autómata. Era lógico que acabase convertido en una reliquia.

Terri fue a buscar otro ratón. El movimiento natural de su cuerpo conseguía que incluso con una bata de laboratorio, resultara atractiva. Warne miró a Georgia, que hojeaba sin el más mínimo interés una revista de negocios, y después volvió a concentrarse en la pantalla.

Allí estaba de nuevo: la sensación de que algo no encajaba.

Entonces, repentinamente, comprendió qué era. Se trataba de algo de tanta sencillez, tan obvio, que no lo había relacionado.

- Terri, si la metarred modificó unos robots para que hicieran acciones inapropiadas, ¿por qué no hay ningún registro interno de las modificaciones? He revisado todos los archivos. No hay ninguno que corresponda a los robots que fallaron.

- Eso no puede ser -manifestó Terri.

- Hay otra cosa. En la reunión de esta mañana, Barksdale dijo que los problemas eran intermitentes. Los robot se comportaban mal un día y al siguiente todo era normal.

- Warne hizo una pausa-. Si la metarred transmitió instrucciones a esos robots para que se portaran mal, ¿quién les ordenó que volvieran a portarse bien?

Terri lo miró con una mirada de preocupación en sus ojos oscuros.

- Es algo que solo puede hacer la metarred.

- Exacto. No obstante, no hay registros internos correspondientes a la introducción o corrección de los fallos.

- Warne apartó los informes de incidentes-. ¿Cuántos casos de códigos inapropiados has visto con tus propios ojos?

- Solo uno. El de Notting Hill.

- ¿Cómo averiguaron cuál era el fallo?

- El personal de mantenimiento recorrió las vías y encontró las zapatas de seguridad aflojadas. Yo encontré la orden de conducta incorrecta en el código incorporado.

- ¿De qué clase?

- El código había sido alterado para que aflojara las zapatas en lugar de apretarlas.

Warne torció el gesto involuntariamente. Había dos únicas maneras de transmitir instrucciones específicas a los robots.

Solo Terri tenía acceso al terminal de la metarred. Si ella no había modificado los códigos de los robots, entonces la propia metarred había modificado sus programas. La metarred había causado realmente el accidente. Sintió que su desesperación crecía por momentos.

- Papá, vamos, por favor -suplicó Georgia.

- ¡Georgia! -gritó Warne. Luego, con un esfuerzo, controló su enfado-. Escucha, lo siento, pero tengo que acabar esto. -Miró por un momento la pantalla, antes de volverse hacia su hija-. Te diré lo que haremos. Dejaré que hagas unos cuantos viajes por tu cuenta. ¿Qué te parece? Dame una hora. No, mejor una hora y media.

- No quiero ir sola. ¿Qué gracia tiene ir sola?

- Es lo que hay, cariño. Lo siento. Solo una hora y media. Nos encontraremos en… -Sacó del bolsillo el plano del parque-. En la sala de servicios de Nexo, a las tres y cuarto. Acabaremos de recorrer Paseo juntos. ¿Vale?

Georgia se mordió el labio inferior durante unos segundos. Acabó por asentir y se levantó.

- Gracias por la Game Boy -le dijo a Terri. Se puso los auriculares, se echó la mochila al hombro y caminó hacia la puerta.

- Georgia… -llamó Warne.

Georgia se detuvo en el umbral y miro a su padre.

- No subas a las montañas rusas, ¿de acuerdo? Resérvalas para subir conmigo.

Georgia frunció el entrecejo.

- ¿Me lo prometes? -insistió Warne.

- Sí-respondió, y se marchó.

Durante unos momentos reinó el silencio en el laboratorio.

- Es una chica agradable -comentó Terri-. Para lo que suelen ser los chicos. -Sonrió con picardía.

- ¿No te gustan los chicos?

- No es eso. Creo que nunca he sabido qué hacer con ellos. Sobre todo cuando yo era una chica. -Terri se encogió de hombros-. Nunca tuve muchos amigos de mi edad. En realidad, nunca tuve muchos amigos. Siempre me sentía más cómoda con los adultos.

- Lo mismo le pasa a Georgia. Algunas veces me preocupa. Desde que murió su madre, es como si se hubiese encerrado en sí misma. Soy la única persona con la que se siente realmente cercana.

- Al menos tiene un padre que la quiere.

- ¿Tú no?

Terri puso los ojos en blanco.

- No preguntes. El malvado brujo oriental.

Warne se desperezó.

- Sigamos con esto. Aquí hay un misterio que no entiendo. -Señaló la pila de informes de incidencias-. Solo la metarred pudo haber causado estos fallos. Entonces ¿por qué solo viste el código alterado en uno, en Notting Hill? ¿Qué tuvo de diferente aquel fallo?

- Hubo una persona herida -respondió Terri.

- Así que cerrasteis la atracción. ¿Cuándo examinaste los dos robots?

- A la mañana siguiente.

- ¿Seguían conectados a la metarred?

- Por supuesto que no. Se desconectó todo el sistema de la atracción.

- Naturalmente. -Warne recogió los informes de incidencias-. ¿Qué pasó con todos estos otros problemas? ¿Cuándo se revisaron?

- Por lo general, durante la tarde del día siguiente.

- ¿Alguna vez se revisaron más temprano?

- Sí era algo de alta prioridad, los revisábamos primero.

- ¿Eso sería?

- Alrededor de las nueve y media. Inmediatamente después de la descarga.

- Inmediatamente después de la descarga -repitió Warne-. Ahí lo tienes. Por eso solo viste el código alterado en la atracción de Notting Hill. No en las demás.

- Creo que no lo entiendo.

- Estoy seguro de que, si revisáramos las instrucciones internas de Currante, también lo veríamos. ¿Cielos, no lo ves? Todo el resto tuvo que haber sido…

En aquel momento llamaron a la puerta.

- ¡Pase! -gritó Terri.

Se abrió la puerta, y un hombre alto y delgado vestido con una bata de laboratorio entró con una carretilla. En la carretilla había una caja metálica del tamaño de una caja de zapatos, con un manojo de cables multicolores en un extremo: la unidad procesadora central de Currante. A su lado había un robot. Warne vio que era el último modelo de los robots dotados con un sistema autónomo que se utilizaban en las tareas de mantenimiento sencillas. La tapa estaba partida y quemada, como si alguien la hubiese cortado con un soplete.

Tuercas movió la cabeza hacia los recién llegados. Emitió un sonido ronco y comenzó a moverse hacia la carretilla.

- Tuercas, no perseguir -dijo Warne con voz bien clara; El robot se detuvo.

- ¿Qué hace esto aquí? -preguntó Terri.

- La señorita Boatwright me dijo que los trajera para un tal doctor Warne. Dijo que lo encontraría aquí. -El hombre delgado miró a Warne. Estaba pálido y procuraba no llamar la atención de Tuercas-. ¿Es usted?

- La caja es el cerebro de Currante -dijo Warne-. Ya te expliqué cómo me atacó. Tuve que apagarlo manualmente. No sé qué es el otro.

- Es del espectáculo de la Torre del Grifo -contestó Terri. Miró al técnico-. ¿Qué hace aquí? -insistió.

El hombre se humedeció los labios.

- El láser se volvió loco durante la función de la una y veinte.

- ¿Qué?

- Una sobrecarga. El rayo le atravesó la cara a un tipo.

Terri se sacudió como si la hubiesen abofeteado. Se acercó a la carretilla y después se detuvo, como si fuese incapaz de tocar al robot.

- Oh, Dios mío. Yo lo programe. Yo… -Miró a Warne con una expresión de horror.

Pero Warne no se dio cuenta. Su mente estaba muy lejos.

**13.47 h.**

Sarah Boatwright esperó. En el teléfono no se oía nada, ni siquiera el ruido de la estática. Cuando la espera se le hacía ya eterna, se oyó de nuevo la grave voz de Chuck Emory.

- ¿Explosivos de gran potencia?

- Así es, señor Emory.

- ¿Está segura?

- Ahora mismo tengo una carga en mi mesa.

- ¿Cómo dice?

- Bob Allocco la encontró. Sin detonador. La dejaron para enviarnos un mensaje.

- Menudo mensaje. ¿Está segura de que no es una broma?

- Allocco dice que esta vez es un explosivo de verdad, y, desde luego, tampoco fueron bromas el fallo con el robot que disparó el láser y el accidente en la atracción de Notting Hill.

Hubo otro silencio. Mientras esperaba, Sarah dudaba sobre la conveniencia de haber metido a Emory en todo esto.

Pero se recordó a sí misma que no podía hacer nada, en ningún sentido, sin hablar primero con Emory.

Si Eric Nightingale había sido el genio creador de Utopía, Charles Emory III era el hombre que había tomado la idea de Nightingale y le había dado vida. Tras la muerte del mago, Emory había pasado de ser el director financiero a presidente ejecutivo de la Utopía Holding Company. Gracias a él, los inversionistas habían seguido adelante con el proyecto. Eran muchos quienes le otorgaban a Emory el mérito de haber salvado el parque, de haber continuado con su desarrollo a pesar de la tragedia. Otros -los puristas de Utopía, o personas que, como Andrew Warne, se habían sentido atraídas por la visión original de Nightingale- opinaban de otra manera. Creían que Emory se habían vendido, que había cogido el sueño de Nightingale para mancillarlo con el más descarado mercantilismo. Emory había añadido las montañas rusas, las franquicias y lo más grave de todo: los casinos. Nightingale había planeado una única y pequeña sala de juegos en Paseo, donde los visitantes podrían jugar en las tragaperras de principios de siglo XX con monedas de

cinco centavos. Emory había reemplazado el pintoresco Salón de Juegos por cuatro grandes casinos donde se apostaba con dinero de verdad.

Sarah respetaba la visión empresarial de Emory. Sabía que las entradas solo cubrían la mitad de los gastos del parque. El resto se conseguía a través de la comida, la bebida, los artículos de recuerdo, las franquicias y, sobre todo, los casinos, una realidad que Nightingale nunca había sido capaz de aceptar. Así y todo, a Emory había que reconocerle el mérito de haber visto las nuevas tendencias -como la tecnología holográfica- y haberse apresurado a aprovecharlas para obtener beneficios. Sabía cómo dirigirlo todo a distancia, y permitía que los diseñadores creativos y los administradores se ocuparan de las operaciones del parque. En cambio, no tenía la misma eficiencia a la hora de enfrentarse a una crisis. Hasta el momento solo de había producido una -un aparente brote de salmonela en Camelot que había resultado ser infundado pero su indecisión cuando era imperativo emprender una acción seguía muy presente en la memoria de Sarah.

No estaban en condiciones de permitirse vacilaciones, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que era necesaria una acción inmediata.

- ¿Sabe cuántas personas están involucradas? -preguntó Emory.

- No. A juzgar por las apariencias, es una operación muy bien planeada, y no habrían podido hacerla sin la ayuda de alguien que pertenece al parque.

- ¡Dios bendito! ¿Se sabe quién?

- Todavía no. Pero todo indica que la persona trabaja en Seguridad o en Sistemas.

- ¿Quiénes son estas personas? ¿Fanáticos? ¿Gente de alguna secta?

- No lo creo. Acabo de hablar por radio con su portavoz. Me dijo qué quieren.

- ¿Qué es?

- El Crisol, señor Emory.

De nuevo reinó el silencio en la línea. Luego Sarah oyó, o le pareció oír, cómo su interlocutor soltaba el aliento.

- El Crisol -repitió la voz.

- Sí. Todo el código fuente, las imágenes, todo.

Más silencio.

- Podemos copiarle todo en un CD -añadió Sarah-. Claro que, primero, para descodificar las instrucciones necesitaremos las tres claves digitales, la suya, la de Fred Barksdale y la mía.

- ¿Le dijeron que pasaría si no aceptamos?

- Fue muy explícito al respecto. Afirmó que volaría las atracciones y los restaurantes, que atentaría contra las colas, que mataría a centenares de personas.

- ¿Es posible localizar los artefactos explosivos, desconectar los robots, evacuar a los visitantes?

- Nos han advertido que hacer cualquiera de esas cosas provocaría una represalia inmediata. Dijo que están vigilando los trenes, e insinuó que han colocado cargas explosivas en ellos. Además, tenemos que entregarles el código dentro de media hora. No hay tiempo para llevar adelante una acción a gran escala.

- Me hago cargo. ¿Quién más está enterado de todo esto?

- Los jefes de los equipos de seguridad están en alerta. Pero solo Bob Allocco y Fred Barksdale conocen todos los detalles.

- Intentaremos que continúe así el máximo de tiempo posible. -Sarah escuchó el crujir de una silla-. Sarah, hay algo que no acabo de entender. El Crisol es una tecnología muy fácil de descubrir. Nadie se atrevería a utilizarla. Si vemos que aparecen hologramas como los nuestros en otro parque, o en algún espectáculo de Las Vegas, sabremos inmediatamente quien es el culpable.

- Fred Barksdale tiene una teoría al respecto. No cree que estos tipos vayan a utilizar el Crisol en un espectáculo.

- ¿A qué se refiere?

- Según Fred, la tecnología del Crisol se puede modificar para otros usos. Se podrían reproducir los hologramas utilizados como sellos antipiratería en los programas informáticos y los DVD. Incluso cree que van detrás de algo todavía más grande. Quizá un nuevo superbillete.

- ¿Un superbillete?

- Así llaman al billete falso de cien dólares que entró en circulación hace un par de años atrás. ¿Lo recuerda? Eran casi perfectos. Nadie descubrió nunca quién los hizo. A la vista de la calidad de la falsificación, dedujeron que solo podía haberlos impreso una potencia intermedia, 0 un estado terrorista. La gente del Tesoro se llevó tal susto que cambiaron los billetes. Incluyeron marcas de agua holográficas, tintas especiales, hilos de seguridad. Cosas que… -Se interrumpió.

- Cosas que el Crisol podría reproducir si se lo programa para ello.

- Es una teoría. Fred opina que también pueden querer el Crisol para aplicaciones militares: crear falsos rastros de calor o imágenes de radar capaces de despistar a los misiles inteligentes, esa clase de cosas. Ya sabe el interés del gobierno por hacerse con nuestras patentes.

- ¿Fred le explicó lo difícil que sería hacerlo?

- No es tanto el código sino la potencia necesaria para el procesamiento. Reproducir hologramas pequeños es algo relativamente sencillo. Para hacer las cosas que cita Fred, se necesita tener acceso a los superordenadores. Muchos. Se necesitan los recursos de una potencia intermedia.

- O de un estado terrorista.

Emory guardó silencio, y a Sarah le pareció oír como su mente analizaba las opciones. Era el hombre del dinero; estaría transformándolo todo a términos económicos. Tal monto por la pérdida de la tecnología, tal otro por los daños colaterales que dicha pérdida podía causar, tanto por la muerte de diez o veinte visitantes. Si se pensaba de esa manera, la ecuación resultaba bastante sencilla.

- ¿Qué garantías le dio el contacto si les entregamos el código fuente?

- Ninguna. Solo dijo que, si hacemos lo que nos pide, no habrá muertos. Se marcharan. Volveremos a tener el control del parque.

De nuevo se oyó la respiración, otro crujido de la silla.

- Me gustaría escuchar su opinión, Sarah. Usted está en el lugar, habló con el portavoz.

Así que Emory le estaba pidiendo su opinión. Sarah no sabía si era una buena señal o no.

- El tipo es osado, arrogante. Se sentó en mi despacho con una gran sonrisa, como di fuese el mandamás. -Al recordarlo, se reavivó su furia-. No le faltan recursos; al menos hasta donde hemos visto, y ese es precisamente el problema que Bob Allocco y yo hemos discutido. -Hizo una pausa.

- Adelante.

- Nuestra reacción inicial fue visceral: es un tipo peligro, más vale darle lo que quiere. Pero entonces comenzamos a pensar ¿Qué hemos visto? Un arma, un paquete de explosivos, un par de radios. Quizá sean reales, quizá podrían ser imitaciones caras. En cambio no hemos visto a nadie más. Sabemos que debe de tener a alguien dentro; de otra manera no podría haber manipulado los robots y las cámaras de vigilancia. Pero, aun así, podrían ser solo dos personas. Quizá ya hemos visto todo lo que tiene, y el resto es un farol.

- Si no lo es, entonces estaremos en un grave aprieto.

- Es verdad. No obstante, el Crisol es el bien más preciado del parque. ¿Qué pasa si solo son dos hombres, con un timo muy bien montado? No podemos entregarlo sin pelear.

- Si hay una pelea, los visitantes serán las bajas.

- Eso es algo que no podemos permitir que ocurra. Pero incluso Roger Rabbit acabó por enfrentarse a la trampa de alquitrán. Allocco tiene un plan para interceptar a John Doe en el punto de entrega.

- Es un juego muy peligroso, Sarah. Si las cosas salen mal…

- Bob lo hará con todas las precauciones. Hará que sigan a John Doe, lo mantendrá vigilado hasta que salga del parque.

Recuperará el disco con el Crisol. Si resulta que John Doe tiene un equipo y que están fuertemente armados, nos retiraremos inmediatamente y avisaremos a la policía para que intervenga.

Todo esto solo cuando hayan salido, lejos del parque.

Emory no hizo ningún comentario.

- Solo hay otras dos alternativas -continuó Sarah, tras esperar unos segundos-. Consideramos que es un farol y nos negamos a darle el disco, o se lo entregamos y dejamos que se marche tranquilamente, con nuestro tesoro en el bolsillo.

Se oyó un suspiro.

- ¿Confía usted en Allocco para que lo haga? Ya sabe a lo que me refiero.

Sarah lo sabía. Entre todo el personal de Utopía, solo ella y Emory sabían que Bob Allocco había dejado la policía de Boston diez años atrás debido a los problemas que había tenido por ser un jugador compulsivo.

- Esta operación es decisión mía y asumo toda la responsabilidad. Sí, confío en Allocco. Lo que pasó fue hace mucho tiempo. Además, a estas alturas, creo que no tenemos otra alternativa.

Esta vez el silencio se prolongó tanto que Sarah se preguntó si no se habría cortado la comunicación.

- Solo nos quedan veintiséis minutos -añadió-. Necesito su clave digital si vamos a copiar el disco.

Continuó el silencio.

- Señor Emory, necesito una respuesta.

El presidente ejecutivo de Utopía respondió finalmente.

- Déselo. Que Allocco coloque su trampa de alquitrán, y, por amor de Dios, tenga mucho cuidado.

**13.50 h.**

En el mostrador de la heladería del restaurante Osa Mayor, un empleado vestido con un mono color cobre preparaba un batido de chocolate, plátano y leche malteada. Era primera hora de la tarde, y los numerosos clientes miraban perplejos al empleado, mientras se preguntaban qué podría haberle pasado al robot que habían ido a ver. En las alturas, Júpiter llenaba el espacio, una gran mancha roja que giraba sobre su eje, brillante como un grano inflamado. Los altavoces de Calisto, disimulados entre las salidas del aire acondicionado y los falsos tabiques, transmitían una música ambiental electrónica que se mezclaba con las voces de los adultos y los gritos de deleite de los niños.

Delante de un gran portal circular, a unos cien metros de la heladería, se oían gritos más estridentes. Esta era la entrada al Viaje Galáctico, el «puerto de acceso», como lo llamaban los acomodadores. Se trataba de una atracción nueva, creada por el equipo de diseñadores después del fallecimiento de Nightingale. La mayoría de las atracciones de Calisto resultaban demasiado fuertes para los más pequeños, así que habían creado el Viaje Galáctico. Consistía en el típico paseo por un túnel a oscuras, donde las pequeñas vagonetas se movían por unos raíles al tiempo que a su paso aparecían imágenes en movimiento de asteroides, cometas y estrellas.

A los pequeños les encantaba el Viaje Galáctico. Sin embargo, cualquiera con más de cinco años encontraba que era de lo más aburrido y lo evitaba. Con chiquillos y padres atontados como sus únicos pasajeros, el Viaje Galáctico era la atracción más segura de todo el parque. Como resultado, no había guardias, cámaras de vigilancia, ni rayos infrarrojos, y, dado que casi funcionaba sola, los encargados tenían muy poco trabajo. Esto hacía que, como en el caso de los visitantes adultos, la atracción no despertara el más mínimo interés entre el personal.

Los únicos empleados que disfrutaban con su trabajo allí eran los que tenían inclinaciones románticas. Como todas las demás atracciones, el Viaje Galáctico tenía una amplia zona en la trastienda dedicada a los servicios y mantenimiento. Un lugar muy solitario dentro del recinto era el taller de costura, donde se medían, cortaban, cosían y reparaban todas las telas que se utilizaban como telones y fondos. Los empleados habían descubierto que era el lugar ideal para llevar a las compañeras para tener una aventura, o a las chicas que se habían ligado entre los visitantes. El taller se hizo tan popular que la gran mesa de trabajo recibió el apodo de la mesa de los gemidos». Cuando se enteró la dirección, se hicieron cambios en el personal. Ahora, la mayoría de las personas que trabajaban allí eran mujeres de cincuenta a sesenta años. La atracción tenía el personal con más edad de todo el parque, y el taller se utilizaba ahora solo para su verdadero fin, y eso con escasa frecuencia.

Excepto que, en ese momento, john Doe estaba sentado en el borde de la mesa. Balanceaba las piernas cruzadas en los tobillos con la mayor despreocupación. El taller se

encontraba a oscuras, y el blanco de sus ojos resplandecía con la fosforescencia que llegaba del exterior. Lo mismo que Sarah Boatwright en su despacho subterráneo, Doe hablaba por teléfono.

- Eso es muy interesante -dijo-. Ha hecho bien en comunicármelo. Espero que no tarde mucho en darme los detalles. -Escuchó brevemente. Algo debió de parecerle gracioso, porque de pronto se echó a reír de muy buen humor, aunque tuvo el detalle de tapar el micrófono con la mano mientras lo hacía-. No, no, no creo que sea un motivo de preocupación, y mucho menos para cancelarlo. Mi querido amigo, eso sería impensable. -Una pausa-. ¿Cómo dice? Sí, estoy de acuerdo. Fue algo desafortunado. Pero estamos hablando de rayos láser y explosivos, no de neurocirugía. No se puede pedir precisión.

Escuchó de nuevo, esta vez durante más tiempo.

- Ya hemos hablado de esto antes. Si no me equivoco, la semana pasada. -Su voz era tranquila, despreocupada; un hombre bien educado que hablaba con un igual-. Permítame que le repita le que manifesté entonces. No hay nada de que preocuparse. El tiempo que dedicamos a la organización, a eliminar fallos y afinarlo al máximo estuvo bien empleado. Se analizaron todos los posibles resultados y se previó cualquier emergencia. Usted lo sabe tan bien como yo. Hay que mantener la calma. «Las dudas son traicioneras y, por miedo a intentarlo, nos hacen perder aquello que podríamos ganan» -Citó Doe.

Se rió y luego su tono cambió bruscamente. Se volvió frío, distante, altivo.

- Sin duda recordará otras palabras mías. Fue desagradable, y lamento tener que repetirlas. Hemos pasado el Punto Sin retorno. Estamos comprometidos. Ya se ha conseguido demasiado para que ahora se eche atrás. Recuerde que una palabra al oído correcto bastaría para denunciarlo, hacer que lo detengan y lo encierren en la cárcel para el resto de su vida con unos compañeros necesitados… bueno, digamos de una compañía que los divierta. Mis propios compañeros encontrarían otras maneras más rápidas y permanentes de expresar su insatisfacción.

El tono de amenaza desapareció con la misma rapidez con que había aparecido.

- Por supuesto, eso no pasará. Usted ya ha hecho todo el trabajo duro. Ahora tiene que limitarse a no hacer nada. ¿No es una encantadora ironía?

Apagó el móvil y lo dejó sobre la mesa. Después sacó la radio de un bolsillo de la chaqueta, marcó un código y seleccionó una frecuencia.

- Tío Duro, aquí Factor Primario. -Del tono educado que había usado en la llamada anterior no quedaba ni rastro-. Mensaje entregado a las dos menos cuarto. La recogida será a las dos y cuarto, de acuerdo con el horario. Sin embargo, me acabo de enterar de un pequeño problema. Hoy hay un tipo en el parque, un tal Andrew Warne. Al parecer es quien construyó la metarred, y lo han llamado para que lo arregle. No tenía que venir hasta la próxima semana, pero esta aquí. No, no sé por qué. No podemos tenerlo aquí y dejar que meta el hocico para ver qué encuentra. Blancanieves me dará su descripción y su última localización. Te las pasaré.

Haz lo que sea necesario para eliminar la amenaza. Dejo a tu cargo los detalles creativos. Corto.

El señor Doe bajó la radio y miró en derredor. Oyó a lo lejos las risas de los niños en las vagonetas. Después de un momento, miró la radio, cambió de frecuencia y la acercó a los labios.

- Búfalo de Agua, aquí Factor Primario. ¿Me recibes?

- Afirmativo -llegó la respuesta entre una descarga de estática.

- ¿Qué tal el tiempo allí arriba?

- Soleado. Ninguna posibilidad de precipitación.

- Lo lamento. Escucha, todo en marcha. Puedes poner los huevos cuando estés listo.

- Eso esta chupado. Búfalo de Agua, fuera.

El señor Doe apagó la radio, la guardó en el bolsillo y, cruzándose de brazos, se echó hacia atrás en la mesa de los gemidos y balanceó las piernas la mar de contento.

**13.52 h.**

El hombre apostado en la meseta apagó la radio, pero esta vez, en lugar de engancharla al cinto, la guardó en la bolsa, junto a un grueso y manoseado libro de bolsillo. Miró por un momento la portada: En busca del tiempo perdido, de Proust.

Luego, llevado por un impulso, lo cogió y pasó las páginas manchadas hasta dar con la marca que había hecho momentos antes.

Búfalo de Agua no era, por naturaleza, un buen lector. Durante la adolescencia, siempre había muchos líos en los que meterse, y muy poco tiempo para los libros. Una vez, en el reformatorio, un sacerdote les había dado un sermón. Les había dicho a los chicos que los libros eran puertas a nuevos mundos. Búfalo de Agua no había prestado atención. Años después, como francotirador de la marina -cuando tenía que esperar durante horas y días en pequeños escondrijos donde no tenía nada más que tiempo- había recordado aquel sermón y se había preguntado por aquellos otros mundos.

Una cosa buena del empleo civil era que se podía leer en las horas de trabajo.

Había decidido que, si iba a leer un libro, más valía que fuese uno con muchas páginas. No le entraba en la cabeza por qué alguien iba a dedicar tanto tiempo y esfuerzo a leer algo, si se acababa en doscientas páginas. Entonces tendría que empezar con otro. Tendría que tomarse el trabajo de aprender otros nombres, entender otro argumento. Era algo que no tenía sentido.

Por lo tanto, después de buscar en una librería de Denver, se había decidido por Proust. Con 3.365 páginas, «*En busca del tiempo perdido*» era lo que necesitaba.

El canto de un pájaro del desierto lo sacó de su ensimismamiento. Guardó el libro en la bolsa y sacó una mira Bausch ISC Lomb y el fusil M-24. Se volvió en el hueco para mirar hacia la enorme cúpula de Utopía. Buscó por los innumerables polígonos de cristal hasta que al fin encontró al operario de mantenimiento. El hombre acababa de cruzar la zona oscura con forma de luna en cuarto creciente que era el techo de Calisto.

Búfalo de Agua gruñó. Esto era bueno. Muy bueno. Dejó la mira a un lado y cogió el fusil. Atornilló el silenciador y luego apuntó a la cúpula a través de la mira. La mira era una Leopold M3 Ultra, con una retícula para calcular la distancia y un compensador para la deriva del proyectil.

Había tenido la precaución de mantener la mira apoyada en la cantimplora dentro de la bolsa, y sintió el frío del metal en la órbita.

De nuevo recorrió la cúpula. John Doe le había comentado en una ocasión que, en la Segunda Guerra Mundial, los francotiradores japoneses subían a la copa de una palmera, se

ataban al tronco y se quedaban allí durante días, a la espera de un objetivo. Era algo que Búfalo de Agua comprendía muy bien. Había algo en este empeño que resultaba reconfortante. Era algo que resultaba difícil de explicar a aquellos que nunca lo habían hecho. De pronto, todo el mundo se reducía a aquel pequeño círculo al final del túnel. Si estaba bien enfocado, uno podía olvidarse de todo lo demás. Solo tenía que pensar en el pequeño círculo. Simplificaba las cosas enormemente.

Pensó de nuevo en John Doe, el hombre que lo había contratado en un templo de Bangkok. Búfalo de Agua en muy exigente cuando se trataba de jefes de un equipo. Las credenciales de John Doe eran impecables, y su capacidad de mando y sus tácticas siempre habían satisfecho las exigencias del francotirador en media docena de operaciones. Para ser civil, comprendía muy bien las necesidades de un operador solitario como Búfalo de Agua.

Claro que John Doe no siempre había sido civil.

Movió un poco el fusil, y el operario apareció de nuevo en la mira aumentado diez veces. Había subido aproximadamente un tercio de la curva de la cúpula y avanzaba con mucho cuidado por la pasarela, con el andar preciso de un gato.

En el cinto llevaba una agenda electrónica. Búfalo de Agua lo observó mientras llegaba a un vértice. El hombre enganchó una cuerda en una viga del vértice y luego pasó al otro lado. Siguió su camino con la misma cautela, se detuvo, cogió la agenda y tecleó una entrada; quizá había encontrado un cristal roto. Después avanzó. Búfalo de Agua lo mantuvo enfocado en la mirilla.

En el vértice siguiente, una escalerilla metálica cruzaba la pasarela. El hombre enganchó la cuerda a la escalerilla y comenzó a bajar, mano sobre mano, entre los cristales oscuros.

Había algo en el trabajador que le recordaba a Proust. Quizá era el mono blanco. En la introducción del libro se decía que a Proust le gustaba vestir de blanco.

Había llegado a un punto en el primer volumen donde Proust describía a una tía anciana. El mundo de la mujer se había ido reduciendo poco a poco hasta convertirse en las dos habitaciones de su apartamento. Eso, también, era algo que Búfalo de Agua entendía. Había tenido una abuela que había sido así. Claro que su mísero apartamento solo tenía dos habitaciones. Pero, con el correr de los años, había dejado de salir. Era como si el mundo al otro lado de la puerta hubiese sido otro universo, algo temible que debía evitar. Si los demás querían saber cómo estaba, ayudarla en algo, darle de comer, teman que ir a su casa.

Proust hablaba de las visitas a su tía, de prepararle el té de flores de lima. Búfalo de Agua había visitado a su abuela, una 0 dos veces, y no había vuelto nunca más. Se preguntó qué sabor tendría el té de flores de lima.

Cuando había comenzado la lectura, no le había encontrado ningún sentido. Al parecer no era más que el rollo de un francés que hablaba de su infancia. ¿A quién le importaba una mierda cuanto tardaba el tipo en dormirse? Más tarde, durante una operación cerca de la frontera mexicana -una operación muy larga y aburrida, le había dado al libro una segunda oportunidad. Poco a poco, recuerdo a recuerdo, la vida de Proust comenzó a tener forma y estructura. Entonces creyó que lo entendía. Tal vez el sacerdote había acertado: los libros eran puertas a otros mundos.

El trabajador había bajado hasta otro nivel y caminaba por una pasarela que no estaba a más de diez metros por encima de la meseta. Búfalo de Agua se acomodó cuidadosamente en el hueco, con las piernas bien separadas y las punteras de las botas clavadas en el suelo arenoso. Apoyó las dos patas del soporte del fusil en una piedra y se aseguró de que

estuviese bien firme. Sujetó la caja del fusil con una mano y con la otra quitó el seguro. Respiró lenta y profundamente con el dedo apoyado en la guarda del gatillo.

El operario desenganchó la cuerda y se movió más allá del vértice metálico hasta el siguiente cristal. Búfalo de Agua efectuó el disparo entre dos latidos. Apretó el gatillo en el momento en que el hombre se disponía a enganchar la cuerda en la pasarela.

El hombre levantó la cabeza como si alguien hubiese gritado su nombre. Búfalo de Agua vio a través de la mira la mancha roja sobre la tela blanca. Con un movimiento automático, accionó el cerrojo y continuó apuntando, dispuesto a efectuar un segundo disparo. Pero no era necesario; el proyectil había estallado dentro del cuerpo y destrozado los órganos vitales. El cadáver ya se deslizaba, cabeza abajo, por el lado oscuro de la cúpula.

El francotirador siguió la caída hasta que el hombre acabó en una pequeña hondonada en la base de la cúpula, casi no se lo veía, con una mano apoyada en una roca, como si estuviese durmiendo una siesta. Búfalo de Agua esperó un minuto, dos. Luego apartó el ojo de la mira. Ya no quedaba nada más que ver en el oscuro techo de Calisto, nadie que pudiese dar la alarma. Todo había salido de acuerdo con el plan, y ahora estaba solo.

Guardó el fusil en la bolsa y bebió un par de sorbos de agua de la cantimplora. A continuación sacó una pistola de calibre 45, la radio y una mochila ya preparada. Por último sacó dos cananas con grandes bolsillos y se las abrochó a la cintura. Miró una vez más el interior de la bolsa. Vaciló por un momento, con la mano en la cremallera, mientras miraba, un tanto apenado, el grueso volumen.

Después cerró la cremallera, abandonó el hueco y caminó entre las piedras hacia la cúpula.

**13.55 h.**

Sarah Boatwright estaba sentada detrás de su mesa, con la grabadora en una mano. Fred Barksdale se encontraba a su lado.

Permanecían en silencio, atentos a la voz tranquila y educada de John Doe que sonaba en la grabación.

«-Preste mucha atención, Sarah. Exactamente a las dos y cuarto avisará al operador del Viaje Galáctico que envíe cinco vagonetas vacías a que hagan el recorrido. Colocará el paquete en la vagoneta central. Cuando las vagonetas lleguen a la curva de la constelación de Cáncer, el operador detendrá la marcha durante noventa segundos. Noventa segundos. Luego las pondrá en marcha de nuevo. Todo continuará como siempre, En cuanto haya verificado el contenido del paquete, volveremos a comunicarnos. Si todo va de acuerdo con el Plan, será la última vez que hablemos.»

Hubo una breve pausa en la solo se oyó el girar de la cinta.

«-¿Ha comprendido todo lo que he dicho, Sarah? Es muy importante que lo haya comprendido bien.»-Hasta la última palabra.

»-Por favor, repita todo lo que he dicho.

»-A las dos y cuarto, enviar cinco vagonetas vacías por el Viaje Galáctico. Dejar el disco en la vagoneta central. Cuando las vagonetas lleguen a la curva de la constelación de Cáncer, detener la marcha durante noventa segundos.

»-Muy bien. Sarah, no es necesario que le recuerde que nada de trucos. No es este el momento para pasarse de listos. Todo el código fuente, las últimas modificaciones. No intente hacerse la heroína. ¿Entendido?

»-Sí.

»-Gracias, Sarah. Ahora, quizá quiera poner manos a la obra. Tiene por delante una media hora muy atareada.»

Sarah apagó la grabadora y la dejó junto a la taza de té. Cuando lo hizo, olió la suave colonia que usaba Barksdale. Como siempre, le recordó la tela de mezclilla y los caballos. Se volvió hacia Fred, que miraba la grabadora con una expresión distante en el rostro.

- ¿Lo tienes todo preparado? -preguntó Sarah.

El sonido de su voz sacó a Barksdale de su ensimismamiento. Asintió.

- Una vez entradas nuestras tres claves digitales, se abrirán los protocolos de seguridad. Copiaremos los programas y el resto de los archivos. ¿Quieres que el disco no se pueda copiar?

- Por supuesto.

- Muy bien. Grabar los errores de lectura llevará algún tiempo, pero calculo que no serán más que diez minutos.

- ¿Qué hay de la otra pregunta?

- ¿Cómo dices? Ah, sí. -Los ojos azules de Barksdale reflejaron su inquietud-. Es obvio que quien está detrás de todo esto tiene un profundo conocimiento de nuestros sistemas, y además tienen el acceso necesario para moverse voluntad.

- ¿Cuántos entre tu gente reúnen estos requisitos?

Barksdale metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó un papel. Como siempre, sus movimientos eran precisos.

- Capaces de piratear la metarred, saltarse las alarmas, reprogramar los pases y acceder a los protocolos de seguridad del Crisol tenemos a ocho personas. Nueve si me incluyo. Aquí tienes la lista.

Sarah leyó rápidamente los ocho nombres.

- ¿Cuántas de estas personas están hoy en el parque?

- Seis. He localizado a cinco. Falta Tom Tibbald. Nadie lo ha visto desde esta mañana.

- Por favor, pásale una copia a Bob Allocco. Dile que ordene buscar a Tibbald, pero con discreción. Tendríamos que revisar los archivos de seguridad. Ocúpate primero de copiar el disco. Emory espera en Nueva York. Llámalo en cuanto necesites nuestras claves digitales.

Barksdale asintió y le rozó la mejilla con la palma de la mano. La preocupación continuaba reflejada en su rostro.

- ¿Qué pasa, Fred? -preguntó Sarah.

- Nada importante. -Titubeó-. Iba a preguntarte si habían enviado el robot de la Torre del Grifo a Andrew Warne.

- Bob Allocco tenía que hacerlo. ¿Por qué?

- No, por nada. -Se rascó una ceja-. Verás, mientras escribía la lista me puse a pensar. ¿No habría que esperar?

- ¿Esperar a qué?

- Antes de involucrar a Warne. No parece el momento más apropiado. Él tiene sus motivaciones personales, y no son las mismas que las nuestras. Recuerda las palabras de Shakespeare: «Ama a todos, confía en unos pocos». No es a la inversa.

- No estarás insinuando que tiene algo que ver con todo esto, ¿no? La metarred es la niña de sus ojos. Ya viste su cara la reunión de esta mañana. -Lo miró de soslayo y entonces, a pesar de la gravedad de la situación, sonrió-, ¿Sabe qué, señor Frederik Barksdale? Creo que está un poquitín celoso. El ex novio y todo eso. -Se acercó un poco más- ¿Tengo razón? ¿Estás celoso?

Barksdale le sostuvo la mirada.

- No, quiero decir, todavía no.

Sarah le sujetó una mano, se la acarició.

- Tienes un sentido de la oportunidad muy curioso.

- Quizá es porque me preguntaba lo que podía significar su presencia aquí, que si yo no estuviese quizá vosotros dos podríais…

La mano de Sarah se movilizó.

- ¿Cómo puedes ni siquiera pensarlo? Ahora te tengo A ti. No quiero a nadie más.

Le sujetó la otra mano y lo atrajo hacia ella. Así y todo, la expresión de inquietud no desapareció por completo.

De pronto se abrió la puerta del despacho y apareció Andrew Warne.

A Sarah le pareció que era un fantasma invocado por su conversación. Warne miró primero a Sarah, luego a Barksdale y por último las manos unidas. Durante una fracción de segundo su rostro mostró una expresión dolida.

- No pretendía interrumpir la fiesta -dijo desde el umbral.

- No interrumpes nada. -Sarah Soltó las manos de Barksdale y se apartó-. Fred se marchaba ahora mismo. Fred, te veré en la entrada del Viaje Galáctico a las dos y diez en punto, ¿De acuerdo?

Barksdale asintió y caminó hacia la puerta, Sarah observó la mirada que cruzaron los hombres.

Cuando nadie se lo esperaba, Tuercas entró en el despacho detrás de Warne, con la consecuencia de que Barksdale tuvo que saltar al corredor para apartarse de su camino. Tras el robot llegó Terri Bonifacio, con los cabellos desordenado sobre la cara. En su rostro siempre había una leve sonrisa, como si recordara algo divertido, pero en esos momentos la sonrisa brillaba por su ausencia.

- Lo siento -añadió Warne-. Me refiero a interrumpir un momento íntimo.

- No era en absoluto íntimo -replicó Sarah, mientras volvía a su asiento.

- Es un hombre muy agradable -comentó Warne-. Me alegro por vosotros.

Sarah lo miró con suspicacia. Warne tenía ese gesto inquisitivo que ella conocía muy bien. En Carnegie-Mellon había destacado como una avispa entre las polillas: el brillante chico malo de la robótica, con sus controvertidas teorías y sus notables creaciones.

Sin embargo, en la reunión de esa mañana había visto a un Warne diferente: un hombre acorralado, y ahora este lúgubre sarcasmo era algo todavía más nuevo.

- Ahora no tengo tiempo para esto, Drew -dijo Sarah.

Terri miró a uno y a otro.

- Creo que iré a tomar un café.

- No. Quédate. Tú más que nadie puede oírlo. -Warne acercó una silla y se sentó con un gesto airado. Miró a Sarah-. ¿Ahora no tienes tiempo para esto? Dios mío. Las amargas palabras resonaron en el aire helado del despacho.

- De acuerdo. Te escucho.

- Me trajiste aquí con una historia falsa. Después me sentaste en este despacho y me leíste la cartilla por los fallos de la metarred. Incluso me culpaste por ellos, me hiciste sentir responsable por lo que le pasó a ese chico en Notting Hill. Me pediste que lo desconectara.

Sarah lo miró en silencio. Warne se inclinó hacia la mesa.

- Ni siquiera tuviste la valentía de decirme lo que estaba pasando de verdad. En lugar de seguir adelante con el desarrollo de los robots, lo estabais reduciendo al mínimo. Aparte de comprometer el programa, le estabais moviendo la silla a Terri.

- Yo no le pedí que lo dijera -puntualizó Terri.

Sarah desvió la mirada por un segundo hacia Terri y después miró de nuevo a Warne.

- No estuve de acuerdo con la manera como te trajeron Aquí, Andrew. Fue una decisión de la oficina central. En cuanto a la robótica, es una vergüenza, pero esto es un negocio, no un laboratorio. Te lo dije cuando te llevaste a Tuercas. Aquí solo cuentan los resultados. -Cogió la taza de té. Miró el reloj: 13.57.

- Sí, los resultados. Creo que Nightingale sería capaz de salir de la tumba si supiese que su parque está en manos de contables y estadísticos. -Warne se rió con una risa desabrida. En otro contexto esto quizá habría sido divertido. Porque hemos averiguado que a la metarred no le pasa nada. Es tu maldito parque el que está averiado.

Sarah dejó la taza y lo miró con más atención.

- ¿A qué te refieres?

- A que Barksdale solo acertó parcialmente. La metarred ha estado haciendo estas cosas, el cambio de las órdenes a los robots y demás. Pero se equivocó en el resto. La metarred no transmitió sus propias instrucciones a los robots. Transmitió las de algún otro.

Esperó una respuesta de Sarah y, al ver que no decía nada, continuó:

- Creo que la manera como funcionó es la siguiente: alguien en el interior, digamos el señor X, escribe un comando para que un robot altere su comportamiento y lo cuela con el resto de las instrucciones de la metarred. A la mañana siguiente, la metarred descarga las instrucciones a los robots. Excepto que esta vez, además de las habituales actualizaciones y correcciones, el comando del señor X es transmitido a un robot determinado, y dicho robot comete un fallo. En su momento se hará el informe del incidente, pero mientras tanto el señor X se asegurará de eliminar la orden para que en la próxima descarga toda vuelva a la normalidad. Para cubrir el rastro le ordena a la metarred que no guarde registro de ninguno de los dos cambios. De esta manera, cuando un equipo inspeccione al robot, verá que no hay nada fuera de lugar en las instrucciones y que ha sido víctima de un fallo fantasma. -Miró a Terri-. ¿Qué tal lo hago?

La joven levantó el pulgar para comunicarle su aprobación.

- La única vez que las cosas no ocurrieron de esta manera fue con los robots de Notting Hill, y eso fue porque los desconectaron inmediatamente después del accidente. Los aislaron de la metarred. El señor X se quedó sin la oportunidad de devolverlos a la programación normal. -Miró a Sarah-. ¿Por qué tengo la impresión de que nada de esto te sorprende?

Sarah no hizo caso del comentario.

- Por el momento aceptemos tu hipótesis. Conoces la metarred mejor que nadie. ¿Podrías buscar el rastro del pirata?, ¿descubrir cuáles son los robots afectados?

- Quizá -respondió Warne sin mirarla-. Llevaría algún tiempo. Una de las cosas que me hizo sospechar fue la falta de… -Se interrumpió y miró a Sarah-. Espera un momento. Conozco esa mirada. Tú sabes algo, ¿no es así? Estas ocultando algo.

Sarah echó una ojeada a la lista de posibles topos preparada por Barksdale. El nombre de Teresa Bonifacio aparecía en tercer lugar.

- Sarah, contéstame. ¿Qué demonios está pasando?

Sarah repasó rápidamente las posibilidades. Warne estaba en una posición única para ayudar, era la persona indicada para contraatacar a los cabrones en su propia base. Sarah miró de nuevo la lista. Podía ordenarle a Terri que saliera del despacho, pero Warne se lo diría de todas maneras. Además, lo más probable era que no pudiese hacerlo solo, al menos a tiempo. Necesitaría que alguien lo ayudara.

La directora siempre había criticado la actitud de Terri ante la Política de Utopía, su vena rebelde, su hábito de manifestar sus opiniones se las pidieran o no. Así y todo, el instinto le decía que Terri no traicionaría el trabajo que era su pasión, y Sarah siempre confiaba en su instinto.

- Teresa, cierra la puerta -dijo en voz baja. Esperó a que Terri volviera a su asiento-. Lo que os voy a decir es en la más estricta confianza. La reserva más absoluta. ¿Está claro?

Vio cómo ambos se miraban el uno al otro antes de asentir-. Nos han tomado como rehenes.

Warne frunció el entrecejo.

- ¿Qué?

- Hay un grupo de asaltantes en el parque. No sabemos cuántos. ¿Recuerdas al hombre que entró en mi despacho cuando te marchabas? Dice que se llama John Doe. Es el jefe. Han saboteado a unos cuantos robots, probablemente de la manera en que tú lo has explicado. También afirman que han colocado explosivos en los Mundos. Puede que la amenaza sea real. Quizá no lo sea, pero debemos presuponer que lo es. Tenemos que entregarles el código fuente del Crisol, todo el programa holográfico. De lo contrario…

El color había desaparecido del rostro de Warne, Miró fijamente a Sarah.

- ¿De lo contrario, qué?

Sarah no respondió. Por unos momentos nadie se movió.

Luego Warne se levantó de un salto.

- Dios mío, Sarah. Georgia está en el parque.

- Haremos la entrega dentro de quince minutos. Nos han prometido que nadie sufrirá daños. Drew, si puedes utilizar la metarred para rastrear a los robots afectados, quizá podamos…

Warne no la escuchaba.

- Tengo que encontrarla.

- Drew…

- ¿Cómo diablos la encuentro? -gritó Warne-. Tiene que haber una manera. ¡Ayúdame, Sarah!

La directora lo miró por un instante. Luego miró el reloj. Las dos.

- Podemos rastrear su insignia -dijo Terri.

Warne se volvió hacia la joven.

- ¿Rastrear su insignia?

- A todos los visitantes les dan una insignia con un código incorporado que deben llevar mientras están en el parque. Tú la llevas.

Warne miró el pájaro estilizado que llevaba en la solapa.

Miró a Sarah.

- ¿Es verdad?

Sarah le devolvió la mirada. Veía cómo se le escapaba esta oportunidad. No podía ser más frustrante. Después se volvió hacia el ordenador. Tenía que hacer esto a toda prisa.

- Hay cámaras distribuidas por todo el parque que graban imágenes de los visitantes y el personal -explicó al tiempo que tecleaba-. Todas las noches, después del cierre, procesamos las imágenes con un patrón de reconocimiento para aislar imágenes de los visitantes. A continuación las procesarnos junto con las tarjetas que utilizaron para comprar comida, recuerdos o prendas. Esto nos permite llevar un control de los patrones de compra, interés de las atracciones y cosas por el estilo.

Warne pareció tranquilizarse un poco a medida que escuchaba las explicaciones.

- El Gran Hermano se encarga de recopilar la información -comentó-. Pues esta vez no me quejo. Venga, vamos a encontrarla.

Sarah escribió unas cuantas órdenes más.

- Estoy recuperando la aplicación de búsqueda. Escribiré el nombre de Georgia. -Esperaron unos segundos-. Vale, ya tengo su código. Ahora pediré una secuencia cronológica de las imágenes.

Esta vez la espera fue más larga.

- ¿Por qué tarda tanto? -preguntó Warne, impaciente.

- He pedido una tarea especial. Necesita mucha potencia. Normalmente, solo hacemos esto por la noche, cuando los ordenadores no están ocupados con las operaciones del parque.

En aquel momento se limpio la pantalla y apareció una nueva ventana, con una pequeña lista.

- Aquí está -anunció Sarah.

Warne y Terri se acercaron para mirar la pantalla.

- No entiendo todas esas abreviaturas -dijo Warne.

- Está en Calisto. A las dos menos cuatro minutos. Anillos de Saturno. -Se volvió hacia él-. Eso fue hace cinco minutos.

Warne miró a Sarah con una expresión angustiada. Después dio media vuelta y corrió hacia la puerta.

- ¡Espera! -le gritó Terri-. ¡Voy contigo!

Tuercas, tomado por sorpresa, tardó una fracción de segundo en ponerse en marcha, dispuesto a seguir a Warne.

- ¡Tuercas, quédate! -le ordenó Sarah-. ¡Quédate conmigo!

El robot se detuvo. Luego volvió a entrar lentamente en el despacho con un sonoro pitido de frustración.

Sarah miró por un momento la puerta abierta. Después cerró los ojos y se masajeó los párpados. Escuchó un suave pitido en el ordenador. De inmediato miró la pantalla.

Esto sí que era extraño. Alguien más estaba utilizando el programa de rastreo de las insignias.

Se puso de pie y se guardó en el bolsillo la radio de John Doe. Se le acababa el tiempo; tenía que ir al Viaje Galáctico inmediatamente. Así y todo, la curiosidad pudo más.

Miró de nuevo la pantalla.Excepto en casos de emergencia, nadie tenía autorización para utilizar el programa mientras el parque estaba abierto.

Se sentó en su silla y comenzó a navegar con el ratón por las sucesivas ventanas hasta dar con la solicitud anónima. Entonces se quedó boquiabierta.

Alguien intentaba localizar a Andrew Warne.

**14.10 h**

- La única atracción de Utopía sin cámaras de vigilancia -comentó Allocco por encima de los centenares de voces que llenaban la calle Mayor de Calisto-. Díganme que es una coincidencia.

Se encontraban en una zona de descanso con bancos curvos y tiestos con exóticas palmeras, un oasis de relativa calma no lejos del portal de entrada del Viaje Galáctico.

- Son las dos y once -dijo Sarah-. Fred ya tendría que estar aquí. -En aquel mismo momento vio a Barksdale, que se acercaba a paso rápido entre la muchedumbre. Le hizo una seña a Peggy Salazar, una de las supervisoras de Calisto que esperaba unos pasos más allá, para que se acercara-. ¿Está todo preparado? -le pregunto.

- Se lo he explicado al acomodador de la plataforma de embarque. Se sorprendió un poco. -Salazar miré a Sarah recelosamente.

- No es más que un ejercicio improvisado. La oficia central quiere que todo el mundo esté alerta. Repetir los mismos ejercicios todas las semanas hace que el personal se aburra y no preste atención.

Salazar asintió sin mucho entusiasmo.

Sarah echo otra rápida ojeada en derredor. Saber que John Doe estaba cerca le agudizaba los sentidos. Instintivamente apretó los puños.

- Vamos -le dijo a Allocco-. Será mejor que entremos. Cruzaron la calle y entraron en el área de espera del Viaje Galáctico. Salazar los siguió, y los tres se situaron en un lugar apartado de la cola donde no llamaban la atención. Sarah observé como el acomodador de la estación de embarque hacia pasar a la vagoneta al primer grupo de la cola -una mujer y tres niños pequeños- y luego bajaba la barra de seguridad.

No podía ver el rostro del empleado oculto por el casco espacial, pero estaba segura de que no lo hacía nada feliz trabajar en presencia de su supervisora y la directora de operaciones.

Como en todas las demás atracciones, el área de espera del Viaje Galáctico cumplía una doble función: un lugar donde los visitantes hacían cola para subir a las vagonetas, y un anticipo de lo que encontrarían en el viaje. Casi desde el principio, los diseñadores de Utopía habían aprendido que los carteles de advertencia en la entrada de las atracciones más fuertes como Disparo Lunar y la Caza de Notting Hill no servían para nada. Los padres insistían en llevar a los niños a esas atracciones y después se quejaban con furia por los sustos que se habían llevado sus hijos.

La respuesta había sido modificar las áreas de espera. Horizonte Espacial, una de las atracciones que motivaba más quejas, fue la primera que sufrió cambios. En línea con el tema del Mundo, el área de espera original tenía en un principio el aspecto de una plataforma de carga de una nave espacial capaz de viajar a la velocidad de la luz. Los diseñadores de Utopía la habían modificado con el añadido de truenos, el chisporroteo de líneas eléctricas y un suelo que temblaba.

Después de los cambios, los niños más pequeños se asustaban tanto que pedían a sus padres que los llevaran a otras atracciones. La técnica tuvo tanto éxito que los carteles de advertencia, que desentonaban con el espíritu del parque, se eliminaron totalmente.

El área de espera del Viaje Galáctico era el polo opuesto a la de Horizonte Espacial. Luminosa y alegre, estaba decorada como un parvulario del futuro: el punto de partida para el primer viaje de un niño a través del cosmos.

La mirada de Sarah se demoré en la cola. Algunos de los niños más pequeños dormitaban. Otros se movían inquietos, impacientes después de la espera y no obstante entusiasmados por encontrarse a unos pasos de las vagonetas. A menudo solo los acompañaban el padre o la madre; los adultos, especialmente aquellos que ya habían pasado por el Viaje Galáctico, no tenían el menor interés en repetir la insulsa experiencia.

En su mente apareció de nuevo la imagen de Allocco en el momento de dejar con mucho cuidado el paquete de explosivo sobre la mesa de su despacho. Sarah se obligó a borrar la imagen de su memoria.

Barksdale se reunió con ellos. Saludó con un gesto a Peggy Salazar antes de meter la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacar un estuche de CD. Se lo entregó a Sarah sin decir palabra.

- ¿Qué es eso? -preguntó Salazar.

- Parte del ejercicio -respondió Sarah apresuradamente-. Peggy, ¿nos disculpas un momento?

- Por supuesto. -Salazar los miró a los tres sin disimular la curiosidad, y después fue a reunirse con el acomodador.

Sarah miró el CD guardado en la caja. Resultaba difícil de creer que el disco de aluminio y policarbonato contuviera la más preciosa de las posesiones de Utopía: las especificaciones

y el software de la tecnología del Crisol. El disco estaba marcado como exclusivamente para uso interno, con las palabras «Patentado» y «Confidencial» estampadas debajo de la figura de un ruiseñor, donde aparecían en letra pequeña las duras sanciones para cualquier uso no autorizado. Le entregó el estuche a Allocco.

- Vamos a repasarlo una vez más -dijo Sarah.

El jefe de Seguridad le señaló la entrada de la atracción.

- Como decía, el tipo es un cabronazo muy listo. Escogió el Viaje Galáctico para la entrega porque es la atracción menos vigilada de todo el parque. Pero lo que él no sabe es que en el mismo lugar de la vuelta de la constelación de Cáncer, el lugar donde se detendrán las vagonetas y donde hará la recogida, hay un escondite.

- ¿Cómo que hay un escondite? -preguntó Barksdale, desconcertado.

- Un túnel de mantenimiento, lo bastante grande para ocultar a un hombre. Mi agente ya está en posición. Verá a John Doe en el momento de recoger el paquete. Después lo seguirá o, si nos acompaña la suerte, podrá capturarlo.

- Sarah frunció el entrecejo.

- Hemos acordado seguir a John Doe hasta fuera del Parque antes de intentar detenerlo.

- El tipo es escurridizo. ¿Recuerda lo que pasó en la Colmena? Si se confirma que trabaja solo, si conseguimos pruebas de que todo esto es un farol, tendríamos que detenerlo mientras podamos.

Sarah reflexionó en las alternativas. Las amenazas de John Doe no se podían tornar a la ligera. Había que considerarlo un sujeto muy peligroso. Su primera responsabilidad era para con los visitantes. Sin embargo, la idea de acabar con la amenaza, de neutralizarlo de inmediato, en lugar de permitir que se moviera por el parque a sus anchas, resultaba muy atractiva. No podía estar más furiosa ni sentirse más ultrajada. Le ardía la mejilla donde él la había tocado.

- Es demasiado peligroso -afirmó Barksdale con una vehemencia inusitada.

- Mi hombre es muy bueno, un ex poli como yo. Ha realizado centenares de arrestos durante su carrera. Tiene la orden estricta de no intentar detener a John Doe a menos que tenga la más absoluta certeza de éxito. Tengo a otro hombre apostado cerca de la salida. -Allocco señaló discretamente a un agente de paisano que estaba junto a la plataforma de embarque-. Aquel de allí, Chris Green, vigilará desde el interior de la entrada. Son mis tres mejores hombres, juntos, organizarán un seguimiento a tres bandas. En el caso de que haya la absoluta garantía de detenerlo, neutralizarán a John Doe y lo llevarán a Seguridad.

Allocco le hizo una señal a Green. El hombre asintió y se escabulló sin demora por una puerta parcialmente disimulada junto a la plataforma. Ni uno solo de los que estaban en la cola advirtió la maniobra.

- Esto es una irresponsabilidad -protestó Barksdale-. No podemos correr el riesgo.

Sarah consultó de nuevo su reloj: disponía de sesenta segundos para tomar una decisión.

- Escuche -dijo Allocco-. Usted descartó la intervención de la policía, así que nos corresponde a nosotros hacer algo, mientras aún podamos. Suponga por un momento que todo esto no es un farol. ¿Quién sabe qué más tienen preparado? ¿Quién sabe lo que pedirán a continuación, si tomarán rehenes? Hay una sola cosa que sabemos: John Doe es el jefe. Si le cortamos la cabeza, el cuerpo morirá. Esta es la oportunidad perfecta para capturarlo sin que nadie resulte herido.

- ¿Asumirá usted la responsabilidad por lo que ocurra si lo detenemos?-preguntó Barksdale.

- ¿Asumirá usted la responsabilidad por lo que ocurra si no lo hacernos?

Sarah miró a uno y a otro. Vaciló por un instante. Luego se dirigió a Allocco.

- Su agente no debe intentar detener a John Doe a menos que tenga la seguridad absoluta de que tendrá éxito. A la primera dificultad, si se produce cualquier cosa inesperada, lo que sea, ordenará a sus hombres que vuelvan. Aunque solo sea un seguimiento. ¿De acuerdo?

- De acuerdo -aceptó Allocco.

- Entonces en marcha. -Se volvió hacia Barksdale, que la miraba con una expresión casi de horror-. Fred, acompáñame, por favor.

Llevó a Barksdale hacia la pared opuesta a la cola.

- Sarah, no lo hagas -dijo Barksdale, con una mirada de súplica en los ojos.

- Ya está hecho.

- Pero ¡no sabes a lo que te enfrentas! Nuestra primera responsabilidad es para con los visitantes. No nos pagan solo para entretenerlos, sino también para que estén seguros.

Escuchar a Barksdale manifestar en voz alta lo que ella misma pensaba hizo que sintiera irritación, impaciencia, incertidumbre. Apartó todos estos sentimientos.

- Mira, Freddy -dijo en voz baja-. ¿Recuerdas nuestra primera cena juntos? ¿En Chez André, en Las Vegas?

En el apuesto rostro de Barksdale apareció una expresión desconcierto.

- Claro que sí.

- ¿Recuerdas el vino?

- Un Lynch-Bages, del 69 -respondió al cabo de un momento.

- No, no. El vino de postre.

- Château d'Yquem.

- Así es. ¿Recuerdas que yo ni siquiera sabía que existiera un vino de postre, que creía que el único vino dulce era el tinto con sabor a Cereza?

Barksdale se permitió una breve sonrisa.

- Me explicaste todo aquello de la *Botrytis Cinetrea*, ¿lo recuerdas?

Barksdale asintió de nuevo.

- Una putrefacción noble. Ataca el hollejo de la uva, aumenta la cantidad de azúcar y crea el mejor vino dulce del mundo, No podía creerlo cuando me lo dijiste; un hongo que los productores estimulan. Tuviste que explicármelo dos veces. -Se acercó un poco más y le apoyó una mano en la solapa de la chaqueta-. Freddy, tenemos algo podrido en el parque. Aquí, ahora mismo, y no tiene nada de noble. Si no hacemos algo, si nos mostramos vulnerables, un objetivo fácil, ¿quién sabe si no volverá a pasar?

Barksdale la miró en silencio con una expresión desconsolada. Sarah apretó por un momento la impecable solapa, después se volvió y fue a reunirse con Peggy Salazar y Allocco. Barksdale la siguió al cabo de unos momentos.

El grupo se acercó a la plataforma de embarque. Una mujer hispana con mellizos se estaba sentando en una de las vagonetas.

Sarah esperó a que el empleado diera salida a las vagonetas.

- Envíe dos vagonetas vacías y haga entrar una tercera -le ordenó.

El hombre asintió. El casco de plexiglás aumentaba el tamaño de su rostro.

Dos vagonetas desaparecieron en la oscuridad al final de la rampa, y una tercera se detuvo delante de la plataforma. Allocco se adelantó, anotó el número de la vagoneta y luego colocó el disco en el suelo del vehículo.

- Envíela -le dijo Sarah al acomodador, y la vagoneta se puso en marcha. Espero hasta verla desaparecer en la curva-. Ahora, envíe otras dos vacías.

Escuchó los murmullos de protesta de los que esperaban. Sarah se volvió para sonreírles y después le ordenó al empleado que continuara con la actividad normal.

El recorrido del Viaje Galáctico duraba poco más de seis minutos. Las vagonetas vacías llegarían a la constelación de Cáncer dentro de cuatro.

Sarah se apartó de la plataforma y echó un vistazo al área de espera. Un bebé lloraba en alguna parte, y su llanto agudo sonaba con claridad por encima del rumor de las conversaciones. Un empleado de mantenimiento salió por una de las puertas laterales. Como siempre en las zonas públicas, llevaba un disfraz: solo el color del distintivo enganchado en el traje espacial indicaba su ocupación. Observó los rostros de las personas que hacían cola: excitados, impacientes, aburridos. La escena era absolutamente normal. Todo funcionaba como siempre.

Excepto por el paquete y la persona que lo esperaba en las profundidades del túnel.

- Vayamos a la torre -dijo Allocco.

Sarah continuó mirando a los visitantes durante unos segundos más. Después miró al jefe de Seguridad y asintió.

La torre de control del Viaje Galáctico era pequeña incluso para el operador; con tres visitantes apiñados en el interior, a Sarah le resultaba difícil poder respirar.

- No tenemos mucho margen de maniobra -manifestó Allocco-. La atracción esta controlada totalmente por el ordenador. Tendremos que cortar la electricidad temporalmente. - Se inclinó sobre el operador-. Esté atento al diagrama del recorrido. Cuando la vagoneta 7470 llegue a la constelación de Cáncer, quiero que la detenga.

El empleado miró intranquilo al jefe de Seguridad y después a la directora de operaciones. Había estado comiendo pistachos mientras leía Roquefort for Dummies, y evidentemente en ningún momento había esperado la visita de los altos jefes.

- ¿Corto todo el suministro? -preguntó.

- No, no. No es necesario cortar toda la energía. Solo una interrupción del servicio. Como si fuese una alerta de salida. Exactamente durante noventa segundos. Después reanude el suministro. -Sacó una radio del bolsillo-. Treinta y tres adelante. ¿Está en posición? De acuerdo. No intente, repito, no intente detener al sospechoso a menos que tenga total garantía. -Miró a Sarah-. Le he dicho a los agentes apostados en la entrada y la salida que mantengan silencio radiofónico.

Durante dos minutos, reinó el silencio en la torre mientras todos miraban en la pantalla cómo se encendían los números de los coches cuando pasaban por los puntos de control del recorrido.

- Diez segundos -anunció el operador.

Allocco acercó la radio a los labios.

- Adelante, recogida en diez segundos. Prepárese. -Esta vez no bajó la radio.

Sarah observó cómo la etiqueta digital 7470 continuaba su lento avance por el diagrama. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

- Cepos para cazar becadas -murmuró Barksdale a su lado. Su voz sonó tensa.

- Ahora -dijo el operador. Se inclinó hacia delante y, mientras caía al suelo una lluvia de pistachos y cáscaras, apretó un botón en la consola. Sonó una alarma. Los coches detuvieron su avance en la pantalla; los números de las vagonetas pasaron de blanco a rojo y comenzaron a parpadear-. Noventa y contando.

Sarah miraba fijamente la vagoneta 7470, que ahora estaba inmóvil junto a un rótulo que decía «Cáncer». En algún lugar más allá de la torre de control, en el mundo real de la atracción, unos hombres ocultos en la oscuridad vigilaban la vagoneta vacía. Respiró profundamente. De una manera u otra, todo se habría acabado en menos de dos minutos.

- Adelante -llamó Allocco-, ¿hay algo?

- Veo algo -respondió el agente-. Hay alguien en la vagoneta.

- ¿Está sacando algo de la vagoneta?

- Repito, en la vagoneta. Sentado en la vagoneta.

Allocco miró al operador.

- ¿Está seguro de que detuvo la vagoneta correcta?

- Así es. -El hombre señaló la pantalla como testimonio-. Quince segundos.

- Adelante, ¿Cuántos pasajeros hay en la vagoneta?

- Solo veo a uno.

- Acérquese y compruebe. Despacio.

Sarah apoyó una mano en el brazo de Allocco.

- No. Quizá sea John Doe.

- ¿Qué demonios estaría haciendo allí? ¿Disfrutar del viaje?

- Espera una trampa. Quiere ver si vamos a intentar alguna cosa.

El jefe de Seguridad la miró por un instante.

- Adelante, orden cancelada. Permanezca en posición.

- Cero -cantó el operador, y apretó otro botón. Los números de la pantalla dejaron de parpadear, pasaron a blanco y comenzaron a moverse de nuevo.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Sarah.

Allocco miró el diagrama de la pantalla.

- Creo que nuestro hombre ha manipulado este diagrama, de la misma manera que hizo con los monitores de la Colmena. Nos hizo detener las vagonetas en la posición errónea o algo así. No hay duda de que el muy cabrón ya tiene el disco y se ha largado. -Levantó la radio-. Alfa, Omega, aquí Treinta y tres. Puede que el sujeto ya haya hecho la recogida. Mantengan las posiciones. Informen de cualquier avistamiento, pero no intervengan. Repito, no intervengan.

- Omega, recibido -dijo una voz.

Allocco guardó la radio.

- El disco se lo llevó hace rato -manifestó con un tono de cansancio.

- Vamos a la plataforma de desembarque -replicó Sarah-. Solo para asegurarnos.

Cuando llegaron a la plataforma de desembarque, la mujer con los mellizos acababa de bajar de la vagoneta. Sarah escuchó cómo el empleado se disculpaba por la demora durante el recorrido.

- Estén atentos -les dijo Allocco a Sarah y Barksdale-. No creo que John Doe cometa la estupidez de bajar aquí. Pero a estas alturas, cualquier cosa es posible.

Las dos primeras vagonetas vacías llegaron a la plataforma, y el jefe de Seguridad se acercó.

Sarah le hizo una seña a Barksdale, y juntos siguieron a Allocco por la rampa. «Nada de trucos -se dijo Sarah-. Este no es momento para heroicidades.» Tomó conciencia de una emoción que le era prácticamente desconocida: la inquietud. Miró por encima del hombro. Excepto por la mujer con los mellizos, el pasillo que llevaba de vuelta a la calle Mayor estaba desierto.

En el momento en que se volvía, la tercera vagoneta hizo su entrada en la plataforma. Había un hombre sentado en ella, y por un instante Sarah se quedó inmóvil, al creer que era John Doe. Pero el hombre era demasiado bajo, muy fornido. Mantenía la cabeza agachada sobre el pecho como si estuviese durmiendo.

De pronto, Allocco echó a correr hacia la vagoneta, y Sarah reconoció al pasajero como Chris Green, el agente que había ocupado su posición en la entrada del recorrido.

La vagoneta se detuvo. Green cayó hacia delante empuja do por la inercia.

Sarah esquivó al empleado y se reunió con Allocco. Miró al interior de la vagoneta, dominada súbitamente por un terrible presentimiento. Debajo de uno de los pies del agente vio el estuche aplastado. Entre los restos asomaban trozos del disco.

- Chris… -Allocco apoyó una mano en el hombro del agente. Green permaneció en la misma posición.

El jefe de Seguridad levantó a Green hasta sentarlo. La cabeza cayó hacia atrás. El horror paralizó a Sarah.

- ¡Dios bendito! -gimió Allocco.

Los ojos de Chris Green los miraban sin ver. Le habían metido un trozo del CD hasta la garganta y un reguero de sangre le chorreaba por la barbilla y a lo largo del cuello, antes de confundirse con la camisa oscura.

**14.22 h.**

Se habían llevado discretamente el cadáver del agente a la enfermería y habían prohibido el acceso. Nadie podía entrar hasta que se llamara a la policía, ni siquiera los médicos.

Habían vuelto a la Colmena y ahora estaban viendo los registros de vídeo de las pocas cámaras de seguridad instaladas en Viaje Galáctico, en un intento por entender lo que había pasado, averiguar dónde se había producido el tremendo fallo.

- Muy bien, allí, para -le dijo Allocco a su técnico de video, Ralph Peccam.

Estas fueron las primeras palabras en varios minutos. Habían acabado de repasar la grabación de la cámara instalada en la plataforma de desembarque. No habían visto nada anormal. Ni el menor rastro de John Doe entre la multitud de padres y niños.

- ¿Qué más tenemos? -preguntó Allocco, con voz fatigada.

Peccam consultó un registro.

- Solo las filmaciones de la cámara en el área de espera -respondió Peccam.

- Muy bien. Vamos a verlas, la misma hora, doscientos cuadros por segundo.

Peccam escribió unas cuantas órdenes y después hizo girar un mando en el tablero. Sarah miró la pantalla donde los visitantes, acelerados en lánguidos ríos, fluían alrededor de las barreras y caían, unos pocos a la vez, en las vagonetas vacías que salían a su encuentro. Era consciente de que tendría que estar sintiendo algo: pena, furia, remordimiento. Pero lo único que sentía era un aturdimiento que la paralizaba. La imagen de Chris Green -los ojos apagados, el brillo del trozo de plástico que asomaba entre los labios- se negaba a desaparecer. Miró a Fred Barksdale; su rostro tenía algo de espectral en la luz de la Colmena. El la miró por un instante y luego volvió otra vez los ojos a la pantalla. Parecía haber envejecido súbitamente.

- Pura rutina -murmuró Allocco con un tono de amargura, sin desviar la mirada de la pantalla-. Otro día en el paraíso.

Sarah tenía en la mano una bolsa de plástico sellada con los fragmentos del disco que habían recogido del suelo de la vagoneta. Sin duda el disco se había destrozado en el transcurso de lo que debía de haber sido una lucha mortal. Sin darse cuenta, había estado manoseando la bolsa. La guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Se vio un movimiento en el extremo izquierdo de la pantalla cuando un grupo se situó a un lado de la plataforma de embarque.

- Baja a treinta -dijo Allocco.

Ahora las figuras del extremo izquierdo se vieron con claridad: Allocco, la supervisora de la atracción, ella misma Sarah se obligó a mirar la escena que había ocurrido hacia menos de media hora. Freddy apareció en la pantalla, con el estuche en la mano. Luego siguió la breve discusión entre él y Allocco en defensa de sus respectivas posiciones. Ella tomó su decisión y Chris Green, el agente de seguridad, desapareció por una puerta en el fondo del área de espera. Sarah se vio así misma en el aparte con Barksdale para explicarle la conveniencia de efectuar un ataque preventivo contra John Doe. Para explicarle por que acababa de condenar a un hombre a la pena de muerte.

En la pantalla, colocaron el disco, enviaron las vagonetas vacías y después desaparecieron de la vista, para ir a la torre de control.

- Para -le ordenó Allocco a Peccam. La pantalla quedó en blanco-. Ya está. Hemos visto las filmaciones de las cinco cámaras. Nada.

Se hizo el silencio en la pequeña habitación. El jefe de Seguridad fue el primero en romperlo.

- Chris Green era un buen hombre -afirmó con voz pausada-. Lo mejor que podemos hacer por él es tratar de descubrir qué demonios pasó. -Exhaló un suspiro-. Ralph, pon de nuevo en pantalla la filmación de la última cámara. Busca las imágenes de las vagonetas vacías cuando inician el recorrido.

Peccam recuperó las imágenes del área de espera. Una vez más, Sarah vio a Allocco dejar el estuche en la vagoneta central, y luego cómo esta iniciaba la marcha y de perdía de vista en la oscuridad de la primera curva.

- No tiene sentido -murmuró Allocco, casi para él mismo-. La constelación de Cáncer está más allá de la mitad del recorrido. Allí es donde tendría que haber estado John Doe para la recogida. Sin embargo, Chris Green estaba apostado en la entrada. ¿Como es que se encontró con John Doe allí?

La pregunta quedó flotando en el aire, sin recibir respuesta. Todos continuaban mirando la pantalla.

- ¡Para! -0rdenó Allocco bruscamente-. Vale. Adelante quince. -Señaló la pantalla-. Miren eso.

Sarah vio como el técnico de mantenimiento que había visto en la plataforma salía por una puerta lateral y, en cámara lenta, atravesaba el área de espera. De pronto, el aturdimiento que la dominaba desapareció sin más.

Con el voluminoso casco y el traje espacial resultaba imposible estar seguro. Así y todo, el instinto le decía a Sarah que aquel era John Doe. Por las expresiones a su alrededor comprendió que los demás habían llegado a la misma conclusión.

- Mierda -exclamó Allocco-. Toda esa historia de los noventa segundos solo era un engaño. John Doe no esperaba en la curva de la constelación de Cáncer. Su plan era recoger el disco en cuanto la vagoneta entrara en el túnel y después marcharse incluso antes de que detuviéramos la vagoneta. Pero el caso fue que se tropezó con Chris Green.

- ¿Quiere que lo rastree? -preguntó Peccam.

- No. Perdona, sí. Pero no ahora mismo. Sin duda, es algo que también ha tenido en cuenta. -Allocco miró a Sarah-. Iré a los vestuarios para comprobar si faltan uniformes.

Sarah asintió. Ya sabía exactamente lo que encontrarían.

La radio que llevaba en el bolsillo emitió un zumbido.

En la sala de control se hizo el más absoluto silencio. Todos miraron a Sarah mientras sacaba la radio. La encendió y acercó a los labios.

- Aquí Sarah Boatwright.

Eran las primeras palabras que decía desde que había entrado en la Colmena.

- Sarah.

- Sí.

- ¿Por qué, Sarah? -Era la voz de John Doe, y no obstante sonaba distinta. El tono cortés había desaparecido. Ahora era una voz dura, fría.

- ¿Por qué, qué?

- ¿Por qué me tendió una trampa?

Sarah intentó encontrar una respuesta.

- ¿No he sido siempre sincero con usted, Sarah? ¿No ha sido la sinceridad la base de todos nuestros tratos?

- Señor Doe, yo…

- ¿No me tomé la molestia de visitarla personalmente para que nos conociéramos? ¿No le expliqué exactamente qué debía y no debía hacer?

- Sí.

- ¿No me tomé el trabajo de hacerle una demostración? ¿No hice todos los esfuerzos posibles para asegurar que, al final del día, no hubiese más muertes que pesaran en su conciencia?

Sarah no respondió.

- Oh, Dios mío -murmuró Barksdale-. ¿Qué hemos hecho?

- Señor Doe -comenzó Sarah-, me ocuparé personalmente de que…

- No -la interrumpió la voz-. Ha perdido su oportunidad de hablar cuando traicionó mi confianza. Ahora yo soy el maestro y usted la alumna. Prestará atención a la clase. ¿Sabe cuál es la asignatura? No, no responda. Yo se la diré. Es el pánico.

Sarah continuó escuchando, con la radio pegada al oído.

- ¿Sabía, Sarah, que desencadenar el pánico es todo un arte? Es un tema hasta tal extremo fascinante que tengo la intención de escribir una monografía. Me haría famoso, el Aristóteles del control de la multitud. Lo más interesante de todo son las oportunidades que ofrece para la creatividad. Hay tantas herramientas disponibles, son tantas las maneras de proceder, que elegir la más adecuada es todo un desafío. Tomemos el fuego, por ejemplo. Durante un incendio se produce algo único en la dinámica de la multitud, Sarah. He estudiado todos los más importantes: el del Triangle Shirtwaist, el del teatro Iroquois, el de Coconut Grove, el del Happyland Social Club. Todos muy diferentes, y sin embargo, todos con algo en común. Un altísimo índice de mortalidad, incluso sin la ayuda de acelerantes artificiales. La gente se apiña en las salidas. Las salidas cerradas.

- Nuestras salidas están abiertas -murmuró Sarah.

- ¿Lo están? Bueno, todo esto es secundario, y me estoy anticipando a los acontecimientos. Tengo que irme. Estaremos en contacto.

- Una persona ha muerto.

- Una persona ni siquiera es un punto en la estadística.

- Le conseguirá el disco.

- Sé que lo hará. Pero hay algo que debo hacer primero. ¿Cree que su parque ahora es famoso, Sarah? Pues sí que lo convertirá en una gran noticia.

- ¡No! Espere, espere…

Fue inútil. Doe ya había cortado la comunicación.

**14.22 h.**

Georgia Warne salió de la atracción conocida con el nombre de Eclíptica y se unió a la muchedumbre que llenaba la ancha avenida. Acababa de comprar la versión Calisto de un copo de algodón de azúcar -un iridiscente arco iris de azúcar hilado y cristales carbonatados que estallaban ruidosamente en la boca- y se lo comía muy concentrada. No oía el crujido de los cristales, ni los gritos y risas de los visitantes que pasaban a su lado, ni la música electrónica de fondo; llevaba puestos los auriculares, y para ella el panorama iba

acompañado por la interpretación de la Orquesta de Count Basie de «Jumping at the Woodside».

Un grupo de adolescentes mayores, con los cabellos teñidos de rojo fucsia y vestidos con camisetas de Dientes de Dragón, avanzaban ruidosamente hacia ella, y Georgia se apartó para dejarlos pasar. No había esperado gran cosa de Eclíptica -después de todo, no era más que una rueda gigante- y en cambio había resultado ser muy divertido. Giraba alrededor de un planeta con un anillo vertical como si fuese Saturno. Oscura, como la mayoría de las atracciones de Calisto, pero con una sorprendente sensación de profundidad, de estar en el espacio exterior. Los anillos holográficos le habían parecido tan absolutamente reales que estaba segura de que habría podido tocarlos si hubiera sacado la mano fuera de la barquilla.

Como iba sola, la habían hecho sentar con otra chica de una familia numerosa, que, además de no estarse quieta, había insistido en señalarle todo lo que había a la vista. Era demasiado estúpida para cerrar la boca y disfrutar del viaje. Así que Georgia había acabado por ponerse los auriculares y subir el volumen al máximo.

Se detuvo, con el entrecejo fruncido al recordar la experiencia. Adelante y a la derecha, vio una rampa que se iniciaba en la calle Mayor y acababa en una cinta transportadora que desaparecía en el interior de un túnel con la boca marcada con luces de neón y rayos láser. Era la entrada de «El lado oscuro de la Luna», una atracción que había merecido elogiosos comentarios en la red. Sacó del bolsillo su itinerario particular.

Efectivamente, una atracción de cuatro estrellas. Caminó hacia la rampa. Luego se detuvo. Le había prometido a su padre que no iría a las atracciones principales. Probablemente, Eclíptica entraba en ese categoría, pero ¿qué esperaba su padre que hiciera? Había probado con algunas de las atracciones para niños, como Anillos de Saturno, y se había sentido ridícula entre los chicos de seis años.

Miró la entrada, cada vez más ceñuda. Luego se volvió de mala gana y se alejo por la calle hasta dar con un banco. Se sentó, sacó del bolsillo el plano del parque, le echó una ojeada y lo guardó de nuevo. Se comió el último trozo de la golosina y se volvió para tirar el largo cucurucho blanco en una papelera; Entonces hizo una pausa, con la mirada fija en el cucurucho de papel.

Antes le había dicho a su padre que no recordaba el viaje que habían hecho a Kennywood Park y había faltado a la verdad. Recordaba cómo su madre la había sorprendido con una gran nube de algodón de azúcar, sujeta precariamente en un palo blanco idéntico a este. Recordaba que la golosina rosa le había parecido enorme para sus ojos de niña de ocho años. Recordaba el calor del sol que caía a plomo sobre ellos, el rostro bronceado de su madre, el lápiz de labios claro, las arrugas que se le hacían en las comisuras de los ojos cuando sonreía.

Recordaba más cosas de su madre: Salir a navegar en uno de los veleros que ella diseñaba; cabalgar por un parque frondoso; estar sentada junto a la ventana, bien arropada con una manta, mientras leían juntas unos cuentos de Kipling. Eran recuerdos fragmentarios, pálidos y borrosos como las viejas fotografías, y se los guardaba para ella, como si hablar de ellos, incluso con su padre, pudiera romper el encantamiento y hacer que desaparecieran para siempre.

Miró el cono de papel durante unos momentos, lo hizo girar en las manos, hasta que acabó por tirarlo a la papelera. Luego se levantó y continuó el paseo.

Un poco más allá vio la galería del Ojo de la Mente. Encima de la puerta flotaba un holograma de Eric Nightingale de tamaño natural, que invitaba a entrar al público con su sombrero de copa. Había unas cuantas personas que miraban los retratos en el escaparate de la galería y señalaban la imagen del mago. Georgia acortó el paso. También recordaba a Nightingale. Nunca parecía estar quieto, se movía continuamente y gesticulaba. Recordaba que, pese a no ser muy alta la habitación siempre parecía demasiado pequeña para él. Las noches que visitaba a su padre, los hombres se sentaban en la cocina y conversaban durante horas. Recordaba el aroma del café y del tabaco de pipa. Ella se metía debajo de la mesa y jugaba, mientras escuchaba las voces, consciente de que mientras no llamara la atención se podía quedar levantada hasta mucho más tarde de la hora habitual.

Se acabó «Jumping at the Woodside». Hubo un breve silencio y le llegaron los sonidos de Utopía: gritos, un mar de voces, un anuncio por los altavoces, el chillido de alegría de un niño. Entonces comenzó «Swingin' the Blues» Y los demás sonidos desaparecieron de nuevo. Georgia metió las manos en los bolsillos y siguió caminando. Recordó la manera que tenía Nightingale de mirarla cuando ella hablaba, de escucharla como si lo que decía tuviese importancia. No era tonto, como parecían ser la mayoría de los adultos. No decía las mismas tonterías que decían los demás, como lo bonita que era o lo mucho que había crecido desde que la había visto por última vez.

Sin saber muy bien la razón, pensó en Terri Bonifacio.

Tampoco ella parecía tonta. Era incluso probable que le gustara el algodón de azúcar. Por lo general, a Georgia le interesaba muy poco lo que decían los adultos. Pero admitió que le interesaba mucho conocer las opiniones de Terri sobre muchas cosas: qué pensaba del bluegrass y el bop; qué libros había leído cuando tenía su edad; sus colores favoritos; cuál era su plato preferido. Esperaba que no fuese aquella cosa nauseabunda que olía a pescado. Eso sería todo un problema.

Llegó al final de la calle y se detuvo. Delante había lo que parecía ser una gran terminal circular. Era el puerto espacial de Calisto, con media docena de «zonas de embarque» que llevaban a algunas de las atracciones más populares de los Mundos. El lugar era un hervidero. Georgia consultó el plano. Disparo Lunar, Horizonte Espacial, Anillo Solar. Todas eran apasionantes, y todas se contaban entre aquellas a las que no debía subir sola, a petición de su padre.

Como siempre, no había ningún reloj a la vista. Consultó el suyo. Faltaban cuarenta cinco minutos para ir a encontrarse con su padre.

No era justo, esto no era justo. Solo un par de buenas atracciones durante la mañana, y después nada excepto unas reuniones aburridas y perder el tiempo en los laboratorios. Además no era divertido montarse sola. Sobre todo cuando no podía hacerlo en las mejores atracciones.

Georgia suspiró con profundo desconsuelo y se volvió dispuesta a emprender el camino de regreso. Fue entonces cuando vio una zona de embarque señalada como Fuga de Aguas Oscuras.

Miró las rutilantes letras holográficas. Lo sabía todo de esta atracción. Estaba basada en su escena favorita de Atmósfera, cuando los jóvenes héroes escapaban de la prisión de Morfeo en el planeta acuático de Aguas Oscuras Cuatro. La atracción era nueva; nadie de su clase había estado en ella.

Además tenía dos cosas que la hacían especialmente atractiva. Todo tenía lugar en un mundo acuático y supuestamente era la primera atracción en el mundo entero que

utilizaba la tecnología de la baja gravedad. Nada de trucos; baja gravedad en vivo y en directo.

Georgia advirtió que la mayoría de los visitantes caminaban hacia ella en lugar de alejarse; ya habían estado en el Puerto Espacial y ahora regresaban a Calisto. A pesar de que las seis atracciones eran sin duda las más populares las colas eran más cortas que otras donde había estado.

Las revistas publicadas por los clubes de aficionados de Utopía contenían exhaustivas listas de las horas ideales para visitar las atracciones; horas en las que, por alguna razón desconocida, las colas eran más cortas. A Georgia esto no le interesaba en lo más mínimo. Solo sabía que estaba harta de las atracciones para niños, de dar vueltas sin saber que hacer. Calculó que en menos de diez minutos podía entrar en Aguas Oscuras, y en realidad no era una montaña rusa. A su padre no le importaría; bueno, no mucho.

De pronto se vio apartada de un empellón. Dos chiquillos, cogidos de las manos de su madre, la habían adelantado camino de Aguas Oscuras. La madre era joven, atractiva, y el vestido rojo resaltaba el bronceado de la piel.

Georgia se quitó los auriculares. Luego avanzó al trote, miró por encima del hombro a los chicos cuando los adelantó y ocupó su lugar en la cola de Aguas Oscuras delante de ellos.

**14.26 h.**

- Deja de empujarme, gilipollas.

- Yo no te empujo, imbécil. Eres tú el que me empuja. Hazlo de nuevo y te doy.

Angus Poole oía, sin interés, la discusión entre los hijos de su prima. Se había repetido en todas las colas que habían hecho. Al principio, Poole se había sentido intrigado por el notable arsenal de palabrotas que los chicos se dedicaban. En la cola del Expreso de Brighton, en Paseo, incluso había comenzado a contarlas. Cuando llegaron a la siguiente atracción, la Máquina de los Alaridos, desistió en la número cincuenta.

Gracias a Dios, al menos esta cola era corta.

A su alrededor, el Puerto Espacial era una algarabía de voces. Desde su lugar en la cola, Poole echó una ojeada al entorno. Los diseñadores habían hecho un excelente trabajo a la hora de conseguir que el lugar diera la sensación de ser una terminal aérea futurista y habían cuidado todos los detalles, incluidas las pantallas que informaban de las salidas y las voces en el sistema de megafonía. Ese día había un beneficio añadido: con las entradas de las seis atracciones en el mismo lugar, él se podría escabullir para tomarse una cerveza y dejar que su prima se las apañara con su familia durante un rato.

Como sí le hubiese leído el pensamiento, Sonya se volvió hacia él. Llevaba tres cámaras cruzadas sobre la abultada barriga y una gorra de archimago ladeada sobre la cabeza.

- ¿Cómo has dicho que se llamaba esta atracción, Angus?

- Fuga de Aguas Oscuras. -Poco importaba que el holograma con el nombre apareciera directamente encima de sus cabezas; ella tenía que preguntar.

- ¿Dónde iremos después?

- Hay otras cinco fantásticas atracciones a las que se entra en este lugar. Es como un enorme aeropuerto, excepto que cada entrada lleva a una atracción diferente. Tendríais que montaros en todas. -«Sí, por favor, no os dejéis ninguna», rogó para sus adentros.

- ¿Tú qué harás? -preguntó Sonya.

- Después de Aguas Oscuras, creo que iré a tomar una cerveza en el Mar de la Tranquilidad. Es el bar aquel delante del casino. Te lo señalé, ¿recuerdas? Cuando acabéis podemos encontrarnos allí.

Al escuchar la palabra «cerveza», el marido de Sonya, el experto en seguros, pareció volver a la realidad y miró a Poole con la mirada de un animal acosado.

Sonya y Martin Klemm de Lardoon, Iowa, y sus tres encantadores hijos. Hasta que había llamado a la puerta de la habitación del motel por la mañana, Poole llevaba al menos doce años sin ver a su prima Sonya. Claro que lo mismo había pasado con su hermana y su sobrino Paul, o cualquier otro de sus parientes, cercanos o distantes, que habían salido de la nada durante los últimos seis meses. Era como si, en sus mentes, Utopía le hubiese dado un sentido a su vida. El excéntrico tío Angus, que se había trasladado a Las Vegas después de dejar el ejército y que nunca se había casado. El raro primo Angus, o primo segundo, o lo que fuese, que decía trabajar para ganarse la vida, aunque nadie había preguntado nunca en qué y Poole nunca lo había dicho.

Ahora, al parecer por un acuerdo tácito de la extensa familia, lo habían designado guía de las visitas a Utopía.

Hasta cierto punto, no le importaba. No era que disfrutase con los encuentros -podía pasar de ellos- pero, para su sorpresa, había quedado fascinado con el parque. Años atrás había estado en Disneyland, Universal Studios, Busch Gardens, y todos lo habían dejado frío. Utopía era otra cosa, y no solo porque era más nuevo, más ingenioso y con atracciones más divertidas. Tenía que ver con la inmersión; de alguna manera uno acababa creyendo que estaba en el Londres del Siglo XXX o en Camelot en pleno medioevo. Por supuesto, uno sabía que no se había movido del desierto de Nevada. Pero habían hecho un trabajo tan excelente al integrar los juegos y las atracciones de cada Mundo que uno disfrutaba participando en la fantasía. Y, para alguien tan poco imaginativo como era su caso, era mucho decir.

Claro que toda fascinación tenía sus límites, y a las 14.26 Poole ya estaba absolutamente harto de la familia Klemm.

- Eso de la baja gravedad es una trola. -Ahora era el mayor de los niños Klemm quien hablaba-. Es puro truco.

La aceleración de la gravedad hacia el centro de la Tierra es de 9,8 metros por segundo al cuadrado. Para crear una condición de ausencia de la gravedad se necesita una fuerza exactamente opuesta, y…

Poole miró al chico: dentudo, larguirucho, gangoso. Lo único que le faltaba era un cartel de empollón. Una justificación andante del infanticidio, si es que había alguna. Además, no tenía idea de lo que estaba diciendo. Se callaría en cuanto entrara en la esclusa de aire.

Aburrido, Poole echó otra ojeada al Puerto Espacial. Estaba lleno, por supuesto, aunque menos de lo acostumbrado.

Se veían los habituales rostros felices, junto con el de algún padre que parecía harto de todo o el de algún chico impaciente, Los actores vestidos con trajes espaciales entretenían a los que aguardaban en las colas o se fotografiaban con los visitantes.

Una figura distante llamó la atención de Poole. A diferencia de todos los demás, que permanecían en las colas o iban de un lugar a otro, un hombre corría de aquí para allá, un tanto desesperado. Poole continuó mirándolo con una ligera curiosidad mientras el hombre se mezclaba entre la multitud, corría a uno de los quioscos, se acercaba a las colas, miraba aquí y allá, como si buscase a alguien con urgencia.

El desconocido se perdió de nuevo entre el público, y Poole se despreocupó. La cola avanzaba a buen ritmo y ya casi estaban en la esclusa de aire que era la entrada. La Fuga de Aguas Oscuras era el único motivo para que Poole ya no estuviese disfrutando de una cerveza en el Mar de la Tranquilidad. Era la atracción que más le gustaba. Si la sensación de ingravidez era un truco, al menos estaba hecha con tanta habilidad que a él no le importaba.

Se preguntó ociosamente por que le gustaba tanto esta atracción. No era algo trepidante como Disparo Lunar, que estaba a la izquierda, o Estación Omega, en lo alto de la escalera mecánica de aspecto futurista. En realidad, aparte de unas pocas sacudidas iniciales cuando las barquillas «escapaban» de la cárcel de Aguas Oscuras e iniciaban el ascenso hacia la nave nodriza, no se podía decir que fuese emocionante.

Probablemente el atractivo residía en el absoluto realismo de la atracción; uno creía de verdad que viajaba a través de la lluvia hacia el espacio exterior. Esta vez prestaría mucha atención para saber exactamente cuáles eran los botones subliminales que apretaban, cómo conseguían que resultara tan verídico. Una cosa que recordaba vívidamente era la manera como, mientras subían cada vez más alto en la atmósfera, las gotas de lluvia que caían alrededor de la barquilla parecían reducir la velocidad y luego, a medida que disminuía la atracción de la gravedad, se quedaban prácticamente inmóviles en el exterior de la cápsula y flotaban en la oscuridad del espacio. Recordó cómo su vientre había quedado apretado contra la barra de seguridad cuando había aparecido a la vista la nave nodriza, cómo el vaso de gaseosa había parecido levantarse del soporte. A ver qué diría el hijo mayor de los Klemm cuan do pasara por la experiencia.

Vaya, esto se ponía interesante. El hombre que había visto correr por la calle había entrado en el Puerto Espacial y ahora estaba en el centro, y no dejaba de mirar en derredor. Lo acompañaba una joven asiática. Intercambiaron unas palabras y luego se separaron para correr en direcciones opuestas. No había ninguna diga de que buscaban a alguien y que tenían mucha prisa en encontrarlo. «Que Dios los ayude a encontrar a alguien en este lugar», pensó Poole. Las atracciones del Puerto Espacial no tenían un área de espera. Había que hacer cola en el propio puerto, quizá para reforzar la ilusión del bullicio de una terminal aérea, y al menos había un millar de personas. Esto no pareció desanimar al hombre, que dejó a la muchacha y se dirigió a la entrada de Anillo Solar sin hacer caso de las miradas de las personas que aguardaban en la cola.

Poole miró al hombre con un poco más de atención, en un intento por clasificarlo. No parecía un hombre corriente: cabellos oscuros, piel clara, alto, delgado, de unos cuarenta años. Nada que pudiese provocar alarma, más allá de la obvia agitación. En cualquier caso no dejaba de ser curioso; esta era la segunda vez que repetía este ejercicio. Poole decidió que no era cosa suya y volvió a prestar atención a la cola.

No quedaban más de cuatro o cinco grupos delante de ellos, e incluso los hijos de su prima se habían callado. Era evidente que habían acertado con la hora; la cola que tenían detrás era por lo menos el doble de larga que cuando habían llegado.

Si los chicos montaban en las seis atracciones, dispondría por lo menos de dos horas de bendita soledad en el Mar de la Tranquilidad: sólo él, su cerveza y el crucigrama del Las Vegas Journal-Review. Sería…

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por unos gritos lejanos. Miró atrás. Otra vez el mismo hombre. Estaba en la cabeza de la cola de Anillo Solar y gritaba lo que parecía ser un nombre, al tiempo que miraba directamente hacia él. No, no le gritaba a él, sino a alguien que se encontraba más adelante de la fila. Quizá era a la chica bonita que entraba en la esclusa de aire. El hombre echó a correr a través del Puerto Espacial. Instintivamente, Poole bajó los brazos y separó los pies. Pero el hombre tenía la mirada fija en la entrada. Corrió a lo largo de la cola y se abrió paso a codazos entre las personas que precedían a Poole. Comenzó a hablar con uno de los acomodadores sin dejar de señalar hacia la entrada. El otro acomodador, un hombre alto vestido con un refulgente traje espacial, se acercó y apoyó una mano solícitamente en el brazo del hombre. El tipo lo apartó.

- ¿Qué crees que quiere? -preguntó Sonya.

Poole no le respondió. Por un segundo, consideró la posibilidad de intervenir. Luego se relajó. Diablos, no era cosa suya. Estas eran unas vacaciones. El hombre había pagado sus setenta y cinco dólares como todos los demás; que se divirtiera con su numerito.

**14.26 h.**

Andrew Warne se detuvo en la calle Mayor de Calisto y miró en derredor mientras recuperaba el aliento. Era un esfuerzo inútil pretender encontrar a su hija en medio de semejante multitud. Las probabilidades de que le ocurriera algo eran mínimas; no obstante, la idea de estar sin hacer nada hasta la hora del encuentro, sin saber lo que podía pasar, se le hacía intolerable. Habían buscado en las colas y las tiendas durante veinte minutos, con la ilusión de ver la delgada figura de Georgia. No la habían visto y, cuanto más tiempo pasaba, más crecía su ansiedad.

Tenía grabada a fuego en la memoria la expresión de Georgia en el momento antes de salir del laboratorio de Terri. «No quiero ir sola», había dicho. Ella era todo lo que le quedaba, y la había enviado sin más a un parque temático minado con explosivos. Había sido involuntario, había sido con la mejor intención, pero lo había hecho de todas maneras. Terri apareció a su lado.

- ¿La has visto? -le preguntó.

La muchacha sacudió la cabeza.

- He mirado en las entradas y salidas de Eclíptica y Atmósfera -respondió con voz jadeante-. Ni rastro de ella.

- Puede estar en cualquier parte.

- Creo que ya hemos buscado en todas partes.

Warne se sintió dominado por la impaciencia y la frustración. ¿Podría ser que ya se hubiese marchado de Calisto para ir a alguno de los otros Mundos? Habían llegado al final de la calle y solo les quedaba delante el Puerto Espacial. Miró a Terri.

- ¿Crees que estoy loco?

- No lo sé. Quizá. -La joven hizo una pausa-. Claro que si se tratara de mi hija, haría lo mismo.

Warne le señaló el Puerto Espacial.

- ¿Qué hay allí?

- Son las atracciones más fuertes. Te prometió que no subiría a ninguna.

- De todas maneras, será mejor que lo comprobemos. No conoces a Georgia.

- De acuerdo. Yo me encargo de las atracciones de aquel lado. Nos volveremos a encontrar aquí -dijo Terri, y se alejó a la carrera.

Warne la observó marchar con una expresión agradecida.

Cualquier otro habría desestimado su angustia, habría intentado convencerlo de que buscar a Georgia era una pérdida de tiempo. No era el caso con Terri. Quizás no compartía la preocupación de un padre viudo por su única hija, pero se había ofrecido a ayudarlo a buscarla con el mismo ahínco.

Avanzó a paso ligero hacia el Puerto Espacial y echó un rápido vistazo a la cola en la entrada de Anillo Solar, la primera de las atracciones que encontró. Tal como suponía, no vio nada más que las mismas expresiones curiosas o divertidas que había visto en las otras colas. Siguió su camino. Había otras dos atracciones en este lado de las plataformas de embarque. Les echaría una ojeada. Después iría a reunirse con Terri y…

Entonces vio a Georgia.

Recuperó la calma en el acto. Estaba en la cabeza de la cola para entrar en -¿qué era?- Fuga de Aguas Oscuras.

«Gracias a Dios», pensó al tiempo que gritaba su nombre. Si hubiese mirado un segundo más tarde, ella ya habría cruzado la entrada…

Entonces, casi antes de comprender lo que pasaba, uno de los acomodadores ayudó a pasar a Georgia. Mientras miraba, la brillante puerta se cerró detrás de ella.

La calma desapareció instantáneamente. Saber que Georgia estaba a punto de entrar en una de las atracciones lo azuzó.

Se apartó de la cola de Anillo Solar y corrió a través del Puerto Espacial, en línea recta hacia la entrada. Se abrió paso a codazos hasta la cabeza de la cola. Una mujer se asustó al verse apartada bruscamente, y escuchó la voz de un hombre que le gritaba: «¡Eh, tío, a la cola como todos los demás!».

Mientras corría, el acomodador ayudaba a una mujer con un vestido rojo acompañada por dos niños. Warne atisbó lo que había más allá, algo que parecía una pesada compuerta con un cartel que decía «Atención: área de baja gravedad», antes de que la puerta volviera a cerrarse. Se volvió hacia el acomodador.

- ¡Deténgalo! -gritó.

La mujer lo miró a través de la mirilla del casco.

- ¿Perdón?

- ¡Párelo! ¡Pare el viaje!

De inmediato se acercó el otro acomodador.

- Lo siento, señor -dijo, y apoyó una mano en el brazo de Warne-. Todos los que están aquí tienen prisa por escapar de la prisión, y me temo que tendrá que esperar su turno como…

Warne le apartó la mano.

- Mi hija acaba de entrar. Quiero que salga.

El segundo acomodador -un hombre alto y delgado lo miró, desconcertado. Warne sabía que estaba repasando su manual de relaciones con los visitantes, para saber cuál era la mejor estrategia para enfrentarse a este problema.

- No puede detener la atracción, señor -manifestó en voz baja-. Estoy seguro de que su hija lo pasará muy bien. A todos les encanta Fuga de Aguas Oscuras. Si quiere esperarla, el mejor lugar es la plataforma de desembarque que está allí. -Señaló con el guante plateado-. El recorrido solo dura doce minutos. Será una espera muy breve. Ahora, si tiene la bondad de apartarse, podremos hacer pasar a los otros visitantes.

Warne lo miró por un momento. «Tiene toda la razón -pensó-. Esto no es racional.» Se apartó en silencio.

- Gracias, señor -dijo el acomodador. Se volvió hacia el primer grupo de la cola, y los invitó a pasar: una pareja obesa con un niño. El padre miró a Warne con una expresión furiosa.

El acomodador se acercó a la consola y apretó un botón.

El portal se abrió con un sonoro escape de aire comprimido.

Warne miró a través de la abertura. Luego, sin pensarlo dos veces, esquivó al empleado y entró.

En el interior, el ambiente en la esclusa de aire era fresco y seco. Había una débil luz azul, y se oía un rumor potente, como el murmullo de una gigantesca turbina. Había una barquilla vacía, con un diseño muy estilizado, que flotaba a sus pies gin ningún soporte aparente. Tenía las ventanillas de plástico y estaba abierta por arriba. Al otro lado, en la pared opuesta de la esclusa de aire, vio una gran puerta circular provista con unos impresionantes cerrojos y una pequeña ventana en el centro. A través del grueso cristal, Warne alcanzó a ver a la mujer con los dos chicos, que subían montados en una barquilla. Sonreían. Oyó débilmente la voz que sonaba en el altavoz del vehículo: «Por favor, permanezcan lo más callados e inmóviles posible. Cuanto menos se muevan, menor será el riesgo de alertar a los guardias de Aguas Oscuras.

En cuanto hayamos dejado atrás la prisión, comenzaremos el ascenso hacia la nave nodriza. A medida que disminuya la gravedad, comenzarán a sentir algunos de los efectos de la falta de peso. Es algo natural. Volverán a experimentar la gravedad normal en el momento en que entremos en la nave nodriza…».

Warne maldijo por lo bajo al darse cuenta de que no podía alcanzar a Georgia. Incluso en el caso de que pudiese controlar la barquilla, no le serviría de nada.

Se volvió y abandonó la esclusa sin perder ni un segundo.

Escuchó los comentarios de protesta. El acomodador hablaba por su radio.

- Torre, aquí Carga Dos. Tenemos un Cinco Uno Uno, repito, un Cinco Uno Uno en la zona de embarque.

Warne no le hizo caso. Dejó la plataforma para ir en la dirección que el acomodador le había señalado antes. Caminó entre la multitud que llenaba el Puerto Espacial para ir al punto marcado por un pequeño holograma que decía: «Desembarque de la nave nodriza. Solo Salida». No vio a Terri por ninguna parte.

La rampa de salida era un pasillo con el suelo, las paredes y el techo forrados con una moqueta de color gris azulado.

Pasó junto a un grupo que comentaba alegremente el recorrido que acababan de hacer y siguió por el pasillo, que describía una suave curva para acabar en una compuerta metálica.

La puerta se abrió silenciosamente para dar salida a otro grupo, y él aprovechó para colarse.

Se encontraba en la nave nodriza, una amplia sala de control con el techo bajo y resplandeciente de luces. A lo largo de la mitad inferior de una de las paredes había un tubo de plástico oscuro de grandes dimensiones. En todas las demás paredes había paneles con toda clase de aparatos electrónicos.

Se oyó una súbita explosión de aire cuando una barquilla apareció en el interior del tubo y fue a detenerse delante de una plataforma de reducidas dimensiones. El agua chorreaba por las ventanas y la capota del motor. La única acomodadora que atendía el desembarco se acercó a la barquilla con el visor levantado,

- Bienvenidos a la nave nodriza Calisto -dijo. Desenganchó el cierre en un lado de la barquilla y lo abrió-. Felicidades por haber conseguido escapar de Aguas Oscuras.

- ¡Ha sido superguay! -exclamó un chico de unos doce años, que saltó de la barquilla y miró los paneles con ojos de asombro. Tenía los brazos y las manos mojados-. ¿Podemos dar otra vuelta?

- La parte de la baja gravedad fue asombrosa -Comentó el padre-. ¿Cómo lo hacen?

- No hacemos nada -respondió la mujer, fiel a su personaje-. La ingravidez es parte del viaje espacial. Pero ahora mismo la nave nodriza está atracando en el Puerto Espacial, y comprobarán que tiene la misma gravedad que en la Tierra.

- Alguien me dijo que consiguieron la tecnología de la NASA -añadió el chico.

La acomodadora se volvió para abrir la puerta y despedir a la familia. Fue entonces cuando vio a Warne.

- No se puede entrar por aquí, señor.

- ¿Dónde está la puerta de mantenimiento?

La mujer lo miró con desconfianza.

- No sé de qué me habla -respondió. Pero sus ojos la traicionaron cuando miró el panel que estaba atrás y a un lado de Warne.

Se volvió en el acto y corrió a través de la Sala de Control hacía donde había apuntado la mirada. La pared estaba cubierta totalmente con toda clase de indicadores y pantallas que simulaban ser aparatos de telemetría, controles ambientales, monitores criogénicos y otros que ni siquiera conocía.

Pasó las manos por la pared, dominado por la frustración de no saber cuál de todas estas cosas servía para abrir la puerta de mantenimiento.

- Señor, tengo que pedirle que se marche -dijo la acomodadora.

En aquel momento, Warne vio un débil trazo rectangular entre los instrumentos. Llevado por un impulso apoyó las manos en los bordes y empujó. Se abrió una compuerta que daba paso a un pasillo en penumbra. Se agachó un poco para pasar por la apertura y cerró la puerta sin hacer caso de las protestas de la empleada.

En las tripas de la atracción, todo era diferente. El aire era húmedo, y desde arriba llegaba el fuerte repiqueteo de la lluvia. Había una pasarela con el enrejillado que chorreaba agua lo mismo que el pasamanos. Warne miró en derredor, en un intento por orientarse en la oscuridad. Al mirar hacia arriba, con el rostro empapado, escuchó una voz interior que le decía: «Esto no es una conducta normal, compañero. ¿Exactamente qué crees que puedes hacer? ¿Por que no vuelves y esperas tranquilamente? Saldrá dentro de un par de minutos»

No hizo caso. Racional o no quería estar con su hija de inmediato. Por si acaso.

Siguió caminando por la pasarela principal, que subía trazando una gran espiral. A su derecha, por el lado interior de la espiral, la pasarela se apoyaba en una pared de cristal negro, a la izquierda había largas hileras de ordenadores, mecanismos hidráulicos, y un complejo entramado de cañerías que venían desde algún lugar más abajo y desaparecían en la oscuridad de las alturas.

Continuó subiendo, cada vez más desconcertado. ¿Donde estaban las barquillas? Lo lógico era pensar que subían a través del espacio hacia la nave nodriza. Sin embargo, la nave nodriza se encontraba en el fondo: la trayectoria parecía venir desde arriba. No tenía ningún sentido, la arquitectura era errónea. ¿Era posible que se hubiese desorientado y ahora estuviese avanzando en la dirección opuesta? En cualquier caso, dentro de unos pocos minutos Georgia saldría de la atracción y él continuaría aquí dentro sin saber qué rumbo seguir. Reapareció la voz, esta vez un poco más fuerte. Quizá debería dar marcha atrás, esperar a que saliera Georgia, encontrar a Terri pensar en una explicación para salir de la situación en que se había metido. Acortó el paso cada vez más hasta que acabó por detenerse, con las manos apoyadas en la barandilla mojada, sumido en un mar de dudas.

Entonces vio, unos pocos pasos más adelante, algo que parecía una abertura en la pared negra: una arcada baja y angosta, marcada por un muy débil resplandor amarillento. Al mirar con atención, vio los regueros de agua que goteaban. Se acercó, dominado por la curiosidad, y se agachó para espiar en el interior.

Con un tremendo rugido, algo cayó de pronto de las tinieblas y se detuvo como si flotase en el aire a menos de dos metros de donde estaba.

Warne se apartó con tanta violencia que cayó sentado en la pasarela al tiempo que soltaba un grito de sorpresa. Apenas si alcanzó a darse cuenta de lo que veía -una barquilla llena de rostros sonrientes y felices- antes de que reanudara la marcha para desaparecer de la vista.

Se puso de pie y a continuación se agachó cautelosamente en la abertura. Delante, enmarcado por la pared de vidrio, había un campo de estrellas. En el extremo opuesto de la arcada vio una angosta plataforma, de unos sesenta centímetros de lado. Pintada de negro, resultaba prácticamente invisible contra el campo de estrellas que se movía a gran velocidad. La rodeaba una barandilla, también negra.

Esperó un momento, respiro profundamente y cruzó la entrada para subir a la plataforma.

Era como caminar por la inmensidad del espacio. Se encontraba rodeado de un número infinito de estrellas infinitamente lejanas, que se movían a toda velocidad hacia el vórtice que giraba debajo de sus pies. Durante unos momentos la ilusión alcanzó tal intensidad que cerró los ojos y tuvo que sujetarse a la barandilla cuando comenzó a tambalearse. Apenas

si fue consciente de que el agua le estaba empapando la ropa. Respiró lenta y profundamente para controlar el vértigo, con el pensamiento centrado en la reconfortante solidez de la barandilla. Esperó un poco más y luego abrió los ojos de nuevo. La lluvia no le permitía ver con claridad.

Poco a poco comenzó a entender qué era lo que tenía delante. Se encontraba en una plataforma instalada en la parte interior de un enorme cilindro. La superficie curva era un espejo donde los puntos de luz se reflejaban hasta el infinito para crear una muy alarmante y realista sensación de profundidad.

Oyó un tronar por encima de la cabeza, que se convirtió rápidamente en un ruido. Miró hacia arriba vio otra barquilla que descendía hacia él a través de la lluvia en un ángulo muy pronunciado. Parecía dirigirse directamente hacia él, y se echó hacia atrás para buscar la protección de la arcada.

Pero entonces la barquilla tomó la curva, disminuyó la velocidad y se detuvo en la plataforma. El rugido se redujo a un susurro mientras, contra toda lógica, la dirección de la lluvia pareció cambiar sutilmente. El movimiento de las estrellas en las paredes fue disminuyendo poco a poco hasta que permanecieron inmóviles en el vacío. En el interior de la barquilla, vio a una familia de cinco, todos con las mismas expresiones de alegría y asombro que había visto en la barquilla anterior.

Se sujetaban a los cinturones de seguridad que les cruzaban los hombros y la cintura como si quisieran evitar que la ausencia de gravedad los levantara de los asientos. «Atención por favor -sonó una voz en el intercomunicador de la barquilla-. Acabamos de recibir autorización para acercamos a la nave nodriza. Comienza la secuencia de atraque.»

Uno de los niños, al mirar a través de la ventanilla, vio a Warne. Por un momento, lo miró fijamente, como si no diera crédito a lo que veía. Después tocó a su madre y lo señaló.

La mujer miró en su dirección. Tardó un momento en darse cuenta de su presencia y su expresión pasó del asombro a la consternación. En aquel instante, sonó de nuevo el rugido y la barquilla se apartó de la plataforma, camino de su punto de destino.

Warne vio cómo la barquilla desaparecía y una vez más las estrellas comenzaron a moverse. Como todo lo demás en la atracción, la plataforma había sido diseñada para reforzar la ilusión y disimular la realidad. Sin duda cualquier vigía apostado aquí vestía de negro, para que su presencia fuese invisible para los pasajeros de las barquillas.

Comenzaba a entender del todo el ingenioso artificio que había detrás de Fuga de Aguas Oscuras. La atracción estaba construida en el interior del cilindro, mejor dicho un cono truncado invertido. Las barquillas descendían en una apretada espiral hacia la nave nodriza ubicada en la base, pero los pasajeros tenían la sensación de estar elevándose en el espacio. Incluso en este momento extremo, le sorprendió la brillante osadía de la concepción. Durante el trayecto, en el interior de las barquillas se tenía la sensación de que escapaban del castillo para subir hacia la nave que las esperaba en la órbita. En cambio, el castillo constituía el punto más alto del recorrido, y la nave nodriza, la base del cono. Todo lo demás -la absoluta oscuridad del espacio, los movimientos de las barquillas controlados por los ordenadores, el giro de las estrellas, la dirección de la lluvia empujada por el viento- estaba calibrado y sincronizado exactamente, para permitir a los diseñadores de Utopía superponer su propia-realidad a las leyes de la física. A medida que las barquillas giraban alrededor de su eje oculto, aumentaba la velocidad de descenso para crear la falsa sensación de ausencia de gravedad. El ángulo de descenso de la barquilla era modificado constantemente de forma tal que los viajeros no se dieran cuenta de que

bajaban en círculos. Él se encontraba en una plataforma de vigilancia, utilizada para observar a los pasajeros, o quizá para casos de…

Escuchó el tronar y el rugido de otra barquilla que se acercaba al punto de espera. En cuanto apareció, Warne se olvidó de todo lo demás. En el interior estaba Georgia, boquiabierta, con las estrellas reflejadas en los ojos.

Warne no se paró a pensar. Se acercó a la barandilla y accionó la palanca que abría la puerta del vehículo. Georgia lo miró mientras él pasaba por encima de la barandilla y medio saltaba, medio se caía junto a ella.

La mirada de asombro de Georgia cambió rápidamente a otra de alarma y desconcierto.

- ¡Papá! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado?

- No pasa nada -respondió Warne. Cerró la puerta y se arrodilló en el suelo de la barquilla. Sujetó con fuerza la mano de su hija-. No pasa nada.

- Vale -dijo Georgia-. Estas empapado.

Warne permaneció callado, y la vergüenza comenzó a mezclarse con la profunda sensación de alivio. El agua que le goteaba de la nariz y las orejas mojó el suelo del vehículo. En cuanto llegaran a la nave nodriza, lo explicaría todo. «Bueno, no todo», pensó mientras esperaba que la barquilla iniciara el descenso final.

- ¿Qué pasa, papa? ¿Por qué…?

Georgia se interrumpió. Desvió la mirada bruscamente y frunció el entrecejo. Entonces, también Warne escuchó unas voces; distantes en un principio, pero cada vez más cercanas.

- Aquí está. Plataforma dieciocho.

- Torre de Aguas Oscuras, necesito una parada E, Repito, parada de emergencia.

Sonaron unas pisadas, y a continuación unas siluetas aparecieron en la plataforma. Desde el interior de la barquilla resultaba difícil verlas contra el ilusorio fondo espacial, pero Warne comprendió que eran agentes de seguridad del parque.

- Perdón, señor -dijo uno de los hombres-, pero tendrá que acompañarme.

- No -respondió Warne-. No pasa nada. Ahora todo está en orden.

- Señor, por favor, salga de la barquilla -repitió el hombre, esta vez con un tono más autoritario.

Warne notó cómo Georgia le apretaba la mano con fuerza.

Todo era absolutamente ridículo. Estaba con Georgia, ahora su hija se encontraba a salvo. Todo lo demás quedaría solucionado en cuanto pusieran la barquilla en marcha y llegaran a su destino.

Se volvió para explicárselo a los hombres en la plataforma, pero descubrió que no se oía a sí mismo. En realidad, no oía nada, excepto el retumbar de un súbito y tremendo estallido que parecía llegar de todas partes.

En las alturas brilló un destello. Miró hacia arriba a tiempo para ver cómo dos enormes lenguas de fuego color naranja bajaban hacia él. Por un momento, gracias a la cegadora luz, vio la estructura secreta de la atracción -el cono de cristal, el cubo central con los rayos que sostenían a las barquillas- antes de que el resplandor, magnificado por los espejos, lo cegara. Agachó la cabeza y cerró los ojos. Escuchó los gritos de alarma y sorpresa de los hombres en la plataforma.

La barquilla se movió bruscamente hacia un lado. El terrible sonido de la explosión fue reemplazado por el crujir de los metales retorcidos.

- ¡Papá! -gritó Georgia.

Warne se volvió hacia ella.

Luego, impulsado por el instinto, se inclinó hacia delante para escudar a su hija con el cuerpo mientras la barquilla se sacudía de nuevo para después hundirse en la oscuridad.

**14.40 h.**

El centro médico de Utopía estaba en el nivel A, directamente debajo del Nexo. Lo habían diseñado de forma tal que, en caso de una calamidad o desastre natural, fuese accesible desde cualquier zona del parque, pública o privada, en un mínimo de tiempo. Como era de esperar, contaba con todos los equipos de emergencia más modernos y en tal número que más de un centro hospitalario de fama mundial lo habría envidiado: respiradores, ventiladores, desfibriladores, instrumentos para intubar, monitores. La mayoría de estos equipos de última generación permanecían sin usar en los quirófanos, salas y almacenes, objetos que en un entorno no esterilizado habrían juntado polvo. En los agitados Mundos de Utopía, el centro médico siempre era un remanso de paz; amables enfermeras que atendían algún corte o una luxación de tobillo, auxiliares que guardaban suministros, técnicos que hacían las revisiones obligatorias a unas máquinas que estaban por estrenar.

Ahora, el centro se había convertido en un escenario donde reinaba una actividad frenética. Los gemidos de dolor se mezclaban con las voces que pedían plasma. Los ayudantes técnicos sanitarios iban de habitación en habitación. Los auxiliares que normalmente se ocupaban de los inventarios de medicamentos trasladaban equipos de un quirófano a otro. Los visitantes se amontonaban en las salas de espera, reunidos alrededor de personas que lloraban o recostados en las sillas con la mirada perdida.

Warne echó las cortinas azul claro del cubículo para aislar el ruido todo lo posible. Le dolió el hombro izquierdo mientras arrastraba las anillas por el raíl. Cuando se volvió hacia la cama, se vio en el espejo que había encima del pequeño lavabo: el rostro contraído, los ojos hundidos. La venda manchada de sangre en la sien le daba el aspecto de un bandido.

Georgia yacía en la cama, la respiración lenta y regular, los ojos cerrados. Sujetaba en la mano el reproductor de CD. A Warne aún le dolía el brazo allí donde lo había sujetado su hija. No lo había soltado en ningún momento; ni siquiera cuando el equipo de rescate los había bajado de la barquilla tendidos en una tabla, ni tampoco mientras el coche eléctrico los había traslado por los pasillos hasta el centro médico.

Georgia abrió los ojos y miró a su padre.

- ¿Cómo te sientes? -preguntó Warne en voz baja.

- Somnolienta.

- Es el efecto del sedante. La inyección que te puso el médico. Descansarás durante unas horas.

- Bueno. -Cerró los ojos. Warne miró el morado en la mejilla de su hija y le acarició los cabellos-. Gracias por venir a buscarme. Me refiero a cuando estaba en la barquilla.

- Que duermas bien, Georgia -repuso Warne.

Georgia se movió debajo de la manta.

- No me has llamado princesa -murmuró.

- Creía que no te gustaba.

- No me gusta, pero dilo de todas maneras. Solo por esta vez.

Warne se inclinó para darle un beso en la mejilla herida.

- Te quiero, princesa -susurró.

Georgia no lo escuchó porque ya se había quedado dormida.

Warne miró por unos momentos las subidas y bajadas del pecho debajo de la delgada manta. Después le arregló el pliegue del cobertor debajo de la barbilla, le quitó de la mano el reproductor de CD y cogió la pequeña mochila que estaba en la silla. En el momento en que guardaba en ella el aparato, algo cayó al suelo. Dejó la mochila en la silla y se agachó pan recoger el objeto. Se quedó de piedra cuando lo vio.

Era una sencilla pulsera de plata con media docena de dijes que reproducían embarcaciones de vela. La hizo girar entre los dedos mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Su esposa le había regalado la pulsera a Georgia cuando cumplió siete años. Cada vez que acababa el diseño de un nuevo yate, le daba a Georgia un dije con la replica para que lo añadiese a la pulsera. La había olvidado por completo; no tenía idea de que su hija la hubiese llevado con ella todo este tiempo. Sus dedos recorrieron la grácil silueta de Bright Future, la última embarcación diseñada por su esposa. El yate con el que se había ahogado frente a la costa de Delaware.

- Charlotte -Susurró con un nudo en la garganta.

Se oyó un leve crujido y luego el rostro de un hombre asomó entre la separación de las cortinas: de mediana edad, un poco calvo, un bigotillo encima de una boca muy pequeña. Al ver a Warne entró en el cubículo escoltado por otro hombre. No vestían las habituales americanas blancas de los empleados de Utopía, sino unos sobrios trajes oscuros.

- ¿El doctor Warne? -preguntó el primero, después de consultar una lista que llevaba en la mano.

Warne tardó en volverse el tiempo que necesitó para enjugarse las lágrimas, asintió.

- Lamento molestarlo -añadió el hombre del bigotillo-. Mi nombre es Feldman, y él es Whitmore. Si nos permite, queremos hacerle algunas preguntas.

- También, por supuesto, responder a las suyas -manifestó Whitmore. Era alto, con una voz aguda y parpadeaba al hablar.

Antes de que Warne pudiese responder, se separó la cortina y entró Sarah Boatwright con aire decidido. La seguía Tuercas. Sarah miró primero a Warne y luego a los dos visitantes.

- No lo molesten -ordenó.

Los dos hombres asintieron y se marcharon en el acto.

- ¿Quiénes eran? -preguntó Warne sin demasiado interés.

- Feldman, del departamento legal. Whitmore, de Relaciones Públicas.

Warne contempló cómo una mano invisible cerraba las cortinas desde el exterior.

- Control de daños.

- Mantenemos controlado el incidente.

- ¿Cuánto saben?

- Saben únicamente lo que se les ha dicho. Un fallo mecánico de poca importancia. -Se acercó-. ¿Cómo estás?

- Como si me hubiese atropellado un camión. ¿Qué pasó?

- Iba a preguntarte lo mismo.

- No lo sé. -Warne intentó hacer memoria-. Se produjo una explosión, un destello de luz. Toda la atracción comenzó a saltar y retorcerse. Creí que estaba a punto de desplomarse sobre nosotros. -Hizo una pausa-. Cerré los ojos, abracé a Georgia. Eso es todo lo que recuerdo hasta que llegaron los equipos de emergencia. -Miró a Sarah con una expresión interrogativa.

- No te mentiré, Andrew. No ha faltado más que un tris. Colocaron un artefacto explosivo en el eje central de la atracción. El eje es un elemento crítico para la integridad estructural de todo el sistema. De haberse partido, todas las barquillas se habrían desplomado a tierra. Cometieron un error de cálculo cuando colocaron el artefacto. Uno de los soportes aguantó e impidió la caída del eje. Eso nos permitió evacuar a los viajeros.

Un error de cálculo. Durante una fracción de segundo, Warne sintió algo cercano al alivio. Por lo visto, después de todo, los malos no eran invencibles. Si habían fallado una vez, podían equivocarse de nuevo.

Sarah señaló la cama con un gesto.

- ¿Cómo esta Georgia?

- Recibió unos cuantos golpes, El médico dice que no es nada grave. Es una chica valiente.

Sarah miró a la niña dormida. Luego acarició la frente de Georgia.

Warne la miró mientras lo hacía. En realidad, era la primera vez que miraba a Sarah desde que había entrado. Había una expresión en su rostro altivo que no recordaba haber visto nunca: una expresión de dolor, casi de vulnerabilidad. Recordó la última conversación que habían mantenido en el despacho. De pronto comprendió que ella nunca le había pedido antes ayuda. «El parque lo es todo para ella -pensó-, de la misma manera que Georgia lo es todo para mí.»

Se enfureció, sintió furia contra aquellos que habían hecho esto, que habían herido a las personas que amaba.

- ¿Qué puedo hacer? -preguntó.

Sarah lo miró.

- En tu despacho, me pediste ayuda -insistió Warne-. Quiero ayudarte, si puedo.

Sarah vaciló. Miró de nuevo a Georgia.

- ¿Estás seguro?

Warne asintió.

Al cabo de un momento, Sarah apartó la mano de la frente de Georgia.

- Nos han advertido que no avisemos a la policía. No sabemos qué han tocado y qué no. Sabemos que al menos hay un topo en el parque, pero no sabemos quién es. Lo único que sabemos es que utilizaron la metarred para intervenir en el código operativo de algunos de los robots.

- ¿No podéis ordenar una evacuación?

- Han colocado explosivos en el monorraíl. También nos han dicho que tienen vigiladas las salidas de emergencia.

- ¿Sabes por qué hicieron estallar una bomba en Aguas Oscuras?

El dolor se acentuó en el rostro de Sarah.

- Nosotros… yo… subestimé a estas personas. Aceptamos entregarle la tecnología del Crisol. Pero teníamos la intención de seguir a John Doe, el jefe, cuando recogiera el disco. Descubrió al agente. -Metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsa de plástico con la media docena de fragmentos. La dejó en el borde de la cama con una sonrisa amarga-. Un guardia resultó muerto, y esto es todo lo que queda del disco. Aguas Oscuras fue el castigo. Ahora espero a que vuelvan a ponerse en contacto conmigo para concertar la entrega de un segundo disco.

Sarah sostuvo la mirada de Warne.

- Muy bien. ¿Qué puedo hacer? -preguntó este.

- Podrías usar la metarred para saber cuáles son los robots modificados, y cómo… Cualquier cosa podría ser útil. Si sabemos lo que han hecho, quizá podamos descubrir cuál será su siguiente paso. Podríamos prepararnos. -Desvió la mirada-. Roguemos a Dios que no sea necesario.

Durante unos segundos reinó el silencio.

- Haré lo que pueda -prometió Warne-. Siempre y cuando… -Señaló la cama.

- Me ocuparé personalmente de que la vigilen. Tenemos a varios equipos vigilando unas pocas áreas seleccionadas para evitar cualquier incidente. Aquí estará más segura que en cualquier otro lugar del parque. -Sarah bajó la voz-, Hay otra cosa que debes saber.

- ¿Qué?

- Teresa Bonifacio está en la lista de posibles sospechosos.

- ¿Terri? -exclamó Warne, incrédulo.

- Yo tampoco lo creo. Pero solo hay un puñado de personas con la capacidad y el acceso necesario para hacer esto. Ella es una. Tenlo presente. Ah, y otra cosa más. ¿Recuerdas cómo, en mi despacho, rastreamos el distintivo de Georgia?

Verás, por casualidad descubrí que alguien te rastreaba.

- ¿A mí? -La sorpresa inicial fue seguida por una molesta sensación de miedo-. ¿Por qué?

- No lo sé. Pero ve con cuidado. Quizá lo mejor sería que te desprendieras del distintivo. Mandaré a alguien que lo arroje en alguna papelera en el extremo más apartado del parque.

Warne se llevó la mano a la solapa y la encontró vacía.

- No está. Supongo que lo perdí en Aguas Oscuras.

- Mejor así. Si alguien del personal te detiene, enséñale tu pase y dile que me llame.

Se separo la cortina, y entro un hombre con una bata blanca.

- Ah, Sarah. Me dijeron que te encontraría aquí.

- Doctor Finch, ¿cuál es la situación?

- Gracias a Dios, mucho mejor de lo que podría haber sido. Fue un milagro que aquel soporte aguantara. Evitó que toda la estructura se viniera abajo. De no haber sido así,

ahora necesitaríamos toda una flota de furgones fúnebres. Tenemos veinticinco heridos, y el más grave es un chico con fracturas en ambas piernas.

- Manténgame informada -dijo la directora de operaciones.

El médico se marchó, y Sarah volvió a dirigirse a Warne.

- Te dejaste algo en mi despacho. -Le sujetó la mano y le abrochó el ecolocalizador en la muñeca.

Warne notó un cosquilleo en la piel con el contacto de los dedos de Sarah.

- ¿Por eso has traído a Tuercas?

- Es tu perro, ¿no?

Warne miró al enorme robot canino que lo vigilaba. En un movimiento inconsciente acercó la mano al ecolocalizador. El momento, con su mezcla de sorpresa, pena y rabia, tenía un tinte surrealista.

La cortina se apartó una vez más, y entró un hombre bajo y fornido que saludó a Sarah. Se movía con la soltura de una persona muy segura de sí misma; el bronceado caoba hacía que la cabellera pareciera casi gris.

- ¿Es él? -preguntó.

- No, este es Andrew Warne -respondió Sarah-. Creo que Poole está en la siguiente, con Feldman y Whitmore.

El hombre frunció el entrecejo.

- El tipo es un maldito héroe. No tendría que dejar que lo incordie la gente de Relaciones Públicas.

Warne interrogó a Sarah con la mirada.

- Es nuestro jefe de Seguridad -manifestó Sarah- Está aquí para darle las gracias a un visitante llamado Angus Poole. Al parecer Poole estaba en una de las barquillas detrás de Georgia. Arriesgó la vida para salvar a los demás pasajeros.

Allocco saludó a Warne con un gesto, masculló algo y desapareció.

- Creo que yo también iré a saludarlo -dijo Sarah.

Warne se volvió para mirar a su hija. Cuando se inclinó para darle un beso en la mejilla, advirtió que Sarah se había dejado la bolsa con los restos del disco en el borde de la cama. La recogió y, después de dirigirle una última mirada a Georgia, siguió a Sarah y Allocco.

En el cubículo vecino había un hombre sentado en la cama, con un vendaje en la muñeca derecha. No había duda de que se trataba de un visitante: gorra de mezclilla marrón, chaqueta de pana y polo de cuello alto negro. De unos cuarenta y tantos, delgado, musculoso. Sus labios parecían estar fijos en una sonrisa distante. En realidad, todo su rostro parecía inmóvil salvo los ojos azul muy claro que lo miraban todo con una implacable curiosidad. Feldman y Whitmore habían desaparecido. El hombre se llevó una sorpresa cuando vio a Warne.

- ¡Usted! -exclamó.

Sarah no le dio tiempo a decir nada más.

- Señor Poole, me llamo Sarah Boatwright. Él es Bob Allocco, jefe de Seguridad del parque.

- Queremos darle, las gracias por su valentía -añadió Allocco, con un tono de satisfacción-. Hay que tener mucho coraje para rescatar a esas personas como usted hizo.

- Esas personas son mis parientes -respondió Poole.

Sus palabras fueron para Allocco, pero su mirada no se apartó de Warne.

- Lamentamos sinceramente todo lo sucedido -prosiguió Sarah-. Utopía es el parque con menor número de incidentes, pero me temo que ni siquiera los controles más rigurosos garantizan que no se produzca un fallo mecánico…

La mirada alerta del hombre pasó de Warne a Sarah.

- ¿Usted dirige este? -preguntó.

- Soy la directora de Operaciones, si es eso lo que quiere saber- Me gustaría hacer algo por usted, recompensarlo de la manera que pueda por lo que hizo.

La sonrisa distante se acentuó un poco más.

- Pues yo creía que podría hacer algo por usted.

Sarah frunció el entrecejo.

- No lo entiendo.

Poole la miró, sorprendido.

- ¿Cuántos son los que están aquí?

- ¿Cuántos son quiénes?

- Los malos. ¿Qué clase de fuerza es? ¿Táctica? ¿Un comando?

Warne vio cómo Sarah y Allocco intercambiaban una mirada.

- Señor -dijo Allocco-, creo que quizá debería ir a reunirse con su familia…

Sarah le ordenó que se callara con un gesto.

- Lo siento, estamos un tanto confusos.

- ¿Por qué?

- Por lo que acaba de decir. Se ha producido un accidente grave, y…

Poole de echó a reír; una risa seca casi como una tos.

- Sí que fue grave, pero no fue un accidente.

Al ver que nadie lo interrumpía, añadió:

- No puedo creer que encendieran todas las luces. -Su voz de barítono tenía un claro tono de pesar-. Fuga de Aguas Oscuras era mi atracción favorita. Ahora ya sé cómo funciona. Me la han estropeado.

Una vez más, Warne vio el cruce de miradas entre Sarah y Allocco. Ninguno dijo nada.

- Yo estaba en el comienzo del recorrido cuando se produjo el estallido. Después de sacar a mis parientes, me quedé esperando un buen rato. Más tarde, vi los soportes partidos cuando me bajaron. Para entonces ya habían encendido todas las luces y pude mirar a placer. Menudo estallido. ¿C4, no?

Tres cargas colocadas lateralmente. Lo que se conoce como un sándwich doble. Un trabajo notablemente preciso, y muy bien hecho, si se tiene en cuenta el entorno de trabajo.

Hizo una pausa a la espera de algún comentario.

- Continúe -dijo Allocco.

- ¿Es necesario? A menos que tengan la costumbre de utilizar explosivos de gran potencia en los efectos especiales, yo diría que se enfrentan a un grupo de aguafiestas. Si no es así, debe de ser un visitante muy cabreado. -Poole señaló la cortina-. Sin embargo, ¿dónde están las fuerzas de la ley y el 0rden? ¿Por qué no han acordonado la escena del crimen? En cambio, no hay más que esos tipos de traje que piden disculpas por l accidente. El accidente. A mí me huele a tapadera. Alguien los está asustando, y mucho. Les diré más, creo saber quién es.

- Usted lo sabe -dijo Sarah.

- Esta mañana a primera hora, en el Nexo, vi a un tipo que hablaba solo. Eso fue lo primero que me llamó la atención: era como si estuviese recitando poesías o algo así. Tenía acento sudafricano, aquella fue la segunda cosa. Después el corte del traje; ningún turista se viste con un traje italiano de cinco mil dólares para pasar el día en un parque temático. Pero el detalle definitivo fue la manera como miraba el entorno. Reconocí la mirada. Como si estuviese valorando el local. Mejor dicho, como si ya fuese suyo y no quedara nada por descubrir.

- Poole sacudió la cabeza y se echó a reír-. Como hoy es mi día libre, me olvide del tipo. Después, mientras estaba sentado en la barquilla, comencé a sumar dos y dos.

- ¿Es usted policía? -preguntó Sarah.

El hombre se rió de nuevo.

- No exactamente.

- ¿Qué, exactamente?

- Guardia armado. Servicios de protección personal. Esa clase de cosas.

Allocco puso los ojos en blanco.

- Vaya, y yo que creía que era usted Sherlock Holmes -dijo, con un tono que había cambiado significativamente.

Hubo otro silencio, esta vez más largo.

Sarah fue la primera en romperlo.

- Mencionó que podía hacer algo por nosotros, señor Pool ¿Qué tenía pensado?

- No lo sé. ¿Qué necesitan?

Allocco los interrumpió sin más.

- Ya está bien. Señor Poole, ¿nos disculpa un momento, por favor?

- Por supuesto.

Warne siguió a Sarah y Allocco al cubículo de Georgia.

- ¿Qué demonios está haciendo? -le preguntó Allocco a Sarah en voz baja para que Poole no los oyera-. El tipo no es más que un guardia de alquiler, y nosotros tenemos un trabajo que hacer.

- Ahí está el problema -susurró Sarah-. Exactamente, ¿qué trabajo? ¿Alguna novedad respecto a la lista de sospechosos que preparó Barksdale?

- No hemos encontrado nada. Un técnico llamado Tibbald salió esta mañana temprano y aún no ha vuelto, así que no hemos podido interrogarlo. Tampoco hemos encontrado nada en los vídeos de las cámaras de vigilancia.

- ¿Ve a lo que me refiero? No tenemos nada más que hacer aparte de lamernos las heridas y esperar a que suene el teléfono.

Allocco señaló la cortina con el pulgar.

- Dado que no sabemos nada, él podría ser uno.

- Vamos, Bob. Sabe que eso es una locura. Sus parientes estaban en la atracción; arriesgó la vida para salvarlos.

- Así que es un visitante. Aún peor. ¿Sabe lo que parecerá esto? ¿Lo que el tipo puede decir?

- ¿Qué cree que dirá si le decimos que se largue con viento fresco? Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Si envía sus agentes a que lo pongan todo patas arriba, resultara sospechoso. Pero este tipo, un turista con una gorra de mezclilla, probablemente no. Es obvio que sabe de lo que habla. Estoy dispuesta a aceptar la oferta, y, si no recuerdo mal, esto no es una democracia.

El jefe de Seguridad la miró, incrédulo. Abrió la boca dispuesto a protestar. Luego la cerró y sacudió la cabeza.

- Tiene razón, no lo es. De todas maneras, no quiero tener nada que ver con ese tipo. Manténgalo alejado de mi gente.

- No se lo prometo. -Sarah los invitó a volver al cubículo de Poole.

- ¿Tiene algún pariente aquí, señor Poole? -preguntó Sarah.

- La familia de mi prima. Buena gente trabajadora de Iowa.

- ¿Están bien? Me refiero a después del accidente.

- ¿Habla en serio? ¿Después de la manera como sus hombres de Relaciones Pública han estado repartiendo vales de comida y fichas para el casino a manos llenas? Ya están de nuevo en la juerga.

- ¿No quiere reunirse con ellos?

- Ya se lo dije. Me han estropeado mi atracción favorita. -Poole sacudió la cabeza, y su sonrisa perpetua pareció perder fuerza-. Ahora no podría disfrutar de mi cerveza.

El comentario fue recibido en silencio.

- Habló usted de protección personal. ¿Algo así como un guardaespaldas?

- No es el término que preferimos. Cada caso es distinto: ejecutivos, dignatarios extranjeros, VIP. Esa clase de cosas.

- Muy bien. -Warne vio que Sarah lo señalaba-. Señor Poole, le presento a Andrew Warne.

- Lo vi en el Puerto Espacial -dijo Poole-. Creí que era otro visitante que tenía prisa. -Miró a Warne con más atención-. ¿Se siente bien, amigo?

- Verá, señor Poole, no es sencillamente un visitante más. Piense en él como su VIP.

El hombre tardó unos segundos en asentir.

- Ah, señor Poole…

Poole volvió hacia ella sus ojos azul claro.

- Manténgalo con vida el resto del día, y quizá consiga un Pase libre a perpetuidad.

Poole sonrió.

**14.40 h.**

Norman Pepper estaba cómodamente sentado en un sillón de cuero en la sala para especialistas externos del nivel B. Tenía a mano un vaso de refresco y leía la edición nacional del New York Times. Había pasado una deliciosa media hora con la Sección A, y tenía la intención de pasar otra media hora igual de placentera con el resto.

La visita había sido incluso mejor de lo que esperaba. El personal de Utopía le había parecido inteligente, capacitado, dispuesto a colaborar. Habían aceptado su propuesta para los macizos de Orquídeas en el ateneo de Atlantis sin hacer preguntas, y habían aprobado un presupuesto mayor del que había presentado. Atlantis era algo espectacular. Estaba seguro de que cuando lo inauguraran se convertiría en el más concurrido de los Mundos. Calificarlo de parque acuático no le hacía justicia. Era casi como un mar interior, o algo así, con todas aquellas lanchas que trasladarían a los visitantes desde la ciudad semisumergida hasta las diferentes atracciones. El mejor detalle era la entrada al Mundo. Incluso inacabada era fantástica, sobresaliente, sin duda el mejor portal de Utopía, y él, Norman Pepper, lo había visto antes que nadie. Sus chicos se retorcerían de envidia cuando se lo contara. Sentía un orgullo especial, como si lo hubiesen hecho partícipe de unos secretos de Estado. Se rió por lo bajo.

Estar en aquella sala era la guinda final. Comida y bebida gratis, vídeos de todos los espectáculos de Nightingale, mesa; de billar, una pequeña biblioteca, habitaciones privadas con televisión y teléfono. Lo mejor de todo era que nadie parecía usarlo. El lugar se encontraba desierto. Pepper se dijo que probablemente era por el nombre. «Sala para especialistas externos» evocaba las imágenes de una estación de autocares; sillas de plástico, revistas viejas, máquinas de café. Nada podía estar más lejos de la realidad, pero ¿qué otra razón podía explicar que estuviese desierto? Solo había otra persona, y acababa de entrar hacía cinco minutos. Quizá los otros especialistas visitantes estaban recorriendo el parque. Pero Pepper se quería tomar las cosas con calma. Tenía que ir a Luz de Gas a las seis, para ocuparse del problema de las flores nocturnas. Al día siguiente, más reuniones para acabar los detalles de diseño y el programa de colocación. Finalmente, el miércoles recorrería el parque. Lo haría bien, desde la nueve de la mañana hasta las nueve de la noche, de Camelot a Calisto. Suspiró satisfecho y dejó el periódico a un lado para llenar el vaso con el resto de la lata de Dr. Pepper.

Desde la infancia, Pepper había soportado bromas por su gaseosa favorita. No podía evitarlo: le encantaba. Ninguna broma había conseguido hacerlo cambiar. Ahora le gustaba decirle a la gente que el doctor había sido su tatarabuelo. Solo era una broma, por supuesto, y por cierto le había sacado un gran partido. Se bebió medio vaso de un trago y cogió el periódico sin abandonar la copa. Sí, señor, esto era vivir bien.

Mientras pasaba las páginas, vio al otro visitante. El tipo iba vestido de una manera estrafalaria: un abrigo con capa, un traje de lana con unas solapas muy pequeñas y muchísimos botones. En una mano llevaba un sombrero de copa, la otra sujetaba la empuñadura de un bastón. El hombre había estado recorriendo la sala. Ahora se acercó a Pepper.

- Un lugar muy tranquilo -comentó el hombre.

- Parece un cementerio. Usted es el único al que he visto entrar.

- Entonces ¿lleva aquí rato?

- Claro que sí -respondió Pepper.

«¿Qué pasa si llevo rato o no?», pensó Pepper. No le gustó el tono del hombre. Después de todo, él era un especialista externo, ¿no? Tenía todo el derecho a estar allí. Que era más de lo que podía decir de este tipo. Con esa pinta no podía ser más que uno de los actores. ¿Qué estaba haciendo en esta sala? Seguramente había ido a aprovecharse de la comida gratis.

Ahora el hombre miraba el techo. Tenía los ojos almendrados y muy separados en un rostro conforma de corazón.

Con un movimiento delicado, el hombre dejó el sombrero de copa en una mesa cercana y luego se volvió hacia Pepper.

Ahora sostenía el bastón con la mano derecha y golpeaba el puño de latón contra la palma de la izquierda, Pepper se fijó en el brillo de la bola al reflejar la luz fluorescente. Bajó el periódico.

- Es usted un hombre difícil de encontrar, señor Warne -dijo el hombre mientras se acercaba a Pepper. Solo que por alguna razón no se detuvo a tiempo. Continuó caminando hasta que sus piernas tocaron las rodillas de Pepper.

El especialista estaba tan inmerso en el tranquilo y amable ambiente de la sala que, por un momento, solo sintió curiosidad.

Entonces se dio cuenta de la realidad y se aplastó contra el sillón. Aflojó los dedos y se le cayó el vaso; la gaseosa y los cubitos de hielo se derramaron sobre el periódico. ¿Qué era aquello? El hombre estaba violando su espacio personal. Todavía más: su voz -¿qué era aquel acento? ¿Francés? ¿Israelí?- era claramente amenazadora. Pepper se asustó de una forma tan repentina que tardó unos segundos en comprender las últimas palabras.

- ¿Warne? -tartamudeo. Notó cómo el líquido frío se le colaba por la entrepierna-. Yo no soy Warne. Ese no es mi nombre.

El hombre dio un paso atrás. Bajó el bastón.

- ¿Ah, no?

- No. ¡Espere, espere! Ahora lo recuerdo. Warne, seguro. Era el tipo que viajó conmigo en el monorraíl esta mañana. Yo no soy Warne. Soy Pepper. Norman Pepper.

La mirada del hombre pasó del rostro de Pepper a la lata de gaseosa.

- Por supuesto que sí -dijo con una sonrisa, y después se acerco mas.

**14.55 h.**

Desde su incómodo asiento rente a la consola de Terri Bonifacio, Warne observó cómo el hombre llamado Poole abría la puerta del laboratorio, asomaba la cabeza cautelosamente, miraba a uno y otro lado del pasillo, cerraba la puerta y hacía girar la llave en la cerradura. Con la gorra de mezclilla, la chaqueta de pana y el polo de cuello cisne, parecía un turista jugando a agente secreto. No era una imagen que inspirase confianza.

- Me pongo nervioso solo con verlo -comentó Warne.

Poole miró a Warne y sonrió. Sus dientes se veían muy blancos sobre el bronceado.

- Muy bien -repuso-. Estar nervioso es bueno. Hace que este alerta. -Se apartó de la puerta y recorrió todo el laboratorio. Se fijó en las paredes y el techo. Cuando acabó su revisión, se detuvo detrás de Warne con los brazos cruzados.

Warne sacudió la cabeza. Tener un guardaespaldas le parecía ridículo. Por mucho que los malos, quienes fueran, se hubieran enterado de su presencia, ¿era posible que lo consideraran una amenaza grave? Sin duda, les preocuparían más los agentes de seguridad. Por otra parte, quién era Poole? Aumentó su sensación de irrealidad. Durante las últimas horas había vivido demasiadas sorpresas, demasiados traumas.

- ¿No tendría que estar allí, entre mi persona y la puerta? -Preguntó Warne-. Me refiero a que si me dispararan me serviría de escudo.

- Prefiero que nadie me dispare en mi día libre. Usted haga lo que tiene que hacer y olvídese de mí.

Warne miró un momento más el rostro impasible y luego exhaló un sonoro suspiro. Se volvió hacia Terri, que estaba sentada a su lado.

- Hacer lo que tenga que hacer. ¿Por dónde empezamos?

Terri no había dicho palabra. Había encontrado a Warne en el centro médico cuando ya se marchaba escoltado por Poole. Cuando Warne le había explicado lo sucedido en Aguas Oscuras y todo lo que le había dicho Sarah referente a lo que estaba ocurriendo en el parque, había palidecido. Ahora la mirada de sus oscuros ojos asiáticos era firme.

- Si me lo has contado todo -manifestó Terri-, a mí me parece que Sarah te ha encargado dos trabajos. Averiguar cuáles son los robots modificados y descubrir quién es el responsable.

- Dos trabajos. -Warne se balanceó en su asiento, con la mirada puesta en la pantalla del ordenador-. Y creo que están vinculados.

- ¿Sí? ¿Cómo?

- Todos los ladrones, en este caso un pirata, dejan un rastro. Si conseguimos descubrir cómo se transmitieron las nuevas instrucciones a los robots, quizá podamos seguir el rastro de quién lo hizo.

- ¿No sería mejor entonces hablar con Barksdale? Es en su departamento donde comenzó todo esto. Si hay alguien que dispone de las herramientas, es él.

- Eso también lo saben los malos. Seguramente han tomado sus precauciones. -Warne hizo una pausa-. El problema es que todo esto no son más que conjeturas. Carecemos de la información necesaria.

- En ese caso, dispare a la cabeza -aconsejó Poole.

Warne lo miró, intrigado.

- Dispare a la cabeza -repitió Poole, como si fuese obvio-. Fue lo primero que nos enseñó nuestro comandante. Si estás en una situación de combate, puedes escoger entre varios objetivos. ¿A quién le disparas?

Terri y Warne permanecieron en silencio.

- Al objetivo que ofrezca un disparo limpio a la cabeza -dijo Poole en respuesta a su propia pregunta.

- Su comandante -repitió Warne-. ¿Así que estuvo en las fuerzas armadas?

- Por supuesto.

Warne miró de nuevo a Terri.

- Si no hacemos caso de la parte homicida, creo que nos está diciendo que hagamos primero lo más obvio.

- Encontrar el código modificado.

- Así es. Si conseguimos determinar cómo alteraron la metarred, quizá podamos invertir el procedimiento y localizar A los robots modificados.

- Eso significa que tendremos que convertirnos en detectives.

Warne asintió.

- ¿Detectives? -repitió Poole.

A Warne le dolía el hombro izquierdo, así que esta vez no se molestó en volver la cabeza. Resultaba curioso que un guardaespaldas se interesara tanto en los quehaceres de su cliente.

- Buscaremos en el sistema, atentos a cualquier indicio que puedan haber dejado los malos.

Terri señaló el carro con las piezas de los robots afectados.

- Podríamos comenzar con esos. Hacer un diagnóstico, descargar sus últimas operaciones.

- Buena idea. -Warne se volvió en la silla para mirar el montón de cables y chips del cerebro del robot que, hasta unas pocas horas atrás, había sido la estrella de los vendedores de helados en Calisto-. ¿Sabes?, no he dejado de pensar en Currante.

- ¿Qué pasa con él?

- No deja de ser extraño. Es obvio que lo reprogramaron para que se volviera loco, que atacara. Pero ¿por qué se disparó en aquel momento? A mí me parece que fue prematuro. Me refiero a que el tal John Doe aún no había aparecido en escena.

- ¿Advertiste alguna cosa fuera de lo normal antes de que ocurriera? -preguntó Terri, al cabo de unos segundos.

Warne sacudió la cabeza.

- Currante se comportó de la misma manera que en las pruebas. Preparó un batido para Georgia. Después le hice el pedido especial que me identificaba como su creador.

- ¿Un pedido especial?

- Una clave secreta de acceso. Nada importante. Un batido doble de chocolate y pistachos con nata montada. Cuando lo oye, se activa un proceso especial. Me llama Kemo Sabe y prepara el pedido. Pero, inmediatamente después de servirme el batido, se volvió loco. Comenzó a destrozar el local. Conseguí apretar el interruptor de desconexión antes de que llegara a destrozarlo todo o herir a alguien. Excepto a mí. -Se masajeó la muñeca con una expresión triste.

- Vaya. Una clave secreta. -Terri lo miró-. Estoy segura de que el pirata no sabía de su existencia. Ni siquiera yo lo sabía. ¿Has pensado en la posibilidad de que al activar el código secreto también activaras el código maligno? Que lo pusieras en marcha antes de tiempo.

Warne la miró con una expresión de sorpresa.

- No, ni siquiera se me había ocurrido. Estoy seguro de que eso fue lo que pasó. Te felicito, Terri, eso es pensar con claridad.

- Tonterías. Estoy segura de que se lo dices a todas -replicó la joven, aunque fue incapaz de disimular el rubor que apareció en sus mejillas.

- Ya lo verificaremos más tarde. Currante y los otros no son más que robots individuales. Creo que lo mejor será empezar por la metarred. -Warne apoyó las manos en el teclado-. En la reunión de esta mañana, Barksdale comentó que la red interna de Utopía era un sistema sellado, sin ningún contacto con el exterior, ¿Eso es correcto?

- Sí.

- Por lo tanto, cualquier modificación tuvo que ser hecha desde el interior. Eso significa que podemos descartar los pasos habituales de los piratas externos. Podemos presuponer que tuvieron un acceso privilegiado. ¿Correcto?

Terri asintió una vez más.

- En consecuencia, podemos ir directamente a los pagos finales que daría cualquier pirata. ¿Archiváis los listados de los directorios?

- Todas las semanas.

- Por favor, ¿podrías buscar los correspondientes a los últimos seis meses?

- Por supuesto. -Terri empujó la silla y rodó hasta una mesa donde había una pila de papeles.

Poole aprovechó para acercarse y mirar la pantalla.

- ¿Qué está haciendo? -preguntó.

- Disparo a la cabeza -contestó Warne.

El guardaespaldas enarcó las gruesas cejas, y Warne le señaló el terminal de la metarred.

- Alguien ha estado trasteando con este ordenador. Lo utilizaron para descargar unas órdenes erróneas a los robots del parque. El caso es que Utopía es un entorno blindado. Un pirata no puede colarse sin más y empezar a teclear, por más que lo haga desde dentro. Necesita utilizar un troyano de alguna clase.

- Una sabia precaución en estos tiempos. ¿Con estrías o normal?

- No me refiero a un profiláctico. Un caballo de Troya. Es un software que se oculta dentro de otro programa y hace el trabajo sucio en secreto. -Warne se encogió de hombros-. Por supuesto, es solo una posibilidad, aunque parece la más probable. Así que ahora vamos a ver sí encontramos alguna intromisión en los últimos meses.

Terri volvió con un montón de hojas amarillentas.

- Me pareció que preferirías el papel -dijo-. Es baja tecnología, pero más fiable.

- Vale. -Warne escribió una serie de órdenes, y en la pantalla apareció una ventana con un listado-. Vamos a comparar los viejos listados con el estado actual de la metarred. Comenzaremos por los más recientes y buscaremos hacia atrás.

Los dos guardaron silencio mientras comenzaban la búsqueda. Poole los observó durante unos segundos y después hizo otro recorrido por el laboratorio. Tuercas, que no se había apartado de Warne, seguía atentamente los movimientos del hombre, y se movía unos

centímetros atrás y adelante sobre sus ruedas. En el fondo, la ronca voz de Axel Rose luchaba por imponerse a los frenéticos acordes de la guitarra de Slash.

- Supongo que no podré convencerte de que lo apagues -comentó Warne, que señaló el reproductor de CD.

- Me ayuda a pensar. -Terri soltó una risita.

- ¿Qué pasa?

- Solo estaba pensando en un batido doble de chocolate y pistachos con nata montada. Suena absolutamente repulsivo.

- Mira quién habla. Una mujer que unta pasta de gambas en trozos de fruta verde. -Hizo una pausa y después miró a Terri-. Es curioso.

- ¿Qué?

- Hemos estado hablando por teléfono todas las semanas, desde hace casi un año, y siempre creí que, con un apellido como Bonifacio, eras italiana.

- Vaya. Te imaginabas a Sofía Loren inclinada sobre la pantalla de la metarred con una blusa muy escotada. En cambio, te has encontrado conmigo, la amistosa nativa de una isla del Pacífico. ¿Desilusionado?

- No, qué va. -Warne sacudió la cabeza-. En absoluto.

Quizá fue por el claro tono de sinceridad en su voz. La amplia sonrisa que provocó este comentario no tenía el más mínimo rastro de la irónica picardía habitual en las sonrisas de Terri.

- Atentos -dijo Poole. Se acercó a la puerta y la abrió-. Voy a recorrer el pasillo. No dejen entrar a nadie.

Warne observó la marcha del guardaespaldas. Terri se encargó de cerrar con llave y volvió a su silla. Warne y Terri se miraron.

- ¿Crees que es un infiltrado? -preguntó la muchacha, con un tono grave.

- No lo sé. Cualquier cosa es posible. Según Sarah, tú también estás entre los sospechosos.

- Es lógico.

- Sí, pero el instinto me dice que Poole no es uno de los malos.

- Se a lo que te refieres. Además, ¿qué terrorista se vestiría de esa manera?

Warne se concentró de nuevo en la lectura de las órdenes.

Al cabo de un minuto, exhaló un suspiro y dejó la hoja sobre la mesa.

- ¿Qué pasa? -preguntó Terri, y apoyó una mano sobre el hombro de Warne.

- ¿Alguna vez te ha preocupado algo que sabes muy bien que es una locura y después resulta que es verdad? Es lo que pasa ahora. Sabía que buscar a Georgia era una estupidez. Las probabilidades de que le sucediera algo eran minúsculas. Sin embargo, ocurrió. Ahora no puedo quitarme la sensación de miedo. -Hizo una pausa-. ¿Tiene sentido?

Terri lo miró a los ojos. Después apartó la mano del hombro de Warne y miró las hojas impresas.

- Cuando era una niña en Filipinas -comenzó-, mis padres me enviaron interna a una escuela religiosa. Fue terrible, algo sacado de Oliver Twist. Yo era la menor, y la más pequeña, y todas se metían conmigo. No quería dejarme avasallar, así que me defendía.

Pero resultó que siempre era a mí a la que castigaban. Las monjas usaban palmetas. Algunas veces pagaban horas antes de que pudiera sentarme. -sacudió la cabeza al recordarlo-. Así y todo, era algo que podía soportar. Lo que no soportaba era el confesionario. Lo detestaba odiaba aquel pequeño lugar oscuro. Estaba segura de que algún día me encerrarían allí y nadie iría a buscarme. No sé por qué me preocupaba tanto. Solo sabía que, si pasaba alguna vez, me moriría. Me asustaba tanto que un día me negué a ir. Nunca había sucedido que una alumna se negara a confesarse, como castigo, la madre superiora me encerró en un armario, un lugar muy pequeño, sin luz.

Warne vio cómo el cuerpo de Terri se ponía rígido al recordar la experiencia.

- ¿Qué pasó?

- Me derrumbe. Perdí el conocimiento. No recuerdo nada, ni siquiera cuánto tiempo estuve allí. Me desperté en la enfermería del convento. -Se estremeció-. Solo tenía nueve años, pero estaba convencida de que había muerto en aquel armario. Al día siguiente, me escapé. Desde entonces, tengo claustrofobia. Ni siquiera tolero las atracciones del parque que pasan por lugares oscuros. -Terri lo miro-. Lo que quiero decir es que sé cómo te sientes. Incluso tus temores más descabellados pueden convertirse en realidad.

El silencio que siguió a estas palabras fue roto por la llamada de Poole desde la puerta. Terri fue a abrirle.

- Continuemos con lo nuestro -dijo al volver.

Era un trabajo aburrido: elegir un archivo de la pantalla, anotar la fecha y el tamaño, y después compararlo con la copia impresa, para ver si había alguna discrepancia, cualquier cambio en el tamaño o la fecha de acceso que indicara una intervención externa. Warne acabó un listado, un segundo y comenzó el tercero. «Es como buscar una aguja en un pajar -pensó-. Creo…» De pronto se detuvo.

- Esto es extraño. -Señaló la hoja-. Echa un vistazo.

Señalaba un archivo denominado /bin/spool/upd_display.exec.

- No lo conozco -dijo Terri-. ¿Qué hace?

- Es una rutina para restaurar la pantalla antes de la descarga matutina a los robots.

- Parece bastante inofensiva.

- No piensas como un pirata. ¿Esconderías tu código en un archivo que diga gusano_infec_reformat, o en algo simple e insignificante? -Apoyó el dedo en el papel-. Lo importante es que este es un archivo de mantenimiento, parte de las rutinas básicas. No hay ninguna razón para que esté alterado.

Pero mira el tamaño del archivo.

- Setenta y nueve mil bytes -leyó Terri.

- Mira el mismo archivo tal como está ahora en la metarred. -Warne señaló el listado en la pantalla.

Terri silbó.

- Doscientos treinta y un mil bytes.

Warne comenzó a buscar en las otras hojas.

- Mira, el tamaño del archivo es el mismo hasta… -Pasó otra página-. Hasta hace un mes.

Se miraron el uno al otro.

- ¿Qué pasa? -preguntó Poole.

Warne no le hizo caso. Fue recorriendo el listado rápidamente y comparó los archivos tal como eran un mes antes con los que aparecían ahora en la pantalla. Excepto por una serie de archivos temporales, no había ningún cambio.

- Es este -murmuró.

- ¿Alguna posibilidad de error?

- No.

- Es un archivo binario.

- Pues ya me lo explicarás.

Terri puso los ojos en blanco.

- ¿Qué pasa? -insistió Poole.

Warne dejó las hojas a un lado y se pasó las manos por la cara.

- Alguien modificó una de las rutinas básicas. Es tres veces más grande de lo que debería ser. La han transformado en un troyano ejecutable. Cada vez que la metarred funciona, este archivo hace cosas que no sabemos. Si queremos descubrir qué hace, tendremos que invertir la ingeniería.

- ¿Invertir la ingeniería?

- Desmontarla. Llegar al nivel de las instrucciones de la máquina para intentar descubrir qué hace. No es nada divertido.

- Además lleva tiempo -precisó Terri.

- Me juego lo que quieras a que esto trastornó a los robots. Si conseguimos descubrir qué hace, quizá podamos reparar los daños. -Warne se apartó del terminal-. ¿Alguna razón para que no lo hagamos?

- Solo la obvia -afirmó Poole.

Ambos se volvieron para mirarlo.

- Adelante -dijo Warne-. Venga, ilumínenos.

- Los tipos dijeron que nada de interferencias, ¿no? Pues a mí esto me suena a interferencia. No se pondrán muy contentos.

Warne sostuvo la plácida mirada del guardaespaldas y luego se volvió hacia Terri. La joven lo miraba con una expresión de duda.

- Solo si nos descubren -replicó Warne-, y no lo harán. A menos que sean mejores informáticos que terroristas.

Ahora, vamos a trabajar -añadió, y apoyó las manos en el teclado.

**15.12 h.**

Casi con la misma rapidez con la que se había llenado con los ayes de los heridos, volvió a reinar el silencio y la tranquilidad en el centro médico. Excepto por un puñado de pequeños grupos delante de los cubículos, los restantes visitantes habían abandonado el centro. Solo un par había decidido dar por acabada la visita y se habían ido después de

manifestar a viva voz que emprenderían acciones legales. Todos los demás habían aceptado los vales de comida y las fichas para el casino y ya estaban otra vez en el parque.

Sarah Boatwright los observó marcharse con sentimientos dispares. Por mucho que detestase los pleitos -una aversión compartida por todos los empleados de Utopía- lamentaba que no hubieran sido muchos más los que habían decidido marcharse del parque. Verlos ir de nuevo hacia los Mundos era como ver a los soldados heridos que volvían al campo de batalla sin saberlo.

Caminó por el pasillo brillantemente iluminado de la sala de recuperación. Saludó a varias enfermeras cuando se cruzó con ellas. Se detuvo un momento para conversar con uno de los guardias. Después continuó hasta llegar al cubículo de Georgia Warne. El doctor Finch le había comunicado que solo tenía algunos morados y las consecuencias del susto, y que el sedante la haría dormir por lo menos una hora más.

Sarah se sentó al pie de la cama. Georgia dormía plácidamente, los cabellos sobre la frente, los labios entreabiertos. La dura prueba por la que había pasado en Aguas Oscuras había quedado temporalmente sepultada en el olvido.

Oyó el rumor de las voces de las enfermeras en su puesto de control. Había tantas cosas que debería estar haciendo: informar de los últimos hechos a Chuck Emory en Nueva York; hablar con los supervisores para mantener la ficción de que todo funcionaba normalmente… Sin embargo, todo eso le parecía inútil. Ahora todo dependía de john Doe. Era él quien llevaba la voz cantante. Se reclinó en la silla, dispuesta a relajarse, pero sus músculos se resistieron.

Miró de nuevo a Georgia, el morado en la mejilla, la manera como las delgadas manos sujetaban la manta de algodón. No dejaba de ser curioso que por propia voluntad hubiese ido junto al lecho del primer gran fracaso de su vida.

Cuando se había ido a vivir con Andrew Warne, estaba decidida a ganarse a Georgia, a conseguir que la aceptase. Sarah sabía que cualquier problema se podía resolver con tesón y buena voluntad. En cambio, cuanto más lo intentaba, más se resistía Georgia.

Por supuesto, si debía ser sincera consigo misma, sabía que Georgia no era la única responsable. Ella había aparecido en la escena cuando la muerte de Charlotte Warne aún estaba fresca en el recuerdo de la niña, y Georgia se había mostrado muy posesiva con su padre. También era posible que Georgia hubiese adivinado, por algún instinto infantil, que Sarah nunca podría ser una madre a tiempo completo. Ella misma comprendía ahora que tal compromiso habría sido imposible. Sencillamente su carrera estaba por encima de todo lo demás. Después de todo, ¿no había aceptado el puesto en Utopía sin vacilar ni un segundo? Aún recordaba la expresión en el rostro de Andrew cuando se lo había dicho: él había estado absolutamente seguro de que iría con él a Chapel Hill, que lo ayudaría a poner en marcha su empresa de nuevas tecnologías. Pero la oportunidad de dirigir algo como Utopía era una de esas oportunidades únicas en la vida. Nada habría podido impedirle aceptar el trabajo.

«Dirigir algo como Utopía…»

Se movió inquieta en la silla. El orden era un factor crítico para Sarah; la engrandecía. Utopía era el paradigma del orden, un sistema cerrado complejo absolutamente estructurado. John Doe era el elemento que había introducido el desorden, el caos.

Se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en las manos.

- ¿Qué debo hacer, Georgia? -preguntó-. Por lo visto, es la primera vez que no sé qué hacer.

La única respuesta fue un leve movimiento de la adolescente dormida, un suave suspiro.

De pronto, Sarah deseó que Fred Barksdale estuviese allí. En cualquier otro momento habría rechazado el deseo por considerarlo algo sentimental o una muestra de debilidad. Ahora no. Freddy sabría exactamente qué decir para ayudarla a salir de este trance.

Cuando había llegado a Utopía, nada podía estar más alejado de su mente que una relación sentimental, y la última persona de la que hubiera creído que podría enamorarse era Fred Barksdale. Siempre le habían gustado los hombres como Warne: Carismáticos de una manera un tanto austera, un poco arrogantes, sin miedo a demostrar su brillante; Freddy era todo lo contrario. Por supuesto, su brillantez era indiscutible; la manera como había encarado los increíbles desafíos informáticos de un lugar como Utopía y la creación de la infraestructura digital era un logro notable. Pero era demasiado perfecto: sus aristocráticos modales británicos, su aspecto de galán de cine, su erudición literaria eran casi un cliché del hombre ideal.

Entonces, una noche, dos meses atrás, se encontraron casualmente en una de las mesas de ruleta del casino de Luz de Gas. Había sido poco antes de que la oficina central decidiera que no sería bien visto que los ejecutivos visitaran los casinos. Barksdale había perdido un poco más de lo que esperaba y sin embargo la había deleitado con unas cuantas frases de Falstaff sobre los peligros del juego. Habían acabado tomando una copa en Moriarty's. A la semana siguiente habían cenado en el mejor restaurante francés de Las Vegas. Fred había sido toda una revelación. Había dedicado veinte minutos a discutir la carta de vinos con el escanciador. No había sido una muestra de afectación o un afán de aparentar; le interesaba de verdad, y había quedado claro que sabía mucho más del Châteuux Saint-Emilion que el camarero. Había pasado gran parte de la cena dedicado a responder a las preguntas de Sarah sobre los vinos de Burdeos, y le había hablado de añadas y denominaciones de origen.

Sarah conocía demasiado a los hombres que se sentían en la necesidad de mostrarse tan fuertes como ella, ir de machos, actuar como dueños del cotarro. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que deseaba ser tratada sencillamente como una mujer: que la invitaran a cenar a un restaurante de lujo, que le dijeran que era bonita, que admiraran su inteligencia, que la educaran en la buena vida, quizá que la pusieran en un pedestal de vez en cuando. En realidad solo habían pasado tres semanas desde que una soleada mañana de sábado, al despertarse, había comprendido que sus sentimientos por Fred Barksdale eran mucho más profundos de lo que había imaginado.

Exhaló un suspiro y se irguió en la silla. Utopía y Freddy eran en ese momento las dos cosas más importantes de su vida. De hecho, las únicas cosas. Tenía que protegerlas a cualquier precio.

Sarah se levantó, se acercó a la cabecera de la cama y recuperó el control de sus emociones. Tendría que abandonar el centro médico en cuestión de minutos para hacer acto de presencia en unos cuantos lugares escogidos. Después buscaría a Bob Allocco para hablar del control de daños…

Oyó que alguien golpeaba suavemente con los nudillos en el tabique del cubículo. Se entreabrió la cortina y Fred Barksdale asomó la cabeza. La mirada de sus llorosos ojos azules se clavó primero en la cama y después en el rostro de la directora de operaciones.

- ¡Sarah! -exclamó. Luego, tras mirar rápidamente a la niña dormida, hizo una mueca y bajó la voz-. Hola, me dijeron que te encontraría aquí.

Por un momento, a Sarah le costó hablar. La sorpresa de su presencia, después de lo que acababa de pasar por su mente, le produjo una inesperado estallido emocional. Se acercó a su amante.

- Fred. Oh, Freddy. Me siento destrozada por dentro.

Barksdale le sujetó las manos.

- ¿Por qué? ¿De qué se trata?

- He cometido un terrible error. Dejé que mi cólera contra John Doe me nublara el juicio. Chris Green, lo sucedido en Aguas Oscuras, todo es culpa mía.

- ¿Cómo puedes decir eso, Sarah? Aquí el único responsable es john Doe. Cúlpalo a él, no a ti. Además, el plan fue de Allocco. Tú solo lo aprobaste.

- Cosa que me hace responsable. -Sacudió la cabeza, poco dispuesta a dejarse consolar-. ¿Recuerdas lo que dijiste e en el área de espera del Viaje Galáctico? Afirmaste que el plan era peligroso. Irresponsable. Que nuestra primera responsabilidad era con los visitantes. En mi afán por detener a Doe, cometí el error de olvidarlo.

Barksdale la dejó hablar sin interrumpirla.

- No dejo de pensar en la manera como entró en mi despacho, como me habló. No puedo explicarlo. Fue como si me conociera de antaño, como si supiera lo que yo quería oír, lo que era importante para mí. Me refiero a mí como persona. Sé que suena extraño, pero me habló como si solo deseara lo mejor para mí, mientras me clavaba la puñalada. Lo más curioso de todo fue que yo quería creerle. -Exhaló un suspiro-. Dios, ¿quién es este tipo? ¿Por qué nos escogió a nosotros para torturarnos?

Barksdale no respondió. Parecía alelado.

- Freddy… -Sarah se asombró al ver lo mucho que él parecía sentir su angustia. Barksdale la miró-. ¿No hay nada de Shakespeare que pueda resultar oportuno para esta ocasión? -preguntó con una sonrisa forzada-. ¿Algo reconfortante?

Barksdale permaneció en silencio durante unos segundos más. Luego salió de su ensimismamiento.

- ¿Algo de, digamos, los dos «terroristas» de Verona? -Le devolvió la sonrisa con otra muy débil-. La verdad es que no se me ocurre nada adecuado, excepto quizá un título: «Bien está lo que bien acaba».

Parecía estar dominado por un profundo conflicto interior.

- Sarah -añadió súbitamente-, ¿qué te parece sí nos dejamos de todo esto, si dejamos todo atrás?

- Lo haremos -respondió Sarah-. Cuando todo esto se acabe, tú y yo nos iremos a algún lugar donde no tengan teléfonos, donde nadie lleve zapatos. Buscaremos alguna playa solitaria y la reclamaremos como propia. Una semana, quizá dos. ¿De acuerdo?

- No -comenzó Barksdale-. No es a eso a lo que me refería. Yo… -se interrumpió-. ¿Lo dices de verdad, Sarah?

- Por supuesto.

- ¿No importa lo que ocurra?

Ver la angustia de Barksdale le devolvió parte de su fortaleza.

- No pasará nada. Sobreviviremos a esto. Te lo prometo.

- Ruego con toda mi alma para que tengas razón -manifestó Barksdale en una voz tan baja que ella casi no lo oyó.

Pasó el momento emotivo. Sarah miró de nuevo la cama.

- Es la hija de Warne, ¿no? -preguntó Barksdale-. ¿Qué tal está?

- Solo tiene algunas magulladuras.

Barksdale asintió. Sarah levantó una mano para acariciarle el rostro y después lo besó.

- De una manera u otra, esto no tardará en acabarse -dijo Sarah-. Será mejor que te prepares.

- Por supuesto. -Barksdale sostuvo su mirada durante un momento y luego se volvió hacia la cortina.

- Recuerda mi promesa -dijo Sarah.

Barksdale titubeó. Después asintió sin volverse y salió del cubículo.

Sarah escuchó cómo se desvanecía el ruido de sus pisadas.

Arregló la manta de Georgia, acarició la frente de la niña y se volvió dispuesta a marcharse. En aquel momento se entreabrió la cortina y una enfermera asomó la cabeza.

- Señorita Boatwright, el señor Allocco está al teléfono en la mesa de entradas. Dice que es importante.

- Muy bien -respondió; pero, cuando seguía a la enfermera, oyó el suave zumbido de la radio en el bolsillo. Se detuvo en el acto, sin salir del cubículo, y sacó la radio del bolsillo-. Sarah Boatwright.

- Sarah. -La voz de John Doe era casi dulce, de nuevo amable.

- Sí.

- Espero que la lección no le haya resultado muy dolorosa.

- Hay quienes no estarían de acuerdo.

- En realidad la intención era que resultase mucho más dura de lo que fue. Considérelo como un golpe de suerte.- Se escuchó una risa seca-. Sin embargo, la suerte no se volvería a repetir.

Sarah permaneció en silencio.

- No pretendo que sea una amenaza. Solo quiero que sea muy consciente de las consecuencias de nuevas acciones irresponsables.

Sarah continuó a la escucha.

- ¿Estaría dispuesta a pagar la penitencia por su traición? -preguntó John Doe con la misma voz tranquila.

- ¿A qué se refiere?

- Una compensación por todos los problemas causados por su comité de bienvenida. Sería un paso considerable para restablecer nuestras buenas relaciones. ¿Qué le parece si me da a Andrew Warne? Ha resultado ser una persona muy esquiva.

Sarah apretó con fuerza la radio, pero no respondió.

- No, ya veo que no. Es usted una mujer encantadora, Sarah, pero comienzo a aburrirme. Le daré una oportunidad más para que entregue el Crisol.

- Adelante.

- La entrega tendrá lugar en la sala de los espejos holográficos, a las cuatro en punto.

Sarah miró su reloj: eran las tres y cuarto.

- Se ocupará de que en la sala no haya visitantes ni empleados a partir de las cuatro menos diez. ¿Me sigue?

- Sí.

- Ah, una cosa más, Sarah. He estado pensado. Todo ese asunto en extremo desagradable del Viaje Galáctico fue idea suya, ¿verdad?

Sarah prefirió no responder.

- Así que esta vez usted me entregará el disco en persona. Considero que es lo más aconsejable, a la vista de la buena relación entre nosotros.

Silencio.

- ¿Ha quedado claro?

- Sí.

- Entre en la sala como haría cualquier visitante. La estaré esperando. Solo usted. Estoy seguro de que no es necesario advertirle sobre la presencia de otras personas no deseadas.

Sarah esperó con la radio apretada contra la mejilla.

- No es necesario, ¿verdad?

- No.

- Ya lo sabía. Permítame que me despida con un último comentario. En *El alma del hombre bajo el Socialismo*, Oscar Wilde dijo que cualquier obra de arte creada con el propósito de obtener un beneficio es malsana. Hasta cierto punto, no estoy de acuerdo. Verá, he convertido a Utopía en mi obra de arte. Tengo la intención de obtener un beneficio, y será un beneficio considerable. Pero sí que será malsano para cualquiera que intente cruzarse en mi camino. Algunas veces el arte puede ser terrible en su belleza, Sarah. Por favor, téngalo presente.

Sarah se forzó a respirar.

- Espero con ansia volver a encontrarnos.

**15.15 h.**

Al transcurrir la tarde, y cuando el cielo azul sobre el desierto de Nevada comenzaba a mostrar las primeras señales del atardecer, los sesenta y seis mil visitantes de Utopía llegaban a lo que los psicólogos del parque denominaban la etapa «madura». Ya habían pasado por el pico de excitación inicial. El ritmo disminuía a medida que los padres -con los pies doloridos y físicamente cansados- buscaban un refugio temporal en los restaurantes, las representaciones en vivo o espectáculos como «El príncipe encantado», donde podían descansar sentados en cómodas butacas. Solo un pequeño porcentaje de los visitantes, poco dispuestos a enfrentarse con las caravanas de salida, marcharon temprano

hacia el Nexo y el monorraíl, donde encontraron que había aumentado la frecuencia de los trenes de salida. Sin embargo, una amplia mayoría prefirió hacer un viaje más en su atracción favorita o quizá un recorrido por un Mundo que les quedaba por visitar, mientras esperaban que se hicieran las ocho y media. A esa hora empezaba el mayor de los espectáculos de Utopía: cuatro exhibiciones pirotécnicas simultáneas, sincronizadas por ordenador, lanzadas desde cada uno de los Mundos, que estallaban en un fantástico juego de color y música debajo de la cúpula. A esto seguía otra exhibición todavía más grande, que se elevaba muy por encima de la cúpula: el regalo de despedida a los visitantes que abandonaban el parque y emprendían el camino de regreso a Las Vegas y Reno.

Un lugar donde no se notaba ningún cambio en la afluencia de público era en las colas para subir a las montañas rusas y caídas libres de Utopía. En las principales atracciones como Horizonte Espacial y Dientes de Dragón se apiñaban las multitudes, y la atmósfera de entusiasmo y alegre aprensión era tan cargada como siempre.

Esto era especialmente cierto en la entrada de la más famosa atracción de Paseo, la Máquina de los Alaridos. La Máquina como la llamaban todos, era una soberbia recreación de la montaña rusa que se había hecho famosa en Coney Island en ya década de 1920. Semejaba una reliquia perfectamente conservada: una enorme maraña de vigas y travesaños, cuidadosamente tratados por los expertos del parque para ofrecer aspecto de ser muy viejos. La simple visión de las caídas casi verticales y las vueltas y revueltas de las curvas hacía que muchos se decidieran por diversiones más tranquilas.

La Máquina, como todas las montañas rusas, tenía más relación con la psicología que con la ingeniería. En realidad era una estructura de acero, disfrazada con mucho ingenio para que pareciera la tradicional montaña rusa de madera. El metal permitía giros más cerrados y daba más «tiempo de vuelo», momentos de gravedad negativa donde los viajeros se veían levantados de los asientos. El intrincado recubrimiento de madera, por su parte, acentuaba el efecto de «valla» de una montaña rusa de madera: las vigas y los travesaños, colocados a muy poca distancia de los viajeros, hacían que la velocidad de ochenta kilómetros por hora pareciera el doble o el triple. Además, los diseñadores habían reforzado la sensación de peligro con la colocación de carteles en la entrada donde se advertía de los riesgos de la aceleración en las curvas y la presencia de una enfermera en la plataforma de desembarque. Por lo tanto, no tenía nada de particular que las camisetas con la leyenda: «Yo sobreviví a la Máquina», solo disponibles en Paseo, fuesen uno de los productos de mayor venta en el parque.

Eric Nightingale había dispuesto que la Máquina de los Alaridos tuviera una bajada más alta -88 metros- que la de cualquier otra montaña rusa al oeste del Mississippi. Esto había sido todo un reto: con tanta altura, la monumental subida se habría acercado a la cúpula lo suficiente para acabar con la perspectiva artificial. Los ingenieros habían resuelto el problema con un diseño que situaba la parte final de la primera caída por debajo del nivel de la calle. Cortaron una parte de los niveles A y B debajo de Paseo para alojar los dobles raíles de la Máquina. Después de subir la pendiente inicial, los viajeros bajaban casi verticalmente hasta un túnel donde reinaba la más absoluta oscuridad, el cual subía luego bruscamente para llevar de nuevo a la luz a los viajeros, que sufrían las consecuencias de un tirón equivalente a tres veces la fuerza de la gravedad y no advertían que, durante unos segundos, habían estado viajando por debajo del parque.

La solución, sin embargo, creó un segundo problema el estruendo de las vagonetas, que pasaban con intervalos de un minuto, era tan fuerte que los empleados de Utopía que

trabajaban en el subterráneo no querían estar en las zonas de los niveles A y B más cercanas a los raíles.

De nuevo, los ingenieros encontraron la solución.

Durante la construcción del parque, los niveles subterráneos estaban abarrotados de cables: en la guía que se repartía a los visitantes se mencionaba que había más cables en las instalaciones que en dos Pentágonos o en la ciudad de Springfield, Illinois. Los diseñadores decidieron destinar la zona que rodeaba la zanja de la montaña rusa para alojar todo el cableado. Levantaron dos paredes insonorizadas y, entre las dos paredes, concentraron el sistema nervioso central de Utopía. El Núcleo era autónomo y no requería ninguna operación de mantenimiento excepto las inspecciones mensuales. Por lo tanto, era una «zona oscura», donde el único ocupante era un robot de limpieza.

Ese día, sin embargo, el robot estaba acompañado.

En una esquina del compartimiento había un hombre sentado en una silla plegable. Iba vestido con el mono azul de los electricistas de Utopía y apoyaba la espalda en una gran caja de herramientas sujeta a un carro de mano rojo. En la caja había un ordenador portátil de gran potencia. Las luces del panel brillaban como estrellas en la penumbra del recinto.

Una docena de cables de diferentes grosores iban desde el ordenador hasta la pared más cercana, donde estaban enganchados con pinzas cocodrilo y acopladores digitales a las líneas troncales de transmisión de datos. Sostenía un teclado sobre los muslos, y había dos pantallas pequeñas en el suelo. Mientras tecleaba, su mirada pasaba de una pantalla a la otra. Debajo de la silla había un montón de basura: servilletas de papel manchadas con mantequilla de cacahuete y gelatina, envoltorios de chocolatinas, una lata de gaseosa aplastada.

Detrás del hombre, la pared interior del Núcleo comenzó a vibrar suavemente. Un segundo más tarde, un terrorífico rugido llegó desde el otro lado cuando las vagonetas de la Máquina llegaron al fondo de la primera bajada, recorrieron un tramo bajo tierra y después salieron de nuevo a la luz y el aire del mundo de Paseo. El hombre no hizo el menor caso y continuó tecleando mientras el ruido disminuía rápidamente hasta desaparecer del todo. Los auriculares de artillero que le protegían los oídos convertían el mayor estruendo en un leve susurro.

El hombre acabó de escribir, se inclinó hacia delante y se masajeó los riñones. Después estiró y flexionó las piernas entumecidas para estimular la circulación. Llevaba sentado allí, ocupado en controlarlas cámaras de vigilancia del parque, modificar imágenes y rastrear la banda ancha de la red interna- desde primera hora de la mañana. Por fin, ya casi había acabado el trabajo.

Movió la cabeza en círculos para aliviar los músculos del cuello. Mientras hacía el ejercicio, miró las cámaras de vigilancia instaladas en paredes opuestas, cerca del techo. Incluso allí, en el deshabitado Núcleo, la seguridad estaba presente. Pero el hombre las miró sin ninguna preocupación: ya se había ocupado de que ambas transmitieran las imágenes de registros viejos que se repetían sin solución de continuidad. Los encargados de la vigilancia en la Colmena solo veían en sus monitores un espacio vacío y en penumbra.

El hombre era un joven que no podía tener más de veinticinco años. Sin embargo, incluso en la penumbra, las oscuras manchas de nicotina de los dedos se veían con toda claridad. Como fumar habría tenido la consecuencia de una detección instantánea, el hombre masticaba chicles de nicotina al mismo ritmo con que un fumador enciende un cigarrillo

con la colilla del otro. Sin interrumpir el meneo de cabeza, se quitó de la boca la goma de mascar y la pegó en un cable de conexión, ya había pegado varias docenas, que ahora se endurecían en el aire inmóvil del Núcleo.

Se reclinó de nuevo contra la caja, recogió el teclado y comenzó a escribir las órdenes para comprobar el estado de los varios procesos secretos que tenía en marcha dentro de la red de Utopía. Interrumpió el tecleo y frunció el entrecejo, con la mirada fija en una de las pantallas.

Todo había funcionado tal como lo habían planeado, sin la menor pega.

Hasta el momento.

Como una medida de precaución, había instalado controles de tecleo en algunos de los terminales críticos de Utopía. Estos controles registraban en secreto todo lo que se escribía en los teclados. Cada hora, el programa enviaba todo el registro, debidamente codificado, a su terminal en el Núcleo.

Hasta ese momento, todos los buenos y cumplidores empleados de Utopía se habían comportado correctamente. Con una excepción: el ordenador que controlaba la metarred. Esto se estaba convirtiendo en otra historia.

El hombre buscó en los registros anteriores robados del terminal de la metarred. Alguien estaba utilizando el terminal para revisar los archivos, las rutinas y las órdenes. Era obvio que no se trataba de una búsqueda al azar: era un análisis a conciencia, realizado por alguien que conocía su trabajo.

Miró por encima del hombro a lo largo del pasillo del Núcleo. El compartimiento era alto y angosto como una chimenea gigante, con las paredes cubiertas por una compleja filigrana de cables. Lenta, pensativamente, se quitó los auriculares. Oyó el suave zumbido de las máquinas y también el del mecanismo de propulsión del robot de limpieza que se movía en algún rincón del recinto.

Detrás de él, la pared interior comenzó a vibrar.

Dejó el teclado en el suelo y miró la radio que había dejado junto a los monitores. Tenía una luz ámbar en la parte superior para avisarle de alguna comunicación cuando tenía los auriculares puestos. Cogió la radio, marcó el código y la acercó a la boca.

- Cascanueces a Factor Primario -llamó-. Cascanueces a Factor Primario, ¿me recibes?

Hubo una muy breve pausa. Luego se oyó la educada voz de John Doe alta y clara a pesar de la codificación digital.

- Cascanueces, te recibo alto y claro. ¿Cuál es tu estado?

- Excepto por los pasivos, dentro de diez minutos lo tendré todo acabado.

- ¿Entonces por qué informas?

- He repasado los registros de los teclados que estamos controlando. Todo parece normal excepto por el ordenador central de la metarred. Alguien se ha dedicado a escarbar a fondo durante la última hora.

- ¿Ha encontrado algo?

- Por supuesto que no. Pero la persona que lo hace conoce bien su trabajo.

- A ver si lo adivino. En el nivel B, ¿no?

- Sí.

- Por lo que parece, errarnos el objetivo. Muy bien, arreglaré una visita. Corto.

Se hizo el silencio. Al cabo de un momento, con un aullido atronador, las vagonetas de la máquina pasaron junto a la pared interior. El suelo del Núcleo se sacudió. Cascanueces se encogió instintivamente. Luego colocó la radio en un lugar donde la luz ámbar quedara bien visible, El ruido de las vagonetas se apagó y el silencio volvió a reinar en el Núcleo. El hombre se puso de nuevo los auriculares, recogió el teclado, se metió en la boca otro chicle de nicotina y comenzó a teclear.

**15.15 h.**

- ¿Qué demonios está haciendo esa cosa ahora?

Andrew Warne tardó unos segundos en darse cuenta de que la pregunta iba a dirigida a él. Molesto por la interrupción, apartó la mirada de la pantalla. Poole, que estaba sentado en una mesa cercana, con los brazos apoyados en dos pilas de papeles, le devolvió la mirada con su habitual expresión de curiosidad.

- ¿Cómo dice?

- Le he preguntado qué está haciendo esa cosa ahora. -Poole señaló a Tuercas.

El robot se acercaba a un objeto, se apartaba y se acercaba de nuevo. De vez en cuando movía la cabeza hacia delante y soltaba una nube de un líquido incoloro en la pata de una silla o de un banco.

- Está marcando su territorio -respondió Warne, y miró de nuevo la pantalla.

- ¿Qué?

Warne exhaló un suspiro.

- Es parte de su programa. Ha pasado en este lugar el tiempo suficiente para considerarlo parte de su mundo. Por lo tanto, supone que probablemente volverá a estar aquí y que vale la pena el esfuerzo de elaborar un plano topográfico.

Ahora está optimizando sus rutas a través de la habitación y las marca con tinta ultravioleta. La verdad, me sorprende que al pobre aún le quede tinta.

- ¿Podría decirle que deje de hacerlo? Me distrae.

- ¿Lo distrae? -preguntó Terri-. ¿De qué? -Estaba sentada junto a Warne, con una pila de hojas sobre las rodillas.

- De mis deberes.

- Deberes.

- Sí. Estoy intentando calcular cuántas leyes han infringido estos tipos hasta ahora.

Terri pasó una página.

- Hasta ahora he contado treinta y nueve -continuó Poole.

La muchacha lo miró. Poole comenzó a contar con los dedos.

- Primero, tenemos robo en tercer grado. Entrar consciente e ilegalmente en un edificio con la intención de cometer un delito. Después esta la posesión criminal de un arma peligrosa en primer grado. Me refiero a la posesión de una sustancia explosiva, con la

intención ilegal de utilizar dicha sustancia contra una persona o propiedad. También tenemos la posesión criminal de un arma en segundo grado…

- Ya me hago una idea -dijo Terri con un gesto de impaciencia-. ¿Qué deberes son esos?

- Las pruebas escritas para AFTE.

- ¿AFTE?

- Alguacil Federal del Tesoro.

- Pues a mí me parece que las tiene dominadas.

Poole se encogió de hombros.

- Pasé todas las veces.

- ¿Pasó?

- Tres veces. También los exámenes escritos y orales para el servicio secreto, el Departamento de Control de Armas y Explosivos y el Departamento de Control de Estupefacientes.

- Entonces ¿cómo es que a estas alturas no es agente federal?

- No lo sé. Creo que quizá tenga algo que ver con las pruebas del polígrafo.

Warne se volvió hacia ellos. Había estado leyendo las columnas de números hexadecimales que aparecían en la pantalla. Buscaba la manera de descifrar el código oculto del pirata informático. Pero era como pretender enhebrar una aguja con guantes de boxeo. Solo contaba para trabajar con el lenguaje básico de la máquina; ni un solo nombre simbólico ni comentarios del código fuente. Se inclinó hacia delante y se llevó una mano al vendaje en la sien. Se preguntó qué estaría haciendo Georgia, si aún continuaría durmiendo, y qué pensaría si al abrir los ojos descubriera que él no estaba allí. Se había mostrado muy valiente después de lo sucedido; pero, así y todo él tendría que estar con ella y no sentado en un laboratorio delante de un ordenador, dedicado a resolver este rompecabezas. La intrusión era mucho más compleja y sutil de lo que había imaginado. Había sido un tonto al creer que él podría descubrirla. Además, era muy posible que la crisis ya se hubiese acabado, que el misterioso John Doe hubiese recibido lo que deseaba y que en este mismo momento ya estuviera muy lejos. La voz de Terri lo sacó del ensimismamiento.

- ¿Has encontrado algo?

Warne apartó la mano del vendaje.

- El intruso ha optimizado su código. Es como si quisiera ponernos las cosas muy difíciles.

- Una suposición muy razonable -opinó Terri, y reapareció su sonrisa traviesa.

- He podido reconstruir líneas sueltas, pero no las suficientes para tener una idea clara de lo que esta pasando. -Señaló la pantalla-. Esta rutina parece añadir instrucciones no autorizadas a la descarga diaria. -Hizo una pausa-. Pero hay algo más. Algo más allá del simple pirateo de la metarred.

- ¿A qué te refieres?

- No lo sé exactamente. Es como si estuviesen robando información de la red principal de Utopía. Ahora estoy intentando ver si lo pillo.

Volvió a escribir en el teclado, y en pantalla aparecieron una cincuentena de líneas en lenguaje de máquina. La persona responsable de esto había hecho algo más que infectar la metarred; al provocarle fallos, había puesto en peligro su propia credibilidad. «No a menos

que sean mejores programadores que terroristas.» Comprendió que se había equivocado con este pirata. El tipo que había hecho esto era muy bueno.

Miró a Terri.

- Está transmitiendo información a un puerto en la red interna de Utopía.

Terri dejó a un lado las hojas impresas y se acercó para mirar la pantalla por encima del hombro de Warne.

- ¿Cómo?

- Han escondido un hardware en algún lugar del sistema. Probablemente lo están utilizando para extraer información saltándose el cortafuegos de Utopía.

- ¿Puedes localizarlo, precisar la ubicación física en la red?

El sutil aroma de su perfume llegó hasta Warne. La muchacha estaba muy cerca, y un mechón de cabellos negros le rozaba la mejilla. Hizo un esfuerzo para mantenerse concentrado en el problema.

- Es lo que intento, pero el código está muy bien protegido. Tendremos que probar otro camino. ¿Tienes acceso a un rastreador o, todavía mejor, un analizador de protocolos?

Terri frunció el entrecejo.

- Por supuesto, en la oficina de administración de la red. ¿Por qué?

- Si estos tipos han colocado un router en la red, tendríamos que poder rastrearlo. He encontrado pistas suficientes para tener cierta ventaja. Quizá podamos dar con el puerto que utiliza para espiarnos.

La expresión ceñuda de Terri se acentuó.

- Imposible.

- Todos los routers tienen una señal exclusiva. Puede que el que estén usando no encaje con el resto del hardware de Utopía. Aun en el caso de que coincidiera, podríamos buscar la pérdida de información o enviar un ping de rastreo para ver cuál de los nodos no envía la respuesta correcta.

Terri sacudió la cabeza.

- ¿Dónde has aprendido a hacer esas cosas?

- Una juventud malgastada. Demasiado tiempo en el laboratorio de informática del MIT cuando tendría que haber estado ligando.

La muchacha lo miró con una expresión de duda.

- ¿Funcionará?

- Lo sabremos dentro de un par de minutos. Es mucho mejor que estar aquí sin hacer otra cosa que darnos de cazazos contra este código.

El estridente sonido de la campanilla del teléfono los sobresaltó. Terri atendió la llamada.

- Robótica Aplicada. Sí, sí. Está aquí. Por supuesto, se lo diré. -Colgó el teléfono-. Era Sarah Boatwright. Quiere que vayas a verla a la sala VIP. Ahora mismo.

- ¿Dónde? -preguntó Poole, que hasta el momento había permanecido en silencio.

- La sala VIP. Yo os llevaré.

Warne se levantó, intrigado por la razón que había hecho que Sarah abandonara el centro médico.

- Muy bien -dijo-. Pero primero vamos a dedicar unos minutos al rastreador. Podemos pasar por la oficina de administración de la red, a ver si conseguimos dar con el router ilegal. Después iremos a la sala VIP.

Salieron del laboratorio. Poole maldijo cuando Tuercas dejó bruscamente de marcar el territorio y pasó junto a él a toda velocidad para no separarse de Warne. Terri cerró la puerta con llave y encabezó la marcha por el pasillo.

- ¿Está lejos la administración de la red? -preguntó Warne.

- Nos queda de paso. Está en la primera esquina, cerca de…

La voz de Terri quedó ahogada por el ruido de las ruedas de Tuercas cuando este vio un coche eléctrico que entraba en el pasillo y se lanzó en su persecución.

- ¿Qué hace? -preguntó Terri.

- Ya te lo expliqué. Le gusta perseguir cosas. ¡Tuercas! -gritó Warne, al tiempo que aceleraba el paso hasta trotar-. ¡No perseguir! ¡No perseguir!

Se perdió de vista en la primera esquina, con Terri y Poole pegados a sus talones.

Los gritos de Warne se perdieron en la distancia. Durante algunos minutos, reinó el silencio en el pasillo donde estaba Robótica Aplicada. De vez en cuando pasaba algún empleado. Entonces una figura disfrazada apareció en el extremo del pasillo. Por el aspecto, tenía que ser uno de los actores de Luz de Gas: capa, traje de lana, un pesado bastón de madera, botines negros. Iba leyendo los carteles de las puertas mientras avanzaba.

El hombre se detuvo delante de la puerta del laboratorio de Terri. Miró despreocupadamente a ambos lados. Luego, artado de la ventana de la puerta, apoyó la mano en el pomo y lo giró. Estaba cerrado con llave.

Permaneció unos segundos con la mano en el pomo, atento a los sonidos provenientes del interior del laboratorio. Convencido de que no había nada, apartó la mano. Después se alejó con paso tranquilo, en la misma dirección por la que había llegado.

**15.25 h**

La sala VIP se parecía más a un palacio italiano que a la habitual sala con sillones un bar que había imaginado Warne. Las intrincadas columnas de alabastro llegaban hasta el techo, pintado como un cielo azul blanco que acentuaba la ilusión óptica. Entre las columnas había fuentes barrocas. Las paredes estaban decoradas con grandes paisajes al óleo con marcos dorados. Un muy digno cuarteto de cuerda interpretaba música de cámara en un rincón.

Un grupo de media docena de guardias vigilaba la entrada desde el interior. Warne le dijo su nombre al guardia más cercano, quien -después de lanzar una inquieta mirada a Tuercas- los autorizó a pasar. Warne camino a través de la sala con el suelo de mármol de Carrara rosa, seguido por Terri. En la retaguardia, Poole miraba en derredor sin perderse detalle.

Al fondo de la sala había una puerta que comunicaba con un pasillo más angosto, alfombrado. El guardia lo hizo pasar. Había puertas a ambos lados del pasillo, la mayoría

de ella; cerradas. Warne escuchó al pasar la voz de una mujer, muy británica y muy severa, que protestaba con mucha indignación: «Llevarnos aquí una hora. ¡Una hora! ¡Somos invitados no prisioneros! Mi marido es un lord. No puede…».

La voz se perdió a su espalda. El guardia se detuvo delante de una puerta, llamó y esperó a que abrieran. Un hombre asomó la cabeza y con un gesto despidió al guardia, que se alejó por el pasillo.

- ¿Cómo es que ha tardado tanto? -le preguntó el hombre a Warne-. Comenzábamos a preocuparnos.

Warne tardó unos segundos en recordar que el hombre de rostro bronceado y cabellos rubio ceniza era Bob Allocco, el jefe de Seguridad.

- Hicimos un alto en el camino -respondió Warne al tiempo que entraba.

La habitación era pequeña y estaba amueblada con mucho gusto. Como en todo el subterráneo de Utopía, la luz artificial intentaba aproximarse el máximo posible a la luz natural para compensar la ausencia de ventanas. En una esquina había un monitor de televisión de grandes dimensiones conectado a uno de los canales del circuito cerrado. Warne miró en derredor y su mirada se detuvo en Sarah Boatwright. La directora de operaciones estaba arrodillada junto a una silla y hablaba con el hombre sentado, de espaldas a la puerta. Al ver a Warne, Sarah se interrumpió. Se puso de pie, con los labios apretados, con una expresión que Warne desconocía.

- ¿Qué ocurre? -preguntó Warne, que se le acercó rápidamente-. ¿Dónde está Georgia?

- Estás bien, gracias a Dios. No sufras por Georgia. El doctor Finch la vigila personalmente. Dice que dormirá por lo menos otra hora más. -Hizo una pausa para mirar a Allocco.

- ¿Qué ocurre? -repitió Warne.

- Andrew, ¿recuerdas haberte encontrado esta mañana con un hombre llamado Norman Pepper?

- Pepper -murmuró Warne. El nombre le sonaba-. Pepper. Sí. El experto en orquídeas. Vinimos juntos en el monorraíl.

- Está muerto.

- ¿Muerto? -exclamó Warne, sorprendido-. ¿Cómo?

«Probablemente un infarto -pensó-. Le sobraban por lo menos veinticinco kilos. Poco habituado a tanta excitación. ¡Qué tragedia! El tipo parecía estar contento a más no poder. Dijo que tenía hijos, es…»

- Lo mataron a golpes.

- ¿Qué? -De pronto lo sacudió un escalofrío. Miró a Sarah.

- Con un objeto pesado. -La voz áspera de Allocco resonó en la habitación. Hizo un gesto hacia la silla-. Este pobre hombre lo encontró. Fue a la sala de especialistas externos para tomar una taza de chocolate y en cambio se encontró con Pepper.

El hombre de la silla se volvió. Era calvo, menudo, con un bigotillo y gafas de cristales redondos. Estaba incluso más pálido que Sarah. Warne, todavía dominado por los efectos de la sorpresa, tardó un minuto en reconocerlo. Smythe, el especialista en fuegos de artificio o algo así.

- Jesús -susurró Warne. Recordó a Pepper, que se frotaba las manos mientras cantaba las maravillas del parque-. ¿Por qué?

- Eso mismo nos preguntamos -respondió Allocco. Se apartó de Smythe, y los demás lo siguieron-. No fue un robo. Tenía el billetero en el bolsillo, pero estaba tan empapado en sangre que habríamos tardado mucho en encontrar una identificación legible. Así que cogimos la insignia que llevaba en la solapa y la pasamos por el escáner.

El jefe de Seguridad se interrumpió.

- ¿Qué más? -preguntó Warne.

Allocco miró a Sarah. Warne hizo lo mismo.

- Llevaba tu insignia -le informó Sarah.

Al escalofrío lo siguió el miedo. Warne tragó saliva.

- ¿Mi insignia? -repitió, atontado-. ¿Cómo es posible;

- Pero, incluso antes de acabar, recordó el pequeño incidente en el monorraíl. Pepper había hecho caer los pequeños sobres blancos al suelo, los había recogido, le había dado el suyo-. Cambiamos las insignias cuando veníamos. Es la única explicación. La insignia que perdí en Aguas Oscuras era la de Pepper.

Sarah se le acercó.

- Lo sé -dijo-. Es terrible, es algo terrible.

«Algo terrible…» En este momento de máxima tensión, Warne no podía borrar de su mente la imagen de Norman Pepper. «Podría haber sido yo. Podría haber sido yo.»

- ¿Qué piensan hacer al respecto? -preguntó Poole.

- La única cosa que podemos hacer. Dejar el cuerpo donde está, cerrar la sala. Avisar a la policía. -Sarah intercambió una mirada con Allocco-. En cuanto se pueda.

Llamaron a la puerta. Allocco la abrió, y entró una joven con un tazón de té, que le entregó a Sarah. La directora de operaciones le dio las gracias y se la ofreció a Smythe, que declinó la invitación con un leve movimiento de cabeza.

- Por supuesto, usted comprenderá que tendrá que quedarse aquí mientras dure todo esto -le dijo Allocco a Warne-. Si lo prefiere, puede quedarse con su hija en el centro médico. Hemos asegurado los dos lugares.

Warne, todavía con el pensamiento puesto en Pepper, no le entendió.

- ¿Qué quiere decir?

- Ya sabíamos que lo buscaban. Ahora sabemos que lo quieren matar.

El miedo hizo que Warne tuviese la sensación de que los miembros le pesaban.

- ¿Por qué? ¿Por qué me quieren ver muerto? No tiene sentido.

- Sí que lo tiene -manifestó Terri, y todas las miradas se centraron en ella. La muchacha se sonrojó, como si se hubiese sorprendido de escuchar su propia voz. Tomó aliento y añadió con una expresión decidida-: Demuestra que estás en lo cierto. Me refiero al troyano en la metarred.

- Me he perdido -dijo Allocco.

- El doctor Warne no tenía que venir aquí hasta la próxima semana. Estos tipos, quienes sean, no pudieron prever que adelantaría la visita. Si intentan matarlo es porque saben que puede hacerles daño.

- Tiene razón -señaló Poole, desde la máquina de café donde se estaba sirviendo una taza.

Allocco lo miró con una expresión furibunda y luego murmuró algo ininteligible.

- Creo que tiene su lógica -declaró Warne. Miró a Sarah-. No puedo quedarme aquí. Tengo algo que hacer.

- ¿Cómo qué? -preguntó Allocco, con un tono sarcástico-. ¿Ir a alguna de las montañas rusas, ver alguno de los espectáculos?

- Creo que he encontrado algo. Algo importante, Sarah permaneció en silencio. Esperó sin desviar la mirada de su antiguo amante.

Warne prosiguió, sin hacer caso de la sequedad en la boca.

- Si no me equivoco, he localizado el puerto que están utilizando estos tipos.

- ¿Puerto? -repitió Allocco-. ¿De qué habla?

- Ya sabe, el puerto. El nodo físico por donde se han colado en el sistema de Utopía.

- ¿Usted lo entiende? -le preguntó el jefe de Seguridad a la directora.

- ¿Cómo lo sabes? -dijo Sarah, sin hacer caso de Allocco.

- Esa es la razón por la que tardé en llegar, Sarah. He encontrado un troyano en la metarred. Transmite información desde el ordenador de Terri hasta la red de Utopía. Conseguí reconstruir una parte de una dirección interna, no mucho pero lo suficiente para tener un punto de partida. Luego fuimos a la administración de la red y enviamos un rastreador por la red, para ver si encontrábamos alguna anomalía, cualquier cosa que pudiera indicar si había un intruso. -Se interrumpió-. Escucha, ya te lo explicaré más tarde. La cuestión es que encontramos un router no autorizado, que escucha por un puerto que está en… -Miró a Terri-. ¿Cómo se llama ese lugar?

- El Núcleo.

- Puede que no sea nada. Lo más probable es que sea un interruptor mal configurado. Pero si el aparato lo colocaron estas personas, deberíamos ir a verlo, descubrir qué hace.

- A ver si lo entiendo -dijo Allocco-. Acabamos de decirle que esos tipos quieren matarlo. Ha muerto una persona que confundieron con usted, y ahora quiere salir para ir a buscarlos.

- No pienso ir a buscarlos. Solo intento rastrear una pieza de hardware. -Warne miró a todos los demás antes de dirigirse a Sarah-. Tú me pediste ayuda. No me entiendas mal. Estoy muerto de miedo, hasta tal punto que no puedo estarme aquí mano sobre mano. Al menos fuera seré un blanco móvil.

- El router, o lo que sea -intervino Allocco-, ¿puede ser el responsable del caos de nuestra red de cámaras de vigilancia?

- Es más que probable.

- ¿Usted qué opina? -le preguntó Allocco a Sarah.

- Andrew, quiero que me escuches atentamente. Estas personas no vacilan en matar para conseguir sus objetivos.

- La voz de Sarah era muy firme; Warne se preguntó cómo podía mantenerse entera sometida a semejante presión-. John Doe me dijo que habíamos tenido mucha suerte con la explosión ocurrida en Aguas Oscuras. Han matado a un inocente convencidos de que eras tú. ¿Comprendes lo que te digo?

«Me estás diciendo que Georgia ya perdió a su madre. Necesitas mi ayuda. Pero no quieres ser la única responsable de mi sacrificio.»

- Sí -respondió en voz alta.

- ¿Pues entonces qué?

- Si alguien tiene que hacer esto, más vale que sea yo.

Allocco exhaló un sonoro suspiro.

- En ese caso, mandará que lo acompañe un grupo de mis hombres.

Warne sacudió la cabeza.

- No. Preferiría que los enviara a vigilar a mi hija.

- Bien -afirmó Poole, que continuaba junto a la máquina de café-. Un destacamento de guardias llamaría mucho la atención. Este es un trabajo que requiere un equipo pequeño.

- ¿Le he pedido su opinión? -replicó Allocco, con una furia mal contenida.

- Es obvio que esos tipos están muy bien preparados -prosiguió Poole, como si no lo hubiese oído-. También es de suponer que están bien armados. Si ven un grupo de guardias, en formación alrededor de un único civil… -Se encogió de hombros y bebió un sorbo de café-. Solo necesitarían una granada de mano de baja presión. Yo me inclinaría por la M433A1 de doble efecto: cuarenta y cinco granos de composición A5, con un fusible detonador. Arrojas una en el grupo, y ¡bum! Le estropeas el día.

Allocco frunció entrecejo.

- Este es un trabajo de reconocimiento -continuó Poole-. Se necesita un equipo pequeño. Busque al hombre adecuado para que haga de carabina.

- El hombre adecuado -repitió Allocco, con voz desabrida-. ¿Quién podría serlo?

Poole sonrió recatadamente y se tocó la visera de la gorra.

- ¿Usted confía en este tipo? -le preguntó Allocco a Warne, con un tono incrédulo.

- Al menos sabemos que no es un topo. Es un visitante no un empleado de Utopía. Un elemento al azar.

- Al azar, usted lo ha dicho. -Allocco se llevó a Sarah y Warne a un aparte.

- ¿Cómo sabe que no es uno de ellos?

- Porque si hubiese querido matarme, ya estaría muerto -Warne titubeó-. Escuche, no soy un héroe. Pero soy el más capacitado para comprobar esa cosa.

Allocco pensó durante un momento. Luego bajó las manos y se apartó.

- Quiero que se lleve a mi hombre, Ralph Peccam -dijo-. Es mi mejor técnico de vídeo y digno de toda confianza. También es el único en mi departamento que sabe lo que está pasando. Si ese aparato está interfiriendo con las transmisiones, quiero que lo vea.

Warne asintió.

- Llamaré a Fred Barksdale -manifestó Sarah-, para que también envíe a un técnico de la red para que te acompañe.

- De acuerdo. No, espera un momento. Tardaría demasiado. Terri conoce la red a fondo. -Se volvió hacia la joven- ¿Quieres venir?

Terri se encogió de hombros.

- Probablemente será más seguro que quedarme en el laboratorio.

Warne vio cómo Sarah los miraba. Luego se quitó el distintivo turquesa de la solapa y lo enganchó en la solapa de Warne.

- Es un distintivo de gerencia. Nadie te detendrá ni te hará preguntas mientras lo lleves.

Se apartó de Warne para volverse hacia el hombre sentado en la silla.

- Señor Smythe, usted podría descansar aquí. Acuéstese, si cree que se sentirá mejor. ¿Qué le parece?

El hombre asintió.

Warne miró al robot que tenía a su lado.

- Tuercas, quedar -ordenó con voz severa. El robot volvió las cámaras hacia él, como sí le rogase que anulara la orden, cuando vio que Warne no decía nada, emitió un sonido de protesta y retrocedió lentamente hasta situarse en un rincón.

- Tengo que entregarle el segundo disco a John Doe a las cuatro de la tarde, en la sala de los espejos holográficos -le dijo Sarah a Warne-. Después me quedaré con Georgia en el centro médico hasta que tú regreses. Ten cuidado, no hagas nada que pueda provocar una represalia. Infórmame de lo que hayas encontrado, y si hay algo que podamos hacer…

- Espera un segundo -la interrumpió Warne-. ¿Tú tienes que entregar el disco?

- Lo dejó muy claro. Para asegurarse de que esta vez no le tendiéramos ninguna trampa.

- Jesús. -Warne hizo una pausa. Después, impulsivamente, le dio un abrazo-. Ten cuidado.

- Tú también. -Sarah le dio un beso en la mejilla y se apartó.

Warne vio por encima del hombro de Sarah cómo Terri los miraba con mucha atención.

**15.30 h.**

- ¿Qué es el Núcleo? -preguntó Warne.

Caminaban por un amplio pasillo del nivel B, donde estaban los despachos de la división de operaciones del casino.

- Es la estación central de Utopía -respondió Ralph Peccam-. Usted estaba en robótica en Carnegie-Mellon, ¿no?

- Así es.

- ¿Los tipos de la red tenían un armario de cableado?

- Por supuesto.

- Pues piense en el Núcleo como un armario de cableado. Solo que muchísimo más grande.

El hombre se tapó la nariz con el codo de la americana cuando estornudó ruidosamente. Warne pensó que llamarlo «hombre» era un tanto exagerado; con los cabellos rojos y el rostro pecoso, Peccam se parecía más a un adolescente camino de su clase de álgebra que al mejor técnico de vídeo de Utopía. Solo mirarlo hacía que Warne se sintiera como un anciano.

Pensó de nuevo en la sala VIP y la expresión en el rostro de Allocco cuando lo miraba. No había estado muy lejos de desprecio. «Acabamos de decirle que esos tipos quieren matarlo

-había dicho-, y ahora quiere salir para ir a buscarlos.» Warne sabía, por la opresión en el pecho y los rápidos latidos de su corazón, que era lo último que deseaba hacer, pero también sabía que no podía quedarse tranquilamente en la sala, sin hacer otra cosa que comer tarta de café y mirar reposiciones de Atmósfera. Tampoco podía quedarse en el centro médico a la espera de que Georgia se despertara o que llegara la siguiente oleada de víctimas. Recordó el episodio en Aguas Oscuras: la súbita y terrible sacudida; los alaridos de terror que le llegaban desde las alturas; y, sobre todo, la expresión en los ojos de Georgia.

Lo dominó la furia contra las personas que estaban provocando todo este sufrimiento. Si podía descubrir algo, enterarse de algo que pudiese salvar el parque de Sarah, lo haría. No es mucho, pero estaba a su alcance.

- ¿Qué encontraremos en el Núcleo? -preguntó Poole.

- Nada más que kilómetros de cables, conexiones, relés -respondió Peccam. Habían llegado a un cruce, y los guió por un pasadizo-. En realidad no es más que un sitio donde reunieron todos los cableados del parque alrededor de una excavación hecha para alojar los raíles de la montaña rusa al final del primer descenso. Una caja dentro de otra caja. Aquí nunca viene nadie excepto para realizar alguna tarea de mantenimiento. Me costó encontrar a alguien con una tarjeta de acceso -Les mostró la tarjeta de plástico que llevaba colgada alrededor del cuello-. Me han dicho que es un lugar oscuro. Espero que a alguien se le haya ocurrido traer una linterna. - EL técnico miró a sus acompañantes-. Maldita sea -murmuró, ¿Qué es lo que buscamos?

- Un router -respondió Terri-. Una caja gris, de unos treinta centímetros de largo, por quince de fondo y diez de algo. Lo instalaron ilegalmente en algún lugar del Núcleo.-Le enseñó unas hojas-. Estos son los planos de la configuración de la red, así que tengo una idea aproximada de la ubicación. En cuanto entremos, estaremos en condiciones de rastrearlo.

- Probablemente hay más de cien routers en el Núcleo -comentó Peccam-. ¿Por qué cree que este en particular es ilegal?

- Realicé un rastreo interno de su red -contestó Warne-. Su identificador no se corresponde con los demás.

Esta vez fue Peccam quien se mostró desconcertado.

- ¿Cómo se puede saber?

- Toda pieza de hardware tiene un código de identificación que comunica cuando se le envía una señal. Encontré un código que no se correspondía con las demás configuraciones. Según los esquemas de Terri, es un router que está en el Núcleo.

- Bueno, si usted lo dice -manifestó Peccam, con un tono que dejaba claro su escepticismo profesional.

Warne lo miró. La incertidumbre superó la tensión que sentía. Era probable que los estuviese llevando a una búsqueda sin sentido. Aquello que le había parecido una idea brillante en el laboratorio de Terri ahora parecía una tontería.

Malgastarían una hora en la búsqueda y seguramente encontrarían algún circuito defectuoso. Lo más lógico habría sido quedarse en el laboratorio para continuar trabajando hasta dar con el código y desconectar los robots que tenían cambiadas las instrucciones.

El pasillo acababa en una puerta con un cartel rojo que decía: «PELIGRO ALTO VOLTAJE. Prohibida la entrada al personal no autorizado».

- Es aquí -dijo Peccam. Cogió la tarjeta y la acercó al lector.

Poole le sujetó la muñeca.

- ¿Qué hace? -protestó Peccam.

- No estamos siguiendo el protocolo de enfrentamiento.

- ¿Protocolo de enfrentamiento? No es más que una sala de cableado.

- No me importante si es un té de las damas de la caridad. No actuar de acuerdo con el protocolo es asegurarse el fracaso. -Poole señaló la puerta-. Haga caso al profesional. Debemos tratar esto como una infiltración. Una vez dentro, haremos un reconocimiento. Si es seguro, podrá continuar con la búsqueda del router.

- Maldita sea. De haber sabido que íbamos a jugar a los soldados, me habría traído la ropa de camuflaje.

Poole lo miró de arriba abajo.

- No le habría venido mal -manifestó desdeñosamente.

Peccam metió la tarjeta en el lector.

Se oyó un chasquido y la puerta se abrió. Poole les ordenó con un gesto que esperaran. Miró una vez por encima del hombro. Después, bien pegado al marco, empujó la puerta con un dedo. Warne advirtió que se trataba de una puerta insonorizada.

Con un movimiento veloz que recordó al de una serpiente, Poole asomó la cabeza. Durante un instante permaneció inmóvil y a continuación les indicó que lo siguieran.

El interior estaba mal iluminado. Cables y cordones de diferentes grosores y colores cubrían las paredes a ambos lados de un angosto pasillo. Warne tuvo la sensación de encontrarse encerrado entre las paredes de una casa de pesadillas e intentó ver el techo del pasillo. Grupos de luces como puntos parpadeaban por todas partes. Unos seis metros más adelante, una escalerilla metálica subía hasta una pasarela que recorría la pared exterior. Los chasquidos de los interruptores y los relés sonaban en la oscuridad como insectos mecánicos, y como ruido de fondo había un tronar apenas audible.

A Warne se le encogió el corazón al ver todos aquellos cables. La convicción de que todo esto era una tontería se hizo más fuerte. No tenía ningún sentido, nunca encontrarían el router en semejante laberinto.

El ruido aumentó de intensidad hasta convertirse en un estruendo insoportable al tiempo que temblaba el suelo.

- ¡Por todos los demonios! -gritó Poole a voz en cuello-. ¿Qué es eso?

- La Máquina de los Alaridos -respondió Peccam. Sacó un pañuelo de papel del bolsillo, se sonó la nariz y guardó el pañuelo-. Los raíles pasan por debajo del nivel del parque, al otro lado de esta pared. -La señaló-. El Núcleo es como una caja alrededor del agujero. ¿Por qué cree que pusieron todos estos cables aquí? No hay ningún otro uso para este espacio.

Warne hizo una mueca y le volvió la espalda al ruido. Por encima del estruendo, le pareció escuchar unos gritos de alegría.

El grupo esperó, inmóvil, mientras el ruido disminuía hasta apagarse del todo. El silencio que siguió pareció más acentuado después del terrible rugido.

Warne miró de nuevo a Terri. Tenía los ojos muy abiertos, los labios apretados y su rostro mostraba una palidez que rivalizaba con la bata blanca.

- ¿No dijiste que eras claustrofóbica? -susurró.

- Sí. El metro, los túneles… Ni siquiera me monto en ninguna de las atracciones.

- ¿Cómo haces para estar aquí sin que te dé un ataque?

Para colmo aquí está muy oscuro.

Caminaron por el pasillo en fila india.

El Núcleo tenía la forma de un cuadrado delimitado por cuatro largos y angostos pasillos que se encontraban en ángulo recto. Poole se detuvo en la primera esquina y asomó la cabeza con mucho cuidado.

El estornudo de Peccam sonó como una bomba.

Poole se apartó rápidamente, miró furioso al técnico y se llevó un dedo a los labios.

Warne notó que se le aceleraba el pulso y tuvo que recordarse que el lugar estaba desierto. Como mucho, se encontrarían con una caja de metal con cables y luces que no debería estar allí, y eso si los acompañaba la suerte. Sin embargo, la tensión creció en el grupo hasta hacerse casi palpable, En parte, Poole era el responsable, con todas esas precauciones y su absurdo comportamiento militar. También influía el silencio, que en la oscuridad era como una presencia hostil. Además, el súbito estruendo de la montaña rusa le había puesto los nervios a flor de piel. Fuera como fuere, el grupo que siguió a Poole en su avance por la maraña electrónica lo hizo con el mayor sigilo posible.

Encontraron a un robot de limpieza que se movía lentamente junto a la pared exterior. Era poco más que una aspiradora dotada con cámaras. Warne pensó que más tarde tendría que revisar su programa.

Cuando estaban por la mitad del segundo pasillo, volvió a sonar el estruendo. Esta vez, Warne no esperó. Se apartó de la pared interior, inclinó la cabeza para apoyar una oreja contra el hombro y se tapó la otra con la mano. Vio que Terri lo imitaba. Esperaron a que el ruido se alejara y reanudaron la marcha.

En menos de un minuto, llegaron a la siguiente esquina. De nuevo, Poole asomó la cabeza. «¿Por qué tomarse la molestia?», se preguntó Warne; en la penumbra no se veía más allá de unos cinco metros. Siguió a Poole por el tercer pasillo. Comenzó a temblar. Hacía mucho frío. Solo les quedaba recorrer un pasillo más y habrían vuelto al punto de partida. Entonces se habría acabado el reconocimiento y podrían ocuparse de encontrar el router. Eso, por supuesto, si…

Absorto en sus pensamientos, Warne chocó contra Poole. El guardaespaldas se había detenido bruscamente y ahora permanecía inmóvil. Poole levantó la mano derecha, con la palma hacia delante. Warne escuchó la respiración forzada de Peccam detrás de ellos. Aguzó la vista para ver en la penumbra.

Le pareció ver una forma delante, allí donde se acababa el campo visual. La cautela de Poole era contagiosa, y se puso tenso. Ahora estaba seguro: había una figura inclinada sobre algo.

Poole avanzó con el sigilo de un gato, con la mano en alto. Warne lo siguió. La figura se hizo más clara: un hombre delgado vestido con un mono azul, sentado en una silla, con la espalda apoyada en una caja con ruedas. Tenía las orejas cubiertas con unos auriculares. Parecía estar escribiendo con la mirada puesta en una pequeña pantalla que sujetaba entre las rodillas.

El suelo comenzó a sacudirse a medida que se acercaba otro grupo de vagonetas.

Con mucha lentitud, Poole le hizo un gesto a Warne para ordenarle que retrocediera. El ruido fue en aumento, y se percibió claramente el chirrido de las ruedas contra los raíles.

Al final del pasillo, el hombre levantó la cabeza.

Poole se detuvo en el acto. Warne vio cómo el hombre echaba una ojeada al pasillo, vio el brillo de sus ojos cuando advirtió su presencia. Mientras lo observaba, el hombre comenzó a escribir de nuevo; primero despacio y después rápidamente.

Poole avanzó un paso.

El hombre del mono azul continuó mirándolos. Escribió una línea, apretó el intro, escribió de nuevo. Después, con mucha tranquilidad, metió la mano en una caja. El rugido de las vagonetas llenó el espacio como si fuese una presencia física.

Poole dio un paso más.

Instantáneamente, con una velocidad asombrosa, el hombre se levantó, y el teclado que había aguantado sobre los muslos voló por los aires. Poole gritaba a voz en cuello, pero Warne no podía oírlo en medio del estruendo. El hombre miró en derredor por una fracción de segundo, como si buscara algo. Después metió la mano en el interior del mono y la sacó.

Poole se volvió en el acto y de un empellón tumbó a Warne en el suelo. Mientras caía, Warne vio un súbito destello que alumbraba el pasillo. Poole echó a correr por el pasillo con unos movimientos que recordaban el andar de un cangrejo. El desconocido apuntó de nuevo, y se produjo un segundo fogonazo. Warne escuchó un silbido por encima de la cabeza y, en cuanto disminuyó el estruendo de la montaña rusa, la detonación de un arma de fuego. Se encogió instintivamente, la espalda apretada contra los cables de la pared. Luego se volvió hacia Terri para vigilar que estuviese protegida.

Poole y el hombre del mono azul habían iniciado una lucha desesperada, Warne vio cómo Poole descargaba dos tremendos puñetazos contra el rostro de su oponente. El hombre se tambaleó y sacudió la cabeza como si quisiera despejarse. Luego se echó hacia delante enarbolando el arma, Poole lo golpeó en la muñeca dos veces con el canto de la mano, y el arma cayó al suelo. El hombre retrocedió para adoptar una postura de arte marcial y después giró sobre sí mismo con gran rapidez para lanzar un puntapié contra el estómago de Poole. El guardaespaldas trastabilló, y el hombre prosiguió el ataque con puntapiés contra la cabeza. Poole se protegió de los golpes, momento en que el hombre aprovechó para emprender la huida y desaparecer de la vista en la siguiente esquina.

- ¡Dios mío! -gritó Terri.

Warne continuó mirando al tiempo que apretaba a Terri contra su pecho, aturdido, medio sordo por las detonaciones. La pelea había sido tan breve e inesperada que se preguntó si había ocurrido de verdad. Aunque había durado menos de diez segundos, había sido algo brutal, una lucha entre profesionales donde cada hombre había actuado con la mayor velocidad posible para incapacitar al rival. A pesar de sus aires de soldado, Poole le había parecido a Warne un tipo amable, incluso un tanto ridículo. En menos de un minuto su opinión había cambiado radicalmente.

Poole había corrido detrás del fugitivo. Ahora reapareció en la esquina y les hizo una seña para que se acercaran. A su lado, la caja donde había estado apoyado el hombre brillaba como si estuviese ardiendo. Una columna de humo escapaba por la parte superior.

Warne soltó a Terri y se levantó, con las piernas temblorosas. Le tendió una mano a la muchacha y juntos avanzaron cautelosamente por el pasillo escoltados por Peccam.

Poole había recogido el arma y la llevaba en la cintura.

- Alto -les ordenó cuando se acercaron a la esquina.

Luego le preguntó a Peccam-: ¿Adónde da esa puerta?

Warne asomó la cabeza por la esquina y vio una puerta pequeña en la pared interior del Núcleo. La puerta estaba abierta y no dejaba verlo que había más allá. En lugar de un lector de tarjetas, se cerraba con un anticuado cerrojo.

- A los raíles de la Máquina -respondió Peccam-. El Núcleo los rodea.

- ¿Hay alguna otra manera de salir de aquí?

- No a menos que camine por las traviesas de la montaña rusa. Pero es muy empinado. Los inspectores de seguridad se atan cuando inspeccionan el recorrido.

Poole vaciló. El humo acre de la caja, que flotaba hacia ellos, hizo que a Warne le ardieran los ojos. Poole se acercó a una de las estanterías y, con un tirón, arrancó uno de los rieles de soporte.

- Quiero que ponga una tranca en la puerta cuando salga -le dijo a Peccam, y le dio el trozo de metal-. No abra a menos que yo se lo diga. Si no regreso en cinco minutos, vayan a buscar ayuda. Todos. Manténganse juntos, no se separen. -Cogió la pistola, accionó el cerrojo, y después se alejó con paso rápido y decidido por el pasillo.

Warne dio un paso para seguirlo pero se detuvo cuando su pie chocó contra algo pesado. Era una bolsa grande, que casi no se veía porque estaba debajo de una estantería. Esa debía de ser lo que había buscado el hombre del mono azul. Por un extremo asomaba el cañón de un arma.

Algo se movió a su lado. Era Peccam, que también había visto la bolsa. Por un momento, ambos miraron el arma.

- Será mejor que yo la recoja -dijo Warne, con un leve titubeo.

- No, la recogeré yo -replicó Peccam.

- Yo la vi primero.

- Yo soy un empleado de Utopía.

- Sí, pero es a mí a quien quieren matar.

- ¡Eh!

Los dos se volvieron. Era Poole.

- No toquen nada. Limítense a poner la tranca en la puerta.

Se acercó a la puerta abierta con el arma preparada. Después los saludó con un gesto y desapareció en el interior.

**15.33 h.**

Poole se apartó rápidamente de la puerta, para escapar de la luz que entraba por la abertura. Allí dentro estaba más oscuro. Avanzó con la espalda pegada a la pared, atento a cualquier sonido. La luz desapareció en cuanto cerraron la puerta. Poole oyó el ruido del metal cuando Peccam colocó la tranca.

Avanzó unos pocos pasos más, con el arma preparada. No creía que el hombre tuviese una segunda pistola, pero no pensaba correr el riesgo. Lo aprendido en años de entrenamiento guió sus acciones. Respiró varias veces lenta y profundamente, atento a lo que pudiese estar oculto en la penumbra.

Poco a poco, su visión se acomodó a la poca luz. Se encontraba en el interior de una enorme caja, limitada por los cuatro costados por las paredes interiores del Núcleo. Delante distinguió una maraña de pilares de acero, que se elevaban desde los cimientos, asentados en el suelo de cemento, hasta formar una compleja estructura de vigas traviesas. Muy arriba vislumbró un pequeño círculo de luz: la abertura por donde las vagonetas de la montaña rusa pasaban brevemente por debajo del nivel del parque. Mientras permanecía inmóvil con la espalda contra la pared, le pareció oír una canción o unas risas que llegaban desde el Paseo. Allí, en la oscuridad, sonaba como algo muy lejano, como proveniente de un reino de sueños.

Apartó la mirada del círculo de luz. Lo que necesitaba en esos momentos era la oscuridad.

Comenzó a moverse sigilosamente, amortiguando las pisadas alerta al paisaje monocromático que tenía delante. No tenía claro por qué el hombre del mono había entrado allí.

Sin duda la aparición del grupo lo había pillado por sorpresa, pero aun así había continuado trabajando mientras ellos se acercaban. Eso significaba que el tipo tenía agallas, que no era un pirata informático como los demás. Poole se preguntó qué podía ser tan importante para que el tipo demorara la fuga y siguiera escribiendo.

Pero nada de eso era relevante por el momento. Lo importante era que el tipo no era de los que se asustaban fácilmente. Había entrado allí con un propósito concreto.

Poole continuó avanzando con cautela. Si oía un ruido de estática, o cualquier cosa que sonara como una radio, entonces no tendría más alternativa que pasar a la acción. En caso contrario, lo mejor era mantenerse en las sombras y esperar hasta…

El infierno que se desató a su alrededor lo pilló absolutamente desprevenido. Las vigas de acero se sacudieran y una onda expansiva le machacó los tímpanos. Se agachó al tiempo que se protegía el rostro. El ruido semejaba una tremenda descarga de artillería. De pronto se vio rodeado por una lluvia de chispas; gritos de alegría resonaron en la caja cuando las vagonetas de la montaña rusa llegaron al final de la bajada por encima de su cabeza y después se elevaron con una estela de gritos, risas y maldiciones.

Una vez más, reinó el silencio en la oscuridad. Poole se levantó. ¿Por qué las chispas? Debía de tratarse de algún efecto especial. En cualquier caso, al cabo de sesenta segundo; aparecería otro grupo de vagonetas, que además del estruendo iluminaría la zona. Tendría que buscar un lugar donde no resultara tan visible.

Se ayudó con los codos para apartarse de la pared y avanzó, encorvado, de un pilar a otro, con el arma preparada. Algo crujió debajo de sus pies y maldijo, al tiempo que se escondía detrás de una columna. Por encima de su cabeza, los gigantescos raíles dobles de la montaña rusa bajaban casi en picado. Los raíles tenían un brillo mortecino en el aire cargado de humedad.

Poole aprovechó la ventaja de la protección de la columna para mirar en derredor, atento a cualquier ruido. ¿Qué demonios estaba haciendo el tipo?

Intentó ponerse en el lugar del otro. El pirata no esperaba que aparecieran sin más. Era imposible que supiera que se habían sorprendido tanto como él al descubrir que había

alguien más allí. Por lo tanto, seguramente creía que había sido intencionado. No podía saber a cuántos se enfrentaba o si se acercaban por los dos lados.

Esa era la razón. El tipo había creído que estaba rodeado. Así que se había metido allí dentro.

Pero aquello era un callejón sin salida. Si el tipo tenía la intención de salir, el único camino sería subir.

Esta vez la conmoción no lo pilló por sorpresa. Se aplastó contra la columna y agachó la cabeza para no ver el descenso de las vagonetas. De nuevo, el estruendo lo envolvió como una manta. Las chispas saltaron de las ruedas, y por unos segundos Poole vio el suelo iluminado. Se llevó una sorpresa. Estaba rodeado por una gruesa capa de basura: pendientes, horquillas, gorras, gafas, monedas. Una dentadura postiza brillaba en un pequeño charco de aceite. Por un momento se preguntó de dónde había salido toda esa basura. La respuesta se le ocurrió en el acto: todas estas cosas se les habían caído a los pasajeros de las vagonetas.

En el momento en que las vagonetas comenzaron a subir y el terrible estruendo disminuyó, miró hacia lo alto. A la débil luz de las chispas creyó ver una figura cercana con las manos por encima de la cabeza. En cuanto se apagaron las chispas, la figura permaneció inmóvil, sin bajar las manos.

Poole se ocultó de nuevo detrás de la columna. Era el hombre del mono azul, que trabajaba en algo y para hacerlo necesitaba luz.

Comenzó a contar los segundos que faltaban para que el próximo grupo de vagonetas se lanzara sobre ellos. No se permitió ningún movimiento, ni siquiera un parpadeo: también el hombre estaría vigilante.

Allí llegaba de nuevo: el temblor que parecía comenzar en las tripas para después extenderse por las piernas y los brazos. El tronar fue en aumento, y a continuación aparecieron las vagonetas.

Cuando el ruido llegó a su punto máximo, Poole asomó la cabeza por detrás de la columna de acero. Allí estaba el hombre, iluminado por las chispas. Vio cómo giraba los antebrazos, como si estuviese atornillando algo.

Mientras Poole lo miraba, el hombre acabó y se apartó rápidamente.

Poole ya no necesitaba espiar más. Había reconocido los movimientos. Ahora sabía, con toda claridad, cómo planeaba el hombre salir de allí.

Sin pensarlo dos veces, metió la pistola en la cintura del pantalón y echó a correr hacia el lugar donde había estado el hombre. Levantó los brazos y comenzó a palpar los raíles en una búsqueda desesperada. Aquí estaba: la textura elástica del explosivo plástico. Lo sujetó con las dos manos y comenzó a palparlo con los dedos, buscando.

El tremendo golpe en la sien lo pilló desprevenido y lo derribó. La pistola se soltó de su cinto y desapareció de la vista. El hombre se lanzó a buscarla. Poole se levantó y de nuevo se dedicó a buscar el detonador; esta vez tuvo éxito.

Escuché un ruido como si palparan el suelo.

Lenta y suavemente, Poole sacó el tubo de la carga, con la respiración contenida hasta que vio salir el extremo final. Después se volvió para arroja el detonador lo más lejos posible.

Llegó otro grupo de vagonetas, y gracias a las chispas vio al hombre que se movía a gatas a unos pocos pasos de distancia, empeñado en buscar el arma. Poole se lanzó sobre él, pero

el hombre se apartó con la agilidad de un gato, se levantó de un salto y emprendió la huida.

Poole lo siguió, guiado por el ruido de las pisadas, aunque sin olvidar la precaución de ir de una columna a otra. Un mínimo atisbo le permitió descubrir la posición del fugitivo. Poole se desvió hacia él y se zambulló para sujetarlo por las rodillas; ambos cayeron al suelo hechos un ovillo. El hombre comenzó a dar puntapiés, pero Poole se mantuvo a un lado, al tiempo que descargaba un puñetazo tras otro contra la cara de su rival hasta que el hombre soltó un gemido y se quedó inmóvil.

- Te pillé -exclamó Poole, y se apoyó en una columna para recuperar el aliento.

A lo lejos se oyó una explosión seguida por un destelo y una nube de humo, cuando estalló el detonador. Poole no se molestó en volverse. Una vez más, se repitió el estruendo de las vagonetas. No hizo caso. Continuó apoyado en la columna y siguió respirando lenta y profundamente hasta que volvió el silencio.

**15.40 h.**

Para Warne, la antesala del Centro de Seguridad de Utopía se parecía más a un parvulario que a un puesto de mando. Las sillas de plástico de color rojo, azul y amarillo, el resplandeciente suelo de mosaicos y el gran reloj analógico cubierto con una malla metálica le conferían un aspecto de alegre solidez institucional. Incluso contribuían a ello los carteles que proclamaban el récord de seguridad del parque mostraban un diagrama de las salidas de emergencia. Como era habitual en Utopía, todo respondía a un cuidadoso diseño. Al fin y al cabo, la mayoría de las personas que iba allí eran visitantes: víctimas de los carteristas, padres que buscaban a sus hijos perdidos, adolescentes retenidos por conducta indebida. Era importante que el Centro de Seguridad fuera un lugar agradable. No había sido pensado para albergar criminales.

Warne dejó de mirar las paredes y observó a quienes lo rodeaban. Terri Bonifacio estaba sentada a su lado, A la derecha de Terri se encontraba Peccam, que buscaba con mucho cuidado dentro de la pesada bolsa que habían encontrado en el Núcleo. Allocco conversaba con Poole. Apoyó un brazo sobre los hombros de Terri.

- ¿Estás bien?

- ¿Yo? Me han acusado, perseguido, disparado, y el día aún es joven. ¿Por qué no voy a estar bien?

Warne la atrajo hacia él afectuosamente.

- Todo ha sido culpa mía. Lamento haberte involucrado en esto.

- Eh, no te engañes. Es mucho más divertido que programar robots y revisar códigos. -Sonrió, pero su sonrisa no traslucía la habitual travesura.

Warne se volvió hacia Allocco. Sabía que era su obligación escucharlo. Pero, como acababa de decir Terri, la tarde había tomado un carácter hasta tal punto surrealista que se sentía libre de cualquier guión normal. Como si se tratara de un sueño, tenía la sensación de que podía hacer o decir cualquier cosa, por inesperada o escandalosa que fuese, y que la situación se acomodaría automáticamente a…

Vaya, ya comenzaban de nuevo. Se forzó a escuchar.

- ¿Me está diciendo que ese tipo lo hizo todo solo? -preguntó Allocco.

- Así es. Ya habían colocado una considerable carga debajo de los raíles de la montaña rusa. Una de las varias, sin duda, que deben de haber distribuido previamente por el parque. ¿Me sigue?

El rostro de Allocco tenía un color grisáceo, pero asintió.

- Continúe.

- Verá, cuando este tipo creyó que había caído en una emboscada, corrió al interior, donde esta la estructura de soporte de los raíles. Había dejado caer el arma y no había tenido tiempo para hacerse con otra. Pero tenía un detonador. Su intención era montar la carga y después ponerse a cubierto hasta que estallara al paso del siguiente grupo de vagonetas.

- Poole se encogió de hombros-. Esperaba escapar en la confusión posterior.

- Demonios, hay que tener mucha sangre fría -afirmó Allocco con un tono de incredulidad-. Cada grupo de vagonetas transporta a ciento veinte personas.

Se hizo el silencio mientras pensaban en lo que podrían haber sido las consecuencias.

- Todo esto me tiene un poco desconcertado -comentó Allocco con la mirada puesta en Warne-. Creía haber entendido que usted buscaba un aparato. ¿Nos engañó deliberadamente? ¿Creyó que no lo dejaría ir si nos decía la verdad?

Warne sacudió la cabeza.

- No. Fue algo muy astuto. El tipo montó un puesto de mando remoto y lo disimulo como si fuese nada más que un router. Uno entre un millar. Nadie que buscase a un intruso habría podido encontrarlo. Si no hubiera conseguido descifrar parte del código, cosa que me permitió saber que debía buscar… -Hizo una pausa-. Así y todo, en gran medida fue pura suerte.

- Ya veremos hasta dónde nos acompaña la suerte cuando John Doe se entere de que hemos capturado a uno de sus compinches. Si es que no lo sabe ya.

Warne miró al jefe de Seguridad, intrigado.

- ¿A qué se refiere?

- Mientras ustedes estaban en el Núcleo jugando al escondite, hemos perdido las imágenes de todas las cámaras de vigilancia.

- ¿Perdido? ¿Qué quiere decir con perdido?

- Ninguna de las cámaras instaladas en el parque y en el subterráneo funciona. Los únicos lugares que no han sido afectados son los casinos, que disponen de su propio circuito de vigilancia cerrado, y el nivel C, debajo de nosotros. Nos hemos quedado ciegos.

- Vaya por Dios. -Poole silbó por lo bajo.

- Creo que eso se lo tenemos que agradecer a nuestro Amigo -dijo Warne. Recordó el momento en que habían descubierto la presencia del hombre en el Núcleo y cómo los había mirado sin interrumpir el tecleo-. Escribió una orden después de vernos.

- No se le puede negar el mérito de ser un tipo con agallas -opinó Poole.

- Lo único que tendrá de mí será un billete de ida a la penitenciaría de Nevada -replicó Allocco-. ¿Ha dejado alguna pista? ¿Podemos utilizar su equipo para deducir qué hizo e intentar reparar los daños?

Warne sacudió la cabeza.

- Tenía oculto un ordenador portátil de última generación en la caja, pero lo había preparado de tal manera que lo destruyó antes de emprender la huida.

- Un artefacto incendiario -añadió Poole-. Fundió todo lo sólido.

- Vaya. Así que estos chicos siguen dos pasos por delante de nosotros en todo lo que hacemos. -Allocco miró a Peccam-. ¿Qué has encontrado, Ralph?

El joven tenía las manos metidas dentro de la bolsa.

- Vamos a ver. Hay una radio de recambio. -La sacó y la dejó sobre una mesa de centro-. Pero tiene un codificador, así que no nos sirve de nada. Cables, pinzas y cosas por el estilo. Unas cincuenta pastillas de Nicorette. Hay algunas cosas que no sé que son. -Les mostró algo que parecía una mecha.

- Cordón detonador -exclamaron Allocco y Poole al unísono.

- Cordón detonador. Un par de bocadillos de mantequilla de cacahuete y gelatina.

Poole se acercó para coger uno de los bocadillos, le quitó el envoltorio y separó las rebanadas de pan.

- Mantequilla con trozos. Una excelente elección.

- Continúa -le dijo Allocco al técnico.

- También hay esto. -Peccam les mostró un objeto de plástico negro con tres botones: dos grises, uno rojo. Tenía el aspecto de un mando a distancia más grande de lo normal.

- ¿Qué es eso?

- Un transmisor de infrarrojos. Reforzado para una transmisión a larga distancia. -En el rostro de Peccam apareció una expresión de intriga.

- ¿Y?

- Bueno, no tiene sentido. Me refiero a reforzar el alcance de un transmisor de infrarrojos.

Allocco exhaló un suspiro.

- Solo quiero una explicación -dijo, impaciente.

- Verá, básicamente hay dos tipos de controles remotos: el de infrarrojos y el de radiofrecuencia. Lo habitual es utilizar el de radiofrecuencia por su mayor alcance. -Sopesó el cilindro negro-. Pero este transmisor de infrarrojos lo han reforzado para que tenga un alcance superior a cualquiera de radiofrecuencia. Debe de tener un alcance de casi un kilómetro. Es un juguete muy caro. Pero, como he dicho, no tiene sentido. Con uno de radiofrecuencia se puede transmitir a través de las paredes. En cambio, con uno de infrarrojos como este se puede llegar más lejos, pero es necesario que no haya obstáculos. Por lo tanto, ¿por qué molestarse en preparar un transmisor de tanta potencia si uno necesita verlo que apunta?

En el silencio que siguió a las palabras del técnico, Warne miró a Poole. El hombre parecía preocupado.

- Gracias por la lección -dijo Allocco-. ¿Alguna cosa más?

- No. Ah, sí, hay otra cosa. -Peccam metió la mano en la bolsa y sacó un arma con mucho cuidado. Era una metralleta, con la culata de madera y un cargador doble. En la boca del cañón tenía atornillada una pieza de metal cónica.

- Una Heckler SC Koch MPSSD -manifestó Poole, con un tono de aprobación-. Si se usa munición subsónica, es tan silenciosa que prácticamente no se oye la detonación; lo único que se oye es el chasquido del cerrojo, y a veces ni eso.

Nadie hizo ningún comentario. Permanecieron inmóviles, con las miradas fijas en el arma. Finalmente, Allocco se levantó.

- Será mejor que vaya a ver a nuestro amigo, aunque dudo que haya dicho gran cosa desde que me marché. No se puede decir que sea muy conversador.

- Me gustaría acompañarlo -dijo Poole.

- ¿Por qué? -preguntó el jefe de Seguridad.

- ¿Por qué no?

Allocco soltó un bufido. Después se volvió hacia el técnico de vídeo.

- Peccam, guarda todo eso y vigila a estos civiles por mí.

Poole miró a Allocco cuando se marchaba.

- Me parece que no le caigo bien al camarada Allocco -comentó con un tono amable mientras se levantaba-. Me pregunto por qué será.

«Yo también», pensó Warne, que se levantó dispuesto a seguirlo.

Luego miró a Terri por encima del hombro. La muchacha estaba sentada muy erguida, con las manos apoyadas en las rodillas.

- ¿Te importa esperar aquí?

- ¿Estás de broma? Odio las celdas más de lo que detesto los armarios cerrados.

- No tardaremos en volver -prometió.

Dejó a Terri con Peccam, que estaba guardando la metralleta en la bolsa con mucho cuidado.

Utopía solo contaba con una celda al final de un pasillo, y no se podía considerar de alta seguridad. Era una pequeña habitación, con una reja y un camastro atornillado a una de las paredes acolchadas. Un grupo de guardias apostado en el vestíbulo vigilaba la celda.

- ¿Lo han registrado a fondo? -preguntó Allocco.

- Sí, señor -respondió uno de los guardias, un joven de cabellos oscuros. La placa de bronce enganchada en el bolsillo izquierdo de la camisa llevaba su nombre: Lindbergh-. No tiene billetero, ninguna tarjeta de identificación, ni dinero. Nada de nada. Está limpio.

- Bien. Por favor, abra la puerta.

Warne, que había llegado el último, espió cautelosamente por encima del hombro de Poole. El pirata, como había comenzado a llamarlo, estaba acostado en el camastro. Aún vestía el mono azul, pero le habían quitado del cuello la insignia de los electricistas. Era joven, nervudo, moreno, y llevaba los cabellos negros recogidos en una cola de caballo. Le pareció que tenía aspecto de ser sudamericano. Tenía las piernas cruzadas en los tobillos y los dedos, manchados de nicotina, entrelazados detrás de la nuca. Las marcas de los puñetazos en su rostro comenzaban a adquirir un color morado. Miró al grupo sin el menor interés.

Allocco se acercó al camastro y se cruzó de brazos.

- Muy bien. Lo probaremos de nuevo. ¿Cómo se llama?

Silencio.

- ¿Dónde está el resto de sus hombres?

Silencio.

- ¿Cuántas cargas explosivas han colocado y dónde están ubicadas?

El hombre cerró los ojos y se movió para ponerse más cómodo.

Allocco se balanceó sobre los talones, dominado por la frustración.

- La policía viene hace aquí. Está metido en la mierda hasta el cuello. Si coopera con nosotros, quizá consiga salir bien parado. Vamos a intentarlo otra vez. ¿Dónde están las demás cargas explosivas?

La pregunta recibió la misma respuesta que las anteriores.

El jefe de Seguridad se volvió.

- ¿Le importa si lo intento? -preguntó Poole.

- ¿Qué piensa hacer? -replicó Allocco, furioso-. ¿Clavarle astillas debajo de las uñas? ¿La picana eléctrica?

- Solo quiero hablar con él, nada más.

Allocco exhaló otro suspiro. Después invitó a Poole a entrar con un gesto.

Warne observó cómo Poole se arreglaba la chaqueta y se acomodaba la gorra. Pero Poole no se movió. Permaneció donde estaba y le habló al detenido desde la reja.

- Lamento la paliza -comenzó-, pero ya sabe cómo son estas cosas. No podía permitir que continuara rompiendo cosas y le estropeara la diversión a la gente. No habría hecho mi buena acción del día como un buen niño explorador.

El hombre no hizo ningún comentario ni abrió los ojos.

A Warne le pareció que se acentuaba la atmósfera surrealista, Unos pocos minutos antes, estos dos hombres se habían atacado con una furia asesina. Ahora uno estaba acostado tranquilamente mientras que el otro le hablaba con un tono amable y comprensivo.

- Creo que le cuesta decirme su nombre. No tiene importancia -prosiguió Poole-. Lo llamaré Bandido Doce.

El hombre abrió los ojos y miró el techo.

- No es más que un nombre, pero evidentemente no es Bandido Uno ni Bandido Dos. Yo diría que está en el escalón más bajo. Así que ¿cuántos son? ¿Doce?

El hombre cerró los ojos.

- No, no lo creo. Su jefe parece un tipo listo. Yo diría que tiene una fuerza pequeña. Cinco hombres, quizá media docena. Utopía es un lugar muy grande, y nadie se esperaría un número reducido. Un grupo pequeño y muy experimentado, donde cada uno tiene un papel preciso. Claro que el plan tiene que ser muy bueno, estudiado hasta el último detalle. Necesitaban tener todos los explosivos colocados antes de empezar, pero no con demasiada anticipación. No podían correr el riesgo de que alguien encontrara por accidente alguno de sus pequeños regalos.

Esta vez el hombre abrió los ojos para mirar a Poole.

Poole se echó a reír.

- ¿Qué tal lo hago?

El hombre desvió la mirada.

- Por supuesto, es imposible meterse en el sistema a solas. Necesitaron contar con alguien en el interior. No, si esto lo hiciera yo, contaría con dos. Tendría a un empleado del montón, a alguien a quien sobornar para que hiciera los recados, y después a algún ejecutivo. -Poole asintió, mientras se arreglaba el cuello del polo-. Sí. Ese sería el galante caballero con la resplandeciente armadura. Él conocería cómo funciona todo, sabría cómo esquivar los sistemas de protección, eludir las defensas naturales del parque. Pero él, o ella, no necesitaría ensuciarse las manos. Nadie le prestaría atención.

El hombre continuó con la mirada fija en la pared, los labios apretados.

- La verdad es que da un poco de pena. -Poole sacudió la cabeza-. Porque, al final del día, siempre es Bandido Uno quien queda limpio y Bandido Doce el que paga las consecuencias. ¿No le parece que es lo que ya esta sucediendo?

Se hizo un silencio. Poole miró a Warne y le hizo un guiño.

El silencio se prolongó.

- Bueno, se acabó -dijo Allocco, con un toque de sarcasmo en su tono impaciente-. Todo el mundo ha intervenido ya. ¿Le queda alguna pregunta por hacer, Lindbergh, o a usted, doctor Warne?

Al escuchar este último nombre, el ocupante de la celda sufrió una notable transformación. Había estado acostado, al parece muy tranquilo, sin preocuparse en absoluto por las preguntas. Ahora se sentó en el camastro y su mirada buscó en el grupo hasta dar con Warne.

- ¡Warne! -gritó-. ¡Usted! ¡Usted es quien lo jorobó todo! ¡Maldito entrometido! -Saltó del camastro.

La respuesta de Poole fue instantánea. Se lanzó sobre el hombre, lo empujó con el hombro para estrellarlo contra la pared y le clavó el codo en la garganta. El hombre soltó un grito ahogado y Poole se apartó. El pirata se desplomó sobre el camastro.

Durante unos momentos, el hombre no hizo más que toser y masajearse la garganta. Poole retrocedió hasta el umbral al tiempo que le indicaba a Warne que se mantuviese detrás.

El pirata miró a Warne. El ataque de cólera desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido, y ahora afloró a su rostro una sonrisa desdeñosa. Tenía los dientes amarillos por el tabaco.

- Lo sé todo de usted -dijo-. Vi cómo intentaba descubrir qué le pasaba a su programa de tres al cuarto. -Soltó una carcajada-. Por cierto, el código es patético. El que le enseñó hizo un pésimo trabajo.

Mientras lo escuchaba, Warne se dio cuenta de que, a pesar de sus facciones mayas, el hombre tenía un acento puro norteamericano.

- No tiene ni puñetera idea de lo que esta pasando. Pero no dejó de insistir. Como si pudiese hacer algo. -Se rió de nuevo-. Pues ¿sabe qué? Está bien jodido. Todos ustedes.

Volvió a entrelazar los dedos detrás de la cabeza, cerró los ojos y ya no dijo nada más.

**15.40 h.**

La llamada llegó cuando Sarah Boatwright se despedía de los supervisores después de mantener una reunión urgente. Habían entrado hacía solo treinta minutos: algunos

impacientes y preocupados, otros agitados e inseguros. Sarah había cancelado la habitual reunión del mediodía, y los rumores no habían dejado de circular entre los cargos administrativos superiores. ¿Qué había pasado en la Torre del Grifo durante el espectáculo de las 13.20? ¿Cómo se había producido el fallo en Aguas Oscuras? ¿Por qué se había ordenado una alerta de Seguridad? Sarah había descartado todas estas preguntas con lo que esperaba que hubiese sido una convincente muestra de tranquilidad: las crisis habituales, nada que se apartara mucho de la normalidad. Después había preguntado cuál era la situación actual, con el aliento contenido ante la posibilidad de que le informaran de alguna otra fechoría de John Doe. Pero todos los informes habían sido de incidentes de escasa importancia. Desperfectos en los lavabos de damas en Poor Richard's, la sala de fiestas de Camelot. Quejas del comportamiento de un acomodador en la montaña rusa de la Carrera de Obstáculos y el aviso del personal del aparcamiento de que, una vez más, se las habían tenido que ver con un abogado que buscaba clientes en la estación del monorraíl.

Sarah los escuchó a todos y después los despidió amablemente con la excusa de que tenía una reunión urgente. Los observó mientras recogían sus carpetas y abandonaban el despacho. Había sido muy fácil tranquilizarlos. Querían creer, porque la alternativa era impensable. Para los supervisores de Utopía, el buen funcionamiento del parque era tan importante como la vida misma. Se preguntó si alguna vez encontraría la manera de decirles la verdad, si es que la pesadilla llegaba a su final.

Grace, su secretaria administrativa, asomó la cabeza por la puerta.

- El señor Emory al teléfono, señorita Boatwright. Tengo su pasaje en mi mesa.

Emory, pensó Sarah. Acababa de hablar con él hacía solo media hora. ¿Qué querría ahora, cuando la entrega aún no…?

Advirtió que la secretaria permanecía en la puerta.

- Perdón, ¿qué pasaje?

- Su pasaje de avión. Para San Francisco.

- Por supuesto. Gracias, Grace. -Sonrió, mientras esperaba a que se cerrara la puerta. Se había olvidado totalmente de la convención.

La sonrisa se esfumó en cuanto se cerró la puerta. Cogió el teléfono.

- ¿Señor Emory?

- Estoy aquí, Sarah. Hay algo que necesita saber. Con todas estas nuevas incidencias que me comunicó… Bueno, la junta está fuera de sí.

- ¿La junta?

- Después de nuestra última conversación, convoqué a la junta a una reunión de emergencia.

Sarah esperó. Era muy propio de Emory. Incapaz de tomar una decisión en un momento crítico, había convocado a la junta para que lo respaldara. Ahora había doce personas que discutían frenéticamente, hacían juicios a larga distancia, daban órdenes contradictorias y complicaban todavía más la situación.

- Tenían que saberlo, Sarah. Usted está en primera línea, y siento mucho que lo esté, pero en última instancia la junta será la responsable de lo que ocurra. De lo que ha ocurrido. Sinceramente, me sorprende el comportamiento de Bob Allocco. ¿Aún está usted absolutamente segura de que el no…?

- Sí, señor Emory. Yo tomé la decisión, y…

- No es necesario que me dé explicaciones, Sarah. Lo hecho, hecho está. Sé que actuó en defensa de los intereses del parque. Pero con todas estas demoras, los heridos y, sobre todo, las dos muertes, la junta reclama que se actúe. No quieren aparecer como si se lavaran las manos y dejar que esto se descontrole.

- Señor Emory, ya se lo he explicado. No estamos mano sobre mano. La entrega se hará a las cuatro. Estamos muy cerca de acabar con todo este asunto. john Doe dijo…

- Lo sé. Pero el tal John Doe parece ser un tipo voluble, quizá inestable. La pérdida de las cámaras de vigilancia compromete seriamente la seguridad del público. No podemos correr ningún riesgo.

Sarah abrió la boca dispuesta a protestar. Sin embargo, consciente de que ella tenía su parte de responsabilidad en la decisión tomada por Emory, optó por continuar callada.

- Lamentablemente, no hay una opinión unánime en la junta, aunque es una decisión adoptada por la mayoría. Seguiremos adelante, utilizaremos los códigos de acceso para copiar un segundo disco. Pero no podemos esperar más que otra media hora. Si la situación no se resuelve en ese plazo, llamaremos a los federales.

- ¿Los federales?

- Cuanto más se prolongue este episodio, mayor es el peligro. La junta considera que, si no se resuelve esta situación de inmediato, Utopía pasará el punto sin retorno. No habrá manera de evitarla mala prensa. Si ocurre una calamidad, es mejor que la policía tenga parte de la culpa. ¿Está claro?

Sarah se mordió el labio inferior.

- Muy claro, señor.

- Media hora, Sarah. Tenga mucho cuidado. Que Dios los proteja a todos -dijo Emory, y colgó.

**15.45 h.**

Sentado a la sombra de la marquesina de la terraza de Chumley's, uno de los cafés de Luz de Gas, John Doe se entretenía leyendo un ejemplar del Times de Londres de 1891. Estaba de muy buen humor, tanto que le resultaba imposible no saludar a los visitantes que desfilaban delante de su mesa. La mayoría paseaba desde Soho Square, donde se hallaban las tiendas más elegantes, hasta la Revista de Mayfair, donde se ofrecían espectáculos en vivo. «Hola», les decía, sonriente. Algunos lo miraban extrañados y aceleraban el paso. Pero la mayoría sonreía y le devolvía el saludo. Era realmente notable el poder transformador de Utopía, casi como una droga.

Sí, esa terraza era un lugar encantador; el sitio ideal para relajarse antes de una cita. El té de Chumley's lo había decepcionado, así que había pedido café, que era bueno. Tendría que preguntarle a Sarah Boatwright cuál era el bar que le servía aquel delicioso té de jazmín. En breve tendría la oportunidad.

El camarero, un hombre alto vestido con un traje de mezclilla y corbata, se acercó a la mesa.

- ¿Qué tal otra taza?

- Será un placer -respondió John Doe con una sonrisa, mientras pasaba una página del periódico.

El camarero lo observó con una expresión risueña.

- Qué buena cara traes, colega.

- Pues sí, soy un hombre que disfruta con su trabajo.

John Doe miró al camarero, que se alejaba entre las mesas con manteles blancos. El acento del tipo era muy bueno, aunque un auténtico cockney probablemente lo habría criticado.

Así y todo, era más que aceptable. Para john Doe, Luz de Gas era el más agradable de todos los Mundos. En Camelot no había más que disfraces estridentes y exhibiciones marciales, mientras que Calisto tenía una pátina posmoderna que le ponía los nervios de punta. Luz de Gas era mucho más civilizado y, a su juicio, la única pega era Piccadilly, con toda; aquellas tiendas de camisetas y baratijas. Este pequeño café era todo un hallazgo. Discreto, acogedor y muy cerca de los espejos holográficos. Mientras miraba en derredor, descubrió primero una cámara de vigilancia, y después otra, muy bien disimuladas. Afortunadamente, ninguna de las dos funcionaba. El buen humor de John Doe se acentuó, y más todavía al ver que el camarero se acercaba con otra taza de café.

- Servido el caballero -dijo mientras dejaba la taza con un floreo-. Que le aproveche.

- Gracias. -John Doe apartó el periódico-. No está mal el «bareto» -dijo, con el mismo acento del camarero. Mucho mejor que los puestos de fritanga que hay más allá.

- No nos va nada mal -reconoció el camarero.

John Doe sostuvo la taza entre las dos manos.

- Así y todo, joroba un poco la llovizna.

- ¿Le hace al caballero una mesa en el interior?

- No, demasiados guiris. Aunque no me importaría echarle un vistazo a la carta.

- Correcto. ¿Un papeo completo o solo algo para picar?

- El hombre sonrió. Disfrutaba con el desafío-. ¿Qué tal vamos de pasta?

- De momento, nada mal. Sea un buen chico y tráigame la carta.

- Dicho y hecho -respondió el camarero y se marchó.

John Doe bebió un sorbo, saludó a algunos más y dejó la taza en el plato. Más allá de la marquesina, llovía de nuevo. En realidad no era tanto una lluvia sino una bruma, que apenas si humedecía las calles y suavizaba el entorno. Doe sabía que las lluvias en Luz de Gas no tenían un horario, sino que estaban determinadas por una serie de condiciones: el número de personas; la temperatura ambiente; la luz en el cielo real por encima de la cúpula de Utopía, ahora oscurecido por la espesa niebla londinense. Observó a las personas que corrían a refugiarse en los portales y debajo de los toldos, a esperar que cesara. Nunca parecía durar más de noventa segundos. En ese mismo momento había comenzado a disminuir y el público volvía a las calles, y las voces y las risas sonaban de nuevo.

La verdad era que todo había sido decepcionantemente fácil. Incluso el tropiezo que acababan de comunicarle era de escasa importancia. Era algo que estaba previsto. Exhaló un suspiro, como si se lamentara. Aquel era su último trabajo; había esperado que fuese un verdadero reto, que le deparara algunas sorpresas. Al menos, así habría tenido la oportunidad de ejercitar su intelecto. Algo interesante para recordar en su retiro. Pero no;

lo habían privado de ese deleite. Observó a la gente que pasaba, totalmente ajena, feliz. Como ovejas. De no haber estado de tan buen humor habría sentido desprecio por todos ellos y sus debilidades; por una en particular: la bondad humana.

Había llegado la hora de ocuparse de la contingencia. Dejó el periódico sobre la mesa, sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó un número.

- Ah -dijo cuando atendieron-. Ahí está.

La voz de su interlocutor era baja, furtiva, y no obstante se apreciaban claramente el nerviosismo, la irritación y la incertidumbre.

- Ya era hora de que llamara. Esto no funciona de acuerdo con lo planeado, y no me gusta.

- ¿No funciona de acuerdo con lo planeado? ¿Cómo, exactamente?

- Ya se lo dije. -La voz era ahora apenas un poco más que un susurro-. Lo sucedido en la Torre del Grifo y en Aguas Oscuras. Se suponía que nadie resultaría herido. Y la muerte del guardia en el Viaje Galáctico. Dios mío, ¿por qué tuvo que matarlo?

- No había otra alternativa.

- Han ocurrido demasiadas sorpresas muy desagradables. Tibbald no ha regresado de la entrega. Me preocupa que haya decidido largarse.

John Doe bebió otro sorbo de café, cogió la carta que le ofrecía el camarero y lo siguió con la mirada cuando se alejó.

- Yo no me preocuparía por Tibbald. Estoy seguro de que aparecerá.

- ¿Qué es eso de una segunda entrega? Es del todo inaceptable, nunca figuró en el plan.

- Quizá sí, o quizá no. Ahora mismo eso carece de importancia. -La voz de John Doe perdió parte de su tono alegre-. Lo importante es que Cascanueces ha dejado de transmitir.

- ¿Por qué? ¿Qué está pasando? -La incertidumbre en la voz se hizo más pronunciada.

- No estoy seguro. Quizá alguien se lo encontró por casualidad o como consecuencia de alguna circunstancia no prevista. Me inclino a creer que es obra de nuestro inesperado huésped, Andrew Warne, que no ha dejado de meter las narices donde no debía. En cualquier caso, Cascanueces acabó con las cámaras de vigilancia.

- Lo sé.

- Eso confirma que completó su trabajo en la planta alta y que no podemos contar con él para los preparativos en el sótano. Usted tendrá que ocuparse personalmente de su parte. ¿Está claro?

- Comencé en cuanto me comunicaron que no funcionaban las cámaras. Acabaré en cuestión de minutos.

- Bien. -El problema se había solucionado con una facilidad casi deprimente-. Adelantaremos ciertos acontecimientos para compensar cualquier pérdida de control. Así y todo, nos queda un tema pendiente. Su amigo, Warne. Cascanueces lo rastreó, y fuimos a hablar con él. Pero aparentemente otra persona llevaba el distintivo de Warne. También probamos en el lugar que nos mencionó, el laboratorio de robótica. No había nadie.

- No puedo ayudarlo. Estoy aquí desde hace una media hora. No sé dónde puede estar.

- Entonces necesitamos saber dónde está. Este es el último acto de nuestra pequeña representación. Necesitamos convencerlo de que por su propio bien deje de entrometerse.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

- ¿Me promete que nadie más resultará herido?

- Por supuesto.

- No estoy dispuesto a aceptar dinero sucio. No tiene ningún sentido seguir con esto si tienen que producirse nuevos actos violentos.

- ¿Ningún sentido? -La voz de John Doe cambió radicalmente, se volvió desdeñosa, amenazadora. Incluso cambió un poco el acento-. Le advierto: no se pase de listo conmigo. Las expresiones de altruismo me provocan náuseas. Todo lo que hacemos es para obtener un beneficio. Usted, amigo mío, no es la excepción. Afirmar lo contrario solo es engañarse a sí mismo. ¿Necesito recordarle de quién fue la idea? ¿Quién nos llamó? ¿Necesito recordarle, además, las consecuencias de los escrúpulos de última hora? Recuerde con quién me encontraré dentro de unos pocos minutos.

Esta vez la pausa fue más larga.

- Dentro de unos minutos -añadió John Doe, y de nuevo su voz sonó amable- tendremos lo que hemos venido a buscar…

Por fin, su interlocutor rompió el silencio.

- Warne tiene una hija -dijo con voz ahogada-. Se llama Georgia. Está en el centro médico.

Doe enarcó las cejas.

- ¿Sí? Eso es muy interesante.

- Recuerde su promesa.

- Recuerde usted la suya. Venga, coraje. Dentro de cuarenta y cinco minutos nos habremos marchado.

Doe cortó la comunicación, se guardó el teléfono en el bolsillo, bebió un sorbo de café y reanudó la lectura del periódico.

En un austero despacho muy por debajo del Chumley's Café, se escuchó un chasquido cuando colgaron el teléfono. La mano que lo había colgado lo retuvo por un momento como si quisiera evitar cualquier otro sonido. Luego se movió a través de la mesa hasta un disco, que brillaba como un cristal dentro de la caja de plástico. La mano la acarició. Después cogió un teclado, lo acercó y comenzó a escribir, primero con pulsaciones vacilantes y a continuación cada vez más rápido.

**15.45 h.**

- A ver si lo he entendido bien -dijo Warne-. ¿Esta es la parada que no podía esperar?

Poole detuvo a una de las camareras.

- Cerveza para todos.

- Yo no. Agua mineral, por favor -pidió Warne.

La camarera asintió, bajó el visor del casco y se alejó entre las mesas.

- A Peccam no le hará ninguna gracia cuando se entere de que le hemos dado esquinazo solo para tomar una cerveza.

Poole se limitó a encogerse de hombros y a ofrecerle su sonrisa distante.

Se encontraban en el bar del Mar de la Tranquilidad, un gran local circular iluminado con luz ultravioleta. En las mesas vecinas, los clientes charlaban mientras disfrutaban de sus bebidas y de unos aperitivos de aspecto exótico. Warne escuchó los gritos y las risas que llegaban desde la calle Mayor de Calisto detrás sonaban las tragaperras del casino. En lo alto, las galaxias desfilaban por el cielo. El suelo estaba hecho de un compuesto oscuro, al parecer transparente, donde brillaba un interminable campo de estrellas. A pesar de la inquietud, Warne no pudo menos que maravillarse ante la ilusión: en realidad parecía como si las mesas estuviesen flotando en el espacio. Era una sensación desconcertante.

Terri colgó la mochila con el ordenador portátil en el respaldo de la silla.

- Va contra la política de la empresa que el personal de Utopía visite los casinos en horas de trabajo. -El comentario pretendía ser gracioso, pero la voz le sonó forzada.

- ¿Quién está de visita? -replicó Poole-. El casino está allí, y, además, ¿quién esta trabajando?

- Nosotros tendríamos que estar trabajando -afirmó Warne-. Ese es el problema.

- ¿Ah, sí? -preguntó Poole-. ¿En qué?

- En el troyano. Tenemos que averiguar cuáles son los robots modificados.

Poole sacudió la cabeza.

- No es verdad que usted quiera regresar a aquella oficina. Se está más seguro aquí, un lugar público, poco iluminado. Además…

Acabó la frase con un ademán, pero no era necesario. «Estos tipos lo tienen rodeado -decía el ademán-. Dedicar más tiempo al ordenador no le servirá de nada.»

Era algo que Warne no había querido admitir. Ahora sus pensamientos se centraron en el pirata, encerrado en la celda del centro de seguridad. La manera como se había comportado, la burla. Las palabras cargadas de desprecio resonaron en su mente: «Lo sé todo de usted y su programa de mierda. Patético. No tiene ni puñetera idea de lo que está pasando». El código había estado a punto de superarlo. Solo había sido por azar que habían pillado al tipo.

«No tiene ni puñetera idea de lo que está pasando.»

Se movió incómodo en la silla.

Llegó la camarera con las bebidas y las dejó en la mesa con sus guantes plateados. Aunque los tres debían de ofrecer todo un espectáculo -vendados, con morados y rasguños la mujer se limitó a sonreírles a través del visor y se marchó.

Estallaron unas risotadas en una mesa cercana, y Warne miró en aquella dirección. Dos jóvenes -mejor dicho, dos adolescentes por su aspecto- bebían unas enormes copas de granizado. Uno de ellos vestía una capa de mago larga, obviamente comprada en Camelot, sobre la camiseta y unos pantalones cortos deshilachados. Era la afirmación de una moda que en cualquier otra parte habría sido ridícula excepto en Utopía.

Por el rabillo del ojo vio que Poole alzaba la copa y se bebía casi la mitad de la cerveza de un trago. La venda con manchas de sangre le colgaba de la muñeca.

- Todavía no nos ha dicho por que hace todo esto -comentó Terri.

Poole dejó la copa y se secó los labios con el dorso de la mano.

- Así es -añadió Warne-. Podría haber estado aquí todo el tiempo, la mar de tranquilo, en lugar de que le dispararan, le pegaran y Dios sabe qué más.

Poole sonrió al escucharlos.

- Piensen en las personas que gastan miles de dólares para jugar a los detectives durante un fin de semana. Esto es mucho mejor, y el precio es justo.

- Se comporta como si todo esto solo fuese parte de la diversión.

- ¿No lo es? -La sonrisa de Poole se hizo más grande-. Además, me permite meter baza, practicar los viejos conocimientos. -Bebió otro trago.

Warne lo miró, resignado. No recordaba haber conocido a nadie tan difícil de entender.

- Tiene razón en lo que dijo del laboratorio. Por lo tanto, si no le importa, Terri y yo iremos a visitar a mi hija. -Comenzó a levantarse.

- ¿Para qué correr? Dentro de quince minutos, John Doe tendrá su disco. Después se perderá en el horizonte, sonará la música y se encenderán las luces. Un final feliz. -El tono de Poole no podía ser menos convincente.

- ¿A qué se refiere? -preguntó Terri. Bebió un sorbo de cerveza, hizo una mueca y apartó la copa.

- Dije que esta era una parada importante, ¿no? Pues es verdad. Por mucho que me apeteciera una cerveza, lo importante era la parada.

Warne volvió a sentarse. Sacudió la cabeza.

- Déjese de adivinanzas.

- No es ninguna adivinanza. Recuerde quien soy aquí. Soy el observador, el extraño que no sabe que está pasando. -Bebió un sorbo-. Eso significaba que mientras todos ustedes han estado corriendo a tontas y a locas, yo he observado. He escuchado.

Warne miró a Terri. La muchacha se encogió de hombros.

- ¿Adónde quiere ir a parar?

Poole cogió la botella de cerveza y comenzó a rascar la etiqueta.

- ¿No ha visto en todo esto un patrón?

- No.

- Les dijeron que nadie debía saber nada de lo que está pasando -añadió Poole, mientras se rascaba-. Después, los han hecho ir aquí y allá sin darles un momento de respiro, sin permitirles detenerse y plantearse algunas preguntas básicas. -Dejó la botella-. Porque todo este asunto es como un rompecabezas. Si se encuentra la pieza correcta, se ve toda la figura. Eso es algo que ellos no pueden permitirles que hagan.

- ¿Preguntad básicas? -repitió Warne-. ¿De que tipo, exactamente?

- Aquí tiene una. Si estos tipos son tan buenos, ¿por qué fallaron en Aguas Oscuras? La intención era volarlo todo darles una lección. Fue un milagro que aquel soporte no acabara de romperse y haber evitado así que todo se desplomara. Pues no estoy de acuerdo. Yo vi la huella del estallido. El tipo que colocó la carga es un maldito artista. Si hubiesen querido destruir la atracción, lo habrían hecho.

«Así que, después todo, no hubo ningún error», se dijo Warne lúgubremente.

Terri se movió en la silla, impaciente.

- Muy bien. Seré tonta, pero no acabo de entenderlo.

- La intención de estos tipos es conseguir que ustedes se preocupen, y por eso no les importa golpear a unos cuantos.

Pero, a pesar de lo que diga John Doe, no quieren que cunda el pánico. Ahora no. No encajaría en sus planes. Debemos presuponer que todo lo que hacen estos tipos obedece a una razón. ¿La explosión en Aguas Oscuras? La calcularon exactamente para que destrozara lo que destrozó y nada más.

Siguió un breve silencio mientras sus palabras calaban en los otros.

- A mí me parece una cosa de locos -opinó Terri-. Pero hay otra pregunta. Usted dice que hay una razón para todo lo que hacen estos tipos. Allocco mencionó que el pirata anuló todas las cámaras de vigilancia. No dejó ni una excepto las de los casinos y el nivel C. Se entiende que no pudiera anular las de los casinos porque tienen sus propios sistemas. Pero el nivel C es parte de la red de vigilancia central.

¿Por que no las anuló?

- No lo sé -reconoció Poole-. ¿Qué hay allí?

- La central eléctrica. La lavandería, los servicios medioambientales, la tesorería, los talleres de mantenimiento, los almacenes.

- La central eléctrica no es nuclear, ¿verdad? -preguntó Poole.

Terri puso los ojos en blanco.

Poole se encogió de hombros.

- Ya sabe, uno oye rumores.

Permanecieron en silencio durante unos segundos.

- Usted llamó a esto un rompecabezas -dijo Warne-. Sin embargo, no tenemos ni una sola pieza. ¿Cómo podemos intentar armario?

- 5e olvida de que tenemos una pieza fundamental -manifestó Poole-. Nuestro amigo en la celda. El tipo dijo algo muy interesante.

- ¿Qué dijo?

- ¿Recuerda su reacción cuando se enteró de quién era usted? Eso no fue un engaño. Quería matarlo, aunque no parece lógico.

- Sí que lo es -afirmó Terri-. Andrew le estropeó la jugada. Acabó con lo que estaba haciendo.

- Quizá. ¿Pero recuerda por qué se cabreó tanto? Piense en lo que dijo. Fue que usted trasteara con el sistema lo que lo enfureció de verdad.

- ¿Eso qué más da?

- ¿Por qué no se enfureció por la trampa que les tendieron en el Viaje Galáctico ese sí que era un buen motivo. De no haber sido por el incidente, se habrían hecho con el disco y ahora estarían muy lejos de aquí.

- *Inay* -murmuró Terri.

Warne recordó de pronto el disco roto. Metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsa de plástico que Sarah había dejado sobre la cama de Georgia.

- ¿Qué es eso? -preguntó Poole.

- Los trozos del disco del Crisol -respondió Warne-. Se rompió en la reyerta.-Lo dejó sobre la mesa-. ¿A dónde quiere ir a parar?

- Creo que todo este asunto me suena a cortina de humo.

Una muy bien preparada y disimulada cortina de humo para ganar tiempo.

- ¿Por qué? -preguntó Terri. Cogió la bolsa y miró los fragmentos-. ¿Qué esperan?

- Esa es la pregunta del millón de dólares.

Poole se acabó la cerveza y dejó la copa en la mesa con un suspiro de satisfacción.

**15.50 h.**

Aunque no había relojes a la vista en las zonas públicas de Utopía, eran exactamente las cuatro menos diez. En Luz de Gas había una cola considerable en la entrada de los espejos holográficos. Este no era el verdadero nombre de la atracción: en las guías, y en el cartel en el área de espera, aparecía como «La cámara de las fantásticas ilusiones del profesor Cripplewood». Eran una sala de espejos que utilizaba la tecnología del Crisol para ofrecer hologramas a partir de las fotos tomadas en secreto de los visitantes. Los hologramas se procesaban para que parecieran imágenes en el espejo y después se proyectaban en tiempo real en los pasillos en penumbras de la sala. También se utilizaban espejos para crear un entorno desconcertante y siniestro. Los visitantes que recorrían los pasillos se veían enfrentados constantemente con las imágenes de ellos mismos y de los demás, y nunca podían estar seguros si eran reflejos reales o representaciones holográficas, tomadas en otros puntos del recorrido. Los visitantes salían desorientados, asustados, fascinados. Los espejos holográficos, como los llamaban todos, ofrecían una experiencia tan particular que tenían el mayor porcentaje de repeticiones de todas las atracciones de Luz de Gas.

Esta vez, sin embargo, la multitud que esperaba no lo hacía con el entusiasmo habitual. Se oían las voces de protesta de aquellos que llevaban esperando más de una hora, y ahora les habían informado de que la atracción estaba cerrada temporalmente por problemas técnicos. Las acomodadoras vestidas con miriñaques y los acomodadores de levita recorrían la cola para calmar los ánimos y repartir vales de comida y fichas para el casino. A un lado de la entrada se encontraba Sarah Boatwright, con los brazos cruzados, prácticamente invisible en la bruma. Observaba al público, con una mano apoyada en el disco guardado en el bolsillo interior de su chaqueta.

En el desierto castigado por el implacable sol de Nevada, la fría bruma de Luz de Gas era como un sueño de un mundo más amable. El hombre conocido como Búfalo de Agua había acabado su trabajo y ahora estaba sentado en la sombra proyectada por la suave curva de la cúpula de Utopía. A un lado tenía una radio, y al otro, una botella de agua. El libro de Proust lo tenía sobre los muslos, y lo leía con mucha atención. De vez en cuando interrumpía la lectura para mirar por encima del borde rocoso la larga y sinuosa carretera que salía del aparcamiento de los empleados y se perdía en la inmensidad de Yucca Flats.

A veinticinco kilómetros de distancia, más allá de los límites de la visión, dos vehículos circulaban en dirección noroeste por la carretera 95. El vehículo de atrás era un turismo último modelo con una luz destellante ámbar en el salpicadero y un faro auxiliar sujeto al marco de la ventanilla del conductor. A ambos lados del maletero destacaban las largas antenas de radio. El coche era blanco, pero ahora tenía un color marrón debido al polvo que levantaba el vehículo que lo precedía.

El vehículo que iba en cabeza era un furgón blindado Ford modelo F8000 de color rojo y vivos blancos alrededor de los faros delanteros y los deflectores de las ventanillas. El motor diesel de diez velocidades apenas Si podía con el peso de las planchas de acero de medio centímetro de grosor del blindaje. Un único guardia viajaba en el compartimiento de carga, con la espalda apoyada en un lateral y las piernas extendidas sobre la manta que cubría el suelo. Sobre las rodillas llevaba una escopeta de repetición. El hombre y el arma se movían al ritmo marcado por la suspensión.

En la cabina, el conductor iba atento a la carretera, sin hacer caso del paisaje de marrones, amarillos y verdes que tenía un aspecto sobrenatural por el efecto del cristal blindado del parabrisas. El conductor hizo una llamada.

- Utopía Central, aquí el transporte Nueve Eco Bravo.

- Utopía Central confirma -respondieron.

- Salimos de la 95. Hora prevista de llegada, las cuatro y diez.

- Nueve Eco Bravo, comprendido.

El conductor dejó el micrófono. El furgón blindado abandonó la carretera por una salida no señalizada que llevaba al camino de acceso; la pendiente se hizo más pronunciada. El conductor cambió de marcha y aceleró para llegar a horario a la entrada de servicio de Utopía.

**15.50 h.**

Kyle Cochran salió del bar del Mar de la Tranquilidad, resplandeciente con su capa negra y lila del archimago Mymanteus. A pesar de que la luz en la calle era escasa, el interior del bar era todavía más oscuro, y esperó a que los ojos se habituaran. A su lado, Tom Walsh, un poco más alto y mucho más delgado, disimulo un eructo. Acababan de tomarse cuatro Supernovas cada uno, todo un récord. El hecho de que no fueran bebidas alcohólicas no disminuía la hazaña: las Supernovas eran unos granizados multicolores enormes, y el estómago de Kyle llevaba rato congelado. Como siempre, era un fastidio que aún tuviese que esperar otro año para poder pedir una bebida alcohólica. Pero, en un lugar como Utopía, casi era mejor. Tenían un compañero de dormitorio, Jack Fisher, que había entrado de matute una botella de whisky y después lo había vomitado sobre los otros viajeros en la Máquina de los Alaridos.

Walsh eructó de nuevo, esta vez sonoramente, y algunos de los transeúntes miraron en su dirección.

- No ha estado mal -dijo Kyle, con un gesto de aprobación.

A su llegada a la Universidad de Nevada, Kyle había oído algunos relatos terroríficos sobre algunos de los estudiantes: uno que escuchaba heavy metal a todo volumen hasta la madrugada; otro que se cambiaba la ropa interior una vez a la semana. Tom Walsh había resultado ser una agradable sorpresa. Ambos compartían muchos intereses: el atletismo, la música ska, las bicicletas de Cross. Tom era un genio de las Ciencias, mientras que Kyle dominaba el francés, y se habían ayudado mutuamente durante lo que podría haber sido un primer año muy duro. En segundo, sus caminos se habían separado, pero habían continuado siendo íntimos amigos. En Navidad ocurrió una tragedia, cuando el hermano mayor de Tom se mató en un accidente de moto. A lo largo del invierno, Tom había pasado por una etapa de abatimiento, y Kyle se había sorprendido un tanto cuando su amigo le había propuesto

pasar las vacaciones de primavera en Las Vegas. Pero, poco a poco, Tom volvía a ser el de antes. Al principio había parecido un esfuerzo consciente, como si estuviese haciendo los movimientos que le permitirían pasarlo bien. Había sido en Utopía donde Tom comenzó a actuar con naturalidad y a reír de verdad. Incluso comentó la posibilidad de solicitar un empleo para el verano. Kyle se desperezó.

- ¿Bueno, tío, ahora que toca?

Tom se palmeó el estómago.

- No lo sé. Estaba pensando en que podríamos ir a la Estación Omega.

Kyle lo miró de nuevo, esta vez asombrado.

- Menos coña, tío. ¿Después de tomarte cuatro Supernovas? Piensa un poco.

La única respuesta de Tom fue una sonrisa.

Kyle pensó en la propuesta mientras estaba en mitad deja calle, sin hacer el menor caso de la riada de visitantes que los rodeaban. La Estación Omega era la «caída libre» de Calisto una atracción relativamente nueva donde los visitantes caían desde una gran altura. Lo habitual era sujetar a los viajeros en los asientos, como si viajaran en una montaña rusa vertical. Pero los diseñadores de Utopía habían tomado el concepto de caída libre y lo habían adaptado. En el Puerto Espacial de Calisto los viajeros subían en una escalera mecánica y entraban en lo que parecía ser la cabina de un ascensor que, de acuerdo con el guión, debía llevarlos hasta un transbordador. Pero, en el momento en que se cerraban las puertas del ascensor, se producía un terrible fallo. El ascensor comenzaba a sacudirse. Se oía el ruido de metales que se partían. Las luces se apagaban y la cabina comenzaba a llenarse de humo, Entonces, sin previo aviso, la cabina bajaba treinta metros en caída libre antes de que las luces se encendieran de nuevo y entraran a funcionar los frenos, y la cabina disminuía la velocidad rápidamente para detenerse con una notable suavidad.

Duraba poco, pero era fantástico; hasta tal punto que la Estación Omega era una de las atracciones con mayores exigencias de Utopía.

Kyle y Tom ya habían subido seis veces aquel día.

Kyle miro la multitud que caminaba hacia el Puerto Espacial. Seis viajes a la Estación ya era un récord. Había mucha gente, y la cola que habían hecho para el último viaje había sido la más larga del día.

Así y todo, siete veces consolidaría el logro, máxime después de haberse tomado cuatro Supernovas.

Además, era Tom quien lo había propuesto.

Kyle levantó el pulgar, y Tom le dedicó la mayor sonrisa del día.

- Venga -dijo Kyle, y se echó la capa al hombro-. Vamos allá.

**15.50 h**

- Un momento -dijo Terri-. Aquí hay algo que no cuadra.

Warne levantó la cabeza y la miró. Angus Poole bajó la copa; y la miró también, atraído por algo en el tono.

La joven había abierto la bolsa de plástico y le daba vueltas a uno de los fragmentos.

- Es el disco. Está en blanco.

- ¿Qué? -exclamó Warne-. ¡Imposible! Tenían que entregarle a John Doe la tecnología del Crisol.

- Pues este disco está en blanco. No tienes más que mirarlo con la luz ultravioleta. -Le entregó el trozo-. ¿Lo ves? Si lo hubiesen grabado, verías las marcas en el policarbonato. No las hay. Ni una.

Poole cogió la bolsa.

- No veo nada.

- Haga caso a la palabra de un profesional -replicó la muchacha con un tono burlón.

- Eso no tiene ningún sentido -afirmó Warne-. ¿Por qué iban a darle un disco en blanco?

- Quizá no lo hicieron.

Warne se calló bruscamente, mientras intentaba encontrarle una razón a esta nueva sorpresa, a desentrañar la astuta jugada de John Doe. ¿Qué había dicho Poole? Detenerse un momento y hacer unas cuantas preguntas básicas. Entonces, súbitamente, tuvo una idea.

- Terri, el gusano que encontramos en tu ordenador lo instalaron hace un mes. ¿Hay alguna posibilidad de que lo hicieran a través de la red?

- No. Todos los terminales de Utopía tiene su propio cortafuegos. Ni siquiera puedo recibir Correos en esa máquina.

- ¿Tiene una protección total?

- No hay pirata que pueda entrar.

- ¿Ni externo ni interno?

Terri negó con la cabeza.

- Entonces eso solo puede significar una cosa: el gugano lo tuvieron que copiar físicamente en tu máquina. En tu laboratorio. -Warne hizo una pausa-. Haz memoria. ¿Quién pudo acceder a tu ordenador en aquellas fechas.

- Nadie.

- ¿Ningún compañero? ¿Ni tu jefe?

- Lo habría sabido.

- ¿Estás segura?

- Segura.

Warne se reclinó en lasilla. La idea que le había parecido tan prometedora se había convertido en una desilusión. Entonces se le ocurrió otra cosa.

- ¿No habrás sido tú sin darte cuenta? ¿Instalaste algo nuevo? ¿Algún programa nuevo? ¿Actualizaciones?

- Nada, son muy estrictos con los sistemas de producción. No se instala ningún software sin la autorización previa de Información Tecnológica. No hemos instalado nada nuevo desde la metarred, y eso fue hace casi un año.

Warne se hundió todavía más en la silla. A su alrededor, el Mar de la Tranquilidad estaba a tope. Los dos adolescentes escandalosos de la mesa vecina se habían marchado, y en su lugar había una familia de seis. Los niños tomaban batidos de vainilla y jugaban con espadas de goma espuma.

- Espera un momento.

El tono en la voz de Terri hizo que se irguiera rápidamente.

- Hubo algo. Hace apenas un poco más de un mes.

Warne la miró.

- Pero no es lo que te imaginas, sino todo lo contrario.

- Dímelo.

- ¿Recuerdas que comentamos que los sombreros blancos habían controlado todo el sistema de Utopía?

- Sí. Vinieron los de KIS, el mismo equipo que verificó Carnegie-Mellon. -Barksdale lo había mencionado en la reunión de la mañana.

- ¿Los sombreros blancos? -preguntó Poole.

- Son los piratas que se alquilan -explicó Warne-. Espías legales. Las grandes empresas los contratan para que intenten entrar en sus sistemas y descubran los fallos en la seguridad. -Miró a Terri-. Continúa.

- «Nos dieron un informe favorable. Dijeron que nuestra red estaba bien protegida. Pero repartieron un parche para algunos de los terminales de máxima seguridad. Para solucionar un agujero en Unix que potencialmente podía ser empleado por los piratas.

- ¿Un parche? ¿Para cuántos terminales?

- No muchos. Unos veinte.

- El mío era uno de los veinte. -Fue una afirmación, no una pregunta.

Terri asintió.

Warne permaneció inmóvil durante un momento. Luego se levantó con tanta violencia que la silla se deslizó por el suelo transparente.

- ¿Dónde está el teléfono más cercano?

- Los teléfonos públicos están en el Nexo. Tendremos que ir hasta la salida de Calisto y…

- No -la interrumpió Warne-. Necesitamos encontrar un teléfono. Cualquiera. Ahora.

Terri lo miró en silencio. Luego ella también se levantó y les indicó con un ademán que la acompañaran.

Warne dejó unos cuantos billetes en la mesa y medio caminaron, medio trotaron hacia la parte de atrás del bar y entraron en un amplio pasillo que llevaba al casino de Calisto. Terri se acercó a una de las paredes y abrió una puerta muy bien disimulada. Estaba forrada con el mismo material oscuro de la pared, invisible salvo por el rectángulo gris del pasillo que había al otro lado. Warne entró, escoltado por Poole.

Terri cerró la puerta. Bajaron por una escalera y caminaron por un pasillo hasta llegar a una gran habitación donde había un grupo de empleadas trabajando en sus ordenadores. Un par de ellas les dedicaron una mirada y continuaron con su trabajo.

Terri señaló un teléfono en una mesa desocupada. Warne cogió el teléfono, apretó un botón para tener una línea externa y marcó.

- ¿Información? Necesito un número de Marlborough, en New Hampshire. Keyhole Intrusion Systems.

Al cabo de unos segundos, marcó el número que le facilitó la operadora.

- KIS -dijo la mujer que atendió la llamada.

- Por favor; con el despacho de Walter Ellison. -Warne cruzó los dedos mentalmente. Eran casi las cuatro. Si la memoria no lo engañaba, Walt Ellison era un adicto al trabajo.

Lo más probable era que estuviese allí, siempre y cuando no hubiese ido a visitar a un cliente. «Venga, maldita sea, venga, atiende de una vez», rogó.

- Ellison al aparato -respondió la voz que recordaba: fuerte, nasal, con acento bostoniano.

- Walt, soy Andrew Warne. Usted se encargó de revisar nuestro sistema en Carnegie-Mellon el año pasado. ¿Lo recuerda?

Al otro lado de la línea hubo un silencio, y por un angustioso momento creyó que Ellison lo había olvidado. Entonces escuchó una risa.

- Warne, desde luego. Robótica, ¿no?

- Sí.

- ¿Cómo está aquel vendedor de helados, cómo se llamaba…?

- Currante.

- Sí, Currante. Fantástico. Algo sensacional. -Otra risa.

- Walt, escuche. Necesito que me haga un favor. Es algo referente a un cliente de KIS.

- Se refiere a Carnegie-Mellon.

- No.

El tono de Ellison cambió rápidamente, se hizo más distante.

- Un momento, doctor Warne, ya sabe que no puedo hablar de los otros clientes.

- Si estoy en lo cierto, no tendrá que hacerlo. Verá, no quiero que me hable de los trabajos que han hecho. Solo del trabajo que no han hecho.

- No lo comprendo -dijo Ellison, después de una pausa.

- ¿Recuerda para quién era Currante?

- Claro, el par… quiero decir, sí, recuerdo la empresa.

- Bien. También sabe que yo hago trabajos para dicha empresa.

- Eso tengo entendido.

- Entonces no le importará responder a una última pregunta. ¿KIS realizó alguna vez una auditoría de Seguridad para ellos?

Silencio.

- Escuche -Suplicó Warne-, necesito saberlo.

El silencio se mantuvo.

- Es una cuestión de vida o muerte, Walter.

Esta vez, oyó un suspiro.

- Supongo que no se puede considerar un secreto -acabó por decir Ellison-. Nunca trabajamos para ellos. Serían un gran cliente. ¿Cree que nos podría echar una mano, hablar con la persona adecuada?

- Muchas gracias -dijo Warne, y colgó. Luego se volvió para mirar a Terri y Poole-. KIS nunca estuvo en Utopía.

En el rostro de la muchacha apareció una expresión de absoluta incredulidad.

- Eso es imposible. Yo misma vi al equipo. Estuvieron aquí casi todo el día.

- Lo que viste fue la avanzadilla de John Doe.

Terri no respondió.

- Los parches de sistema que os dieron no eran más que espías. Cuando instalaste el parche, también instalaste el gusano en tu propio sistema.

- Quieres decir… -Terri se interrumpió-. ¿Quieres decir que todo aquello no fue más que un engaño?

- Muy ingenioso y perfectamente realizado. Para infectar determinados sistemas de Utopía, para allanar el camino a lo que esta ocurriendo ahora.

- Eso no puede ser. KIS es una compañía real. No puede tratarse de un engaño.

Terri hablaba muy rápido. «Comienza a comprender -pensó Warne-, y no le gusta ver adónde la conduce.»

- Sí, es una compañía real. John Doe lo sabía y tenía muy claro que Utopía nunca se dejaría engañar. Pero las personas que estuvieron aquí, las que hicieron la auditoría de seguridad, los que entregaron los parches de seguridad, eran impostores, no empleados de KIS. En lugar de cerrar cualquier posible acceso ilegal, los crearon.

- *Sira ulo* -murmuró Terri-. No.

- KIS nunca estuvo aquí. -Warne señaló el teléfono- Ellos mismos me lo acaban de decir.

- Los habríamos descubierto -insistió Terri-. Fred en persona se encargó de la visita. Habría olido la trampa, se habría dado cuenta de que había gato encerrado.

Se interrumpió. Warne le sujetó las manos.

- Terri -dijo-, Fred Barksdale es el gato.

- ¡No! -exclamó ella.

- Es él. Él es el topo de John Doe. Él le entregó a John Doe todo lo que necesitaba para infiltrarse en los sistemas. Nadie más tiene el acceso, la autorización. Nadie más podía montarlo.

Warne vio con una desconcertante claridad cómo caían uno tras otro los velos del engaño. Sin duda, el primer paso había sido que los hombres de John Doe simularan el intento de entrar en los sistemas de Utopía, para facilitarle a Barksdale un motivo legítimo para llamar a Keyhole Intrusion Systems. Solo que no fue un equipo de KIS el que se presentó para comprobar las defensas de Utopía, sino los hombres de John Doe. Sin saberlo, Utopía no solo había permitido que le piratearan los sistemas, sino que les había abierto las puertas a los piratas. Aquellos extraños fallos que Sarah había mencionado, el desastre en la montaña rusa de Notting Hill, sin duda habían sido efectos colaterales del proceso de instalación o quizá comprobaciones hechas a sangre fría por John Doe. Sin embargo,

incluso ahora, con las pruebas ante sus ojos, no quería enfrentarse a las consecuencias de semejante traición. «No, Barksdale no. Sabe demasiadas cosas de…» Mientras lo pensaba, el corazón comenzó a latirle desbocado.

Terri lo miró, con una expresión de desconcierto. Luego desvió la mirada y sacudió la cabeza sin decir palabra.

- Lo sé. Es algo terrible, terrible. Yo tampoco lo entiendo.

- Warne le apretó las manos-. Pero ahora no tenemos tiempo para descubrir la razón. -Miró a Poole-. Tiene que encontrar a Barksdale. Llévelo a Seguridad, deténgalo antes de que cause más daños. -Metió la mano en el bolsillo-. Aquí tiene mi pase. Yo tengo el distintivo de Sarah, no lo necesitaré.

Poole no se movió.

- Quiere que encuentre a Barksdale. ¿Qué pasará si se resiste? ¿Cree que aceptarán mi palabra contra la suya?

- Usted es el héroe, ya se le ocurrirá algo. Repítales lo que acabo de decirle.

Poole cogió la tarjeta y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Cuando sacó la mano, sostenía una pistola.

Warne la miró sorprendido. Entonces recordó que el pirata les había disparado cuando estaban en el Núcleo y que el hombre había dejado caer el arma en la refriega. Era curioso que lo hubiese olvidado.

- ¿Usted qué hará? -preguntó Poole. Accionó el cerrojo de la pistola antes de guardarla de nuevo-. Todavía quiero el pase permanente.

- No me pasará nada. Me reuniré con usted en las oficinas de Seguridad. Ocúpese de encontrar a Barksdale.

- Tenga cuidado -dijo Poole, y se marchó.

Warne miró a Terri, que permanecía en silencio con el rostro pálido y los labios apretados.

- ¿Entiendes lo que significa todo esto? Si el disco está en blanco, quiere decir que lo cambiaron. Tienen el disco bueno. Ya tienen la tecnología del Crisol. ¿Por qué John Doe le pidió a Sarah un segundo disco y que lo entregue personalmente? La quiere a ella. No sé la razón, pero sí sé que está en peligro.

Mientras lo decía, otra imagen todavía más terrible apareció en su mente. Vio a Barksdale cuando le decía a Terri que se llevara a Georgia a tomar un refresco. «Barksdale sabe que mi hija está en el parque. ¿Lo sabe también John Doe?»

Terri lo miraba con mucha atención. De pronto, abrió mucho los ojos. Fue como si acabara de plantearse la misma pregunta.

Warne le soltó las manos y comenzó a abrir y cerrar los puños, sumido en un mar de dudas. Sarah Boatwright estaba en grave peligro. Estaba a punto de caer en la trampa de John Doe. Por otro lado, bien podía ser que también lo estuviese Georgia. Quizá no era probable. Pero si lo habían estado buscando… si ya habían matado a una persona al creer que era él… y si John Doe se enteraba… Georgia era toda su familia.

No podía ocuparse de las dos. Solo tenía tiempo para una de las dos. Una ya estaba en peligro; no sabía si la otra lo estaba, a una la amaba, la otra era un viejo amor. Hundió el rostro en las manos. Era un dilema terrible, imposible de resolver.

Sintió el contacto de una mano en el hombro.

- Iré yo -dijo la voz. Warne miró a Terri-. Iré yo -repitió la muchacha-. Yo cuidaré de Georgia.

Warne bajó las manos.

- ¿Lo harás?

Terri asintió.

El alivio que sintió Warne fue tan intenso que, por un momento, se quedó sin fuerzas.

- Tú sabes dónde está, ¿no? En el Centro médico, en una de las salas de recuperación. -Pensó rápidamente-. Quiero que la lleves a algún lugar donde os podáis esconder. Llévala a Seguridad, si puedes, o a cualquier otro lugar donde estéis a salvo. Solo como una medida de precaución. ¿Lo harás?

Terri asintió de nuevo.

- Gracias, Terri. Gracias, gracias.

La abrazó, la apretó contra su pecho por un momento y luego se apartó. Terri no dejó de mirarlo mientras él caminaba hacia la puerta.

Unos segundos más tarde, Warne corría por el pasillo para volver a las zonas públicas de Utopía.

**15.55 h**

El vestuario central del nivel B era un enorme laberinto de habitaciones. Sí bien siempre había una multitud de actores, a partir de las tres y media estaba a rebosar. Duques y caballeros errantes de Camelot que acababan la jornada se codeaban con vendedores ambulantes con sombreros de paja y trajes a rayas, que iban a Paseo y a los espectáculos de la tarde. Cortesanos con peluca y cortesanas con miriñaques conversaban con exploradores interestelares vestidos con trajes espaciales presurizados. Modistas, sombrereros, sastres, consultores de vestuario y de dicción recorrían las habitaciones ocupados en repasar todos los detalles. Era una ruidosa y desconcertante mezcla de lo viejo y lo nuevo, del pasado y el futuro.

El enorme aseo de hombres estaba entre un almacén de vestuario y la sección de maquillaje. Dentro había un hombre delante de uno de los lavabos. Se frotaba las manos con mucho cuidado y se tomó el tiempo necesario para quitarse algo que tenía pegado debajo de las uñas. Cuando acabó, se secó con una toalla de papel al tiempo que se miraba en el espejo. Unos ojos almendrados de expresión taciturna le devolvieron la mirada.

Se abrió la puerta y entró un grupo de titiriteros vestidos con trajes de brillantes colores, que hablaban y reían ruidosamente. El hombre arrojó la toalla a un cubo, salió del lavabo y caminó por el pasillo donde estaba el almacén de recambios de Camelot, con sus estanterías llenas de espadas, lanzas, cotas de malla, escudos, yelmos y corazas que brillaban bajo las luces fluorescentes, hasta el vestuario de los hombres. Se acercó a su taquilla, marcó la combinación y abrió la puerta de metal gris. Ya había dejado el bastón -después de limpiarlo y pulirlo- en una estantería donde había otros cincuenta idénticos del almacén de Luz de Gas, mientras que la capa y el sombrero los había colgado en los ganchos de la cinta transportadora de la lavandería que rodeaba todas las paredes del vestuario central. En la taquilla había un brillante traje de piloto espacial junto a un mono azul oscuro.

Se oyó un muy leve pitido. El hombre miró en derredor para asegurarse de que nadie lo miraba y sacó la radio del bolsillo. Se apoyó con toda naturalidad en la taquilla vecina y, oculto por la puerta abierta, marcó el código del descodificador.

- Béisbol -dijo.

- Béisbol, aquí Factor Primario -respondió la voz de John Doe-. ¿Algún curioso?

- Negativo.

- ¿Tu trabajo en Luz de Gas?

- Todo a punto.

- Perfecto. Escucha con atención, hay un cambio de planes. En cuanto acabes tu tarea en Calisto, tendrás que hacer una parada más en el camino al nivel C. ¿Recuerdas a nuestro esquivo amigo, Andrew Warne?

- Afirmativo.

- Resulta ser que ha venido acompañado al parque. Su hija está en el centro médico. Al parecer, se recupera de un desagradable incidente en Aguas Oscuras. Se llama Georgia.

- Comprendido.

- Tienes que llevarla al punto de reagrupamiento. Quizá nos resulte útil.

- Comprendido.

- Seguimos sin tener noticias de Cascanueces. Tengo el transmisor de respaldo, así que por esa parte todo está controlado. Pero me preocupa ver cómo el tal Warne se nos escapa cada vez. Puede que lo encuentres con su hija. Eso simplificaría las cosas. En cualquier caso, tendrás compañía.

El hombre miró en la taquilla donde había una bolsa de piloto.

- No es problema.

- Ya lo sabía. El tiempo es esencial. Tengo que acudir a una cita, y tú también tienes unas cuantas. ¿Preparado para encender la vela?

- Me estoy vistiendo para hacerlo.

- En ese caso, enciende la mecha. -Hubo una pausa-. Siempre he querido decirlo.

La risa de John Doe se apagó cuando el hombre desconectó la radio y se la guardó en el bolsillo. Miró de nuevo en derredor, cogió el traje de piloto y comenzó a ponérselo.

**16.00 h**

El tiempo de espera en la cola había sido muy corto, y Kyle Cochran aún notaba el frío del granizado en el estómago cuando vio que apartaban el cordón al pie de la escalera mecánica. En realidad no era un cordón, sino un holograma: una perfecta recreación de aquellos gruesos cordones de terciopelo que había en los vestíbulos de los viejos cines. Brilló por unos segundos, y las trenzas rojas se convirtieron en otras amarillas antes de desaparecer. Un acomodador se acercó y con una gran sonrisa invitó a los primeros de la cola a subir a la escalera. Mientras Kyle esperaba, se vio empujado hacía delante por su amigo.

- Tranquilo, grandullón -exclamó.

Incluso la escalera mecánica era fantástica: las balaustradas tenían un brillo azul neón y los escalones estaban hecho; de un material casi translúcido. Subía lenta y muy suavemente, para que los visitantes disfrutaran de la vista del Puerto Espacial que parecía agrandarse a medida que subían. Kyle no se perdía detalle. Con esta era la séptima vez que lo veía desde la mañana, pero era una vista que no envejecía: las colas que llenaban la estación, los rayos láser y los mágicos juegos de luces que resaltaban los detalles, la cúpula de estrellas que lo abarcaba todo. La única atracción donde no había cola era en Fuga de Aguas Oscuras, inexplicablemente cerrada por trabajos de mantenimiento durante unas horas en que la afluencia de público era máxima.

«Siete caídas en Estación Omega. Increíble,»

En lo alto de la escalera mecánica, otro acomodador guió a los visitantes a un vestíbulo señalado con un cartel que decía; «TRANSPORTADOR». Tom caminó con la muchedumbre, con el cuello estirado para mirar por encima de las cabezas de quienes lo precedían. Allí estaba, con las puertas abiertas de par en par al final del pasillo, y las brillantes paredes de acero: el transporte hasta el transbordador espacial. Al supuesto transbordador espacial. Un billete de ida directamente hacia abajo.

El interior, iluminado con una luz roja, le recordó una boca abierta. Se estremeció de placer.

Una acomodadora los esperaba al final del pasillo.

- El tiempo estimado de viaje hasta el transbordador es de cinco minutos -explicó mientras los hacía pasar a la cabina-. Por favor, tengan preparadas las tarjetas de embarque.

El transbordador saldrá del muelle espacial dentro de veinte minutos, así que por favor no se demoren cuando salgan del transporte.

Mientras seguía a los demás al interior de la cabina, Kyle sonrió para sus adentros. Le encantaba ser uno de los que sabían qué se ocultaba detrás de todo este engaño perfectamente planeado. Era como saber de qué modo hacía un mago el truco que dejaba boquiabiertos a los espectadores. Miró a los demás. Había unos cuantos que sonreían.

Para los veteranos de Estación Omega, la caída era solo la mitad de la diversión. La otra mitad era observar las reacciones de los demás pasajeros. A pesar de la fama de la atracción, los artículos en las revistas, las múltiples páginas web dedicadas a Estación Omega- Siempre había unos cuantos que no estaban en el secreto. Creían de verdad que iban a viajar en un transbordador y que esto que parecía un ascensor gigante no era más que un medio para llegar a la verdadera atracción. La mirada experta de Kyle observó a los sesenta y tantos pasajeros apiñados a su alrededor, para descubrir a los novatos. El grupo de turistas japoneses que charlaban alegremente, quizá. O la parejita de adolescentes en el rincón, que parecían más interesados en hacerse mimos que en cualquier otra cosa.

Y, sin lugar a dudas, la pareja de mediana edad con las camisas y los sombreros idénticos, que comentaban cuánto duraría el viaje en el transbordador. Kyle sonrió. Ya sabía a quién tenía que mirar cuando comenzara la diversión.

Mientras esperaban, Kyle vio a la acomodadora que hablaba en el pasillo con una pareja de cabellos blancos. Ninguno de los dos era viejo, no podían tener más de sesenta años, pero era obvio que la acomodadora les pedía que se marcharan. Utopía no corría riesgos. Kyle sabía, por las páginas web que había visitado, que los acomodadores de la Estación Omega habían asistido a cursillos de formación médica y que eran capaces de reconocer a cualquiera que estuviera incapacitado para una caída libre, aunque solo fuese remotamente. Vio cómo la pareja se marchaba de mala gana, con las fichas para el casino

que les había dado la acomodadora. Podrían haber sido sus propios padres. Una parte de él se alegró de que no estuviesen allí.

Miró a Tom, le dio un codazo en las costillas y le señaló con un gesto a la pareja con las prendas idénticas. Tom los miró y puso los ojos en blanco. «Sí -parecía decir su expresión-. Víctimas.»

Kyle sonrió. Además de la expectativa que crecía por momentos, era consciente de otra sensación, algo muy cercano al alivio. Tom volvía a ser el de antes. Quizá fuese algo pasajero, pero tenía la esperanza de que, por fin, comenzara a ver la luz al final del túnel.

La cabina ya estaba casi llena, y sus ocupantes comenzaban a moverse para crear pequeños espacios entre ellos, tal como hacían inconscientemente en los vagones del metro y los ascensores. En unos momentos ya no tendría importancia: todos estarían gritando a voz en cuello, desesperados por sujetarse al que estuviese más cerca, sin preocuparse por el espacio personal, mientras caían a pique en la oscuridad.

Una vez más, la curiosidad lo llevó a preguntarse cómo lo hacían: cómo conseguían que todos se mantuvieran de pie durante la caída. En las caídas libres de otros parques, las personas iban sujetas a los asientos y barras de seguridad como si llevaran camisas de fuerza. Aquí, donde el elemento sorpresa lo era todo, los asientos y los cinturones habrían denunciado el engaño. Sabía que alguien de la universidad, un estudiante de ingeniería, afirmaba que utilizaban aire comprimido. Kyle se prometió que esta vez prestaría más atención, aunque era difícil. La caída era tan brusca, desconcertante y breve que casi antes de que uno pudiera abrir la boca para gritar ya se había acabado. Después estaba…

Se olvidó de todo cuando las puertas se cerraron silenciosamente y la cabina quedó aislada del pasillo. Escuché un fuerte ruido metálico en el exterior, y luego una voz sonó en un altavoz invisible: «Transportador en marcha hacia el muelle de embarque. Quizá noten una ligera vibración cuando salgamos de la esclusa de aire».

«Una ligera vibración -pensó Kyle-. Sí, tío.»

Este era el momento que más le gustaba: los últimos segundos antes de que el mundo se hundiera debajo de sus pies.

Se preparó. Cruzó una mirada con Tom y levantó el pulgar. Después miró a los rostros más cercanos -algunos sonreían como conspiradores, otros parecían aburridos e ignorantes de todo- antes de fijarse en la pareja escogida.

Se escuchó un zumbido en el exterior, como si se hubiese puesto en marcha un motor. El zumbido se hizo cada vez más fuerte a medida que aumentaba la potencia. Una ligera sensación de movimiento.

Entonces una súbita sacudida.

- ¡Mierda! -masculllaron varios.

La sensación de movimiento cesó bruscamente. Se produjo otra sacudida, esta vez más violenta, y las luces parpadearon. Kyle vio cómo la pareja cruzaba una mirada, un tanto sorprendidos. No tardarían en aterrorizarse.

El zumbido de los motores aumentó, pero al cabo de unos segundos se volvió irregular y luego se apagó. En el súbito silencio sonaron unos crujidos en el exterior de la cabina.

Algo se partió. Otra sacudida, y entonces, repentinamente, se apagaron las luces.

Por un instante reinó la oscuridad y al siguiente se encendieron las luces de emergencia instaladas cerca del suelo.

A Kyle le gustaba mucho este efecto: las débiles luces rojas que iluminaban desde abajo daban a los rostros de los pasajeros un aspecto grotesco.

«Atención -anunció la voz-. Tenemos dificultades con el sistema de propulsión principal. Dentro de unos segundos estaremos en camino. No se alarmen.»

«Por favor, que se alarmen», pensó Kyle, sin desviar la mirada de la pareja. Tenían los ojos abiertos como platos y habían palidecido.

De nuevo se oyó un estrépito metálico en el exterior, seguido por un chisporroteo. Entonces, en el momento exacto, apareció el humo.

Kyle tensó los músculos. Atención: la caída.

Esperó, un tanto ansioso y también un tanto aprensivo el indescriptible momento en que sin más uno de daba cuenta de que el duelo había desaparecido debajo de los pies y que se caía a plomo al vacío. Respiró una vez lentamente, después otra. Entonces ocurrió algo muy extraño. Se apagaron las luces de emergencia.

Kyle esperó, sin preocuparse por los ruidos que sonaban en el exterior. Alguien lo empujó suavemente cuando los ocupantes comenzaron a moverse en la más absoluta oscuridad. No recordaba que las luces de emergencia se hubiesen apagado las otras veces, al menos no del todo, aunque era posible que en la excitación no se hubiera dado cuenta.

A su alrededor los demás permanecían en sus lugares, algunos atentos a la caída, otros intrigados. No recordaba que en ninguna de las ocasiones anteriores hubiese tenido que esperar tanto. Quizá era que ya se había acostumbrado.

Entonces se dio cuenta de otra cosa. En todos los lugares del parque donde había estado la temperatura era baja, casi fría, tanto en las atracciones como en las calles y plazas. Era algo tan normal que casi no se notaba. En cambio parecía hacer calor en la cabina; la temperatura era cada vez más alta.

Los murmullos que le llegaban tenían un tono de preocupación que iba en aumento.

- ¿Qué pasa? -dijo alguien.

- ¿Por qué no de pone en marcha? -preguntó otro.

- ¿Ya estamos viajando hacia el transbordador? -quiso saber un tercero.

Kyle se tiró de la camisa, que se le había pegado al cuerpo. La capa del archimago parecía pesarle una tonelada. Diablos, el calor empezaba a ser insoportable.

Lo empujaron de nuevo, esta vez más fuerte, y cuando estiró la mano para recuperar el equilibrio, rozó con el brazo el rostro sudoroso y barbudo de un hombre. Apartó el brazo rápidamente. «Probablemente no es más que una maldita avería, pensó, irritado-. Te cobran una pasta y encima hay que aguantar que pasen estas cosas.»

Alguien comenzó a llorar.

El murmullo fue en aumento, la tensión se hizo cada vez mayor. Kyle forzó la mirada, pero reinaba la más completa oscuridad. La sensación era terrible. Solo en una ocasión había estado completamente a oscuras. Había sido durante la visita a unas cuevas con un grupo de compañeros de estudios. El guía, para gastarles una broma, les había ordenado que apagaran las lámparas de los cascos cuando llegaron a la cueva más profunda. Pero aquello no duró más que unos segundos. Además todos tenían linternas y nada les impedía salir.

«¿Por qué tuvimos que venir de nuevo? -Se preguntó mientras sus invisibles compañeros se inquietaban cada vez más y sus voces sonaban más airadas-. Con seis ya habíamos batido el récord, ¿no?» Aquello lo estropearía todo.

La oscuridad absoluta era aterradora. Uno se sentía indefenso, desorientado, inútil. Para colmo, resultaba mucho peor dentro de esa caja de zapatos, sudando la gota gorda y suspendido sobre…

Kyle consiguió dominarse. «Quizá esto es intencionado.

Probablemente controlan las páginas webs para saber si el público comienza a cansarse de algunas de las atracciones. Quizá han considerado necesario introducir algunos cambios para mantener vivo el interés de los visitantes, evitar que resulte aburrido. Eso está dentro de su estilo.»

Incluso si se trataba efectivamente de un fallo mecánico, razonó, no había motivos para preocuparse. Todo el parque estaba lleno de técnicos y mecánicos. Al cabo de unos segundos lo tendrían reparado y la cabina se precipitaría al vacío.

Otra gran historia para contar a los compañeros.

Como si fuese una respuesta a sus pensamientos, la cabina se sacudió. Esta vez los comentarios resonaron en la oscuridad mientras todos intentaban mantener el equilibrio. «Ya está», pensó Kyle. El alivio que sintió fue casi abrumador.

Pero no cayeron. Entonces, mientras esperaba en la opresiva oscuridad, Kyle comprendió que estaba pasando algo muy grave. El calor se hacía cada vez más intenso, sofocante, y no podía ser el producto del calor humano. El humo continuaba entrando en la cabina, pero no parecía el mismo humo artificial de las veces anteriores. Aquel era fresco, húmedo, inodoro; este, caliente, casi abrasador.

- ¡No puedo respirar! -gritó alguien, que comenzó a mover los brazos como una persona que ha caído al agua y no sabe nadar.

Kyle se dio cuenta de que a él también le costaba respirar.

Le ardían los pulmones. La desesperación lo fue invadiendo.

- ¡Que alguien nos saque de aquí! -gritó otra voz.

- ¡Estamos atrapados! ¡Socorro, socorro!

Fue como si de pronto se hubiese desmoronado un dique. En un único movimiento, docenas de cuerpos se volvieron hacia las puertas que se habían cerrado detrás de ellos unos pocos minutos antes, y comenzaron a aporrear frenéticamente las paredes y las puertas de la cabina al tiempo que pedían ayuda a voz en cuello. Kyle se vio empujado de aquí para allá como un pelele por sus invisibles compañeros de viaje. Alguien lo golpeó con tanta fuerza que lo tumbó.

Manoteó con desesperación para no acabar en el suelo y en el último momento consiguió sujetarse a alguien que le sirvió de punto de apoyo para recuperar el equilibrio. Incluso en este angustioso momento, una voz interior le advirtió que una caída significaría verse pisoteado. Las voces que suplicaban, maldecían y reclamaban ayuda formaban un coro ensordecedor. Escuchó otra voz en el sistema de megafonía -una voz masculina con un tono ansioso-, pero le fue imposible entender lo que decía en medio del barullo.

Alguien que chillaba chocó contra él con una fuerza tremenda. Unas manos le tiraron de los cabellos, después unas uñas afiladas le arañaron el rostro. Cayó hacia atrás, resbaló contra los cuerpos bañados en sudor y, a pesar de sus esfuerzos, continuó cayendo hacía

una región poblada de botas, zapatos y sandalias. El suelo era como una parrilla y Kyle intentó ponerse de rodillas, pero no había espacio y tampoco tenía la fuerza necesaria para contener la presión de -los demás, Oyó el espantoso ruido de los cuerpos que se aplastaban en la desesperada lucha por acercarse a las puertas. Algo pesado le golpeó el rostro -una vez, dos- y de pronto el pánico, la confusión, incluso el terrible calor, parecieron esfumarse. Se preguntó vagamente qué sería de Tom. Después otros cuerpos cayeron sobre él, lo aplastaron con su peso, y, mientras perdía el conocimiento y sus miembros se relajaban involuntariamente, se dio cuenta de que se hundía, como una hoja seca que cae suavemente para descansar en la tierra.

**16.00 h.**

Angus Poole estaba sentado en una de las mesas de la gran sala de Información Tecnológica, con los brazos cruzados, entretenido en silbar la melodía de «Knock me a Kiss». A su alrededor había por lo menos tres docenas de mesas, la mayoría de ellas ocupadas. Cada una disponía de un teclado y una pantalla plana, colocados en el mismo ángulo. A pesar del número de empleados, no se oía más que el tecleo, la campanilla de los teléfonos y el murmullo de las conversaciones, y el silbido de Poole sonaba con toda claridad.

Al otro extremo de la sala había unas puertas verdes y, encima, un cartel cuyo mensaje de advertencia era legible, incluso desde donde se encontraba Poole: «Entrada solo autorizada al personal de Sistemas, previa verificación de los escáneres de retina y huellas dactilares». Más allá de las puertas estaban las enormes computadoras que eran el cerebro de Utopía: una metrópolis de silicio y cobre que controlaba las atracciones, los robots, los efectos pirotécnicos, la vigilancia, las operaciones de los casinos, el suministro eléctrico, la recogida de basura, los detectores de incendio, el monorraíl, el suministro de agua fría y caliente, y muchísimos más sistemas necesarios para el funcionamiento del parque. Parecía incongruente que semejante maravilla pudiese estar oculta detrás de una fachada absolutamente anodina como esta oficina exterior.

Mientras Poole esperaba, se levantó alguien de una mesa cercana para ir a su encuentro. Él la observó: mujer blanca, veinte y tantos años, un metro sesenta y cinco, cincuenta y cinco kilos, ojos verdes, lentes de contacto. Continuó silbando.

La joven se acercó, un tanto insegura, y lo primero que hizo fue mirar el pase de Warne que llevaba en la solapa. Era obvio que no estaba acostumbrada a ver a un especialista externo en las sagradas salas de Sistemas.

- ¿Puedo ayudarlo, señor?

Poole sacudió la cabeza y sonrió.

- No, gracias. Ya me han atendido -respondió, y continuó silbando.

La mujer lo miró durante unos segundos. Luego asintió y sin decir nada más volvió a su mesa.

Poole la observó mientras se alejaba. Después consultó su reloj. Las cuatro en punto. Un canturreo reemplazó al silbido.

Mientras canturreaba, su mente trabajaba a gran velocidad. Aquella era una operación desagradable y le estaba requiriendo más tiempo de lo previsto. Así y todo, dadas las circunstancias, tendría que apañárselas con lo que había.

El plan de Warne, aunque para Poole no merecía ese nombre, estaba plagado de puntos criticables. Para empezar, la acusación de Warne contra Fred Barksdale parecía basada solo en pruebas indiciarias. Además, Poole no tenía idea de dónde encontrarlo o cuál era su aspecto. Afortunadamente, había una guía de teléfonos internos y, también afortunadamente, la llamada de Poole -hecha desde un despacho vacío al final del pasillo vecino- había sido atendida a la primera. Ahora, mientras esperaba, Poole vio un pequeño maletín negro debajo de una de las mesas desocupadas. Miró en derredor-, se bajó de la mesa, caminó con toda naturalidad hasta la otra mesa y recogió el maletín. Lo ayudaría a completar el disfraz.

Algo se movía dentro de su campo de visión periférica. Poole se volvió. Un hombre delgado, de ojos azules y una abundante cabellera rubia se acercaba entre las mesas. Venía del lado donde estaban las puertas verdes. A pesar de su inmaculado traje de corte impecable y el irreprochable nudo de la corbata, para la mirada experta de Poole tenía el aspecto de un hombre de éxito que estaba viviendo un día muy estresante. Poole le tendió la mano.

- El señor Barksdale, ¿no?

El hombre rubio le estrechó la mano automáticamente.

El apretón fue fuerte y rápido.

- Así es. -Poole reconoció el mismo acento británico que había escuchado unos pocos minutos antes en el teléfono-. Tendrá que perdonarme, pero estoy muy ocupado. ¿Qué es eso sobre…?

Barksdale se interrumpió bruscamente al ver el pase enganchado en la solapa de la chaqueta de Poole. Frunció el entrecejo.

- Espere un momento. Por teléfono dijo…

- Perdone que lo interrumpa -dijo Poole-. ¿Le importaría si hablamos en otro lugar? -Mientras hablaba, apoyó una mano debajo del codo de Barksdale y comenzó a guiarlo hacia la salida; no con la fuerza suficiente para empujarlo contra su voluntad, pero sí para hacer que la resistencia resultara embarazosa. Era importante sacar a Barksdale de su terreno y llevarlo a otro neutral.

Poole, con el maletín hurtado en la otra mano, sacó a Barksdale de la sala de Información Tecnológica y caminaron por el amplio pasillo del nivel B. Barksdale se dejó llevar, sin decir palabra aunque su irritación era evidente. Era uno de los jefazos de Utopía; en circunstancias normales, pensó Poole, ya habría montado un escándalo por esta insólita interrupción. Pero si Warne tenía razón -si Barksdale estaba complicado-, el hombre no se arriesgaría a una demora a estas alturas del juego. No era un profesional en este tipo de trabajo; no había dejado de preocuparse ante la posibilidad de que se produjeran nuevas complicaciones. Su única alternativa era plegarse, y eso hacía. El escepticismo instintivo de Poole comenzó a disminuir.

Unos minutos antes, mientras echaba una ojeada al en torno, Poole había encontrado una sala de descanso a unos treinta metros de Información Tecnológica. Abrió la puerta y entraron. Con una sonrisa, le señaló a Barksdale los sillones que había junto a una pared azul.

Barksdale apartó la mano de Poole.

- Oiga, ¿a qué viene todo esto? Usted dijo que era uno de los técnicos de Camelot.

Poole asintió.

- Mencionó un problema en los frenos de una de las montañas rusas. Dijo que habían modificado los sistemas. Un posible sabotaje. Que quería hablar únicamente conmigo.

Poole asintió de nuevo. Aquel había sido el cebo necesario para atraer a Barksdale, decirle algo que no podía pasar por alto. Barksdale señaló la tarjeta.

- Ahora resulta que es un especialista externo. No es un empleado de Utopía. ¿Se puede saber qué está pasando?

Poole volvió a asentir.

- Tiene usted razón. No soy un empleado de Utopía. Tendrá que disculparme por lo que dije por teléfono, pero es muy difícil llegar a usted. Me fue imposible conseguirlo por los canales habituales.

Barksdale entrecerró los ojos. Poole vio las emociones que se reflejaban en ellos: enfado, incertidumbre, ansiedad.

- ¿Quién es usted? -preguntó Barksdale.

Poole sonrió con mucha humildad.

- Soy un asesor de ventas de una empresa externa. Mi jefe me dijo que debía hablar con usted y que no reparara en los medios para conseguirlo.

- ¿Usted no es más que un maldito vendedor?

Poole asintió con una sonrisa.

Esta vez en el rostro de Barksdale solo se reflejó una profunda indignación.

- ¿Cómo consiguió entrar aquí?

- Eso no tiene importancia. El hecho es que estoy aquí, y que he venido para ayudarlo. -Poole palmeó el maletín-. Sí tiene la bondad de sentarse, quisiera hacerle una pequeña demostración de nuestro…

- Ni lo sueñe. Ahora mismo llamaré a Seguridad -replicó Barksdale, que se volvió.

- Si tiene la bondad de sentarse solo un momento… -insistió Poole al tiempo que apoyaba una mano en el hombro del inglés y lo obligaba a sentarse en el sofá más cercano.

El rostro de Barksdale se ensombreció de rabia, pero no se levantó.

- Muchas gracias. Le prometo que no será más que un minuto. -Cogió el maletín y simuló que se disponía a abrirlo-. Como director de Información Tecnológica de este fantástico parque, usted conoce muy bien los riesgos de una infiltración exterior.

Barksdale permaneció en silencio.

- Cuanto más informatizadas son las infraestructuras, más vulnerables son a los ataques. -Poole hablaba con la cantinela típica de un vendedor-. Es una de las nuevas lacras que debemos soportar, y, por lo tanto, la protección de nuestros sistemas informáticos es algo imprescindible. Estoy seguro de que son muchos los que intentan penetrar en sus sistemas, señor Barksdale. Es en este punto donde lo podemos ayudar.

El rostro de Barksdale cambió de color.

- La firma que represento puede hacer un diagnóstico de sus sistemas, descubrir los puntos débiles y sugerir las soluciones. Hoy, y solo por hoy, estamos haciendo una oferta especial. ¿Qué me dice? ¿Firmamos el contrato? -Poole hizo como si buscara una estilográfica.

- ¿Cuál es la firma que dijo que representaba? -preguntó Barksdale con una voz que parecía estar a punto de quebrarse.

- ¿Cómo, no se lo dije? Keyhole Intrusion Systems.

Barksdale se transformó bruscamente en un hombre acosado. Miró a izquierda y derecha como si buscase un camino para huir.

Las dudas de Poole se disiparon en el acto. Cogió el pase y lo acercó al rostro de Barksdale para que leyera el nombre de Andrew Warne.

- Te pillé -dijo.

Barksdale se levantó de un salto y corrió hacia la puerta con la intención de alcanzar el pasillo.

- ¡Señor Barksdale! -gritó Poole.

Algo en la voz de Poole hizo que Barksdale se detuviese en el acto. Se volvió lentamente. Poole mantenía abierta la chaqueta de pana y se veía la culata de la pistola que le había quitado al pirata.

- Será mucho menos complicado si lo hacemos a mi manera, Señor Barksdale.

Después, con una sonrisa amable, se abrochó la chaqueta y la pistola desapareció de la vista.

**16.00 h.**

Terri Bonifacio caminaba por el amplio pasillo con la mirada fija en el frente. Eran las cuatro y, con el cambio de turnos, en el pasillo había una muchedumbre. En más de una ocasión, la saludaron algunos empleados y actores que la conocían, pero ella no se dio cuenta, sumida como estaba en sus pensamientos.

Lo que había comenzado como un día normal se había convertido en una pesadilla, algo horrible. Pensar que para ella había comenzado con una muy agradable sorpresa: la visita del doctor Warne una semana antes de lo previsto. Ella se había encargado de controlar la metarred desde su puesta en marcha, había visto cómo se mejoraba a sí misma y a los robots que controlaba, y mientras sostenía innumerables conversaciones telefónicas con Warne para transmitirle la información, se había interesado cada vez más por su creador. Aquí tenía a un hombre que compartía su fascinación por la inteligencia artificial, que había hecho algunas contribuciones fundamentales a la disciplina. Alguien de quien podía aprender. Una persona ingeniosa, brillante, con un extraordinario sentido del humor. Cuando se había enterado de que él y Sarah Boatwright habían roto la relación, incluso había llegado A soñar con un futura colaboración: Warne como el genio iconoclasta, y ella como el genio técnico que complementaría y llevaría ala práctica sus visiones. Codo a codo.

Las sorpresas posteriores habían sido mucho menos agradables.

La última, la traición de Barksdale, la había dejado anonadada. Aún le costaba creerlo. ¿No podía ser todo una terrible equivocación? ¿Era posible que Warne hubiese cometido un tremendo error en sus deducciones?

Las puertas dobles del centro médico estaban cerradas, y las luces brillaban detrás de los cristales esmerilados. Terri acortó el paso.

«¿Y ahora qué?», se preguntó. Fuese o no cierta la acusación, ella había presenciado la refriega en el Núcleo, había visto la bolsa con las armas y las municiones, y ahora se disponía a entrar en el centro médico, convertida en una voluntaria para la batalla. «Sí, yo me ocuparé. Déjame salvar a una mocosa de las garras de un ejército de mercenarios. Muy bien, Terri. Estas hecha una heroína.»

Apartó de su mente estos pensamientos. La probabilidad de que alguien apareciera con la intención de hacerle daño a una niña de catorce años era de una entre mil. Aun cuando supieran de su existencia -algo que estaba por verse-, tenían cosas mucho más importante que hacer. Su presencia aquí no tenía más objeto que el de tranquilizar a Andrew.

Se armó de valor y abrió la puerta.

Solo había visitado el centro médico en dos ocasiones: una para vacunarse contra la gripe y otra cuando se le había caído sobre un pie un motor, y en ambas lo había encontrado casi desierto. La planta era cuadrada, y los dos anchos pasillos centrales formaban una cruz en el Centro. Se imaginó con toda claridad la escena que estaba a punto de ver: media docena de enfermeras, que no tenían pacientes a los que atender, querrían saber inmediatamente por qué había ido. Pero, en cuanto cruzó la puerta,: encontró con algo muy diferente. Había una sola enfermera en la recepción -una zona abierta situada en la intersección de los dos pasillos-, sosteniendo un teléfono en cada hombro mientras tomaba nota. Otras enfermeras pasaban a paso rápido con carritos llenos de instrumental quirúrgico y medicamentos.

Terri se acercó a la recepción, sin perderse detalle. Un grupo de médicos pasó a su lado, y se esforzó por oír lo que decían. Al parecer había ocurrido un terrible accidente en una de las atracciones de Calisto. Habían avisado de numerosos muertos, y la unidad de quemados esperaba la llegada de los heridos.

Se estremeció. «Otra vez no.» Vio a dos guardias apostados en el cruce, en el lado opuesto a la recepción. Terri acortó el paso y-reflexionó. Había dos maneras de hacer aquello. La primera era ser sincera. Hablaría con la enfermera o los guardias. Les diría: «Hola, soy Terri Bonifacio, de Información Tecnológica. ¿Tienen aquí a una paciente llamada Georgia Warne? Verán, su padre cree que aquí no esta segura y quiere que la esconda en algún lugar…».

Terri descartó esta opción de inmediato. Tendría que utilizar la segunda manera.

Siguió caminando y, con la mayor naturalidad de la que fue capaz, cogió una de las carpetas que había en una bandeja en un extremo del mostrador. Aún llevaba la bata blanca del laboratorio, que podía pasar perfectamente por un uniforme médico. Se arregló las solapas alrededor del cuello y, con la carpeta bien a la vista, se dirigió hacia la intersección. Delante se encontraban los quirófanos y la unidad de cuidados intensivos; ala derecha, los consultorios y los laboratorios; a la izquierda, las salas de recuperación y soporte; en el corredor transversal, los cubículos de los pacientes, con las cortinas abiertas, las camas y las sillas a la vista. En algunos vio a los asistentes que cambiaban las sábanas. Era como si se estuviesen preparando para la llegada de un gran número de heridos. Quizá lo estaban.

Pensó rápidamente, sin hacer caso a su corazón desbocado. Warne le había dicho que las heridas de Georgia eran leves, pero que el efecto del sedante aún tardaría un poco en desaparecer. La chica descansaba en uno de los cubículos. Terri miró a uno y otro lado mientras se acercaba a la intersección. Todos los cubículos se hallaban vacíos, con las cortinas abiertas excepto unos pocos del pasillo transversal a su izquierda.

Cuando pasó junto a los guardias, miró la carpeta y tomó por el pasillo de la izquierda con toda naturalidad. Los guardias la miraron sin interrumpir la conversación.

Camino hacia los cubículos cerrados. Eran tres unidos, que sobresalían de la pared derecha, con las cortinas azul claro bien cerradas para ocultar las camas del resto de la sala. Mientras se acercaba, advirtió con desconsuelo que los tres cubículos quedaban a la vista de los guardias y el puesto de las enfermeras. «Maldita sea -pensó-, esto no dará resultado.» Se sentía ridícula, expuesta a las miradas de todos.

Se obligó a seguir adelante y llegó a la cama vacía más cercana a los tres cubículos cerrados. Dando la espalda a las cortinas, dejó la carpeta sobre la cama y simuló controlar uno de los aparatos instalados encima de la cabecera, Mientras lo hacía, aprovechó para mirar hacia la intersección. Nadie le prestaba atención. Se deslizó detrás de la cortina.

Terri se volvió y contuvo el aliento.

En la cama yacía un anciano, con las mantas arrebujadas debajo de la barbilla, los ojos desenfocados. Le temblaban las manos cubiertas de manchas marrones que sujetaban la sábana. Un monitor pitaba monótonamente a un lado del lecho. Se acercó al pie de la cama, con mucho cuidado para no mover las cortinas ni hacer nada que pudiese delatar sus movimientos.

Se detuvo al otro lado de la cama para respirar profundamente. Luego le dio la espalda al anciano y, sin apartarse mucho de la pared, descorrió la cortina del cubículo vecino.

Vacío, la cama intacta, todos los monitores apagados «Esto no tiene ningún sentido -se dijo-. Puede estar en cualquier parte.»

Solo faltaba mirar en el último cubículo. Después iría a Seguridad. Nadie, ni siquiera Andrew, podría acusarla de no haberlo intentado. «Además -pensó mientras rodeada la cama vacía y apartaba sigilosamente la cortina del lado opuesto- Georgia está aquí más segura que en cualquier otra parte.» Respiró de nuevo profundamente y se coló en el tercer cubículo.

Georgia continuaba durmiendo pacíficamente, los cabellos castaños sueltos sobre la almohada. Por un momento, Terri permaneció inmóvil y se olvidó de todo mientras miraba a la hija de Warne. Desde este ángulo, observó los rasgos que compartían: la frente despejada, los ojos muy separados y hundidos, la forma de los labios.

Después se obligó a pensar una vez más. Andrew le había pedido que llevara a Georgia a Seguridad, si podía. Y, aunque eso fuera imposible, había otras muchas alternativas: un lugar donde a nadie se le ocurriría buscarla, un lugar que no llamaría la atención. Había docenas de despachos, laboratorios, almacenes, todos a unos pocos pasos. Al final del pasillo había una salida de emergencia que comunicaba el centro médico con un pasillo de servicio. Encontrar un escondite sería la parte fácil.

En cambio, sacar a Georgia del cubículo sin que nadie se diera cuenta bien podía resultar imposible.

Se apartó de la cama y miró en derredor, dominada por la duda «Esto es una locura. ¿Qué puedo hacer? ¿Cargarla al hombro y llevármela tan campante?» Lo lógico era quedarse allí y esperar a que Georgia se despertase. De todas maneras, ¿qué podía pasarle?

Miró de nuevo a la niña dormida, el morado que tenía en la mejilla. Había algo en ella que la hacía pensar en sí misma. No era el parecido físico: sabía que no era tan bonita como Georgia, que no tenía su gracia natural, tan poco habitual en una adolescente de catorce años. Era más bien algo en su actitud, en su manera de presentarse ante el mundo. Terri

recordó que a esa edad ella era una persona callada, retraída. Acababa de llegar a Estados Unidos, y en la escuela era la más baja y la más inteligente de su clase. Los adultos quizá le parecían estúpidos, pero eran preferibles a los compañeros, que no cesaban en sus burlas. Los catorce eran una edad difícil.

Sintió que se reforzaba su voluntad mientras miraba a la niña. Las probabilidades de que estuviese en peligro eran de un millón a uno. Pero no importaba: tenía que encontrar la manera de garantizar su seguridad. Tenía que hacerlo por Georgia… y por su padre.

Se acercó rápidamente al otro lado de la cama. Entreabrió las cortinas y miró hacia el fondo del pasillo para ver si había una camilla, una mesa rodante, algo que le permitiera llevarse A la niña dormida. No vio nada y se desesperó.

Entonces reparó en un cuadrado de metal brillante apoyado en la pared más cercana: una silla de ruedas plegada.

Apartó la cortina con mucho cuidado y salió al pasillo, con la precaución de mantener la cortina entre ella y cualquiera que pudiese mirar desde la intersección. Oyó voces y pisadas; pero, afortunadamente, nadie entró en el pasillo. Cogió la silla, la llevó al cubículo lo más sigilosamente que pudo y echó la cortina. Luego empujó hacia abajo el manillar de la silla y la abrió.

Se volvió hacia la cama, con la respiración agitada. Tenía que hacerlo rápidamente, sin pararse a pensar que aquello era una locura.

Maniobró la silla para ponerla junto a la cama, apartó la manta y la sabana y con mucha suavidad levantó a Georgia.

- Dios, chica -protestó-. Pesas tanto como yo.

Terri necesitó de todas sus fuerza para sentar a Georgia en la silla. La niña exhaló un suspiro. Terri cogió la almohada y la colocó entre la espalda de Georgia y el respaldo de la silla para que estuviese lo más cómoda posible, y la abrigó con una manta.

Ya casi estaba; ahora no podía flaquear.

Se apartó de la cama y entreabrió las cortinas apenas lo necesario para mirar hacia la intersección y el mostrador. La actividad había disminuido un poco, pero los guardias continuaban en sus puestos.

No miraban en su dirección. Sería cosa de treinta segundos sacar a Georgia del cubículo, ir hasta el final del pasillo y salir por la puerta de emergencia. Los guardias no se enterarían. Si se mantenía junto a la pared derecha, las cortinas del cubículo la mantendrían oculta durante parte del recorrido.

Y, aunque los guardias mirasen en su dirección, lo más probable era que no despertara sus sospechas: solo verían a una enfermera que empujaba una silla de ruedas.

«Vamos, Terri, mueve el culo.»

Apartó la cortina, sujetó el manillar de la silla con fuerza y empujó para sacarla al pasillo. Las ruedas chirriaban, y Terri se mordió el labio inferior para dominar la angustia. Se dijo que en menos de un minuto ya habrían cruzado la puerta.

Sin embargo, la distancia era mayor de lo que había creído. No era fácil empujar la silla, y la puerta de emergencia parecía estar cada vez más lejos. Apretó las mandíbulas e intentó acelerar el paso.

Fue entonces cuando oyó una voz sonora detrás de ella.

Algo estaba ocurriendo en el puesto de las enfermeras. ¿Habían llegado las primeras víctimas? Terri no se atrevió a mirar atrás. Se sentía desnuda, vulnerable. Ya había recorrido casi la mitad del camino, demasiado para intentar volver al cubículo. Pero no podía seguir sin saber lo que ocurría detrás, sin saber si alguien la estaba observando en su camino hacia la puerta de emergencia. «Pues a ver qué haces», pensó. Fue consciente de que empezaba a fallarle el coraje. Miró a uno y otro lado.

Allí, a la derecha, había una puerta: un armario de la ropa blanca.

«No, no», pensó.

Así y todo, era la única puerta. Podrían esconderse en el interior hasta que el pasillo se despejara. Luego saldrían para continuar la huida.

Los viejos miedos, las fobias mal reprimidas, reaparecieron con fuerza. «No, por favor. En un armario no.»

El cuarto sería pequeño, estaría a oscuras. Sería mucho más sencillo seguir adelante, confiar en que nadie se fijaría en ella. «Un armario…»

Las voces sonaron todavía más fuertes.

Terri apeló a toda su voluntad para controlar el pánico y dirigió la silla hacia la puerta. Le temblaban las manos cuando la abrió y empujó la silla al interior.

La única luz la suministraba un tubo fluorescente. Terri miró en derredor, cada vez más angustiada. Afortunadamente era una habitación grande, pero oscura, muy oscura. Había batas verdes, uniformes blancos de enfermera y delantales de todos los tamaños colgados en los percheros y plegados en los cubos de madera de las estanterías. En la parte de atrás vio un enorme cilindro de metal y plástico colocado horizontalmente, de una pared a la otra. Hileras de tubos más pequeños recorrían su superficie como venas. El tubo tenía dos puertas con asas de latón. Toda la instalación formaba parte del sistema de transporte a alta presión de prendas a la lavandería, que pagaba por todo el subterráneo de Utopía. Durante todo el día, pero sobre todo al final de los dos turnos principales, centenares de disfraces, uniformes, toallas, manteles, servilletas y sábanas eran transportados por el tubo neumático hasta la lavandería instalada en el nivel C. Terri oyó el ruido del sistema en funcionamiento.

Ahora respiraba con tanta rapidez que hiperventilaba. Las paredes parecían estar a punto de aplastarla. Consiguió controlar la fobia y se ocupó de arreglarle la manta y la almohada a Georgia.-Luego se acercó a la puerta y abrió solo lo necesario para espiar.

Había un hombre en el puesto de las enfermeras. Era de mediana estatura, musculoso, e incluso desde esa distancia sus ojos le parecieron un tanto exóticos. Vestía un mono oscuro y mientras hablaba con la enfermera de guardia miraba en derredor, lenta y despreocupadamente. A Terri le pareció que se fijaba en su puerta y se ocultó en el acto. Después se asomó de nuevo para escuchar sus palabras.

- Vengo a ver a una paciente -dijo el hombre. Tenía un acento casi tan exótico como sus ojos.

- ¿Cómo se llama? -preguntó la enfermera, sin desviar la mirada de la pantalla del ordenador.

- Georgia Warne.

Terri apretó con fuerza el pomo de la puerta.

- ¿Usted es? -preguntó la enfermera, sin mirarlo.

- Soy el señor Warne. El padre.

- Por supuesto. -La enfermera consultó una planilla-. Está en… No, un momento, al parecer la han trasladado. La encontrará en el cubículo treinta y cuatro. Es por aquel pasillo a la izquierda. El último cubículo con las cortinas echadas, señor Warne.

«¿Es "doctor" Warne! -quiso gritarle Terri-. ¡Doctor, no señor!» Pero la enfermera ya se había marchado en la dirección opuesta, y el hombre había rodeado el mostrador y ahora caminaba por el pasillo. Cuando lo vio con claridad a través de la rendija, advirtió que llevaba una pesada bolsa de tela plateada.

El sentido común le gritó que debía ocultarse, pero Terri fue incapaz de moverse de la puerta y el rayo de luz. No podía volver a encerrarse en la agobiante oscuridad de la habitación.

«Jesús, María y José, protegedme de cualquier daño, Jesús, María y José, protegedme de cualquier daño.» Terri no había rezado desde que había salido de la escuela de monjas. Pero ahora se descubrió repitiendo las palabras que una vez le habían servido de consuelo: «Creo en Dios, Padre Topoderoso…».

Detrás de ella, Georgia se movió en la silla. El hombre se acercó. Terri redobló sus oraciones y suplicó la protección de la Virgen.

El hombre continuó la implacable marcha por el pasillo.

**16.00 h.**

Delante de «La cámara de las fantásticas ilusiones del profesor Cripplewood», la luz de las lámparas de gas se reflejaba con un brillo mortecino en el pavimento de adoquines todavía mojados por la última lluvia. Los visitantes que habían estado en la cola se marchaban con los vales que garantizaban su entrada a las cuatro y media. Un grueso cordón rojo con borlas doradas cerraba la entrada al edificio de ladrillos. Durante la siguiente media hora, los espejos holográficos estarían cerrados al público.

Cuatro metros debajo de la calle, en la sala de Producción de Imágenes, Sarah Boatwright se frotaba los brazos para no helarse. Por increíble que pareciera, allí hacía más frío que en su despacho. Echó una ojeada a las docenas de aparatos, cada uno marcado con una etiqueta roja: modulador óptico-acústico n.° 10, procesador del flujo de sobreimpresiones, codificador marginal A. Una pequeña ciudad de hardware propio, que aseguraba el perfecto funcionamiento de la magia en la sala de espejos holográficos. Normalmente, quinientas personas pasaban por la sala cada treinta minutos, pero en esos momentos estaba vacía. Ella sería la única visitante.

No, eso no era correcto. John Doe también estaría allí.

Se volvió para mirar a Bob Allocco. El fornido jefe de Seguridad ocupaba el angosto espacio entre dos moduladores de alta resolución. Detrás de Allocco, a una distancia prudencial, se encontraban Rod Allenby, el director de Luz de Gas y Carmen Flores, la atractiva supervisora de los espejos holográficos. La preocupación se reflejaba en sus rostros.

- ¿Cree que ya está dentro? -preguntó Sarah.

- No hay manera de saberlo, con todas las cámaras apagadas. -Allocco se encogió de hombros-. Es un mal bicho. Hay cuatro entradas de servicio a la sala desde aquí abajo, y

Producción de Imágenes tiene acceso tanto al nivel A como al parque. -La miró de reojo-. Usted ordenó específicamente que no se apostaran guardias dentro o fuera de la sala.

- Mire lo que pasó en la ocasión anterior. Esta vez tendremos que hacerlo a su manera. Le daré el disco. Nada de trampas. Que se vaya de una vez. Entonces nos ocuparemos de recoger los pedazos.

- Recoger los pedazos. Bonita imagen.

- Vamos, Bob. Ahora nos toca jugar de acuerdo con las reglas de John Doe, y, con un poco de suerte, el partido se acabará dentro de unos minutos. -En el fondo de su mente, Sarah escuchó la voz de Chuck Emory, triste, resignada: «Solo podemos esperar otra media hora. Si para entonces el parque no ha vuelto a la normalidad, llamaremos a los federales».

- Puede que sea el juego de John Doe, pero eso no significa que él tenga todos los triunfos. -Allocco sacó algo del bolsillo y se lo dio: unas gafas con la montura azul oscuro y cristales muy gruesos tintados.

- ¿Qué es esto?

- Unas gafas de visión nocturna modificadas. Detectan el calor y filtran nuestras imágenes holográficas. Los técnicos las usan cuando hacen las inspecciones en los espejos holográficos. Póngaselas en cuanto entre. Aquí está el interruptor. -Allocco hizo una pausa-. Por amor de Dios, tenemos la tecnología. Debemos aprovecharla. Usted ya sabe con la facilidad que uno se desorienta en la sala. Con estas gafas, al menos tendrá una ventaja.

- Muy bien. -Sarah se colgó las gafas alrededor del cuello y consultó su reloj-. Tengo que irme. Es la hora.

- Un minuto más, por favor. -Allocco le ofreció una radio-. Manténgala encendida. Ya está sintonizada. Yo la escucharé mientras esté dentro. ¿Conoce la disposición de la galería?

- Más o menos. -Sarah cogió la radio.

- A pesar de las gafas, puede que se desoriente, así que no se demore. Entregue el disco y salga. Al primer aviso, acudirá la caballería.

- No quiero a la caballería. No quiero que nadie más intervenga. Si queremos salvar mi parque, necesitamos que se marche cuanto antes.

Allocco exhaló un suspiro.

- Sí, señora. Pero, si pasa algo, será su culpa, no mía.

Sarah asintió y caminó hacia la puerta.

- En cualquier caso, guárdese las espaldas -añadió Allocco.

Sarah agitó la radio en el aire a modo de respuesta y continuó su camino hacia el fondo de la sala, entre las mesas llenas de equipos electrónicos.

Producción de Imágenes ocupaba todo el espacio debajo de los espejos holográficos. Cada una de las unidades de allí abajo enviaba un holograma a la sala. Por orden de Sarah, en el recinto solo había quedado el personal mínimo, y, mientras continuaba recorriendo el sinuoso camino hasta la escalera se fue sintiendo cada vez más sola.

Al llegar a la escalera, apoyó la mano en la frígida balaustrada e hizo una pausa. Acercó la otra mano al bolsillo de la chaqueta para asegurarse de que el disco seguía allí. Miró de nuevo el reloj.

Todas esas eran acciones inútiles, dilatorias. ¿Por qué había exigido que fuese ella quien hiciera la entrega? Comprendió que aunque no podía evitarlo, en realidad no quería subir la escalera. No quería perderse en el desconcertante laberinto de la sala con la mezcla de reflejos y hologramas. Sobre todo, no quería ver de nuevo a John Doe, aquellos ojos bicolores clavados en ella, aquella extraña, sonrisa insinuante enmarcada por la muy bien recortada barba. No allí, y menos sola.

Sujetó con fuerza la balaustrada. «Mire lo que pasó la vez anterior», le había dicho a Allocco. Habían actuado de forma agresiva, y la consecuencia había sido un guardia muerto y muchos visitantes heridos. Aquello había sido decisión suya. Quizá John Doe no mentía cuando le dijo que quería que ella le entregara el disco para evitar otra trampa. Claro que eso no tenía importancia. Porque, después del fracaso en el Viaje Galáctico, esto era responsabilidad suya y de nadie más. Echó los hombros hacia atrás, irguió la cabeza y, sin más vacilaciones, subió la escalera. Cuando llegó al rellano, hizo girar el pomo de la puerta y la abrió.

Al otro lado había una gran sala que imitaba los excesos del estilo eduardiano: paredes empapeladas, cortinados rojos hasta el techo y lámparas de gas con globos tallados colocadas entre óleos de marcos dorados, que iluminaban el ambiente con una luz suave y cálida. Las tablillas del parque de colores diferentes formaban el dibujo de un complicado laberinto en espiral. Esta era la sala de espera de los espejos holográficos. Normalmente, a esta hora estaba llena de visitantes que aguardaban a que los acomodadores vestidos a la moda del Siglo XIX hicieran pasar al siguiente grupo en fila india. Ahora se encontraba desierta y silenciosa. Las sombras se alargaban sobre el suelo y dominaban los rincones.

Sarah avanzó un paso y dejó que la puerta se cerrara sin hacer ruido detrás de ella. Sus pisadas se oyeron con toda claridad. Se detuvo con el oído atento. Percibió el siseo de las lámparas de gas, el tictac de la media docena de relojes de péndulo que había en la sala. Desde la izquierda llegaban débilmente los sonidos del parque, al otro lado de las puertas cerradas: risas, voces, cantos. A la derecha, donde la entrada al laberinto era como una gran boca abierta, no había más que silencio. En algún lugar del laberinto la esperaba John Doe.

Sabía que debía dirigirse hacia la entrada con paso decidido y anunciar su presencia. Sin embargo, algo en aquel silencio pareció frustrar sus mejores intenciones, paralizar su voluntad. Durante toda su vida adulta, Sarah nunca se había permitido tenerle miedo a nada ni a nadie. Pero en esos momentos, sola en la sala, la sequedad en la boca era inconfundible.

Respiró lenta y profundamente un par de veces, y luego, sigilosamente, avanzó hacia la entrada, con la radio en una mano. La había aceptado sin darle ninguna importancia, y ahora se había convertido en algo así como un salvavidas.

«Basta de dilaciones», pensó. Cruzó el umbral y entró en la sala.

La iluminación era escasa. Las lámparas de gas de la antecámara habían sido reemplazadas por una iluminación indirecta muy suave. A ambos lados del pasillo, las paredes estaban cubiertas con grandes espejos con marcos de madera oscura.

A medida que avanzaba, Sarah se vio reflejada por los dos costados.

Sabía que en aquella primera sección no había más que espejos. Pero ocultas en las molduras y detrás de los espejos, las cámaras filmaban su imagen y la enviaban a los ordenadores de producción, que la someterían a una complicada serie de conversiones digitales y enviarían el resultado a los proyectores holográficos para exhibirla en otras

partes del recorrido. Los sensores instalados en el techo detectarían su presencia para determinar dónde proyectar los hologramas e incluso reproducir su movimiento en tiempo real a medida que Sarah se acercara a ellos. Cuanto más se adentraba el visitante en el laberinto, más difícil le resultaba saber si veía una imagen en un espejo, o un holograma de sí mismo o de algún otro visitante. Era la clásica Sala de Espejos pasada a la tecnología del siglo XXI. Se preguntó de nuevo por qué, de entre todos los lugares, John Doe había escogido este para recibir el disco.

Mientras continuaba avanzando, Sarah vio una imagen de sí misma que se acercaba; era obvio que un poco más allá el pasillo doblaba bruscamente, así que seguramente se estaba viendo en un espejo. Se acercó, con la mirada fija en la imagen. Una mujer, con una radio en una mano, los labios apretados. Levantó un brazo y la imagen imitó el gesto. Apoyó una mano en el cristal.

La imagen en el espejo era un tanto borrosa. Todos los espejos de la sala devolvían una imagen difusa para que parecieran hologramas y así reforzar la ilusión. Sarah bajó el brazo y siguió por el pasillo. De nuevo, sus imágenes la siguieron por ambos lados. La radio emitió un sonido de estática.

El pasillo la llevó a una pequeña habitación hexagonal. A su alrededor, las otras Sarah Boatwright le devolvieron la mirada. Se detuvo para recrear en su mente el plano de la Sala Tres de las seis paredes eran espejos; otra correspondía al pasillo por donde había entrado; las otras dos eran hologramas que ocultaban sendos pasillos.

Miró las imágenes con más atención. Todas ellas sostenían una radio y mantenían los brazos pegados al cuerpo. Levantó los brazos, y tres de las imágenes calcaron el movimiento. Eso significaba que las otras dos eran hologramas. Podía pasar a través de esas imágenes, seguir por uno de los pasillos. Pero ¿cuál?

Consideró la posibilidad de quedarse allí y dejar que John Doe hiciera el siguiente movimiento. Quizá estaba allí, en el siguiente pasillo, o quizá todo esto no era más que un engaño, y él y sus compinches ya escapaban por la carretera 95. En cualquier caso, resultaba mucho más fácil seguir adelante que quedarse allí y limitarse a esperar.

Sarah dio un paso hacia el holograma más cercano. Cuando menos se lo esperaba, la imagen levantó un brazo. Se detuvo instintivamente al ver el movimiento. Comprendió lo que ocurría; la cámara oculta detrás del espejo al final del otro pasillo la había filmado en el momento de levantar el brazo para tocar el espejo y ahora estaba viendo la imagen procesada.

Cruzó el holograma y la figura de luz se distorsionó a su paso. Al otro lado, otro pasillo de espejos paralelos parecía perderse en el infinito. Hizo una pausa, atenta a cualquier sonido, a cualquier señal de movimiento. Al no oír ni ver nada, decidió continuar.

Ahora se encontraba en las profundidades del laberinto y aumentaban las posibilidades de que las imágenes reflejadas en las paredes laterales no correspondieran a espejos. Algunas podían ser hologramas, recreaciones de su paso ante los espejos de los otros pasillos. No recordaba con claridad la disposición de la sala más allá del primer desvío. Hasta cierto punto resultaba más sencillo orientarse al ser la única persona en la sala; normalmente, los espejos capturaban las imágenes de grupos de veinte personas, no de una sola, y eso hacía mucho más complicado adivinar cuál era un holograma, cuál la reflexión de un espejo y cuál un ser real. Incluso así, comenzaba a perder el sentido de la orientación.

Entonces recordó las gafas que llevaba colgadas alrededor del cuello. Apretó el interruptor y se las puso. La visión del pasillo cambió bruscamente. Los hologramas que tenía delante

se volvieron casi transparentes, vaporosos como los fantasmas. Ahora distinguía entre la ilusión y el reflejo. Recuperó el ánimo.

El pasillo torcía bruscamente y después se bifurcaba. Sarah miró a uno y otro lado, ambos con espejos en las paredes. Vaciló durante unos segundos y luego se decidió por el izquierdo. En el momento en que entraba, escuchó una voz en la radio.

- Sarah, ¿me recibe? -La voz de Allocco sonó como un cañonazo en el silencio del pasillo.

- Sí -respondió, después de bajar el volumen apresuradamente.

- ¿Qué está pasando?

- Nada. No hay ninguna señal. ¿A qué viene la llamada?

Debíamos mantener el…

- Escuche, Sarah. Se ha producido un accidente en Calisto.

- ¿Accidente? ¿Qué clase de accidente?

- No lo sé. Al no disponer de las cámaras, se tarda más en tener un conocimiento exacto de la situación. Pero al parecer el accidente ocurrió en la Estación Omega. He recibido informes de,… -Una descarga de estática interrumpió fugazmente la comunicación-. Numerosos 904.

Sarah se estremeció. En el código de emergencias de Utopía, un 904 significaba víctimas mortales entre los visitantes.

- Sarah, ¿sigue allí?

- Estoy aquí. ¿Está seguro? ¿No es una falsa alarma?

- He recibido dos informes independientes. Parece grave. Quizá sea necesario el control de masas.

- En ese caso vaya allí y estabilice la situación.

- No puedo hacerlo. Usted…

- Estoy bien. Su primera responsabilidad son los visitantes. Avise al centro médico, ponga en marcha una operación de rescate de víctimas si es necesario. Envíe personal de seguridad e infraestructura. Disponga que Relaciones Públicas comience con la contención periférica.

- Muy bien. Le pasaré la radio a Flores para que vigile esta frecuencia. Recuerde lo que dije, Sarah.

La comunicación acabó con un chasquido de la radio. Sarah subió de nuevo el volumen y la guardó en un bolsillo de la chaqueta.

Ahora que Allocco se había marchado, solo podía contar con el reducido grupo que permanecía en Producción de Imágenes, y ninguno de ellos sabía nada de su misión. Carmen Flores podía tener la radio, pero ella, como los demás, no tenía ni la menor idea de lo que ocurría.

Estaba absolutamente sola.

A pesar de lo que le había dicho a Allocco, no se sentía bien. Se detuvo. Otro accidente, casi inmediatamente después del producido en Aguas Oscuras, no podía ser una coincidencia.

Entonces ¿qué era lo que ocurría? ¿Todo eso era parte del Plan de John Doe? Si era así, ¿por qué? Habían aceptado todas sus exigencias. Habían copiado un segundo disco, y ella se encontraba allí para entregarlo. ¿Era posible que, al creer que ella no se había presentado, el accidente en la Estación Omega fuese una represalia? No, imposible. Si Allocco acababa de enterarse, eso significaba que se había puesto en marcha antes de las cuatro. Tal vez incluso mucho antes.

En cualquier caso, John Doe lo había planeado desde el primer momento.

Permaneció inmóvil en el resplandeciente pasillo. La furia, la frustración, el miedo competían por dominarla. ¿Qué había salido mal? ¿Cuántas víctimas había? ¿Se vivían ahora en Calisto escenas de pánico?

La furia ganó la partida y avanzó por el pasillo de la izquierda sin importarle el ruido de los tacones contra el suelo.

Al menos tenía las gafas; eso le daba una ventaja. Encontraría a ese hijo de perra, lo encontraría y…

Sarah se detuvo bruscamente. Delante, en otra esquina del laberinto, estaba John Doe.

Al menos, creía que era John Doe. A través de las gafas, la imagen era demasiado débil para saberlo a ciencia cierta. Se quitó las gafas. El holograma cobró vida en el acto.

Contuvo el aliento. Era la primera vez que lo veía de nuevo desde que había estado en su despacho, apoyado en su mesa, y no solo había bebido de su té sino que le había acariciado la mejilla. Apretó con fuerza las mandíbulas. El hombre parecía incluso más relajado en esos momentos que entonces: las delgadas manos a los lados, el traje sin una arruga, la misma sonrisa que dejaba ver sus dientes perfectos.

- Sarah -dijo-. Ha sido muy amable al venir. -La voz sonaba distante; el verdadero john Doe se encontraba en un lugar más profundo del laberinto. Ella esperó sin moverse, la mirada fija en la imagen-. Me encanta la decoración de este lugar. Complace mi lado narcisista.

La directora de operaciones continuó esperando.

- ¿Ha traído el disco; Sarah?

Lenta y cautelosamente, se acercó a la imagen. Sus ojos de diferente color miraban a izquierda y derecha. Quizá una de las cámaras lo había sorprendido en un cruce, cuando se preguntaba qué dirección seguir.

- Le he preguntado si ha traído el disco, Sarah. -Los labios en la imagen de Doe no se movieron.

- Sí -respondió. De pronto, ya no quiso seguir viendo su rostro. Se colocó las gafas, y los hologramas se convirtieron de nuevo en imágenes espectrales.

- Bien. En ese caso podemos continuar.

- ¿Qué hizo, señor Doe?

- ¿Cómo dice?

- En Calisto, en la Estación Omega. ¿Qué hizo? -La voz de Sarah temblaba de furia.

- ¿Por qué? -contestó Doe con un tono burlón-. ¿Ha pasado algo?

- ¡Hice todo lo que me pidió! -gritó Sarah-. ¡Confié en usted, hijo de puta!

- Vaya, vaya, con la señora. Y yo que creía que era bien educada.

Sarah apretó los puños con todas sus fuerzas.

- Ya casi hemos terminado, Sarah. Acabemos con esto, así podrá ocuparse personalmente de ese lamentable episodio y… Espere un momento. Veo una nueva imagen suya. ¿Qué es eso que lleva? Ah, ya lo sé. Esas gafas no la favorecen, Sarah. Pesan demasiado para sus delicadas facciones. Tendremos que hacer algo al respecto.

Un breve silencio siguió a sus palabras. Después, desde algún lugar en las tinieblas, llegó un chasquido.

Durante unos segundos, todo permaneció igual. Luego Sarah notó un resplandor verde en la montura de las gafas. En el pasillo, los hologramas que, hasta un momento atrás apenas si se veían, comenzaron a resplandecer con un fulgor verde que se hacía cada vez más brillante. Sarah parpadeó para protegerse los ojos de aquel brillo cegador. Al mover la cabeza, vio unas estelas verdes.

Con una exclamación de rabia se quitó las gafas y acercó la radio a la boca.

- ¡Carmen!

Unos segundos de silencio.

- ¿Sí, señorita Boatwright?

- Carmen, ¿est pasando algo allí abajo?

- Hace unos segundos, el aumento de potencia de los generadores holográficos se cuadruplicó. Se están recalentando.

- ¿Lo puede solucionar?

- Sí, pero llevará tiempo. Todos los controles están informatizados. Tendremos que averiguar de dónde llegan las órdenes. Hasta que no lo sepamos, ni siquiera me atrevo a desconectar los generadores.

- Haga lo que pueda. -Sarah bajó la radio. «Sabía lo de las gafas. Está preparado para todo. Da lo mismo lo que se nos ocurra, pues él ya lo tiene previsto», pensó.

- ¿Ve a lo que me refería, Sarah? -dijo la voz suave y distante de John Doe. Se oyó otro chasquido-. ¿Cómo puede hablar de confianza cuando usted intenta engañarme? Limítese a entregarme el disco y saldré de su vida para siempre.

Sarah no respondió. Ya no había nada más que decir. De pronto, se sintió derrotada.

- ¿En qué lugar está ahora, Sarah?

Ella permaneció en silencio.

- Sarah…

- ¿Sí?

- ¿En qué lugar esta ahora?

- No lo sé.

- Mire en el marco del espejo que tiene más cerca. En el borde superior izquierdo. Verá que tiene un número.

Sarah miró el espejo que tenía a su lado. Tardó un minuto en descubrirlo, pero ahí estaba: un número grabado en la madera.

- Siete nueve dos tres -leyó en voz alta.

- ¿Qué ha dicho?

- Siete nueve dos tres.

- Muy bien. Ahora escuche, Sarah. Voy a guiarla hasta donde la estoy esperando. Mantendremos el contacto oral continuamente. ¿Entendido?

- Sí.

- Bien. Usted tiene que estar… tiene que estar en el pasillo izquierdo después de la bifurcación. Siga el pasillo hasta el final. Avíseme cuando esté allí.

Sarah caminó como una autómata, acompañada por su reflejo a ambos lados. De pronto, la imagen de John Doe apareció a su derecha. Se detuvo: otro holograma, esta vez diferente. El hombre sostenía lo que parecía ser un juego de planos.

- Estoy en el final del pasillo.

- Mire el espejo a su izquierda. ¿Es el número Siete Ocho Cuatro Siete?

Sarah buscó el número.

- Sí.

- Ahora tome el pasillo de la izquierda. Encontrará otro a la derecha, oculto por un holograma. Esté atenta.

Sarah caminó por el pasillo con paso lento y resignado. John Doe no estaba perdido, conocía muy bien su camino, conocía mejor la galería que sus propios diseñadores. Sabía de las gafas que utilizaban los técnicos. Tenía planos de todo, incluso con los números de los espejos que cubrían las paredes.

Todos sus instintos le avisaban que no siguiera avanzando. Pero no había otra alternativa: tenía que entregarle el disco a John Doe.

Volvió a detenerse, sorprendida. Por todas partes la rodeaba su propia imagen, a veces en un espejo, otras en un holograma registrado unos segundos antes, pero, adelante y a la izquierda, acaba de aparecer otra imagen: la imagen de un hombre que no era John Doe.

Se acercó sin apartar la mirada de la imagen hasta que la distinguió con claridad.

Era Andrew Warne.

Se volvió. «¿Andrew? ¿Aquí?»

No tenía tiempo para pensar, solo para reaccionar. Se suponía que nadie debía acompañarla. Si Warne se encontraba allí, tenía que ser por una razón, algo muy urgente. Puesto que debía de estar en algún lugar entre ella y la entrada, y que John Doe estaba más adentro, los servidores de imágenes tardarían un poco más en transmitirle la imagen de Warne.

Regresó rápidamente hasta la última intersección, después giró a la derecha, para dirigirse al punto de partida anterior.

Desde algún lugar delante de ella le llegaron unas pisadas.

- Sarah… -Ella oyó el susurro impaciente de Warne-. ¡Sarah!

La voz sonó más débil por un momento y después se oyó de nuevo, esta vez más cerca.

- Sarah, ¿dónde estás?

- ¡Aquí! -Susurró ella.

Una figura apareció en la intersección. Esta vez no era un holograma ni la reflexión en un espejo. Era Andrew Warne, con el vendaje flojo en la frente, la ansiedad en la mirada.

Entonces él la vio. Frunció el entrecejo por un instante, como si quisiera adivinar entre la realidad y la ilusión. Sarah se acercó. La expresión de Warne cambió en el acto.

- Sarah -exclamó al tiempo que se acercaba rápidamente y le sujetaba las manos-. Gracias a Dios.

Por un momento, el contacto con otro ser humano la conmovió profundamente. Cerró los ojos. Después, con un respingo, se apartó.

- ¿Que estás haciendo aquí? -preguntó con un tono de enfado-. ¿Cómo has entrado?

- Tenía que detenerte -respondió Warne-. Estas en peligro.

- No puedes estar aquí. Tengo que entregarle el disco a John Doe. Dijo que debía…

Warne le cogió los brazos.

- Es una trampa -dijo.

Al oír sus miedos expresados en voz alta, Sarah se quedó paralizada.

- ¿Cómo lo sabes?

Sintió cómo aumentaba la presión en sus brazos.

- Esto no será fácil para ti, Sarah. Hemos descubierto al topo. Al compinche de John Doe en el parque.

Sarah esperó, sin atreverse ni a respirar.

- Es Barksdale.

El primer impulso de Sarah fue abofetearlo. Se apartó violentamente.

- ¡Mientes!

Warne se acercó de nuevo.

- Sarah, por favor. Tienes que escucharme. Nunca hubo ningún Control de Seguridad exterior. La gente de KIS nunca estuvo en Utopía. Fue cosa de Barksdale. Los técnicos que vinieron a comprobar los cortafuegos de Utopía el mes pasado eran los hombres de John Doe. Así fue como se infiltraron en el sistema y colocaron las trampas.

Sarah sacudió la cabeza violentamente. No podía ser verdad. Era imposible. Tenía que haber alguna otra explicación.

- No. No te creo.

- No te pido que me creas. Solo te pido que salgas de este lugar ahora mismo, que te enteres de la verdad por ti misma. Recuerdas el disco que encontraste aplastado debajo del pie del guardia? Estaba en blanco. Eso significa que John Doe se llevó el disco verdadero y lo substituyó por otro sin grabar.

Todo fue un montaje. ¿Por que crees que John Doe quiere un segundo disco? ¿Por qué crees que exigió que vinieras tú a entregárselo? Tienes que…

- Sarah… -llamó la voz de Doe.

Warne guardó silencio. Sarah lo miró y se llevó un dedo a los labios.

- Sarah, le dije que debía mantener el contacto oral. ¿Por qué se ha detenido? -La voz sonaba más distante.

Entre las imágenes de los espejos del pasillo, apareció una nueva: John Doe, con los planos en una mano, mantenía la cabeza erguida como si estuviese husmeando la presa. Sarah observó cómo la imagen holográfica se repetía.

- Sarah, ¿sabe lo que creo? Creo que ya no estamos solos.

Sarah esperó.

- Mejor dicho, sé que ya no estamos solos. Veo un tercer holograma, Sarah. No corresponde a ninguno de nosotros dos. ¿Quién es ese hombre?

El silencio se mantuvo.

- Creo que lo sé. Es el doctor Warne. El entrometido doctor Warne. ¿Me equivoco?

Sarah miró a Warne. Él le devolvió la mirada.

- Esto no figuraba en lo que habíamos acordado, Sarah. Primero las gafas y ahora esto. Estoy muy disgustado.

El holograma de John Doe fluctuó por un momento y después cambió cuando el sistema actualizó la imagen. Ahora John Doe empuñaba una pistola.

Desde las profundidades del laberinto les llegó el ruido de las pisadas.

- ¡Viene por nosotros! -susurró Warne.

Sarah le hizo un ademán para que la siguiera y echó a correr por el pasillo, entre las reflexiones y los hologramas, alejándose de la voz de John Doe. Apenas si veía las imágenes de sí misma al pasar. El repiqueteo de los tacones contra el suelo, el sonido de los jadeos lo dominaban todo. Dobló por un pasillo, después por otro. Entonces se detuvo de nuevo.

- Alto -le ordenó a Warne.

Algo estaba cambiando en su interior. Quizá era la conmoción producida por la increíble revelación de Warne o haber visto a John Doe con un arma en la mano. Pero la tormenta de emociones comenzaba a despejarse, para dejar solo la furia. Sacó la radio del bolsillo.

- Carmen -llamó-. Carmen, ¿me oye?

- Sí, señorita Boatwright -respondió la supervisora- ¿Puede decirme que está pasando?

- Más tarde. ¿Puede hacer algo por mí? Necesito que apague las luces de la galería.

- ¿Apagar las luces?

- Sí. Todas. Ahora mismo, ¿Puede hacerlo?

- Sí, por supuesto.

- Pues hágalo.

Guardó la radio en el bolsillo. Después, se acercó al espejo más cercano para leer el número grabado en el marco. Sacó el disco del bolsillo y lo dejó en la base del espejo. A continuación, le indicó a Warne que la siguiera, y esta vez, a paso lento, fueron a la habitación hexagonal. Sabía que desde ese lugar encontraría la salida, aun en la oscuridad. Respiró profundamente y luego gritó con el tono más autoritario de que fue capaz:

- ¡Señor Doe! Si quiere el disco, quédese donde está.

Esperó una respuesta que no llegó.

- Me dijo que había traicionado su confianza -añadió-. Pues esta vez es usted quien me ha traicionado.

- Vaya -dijo la voz, que sonó más cerca-. Estoy intrigado.

- Saboteó otra atracción. Hay muchas personas heridas. Sin ningún motivo. Seguí sus órdenes. Le he traído el disco. Entonces ¿a qué viene el arma?

Silencio.

- ¡Yo responderé a la pregunta! -gritó Warne-. Quería llevarse el disco y a Sarah. Como rehén. Quizá solo quería matarla y escapar en la confusión. ¿Me equivoco? Ha perdido la ventaja de la sorpresa.

- ¿Sorpresa, doctor Warne? -contestó la voz sedosa-. Aún no se han acabado las sorpresas.

- Pues sorpréndame con lo inesperado. Deje que se marche. Demuéstrenos que es capaz de adaptarse.

Se apagaron las luces y el pasillo quedó sumido en la oscuridad. Sarah sujetó el brazo de Warne.

- ¡Señor Doe! -gritó de nuevo al tiempo que retrocedía-. ¡Escuche! Aquí tiene el disco. Está en el espejo seis nueve cuatro dos. Se lo repito. Espejo seis nueve cuatro dos.

Lo encontrará al pie del espejo. Ahora me marcho. Ha quebrantado las reglas, y doy por acabado el juego. Quizá tarde un poco más en la oscuridad, pero estoy segura de que lo encontrará. Mantendré la galería vacía durante otros veinte minutos. Así que cumpla con su promesa. Coja el disco y lárguese de mí parque. Si no lo hace, puede estar seguro de que lo mataré.

Una risa sonó en la oscuridad: cínica, divertida.

- Ese es mi juego favorito, Sarah. Cuente conmigo.

Si dijo algo más, Sarah no lo oyó. Porque en esos momentos corrían por el pasillo que llevaba a la antesala de «La cámara de las fantásticas ilusiones del profesor Cripplewood», y lo único que percibía era el ruido de las pisadas en la oscuridad, en su alocada carrera para llegar a la escalera que los sacaría de aquel lugar maldito.

**16.03 h.**

Terri permanecía tras la puerta, paralizada por la indecisión y el miedo, mientras el hombre del mono oscuro se acercaba. Ya había pasado por el primero de los cubículos cerrados. Al cabo de unos segundos llegaría al cubículo de Georgia, comprobaría que la cama vacía aún estaba caliente y…

- ¡Señor! ¡Un momento!

Era uno de los guardias. Terri abrió la puerta un poco más, para ver mejor. El corazón le latía desbocado. Los guardias habían interrumpido la conversación y ahora miraban al hombre, que se detuvo, con una mano en la cortina del tercer cubículo, y se volvió lentamente para mirarlos.

- ¡Perdón, señor, ¿cómo dijo que se llamaba? -preguntó uno de los guardias, al tiempo que se acercaba al visitante junto con su compañero.

Terri sintió que recuperaba la calma. Quizá los guardias habían recibido la orden de vigilar a cualquiera que fuese a ver a Georgia. Pillarían al tipo. Ya estaba todo solucionado, oyó

que Georgia se movía. Al volverse, se llevó un susto, La niña se había despertado y la miraba con una expresión de desconcierto.

Terri se obligó a apartarse de la puerta y se acercó a la hija de Warne. Se arrodilló junto a la silla de ruedas.

- Escucha, Georgia -susurró-. He venido para llevarte con tu padre, ¿vale? Tendremos que esperar aquí un minuto, solo un minuto, y después podremos irnos.

Georgia la miró con la misma expresión de antes.

Terri le apretó la mano y luego volvió a la puerta. Los guardias conversaban con el extraño.

- Muy bien, señor Warne -dijo uno de ellos, que miraba con desconfianza el mono que vestía el hombre-. Pero, antes de que pueda llevarse a su hija, necesitamos que nos muestre alguna identificación.

- ¿Identificación? -Mientras hablaba, apartó tranquilamente las cortinas del tercer cubículo y miró en el interior.

- Si es tan amable.

El hombre miró dentro del cubículo -el cubículo de Georgia- durante unos segundos que a Terri se le hicieron eternos. Después apartó la mano y dejó que las cortinas se cerraran.

- ¿Puedo preguntar por qué? -formuló la pregunta lentamente, como si estuviese pensando en otra cosa.

- Lo siento, señor -respondió el primer guardia-. Son las órdenes. Tenemos que verificar la identidad de todos los visitantes y especialistas externos que entren o salgan del centro médico.

«Mierda, mierda, mierda.» Así que después de codo no estaban custodiando a Georgia. Solo habían recibido la orden de alerta máxima. «Por supuesto. De lo contrario habrían vigilado con más atención el cubículo de Georgia, me habrían visto entrar, salir con una silla de ruedas. Imbécil, ahora estás atrapada aquí, encerrada en este armario, tú que eres claustrofóbica, con…»

Sus lamentaciones se interrumpieron cuando el hombre se volvió para mirar rápidamente a un extremo y otro del pasillo. Una vez más, le pareció que su mirada se clavaba en ella.

Se apartó.

- Muy bien, caballeros -dijo el hombre. Se cargó la bolsa al hombro y se abrió paso entre los guardias-. Ya que insisten.

Con la mayor naturalidad se apartó de los guardias y caminó hacia la puerta de la lavandería.

Terri medio caminó, medio trastabilló hacia el fondo del cuarto. Miró en derredor, dominada por la desesperación.

Aparte de las estanterías con las prendas plegadas, los uniformes colgados, las pilas de toallas y unas cuantas mesas pequeñas, la habitación estaba vacía. Solo había un lugar donde ocultarse: un espacio pequeño y oscuro debajo del tubo del sistema de transporte de la ropa sucia.

La sola idea de ocultarse en aquel lugar pequeño hizo que se estremeciera de terror. Pero no había otra alternativa, se volvió hacia la niña.

- Escúchame, Georgia -dijo, con toda la calma que pudo-. Escúchame con mucha atención. Fuera hay un hombre malo, un hombre muy peligroso. Tenemos que escondernos aquí hasta que se marche.

Georgia la miró sin decir palabra, como si estuviese atontada. Desde el pasillo llegó el ruido de pisadas y unas voces que protestaban.

- ¿Lo podremos hacer, Georgia?

La niña siguió muda.

- ¿Puedes ayudarme, por favor?

- De acuerdo -farfulló Georgia.

Terri empujó la silla de ruedas hasta el fondo del cuarto, la hizo pasar por debajo del enorme tubo blanco y la colocó en el rincón más oscuro. Después se acurrucó junto a la silla y abrazó a Georgia.

- Ahora permanece en silencio -susurró-. No hagas ningún ruido hasta que se marchen, pase lo que pase.

Tenía delante el tubo de casi un metro de diámetro que cruzaba el cuarto de un lado al otro, con unas anillas de latón en los extremos donde atravesaba las paredes. Oyó el silbido del aire a presión que circulaba por el interior.

Entonces se abrió la puerta y la luz del pasillo iluminó el cuarto. Terri se agachó todavía más, sin soltar a Georgia. El corazón le latía cada vez más rápido. Vio las sombras en las paredes cuando los hombres entraron uno detrás de otro.

- ¿Qué es esto? -Oyó que preguntaba uno de los guardias.

- Es un gran incordio, eso es lo que es -contestó el hombre con su extraño acento-. Tener que mostrar una identificación para visitar a mi propia hija. Tengo el billetero en el fondo de la bolsa. Necesito un lugar donde dejarla y buscar entre mi equipo.

Se oyó el ruido de la bolsa cuando el hombre la dejó sobre una de las mesas. Terri intentó ver la escena.

- Lo sentimos mucho, señor Warne -Se disculpó uno de los guardias-, pero esas son las órdenes.

- Dudo mucho que sus órdenes sean importunar a un científico visitante. Ya es bastante malo que mi hija haya tenido que terminar aquí, debido únicamente a una negligencia del parque. Pienso presentar una queja a sus superiores.

Terri ladeó la cabeza, cosa que le permitió ver con claridad lo que ocurría. Los guardias habían vuelto a rodear al hombre de los ojos almendrados, que había dejado la bolsa en una mesa y ahora abría la cremallera.

- Está en todo su derecho, señor Warne -manifestó el primer guardia-. Pero debo insistir en que continuemos esta conversación en…

Con un movimiento suave y grácil, el hombre metió la mano en la bolsa y sacó algo. Terri vio que era algo largo y delgado, con un cono en un extremo. Luego el hombre movió la cosa hacia los guardias. Salieron llamas por el extremo del cono. El primer guardia se sacudió como un pelele cuando los proyectiles le atravesaron el pecho. Terri contuvo un grito y le tapó los ojos a Georgia.

El hombre se volvió y, al tiempo que cerraba la puerta con el tacón de la bota, apuntó al segundo guardia. Se oyó un repiqueteo como el de una máquina de coser. Polvo y trozos de

revoque cayeron sobre Terri y Georgia. El guardia se desplomó en silencio, con las manos en la garganta. La radio y la porra rodaron por el suelo.

La silla de rueda; chirrió cuando Georgia no pudo controlar una sacudida y buscó las manos de Terri. La muchacha la abrazó con todas sus fuerzas, sin apartar la mirada de la terrible escena.

El hombre se alejó un paso y después disparó una ráfaga contra los guardias caídos. Sus cuerpos se sacudieron al compás de los fogonazos. No se oyó ningún ruido; no podía entender por qué no había ruido. ¿Es que el horror, el miedo, la habían dejado sorda además de paralizarla? Lo único que se oía era aquel repiqueteo mecánico, como el de una máquina de coser infernal, y el tintineo metálico de los casquillos que caían al suelo. Entonces se acabó. El silencio reinó de nuevo mientras una nube de humo de pólvora subía hacia el techo. Incapaz siquiera de respirar, Terri observó cómo el hombre bajaba el arma humeante y miraba a sus víctimas. Con los movimientos rápidos de un profesional, guardó el arma en la bolsa, entreabrió la puerta, como ella misma había hecho unos pocos momentos antes, y asomó la cabeza al pasillo.

La silla de ruedas crujió de nuevo. Georgia dejó escapar un gemido de terror.

Terri se apresuró a taparle la boca cuando el hombre se volvió para echar una ojeada a la habitación. En la penumbra sus ojos brillaban como los de un gato.

Les llegó un estertor y el ruido de algo metálico cuando uno de los guardias se sacudió por última vez entre los casquillos y murió. Terri vio el brillo de los ojos del hombre.

Cuando miró el cadáver.

Una brusca descarga de estática sonó en la habitación. El hombre cerró la puerta, metió la mano en la bolsa y sacó una radio.

- Béisbol.

- Aquí Factor Primario. ¿Posición?

- Centro médico.

- ¿Condición?

- La chica se ha ido.

- ¿Paradero?

- Desconocido.

Hubo una pausa.

- No tenemos más tiempo -dijo la voz en la radio-. Hay un problema con Blancanieves. Necesito que vayas al a punto de reunión. Inmediatamente. ¿Comprendido?

- Sí. -Apagó la radio.

El hombre se apartó de la puerta para empujar los cadáveres debajo de la mesa con la punta de la bota. Después se acercó a uno de los estantes y tumbó una pila de toallas sobre las manchas de sangre. Mientras Terri lo miraba, sin soltar a Georgia, el hombre se quitó el mono. Debajo vestía el uniforme plateado de los pilotos de Calisto. Hacía juego con la bolsa. El mono lo arrojó sobre la pila de toallas.

Tras echar una última ojeada a la habitación, se colgó la bolsa al hombro sin molestarse en cerrar del todo la cremallera, y finalmente abrió la puerta y salió al pasillo.

Sonó un leve chasquido cuando se cerró la puerta y cortó el paso de la brillante luz del pasillo. Durante unos momentos, reinó el silencio. Después se oyó el ruido de las prendas que circulaban por el tubo camino de la lavandería, hasta que también aquel sonido se apagó. Terri sintió que los miembros comenzaban a temblarle cada vez con más fuerza. Georgia, apretada contra su pecho, permaneció en silencio. Se limitó a sujetar la mano de Terri, con tanta fuerza como si estuviese dispuesta a no soltarla nunca más.

**16.03 h.**

Poole se detuvo bruscamente en cuanto vio la entrada principal de las dependencias del Servicio de Seguridad. Fred Barksdale, que caminaba delante, tardó un par de segundos en darse cuenta. Después, él también se detuvo. Poole se le acercó.

- Ahora, escuche -le dijo en voz baja al oído-. Haremos esto con toda calma y naturalidad. No diga nada a menos que se lo indique y no intente nada. Si es necesario, dispararé primero y después me ocuparé del papeleo.

Barksdale no dio ninguna señal de haberlo oído. Reanudó la marcha, escoltado en silencio por Poole.

Hasta el momento todo había ido como una seda. La breve exhibición de fuerza, la visión del arma, había sido suficiente.

Poole ya había visto este efecto antes, sobre todo en personas que estaban metidas en algo que los superaba. Los jóvenes soldados rebeldes -poco habituados al uso de armas automáticas, paralizados por el miedo ante la perspectiva del combate- parecían agradecer que los hicieran prisioneros. Barksdale había reaccionado de la misma manera; se había rendido sin ofrecer resistencia. Al menos, esa era la impresión que había dado. Pero ahora venía la parte más difícil: convencer a Allocco y a sus hombres de que Frederick Barksdale, amo y señor de los sistemas de Utopía, estaba aliado con el enemigo. Si Barksdale quería, todo se complicaría. Sería su palabra contra la de un visitante entrometido. Poole frunció el entrecejo mientras miraba la cabeza rubia y se preguntó qué estaría pasando por su mente.

Menos de una hora antes, en las dependencias de Seguridad había reinado una actividad frenética. Al menos una docena de guardias habían estado muy atareados con los informes de incidentes, las llamadas telefónicas y el espectáculo nada habitual de un detenido en la única celda. Pero, cuando Poole abrió la puerta y escoltó a Barksdale a través de la antesala pintada de colores alegres y muy bien iluminada, se sorprendió. El lugar se hallaba casi desierto. Solo había tres guardias, y todos estaban sentados detrás de la mesa de la recepción: dos hablaban por teléfono y el tercero utilizaba una radio.

Poole metió una mano entre los botones de la chaqueta de pana y, sujetando el codo de Barksdale con la otra, guió al inglés hacia la mesa. Cuanto antes acabara con esto, mejor. Reconoció a uno de los guardias de su visita anterior: Lindbergh, un muchacho de pelo negro, ojos grises y el rostro salpicado de marcas de acné. Se dio cuenta de que el guardia lo recordaba por la expresión de sus ojos y la manera como colgó el teléfono cuando se acercaron. El joven abrió la boca para decir algo, pero Poole se le adelantó.

- ¿Dónde está Allocco?

- Está en Calisto. -Lindbergh miró alternativamente a los dos hombres-. En el lugar del accidente.

- ¿Accidente?

- En una de las atracciones del Puerto Espacial. La Estación Omega.

- ¿Qué ha pasado?

- No tengo los detalles. Algo que funcionó mal.

- Dios bendito. -Poole pensó en su prima, Sonya Klemm; en su marido, Martin; en sus tres malhablados hijos. Los había enviado al Puerto Espacial, había insistido en que disfrutaran de las demás atracciones. La probabilidad de que les hubiese pasado algo era pequeña, muy pequeña, pero de todas maneras debía preguntarlo-. ¿Hay víctimas?

- Muchas, según los informes. Por lo visto, aquello es un infierno.

Poole se volvió hacia Barksdale.

- ¿Lo ha escuchado, maldito hijo de puta? -masculló, al tiempo que le retorcía el brazo-. ¿Lo sabía?

El rostro de Barksdale mostraba repentinamente una palidez cadavérica. No respondió, ni siquiera hizo un gesto. Era como si de pronto su mente hubiese escapado a un lugar remoto.

Poole se dirigió de nuevo a Lindbergh, que seguía mirándolos de hito en hito.

- Necesito hablar con Allocco. -El guardia no le respondió-. He dicho que necesito hablar con Allocco.

Esta vez, Lindbergh se volvió hacia el compañero que hablaba por la radio.

- ¡Eh! ¿Con quién hablas?

- Con Tannenbaum.

- Dile que se ponga un momento el señor Allocco.

El segundo guardia transmitió el mensaje y luego le dio la radio a Lindbergh.

- No se entretenga -le dijo Lindbergh a Poole, mientras le pasaba la radio por encima de la mesa-. Están un tanto ocupados.

Poole cogió la radio.

- Diablos, ¿qué pasa ahora? -escuchó gritar al jefe de Seguridad.

De fondo se oían llantos, gemidos, gritos incoherentes.

Alguien reclamaba la presencia de un médico a voz en cuello.

- Señor Allocco, soy Poole. Angus Poole, ¿me recuerda?

- Sí. Ahora no puedo hablar, Poole.

- ¿Qué ha sucedido? ¿Cuál ha sido el fallo?

El ruido de fondo apagó las primeras palabras de Allocco, todavía no lo sabemos. Esto es un matadero.

- ¿Un qué? ¿Quiere decir que hay muertos? ¿Cuántos?

- Todavía los estamos contando. El personal médico está llegando ahora mismo.

- Escuche, existe la posibilidad de que unos parientes míos estuviesen en la atracción. Una mujer con una gorra de mago, un hombre con una camiseta verde, tres chicos…

- No tengo tiempo para peticiones personales -interrumpió Allocco con furia mal contenida. Luego Poole lo oyó suspirar-. Escuche, no he visto a nadie que encaje con esa descripción, ¿vale? Se lo haré saber silos veo. ¿Es por eso por lo que ha llamado?

- No, no exactamente. -Poole titubeó-. Verá, no sé cómo decírselo, pero tengo aquí a Fred Barksdale y…

- Ya estoy al corriente.

Poole se interrumpió, sorprendido.

- ¿Lo sabe?

- Sí. Andrew Warne consiguió localizarme cuando venía hacia aquí. Me lo contó todo.

- Entonces ¿qué hago?

- A mí me parece una locura, pero ahora no tengo tiempo para ocuparme de eso. Retenga a Barksdale hasta que yo regrese, y entonces veremos que hay de cierto. Que Dios lo ampare si ha cometido un error.

- ¿Le dará instrucciones a sus hombres? Será mejor que usted se lo diga.

- Pásemelos. Venga, hombre, deprisa.

Poole le devolvió la radio a Lindbergh.

- Soy Eric Lindbergh, señor.

Poole oyó la voz airada de Allocco. Mientras el guardia escuchaba a su jefe, abría cada vez más los ojos. Miró a Barksdale, atónito.

- Sí, comprendido -dijo Lindbergh-. Muy bien, señor.

Bajó la radio y a continuación se la devolvió al segundo guardia, sin desviar la mirada de Barksdale ni por un instante.

- ¿Ha recibido sus instrucciones? -preguntó Poole.

Lindbergh asintió.

- Entonces ya sabe lo que debe hacer. Enciérrelo en la celda, solo para estar más seguros.

El guardia asintió de nuevo. Parecía casi tan alelado como el director de Información Tecnológica.

Poole apartó a Barksdale de la mesa de un empellón. Lindbergh le hizo un gesto a uno de los otros guardias para que lo siguiera, recogió la porra y luego abrió una puerta.

Fuera de las áreas públicas de las dependencias, los colores alegres y los cómodos sofás daban paso a las paredes pintadas de gris y los suelos de linóleo.

- Tendrá la ocasión de encontrarse con uno de sus camaradas -le dijo Poole a Barksdale, y le dio otro empellón mientras caminaban por el pasillo-. Será como una fiesta de reencuentro.

El pasillo comunicaba con una habitación rectangular con varias puertas. Una de ellas; a la izquierda, era diferente: de acero con una pequeña ventana de vidrio reforzada con tela metálica. El segundo guardia se acercó a la puerta y miró a través de la ventana, antes de abrir con mucho cuidado. Lindbergh se colocó al otro costado de la puerta, con la porra preparada. Poole miró en el interior. El joven pirata informático continuaba acostado en el camastro. Al oír el ruido de la cerradura se había dado la vuelta y ahora miraba sin ningún interés hacia la puerta.

Mientras caminaban, Barksdale se había mostrado distante, como si aún no creyera lo que pasaba. Sin embargo, en el momento en que se abrió la puerta de la celda, se produjo un brusco cambio. Miró al interior, vio al ocupante y se sobresaltó visiblemente. El prisionero se sentó en el camastro, y una sonrisa retorcida apareció en su rostro magullado.

- Entre -dijo Poole, y empujó a Barksdale al interior, se apartó. El segundo guardia cerró la puerta, hizo girar la llave en la cerradura y la sacó.

El director de Información Tecnológica se volvió hacía la ventana.

- ¡No quiero estar encerrado! -gritó-. ¡Por favor!

- No se preocupe -replicó Poole-. No me moveré de aquí. Estaré vigilando como un halcón.

Se apartó de la puerta, se cruzó de brazos y continuó mirando a través de la ventana. Los dos guardias también se apartaron. Poole vio por el rabillo del ojo que intercambiaban una mirada.

Sería interesante ver la reacción de Barksdale al encontrarse solo con el pirata. La interacción quizá le daría más pistas. Tal y como habían ido las cosas, había resultado mucho más fácil de lo esperado, sobre todo porque Allocco ya estaba al corriente gracias a que Warne lo había llamado. De lo contrario, las cosas se habrían puesto mucho más complicadas. Había sido una jugada muy astuta por parte de Warne, lo cual demostraba que preveía las cosas. Quizá, después de todo, lo había subestimado.

Barksdale se había puesto a caminar de un lado a otro de la celda sin apartarse de la pared más lejana y de vez en cuando miraba al pirata. Poole observaba la escena a través de la ventana, con una expresión divertida. Habría disfrutado mucho de no haber sido por una duda que lo inquietaba. Las probabilidades de que su prima o su familia hubiesen estado en la Estación Omega eran casi nulas y en cualquier caso tampoco podía hacer nada. Sin embargo, no estaría del todo tranquilo hasta que supiese que…

- ¡Eh!

Era el tercer guardia. Estaba a la mitad del pasillo y le hacía gestos con a mano.

- ¿Usted es Poole?

- Sí. -Poole se apartó de la puerta y se olvidó momentáneamente de Barksdale.

- Hay alguien en la radio que pregunta por usted.

Poole volvió a la antesala y cogió la radio que le ofrecía el guardia.

Escuchó por unos momentos la voz angustiada e incoherente.

- ¿Quién es? ¿Qué? Tranquila, tranquila, Terri. ¿Dónde está? ¿Está herida? No, no se mueva. Ahora mismo voy.

Poole dejó la radio sobre la mesa y corrió hacia el pasillo.

- ¡Lindbergh! ¡Lindbergh!

- ¿Sí? -respondió el guardia.

- Escuche, tengo que irme. Volveré lo más rápido que pueda. Vigile a esos dos. ¡No los pierda de vista!

Lindbergh se rascó la cabeza con una expresión perpleja.

- Lo haré. El señor Allocco dijo…

Pero Poole ya se había marchado.

**16.08 h.**

Lo peor de todo, aunque pareciera extraño, era la música, la etérea y estéril música *new age* que sonaba en los centenares de altavoces ocultos, para llenar Calisto con la promesa de un futuro tranquilo. Normalmente apenas si se oía por encima de las voces de los miles de visitantes. Pero ya no quedaban visitantes en el Puerto Espacial. Las colas habían desaparecido, a los visitantes les habían pedido que fueran a las otras atracciones de Calisto. Una cortina plateada- parte del sistema para aislar secciones del parque en caso de emergencias civiles- colgaba al final de la calle y ocultaba el Puerto Espacial de las miradas curiosas. Aunque parecía etérea, ligera como un velo, era completamente opaca y estaba reforzada además con capas de aislante que impedían el paso del sonido. A cada lado de la cortina había dos guardias apostados, vestidos con los uniformes futuristas de Calisto.

Bob Allocco caminó a través del Puerto Espacial, acompañado por el repiqueteo de sus tacones contra las losetas azules del pavimento y la etérea música ambiental. Parecía algo diabólicamente fuera de lugar, y deseó poder quitársela de la cabeza. Deseó, también, borrar otra cosa-su primera visión de lo que había sido una vez la Estación Omega-, pero ya sabía que la imagen quedaría para siempre grabada en su memoria.

Por la noche, cuando el parque estaba cerrado y no había visitantes, atravesar el Puerto Espacial siempre se le había hecho largo. Ahora se le hacía interminable. Allocco vio a uno de sus supervisores que se acercaba a la carrera.

- ¿Situación? -le preguntó cuando el otro aún corría.

- Hemos completado otro barrido, señor -respondió el supervisor, con un leve jadeo-. No hay visitantes. El Puerto Espacial está seguro.

Después de lo sucedido en la Torre del Grifo, Allocco ya no creía que ningún lugar de Utopía estuviese completamente seguro. Pero asintió con un gruñido. Dadas las circunstancias, la evacuación había ido bastante bien. No se habían producido escenas de pánico, nadie se había negado airadamente a abandonar el Puerto Espacial. Todos los visitantes -los que aguardaban en la cola, los que entraban y salían de las atracciones- parecían haber creído la excusa de que se trataba de un simulacro de emergencia dispuesto por la legislación vigente. Habían instalado la cortina sin llamar la atención y dispuesto la vigilancia. El procedimiento ya lo habían practicado en otras ocasiones y el mejor tiempo de evacuación había sido de cuatro minutos. Ese día, en una situación real, habían tardado cuatro minutos y medio. En cualquier otro momento, Allocco se habría felicitado.

Pero este esfuerzo no ayudaría en nada a los viajeros de la Estación Omega.

- Quiero tres patrullas de seis hombres cada una -le dijo al supervisor-. ¿Ya está establecido el puesto de mando avanzado?

- Junto a la entrada de Disparo Lunar.

- Bien. Ordene que los equipos mantengan contacto por radio con el puesto de mando, cada diez minutos. Que recorran el Puerto Espacial hasta que se complete la recogida.

- Miró en derredor-. ¿Alguien vio algo fuera de lo normal antes de que esto ocurriera? ¿Algo que le llamara la atención?

El supervisor sacudió la cabeza.

- Una de las acomodadoras de la zona de embarque vio a un actor que no conocía. Nada más.

- ¿No lo reconoció? -preguntó Allocco, con gran interés-. ¿Qué se lo hizo recordar?

- Solo comentó que le había llamado la atención ver a un actor vestido con el traje de piloto espacial salir por la misma puerta de los visitantes.

- ¿Cómo se llama la acomodadora?

- Piper, señor. Todavía está allí dentro, con los demás.

Allocco pensó durante unos segundos.

- Quiero equipos de paisano que recorran el resto de Calisto y todos los demás Mundos. Grupos pequeños, discretos, dos equipos por Mundo. También en Atlantis.

- ¿Los otros Mundos, señor? -El supervisor pareció sorprendido-. ¿Qué deben buscar?

- Cualquier cosa. Quiero sus informes cada media hora, y después haremos una evaluación.

Mientras caminaba en dirección a Disparo Lunar, Allocco consultó su reloj; las cuatro y nueve minutos. Dios mío, ¿era posible que solo llevara allí siete minutos? Tenía la sensación de haber envejecido por lo menos un año.

Al llegar a la escena, después de subir la escalera de mantenimiento de dos en dos escalones, se había encontrado con una actividad frenética en la salida de Estación Omega -afortunadamente fuera de la vista del centro del Puerto Espacial-, mientras todo el personal disponible intentaba ayudar a las víctimas. Por supuesto, entonces había sido diferente porque aún cabía la posibilidad de encontrar a alguien con vida. Ahora transcurridos solo siete minutos, el cambio era absoluto. Un manto espectral se había extendido por todo el Puerto Espacial.

Excepto, claro está, por la condenada música.

Un pequeño grupo se había reunido en el puesto de mando avanzado. Al acercarse, Allocco vio a los representantes de Relaciones Públicas, Operaciones, y Recursos Humanos. Todos allí, bien lejos de la escena del accidente, sin participar, como floreros en una fiesta. Todos mostraban la misma expresión de incredulidad. Cuando Sarah llegara,…

Advirtió que se había olvidado totalmente de Sarah y los espejos holográficos, y, por un momento, se preocupó por ella. Pero descartó su preocupación cuando comenzaron a sonar a la vez varios teléfonos en una mesa auxiliar y Malcolm Griff, jefe de Relaciones Públicas, le tiró de la manga.

- ¿Sí? -preguntó Allocco.

- Acabo de recibir un informe de las actividades de contención -respondió el hombre, por encima del estruendo de los teléfonos.

- ¿Qué dice?

- La historia del simulacro de emergencia parece que funciona. No se aprecia ningún punto caliente.

- Bien. -Mientras escuchaba, Allocco no dejaba de mirar lo que ocurría. Vio a los guardias que atendían los teléfonos, a un especialista en comunicaciones que instalaba un cable de fibra óptica, al supervisor que enviaba la primera patrulla.

- Con la ayuda de Operaciones -añadió Griff-, estamos estimulando el flujo de salida de Calisto a los otros Mundos. Hemos demorado el tráfico de entrada en los portales. Solo para acelerar la dispersión de testigos y retardar cualquier concentración de rumores.

- Sí, sí. -Dispersión de testigos, concentración de rumores. Estos tipos utilizaban más palabrejas que una convención de sociólogos. No obstante, Allocco tenía la sensación de que el hombre le estaba ocultando algo. Lo miró de hito en hito.

- ¿Qué más?

Griff titubeó antes de responderle.

- Enviamos a algunos de nuestros hombres a las colas de salida del Puerto Espacial. Para que escucharan los comentarios y pudieran evaluar los ánimos, saberlo que decían.

- Continúe.

- Uno de ellos escuchó la conversación de dos visitantes. Al parecer, una mujer que buscaba el lavabo estaba en la parte de atrás. Atisbó lo que estaba pasando en el pasillo de salida de la Estación Omega antes de que la aislaran.

- ¿Atisbó?

- Bueno, sí. Por lo que nuestro hombre escuchó, la descripción era muy precisa.

«Dios bendito, lo que nos faltaba», pensó el director de Seguridad.

- ¿Tiene una descripción de la testigo?

Griff sacudió la cabeza.

- ¿Hay más informes por el estilo?

- No, solo uno.

Allocco miraba de nuevo a uno y otro lado. Vio a Tom Rose, el jefe de Infraestructuras, que salía de la zona trasera del Puerto Espacial.

- Solo podemos rogar que no se difunda. La gente siempre oye cosas por el estilo; con un poco de suerte quizá lo consideren un bulo. De todas maneras, que su gente continúe mezclándose con los visitantes y que estén atentos. Quiero saber si esta historia se repite en alguna otra parte.

Griff asintió y de inmediato fue a llamar por el primer teléfono disponible.

Tom Rose se dirigía hacia él. Caminaba lentamente, con el rostro ceniciento. El cuello de la camisa estaba empapado en sudor.

- Tom -lo saludó Allocco con un tono solemne.

El jefe de Infraestructuras se limitó a mirarlo.

- ¿Tienes alguna idea de cómo ha podido pasar?

Rose se mordió el labio inferior, mientras pensaba la respuesta.

- Ahora mismo tengo allí a los supervisores y mecánicos -respondió. Después se interrumpió. Allocco esperó a que continuara.

- Todavía no están absolutamente seguros, pero no tiene nada que ver con los efectos del calor, como habíamos creído en un primer momento. Al parecer está relacionado con el diseño de seguridad.

- ¿El diseño de seguridad?

Rose asintió. Tenía todo el aspecto de que se echaría a llorar de un momento a otro.

- ¿Conoces el funcionamiento del sistema de frenos hidráulicos de la Estación Omega, cómo se dispara después de los treinta metros de caída libre? Está sobredimensionado; tiene que estarlo, para poder frenar la caída que es impulsada por el mecanismo eyector. -Rose hablaba cada vez más rápido, como si siquiera acabar cuanto antes con la explicación.

- Conozco las especificaciones. Continúa.

- Por lo que parece, se invirtió el funcionamiento normal. El sistema de frenado no funcionó al final de la caída, como debía hacerlo. Funcionó al principio, en lo alto, cuando el eyector intentaba lanzar la cabina. La consecuencia fue que toda la presión del eyector que empujaba la cabina hacia abajo, y la presión del sistema de frenos que la retenía, generó un calor tremendo.

- ¿Hasta qué temperatura? -En cuanto lo dijo, Allocco lamentó haber hecho la pregunta.

Rose también pareció lamentarlo.

- Los técnicos calcularon unos quinientos grados, y la ventilación fue… a través… a través…

- De la cabina -acabó Allocco por él. Por un momento reinó el silencio-. ¿Cómo pudo pasar?

A Rose le temblaron los labios.

- Hicimos que la atracción fuese a prueba de fallos. Triplicamos todas las especificaciones originales.

- ¿Pues entonces?

- ¿No lo entiendes? Nuestra principal preocupación era la seguridad. Lo diseñamos todo para que tuviese el máximo de seguridad, pero no a prueba de manipulaciones.

De pronto, Allocco comprendió aquello que Rose no quería decir directamente. El sistema de seguridad había sido utilizado contra sí mismo. Era una diabólica ironía.

- ¿Cómo se pudo hacer algo así? -preguntó.

- Si alguien sabía exactamente que pasos seguir, es relativamente sencillo. Invertir media docena de interruptores, cambiarlas conexiones en uno de los paneles de control. Un trabajo de un minuto, quizá dos. Pero hay que saltarse el regulador. Ese es un trabajo de sistemas y mucho más complicado. Se necesita una autorización, y eso tuvo que hacerse desde un control remoto.

Allocco dio un paso atrás, apretó las mandíbulas. En su mente vio a John Doe buscando entre los diagramas robados para decidir cuál de las atracciones se podía sabotear de esta manera. También vio algo más: al intruso con el traje de piloto espacial, aquel que la acomodadora había visto salir de la Estación Omega segundos antes de que se produjera la catástrofe. Recordó lo que le había dicho Poole sobre las acciones del pirata; cómo el hombre había continuado tecleando en el Núcleo, mientras ellos se acercaban. Como si tuviese que acabar algo importante antes de que… se dio cuenta vagamente de que Rose acababa de hacerle una pregunta.

- ¿Cómo dices?

Al volverse, vio que Rose lloraba.

- ¿Quién? -Susurró el jefe de Infraestructuras, con el rostro bañado en lágrimas-. ¿Quién pudo hacer algo así? ¿Por qué?

Allocco no pudo soportar la expresión de súplica en el rostro de Rose. Desvió la mirada.

John Doe había dicho que debían llevar todo este asumo con la máxima discreción. Pero había sido John Doe el autor de todo esto. A la mierda con john Doe.

- Amigo mío -dijo en voz baja-, hoy tenemos en el parque a unas personas muy malvadas.

Cuando se volvió de nuevo, Rose había desaparecido. Allocco exhaló un suspiro y se pasó la manga por la frente. Hasta que apareciera Sarah, era él quien tenía el mando.

Una vez más, repasó todas las reglas de emergencia. Se había puesto en contacto con Seguridad, Infraestructuras y Relaciones Públicas. Aún le quedaban el centro médico y emergencias.

Eso significaba tener que aparecer de nuevo en la escena. Ya había estado allí una vez y realmente no quería repetir la experiencia.

Suspiró de nuevo, sacó un lápiz de crema balsámica y se la pasó por los labios. Después miró en derredor, lentamente, como si quisiera encontrar algún consuelo en la engañosa calma del Puerto Espacial. Sin más excusas para demorarse, se alejó del puesto de mando, caminó por el perímetro de Estación Omega hasta el pasillo de salida y entró de nuevo en el infierno.

El pasillo olía a carne asada. En la base del pozo habían instalado una gran tienda de plástico que ocultaba el lugar donde, una vez que consiguieron anular todos los mecanismos de seguridad y cortar el suministro eléctrico, la cabina de la Estación Omega había bajado finalmente y abierto sus puertas. Allocco agradeció que hubiesen instalado la tienda. La música sonaba mucho más débil, y también lo agradeció. Sin quererlo, recordó el primer momento en que había visto abiertas las puertas de la cabina, el espanto exhibido sin piedad: la confusión de cuerpos quemados que parecían uno solo, cubiertos de ropas chamuscadas.

Se detuvo cuando la imagen apareció en su mente. Luego se forzó a caminar de nuevo, en dirección a la tienda. Ahora no sería tan duro. Por lo menos habría algo de orden.

A un lado de la entrada de la tienda vio un perchero con ruedas llevado apresuradamente desde los vestuarios. Docenas de bolsas para trajes colgaban de la barra superior. Ya habían usado la mitad de las bolsas.

Al otro lado habían instalado los equipos de reanimación, junto a los cuales había varias sillas de ruedas que ya no eran necesarias. Un cámara pasó a su lado a paso rápido, con el rostro demudado. Había pequeños grupos dispersos por la zona: acomodadores, mecánicos, guardias. Se escuchan sollozos, por supuesto, pero menos que antes. Casi todos los integrantes del personal de la Estación Omega estaban sentados juntos, las cabezas gachas. Allocco vio a Dickinson, el Operador de la torre, y a Stevens, el supervisor. Los rodeaba un cordón de guardias. Se prometió no olvidar entrevistarse con Pipper, la acomodadora, y escuchar su relato de primera mano.

Oyó al pasar una voz, la de la acomodadora encargada de la salida. La muchacha repetía una y otra vez con la voz quebrada la historia que él ya había escuchado, como si no pudiese contenerse. Una enfermera estaba en cuclillas junto a la joven y le limpiaba el rostro y las manos con una toalla.

- No se oía nada, absolutamente nada, mientras bajaba -decía la mujer. La enfermera le había arremangado el uniforme para sujetarle el brazal del medidor de la tensión artesanal-. Nada, nada, después de todos aquellos gritos y alaridos, y no lo entendía. Solo sabía que había ocurrido algo terrible. Entonces las puertas se abrieron, y… y como

estaban apilados contra las puertas sencillamente cayeron al exterior, a mi lado, y no se oía sonido alguno mientras continuaban cayendo y… Oh, Dios mío…

La muchacha se echó a llorar. La enfermera le acarició la cabeza, le susurró palabras de consuelo. Uno de los miembros del grupo se levantó y caminó con las piernas envaradas hacia el rincón más apartado. Allocco escuchó las arcadas, armándose de valor, pasó entre los guardias, apartó la solapa de la tienda y entró.

Allí, en el recinto de plástico, el hedor a carne quemada era mucho más fuerte. Habían colocado las camillas en dos hileras para facilitar en lo posible el movimiento de los cadáveres. Cuando Allocco había llegado al escenario de la tragedia, este trabajo había tardado en iniciarse. Ante el aviso de un accidente en una de las atracciones, el personal médico se había presentado con la idea de que encontrarían un gran número de heridos. En esos momentos, en cambio, los médicos, enfermeras y auxiliares que habían estado preparados para salvar vidas no podían hacer más que acomodar a los muertos con la mayor dignidad posible.

El doctor Finch, jefe de los servicios médicos, se encontraba casi al final de la hilera izquierda, inclinado sobre una de las grandes bolsas de plástico. Como todos los demás, llevaba guantes de goma y dos mascarillas. Allocco caminó hacia él, con la precaución de no mirar lo que parecía un montículo cubierto con una lona en el extremo de la tienda donde estaba la cabina con las puertas abiertas.

- ¿Cuál es la situación, doctor?

El doctor Finch cerró la cremallera de la bolsa y escribió una anotación en un listado, antes de responder a la pregunta.

- Hemos pedido que envíen helicópteros para proceder a la evacuación a Columbia Sunrise y Lake Mead.

- ¿Cuándo llegarán?

- Dentro de unos veinte minutos -Contestó Finch, que lo miró con los ojos enrojecidos.

«Aunque ya estuviesen aquí, sería una pérdida de tiempo, -pensó Allocco-. Lo que necesitamos es una flota de furgones fúnebres.»

- Hemos llamado a la oficina del Comisario y al forense de Clark County -añadió el médico, como si le hubiese leído el pensamiento-. Tardarán una media hora, cuarenta minutos como máximo.

Allocco asintió. Se preguntó qué pensaría John Doe cuando viese a la mitad de la policía de Nevada en el parque. Se dio cuenta de que lo tenía sin cuidado.

- ¿Cuál es el procedimiento? -Hizo un gesto que abarcó las camillas. Aunque los manuales de procedimientos para casos de emergencia eran exhaustivos, ninguno incluía normas para algo de esta envergadura.

- Solo estamos poniendo orden y organizando los cadáveres para que los forenses se ocupen de las identificaciones.

- ¿Tiene un recuento? -El contador automático señalaba que habían entrado sesenta y un pasajeros en la Estación Omega antes de que cerraran las puertas, pero siempre existía la posibilidad de un error y que el número fuese menor.

- No. Por ahora es imposible dado el estado en que está aquello. -El médico apenas si movió la cabeza hacia el montículo cubierto con una lona al final de la tienda-. Hasta ahora, llevamos contados veintisiete.

«Veintisiete», pensó Allocco. El número de muertos en todos los parques temáticos de los cincuenta estados había sido de veintiuno en toda una década. El año anterior, solo habían sido cinco. Aquí, en una incomprensible tragedia, el número era más de diez veces mayor. Pasaría a la historia, algo que perseguiría siempre al parque. Los visitantes se preguntarían, cuando las puertas de una de las atracciones se cerrara detrás de ellos, si podría repetirse: la súbita parada, la oscuridad, el pánico, el calor implacable… Apartó estos pensamientos y volvió a la realidad.

- Gracias, doctor. No lo entretengo más. Hasta que lleguen las autoridades, controlaré la situación desde el puesto de mando avanzado. Si necesita cualquier cosa, llámeme.

El médico lo miró por un momento, asintió y continuó con su trabajo. Al volverse, Allocco miró a través de la tienda en el extremo, un hombre vestido con un traje con escafandra estaba levantando una bolsa cerrada depositada en una de las camillas. La bolsa no parecía pesar mucho, quizá unos veinte o veinticinco kilos. Mientras Allocco observaba, el hombre se apartó de la camilla y descargó la bolsa al final de una larga hilera de bolsas idénticas. Después fue hasta el montículo, levantó la lona con la mano protegida por un guante grueso y tanteó. El jefe de Seguridad atisbó fugazmente algo que brillaba como una langosta cocida, antes de dar media vuelta y salir de la tienda.

**16.10 h.**

Tenía la sensación de que llevaba una hora caminando -ocho pasos de ida, ocho pasos de vuelta-, y probablemente no habían sido más de cinco minutos. Mientras caminaba, Fred Barksdale había hecho lo imposible por no pensar. Pensar sería muy doloroso. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, la rabia, la vergüenza, el miedo, el desconcierto y la mortificación habían comenzado a posarse sobre sus hombros como un pesado manto.

El otro ocupante de la celda había vuelto a acostarse, con los ojos cerrados. Aunque se habían encontrado media docena de veces durante las sesiones en las que habían planeado la operación, Barksdale no sabía su nombre. Sencillamente era Cascanueces. Claro que tampoco conocía los nombres de los demás, solo sus apodos: Búfalo de Agua, Heladero y Béisbol, que era un tipo que impresionaba. Barksdale siempre se había sentido a gusto con este anonimato, como si la ignorancia lo protegiera, pero ya no estaba tan seguro.

En el momento en que aquel desconocido con la chaqueta de pana había aparecido de la nada y, tras acusarlo de haber montado la falsa visita del equipo de KIS, lo había amenazado con un arma, Barksdale había desconectado. La creciente agitación que lo había dominado durante toda la semana se había convertido bruscamente en una sensación de alivio. Se había acabado. Para bien o para mal, al menos se había acabado.

Pero cuando habían entrado en las dependencias de Seguridad, este aturdimiento había dado paso a un terrible conflicto interior. Se odiaba por haber comenzado todo esto, por dejar que las cosas se le escaparan de las manos, por permitir que, con halagos y amenazas, John Doe lo llevara a esta indigna conclusión. La noticia de que se había producido un accidente con víctimas mortales en Calisto, por vaga que fuese, era como una daga que le atravesaba el corazón. Así y todo, había intentado disimular la sorpresa cuando abrieron la puerta de la celda y vio a Cascanueces en el camastro; cualquier indicio de reconocimiento solo lo habría perjudicado.

A pesar del dolor y los remordimientos, Barksdale tenía claro que aún confiaba en salir bien librado.

Cascanueces abrió los ojos y lo miró caminar.

- ¿Qué? ¿Entrenándote para los Lakers? -preguntó.

La tontería no mereció una respuesta. Barksdale sencillamente aceleró el paso, ida y vuelta, ida y vuelta.

- Soy un hombre a quien la fortuna ha maltratado cruelmente -dijo casi para sí mismo.

No había sido del todo sincero con Sarah en el centro médico. Había recordado una frase de Shakespeare, «Bien está…», pero había sido dicha en un momento tan inapropiado, y por una persona tan poco indicada -Claudio, el asesino del padre de Hamlet- que había sido incapaz de repetirla.

«Oh, mi ofensa es atroz, clama al cielo…»

Apartó estos pensamientos. Ese día no encontraría consuelo alguno en Shakespeare.

¿Cómo era que todo había salido mal? Había parecido tan sencillo… Todas las piezas habían encajado con tanta facilidad que había sido como si alguien hubiese hecho el rompecabezas por él. Ahora se daba cuenta de que así había sido, y esa persona era John Doe.

Todo esto había tenido su origen en el rencor. A pesar de ser el candidato ideal, no lo habían nombrado director de Operaciones. Incluso más grave había sido la decisión de contratar a alguien de Carnegie-Mellon. Los impecables antecedentes de Sarah Boatwright -directora ejecutiva de Busch Gardens y vicepresidenta de una empresa fabricante de microchips en Silicon Valley- no habían contado en absoluta para el ofendido Barksdale. La cuestión era que habían contratado a alguien fuera del parque. Nunca le había caído bien a Chuck Emory, ese cerdo arrogante que era el director ejecutivo de la empresa. Barksdale había estado a punto de renunciar.

Entonces se le había ocurrido otra cosa. Algo mucho mejor que renunciar.

Al principio solo había sido una idea que lo consolaba, un desafío intelectual que resultaba interesante. Sin embargo, cuando se había dado cuenta de lo inteligente y sencilla que era la solución, y que él, como director de Información Tecnológica, era el único que podía llevarla a la práctica, había comenzado a considerarla en serio.

La respuesta estaba en los procesos informatizados de Utopía. Todo estaba informatizado, desde los sensores de movimiento que registraban la dispersión de los visitantes en el parque, hasta los programas que controlaban y reajustaban la luz, la temperatura, la humedad, la presión del agua y muchísimas más variables medioambientales, y los sistemas que se ocupaban del dinero.

Este último -el Sistema de Procesamiento Monetario- era algo realmente precioso. Mientras impulsaba su desarrollo y supervisaba la puesta en marcha, siempre había tenido como modelo la red de carreteras romanas que una vez había cruzado Europa y Asia. Recordaba su fascinación por estas carreteras cuando era un niño en la escuela primaria. Rectas, pavimentadas: la vía Domiciana, la vía Aurelia, la vía Apia y muchísimas más, y todas conducían a un mismo lugar, a la *milliarium aurem*, a la áurea piedra miliaria en el Foro de Roma.

Utopía, con sus tarjetas de crédito del parque y otros sistemas, había intentado evitar el uso de dinero en efectivo en todo lo posible. No obstante, aún se aceptaba en innumerables lugares de Utopía: las tiendas de comidas y regalos, las galerías de fotos holográficas, los tenderetes de camisetas, el tren. Además, a diferencia de otros parques

temáticos, Utopía contaba con cuatro grandes casinos, donde el dinero contante y sonante corría a raudales.

El Sistema de Procesamiento Monetario de Barksdale transportaba el dinero desde todos los puntos del parque, lo canalizaba sin intervención humana hasta diversas subestaciones de recolección y procesamiento, y por último lo depositaba en la cámara acorazada del nivel C: el *Forum romanum* particular de Utopía. Una vez a la semana acudía un furgón blindado para transportar el dinero fuera del parque. Todo se hacía automática y autónomamente, de acuerdo con los Sistemas de control. En realidad, nadie podía interrumpir este ciclo semanal de recolección y transporte salvo el director de Operaciones. Únicamente una llamada de Sarah Boatwright podía cancelar el viaje del camión blindado, y solo podía hacer esa llamada si había una amenaza manifiesta contra la estabilidad o la integridad del parque.

«¿Qué pasaría si el camión blindado apareciera de todas maneras?», se había preguntado Barksdale.

El viaje del camión blindado perteneciente a la American Armored Security, la empresa contratada por Utopía para el transporte de caudales, podía ser cancelado por Sarah Boatwright. Pero era responsabilidad de Barksdale cancelar, por procedimiento interno, la salida del dinero. Si se hacía astutamente, el personal de los sistemas del nivel C nunca sabría que se había cancelado el viaje del camión blindado. Porque Barksdale no transmitiría la orden de Sarah, ni haría nada por cumplirla cuando apareciera el otro camión blindado, lo cargarían como siempre en cuestión de minutos y de marcharía como siempre, con una recaudación que, en los dos últimos meses, era de cien millones de dólares por semana.

Barksdale se detuvo. Cien millones de dólares. Si debía ser absolutamente sincero consigo mismo, tenía que admitir que no solo lo había motivado la justa indignación. También estaba el dinero.

La fachada que siempre había mostrado ante sus superiores y sus subordinados -Frederick Barksdale, de la más rancia aristocracia inglesa, aficionado a la Caza del Zorro- era una farsa. Había crecido en una miserable casa pareada en Clapham, y sus lecturas habían sido novelas baratas que alimentaban Sus fantasías de ser uno de los jóvenes privilegiados que eran alumnos de Eton, Harrow o Sandhurst. La idea de trabajar para ganarse la vida le había parecido desagradable, por debajo de su condición. Su talento natural sin duda era actuar en los escenarios como intérprete de Shakespeare, como Gielgud y Olivier. Por supuesto, sus padres no tenían dinero para satisfacer sus sueños infantiles, a pesar de su innegable don para el teatro. Así que había conseguido una beca para el Canterbury Technical College, donde no tardó en descubrir que tenía grandes aptitudes para la informática. Después de licenciarse, lo había contratado una empresa de sistemas de Estados Unidos, donde prosperó rápidamente. Aquí se había producido otro cambio importante: adoptó las maneras de un aristócrata británico. Con su don para las voces y su indudable buen gusto, le resultó fácil. El personaje creció sutilmente. Nadie nunca lo cuestionó. Con el tiempo, Barksdale asumió totalmente la nueva personalidad y comenzó a vivir tal como siempre había creído que se merecía.

Pero esto resultó ser muy caro y las deudas crecieron con una alarmante rapidez. Sin embargo, aquello que más ambicionaba, el lujo y el estilo de vida sofisticado que reclamaba para sí, continuaba fuera de su alcance.

Cien millones de dólares.

Por supuesto, no se podía hacer. Era pura teoría. Barksdale no podía trastear con sus propios sistemas. Además, no era una tarea para un solo hombre. Haría falta un equipo de expertos, hombres que supieran dónde procurarse cosas como los uniformes, un camión y lo que hiciese falta. Cosas que Barksdale no tenía ni la más remota idea de dónde se conseguían.

Pese a su cualidad de hombre emprendedor, su urgente necesidad de dinero la justa indignación que lo animaba, Barksdale no era una persona que destacase por la valentía. Los discretos y crípticos anuncios que publicó en el Times de Londres, Punch y otro puñado de periódicos que eran los preferidos por antiguos miembros del servicio de contraespionaje eran más una broma privada que otra cosa. «Una oportunidad poco habitual para invertir. El candidato deberá haberse desempeñado con distinción en al uno de los servicios es especiales. Se requiere sangre fría, gran capacidad de organización y liderazgo. Pequeña inversión inicial, gran rentabilidad. Apocados o con escrúpulos morales abstenerse.»

Pero alguien había contestado al anuncio, y una cosa había llevado ala otra. Ahora estaba aquí, en aquella celda…

En aquella celda…

Parecía haber mucha actividad al otro lado de la puerta; Barksdale hizo una pausa para escuchar. Aparentemente, estaban enviando más guardias ara ocuparse de lo que fuese que hubiera pasado en Calisto. El guardia que había visto a través de la ventana se había marchado. Al pensar en Calisto, en el guardia llamado Chris Green, Barksdale se estremeció. «La promesa había sido que nadie resultaría herido.»

Cascanueces también pareció interesado por los ruidos, hasta el punto de que se levantó del camastro. Fue hasta la ventana, echó una ojeada y después aporreó la puerta.

- ¡Eh! -gritó.

Nadie le respondió.

- ¡Eh! -gritó de nuevo, todavía más fuerte.

El rostro juvenil con marcas de acné del guardia llamado Lindbergh apareció en la ventana.

- ¿Dónde está el baño? -le preguntó Cascanueces.

- Tendrá que esperar.

- Joder, tío, tengo que ir ahora. ¿Qué quieres? ¿Que me cague en los pantalones?

Al otro lado de la ventana, Lindbergh miró a izquierda y derecha. Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta lentamente.

- Mantenga las manos a la vista -le ordenó Lindbergh con la porra preparada-. No intente ninguna jugarreta. No quiero usarla, pero lo haré, si es necesario.

Barksdale vio cómo cerraba la puerta, oyó la llave que giraba en la cerradura y exhaló un suspiro. A diferencia de Cascanueces, no se había dado cuenta de que Lindbergh era el único guardia que quedaba en el despacho.

Reanudó su paseo. Ahora comprendía que la aparente facilidad con la que se había organizado todo, la manera como el plan había cuajado, había sido una ilusión. Era como uno de aquellos terribles sueños donde un hecho aparentemente inocente conducía a otro y a otro hasta que, sin pensarlo, uno se encontraba atrapado en una pesadilla de la que

solo podía escapar si despertaba. Una pesadilla que había sido cuidadosamente preparada por John Doe.

Se detuvo bruscamente. Se volvió hacia la pared y la tocó con la frente un par de veces. Si ahora consiguiera despertar…

No obstante, tendría que haber funcionado. Todos los problemas que habían surgido, todas las pegas, se habían solucionado rápidamente. El hombre que había respondido al anuncio, que se había presentado como John Doe -misterioso y esquivo como era- había resultado ser extraordinariamente astuto e inteligente. Era obvio que pertenecía a la clase alta, muy educado, estudioso de Bach, Rafael y Shakespeare, un hombre con el que Barksdale se sentía a gusto. John Doe parecía compartir plenamente ese sentimiento. A medida que avanzaban en los planes, John Doe se había ido haciendo con el control y le había dicho a Barksdale cuáles eran los sistemas que requerían una explicación más detallada o las instalaciones de las que necesitaba los planos. Se había ocupado de buscar cómplices, entre ellos a Tom Tibbald para conseguir los distintivos genéricos, y había sido John Doe quien había visto el verdadero potencial, algo mucho más allá de lo que podía imaginar Barksdale. Al principio, solo había sido el dinero. Pero después había sido mucho, mucho más. John Doe le había hecho ver que toda la trama organizada con la intención de que Sarah Boatwright ordenara el estado de emergencia, y así conseguir que se suspendiera el envío del camión blindado de la AAS, también se podría emplear para apoderarse del Crisol, una tecnología que valía mucho más que el botín. Todo sería rápido, prácticamente sin esfuerzos, y lo mejor de todo era que se podía lograr sin recurrir a la violencia.

Hasta entonces, la única reserva de Barksdale no tenía nada que ver con el plan, sino con Sarah Boatwright, la mujer a la que había detestado por ocupar el puesto de directora de operaciones. Nunca había imaginado que pudiese gustarle. Tampoco tenía muy claro cómo había sucedido. No era su tipo, en absoluto; demasiado segura de sí misma, demasiado norteamericana. En ningún momento había hecho nada por conquistarla; se había limitado a ser él mismo. En contra de lo que creía, aquello lo había conseguido. No dejaba de ser curiosa la manera como la relación se había ido desarrollando al mismo ritmo que los planes para el atraco al parque. Si cualquiera de las dos cosas -sus sentimientos por Sarah o sus planes para enriquecerse- hubiese tenido preponderancia, la otra habría caído en el olvido. En cambio, solo se encontró en una situación más y más conflictiva. Sin embargo, cada vez que había decidido dar por acabado el plan, John Doe lo había convencido con razonamientos y halagos, le había hecho ver lo equivocado de sus miedos y le había recordado la parte del botín que le correspondería. Barksdale siempre había acabado reconociendo que el hombre estaba en lo cierto. Quizá, cuando todo esto se hubiese acabado, podría encontrar la manera de ponerse en contacto con Sarah y darle una explicación. Quizá, prefería creer, podría incluso convencerla para que se reuniese con él. Madeira era un lugar precioso, un Paraíso verde en el mar azul, y…

Barksdale dejó de pensar porque estas ilusiones le resultaban demasiado dolorosas. Sacudió la cabeza y continuó caminando como una fiera enjaulada.

Casi se lo había dicho, cuando la había encontrado junto al lecho de Georgia Warne. Había estado en un tris de pedirle que lo perdonase, que se fuera con él. Claro que en esos momentos, en aquella celda, comprendió que se había estado engañando. Sarah nunca le perdonaría la traición, no solo a ella, sino a lo que en su mente era quizá peor, al parque. Solo podía desear que Sarah fuese capaz de encontrar la felicidad en otra parte; tal vez, a pesar de sus negativas, con Andrew Warne.

Recordó lo que ella había dicho de John Doe, sobre la manera en que él parecía capaz de leer su mente, de decir precisamente lo que ella deseaba escuchar. Lo mismo le había pasado a él. John Doe parecía encarnar al aristocrático inglés que Barksdale siempre había deseado ser. Sus credenciales eran impecables. Había tratado a Barksdale como a un igual, tanto en su clase social como en inteligencia. Qué sorpresa se había llevado cuando finalmente había descubierto que esa camaleónica interpretación era tan fraudulenta como legítimas eran sus credenciales.

Después se habían sucedido las demás sorpresas. El niño que había resultado herido en la montaña rusa de Notting Hill; aquello no tendría que haber ocurrido. John Doe se había mostrado contrito, le había asegurado que no volvería a pasar. Pero la sorpresa más grande de todas se había producido ese mismo día, cuando Andrew Warne se había presentado una semana antes de lo esperado.

La llegada de Warne estaba prevista, por supuesto. La propia naturaleza del plan aseguraba que tendría que presentarse, antes o después, para quitar los virus de la metarred.

Había sido idea de Barksdale utilizar al equipo de John Doe, como falsos informáticos de KIS, para introducir las órdenes clandestinas en la red de Utopía. A John Doe se le había ocurrido el astuto plan de que Cascanueces intentara romper los cortafuegos de Utopía como pirata exterior. Desde luego, sus intentos no habían tenido éxito, pero sí habían logrado lo que pretendían: que la junta de Utopía solicitara una acción inmediata. Eso había permitido a Barksdale llamar al falo equipo de KIS para que cargara con la responsabilidad y mantenerse fuera de toda sospecha. El habitual secretismo de la junta le había permitido también encargarse en persona de todos los contactos necesarios. Utopía tenía un ciclo de facturación de diez semanas, y finalmente alguien se preguntaría por qué KIS nunca había enviado una factura por sus servicios. Pero para entonces el atraco y la participación de Barksdale serían de dominio público, y él ya estaría muy lejos.

La visita de Warne se había fijado para siete días más tarde. En cambio, se había presentado esa misma mañana en el peor momento para una sorpresa. Entonces Barksdale había comenzado a temer que las cosas salieran mal. Claro que ahora, por supuesto, John Doe alternaba sus amables palabras de consuelo con unas terroríficas amenazas y había abandonado cualquier intento de disimular su desprecio por Barksdale. Incluso las citas de Shakespeare en boca de Doe tenían un tono cínico y provocador. Así que no podía hacer más que seguir adelante, a pesar de sus…

Se oyó un ruido en el pasillo. Era Cascanueces, que volvía del lavabo. «Sí que se ha tomado su tiempo», pensó Barksdale sin mucho interés. La llave giró en la cerradura y se abrió la puerta. Barksdale vio a Lindbergh enmarcado en el vano de la puerta, una mano en la porra, la otra en el pomo. A su lado estaba Cascanueces. Esta vez el pirata tenía las manos a la espalda.

Mientras Barksdale miraba, Cascanueces movió velozmente los brazos hacia delante y los levantó por encima de la cabeza de Lindbergh. Entre las manos sostenía tenso un alambre muy delgado, que brilló por un segundo en la luz, como si lo acabaran de lavar. Con la sensación de que el tiempo se había detenido, Barksdale comprendió de pronto que no quería adivinar dónde había estado oculto el alambre.

Entonces las manos de Cascanueces bajaron y el alambre desapareció en la carne del cuello de Lindbergh.

El guardia levantó instintivamente las manos, medio ahogado. La porra cayó al suelo, rodó por las baldosas y se detuvo apenas pasado el umbral de la celda. Barksdale miraba la escena, paralizado por el horror. El joven se debatió, pero Cascanueces se mantenía casi pegado a su cuerpo, con los puños cruzados y apoyados en la nuca de su víctima para hundir el garrote al máximo.

Después aflojó ligeramente la presión. El guardia bajó las manos al tiempo que tosía y boqueaba para llevar aire a los pulmones. Sin apartar las manos de la nuca del guardia, Cascanueces acercó la boca a la oreja del hombre.

- ¿Dónde está mi bolsa? -preguntó.

- Taquilla… -jadeó Lindbergh-. Taquilla.

- ¿Dónde?

Lindbergh movió los ojos hacia el final del pasillo.

- ¿Está cerrada?

El guardia, con el rostro morado por la falta de aire, asintió con la cabeza.

- ¿Llaves?

- Bolsillo.

- Sácalas.

El guardia bajó una mano hacia el bolsillo. No podía bajar la cabeza y tardó unos segundos. Barksdale siguió el movimiento de los dedos a lo largo de la cintura. Recuperó la esperanza al pensar que milagrosamente se le presentaba la oportunidad de escapar.

Lindbergh encontró el llavero y lo sostuvo entre el pulgar y el índice. El temblor de la mano hacía que las llaves tintinearan.

- ¿Cuál?

Con un esfuerzo, Lindbergh levantó el llavero hasta la altura de los ojos y buscó entre las llaves hasta dar con una pequeña de color bronce.

Cascanueces la miró con atención.

- No me estarás engañando, ¿verdad?

El guardia sacudió la cabeza.

- Bien -dijo Cascanueces, y de inmediato apretó el garrote.

Lindbergh comenzó a debatirse con desesperación. Intentaba separar el alambre que lo estrangulaba y lanzaba puntapiés. A punto de perder el equilibrio, Cascanueces se echó hacia atrás y curvó el cuerpo del guardia. Los jadeos de Lindbergh sonaban como una matraca.

Barksdale contemplaba la escena con los ojos desorbitados, incapaz de moverse por el horror.

- No -murmuró.

Cascanueces continuó tensando el garrote, el rostro desfigurado por el esfuerzo. En su desesperación, Lindbergh se había girado y ahora miraba hacia la puerta abierta. La sangre manaba por la boca y en sus ojos había una desgarradora expresión de súplica.

- Esto no está bien -afirmó Barksdale, en un tono más alto.

Los ojos de Lindbergh se entrecerraron y solo quedaron a la vista las órbitas inyectadas en sangre.

- ¡No! -gritó Barksdale. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, se adelantó, empuñó la porra y la descargó con todas sus fuerzas contra la cabeza de Cascanueces.

Se oyó el ruido sordo de la madera contra el hueso, y la porra escapó de la mano de Barksdale y cayó al suelo. Durante un par de segundos, Cascanueces mantuvo la presión y luego se desplomó. Lindbergh cayó sobre su verdugo, con los brazos extendidos, los dedos agarrotados.

Barksdale se arrodilló junto al guardia y lo volvió para ponerlo boca arriba. El alambre se había hundido tanto en el cuello que permanecía adherido. Cubierto como estaba de sangre era difícil de sujetar, pero Barksdale consiguió arrancarlo. Le aflojó el cuello de la camisa al guarda y le acarició la frente.

- Vamos, amigo -murmuró, al tiempo que lo sacudía suavemente -Vamos, vamos. Se salvará.

Sintió un golpe tremendo en los riñones, y el dolor se extendió por su espalda como el estallido de una bomba. Barksdale cayó de costado con un aullido de dolor. Cascanueces se levantó, tambaleante, y miró en derredor. Barksdale siguió su mirada y adivinó las intenciones del pirata, pero Cascanueces ya había visto la porra. Se lanzó a cogerla y apartó la mano de Barksdale antes de que pudiera sujetarla. Después se levantó de nuevo, esta vez mucho más rápido. Echó una mirada al guardia, vio las llaves y se adelantó para recogerlas.

Barksdale se puso en pie. Al percibir el movimiento, Cascanueces se volvió hacia él. Se llevó una mano a la cabeza y torció el gesto. Barksdale vio cómo el hombre empuñaba con fuerza la porra.

- Maldito hijoputa -maculló, y avanzó hacia Barksdale, que intentaba alcanzar la puerta.

**16.12 h**

El furgón blindado y el coche de escolta subían por la larga pendiente de la carretera de acceso a Utopía. La circulación Por el carril contrario era intensa. Los camiones con que se cruzaban circulaban a gran velocidad, aligerados de las cargas que habían dejado en los depósitos de Utopía. A los vehículos pesados se sumaban los coches del personal que había terminado el turno y que emprendía el camino de regreso a sus casas en los barrios de la zona norte de Las Vegas o en la más cercana comunidad de Creosote.

Cuando pasaron por la última curva y apareció a la vista el inmenso muro trasero de Utopía, el conductor consultó su reloj: las 16.12. La hora exacta.

Abrió la guantera y sacó una radio. Con un ojo en la carretera y el otro en el teclado de la radio, marcó el código clave y acercó la radio a la boca.

- Factor Primario, aquí Heladero. ¿Me recibes?

Apartó el dedo del botón de transmitir y permaneció a la escucha. Al cabo de unos segundos, respondió una voz en medio de una descarga de estática.

- Te recibo, Heladero, ¿Tienes contacto visual?

- Ahora estoy a la vista.

- Excelente. -La señal era débil, pero no tardaría en ser fuerte-. Procede con el contacto. Nos encontraremos en el punto de reunión.

- Fuera. -El hombre dejó la radio a un lado. Tardó un momento en consultar una lista pegada en el tablero. Después apretó el botón del micrófono incorporado a los auriculares que llevaba puestos.

- Utopía Central, aquí transporte AAS Nueve Eco Bravo, cambio.

Una voz muy diferente sonó en los auriculares.

- Utopía Central.

- Estamos en el tramo final. Solicitamos la autorización de entrada.

- Nueve Eco Bravo, permanezca a la espera.

La voz calló y el conductor aminoró la velocidad. El cambio de turno se había completado, y cada vez eran menos los coches que se marchaban. Delante, más allá de la garita, la carretera desembocaba en una enorme extensión de asfalto. Los coches del personal de Utopía estaban aparcados a un lado en largas y resplandecientes hileras. Al otro lado había una gran variedad de camiones y otros vehículos de servicio, el último de los cuales era una furgoneta de color marrón. En la caja, escrito con letras que imitaban hojas de palma, se leía el nombre de la empresa: Exotic Bird Trainers of Las Vegas. Como si de un anuncio se tratase, un buitre se había posado en el techo, con las alas desplegadas y el cuello flaco estirado. De vez en cuando, picoteaba el techo de la furgoneta.

Más allá del aparcamiento del personal y la zona de mantenimiento se elevaba la inmensa mole de Utopía. Conocida oficialmente como Zona Administrativa y de Servicios, era una visión que los folletos y vídeos turísticos no mostraban y solo aparecía rara vez en fotos tomadas en secreto que publicaban las revistas y las páginas web dedicadas al parque. Sin embargo, era algo que impresionaba. La fachada trasera del parque trazaba una suave curva de una pared del cañón a la otra como un inmenso dique, solo interrumpido por unas diminutas ventanas. Por encima se alzaba la grácil curva de la cúpula, resplandeciente con el sol de la tarde. La enorme sombra de la cúpula se proyectaba en esos momentos sobre el extremo izquierdo del aparcamiento.

- Utopía Central confirma -dijo la voz-. Puede proseguir. Ahora están despejando el pasillo de aproximación.

- Nueve Eco Bravo confirma -respondió el conductor-. Gracias. Fuera.

En la garita de control del aparcamiento, el único guardia autorizó el paso del vehículo blindado con un gesto despreocupado. El conductor respondió con un toque de bocina y luego continuó hacia un portal entre dos muelles de carga. El portal estaba señalado con una letra B de dos metros de altura y pintada en negro, y, si bien tenía la altura y la anchura suficientes para dar paso a un vehículo más grande que el camión blindado, parecía poco más que el agujero de una ratonera en el muro.

El coche de escolta se separó del camión y aparcó junto a uno de los muelles de carga, con el motor en marcha y las luces intermitentes encendidas. El conductor del camión miró por el espejo retrovisor. El hombre que iba en el compartimiento de carga le devolvió la mirada, asió la escopeta y asintió.

Tenía que realizar la entrada sin fallos a la primera; cualquier error o desviación de las normas sería advertida de inmediato. Pero solo habían pasado dieciocho meses desde que había dejado de conducir camiones blindados para la compañía, y no le había costado recuperar la práctica. Además, habían ensayado la maniobra docenas de veces entre líneas

de conos en los arroyos y las rieras secas de Esmeralda County, así que no hubo titubeos. El conductor se acercó a la entrada y dio la vuelta. Después puso la marcha atrás y guió al vehículo hacia la entrada. En cuanto la trasera del camión entró en el vientre de Utopía, el ruido del motor y el pitido de la señal de marcha atrás resonaron con fuerza en el interior del túnel.

Poco a poco, el cielo azul desapareció de la vista y lo reemplazó el techo del nivel C. Ahora el camión blindado ya estaba todo dentro, y continuó moviéndose marcha atrás por el ancho túnel, que trazaba una muy ligera curva. Cuando el conductor pasó por delante del puesto de vigilancia, el guardia lo saludó.

- ¿Puede mirar el aceite y la presión de los neumáticos? -le gritó el conductor a través de la mirilla.

El guardia sonrió, levantó el pulgar y le indicó que siguieran.

**16.15 h.**

Medio caminaron, medio corrieron por el nivel B. Sarah iba en cabeza, y Warne se esforzaba para mantenerse casi a la par.

Sarah miraba al frente, con expresión decidida. Llevaba en la mano derecha la radio que le había dado Carmen Flores. Los empleados que se cruzaban con ellos se apartaban rápidamente al ver la expresión en el rostro de Sarah, para no entorpecer la marcha de la directora de operaciones del parque.

- Repítemelo una vez más -dijo Sarah bruscamente, por encima del hombro.

- No hay nada más que decir -respondió Warne, que jadeaba por el esfuerzo-. No tengo todas las respuestas. Solo sé que el disco que encontraste estaba en blanco y…

- ¿Cómo lo sabes?

- Terri me lo dijo.

- Pues Terri debe de estar en un error. -La expresión de incertidumbre que Warne había visto en el rostro de Sarah en la penumbra de la sala de los espejos holográficos había desaparecido.

- Si ella está en lo cierto, eso significa que John Doe ya tiene un disco. ¿Qué necesidad tenía Barksdale de darte un disco en blanco si está involucrado? Fue entonces cuando se me ocurrió que a John Doe no le interesaba hacerse con un segundo disco sino que te buscaba a ti.

- ¿A mí? -El tono de Sarah no podía ser más escéptico.

- Está claro que te necesitaba por alguna razón. Después de todo, tú eres la directora del parque. Sin duda tenía la intención de secuestrarte o quizá algo peor. Un lugar como aquel, un laberinto, era el sitio ideal. ¿Qué otra explicación tiene que se dejara ver, que se presentara en tu despacho para hablar cara a cara contigo? No parece ser de esas personas que dejan cabos sueltos.

La conversación no iba por los derroteros que él había esperado. Warne comprendió, apesadumbrado, que había actuado impulsivamente, que en realidad no tenía ninguna prueba concreta para respaldar sus deducciones. Pero no había ninguna otra explicación que tuviese sentido.

- ¿Por qué precisamente ahora? -preguntó Sarah con el mismo tono mientras tomaban por otro pasillo.

- Quizá este sea un punto crítico en sus planes. Seguramente está pasando algo que no sabemos. Debe de necesitar una maniobra de distracción. ¿Qué otra explicación puede haber para que sabotearan aquella atracción, la Estación Omega, después de que aceptaste entregarles un segundo disco?

- Sí, ¿por qué? -Sarah lo dijo de una manera que no sonó como una pregunta-. ¿No será porque gracias a ti encerramos a uno de su grupo? Por cierto que es allí donde debería estar ahora mismo, en la Estación Omega. En cambio, aquí estoy perdiendo mi tiempo en una persecución inútil.

Warne se sentía cada vez más inquieto. Hasta que Sarah había comenzado a acribillarlo con estas preguntas, prácticamente no había abierto la boca desde el momento en que habían salido de Luz de Gas.

- ¿Por qué la consideras inútil?

- Porque no es otra cosa. Tu teoría se basa en una falsedad: que Fred es culpable. Sin eso, todo lo demás se viene abajo. No lo creo por mucho que me lo jures.

- Te expliqué lo de KIS, que en ningún…

- Sí, sí, te escuché. Me di cuenta de que tenías celos de él, Andrew, pero esto es absolutamente inaceptable. -Sarah apuró el paso-. Pasaré por Seguridad solo el tiempo necesario para escuchar las explicaciones de Fred. Después ordenaré que lo dejen en libertad, por supuesto, y luego me dedicaré a lo mío, que es dirigir el parque. Dentro de cinco minutos, Chuck Emory llamará a los federales. Cuando se presenten, todas tus miserables teorías serán agua de borrajas. -Miró a Warne con una expresión rencorosa.

La inquietud de Warne se acentuó. Hasta entonces se había sentido muy seguro, incluso un tanto complacido consigo mismo. Había desentrañado la trama, había salvado a Sarah de un destino desconocido a manos de John Doe. Su única preocupación había sido saber dónde estarían Georgia y Terri. Este feroz ataque era la última cosa que habría esperado.

Vieron las puertas de las dependencias de Seguridad. «Esta en la fase de negación -se dijo Warne-. No puede aceptar que Barksdale sea culpable.» Sin embargo, también había una segunda voz en su cabeza, más discreta, pero también más fría e insistente: «¿Qué pasará si estás en un error? ¿Qué pasará sí hay alguna otra explicación que no has sabido ver? ¿Has dejado que tus sentimientos empañaran tu juicio?».

Sarah abrió las puertas y entró en la antesala. Entonces se detuvo, frunció el entrecejo.

La antesala se hallaba desierta. No había nadie sentado en las sillas de plástico de brillantes colores, nadie en la mesa de la recepción. Reinaba una extraña quietud. A lo lejos sonaba un teléfono.

- ¿Qué…? -comenzó Sarah. Se adelantó al tiempo que miraba en derredor.

Warne la siguió. ¿Dónde estaba Poole? ¿Por qué Terri no se encontraba allí con Georgia? ¿Era posible que estuviesen esperando en alguno de los despachos de la parte de atrás?

Abrió la puerta junto a la mesa de la recepción y miró a lo largo del pasillo. No vio a nadie, no percibió ningún movimiento, no oyó sonido alguno. El desconcierto se convirtió en alarma.

Avanzó por el pasillo. Nada. El tictac de un reloj, el suave zumbido de un aparato de aire acondicionado. El teléfono sonó de nuevo. Al final del pasillo había una puerta abierta.

Warne vio las taquillas. Había una abierta, la llave en la cerradura.

Entonces Warne se detuvo, alertado por el instinto.

Había algo que brillaba en la pared del pasillo. Se acercó cautelosamente. Era una rociadura de sangre, todavía fresca, de un rojo vivo contra los ladrillos grises.

Warne avanzó de nuevo, con el corazón en un puño y asomó la cabeza en la sala de guardia. Aquí había sangre por todas partes, en las sillas, en la mesa, en las paredes. ¿John Doe había acudido a rescatar a los prisioneros? ¿Qué tragedia había tenido lugar aquí?

Reinaba un silencio de muerte. Entonces oyó las pisadas.

Warne se había olvidado de Sarah. Se volvió y la vio acercarse a la carrera.

- ¡Sarah! -gritó, al tiempo que intentaba cerrarle el Paso-. ¡No!

Ella lo esquivó y entró en la sala de guardia. Se detuvo al ver la sangre.

- Oh, Dios mío -susurró.

Warne miró de nuevo en derredor e hizo un esfuerzo por controlarse. Vio la puerta de la celda entreabierta y distinguió un charco de sangre en el suelo.

Lentamente, casi como un autómata, se acercó para mirar por el ventanuco de la puerta.

Había dos cuerpos tumbados boca abajo en el suelo, inmóviles, pero solo alcanzaba a ver las cabezas y los hombros, y poco más. Ambos vestían las americanas negras de los guardias.

«Han escapado -pensó-. Los dos. Barksdale y el pirata. Han matado a los guardias y se han fugado.»

¿Qué había sido de Poole? ¿Su cadáver yacería oculto en alguna otra parte? La idea lo hizo estremecer. ¿Dónde estaban Georgia y Terri Bonifacio?

De pronto, se vio apartado bruscamente. Sarah miró a través de la mirilla y, con una exclamación ahogada, se precipitó adentro. Al segundo siguiente se oyó un grito de dolor.

Sin pensarlo dos veces, Warne entró en la celda.

Sarah se había arrodillado junto a uno de los guardias, solo que entonces Warne se dio cuenta de que el hombre no era un guardia. Vestía un traje de color claro, pero la parte superior de la chaqueta estaba tan empapada en sangre que parecía negra. Sarah se inclinó hacia delante para levantar al hombre en brazos, y la cabeza rubia cayó hacia atrás.

Era Barksdale.

Durante un momento, Warne se quedó paralizado por el horror.

Sarah se volvió hacia él violentamente.

- ¡Por amor de Dios, ayúdame! -gritó-. Ve a buscar agua, una toalla. ¡Llama al centro médico!

Warne obedeció en el acto. Salió de la celda y corrió por el pasillo hacia la antesala.

Entonces vio un movimiento en la antesala. Era Poole, que avanzaba con un brazo sobre los hombros de Terri como si la guiara, mientras que con la otra mano empujaba una silla de ruedas.

Warne miró a la ocupante. Era Georgia, con los ojos cerrados y abrigada con una manta del hospital.

Por un instante, el alivio borró cualquier otra emoción.

Luego alzó los ojos hacia Terri. La muchacha estaba pálida debajo de la piel bronceada. La mirada de Terri se cruzó por un segundo con la suya antes de apartarse. Warne vio que tenía manchas de sangre en la mano derecha.

- ¿Estás herida? -le preguntó en el acto.

- Está bien -respondió Poole-. Había sangre en la radio que utilizó para llamarme.

- ¿Qué pasó?

- Estábamos escondidas. En un cuarto de la lavandería.

- La voz le temblaba y era evidente que se esforzaba para mantener la compostura.

- Ya tendremos tiempo para las explicaciones -la interrumpió Poole, que miró significativamente al suelo.

Warne siguió su mirada. Descubrió que tenía manchas de sangre en los zapatos y que había dejado un rastro en el pasillo. Se llevó a Poole a un lado aparte.

- Barksdale esta en la celda -le susurró al oído-. Creo que está muerto. Él y uno de los guardias. El pirata se ha fugado.

Poole maldijo en voz alta y echó a correr hacia la celda.

Warne se acercó a Terri y le apoyó una mano en el hombro.

- ¿Estás bien? -preguntó.

Le acarició la mejilla y le alzó el rostro hacia él para apartar de su vista el rastro de sangre.

- Estoy bien.

- ¿Y Georgia…? -Algo en la expresión de Terri le impidió continuar.

- Georgia está bien. Se despertó durante unos momentos. Ahora duerme.

Se abrió la puerta de la antesala y entró un hombre muy joven. Warne vio que era Peccam, el técnico de vídeo.

- ¿Dónde se había metido? -preguntó Peccam-. Lo he estado buscando por todas partes. Calisto se ha convertido en un infierno y aquí no quedó nadie, así que… -Se interrumpió al ver las huellas.

- Poole está al fondo -contestó Warne, y señaló por encima del hombro-. Él se lo explicará. Quizá pueda usted echarle una mano. Mientras tanto, tengo que hacer una llamada.

Peccam se alejó por el pasillo, y Warne se llevó a Terri a un vestíbulo detrás de la mesa de la recepción. Allí había un pequeño despacho y un lavabo. Después empujó la silla de ruedas al interior del despacho. Georgia parecía inquieta y se movía en sueños. Soltó un gemido y Warne le acarició la cabeza, le besó la frente. La niña murmuró algo y pareció calmarse.

- Te quiero, princesa -murmuró Warne, antes de apartarse para volver junto a Terri.

La muchacha lo miró.

- No lloró -dijo con voz apagada, como si aún continuara metida en la pesadilla-. Después de que el hombre con el arma se fue. Estaba oscuro, muy oscuro, donde nos escondimos. Se durmió de nuevo, creo que… creo que es el efecto del sedante.

- Gracias -susurró Warne, sujetándole la mano entre las suyas-. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. -La joven no desvió la mirada-. ¿Puedes hacer una cosa más? -Warne la

observó atentamente, en un intento por interpretar las emociones reflejadas en su rostro, mientras se preguntaba cuál sería la mejor manera de decírselo. Decidió contárselo todo.

Hay dos hombres gravemente heridos en la celda. Uno es el guardia. El otro es Fred Barksdale. ¿Podrías llamar al centro médico y pedir que envíen aun médico de inmediato?

Al escuchar el nombre de Barksdale, Terri se encogió y palideció visiblemente. Pero, sin decir palabra, se acercó a la mesa de la recepción y buscó un teléfono. Cuando lo levantó le temblaba en la mano.

Warne fue al lavabo, cogió media docena de toallas y las empapó. Después corrió por el pasillo hacia la sala de guardia, Sarah y Poole estaban arrodillados junto a Barksdale y en la celda no había espacio para nadie más. Warne le dio un par de toallas a Sarah y luego se quedó en la puerta junto a Peccam. El guardia yacía ahora boca arriba. Seguramente Poole lo había movido para ver si aún vivía. El hombre tenía la cara hinchada, y la punta de la lengua ennegrecida asomaba entre los labios abiertos. Sarah, que continuaba acunando a Barksdale, comenzó a lavarle el rostro. El inglés había recibido tal paliza que a duras penas de reconocían los rasgos.

- Terri está llamando al centro médico -dijo Warne.

Poole cogió el resto de las toallas, se las dio a Sarah y recogió las sucias.

- Todavía vive -le comentó a Warne-, pero apenas.

Sarah continuó limpiando el rostro de su amante con mucha dulzura. Barksdale se movió y dejó escapar un gemido.

- Freddy. Soy yo, Sarah. Estoy aquí.

Barksdale rebulló de nuevo.

- Descansa.

Barksdale abrió los labios.

- Sarah. -La voz era ronca, apenas si se entendía.

- No intentes hablar. Todo se arreglará.

- No. Debo hablar. Sarah…, lo siento…

Se habían terminado las toallas, y Warne fue a buscar más.

En la antesala, Terri seguía al teléfono. Warne buscó en los armarios un botiquín de primeros auxilios. No lo encontró así que fue de nuevo al lavabo para coger más toallas. Cuando iba hacia la celda, se encontró a medio camino con Poole y Ralph Peccam.

- Me pareció que debía saberlo -dijo Poole-. Ha confesado.

- ¿Qué dijo?

- Poca cosa. Los dolores son tremendos.

- Vamos. -Warne no llegó a dar un paso, porque Poole lo retuvo por el brazo-. ¿Qué pasa?

- Escuche, yo no soy médico, pero no hace falta serlo para saber que el tipo no se salvará.

Warne lo miró.

- ¿Qué es lo que quiere decirme?

- Le digo que vamos a dar a Sarah y Barksdale un par de minutos de paz.

Warne titubeó.

- Lo que diga, Sarah nos lo comunicará si es algo que nos incumbe.

- Tiene razón.

Warne emprendió el camino de regreso a la antesala, mientras Peccam se quedaba en el pasillo, como alelado.

Terri colgaba el teléfono cuando entró Warne. En la amplia butaca de cuero parecía pequeña, vulnerable. Tenía los ojos enrojecidos, pero secos. Warne no sabía qué había sucedido en el centro médico, aunque la sangre en la mano no dejaba lugar a muchas dudas. Se sintió culpable y se prometió recompensarla de algún modo.

Arrodillándose junto a la butaca, utilizó las toallas para limpiarle la sangre de la mano. Sintió la presión en el hombro cuando ella apoyó la cabeza. Warne levantó la otra mano y la estrechó contra su cuerpo. Los hombros de Terri comenzaron a sacudirse al compás de sus sollozos.

- Tranquila, tranquila, ya pasó todo.

Permaneció arrodillado con la mujer entre los brazos. Pasaron los minutos, y poco a poco los sollozos se fueron calmando. Warne olió el limpio aroma de sus cabellos. Ya había pasado todo. Para bien o para mal, se había acabado. No podía ser de otra manera. Fue entonces cuando oyó la voz de Sarah, que gritaba su nombre.

- ¡Andrew! ¡Andrew!

Warne se apartó de Terri con la mayor suavidad posible. Le acarició la mejilla una última vez y luego corrió hacia la celda.

Poole de le había adelantado y escuchaba atento, agachado junto a Barksdale.

- El camión blindado -le decía Sarah, mientras acariciaba los cabellos de Barksdale. Ese era el verdadero objetivo. El camión y la tecnología del Crisol. Todo lo demás, los fallos con los robots, no eran más que engaños para despistarnos.

Sarah se mecía suavemente como quien acuna a un bebé.

- Para impedir que viera lo que estaba pasando en realidad -manifestó Poole. En su rostro había una expresión compasiva-. ¿Qué es eso del camión blindado?

- Viene una vez por semana, los lunes.

Sarah no miraba a ninguno de los dos hombres; tenía los ojos fijos en Barksdale y hablaba con voz monótona. Las mangas de la chaqueta, empapadas de sangre, se le habían pegado a los antebrazos.

- Todo el proceso es automático -prosiguió-. Solo yo o Chuck Emory, desde Nueva York, podemos cancelarlo, algo que debemos hacer si hay una emergencia o una amenaza a la seguridad pública. Cancelé la recogida esta mañana, pero Freddy no transmitió la orden. El personal de la cámara acorazada espera la llegada del camión, y Freddy dice que viene uno. ¿Dónde esta el maldito doctor?

- Está de camino -respondió Warne.

- ¿A qué hora llega el camión? -preguntó Poole.

- Ahora.

- ¿Ahora? -exclamó Poole. Miró a Warne-. Eso explica por qué no desconectaron las cámaras del nivel C: no podían permitir que los muchachos del subsuelo sospechasen.

También explica lo que sucedió en el Puerto Espacial. Una última distracción. Nada de tonterías en esta última parte.

Sarah se volvió bruscamente.

- Freddy no lo sabía -afirmó, taladrándolo con la mirada-. Lo engañaron. Le dijeron que nadie resultaría herido. Me lo acaba de decir. -Volvió a ocuparse del moribundo.

Por unos momentos reinó el silencio. Fue Sarah la primera en romperlo.

- No es por eso por lo que te llamé -le dijo a Warne. La voz de Sarah tembló por un instante, pero ella la controló-. Han colocado explosivos en la cúpula.

Las voces de los dos hombres resonaron en la pequeña habitación cuando hablaron al unísono.

- ¿Qué? -gritó Warne.

- ¿Cómo se ha enterado? -preguntó Poole, al tiempo que se levantaba.

- El pirata creyó que Freddy estaba muerto. Pero él lo oyó cuando hablaba por la radio. Piensan escapar todos en el camión blindado.

Por un momento se quedaron paralizados por la incredulidad y el horror. Poole fue el primero en salir de la celda y le hizo una seña a Warne para que lo siguiera.

Peccam, que esperaba en el pasillo, se acercó al ver que Poole lo llamaba.

- ¿Recuerda el transmisor modificado que encontramos en la bolsa? -le preguntó Poole a Peccam-, ¿aquel que no sabía para qué servía?

El técnico asintió.

- Usted afirmó que podía enviar una señal a gran distancia. -Poole se volvió hacia Warne-. Para hacerlo, se necesita tener una visión despejada. No podía enviar la señal a través de las paredes.

- Sí, sí, lo recuerdo.

Poole se apartó con una expresión de sorpresa.

- ¿Bueno, no lo ve?

Warne intentó concentrarse.

- No.

- En cuanto salgan del parque, utilizarán el transmisor para hacer estallar las cargas explosivas. Harán que la cúpula se desplome sobre los visitantes y aprovecharán el caos para escapar sin que nadie se dé cuenta. -Una sonrisa apareció por un momento en su rostro-. Es algo que tenían decidido desde el principio. Los guardias, la policía, todos estarán ocupados en el rescate y la atención de las víctimas. Eso es lo que yo llamo una verdadera maniobra de distracción.

Warne tuvo la sensación de que había perdido contacto con la realidad. ¿Volar la cúpula? Intentó hacerse a la idea de lo que eso representaba.

- Lo dice como silo admirara -comentó.

Poole se encogió de hombros y entró de nuevo en la celda Warne lo siguió, aún aturdido. ¿Volar la cúpula? Por unos momentos solo pensó en ir a buscar a Georgia y Terri, y huir.

Pero de inmediato comprendió que, aunque supiera dónde encontrar un lugar seguro, sencillamente no disponía de tiempo. Oyó que Poole le preguntaba a Sarah:

- ¿Qué más dijo?

- Eso es todo. Ahora descansa. -Sarah continuó acunando a Barksdale.

- ¿Cuánto tardan en cargar el camión blindado?

- No lo sé. Todas las operaciones de la tesorería dependen de Información Tecnológica. Diez minutos o algo así.

Poole miró a Warne.

- Diez minutos. Estamos con la mierda hasta el cuello, hermano.

Salió de la celda y corrió por el pasillo hacia la antesala. Warne y Peccam le pisaban los talones. Poole miró en derredor. Vio sobre la mesa una guía de los teléfonos internos y comenzó a pasar las páginas.

- Control de la cámara acorazada -murmuró-. Control de la Cámara acorazada. Aquí está. -Cogió uno de los teléfonos y marcó el número. Esperó unos segundos. Soltó una maldición y colgó el teléfono-. No hay conexión. Era de esperar.

- Pero Terri acaba de hablar con el centro médico.

- ¿Acaso le sorprende? Es obvio que John Doe se ha encargado de cortar la conexión telefónica con el control de la cámara acorazada.

- ¿Qué más da? Ahora sabemos que van a robar la recaudación y que escaparán todos en el camión blindado. Podemos detenerlo.

- La palabra clave en su frase es «blindado», compañero.

¿Ha olvidado que tienen armas? Un montón de armas, a cuál más bonita. Yo solo tengo una pistola con media docena de balas.

- ¿Qué me dice de Allocco? -Warne oyó la nota de desesperación en su propia voz.

- Es imposible que llegue aquí a tiempo.

- ¿Los guardias de seguridad?

- Necesitaríamos más tiempo del que disponemos para convencerlos. Además, los guardias de Utopía están desarmados. ¿Qué sugiere? ¿Bolas de papel? ¿Una cadena humana?

- Tenemos que hacer algo -replicó Warne. La sensación de irrealidad había desaparecido, y ahora se sentía dispuesto a todo-. No podemos dejar que el camión salga del parque. Lo que sea que se pueda hacer tendremos que hacerlo nosotros mismos.

- Sus palabras me infunden nuevos ánimos.

- Peccam dice que el transmisor necesita un campo de visión despejado -añadió Warne-. Eso significa que deben salir del parque. Así que si podemos detener al camión blindado antes de que salga del edificio, no podrán utilizar el transmisor. Ahí está la clave. No harán estallar las cargas para derribar la cúpula hasta que se encuentren a una distancia segura.

- Tiene sentido -reconoció Poole, después de pensarlo durante unos segundos-. Pero no estoy dispuesto a arrojarme delante de un camión blindado para detenerlo. ¿Por qué no utilizamos ese perro mecánico suyo para destruirlo?

- Quizá lo haga. -Warne pensó rápidamente-. ¿Que sabe de explosivos?

- Vaya, creo que sé adónde quiere ir a parar.

- Responda a la pregunta. ¿Qué sabe de explosivos?

- ¿Usted qué cree? Sé mucho más de lo que sabe su abuela.

- No meta a mi familia en esto. ¿Por qué no sube y averigua si puede desactivarlos?

- Le puedo dar cuarenta razones para explicarle que es imposible. Porque ese es el número de cargas que hacen falta para derribar la cúpula. Desconozco la distribución, el…

- Es mucho mejor que quedarse aquí.

- No sé qué decirle. Al menos aquí estamos seguros.

- ¿Seguros? -protestó Warne-. ¿Qué le hace creer que el peso de la cúpula no aplastará el subterráneo? Además, usted se ofreció para ser mi guardaespaldas. Pues ahora no tiene que cuidar de mí, sino de otras setenta mil personas, incluidas algunas que usted conoce.

Poole lo miró con viveza.

- Vale. Me ha convencido. Si utilizaron cargas explosivas normales, quizá pueda quitar un número suficiente de detonadores para desestabilizar el esquema y evitar que la cúpula se desplome. Pero usted tendrá que encontrar la manera de detener el camión blindado, o de lo contrario acabaré volando por los aires.

Warne asintió.

- No detonarán las cargas hasta que el camión esté bien lejos -añadió Poole-. Tiene que impedir que salgan. Todo depende del tiempo que pueda darme. ¿Entendido?

Warne asintió de nuevo.

- Muy bien. Piense que si no lo hace y salgo volando, mi fantasma lo perseguirá durante toda la eternidad.

- Me parece justo.

- En ese caso, no perdamos más tiempo en charlas.

Poole caminó a paso rápido hacia la puerta. Antes de salir se detuvo.

- Cuídese, amigo.

- Usted también -respondió Warne. Aguardo a que la puerta se cerrara detrás de Poole y luego le dijo a Peccam: Espéreme un minuto, por favor.

Pasó al otro lado de la mesa de la recepción. La butaca estaba vacía, y por un instante tuvo miedo. Luego vio a Terri, que de nuevo se encontraba en el despacho junto a Georgia.

La muchacha se volvió al oír que entraba y de inmediato comprendió por su expresión que ocurría algo grave.

- ¿Qué pasa? -preguntó Terri.

Warne titubeó por un momento.

- Me equivoqué cuando dije que esto se había acabado.

Tengo que hacer una cosa.

Terri tragó saliva; apretó con fuerza el manillar de la silla.

Georgia exhaló un suspiro y se movió al oír las voces.

- Escucha -dijo Warne, con una mano sobre el hombro de la joven-. Tengo que pedirte una cosa más. Tienes que ser fuerte, solo una vez más.

Terri le devolvió la mirada sin decir palabra.

- Tendrás que montar guardia aquí hasta que vuelva. No hay tiempo para que salgas del parque, pero creo que aquí estarás segura. Terri, sabes que quiero a mi hija más que a mi

vida. Es muy difícil para mí dejarla sola en estos momentos. ¿Recuerdas lo que te dije antes, el miedo de que pudiera pasarle algo a Georgia, y que al final le pasó? Pues ahora no tengo miedo. Puedo marcharme porque sé que tú la cuidarás. No hay nadie más que tú que me merezca una confianza ciega. ¿Lo harás por mí, cuidarás de Georgia y de ti, no importa lo que suceda? ¿Lo harás?

Terri asintió, sin desviar la mirada.

- ¿Lo has entendido? ¿Suceda lo que suceda?

Terri acercó el rostro al suyo. Warne la abrazo con los ojos cerrados mientras murmuraba una plegaria.

Luego volvió a la antesala, donde Peccam esperaba pacientemente.

- Necesito que me lleve a un lugar -dijo Warne- ¿Puede indicarme el camino más rápido?

- ¿Adónde? -preguntó Peccam, mientras salían. La puerta se cerró detrás de ellos, y en las dependencias de seguridad reinó el silencio.

**16.15 h.**

En Nueva York, Charles Emory III, presidente y director ejecutivo de Utopía Holding Company, cogió el teléfono y comenzó a marcar el número de la delegación del FBI en Las Vegas. Sus movimientos eran lentos, y su rostro mostraba un color ceniciento. Parecía haber envejecido en un abrir cerrar de ojos.

En la meseta desértica que se extendía al sur de la base aérea de Nellis, en lo alto del risco que rodeaba a Utopía, el hombre conocido como Búfalo de Agua descansaba a la sombra.

Había visto el camión blindado cuando subía por la carretera y entraba en el aparcamiento a la hora exacta. Apartó la mirada del horizonte ara observar la montaña de acero cristal que se elevaba en una perfecta curva logarítmica. Los lugares donde había colocado las cargas no se veían a esta distancia, pero reconstruyó mentalmente el orden de los explosivos y buscó en el diagrama algún error oculto o fallos estructurales.

La cúpula estaba muy bien construida y el reparto del peso perfectamente equilibrado en los soportes. Por lo general, prefería los diseños en tres etapas escalonadas a intervalos de un cuarto de segundo. Siempre había conseguido excelentes resultados a la hora de demoler puentes de hormigón armado o de acero cuando trabajaba para los rebeldes chechenos o los congoleños. Pero, dadas las dimensiones de este trabajo y la cantidad limitada de explosivo plástico que podía cargar, había tenido que buscar el diseño óptimo. Un único anillo de veinte cargas colocadas a intervalos regulares en la base rompería la espina dorsal de la cúpula; una segunda serie de cargas elípticas, colocadas en un anillo más pequeño a media altura, haría explosión al mismo tiempo, para que se hundiera la corona, y hacer que toda la cúpula se desplomara hacia dentro.

Bebió un sorbo de agua de la cantimplora, mientras repasaba la secuencia de la explosión y la caída de la cúpula una y otra vez, desde el principio basta el final y a la inversa. La demolición era un arte, con su propia belleza, algo así como la contraposición de la arquitectura. Y, como el del francotirador, un arte solitario, ideal para personas solitarias.

Dejó de mirar la cúpula y buscó la radio. John Doe lo llamaría de un momento a otro. Guardó la cantimplora en la bolsa, y luego el libro de Proust. Después se acomodó mejor en la sombra y observó de nuevo el horizonte a la espera de los acontecimientos.

Mucho más abajo, en la amplia extensión del Puerto Espacial dé Calisto, Bob Allocco estaba delante de una de las mesas de caballetes que formaban el puesto de mando avanzado. En una mano sostenía un teléfono; en la otra, una radio. Hablaba por ambos aparatos. A medida que avanzaba la tarea de recuperación de cadáveres, iba en aumento el personal médico, de seguridad y técnico reunido. Sin embargo, a pesar de las docenas de personas agolpadas junto a las entradas y salidas de la Estación Omega, el vasto Puerto Espacial parecía desierto.

Allocco acabó de hablar por teléfono y colgó. Al instante, comenzó a sonar otro.

En medio de todo el trajín, se había olvidado por completo de Sarah Boatwright.

No muy lejos, apoyado en una de las columnas luminosas que bordeaban la entrada a Atmósfera, se encontraba John Doe. Aquí las colas se habían hecho mucho más largas a partir del momento en que se había cerrado sin más el Puerto Espacial. Con los brazos cruzados, se inclinó un poco hacia la cola para escuchar los comentarios de los visitantes.

- Dicen que estalló una bomba -afirmó alguien-. Una bomba de neutrones colocada por un grupo terrorista.

- Pues a mí alguien me habló de un ataque con gases -dijo otro-. Como en aquel lugar en la India. Han muerto trescientos. Todavía están allí.

- Todo eso no son más que tonterías. Estamos en Utopía. Aquí no muere nadie. Si hubiese ocurrido algo, ¿creen que tendrían funcionando las atracciones, que aún nos dejarían estar aquí?

- No lo sé. Miren a aquel grupo que va hacia la salida. Parecen preocupados, poco les falta para correr. Quizá saben algo. Yo creo que deberíamos marcharnos. Son casi las cuatro, y tenemos un viaje de más de una hora hasta el hotel.

- Ni hablar. Llevo todo el día esperando para ver esta película holográfica. Todo esto no son más que estupideces. Seguro que son los propios empleados de Calisto quienes se encargan de difundir los rumores.

John Doe sonrió complacido mientras escuchaba. Las bombas y las explosiones tenían un gran efecto: no había nada como el estruendo de una bomba, el súbito espectáculo de cuerpos destrozados y llamas, para provocar el pánico. Pero el rumor podía ser mucho más insidioso. Era fantástico ver cómo funcionaba. Era como dejar una única gota de sangre en la plácida superficie de un estanque. Las ondas se propagaban, lentas pero imparables. Tal como se pretendía.

Miró a un grupo de guardias que avanzaban a paso rápido por la calle en dirección a la cortina estrellada que cerraba la entrada al Puerto Espacial. Vestían de paisano, por supuesto, pero para el ojo de un experto destacaban como eunucos en un harén turco. ¿Qué turistas fruncían el entrecejo de esa manera o marchaban en pelotón? También había visto a unos cuantos de Relaciones Públicas; se movían entre los visitantes, escuchaban, tomaban notas. A medida que los rumores continuaran extendiéndose y los visitantes se fueran inquietando cada vez más, ya no darían abasto. Eso era lo que lo hacía absolutamente perfecto. Se puede contener una explosión, pero ¿contener un rumor? Era como querer sujetar un rayo de luna.

Desde la primera prueba -el encuentro con el guardia cuando había entrado en el subterráneo- Seguridad había respondido de la manera típica. En cada uno de los incidentes posteriores -la explosión en Aguas Oscuras, la pérdida de las cámaras de vigilancia, el atentado en la Estación Omega-; su confianza en que Seguridad seguía al pie de la letra las normas del manual había ido en aumento. Consultó su reloj. Al cabo de unos pocos minutos, los subordinados de Allocco estarían ocupados al máximo, cosa que le permitiría marcharse con absoluta tranquilidad.

Se apartó de la columna y se mezcló con la muchedumbre. De nuevo lo asaltó aquel sentimiento cercano a la desilusión. Al final, todo había funcionado exactamente como se esperaba. Había realizado una investigación exhaustiva, actuado de una manera impecable y enseñado un rostro diferente por lo menos a media docena de personas. Sonrió para sus adentros. Si llegaran a saber la verdad, si conocieran al verdadero John Doe… Bueno, esa sí que sería toda una sorpresa.

Acortó el paso. En realidad no todo había funcionado como se esperaba. Miró hacia el puesto de helados, donde la ausencia de Currante continuaba decepcionando a los visitantes. El doctor Warne le había causado muchos problemas, sin duda él era el responsable, directa o indirectamente, de que hubieran pillado a Cascanueces. Y la manera como había aparecido de la nada para llevarse a Sara Boatwright de la sala de los espejos holográficos había sido muy irritante.

John Doe había llegado a considerar a Sarah Boatwright como una digna rival. En el transcurso de sus numerosas conversaciones, Fred Barksdale le había facilitado, sin darse cuenta, un muy detallado análisis de la personalidad de la directora de operaciones del parque. John Doe conocía el tipo: testaruda, ambiciosa, un tanto posesiva, llena de celo profesional. Estaba seguro de que si la pinchaba en los puntos precisos, conseguiría provocarla para que actuara de forma prematura. No se había equivocado. Los guardias que había apostado en el Viaje Galáctico le habían permitido mostrarse indignado, dejar el disco en blanco y llevarse el bueno. Y, lo que era más importante, le habían evitado tener que inventarse razones para justificar el retraso que necesitaban. Convencidos de que no tenía el disco, no se les había ocurrido rechazar una segunda entrega, con el añadido de que Sarah, al considerarse responsable de lo sucedido, había aceptado realizar la segunda entrega personalmente.

John Doe había contado con que la mataría en los oscuros pasillos de la sala de los espejos holográficos para añadir un toque final a la confusión, una crisis de liderazgo que facilitaría aún más su fuga del parque. Pero Andrew Warne, el factor inesperado, había dado al traste con este perfecto ejemplo de manipulación.

Por supuesto, en el esquema general no tenía mayor importancia. Ahora que Cascanueces se había reincorporado al equipo, las bajas volvían a ser cero. Era verdad que Fred Barksdale había muerto un poco antes de lo esperado, pero eso sencillamente le había evitado el trabajo de matarlo en la carretera. John Doe no era dado a compartir aquello que tanto le había costado ganar. Además ya tenían dos discos, dos valiosísimos discos originales que, gracias a las protecciones Antipiratería de Información Tecnológica, no se podían copiar. Eso le permitiría vender dos veces la tecnología del Crisol y obtener el doble de beneficio. Por cierto, ahora que hablaba de beneficios, el camión blindado estaba entrando en la cámara acorazada en este mismo momento.

John Doe miró a lo largo de la calle y exhaló otro suspiro. Se dio cuenta de que no deseaba abandonar este lugar. Después de tantos preparativos, el buen final de una operación siempre le sabía a poco. La diferencia en este caso, por supuesto, consistía en que -por

primera y última vez- él era su propio cliente. Y la consecución de todo este dinero que le aseguraría un cómodo retiro era su último trabajo.

Claro que, si el retiro acababa resultándole aburrido, siempre podía volver a la actividad para hacerle una visita a Andrew Warne y recompensarlo por su indeseada participación en los acontecimientos de ese día. El tiempo lo diría.

Se demoró un momento más para contemplar a la multitud, los actores y la perfecta recreación de un mundo del futuro. Después entró en los lavabos más cercanos.

Se lavó las manos concienzudamente mientras esperaba que saliera el único ocupante. Luego se acercó a la puerta que había en la pared del fondo y tecleó el código de acceso. Sacó del bolsillo un pase y otro distintivo -cortesía del ahora difunto Tom Tibbald- y se los enganchó en la solapa. Entonces abrió la puerta y pasó al otro lado.

La temperatura en el pasillo con paredes de cemento era fresca y olía a desinfectante. John Doe se detuvo cuando llegó a un cruce, y miró a izquierda y derecha antes de sacar la radio del bolsillo y marcar la frecuencia.

- Búfalo de Agua, aquí Factor Primario. Adelante.

Esperó a que llegara la respuesta.

- Aquí Búfalo de Agua.

- ¿Qué tal el panorama?

- Fantástico. Entró a la hora exacta.

- Eso me han dicho. ¿Alguien más desde entonces? ¿Quizá alguna llegada de un carácter más oficial?

- Negativo, solo las entregas habituales.

- Muy bien. Tu trabajo allí ha concluido. Nos reuniremos en el punto de encuentro.

- Recibido -respondió Búfalo de Agua.

Cualquier llegada a partir de este momento, y sin duda no tardarían mucho en aparecer, no afectaría para nada el plan. Transcurridos diez minutos estarían fuera de Utopía, en el más seguro de los transportes y circulando a ciento diez kilómetros por hora.

John Doe guardó la radio. Entonces se dio cuenta de que se le habían arrugado los pantalones. Seguramente había sido en la sala de los espejos holográficos. Le molestó, aunque no tenía mayor importancia. Aquella noche quemaría el traje en el incinerador del hotel.

Echó otro vistazo al pasillo y luego se alejó a paso vivo en dirección a la escalera que llevaba al nivel A.

**16.16 h.**

William Verne bostezó, se reclinó en la silla y se desperezó lánguidamente. Apenas si se había movido en la última hora y escuchó el crujido de las articulaciones. Recordó vagamente que sus movimientos estaban siendo filmados por una cámara de seguridad. Pero no se inquietó. Estirarse de vez en cuando no estaba excluido en el perfil de su trabajo. Por otro lado, todo el proceso se había vuelto tan condenadamente rutinario que

dudaba mucho que alguien estuviese mirando. Y si alguien lo hacía, estaría mirando al camión y no a él.

Se inclinó de nuevo para echar una mirada al panel de control. Como siempre, todas las luces eran verdes. La cámara acorazada, correcta; la cámara de entrega, correcta; el pasillo de acceso, correcto; el sistema de control monetario, correcto. Correcto, correcto, correcto. Algunas veces casi deseaba que algo funcionase mal. Al menos sería un cambio.

Habían pasado cinco meses desde que Verne había cedido a la tentación y había dejado su trabajo de programador de software en Palo Alto. El puesto que le ofrecían era demasiado bueno para rechazarlo. No solo trabajaría en el departamento de Nuevas Tecnologías de Utopía, sino que el puesto parecía tener cierta relación con cosas secretas que le habían intrigado. Había tenido que firmar un montón de documentos que lo obligaban a mantener una discreción absoluta sobre su trabajo y había tenido que someterse a una investigación profunda de sus antecedentes. Para su sorpresa, se había encontrado haciendo en el parque el mismo trabajo que hacía en Palo Alto. Al parecer el desarrollo de sistemas y mantenimiento era el mismo ya fuese que uno trabajara en un parque temático o en una pequeña empresa de software. Aquí le pagaban más, los juguetes eran más sofisticados, pero tenía mucho menos responsabilidad creativa.

¿Y el aspecto secreto del trabajo? Pues consistía en observar las luces de un panel de control, respirar gases de un tubo de escape y mirar la parte trasera de un camión blindado durante unos siete minutos, una vez a la semana.

Se escuchó un leve zumbido y un chasquido cuando alguien fuera de la sala de control de la cámara activó el escáner de retina. Se abrió la puerta blindada y entró Tom Pritchard, del departamento de Auditoría y Control. Verne lo miró sin interés.

- ¿Qué tal va?

- Como una seda -respondió Pritchard al tiempo que cerraba la puerta y echaba el cerrojo. Acababa de hacer la inspección visual obligatoria. Durante los pocos minutos que se tardaba en efectuar la transferencia, la sección del nivel C que rodeaba la cámara acorazada y el pasillo de acceso quedaba aislada del resto del subterráneo de Utopía.

- Bien. Entonces acabemos con esto.

Verne oía el insistente pitido del camión blindado mientras este recorría marcha atrás los cien metros del pasillo. Apretó un interruptor para poner en marcha los potentes extractores que enviarían el humo del escape del vehículo al desierto, donde debía estar.

- ¿Dónde está nuestra niñera? -preguntó Pritchard mientras se acercaba a la ventana de observación.

Si bien solo se necesitaban dos personas para la transferencia -una de Tesorería y otra de Control-, normalmente siempre había un guardia que asistía a la carga.

- Supongo que hoy tendremos que arreglárnoslas solos -respondió Verne-. Lo más probable es que estén todos de nuevo en la dichosa máquina.

La semana anterior, uno de los guardias había ganado ocho mil dólares en una de las tragaperras del casino de Paseo. Le habían confiscado el dinero, y el guardia había recibido una sanción disciplinaria por jugar en horas de servicio, pero aquello había despertado el interés de los demás.

- Quizá los hayan llamado para que se ocupen del accidente en Calisto o lo que haya sido.

- Eso es. Hoy ya me han hablado de tres accidentes. Me pregunto quién se inventa todos esos bulos.

Claro que, aunque fuera verdad, probablemente tardarían días en enterarse, encerrados como estaban en aquella maldita sentina. Verne había leído una vez un cuento de Joseph Conrad sobre dos ingleses que trabajaban en un lugar remoto de África. Al final no habían podido soportarlo más, se habían vuelto locos y se habían matado el uno al otro. Eso al menos era lo que recordaba. Siempre le había parecido algo muy exagerado, pero ahora ya no opinaba lo mismo.

- No lo sé, a mí me pareció que iba en serio. Escuché decir que había un muerto.

- ¿Uno? ¿Por qué no cien?

- Déjate de bromas. Incluso han hablado de terroristas.

- Tú siempre oyes hablar de terroristas. -Verne lo miró con cierto desdén-. Creo que te has equivocado de trabajo. Tendrías que trabajar con los ingenieros y los diseñadores de atracciones. De todas maneras -añadió con un tono menos agresivo-, si hubiese ocurrido algo grave, Su Señoría habría cancelado la recogida.

«Su Señoría» era el apodo que el personal de Información Tecnológica le había puesto a Fred Barksdale. Lo consideraban un jefe muy trabajador y de gran talento, pero también un fanático del protocolo. Barksdale había diseñado la mayor parte del sistema de control monetario y siempre se ocupaba de supervisar personalmente la transferencia del dinero de la cámara acorazada al camión blindado. Durante el cursillo de orientación, a Verne le habían explicado la estructura de la cadena de mando. Si algo iba realmente mal, Barksdale les comunicaría que se había cancelado la transferencia. Pero nunca se había producido ninguna emergencia, y Barksdale nunca había llamado para comunicar una cancelación. Había llamado por muchísimas otras razones -para criticar la lentitud o algún fallo en la transferencia-, pero nunca para cancelarla.

Sonó una llamada en el altavoz del panel de control.

- Utopía Central, aquí Nueve Eco Bravo. -Era la voz del conductor del camión-. Veo la cámara.

Verne se inclinó hacia el micrófono.

- Utopía Central confirma. Luz verde para la transferencia.

Consultó su reloj. Las 16.18. La hora convenida. Al menos ese día Barksdale no llamaría para quejarse.

Verne se levantó y se acercó a la ventana de observación donde estaba Pritchard. Vio cómo la parte trasera del camión blindado se acercaba lentamente por la curva del pasillo de acceso. El nombre de la empresa, American Armored Security, aparecía pintado con grandes letras doradas en los costados.

Verne miró sin interés. El humo del tubo de escape del camión comenzaba a entrar en la sala de control a pesar de los extractores, y el olor tardaría en desaparecer por lo menos veinte minutos. Se preguntó si el humo sería cancerígeno. Quizá podría solicitar una paga suplementaria por trabajo insalubre.

El camión llegó a la altura de la sala de control y se detuvo. Durante unos segundos no hubo ningún cambio mientras los ocupantes repasaban la lista de verificaciones. Luego el conductor abrió la puerta lateral, y el guardia salió de la caja con una escopeta en una mano y una lista en la otra. Se volvió hacia la ventana de observación y saludó.

Verne apretó un botón y se abrió una pequeña puerta que daba al pasillo de acceso, Verne bajó los diez escalones hasta el pasillo. El ruido del motor Diesel resonaba mucho más fuerte. Verne habría preferido que lo pararan, pero no se podía; iba contra las reglas.

El guardia armado se acercó. Verne frunció el entrecejo.

- ¿Qué tal va? -dijo el guardia con una gran sonrisa. Tendría casi cuarenta años, la piel muy bronceada y el bigote rubio bien recortado. Su acento tejano hacía juego con sus modales desenfadados.

- Bien -respondió Verne.

El hombre asintió.

- Usted no es el conductor habitual -comentó Verne.

El guardia no se inmutó.

- No. Soy Earl Crowe, supervisor de ruta de la AAS. En ocasiones me ocupo personalmente de las transferencias para asegurarme de que todo se hace de acuerdo con las reglas. Es lo mejor para que los clientes estén felices y contentos, y, demonios, ustedes son nuestro principal cliente.

Le ofreció la hoja. Verne la aceptó, sin desviar la mirada del conductor.

- Johnny está aquí -añadió Crowe-. Fuera. Anoche algunos de los muchachos se fueron de parranda, y se emborrachó. Así que hoy conduce el coche de escolta en lugar del camión. No hay nada mejor que tragar polvo durante sesenta kilómetros para que a un tipo se le cure la resaca.

Verne soltó una carcajada. Cogió el bolígrafo y firmó la hoja sin molestarse en leerla.

- ¿Están satisfechos con el servicio? -preguntó Crowe cuando Verne le devolvió la hoja-. ¿Tienen alguna queja o sugerencia que deba comunicar a la gerencia?

Verne, que ya se había acostumbrado a ser el último eslabón de la cadena, se sintió sorprendido y también satisfecho.

- La verdad es que no -contestó-. Ahora mismo no se me ocurre nada.

- Me complace mucho saberlo. De todas maneras, no dude en comunicarnos cualquier cosa que nos pueda ayudar a darles un mejor servicio.

- Puede estar seguro de que lo haré, gracias -afirmó Verne, que intentó imprimir a su voz un tono un poco más autoritario-. Si están preparados, abriré la cámara de transferencia.

Volvió a la sala de control y se apresuró a cerrarla puerta para aislar el ruido y los humos. Una luz roja en el panel pasó a verde en cuanto se cerró la puerta. Verne miró a Pritchard, que había presenciado el encuentro a través de la ventana de observación. Asintieron. Habían completado el «apretón de manos» visual con el camión.

- Comienzo la apertura de la cámara de transferencia -anunció Pritchard, mientras escribía una serie de órdenes en un teclado.

Verne, por su parte, escribió un segundo código de acceso en un teclado que estaba en el otro extremo de la sala.

Se escuchó un leve zumbido y, al otro lado de la pared de la sala de control, la puerta de la cámara comenzó a girar silenciosamente sobre los cojinetes. Pritchard y Verne se acercaron a otra ventana un poco más pequeña en la pared lateral. Para Verne, esta era una parte del trabajo que siempre le resultaba muy interesante.

Desde el momento en que el dinero ingresaba en el sistema de procesamiento monetario de Utopía, ya fuese desde las cajas del casino de Luz de Gas, un bar de Paseo o un vendedor de tocas en Camelot, ya no lo volvían a tocar manos humanas. Un proceso totalmente mecanizado se encargaba de transportar el dinero a las estaciones recolectoras, donde las máquinas se encargaban de contarlo, hacer los fajos, empaquetarlos y por último depositarlos en la cámara acorazada, fuera de la vista de los empleados. Ahora la pesada puerta curva se deslizó para dejar libre el paso a la cámara de transferencia, al tiempo que sellaba el pasillo que comunicaba con el resto de Utopía. Se oyó un sonido sordo cuando la puerta acabó su recorrido.

Verne miró a través de la ventana. La cámara acorazada quedaba oculta a la vista por la enorme puerta curva; pero cuando se ordenaba la apertura, la puerta giraba noventa grados y convertía el pasillo de acceso en una galería cerrada. Ahora en un extremo brillaba la luz del día, en el otro se acumulaba una fortuna y en medio estaba el camión blindado.

Los dos hombres miraron mientras Crowe cruzaba la cámara de transferencia, con dos bolsas de lona en la mano izquierda. Reapareció unos veinte segundos más tarde, con las bolsas llenas al hombro. Los fajos eran de ochenta billetes, la cantidad ideal, como le habían explicado a Verne en el cursillo de orientación, para el manejo y el transporte por el sistema automático.

Crowe entró de nuevo para recoger otra carga. Se movía con la rapidez propia de alguien con mucha experiencia en este tipo de trabajo. «Está muy bronceado para ser supervisor -pensó Verne-. Debe de frecuentar mucho los campos de golf, o quizá con ese acento que tiene es que arrea ganado.» Aunque Verne no alcanzaba a verlo detrás del blindaje transparente, sabía que el conductor del camión vigilaba atentamente a Crowe, sin perder en ningún momento el contacto visual y por radio con el guardia.

Crowe reapareció con otra carga, entró en el camión y salió de nuevo, con la escopeta debajo del brazo derecho. Verne miró el arma con indiferencia. Era un buen montaje, todo muy ordenado y práctico. El personal de Utopía nunca tocaba el dinero, nunca iba armado. Para eso contrataban a especialistas y se encerraban herméticamente durante todo el proceso. Sin duda a los inspectores de seguros les encantaba.

Crowe continuaba con su trajinar. Incluso a su ritmo, tardaría un rato en mover cien millones de dólares. Aburrido, Verne se apartó de la ventana, se sentó pesadamente en su silla delante del panel de control y se desperezó una vez más.

Earl Crowe entró en la caja del camión blindado y descargó las pesadas bolsas. El conductor, que lo esperaba, abrió las bolsas y vació el contenido. Docenas de fajos idénticos cayeron sobre el suelo de acero y goma. No era el procedimiento fijado por las normas -el conductor tendría que haber permanecido al volante, ocupado en vigilar la carga, atento a la presencia de cualquier extraño que pudiese representar una amenaza-, pero en el interior de pasillo sellado estaban ocultos de cualquier mirada.

Crowe se echó al hombro las bolsas vacías y luego miró al conductor, que se apresuraba a guardar los fajos en los compartimientos instalados en las paredes de la caja.

- Te gusta esto de conducir de nuevo un blindado, ¿no? -comentó.

El conductor asintió sin interrumpir el trabajo.

- Pues sí. Y, por primera vez, me quedaré con lo que transporto.

Crowe se rió por lo bajo. Se volvió y salió de la caja para ir a buscar otra carga.

**16.16 h.**

El equipo de guardias de la sala VIP se había reducido considerablemente desde la última visita de Warne. Solo vio a dos: uno que vigilaba la entrada, el otro en el interior, junto a una columna de alabastro, con las manos a la espalda. La música que interpretaba el cuarteto de cuerda sonaba en la sala.

El guardia de la entrada miró la insignia que Warne llevaba en la solapa y los autorizó a entrar.

- ¿Qué venimos a hacer aquí? -preguntó Peccam mientras cruzaban el vestíbulo.

- No lo sé -respondió Warne-. Pregúntemelo de nuevo dentro de cinco minutos.

Pero en realidad sí lo sabía, o al menos eso esperaba.

Mientras en el exterior sonaba la música, el suave murmullo de las fuentes y la conversación de un puñado de personas sentadas en los sillones de cuero, oyó en su mente las palabras de Poole: «El transmisor de alta potencia que encontramos en la bolsa no puede enviar una señal a través de las paredes, necesita un campo visual despejado. En cuanto salgan del edificio, harán estallar las cargas. La cúpula caerá sobre el parque, y ellos aprovecharán la confusión para escapar».

Quizá Poole conseguiría encontrar las cargas a tiempo, desactivar todas las posibles para evitar el desplome de la cúpula. Pero no tenían la seguridad de que pudiera conseguirlo y eso significaba que solo quedaba una única alternativa: impedir que el camión blindado saliera del subterráneo de Utopía.

De nuevo, la voz de Poole sonó en su cabeza: «Tienen armas. Muchas armas. Los guardias de Utopía están desarmados».

Era verdad. Utopía no tenía armas para emplear contra el camión acorazado. Pero quizá, solo quizá, tenían otra cosa.

Warne abrió las puertas y siguió por el pasillo alfombra do, mientras intentaba recordar la disposición de las salas.

Las había visto de pasada, en medio de las prisas, y tenía que confiar en la suerte. «Creo que era esta», decidió y, sin molestarse en llamar, la abrió.

En la habitación, el hombre bajo y delgado llamado Smythe se volvió al oír que abrían la puerta. Tenía las gafas casi en la punta de la nariz; los cabellos, muy bien peinados cuando había hecho el viaje en el monorraíl durante la mañana, ahora estaban desordenados. Al parecer, llevaba rato paseándose para entretener la espera.

Se oyó un zumbido y algo se movió detrás de la mesa donde reposaba la cafetera. Un segundo después apareció Tuercas. Las cámaras gemelas que eran sus ojos enfocaron a su creador, y el robot se acercó rápidamente con un sonoro ladrido. Warne le palmeó la cabeza, aliviado al verlo allí, y dio gracias a Dios por haber encontrado también al hombre.

- Señor Smythe, soy Andrew Warne. ¿Me recuerda?

El hombre se acomodó las gafas y lo miró.

Ah, sí. Viajamos juntos en el monorraíl esta mañana, y después creo que nos volvimos a ver aquí. La señorita Boatwright lo llamó después de que… de que… -Se interrumpió.

- Así es -se apresuró a decir Warne-. Le presento a Ralph Peccam. Es uno de los técnicos de vídeo del departamento de seguridad y ha venido en representación de Bob Allocco, el hombre que estaba con la señorita Boatwright.

«Diez minutos -susurró una fría voz en su cabeza-. Dispones de diez minutos, quizá menos.» Toda esa charla cortés era un suplicio, pero vital. Para que esto funcionase, tenía que ganarse la confianza de Smythe.

- Señor Smythe, espero que me perdone, pero tenemos cierta prisa. Me pregunto si podría ayudarnos a hacer una cosa.

El hombre se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas con la punta de la corbata. Sin las gafas para protegerlos del mundo exterior, sus ojos azul claro parecían indefensos, sorprendidos.

- Por supuesto, si está en mi mano.

- Señor Smythe, ¿puede decirme que clase de fuegos de artificio tienen almacenados en el parque?

El pirotécnico continuó limpiando las gafas.

- Los habituales. La clase B.

- ¿Clase B?

- Por supuesto. Libro naranja clasificación uno punto tres. -Al ver que sus palabras habían sido insuficientes, añadió-: Es una de las clasificaciones de la ONU para materiales peligrosos. Uno punto tres. Proyectiles de alto riesgo. Solo para ser usados en exhibiciones, no aptos para el uso general. -Pareció sorprendido ante semejante muestra de ignorancia.

- ¿Hay muchos?

- ¿Muchos? ¿Se refiere a fuegos de artificio? Oh, sí. Piense que hay varios espectáculos pirotécnicos todas las tardes. Sobre todo hay cometas, lluvias de estrellas y…

- Ya veo. ¿Cuáles son los que estallan?

Smythe acabó de limpiar las gafas.

- ¿Estallan? -preguntó. Tenía el irritante hábito de repetir la última palabra de una pregunta-.Bueno, veamos. Todas las bengalas estallan, porque ese es su objetivo. -Comenzó a explicar las diferencias con el tono lento y paciente de alguien que habla con un niño pequeño-. Hay dos clases de pólvora negra; una que se utiliza para propulsar la bengala y otra que estalla.

- No, no -lo interrumpió Warne-. Quiero saber cuáles son las que estallan.

- ¿Estallan? Bueno, eso depende de lo que usted entienda por estallar. Tenemos cascadas y molinetes, que son aquellas que tienen movimiento. Estallan lateralmente, y después tenemos las cascadas multicolores que…

- ¡No! -Warne consiguió controlarse con un esfuerzo tremendo-. Quiero saber cuáles pueden ser destructivos como una bomba.

Smythe pareció sorprenderse. Se puso las gafas.

- Yo diría que todas lo son, o por lo menos la mayoría. Eso, claro está, si se utilizan incorrectamente. -Titubeó y miró a Warne con más atención-. Pero las que se utilizan en las exhibiciones a cielo abierto, las tracas, serían las más…

- Su voz se apagó.

- ¿Dónde las guardan? -preguntó Warne, que casi saltaba de impaciencia.

- En los depósitos del nivel C.

- ¿Tiene usted acceso?

- Naturalmente. Supervisé la instalación.

Warne miró a Peccam, que había seguido la conversación con una expresión cada vez más incrédula. Después miró de nuevo a Smythe.

- Escuche, necesitamos su ayuda. Sin usted no podemos hacer nada. Es algo relacionado con… con lo que usted encontró en la sala de los especialistas. ¿Podría llevarnos a los depósitos donde guardan el material pirotécnico?

Smythe vaciló, esta vez un poco más.

- Por favor, señor Smythe. Es cuestión de vida o muerte. Se lo explicaré sobre la marcha. No podemos perder ni un segundo más.

Por fin, Smythe asintió.

- Muy bien, en marcha -dijo Warne. Sujetó al experto de un brazo y casi lo arrastró hacia la puerta-. Lo más rápido que pueda, por favor. -Entonces se detuvo y miró atrás-. Tuercas, seguir.

Con un bocinazo de alegría, Tuercas siguió al grupo fuera de la habitación.

Mientras avanzaban a la carrera por el pasillo, Warne le daba vueltas al ecolocalizador del robot que llevaba en la muñeca.

**16.20 h.**

Angus Poole subió la escalera de dos en dos escalones, sujetándose con ambas manos a las balaustradas para darse impulso. Había pasado muchos años desde la última vez que había hecho marchas forzadas con el equipo completo, y ahora le faltaba el aliento. A su izquierda, la pared de la caja de la escalera se perdía en las alturas. A su derecha, al otro lado del cristal opaco que solo permitía la visión en un sentido, aparecían los verdes prados y los pabellones multicolores de Camelot, un fantástico tapiz de almenas, gallardetes y construcciones medievales. Poole no le prestó atención.

Había tardado más de lo previsto en encontrar el acceso a la escalera: primero había tenido que convencer a uno de los actores de Camelot y luego, con la ayuda de la tarjeta de Warne, conseguir que un guardia le permitiera pasar. Mientras subía, prefirió no pensar en los muchos minutos desperdiciados.

Tampoco quería pensar en lo descabellado que era todo aquello. La idea de que habían colocado explosivos para derrumbar la cúpula sobre el parque y matar a miles de personas parecía demasiado exagerada incluso para alguien como John Doe. Poole se preguntó si Sarah Boatwright habría entendido bien las palabras que había dicho Barksdale con la boca destrozada, o si se podía creer en Barksdale. Quizá no era más que el delirio de un moribundo o tal vez un plan para escapar, para conseguir que lo dejaran solo en el centro médico. Pero el instinto le decía otra cosa. Barksdale se había mostrado desesperado por hablar, se había ahogado con su propia sangre en sus esfuerzos para advertirle a la directora del parque lo que iba a suceder. Solo mover las mandíbulas aplastadas debía de haber sido un dolor terrible. No podía ser que estuviese mintiendo.

El pasillo se curvaba suavemente, Camelot desapareció de la vista, y vio que la escalera acababa en una puerta de hierro. Una muy fina línea de luz trazaba el contorno rectangular contra el marco oscuro. Un trabajador vestido con un mono marrón bajaba la escalera, con una bolsa de gran tamaño en una mano. Miró a Poole por un instante cuando se cruzaron. Poole le devolvió la mirada pero continuó subiendo; no era el momento para detenerse y jugar a las preguntas con un operario. Afortunadamente, no hubo ningún grito de advertencia, ninguna orden de que se detuviera, y Poole continuó subiendo los escalones de dos en dos, concentrado en la tarea que tenía por delante.

Si era verdad que habían colocado explosivos en la cúpula, ¿qué podía hacer en los pocos minutos que le quedaban? «Estás corriendo en la dirección equivocada, imbécil», le gritaba el instinto. Estos tipos eran profesionales, y lo que fuera que hubiesen colocado allí arriba no sería una bomba casera conectada a un reloj despertador. Era un trabajo para un equipo completo de artificieros con todos los medios necesarios y mucho tiempo por delante.

Entonces pensó en su prima y su familia -una familia de pesados sin duda, pero de todas maneras una familia- y las decenas de miles de visitantes que se encontraban en esos momentos en el parque, absolutamente ajenos a lo que ocurría, que paseaban y charlaban a la sombra de la enorme cúpula, y entonces apuró todavía más la carrera para llegar cuanto antes a la puerta.

Quizá no estuviese todo perdido. Esta no era una zona de guerra; probablemente solo contaban con uno o dos hombres para cargar los explosivos y el equipo; no habría elementos extra. Además, si había un transmisor, eso significaba que tendría que haber un receptor en alguna parte. Encontrarlo sería mucho más rápido y seguro que retirar unos cuantos detonadores con la esperanza de salvar la cúpula. El receptor tenía que estar en algún lugar de la parte trasera, de cara a la carretera de servicio. De eso no había ninguna duda. El técnico, Peccam, había dicho que el transmisor necesitaba un campo visual despejado.

Cuatro pasos más, dos, y llegó a la puerta. Por un terrible momento temió no poder franquearla, que tendría algún lector de manos como la puerta que le había abierto el actor después de mucho hablar, pero respiró más tranquilo al ver un simple pomo. Un buen puntapié bastó para reventar la cerradura y abrir la puerta.

Una luz cegadora y un calor infernal lo envolvieron en el acto. Poole vaciló por un momento, volvió la cabeza con los ojos cerrados. Se había habituado a la fresca penumbra de la escalera y el cambio era brutal. Dio un paso adelante, luego otro, mientras sus ojos y su cuerpo se acomodaban a las nuevas condiciones.

La escalera acababa en un pequeño cobertizo metálico, colocado como un juguete en lo alto de un inmenso y llano acantilado. La rala vegetación del desierto se aferraba a las fisuras y hondonadas que surcaban la extensión de piedra caliza. Las superficies rojizas parecían las terribles cicatrices de una batalla. Esta era la meseta que rodeaba la hoya que contenía a Utopía. Más allá, arqueada sobre la hoya, se elevaba la cúpula, el techo del parque, un armazón de acero y paneles de cristal que brillaba con el sol como las alas de una libélula.

Al verla, Poole se detuvo de nuevo. Era tan inmensa -la suave curva de la superficie tan precisa, tan absolutamente perfecta en relación con el accidentado terreno que la rodeaba- que parecía algo escapado de un sueño. Poole se obligó a desviar la mirada y observó el cielo para orientarse. Después, con un esfuerzo consciente, avanzó.

A medida que se acercaba a la cúpula, vio la red de pasarelas y escalerillas sujetas al armazón. No advirtió nada fuera de lugar, nada que fuese sospechoso, y a punto estuvo de soltar una exclamación de alivio. Quizá Barksdale se había equivocado, después de todo…

Entonces vio el cable detonador.

Lo habían colocado debajo de la pasarela más cercana, y seguía el trazado de su curva alrededor de la base de la cúpula.

Poole se acercó a la pasarela, se arrodilló y metió la mano para palparlo. Era el cable utilizado por los profesionales, delgado, ligero y absolutamente fiable. Resistió la tentación de cortarlo, seguro de que lo habían instalado de tal manera que cualquier manipulación provocaría un estallido prematuro.

Se levantó y, dominado por una sensación de desánimo, siguió el tendido del cable. Unos quince metros más adelante encontró la primera carga: una pequeña bola de explosivo plástico colocada en la base de una ménsula. En cualquier otro momento, habría admirado la sutil belleza del emplazamiento. No podía menos que aprobar la economía de material. El experto en demoliciones -porque Poole ya no dudaba que era un profesional- había optado por la minuciosidad y se había centrado en la precisión más que en la cantidad de explosivos.

Continuó con el recorrido a lo largo de la base de la cúpula, hacia la parte trasera del parque. Encontró otra carga, y otra más, todas colocadas en el punto óptimo para causar el máximo de daño estructural con una cantidad mínima de explosivos. Esto lo había hecho un hombre solo, dos como mucho. Era un trabajo hecho a conciencia, casi exagerada; aquí no había chapuzas, ningún fallo que se pudiese aprovechar.

La sensación de desánimo se acentuó.

Mientras corría, Poole no había dejado de mirar el cable detonador que serpenteaba debajo de la pasarela. Al llegar más adelante, siempre en la curva de la cúpula, vio una caja de control donde acababan los cables detonadores. «Quizá he dado con el receptor», pensó con nuevos ánimos.

De pronto distinguió un bulto en el fondo de una pequeña hondonada que tenía delante y se desvió para esquivarlo.

Luego se detuvo y retrocedió rápidamente para arrodillarse a su lado.

- Dios bendito -murmuró.

Era el cuerpo de un hombre: cuarentón, alto, vestido con el mono de los operarios de mantenimiento. Tenía las piernas recogidas, y algo que parecía un aparato electrónico enganchado al cinturón de herramientas. En la tela blanca del mono había una gran mancha de sangre. Poole tocó la tela: estaba rígida. Lo habían matado hacía varias horas.

Debajo de la pasarela, a menos de un metro y medio de donde yacía el cadáver, había otra carga cuidadosamente dispuesta. Poole se inclinó para verla mejor.

Advirtió un movimiento en su visión periférica. Los viejos reflejos casi olvidados entraron en acción, y Poole se tendió inmediatamente sobre las piedras junto al cadáver. Miró cautelosamente por encima del cuerpo que le servía de escudo.

En un primer momento no vio nada; la quebrada superficie de la meseta parecía desierta. Luego se repitió el movimiento. Era un hombre, que estaba fuera de la sombra proyectada por la cúpula. Se mantenía junto a la base y se movía lentamente. Desde donde Poole se encontraba, solo se veía la parte izquierda de su cuerpo. Vestía el mono marrón de los

operarios de infraestructuras, y Poole maldijo por lo bajo cuando se dio cuenta de que era el hombre con el que se había cruzado en la escalera. Había estado tan absorto en su problema que ni siquiera se le había ocurrido preguntarse qué hacía allí. Había supuesto que todos los hombres de John Doe se habían reagrupado para marcharse en el camión blindado. Un error. John Doe era un tipo concienzudo; había dejado a un vigía para controlarla ruta de escape hasta el último momento. Había olvidado los principios básicos que le habían enseñado: «Nunca presumas nada. Piensa. No des nada por sentado».

Inmóvil detrás del cadáver, vio cómo el hombre se detenía por un momento, miraba en derredor y luego continuaba avanzando. Por la manera de moverse del hombre, Poole comprendió que seguía un rastro, y no dudó ni por un momento de quién era el rastro.

El hombre se acercó a la línea de sombra. Un obstáculo hizo que se apartara de la cúpula. Su lado derecho quedó a la vista, y fue entonces cuando el sol arrancó un destello del cañón del fusil que empuñaba.

Poole maldijo de nuevo. Un arma de esa clase cambiaba todas las reglas del juego. Un encuentro uno contra uno era imposible con un francotirador. No tenía más alternativa que adoptar una postura defensiva, evitar que el francotirador aprovechara la ventaja de la distancia. Además, no había tiempo para juegos.

Solo podía hacer una cosa: pillarlo por sorpresa, esperar a que se acercara lo suficiente para que el fusil dejara de ser una ventaja.

Asomó de nuevo la cabeza: el francotirador se disponía a entrar en la zona de sombra de la cúpula. Sin perder ni un segundo, mientras aún tenía la ventaja de estar oculto, se apretó todo lo posible contra el cadáver. El hombre sabía que allí había un muerto; sin duda él era el responsable de la muerte del operario, y no se le ocurriría que pudiese haber un segundo cuerpo.

Poole metió la mano debajo de la chaqueta y sacó la pistola del pirata. Con un mínimo de movimientos comprobó que había un proyectil en la recámara. Después apoyó el brazo sobre el pecho y, oculto por el borde de la hondonada, esperó con el oído atento. Ya no podía depender de los ojos. El hombre estaba ahora en la zona de sombra y, si Poole levantaba la cabeza, advertiría el movimiento. Así que aguardó agazapado, atento al ruido de las pisadas. Las filosas aristas de las piedras se le clavaban en la espalda y le molestaba el perfume de la colonia barata del muerto. «Tú sí que eres listo, Poole -se dijo-. Ahora mismo podrías estar disfrutando de una cerveza en el Mar de la Tranquilidad. En cambio, estás acurrucado junto a un fiambre, y están a punto de volarte el trasero.»

Entonces percibió las pisadas. Eran cautelosas, medidas. Se detuvieron por un momento para reanudarse enseguida. Poco a poco se fueron acercando. Poole esperó, casi sin respirar. Cinco segundos. De pronto la sombra del hombre se proyectó sobre la hondonada.

En cuanto la cabeza del hombre apareció a la vista, Poole levantó la pistola y utilizó el brazo izquierdo como punto de apoyo.

- Quieto -dijo.

El hombre se detuvo bruscamente y luego bajó muy despacio el pie para apoyarlo en el suelo. Poole no se movió de donde estaba, con la pistola apuntada a la cabeza del hombre. Durante unos segundos se limitaron a mirarse el uno al otro.

- Un día bonito si no llueve -comentó Poole.

Si el hombre lo oyó, no se molestó en responder. Era corpulento, y el cabello corto le caía sobre las sienes y por la nuca en unas ondas muy prietas. Mantenía el fusil apartado del cuerpo y boca abajo.

Poole se movió con mucha cautela y se levantó, sin desviar la pistola del objetivo. Oyó el ruido de los pequeños guijarros que se desprendían de su chaqueta y chocaban contra el suelo. Dio un par de pasos hacia atrás con mucho cuidado para no tropezar. Después señaló el fusil con un ademán.

- Que yo sepa no son muchas las personas aficionadas a ese modelo de arma. ¿Estuvo en el ejército?

El hombre no abrió la boca.

- Yo estuve en la unidad expedicionaria noventa y seis de la infantería de marina -añadió Poole-. Al menos estuve hasta que se cansaron de mi compañía. La historia de mi vida.

Tampoco esta vez el hombre hizo comentario alguno. Continuó mirando a Poole con el rostro impasible.

Poole exhaló un suspiro.

- Vale. Si no es capaz de mantener una conversación educada, ¿qué le parece si deja caer el arma?

El hombre permaneció inmóvil, y después de un par de segundos Poole apuntó a las piernas del prisionero. Se habían acabado las amabilidades; le dispararía a la rodilla, incapacitaría a su oponente, y después le sacaría la información que necesitaba.

Esta vez, el hombre reaccionó de inmediato. Aflojó la mano derecha y dejó que el fusil cayera al suelo. Poole sonrió.

El hombre había leído correctamente su mirada: muy astuto.

- Un buen principio. Ahora, ponga las manos sobre la cabeza, separe los dedos y explíqueme cuál es la manera más rápida de desactivar las cargas que ha colocado.

Con una lentitud rayana en la insolencia, el hombre comenzó a alzar los brazos. Poole ya iba a decirle algo cuando vio que el brazo derecho se movía hacia atrás con la velocidad de una serpiente al ataque y desaparecía detrás de la espalda.

Poole levantó el arma y disparó. No sonó un estampido sino solo un chasquido, y para el momento en que Poole reaccionó y movió el cerrojo para reemplazar el proyectil, la mano del hombre ya había reaparecido con una pistola calibre 45. Vio el fogonazo e inmediatamente sintió que algo, con la misma fuerza de la coz de un caballo, lo golpeaba por debajo de las costillas. Disparó cuando caía de espaldas, y le pareció que la curva negra de la cúpula y el cielo azul giraban a su alrededor antes de que el golpe contra las rocas le hiciera soltar todo el aire de los pulmones y que el mundo se sumiera en la más total oscuridad.

**16.20 h.**

En la pesada puerta de acero había un cartel que decía: «Área de máxima seguridad: solo personal autorizado». Warne se situó a un lado para vigilar el pasillo mientras Smythe marcaba un código en el teclado, pasaba su tarjeta de identificación por el lector

magnético y luego apoyaba una mano en la pantalla del escáner. Se oyó un sonoro chasquido y se abrió la puerta. Una corriente de aire frío y seco escapó del recinto.

Warne vio que el marco de la puerta estaba forrado con una cubierta de caucho.

- Esto parece abandonado -dijo Warne.

Comprendió que el comentario era una tontería, pero necesitaba decir algo, cualquier cosa. Había eludido casi todas las preguntas de Smythe y se había limitado a repetir que el parque estaba amenazado por un peligro muy grave y que Smythe era el único que podía ayudarlos. Era mejor llenar el silencio con tonterías que enfrentarse a más preguntas. Peccam esperaba. Poco a poco la expresión de incredulidad había ido desapareciendo de su rostro.

- Toda el área permanece cerrada mientras el camión blindado está en el edificio -respondió Smythe-. Solo los especialistas o el personal con un nivel de seguridad dos o superior tienen acceso. -Entró en el almacén, con Warne y Peccam pegados a los talones.

El almacén era muy grande y, al estar casi vacío, a Warne le recordó a un gimnasio. Unas alfombrillas de goma negra cubrían el suelo, y en las paredes solo había carteles de advertencia: «Prohibidas las prendas sintéticas. Minimice la piel expuesta. Cumpla con la APA 87-1». En el centro de la sala, separados entre sí por una distancia de unos seis metros, había una hilera de contenedores metálicos. Eran todos iguales, de unos dos metros de altura por casi cinco de largo, y todos estaban cerrados con candados y atornillados a una plataforma de hormigón que cruzaba todo el recinto. Junto a cada uno había un pequeño recipiente de plástico verde con un cartel escrito en letras negras que decía: «Residuos peligrosos».

- ¿Esos son los contenedores donde los guardan? -preguntó Warne señalándolos.

- Efectivamente. Como puede ver, están separados por la distancia señalada por las normas de Seguridad federales. En realidad, todo aquí cumple las normas en vigor o incluso las supera. Excepto por una cosa. -Caminó hasta una puerta en el lado opuesto del depósito y giró el pomo-. ¿Lo ve? -dijo con el entrecejo fruncido-. Cerrada.

¿Qué importancia tiene?

- Tiene una cerradura electrónica. Una medida de seguridad mientras cargan el camión blindado. Es una flagrante violación de las normas de salidas múltiples. Me he quejado en repetidas ocasiones, pero siempre me contestan que es solo durante diez minutos, una vez a la semana. Cuando cierran la cámara acorazada y el camión se pone en marcha, se abre la cerradura. Así y todo, es una violación. -De pronto, Smythe miró a Warne como si se le acabase de ocurrir una idea-. Quizá usted pueda pedir a las personas indicadas que respeten la norma.

«Así que el camión todavía está aquí», pensó Warne. Se dirigió a Smythe y le rogó con un tono apremiante:

- Por favor, dígame cuáles son los depósitos donde guardan…

- Las bengalas más potentes -dijo el experto, que acabó la frase por él.

Warne asintió. Smythe frunció los labios en un gesto de reproche, pero llevó a los dos hombres hacia la hilera de contenedores. Tuercas los siguió, a una velocidad menor de la habitual, mientras movía las cámaras para trazar un plano del lugar.

Smythe se detuvo delante del cuarto contenedor y sacó las llaves del bolsillo. Había un felpudo en el suelo, un interruptor blindado en la puerta y un cartel naranja que decía «Explosivo 1.3 g».

Smythe quitó el candado, encendió la luz y, tras abrir la pesada puerta metálica, entró en el contenedor. Warne lo siguió. Había un higrómetro en el suelo y varias tiras de mechas colgadas del techo. Unas estanterías de madera ocupaban los dos costados. En los estantes descansaban docenas de cajas de cartón marcadas con etiquetas idénticas: «Bengalas UN 0771. Manipular con cuidado. Mantener apartado del fuego». En el lateral de cada caja habían escrito con rotulador negro una larga serie de números. Al fondo del contenedor, Warne vio una gran cantidad de tubos que parecían estar hechos de cartón pintado de negro. La boca de los tubos estaba cerrada con una tapa de color, según un código cromático que indicaba la longitud de los tubos.

Smythe se acercó a una de las estanterías y fue leyendo los números de serie escritos en las cajas hasta dar con la que buscaba. La sacó de la estantería, la depositó en el suelo y la abrió con mucho cuidado. En el interior, sellados en bolsas de plástico individuales, había varios paquetes esféricos.

- Estas son las bengalas para exteriores -explicó el experto-. Para los espectáculos que se ofrecen cuando cierra el parque, por encima de la cúpula. -Cogió uno de los paquetes y con mucha precaución lo sacó de la bolsa. Sosteniéndolo a la luz, lo hizo girar en sus manos, como si buscara alguna rotura en el envoltorio de papel. Luego se lo entregó a Warne.

Era muy pesado. Mientras lo sopesaba, Warne vio que tenía una mecha de papel retorcido sujeta con un cordel blanco. Había varias etiquetas pegadas en el envoltorio. Una de ellas decía: «Atención: muy peligroso. Solo para uso profesional».

- Es un sauce dorado -dijo Smythe-. No es muy brillante, pero sí que alcanza una gran altura antes del estallido, aproximadamente unos trescientos metros, y es muy espectacular. Lleva una gran carga impulsora de pólvora negra y se dispara con un mortero de veinticinco centímetros.

Warne se apresuró a devolverlo. Smythe lo dejó en el suelo junto a la caja y después se adentró en el contenedor.

- Aquí tenemos los dobles crisantemos, unas bengalas muy grandes que se utilizan combinadas con otras en el gran final. -Se volvió hacia las estanterías opuestas y señaló las cajas-. Estos son los dragones de plata, que tienen una carga de aluminio o magnesio. El magnesio en particular es muy brillante y arde con una temperatura muy alta. Es el acompañamiento perfecto para las tracas.

- Tracas -repitió Warne-~. Las mencionó antes.

Smythe se quitó las gafas y las limpió. Después les indicó con un gesto que lo siguieran. Salió del contenedor y caminó a lo largo de la hilera. Se detuvo delante de otro de los contenedores, quitó el candado, y entraron. Tuercas se quedó junto a la puerta, y comenzó a moverse atrás y adelante mientras emitía un zumbido electrónico.

Las paredes del contenedor estaban forradas con paneles de madera. Aquí no había estanterías, sino hileras de cajas metálicas, idénticas a las de munición, apiladas en el suelo de dos en fondo.

- Tracas -dijo Smythe, al tiempo que abría una de las cajas-. Solo contienen pólvora. Nada de luces ni estrellas: solo un terrible estruendo. Muy brutal y potente. Son las favoritas de los pirotécnicos españoles.

- Pólvora. -Warne miró los paquetes cilíndricos guardados en la caja-. Solo pólvora.

- Así es.

En aquel momento, se escuchó un pitido.

- Es el aviso de la cámara -les explicó Smythe-. Eso significa que se ha cerrado la cámara acorazada y que la salida de emergencia esta abierta. Si no me equivoco, dentro de un par de minutos oiremos el aviso de todo despejado. En cuanto el camión blindado haya salido del subterráneo.

- ¿Salido? -exclamó Warne. Señaló la caja-. Vamos a tener que pedirle prestadas unas cuantas de estas.

El experto lo miró, desconcertado.

- ¿Cómo ha dicho?

- También algunos de los proyectiles del otro contenedor. Los sauces dorados, los morteros.

- ¿Prestadas? -repitió Smythe.

- ¡Vamos, hombre! ¡Muévase!

Smythe cogió unas cuantas tracas, salió del contenedor y se dirigió al primero.

- ¿Cuánto tiempo nos queda antes de que se marche el camión blindado? -le preguntó Warne a Peccam.

- La verdad es que no lo sé. No mucho. Si ya han cerrado la cámara acorazada, eso significa que el camión ya está en el camino de salida.

- ¡Mierda! -Por un momento, Warne se dejó llevar por la desesperación-. Escuche, usted sabe lo que pretendo hacer, ¿no?

- Eso creo -respondió Peccam.

- ¿Está de acuerdo en que no tenemos otra alternativa?

Peccam asintió lentamente.

- Tengo que ir con Smythe, conseguir que me dé lo que necesito. Quizá todavía tengamos tiempo, esperemos que así sea. Mientras tanto, hay algo que necesito que haga. -Se desabrochó el ecolocalizador de la muñeca-. Este es el emisor de la señal que sigue Tuercas. -Se lo dio a Peccam-. Si se lo ordenó, lo seguirá dondequiera que esté.

El técnico cogió el ecolocalizador con cautela, casi como si Warne le hubiese dado uno de los explosivos. Tuercas, que esperaba junto al contenedor, observaba la transferencia con gran interés.

- ¿Sabe que hacer con él?

Peccam asintió de nuevo.

- Entonces adelante. Corra. No se arriesgue más de lo necesario. Haré que Smythe me diga dónde colocarme. Si es que todavía hay tiempo, si no es demasiado tarde, nos veremos allí.

El técnico asintió en silencio. La expresión en su rostro pálido era grave pero decidida. Se volvió y, sin decir palabra, corrió hacia la puerta de emergencia. Warne salió del contenedor.

- Vamos, chico -le dijo a Tuercas con un tono cariñoso.

Consultó su reloj. Eran las cuatro y veinte.

**16.24 h.**

La última bolsa cargada con los fajos de billetes ya estaba guardada en los cofres del camión blindado; habían acabado la lista de verificaciones y comprobado el monto transferido. Con una gran sonrisa, Earl Crowe agitó una mano para despedirse de los hombres de la sala de control. Verne le devolvió el saludo. Crowe subió al camión por el lado del pasajero y cerró la puerta. Verne tecleó las órdenes, y la enorme puerta de acero se movió para volver a la posición original. Quedaba así abierto el pasillo mientras que la cámara de transferencia y la cámara acorazada, ya vacía, se cerraban. El pitido que avisaba del final de la operación quedó ahogado por el ruido del motor.

Con un último gesto de despedida, el conductor puso el camión en marcha y avanzó lentamente por el pasillo de acceso. Unos cincuenta metros más adelante, más allá de la suave curva del pasillo, había un cruce, y a otros cincuenta, el último puesto de vigilancia. Después llegarían al aparcamiento, a la carretera de servicio que llevaba desde la meseta hasta la autopista 95, y a un número infinito de posibilidades.

Pero el camión no continuó su viaje por el pasillo. No había recorrido más que unos pocos metros cuando aminoró la marcha y avanzó muy despacio hasta situarse en un punto donde tapaba el campo visual de dos cámaras de seguridad, y entonces se detuvo.

Casi en el acto, se abrió una puerta en la pared. Golpeó suavemente contra la caja del camión, y se abrió la puerta lateral del vehículo.

John Doe fue el primero en aparecer. Miró a ambos lados, se arregló la chaqueta, subió los escalones y entró en el camión. De inmediato lo siguió otra figura. Era Béisbol, vestido con la misma cazadora de cuero que había llevado por la mañana en su encuentro con Tom Tibbald en la furgoneta. También él miró en ambas direcciones con sus ojos almendrados antes de desaparecer en el interior del camión. El último en aparecer fue el joven pirata informático, Cascanueces. Tenía el rostro amoratado y cortes que sangraban en los nudillos de una mano, como si se los hubiese cortado con un objeto filoso o unos dientes. Cargaba con una bolsa que arrojó al interior del camión antes de cerrar la puerta y reunirse con los demás.

John Doe pasó junto a Earl Crowe para entrar en la caja. Crowe lo miró mientras John Doe abría uno de los cofres, observaba el contenido y luego pasaba las manos por los fajos de billetes que llenaban los estantes.

- Como dijo George Bernard Shaw -Comentó John Doe, mientras cerraba el cofre-, la falta de dinero es la fuente de todos los males. Creo que esto nos ayudará a que seamos unos chicos muy buenos durante mucho, mucho tiempo.

- ¿Tienes los discos? -preguntó Crowe.

John Doe asintió, al tiempo que daba una palmada en el bolsillo de la chaqueta con una expresión distraída.

- Búfalo de Agua no se presentó en el punto de reunión. ¿Se ha comunicado?

El conductor, Heladero, sacudió la cabeza. Escuchó una llamada en los auriculares y apretó la tecla del micrófono.

- AAS Nueve Eco Bravo, adelante.

- Nueve Eco Bravo, aquí Utopía Central. Vemos que se ha detenido en el pasillo. Ha sonado el aviso de la cámara acorazada, y estamos esperando para dar la señal de todo despejado. Informe el motivo de la demora. Cambio.

- Utopía Central, nada importante. Se ha calado el motor. Creo que se ha tapado la toma de aire. Estamos intentando destaparla. Cambio.

- Nueve Eco Bravo, comprendido. Si persiste el problema, tendrá que intentar repararlo en el exterior. Repito, en el exterior.

- Utopía Central, no es nada importante. Nos pondremos en marcha dentro de unos segundos.

Heladero apagó la radio y miró por el espejo retrovisor.

- He controlado las comunicaciones internas de seguridad -dijo-. La noticia de lo sucedido en la Estación Omega ha llegado al nivel C. Los nativos comienzan a inquietarse.

- No tiene importancia -afirmó John Doe-. Le daremos a Búfalo de Agua un par de minutos más. Después nos iremos.

- ¿Quieres que baje y abra el capó? -preguntó Crowe.

John Doe sacudió la cabeza.

- No es necesario. Las cámaras están neutralizadas, ¿no?

El conductor miró a través del cristal blindado del parabrisas, después por el espejo retrovisor y por último por el espejo colocado en el guardabarros.

- Afirmativo -respondió. Después se dedicó de nuevo a escuchar las conversaciones de los guardias de Utopía.

Así fue como no vio al hombre -en realidad, poco más que un muchacho, pecoso, asustado, con los ojos llorosos y la nariz casi tan roja como sus cabellos- que salió sigilosamente por una puerta de emergencia situada detrás del vehículo y sujetó algo que parecía un reloj de pulsera muy grande en la parte interior del parachoques trasero, antes de marcharse con el mismo sigilo por donde había venido.

**16.24 h.**

Warne avanzó por el pasillo a la mayor velocidad que le permitía la prudencia. Debajo de un brazo llevaba media docena de morteros, unos tubos negros con números en los extremos que indicaban la capacidad de carga. Debajo del otro cargaba una variedad de proyectiles envueltos en bolsas de plástico. Los tenía bien sujetos. Smythe le había advertido, con muchos detalles a cuál más desagradable, lo que podía suceder si alguno de los paquetes se le caía y golpeaba violentamente contra el suelo.

Detrás lo seguía el experto, con una brazada de las voluminosas tracas y varias cosas más que Warne no sabía qué eran. Tuercas cerraba la marcha. No avanzaba con la rapidez

habitual, porque se lo impedían las cuatro pesadas cargas sujetas a su aparato locomotor, y arrastraba cuatro largas mechas de papel retorcido como la cola de un vestido.

El pasillo se hallaba desierto. Warne se fijó vagamente en que las puertas que daban al pasillo -correspondientes a almacenes donde se guardaban equipos y material de trabajo, y a una subestación de filtrado de agua- eran lugares poco visitados y, por lo tanto, el cierre del pasillo durante la recogida de la recaudación semanal no los afectaba. Como ya había sonado el aviso de que la cámara acorazada estaba cerrada, habían accedido a la zona restringida gracias el pase de Smythe.

Pero el personal no podría utilizar el pasillo hasta que sonase la señal de todo despejado.

- ¿Está seguro de que es por aquí? -preguntó Warne por encima del hombro.

Smythe, que jadeaba a más no poder y tenía problemas para sujetar la carga, no le respondió. Warne volvió la cabeza para mirarlo. En el rostro del experto se reflejaban varias emociones, entre las que destacaba la preocupación. Se preguntó que habría hecho el hombre de haberle explicado el plan en detalle. ¿Habría aceptado que era la única alternativa o se habría negado en redondo?

Mientras corrían, el olor comenzó a notarse en el aire frío e inodoro del subterráneo; el hedor de los humos de un motor Diesel. «¿Hemos llegado tarde?», se preguntó Warne con un súbito espasmo de ansiedad. Ya hacía rato que debería haber sonado el aviso de todo despejado. Sin duda, John Doe y sus muchachos tendrían prisa por marcharse. Si ya se habían hecho con el dinero, ¿qué sentido tenía que siguieran allí?

Entonces oyó algo por encima del rumor de sus pisadas: el ruido de un motor al ralentí. Era un sonido sordo, que estaba fuera de lugar en estos pasillos de cemento. Entonces recordó lo que Amanda Freeman le había dicho a su llegada al parque: «El único vehículo no eléctrico autorizado es el camión blindado que hace la recogida semanal».

Warne acortó el paso. Delante, el pasillo acababa en otro más ancho que lo atravesaba perpendicularmente. A la izquierda, Warne vio, o creyó ver, la luz del sol que iluminaba las paredes.

Se volvió hacia Smythe y señaló sin decir palabra. El experto asintió. Habían llegado al pasillo de acceso.

Warne continuó avanzando hacia la intersección a paso lento. El ruido del motor llegaba por el lado derecho del pasillo. Eso significaba que el camión blindado pasaría directamente por su campo visual para salir del subterráneo.

Se sintió dominado por emociones contrapuestas. Una era de alivio: contra toda esperanza, habían llegado a tiempo. Otra era el miedo puro y duro, y una tercera: ¿qué estaba haciendo allí, él que solo era un teórico rebelde de simposios y laboratorios? En ese mismo instante tendría que estar ocupándose de salvar una carrera que se hundía, dedicado a escribir artículos para las revistas científicas o a investigar en su laboratorio. ¿Por qué, entre tantos otros lugares, estaba allí?

Ya se había planteado antes la misma pregunta, y la respuesta también fue la misma. No tendría que estar allí. Pero no había nadie más. El era el único que tenía alguna probabilidad de evitar que estos hombres hicieran volar la cúpula, y para lograrlo, necesitaba impedir que salieran del subterráneo.

Se detuvo a poco más de treinta metros de la intersección. Se arrodilló y con manos temblorosas dejó los morteros en el suelo. Tuercas se había detenido un poco más atrás. Le costaba hacer su movimiento de vaivén habitual. Al parecer aún no había encontrado la

manera de acomodar los movimientos al peso añadido de los cuatro grandes paquetes de pólvora negra atados en la caja que era su cuerpo, si hubiese podido mostrarse desconsolado, lo habría hecho. Warne dejó las cargas junto a los morteros.

- ¿Qué viene después? -le preguntó a Smythe con la mayor calma posible.

El experto acabó de acomodar su carga en el suelo con toda parsimonia.

- Verá, si los disparos se hacen manualmente, primero tiene que hincar los morteros y comprobar que ninguno de los proyectiles pierda pólvora. Si hay algún cordel roto o suelto tendrá que repararlo para que la mecha esté bien atada al final de la bengala.

Warne escuchaba con las mandíbulas prietas para no gritar. El hedor del escape, el rumor del motor del camión invisible parecían ir en aumento. Así y todo comprendió que no podía hacer nada: Smythe necesitaba explicarse.

- ¿Cómo se apunta? -preguntó.

Smythe lo miró. Se acarició el fino bigote.

- ¿Qué ha preguntado?

- ¿Cómo se apunta con el mortero? Si se quiere disparar horizontal y no verticalmente.

- Eso no se hace. -Smythe lo miró con desconcierto, como si acabaran de proponerle algo descabellado-. Estos proyectiles tienen una carga propulsora que puede elevarlos a una altura de centenares de metros. Equivale a varios cartuchos de dinamita. Ningún inspector lo permitiría. El riesgo que representaría dada la…

- Señor Smythe -lo interrumpió Warne-, nos enfrentamos a una situación que no es en absoluto normal. Solo dígame cómo se hace.

Smythe dejó de acariciarse el bigote, pero la expresión de sorpresa se mantuvo en su rostro.

- Supongo que el procedimiento es el mismo que en un disparo vertical. Se carga la bengala en el mortero y se comprueba que se desliza libremente y que descansa en la base. Luego tendría… -Smythe se interrumpió, y una expresión desabrida apareció en su rostro-. Tendría que poner el mortero apoyado sobre un lado, aunque no del todo horizontal, por supuesto. Eso haría… -Sacudió la cabeza y frunció los labios.

- Ya lo veo. -Warne señaló uno de los proyectiles más grandes-, Por favor, hágame una demostración con aquel, el… el…

- Sauce dorado.

- Sí, el sauce dorado.

Smythe quitó con cuidado la bolsa de plástico, verificó que la pesada carga propulsora estuviese bien sujeta a la base, quitó la sujeción de la mecha y la desenrolló. Luego sostuvo el proyectil por la mecha y lo introdujo suavemente en uno de los morteros grandes. Lo bajó y subió un par de veces. Satisfecho con el encaje, deslizó el proyectil hasta el fondo y sujetó el extremo de la mecha. Después cogió uno de los morteros pequeños, lo colocó en posición vertical y, con mucha lentitud, bajó el mortero cargado hasta apoyarlo con una leve inclinación en el mortero vertical.

- Muy bien -dijo Warne-. Ahora, ¿cómo se enciende?

- ¿Encenderlo?

Warne asintió. El rugido del motor sonó estrepitosamente cuando el conductor lo aceleró en vacío.

- ¿Por qué quiere saberlo?

- Porque voy a dispararlo, señor Smythe.

El experto lo miró, boquiabierto.

- ¿Dispararlo? ¿Por qué?

Solo había tiempo para una breve explicación o una amenaza. Warne optó por lo primero.

- Porque unos hombres muy peligrosos están a punto de aparecer por ese pasillo. En un camión blindado. Si los dejamos escapar, volarán la cúpula de Utopía. Destruirán el parque. No permitiremos que se escapen.

Detrás de ellos, se abrió una puerta de servicio y apareció Peccam. Miró en ambas direcciones y después se acercó. Tenía manchas de polvo en las rodillas y una expresión de angustia en los ojos. Smythe no hizo caso del joven.

- ¿Va a disparar un sauce dorado aquí?

- Si es necesario, señor Smythe. El sauce dorado y el otro, el doble crisantemo, si hace falta. Pero primero utilizaré a Tuercas, que, como ve, lleva una buena carga de pólvora. Lo enviaré contra el camión.

Por un momento pareció que al experto se le saltarían los ojos de las órbitas.

- ¿Quiere decir…? -comenzó-. ¿Quiere decir que esto podría ser peligroso?

Warne guardó silencio. La expresión de asombro e incredulidad en el rostro del pirotécnico era absolutamente ridícula. Quizá el hombre se había estado engañando con la idea de que todo aquello no era más que un simulacro de emergencia o que se trataba de alguna prueba encubierta ordenada por la dirección del parque. Pese al ritmo alocado de su corazón, al apestoso olor del humo que arrastraban los extractores y al ruido del motor, que se aproximaba, Warne se echó a reír. Se rió hasta que el eco de las carcajadas en las paredes del pasillo apagó incluso el ruido del motor. Luego, cuando dejó de reír, se oyó un sollozo.

- Sí, señor Smythe -respondió, mientras se llevaba una mano a los ojos-. Creo que puede ser peligroso.

Peccam se acercó por detrás de Smythe.

- Solo muéstrele cómo se encienden antes de salir corriendo -dijo Peccam.

Smythe miró a Peccam y de nuevo a Warne. Asintió varias veces, sin decir palabra, se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas con el faldón de la camisa.

- ¿Está bien? -le preguntó Warne a Peccam-. ¿Colocó el ecolocalizador?

El técnico asintió.

- Muy bien. -Warne se acercó a Tuercas, levantó una tapa y apretó una serie de interruptores en el panel de mando. Después se apartó-. ¿Ve estos botones en la carcasa? Cuando le dé la señal, apriete el segundo de la izquierda. Normalmente esta programado para seguir a su modelo, que soy yo. Pero acabo de modificar las cosas de forma tal que al apretar el botón se saltará el programa y seguirá la señal del ecolocalizador. Las cargas explosivas que lleva a la espalda son las que detendrán al camión blindado; utilizaremos los fuegos de artificio para impedir que nadie salga del vehículo.

¿Entendido? Por lo tanto, cuando el ca… -Se interrumpió al ver la expresión de Peccam-. ¿Qué pasa?

Peccam le señaló la intersección.

- El camión blindado no tardará más de dos segundos en pasar por nuestro campo visual. ¿Cómo piensa hacer todo esto en tan poco tiempo?

Warne lo miró, desconsolado. En el frenesí del momento, se había olvidado de algo crucial.

- Pues tendremos que encontrar la manera de detenerlo.

Hacer que frene por un momento cuando llegue a la intersección.

Se dio cuenta de que pedía un imposible. Recordó las palabras de Poole: «No pienso arrojarme delante de un camión blindado con la ilusión de que frenará». Tenía toda la razón.

No había manera…

Entonces, de pronto, recordó otra cosa.

- Quédese aquí -le dijo a Smythe. Después se dirigió a Peccam-. Venga conmigo.

Warne echó a correr por el pasillo, con Peccam pegado a los talones. Se detuvo delante de una de las puertas que había visto al pasar: «Almacén de equipos holográficos y vídeo».

Intentó abrirla. Estaba cerrada. Peccam pasó su tarjeta por el lector y la puerta se abrió. Warne entró, encendió las luces y comenzó a mirar frenéticamente a uno y otro lado. «Nos han llevado ventaja todo el día -pensó-. A ver si, aunque solo sea por esta vez, tenemos una oportunidad.»

Allí estaba: el cilindro negro que había ido a buscar. Descansaba en un rincón, entre otros dos iguales: una unidad holográfica portátil, como la que Terri le había mostrado en su laboratorio por la mañana.

Cruzó el almacén y comenzó a empujar la unidad, que tenía ruedas. Peccam lo miraba hacer con una expresión de curiosidad, pero esta cambió bruscamente cuando comprendió las intenciones de Warne.

- ¿Nos queda tiempo? -preguntó.

Warne se detuvo a escuchar. El ruido del motor era más débil allí, pero oyó que continuaba funcionando al ralentí.

- Tenemos que intentarlo.

- Si el camión se pone en marcha antes de…

Warne levantó una mano para hacerlo callar.

- Una cosa a la vez. Vamos.

Empujó el cilindro lo más rápido que pudo fuera del almacén y se dirigió de nuevo a la intersección.

**16.25 h.**

Terri se paseaba como una fiera enjaulada en el pequeño vestíbulo de las dependencias de seguridad. Se dio cuenta de que, inconscientemente, abría y cerraba los puños. Se obligó a contenerse. ¿Dónde estaba Andrew? ¿Qué era lo que ocurría? La espera, la incertidumbre,

era una tortura. Miró más allá de la mesa de la recepción, hacia la puerta que daba a los pasillos del nivel C. El médico la había dejado abierta de par en par cuando unos pocos minutos antes había aparecido a la carrera. De nuevo apretó los puños. Miró a Georgia, que se movía inquieta en la silla de ruedas.

Un minuto antes, quizá dos, había comenzado el llanto, sonaba débil, apagado por la distancia. A Terri le costaba imaginar que la directora de operaciones del parque fuese capaz de llorar por alguien, pero sabía que únicamente podía ser Sarah. Su inquietud fue en aumento y aceleró el paso.

Oyó que algo se movía detrás de ella y se volvió. Era Georgia, que se había levantado y se apoyaba en la silla. La niña parpadeaba con una expresión de desconcierto. «Todavía está atontada», pensó Terri, aunque no sabía si era por los efectos del sedante o por los acontecimientos del día.

Georgia dio un paso, después otro, caminaba hacia la puerta, hacia el sonido. Terri apoyó una mano en el brazo de la niña.

- ¿Adónde vas, Georgia?

- Voy a buscar a papa. Me pareció oír su voz.

- Tu papa no está aquí.

Georgia la miró por primera vez. Su mirada era cada vez más clara, volvía a la realidad.

- ¿Dónde está?

Terri se humedeció los labios.

- No estoy muy segura. Tuvo que ir a ocuparse de un asunto.

Georgia parpadeó sin dejar de mirarla.

- Dejó un mensaje para ti. Dijo que no tardaría en volver y que hasta entonces debemos cuidar una de la otra.

De pronto la voz de Sarah se oyó con toda claridad.

- Freddy, no puedes dejarnos. ¿Me escuchas? Aguanta, Freddy. Por favor.

Georgia levantó la cabeza, súbitamente alerta.

- ¿Quién es? -preguntó.

Terri permaneció en silencio mientras se reanudaba el llanto.

- Sonó como la voz de Sarah -afirmó Georgia-. ¿Es Sarah? ¿Qué pasa?

Terri titubeó. «¿Qué puedo decirle?» No tenía idea de cómo habría respondido Warne, qué habría querido que ella dijese. «Si yo estuviese en su lugar, querría que me dijeran la verdad.» Con una ligera presión en el brazo, hizo que Georgia se volviera hacia ella.

- ¿Recuerdas la reunión de esta mañana?

Georgia asintió. Terri le sujetó el otro brazo.

- ¿Recuerdas al hombre que hablaba con acento extranjero?

Georgia asintió de nuevo.

- Le han hecho daño, mucho. Sarah está muy preocupada. Intenta hacer lo posible por cuidarlo.

- ¿No tendríamos que ayudarlos?

- Creo que ahora mismo Sarah necesita estar a solas con él. Es muy amable de tu parte ofrecerte. Sé que te lo agradecerá.

Desde el fondo de las dependencias, llegó el sonido de unos sollozos desgarradores, inconsolables. Georgia escuchó durante unos segundos. Luego se volvió para mirar a Terri, con una expresión que Terri no alcanzó a comprender del todo, y después agachó la cabeza.

Hasta ese momento, Georgia se había comportado con un notable estoicismo, incluso durante el espantoso episodio en el cuarto de la lavandería. Pero súbitamente la expresión en su hermoso rostro reflejó el sufrimiento interior. Le temblaban los labios, las lágrimas asomaron a sus ojos.

En un gesto instintivo, Terri abrazó a la niña de la misma manera que Warne había hecho con ella, en este mismo lugar, unos minutos antes. Entonces, bruscamente, Georgia se echó a llorar. Fue como si un dique hubiese cedido ante una presión insoportable. Durante un minuto, quizá dos, Terri la dejó llorar, sin hacer más que acariciarle los cabellos.

- Los adultos no lloran -afirmó la niña cuando se calmó un poco.

- Claro que los adultos también lloran -replicó Terri, sin dejar de acariciarle los cabellos-. ¿No has visto nunca llorar a tu papa?

- Una vez -respondió Georgia entre sollozos.

En el vestíbulo se hizo el silencio. Los únicos sonidos eran los sollozos de Georgia y el llanto de Sarah.

- ¿Tienes hermanas? -preguntó Georgia.

La pregunta era tan sorprendente que, por un momento, Terri dejó de acariciarle los cabellos.

- No -contestó la joven-. Soy hija única. No es algo muy común en un país católico como Filipinas.

- Siempre he querido tener una hermana -murmuró Georgia.

La única respuesta de Terri fue acariciarle de nuevo los cabellos.

- ¿Qué dijo papá que debíamos hacer? -preguntó Georgia.

- Dijo que debíamos quedarnos aquí, que debíamos cuidar la una de la otra. Proteger a Sarah. Montar guardia.

Georgia se apartó.

- ¿Montar guardia? -El miedo apareció en sus ojos con una rapidez sorprendente-. ¿Crees que volverá el hombre con el arma?

Terri la abrazó de nuevo.

- No, cariño, no lo creo. Pero así y todo debemos montar guardia.

Georgia rebulló entre los brazos de la muchacha.

- ¿No Crees que deberíamos cerrar la puerta? -preguntó la niña.

Terri miró a través de la antesala. En su aturdimiento, se había olvidado de que el médico había dejado abierta la entrada principal.

- Sabes, creo que es una buena idea.

Se separó de Georgia suavemente y cruzó la antesala.

- Quizá… quizá también tendrías que echar el cerrojo.

Terri caminó por el resplandeciente suelo de mosaicos de la antesala y asomó cautelosamente la cabeza para mirar a ambos lados del pasillo. Estaba desierto. En la distancia se oía el sonido de una alarma. Cerró la puerta, echó el cerrojo y comprobó que estuviese bien cerrada.

Ya no se oía el llanto, y, mientras iba a reunirse de nuevo con Georgia, un manto de silencio se extendió por las dependencias de seguridad.

**16.25 h.**

Un océano profundamente azul, del más puro azul, salpicado solo por algunas manchas de blanco. En absoluta calma, el distante sonido de la marea que bajaba y subía en una eterna monodia, aquella playa perfecta que todo soñador sabe que está en las antípodas de la tierra, y que sería nuestra si pudiésemos encontrarla.

Entonces Poole fijó la mirada y la ilusión se esfumó.

Por un momento, lamentó perderla. No había ningún océano; solo la cúpula azul y negra de Utopía, con los vértices resplandecientes bajo el sol de la tarde. El rumor de la marea era el de la sangre en los oídos. No había ninguna playa de arena blanca; solo los ásperos cantos de las piedras que se le clavaban en el cuello v la espalda. También lo torturaba una opresión en las sienes, pero lo peor de todo era lo que parecía ser un hierro al rojo clavado en las entrañas.

Fue entonces cuando lo recordó todo, y en una reacción instintiva intentó sentarse.

El dolor en el abdomen fue como el de una lanza de fuego. Soltó un gemido y renunció al intento.

Había caído en la trampa como un imbécil. Un arma oculta detrás de la espalda era el truco más viejo del mundo. Él mismo lo había utilizado en más de una ocasión. Ya estaba demasiado viejo para estos juegos.

Pero no había tiempo para quedarse tumbado y lamentarse.

Poole se irguió de nuevo y avanzó a gatas por la hondonada hasta que consiguió salir. El dolor en el vientre era insoportable, y con un gemido se dejó caer entre dos enormes pilares de la base de la cúpula, a la sombra de la pasarela más baja. Allí había una carga explosiva; nadie se atrevería a dispararle si se mantenía cerca del explosivo.

Sujetándose al borde de la pasarela, se levantó poco a poco.

Unas manchas negras flotaron delante de sus ojos, y a punto estuvo de perder el conocimiento, pero era vital saber cuál era la situación.

Se apoyó en la cúpula y miró alrededor. Vio el cadáver del operario tendido en el fondo de la hondonada. Más allá, el hombre vestido con el mono marrón -el que tenía todas las armas- yacía boca arriba. Por encima del borde de una roca, Poole solo alcanzaba a verle las piernas y el brazo derecho. Pero no se veía movimiento alguno. Debía de haberle dado mientras caía de espaldas al recibir el impacto del proyectil.

Intentó pensar con claridad a pesar del terrible dolor. Quizá había otros. Lo primero que tenía que hacer era conseguir un arma, pero para ello primero necesitaba moverse.

«Echen una ojeada -les había dicho un instructor durante una de las sesiones de entrenamiento avanzado-. Evalúen la herida.» En la pantalla había aparecido la imagen en blanco y negro de un viejo campo de batalla, los soldados tumbados en las trincheras, con unos sombreros pequeños y unas botas de aspecto ridículo, y las prendas desordenadas.

«Miren a esos confederados muertos -había añadido el instructor-. ¿Por qué creen que tienen las camisas desgarradas? No es obra de los que buscaban hacerse con algún botín, sino que fueron ellos mismos que buscaban los orificios de entrada o salida. Tenían claro que, si los habían herido en el vientre, morirían. Echen una ojeada. Evalúen la herida y después obren en consecuencia.»

Todo esto pasó por la mente de Poole en una fracción de segundo.

Con la respiración entrecortada, Poole agachó la cabeza para mirarse la cintura. La chaqueta de pana parecía intacta; solo estaba sucia con el polvo gris de la meseta. Entonces vio el pequeño orificio unos centímetros por encima del bolsillo izquierdo. Apretó las mandíbulas y con mucho cuidado apartó la chaqueta.

Lo primero que vio fue la sangre, un charco de sangre. Tenía empapado el faldón de la camisa, y por un momento se mareó ante la visión. Se mordió el labio inferior mientras se obligaba a concentrarse. Se desabrochó la camisa y retiró la tela con toda la delicadeza que pudo. En cuanto despegó la tela, la sangre manó de la herida.

Entonces vio la herida, un orificio con los bordes desgarrados en el lado izquierdo de la cintura. No parecía haber afectado ningún órgano vital, pero sangraba en abundancia. Sabía que el orificio de salida era mucho más grande, y le dolía horrores. Poole, por su preparación en el ejército, sabía lo que podía esperar, pero nunca había imaginado que el dolor sería tan brutal e implacable.

Apartó la mano de la herida mientras se deslizaba hasta el suelo. Una vez más, recordó las palabras del instructor: «Si están en una situación de combate, es inútil tumbarse y esperar a que llegue un médico. Tienen que aprender a trabajar con el dolor. El dolor es su amigo. Significa que no están incapacitados del todo. Así que metan el dolor en una caja. Cierren la caja y tiren la llave. Después metan la caja en otra más grande. Ciérrenla. Tiren la llave. Luego metan la caja en otra todavía más grande. Ciérrenla, pero esta vez no tiren la llave, guárdenla en el bolsillo. Después dejen esta caja a un lado. La abrirán más tarde, cuando tengan tiempo».

Poole permaneció quieto durante unos segundos e intentó respirar con cierta regularidad. Luego levantó la mano derecha y consultó su reloj: las 16.27.

Se sujetó de nuevo a la pasarela, se arrodilló y después, con un esfuerzo supremo, se puso de pie. El mundo se inclinó peligrosamente, y cerró los ojos, bien sujeto a la pasarela, mientras esperaba a que las cosas se tranquilizaran. Al cabo de unos segundos, abrió los ojos.

En la sombra de la cúpula, las grietas y los relieves de la meseta formaban un laberinto de grises y marrones. Buscó la pistola, pero lo único que vio en el paisaje monocromático fue el fusil M-24, allí donde le había dicho al hombre que lo dejara caer. Volvió la cabeza a la derecha. A unos quince metros distinguió la pequeña caja de control que había visto antes de descubrir el cadáver en la hondonada.

Dio un paso, después otro, y cerró los ojos de nuevo cuando el mundo se bamboleó. Lentamente, como un anciano, se agachó para recoger el fusil. El dolor fue como un latigazo, y apretó las mandíbulas para reprimir un alarido. Le pareció que estaba a punto

de perder el conocimiento y esperó a que pasara el mareo. A continuación se levantó tambaleante y, con el fusil preparado, se acercó al hombre del mono marrón.

Yacía boca arriba, las piernas separadas, el brazo derecho extendido y el izquierdo sobre el pecho. No se veía ninguna herida. Poole se preguntó por un momento si todo aquello no era más que obra de su imaginación, que era él quien estaba tendido en la grieta a punto de exhalar el último suspiro.

Entonces vio el agujero sanguinolento donde había estado el ojo derecho, y el charco negro debajo de la cabeza, que se escurría por las fisuras de la piedra.

Poole se volvió. Jadeaba mientras hacía lo imposible para meter el dolor en la caja. Tenía muy presente que continuaba sangrando, pero no tenía tiempo para ponerle remedio. El fusil le pesaba en la mano. Lo que realmente necesitaba hacer de inmediato era desactivar la caja de control.

Caminó lentamente hacia la base de la cúpula. Sujetándose de la balaustrada de la pasarela para darse impulso, avanzó paso a paso, atento al recorrido del cordón detonador que serpenteaba hasta la caja. Ahora veía, a unos treinta metros de la base de la cúpula, la parte superior del muro trasero de Utopía. Por detrás de este se extendía un techo de cemento que iba de un extremo a otro del cañón. La azotea parecía una maraña de antenas, chimeneas, tubos de ventilación, casetas de ascensores y plataformas de lanzamiento de fuegos de artificio. Más allá del borde, y quizá a unos sesenta metros más abajo, estaba el aparcamiento de los empleados y, un poco más lejos, la carretera de servicio que bajaba desde la desolada meseta hasta la autopista 95.

Poole no prestó mucha atención. Solo le interesaba la caja que tenía cada vez más cerca. Intento no pensar en el tiempo, no pensar en que, en cualquier momento, el camión blindado saldría del subterráneo, John Doe o alguno de los secuaces apretaría el botón del transmisor y se tardaría una eternidad en recoger los minúsculos restos de Angus Poole. Si conseguía llegar a la caja de control y neutralizarla, quizá tendrían una oportunidad.

La caja estaba bien sujeta en uno de los travesaños de la pasarela, y los cordones detonadores seguían diversas direcciones. Poole intentó arrodillarse, pero otro latigazo de dolor lo hizo caer al suelo. Se levantó con la ayuda del fusil a modo de bastón, y procuró dominar la tortura del dolor el tiempo necesario para coger la caja y desactivar el aparato infernal.

Pasó la mano por la pulida superficie. Con un esfuerzo, centró la mirada en la caja.

No era un receptor, sino sencillamente una caja de empalmes. Poole parpadeó, aturdido por la sorpresa y la incredulidad. Un poco más allá vio una escalerilla que comenzaba en la pasarela. Un cable más delgado salía de la caja y subía por uno de los soportes de la escalerilla. La mirada de Poole siguió el recorrido del cable y allí estaba, el maldito transmisor que buscaba. El dinamitero lo había colocado debajo de una segunda pasarela, a unos quince metros por encima de la primera, para que el transmisor de John Doe tuviese un campo visual despejado.

Le cedieron las rodillas y cayó sobre el suelo pedregoso.

- Dios -gimió-. Oh, no. No, no, no.

Quince metros; para el caso daba lo mismo que hubiesen sido ciento cincuenta. Era imposible que pudiera subir hasta allí. Cerró los ojos. Era demasiado tarde, demasiado tarde para llegar al receptor, demasiado tarde para desactivar el mecanismo de disparo,

demasiado tarde para alejarse a una distancia prudencial. En realidad, demasiado tarde para todo.

**16.28 h.**

Heladero, sentado al volante del camión blindado, mantenía una mano apretada contra los auriculares. En su rostro había una expresión de intriga. Al cabo de unos segundos, bajó la mano y sacudió la cabeza.

- ¿Qué pasa? -le preguntó Earl Crowe, que ocupaba el asiento del pasajero.

- No lo sé, pero juraría que he oído a alguien que reía.

Crowe miró a Béisbol y Cascanueces, y después se encogió de hombros como una manifestación de que no tenía ninguna importancia.

John Doe, que se había quedado solo en el compartimiento de carga, había cogido un fajo de unos de los cofres y se entretenía en hacer palomitas de papel con los billetes. Tenía el transmisor de infrarrojos a su lado. Consultó su reloj.

- ¿Alguna noticia de Búfalo de Agua?

Heladero sacudió la cabeza.

- Le daremos otros sesenta segundos.

Se hizo el silencio en el interior del camión. John Doe acabó de hacer la palomita, la dejó a un lado con mucha delicadeza, cogió otro billete y empezó una segunda. Pasó el minuto. Doe miró al conductor.

- Muy bien, nos vamos -anunció-. Búfalo de Agua puede volver caminando a Las Vegas.

Heladero apretó el botón del micrófono.

- Utopía Central, aquí Nueve Eco Bravo. Problema resuelto. Nos vamos.

- Utopía Central confirma -respondió una voz-. Ya era hora. Informe cuando llegue a la carretera. Cambio y fuera.

Heladero puso en marcha el escáner que sintonizaba las emisoras de la policía. Después miró el panel que tenía en el tablero a la derecha y apretó un interruptor señalado como controlador de carga. El motor aumentó de revoluciones. Heladero quitó el freno de mano y pisó el acelerador.

- Caballeros, estamos en marcha -anunció.

El sonido del motor cambió en el momento en que Warne y Peccam corrían para reunirse con Smythe. Sonó más fuerte.

Después se oyó un chistido de los frenos de aire, el ruido del cambio de marchas y el de los engranajes de la transmisión.

Warne y Peccam intercambiaron una mirada.

Durante una fracción de segundo solo se oyó el rugido del motor y los jadeos de Peccam.

- ¿De verdad lo conseguiremos? -preguntó el técnico.

- No lo sé. Eso espero. -Warne miró a Smythe-. Bueno, ¿cómo lo disparamos?

Smythe movía los labios, pero las palabras eran inaudibles. Warne se acercó.

- No hay apoyo -decía el experto-. No hay un equipo contra incendios. No hay personal de carga. No hay observadores, no hay monitores. -Parecía estar contando algo con los dedos; quizá eran todas las normas locales, estatales y federales que iban a saltarse.

Todo el pasillo pareció vibrar con el estruendo del camión que se acercaba. En cualquier momento aparecería.

- ¡Smythe! ¡Enséñeme cómo!

Smythe lo miró, sobresaltado.

- Tiene que quitar el capuchón protector de la mecha.

Warne arrancó los protectores de las mechas que salían de los morteros.

- Se enciende la mecha con el bastoncillo. Con el brazo extendido. Hay una demora muy corta, quizá de medio segundo, para apartarse a una distancia segura. Protéjase la vista del fogonazo. Es probable que lo ciegue…

- ¿Se enciende la mecha con qué?

- Con el bastoncillo. -Smythe le señaló un manojo de varillas rojas que se parecían a las largas cerillas para encender las chimeneas.

Warne cogió una y la observó.

- No está encendido -dijo, como un tonto.

Smythe lo miró.

- ¡No está encendido! -gritó Warne, para hacerse oír sobre el ruido del motor.

- Por supuesto que no. A nadie se le ocurre encenderlo hasta no estar preparado para disparar el proyectil.

- Entonces déme las cerillas. Yo lo encenderé.

Smythe lo miró, desconcertado.

Warne sintió que un sudor helado le corría por la espalda.

- Las cerillas, señor Smythe.

Smythe parpadeó. Levantó las manos como si quisiera decir: «¿Por qué debo tener cerillas?».

Warne se quedó de una pieza. «Oh, Dios. Después de todo…»

Se sentó en el suelo. Le pareció que le fallaba la vista. Entonces sintió que le ponían algo en la mano. Era un encendedor de plástico.

Levantó la cabeza y vio que Peccam volvía a situarse junto a Tuercas. El técnico se encogió de hombros y soltó una risita nerviosa.

- De vez en cuando me fumo un puro -dijo.

Warne acercó el extremo del bastoncillo a la llama del encendedor. El bastoncillo se encendió en el acto con un chisporroteo. Le devolvió el encendedor a Peccam y se volvió hacia la hilera de morteros en el momento en que aparecía el morro del camión blindado.

Contra el fondo del pasillo parecía enorme, invulnerable. Planchas de acero pintadas de rojo rodeaban los guardabarros, las troneras, los cristales antibalas de las ventanillas.

Unas varillas de acero con la parte superior pintada de blanco se elevaban del parachoques reforzado. Las luces ámbar del techo y el rugido del motor llenaban el pasillo de luz y

sonido. Con el bastoncillo en la mano, Warne vio aparecer la cabina, bañada en una luz verdosa, y contuvo el aliento mientras esperaba. Ahora la mole del vehículo ocupaba toda la intersección. Por un instante tuvo miedo de que algo hubiese salido mal, que el camión continuara la marcha. Pero entonces, con un sonoro frenazo, el camión se detuvo.

- ¿Lo enciendo? -gritó Peccam, que aguardaba junto a Tuercas.

Warne miró al técnico. Tuercas era la pieza fundamental del ataque, con sus cuatro grandes cargas de pólvora negra.

Tendría que adivinar cuál era la longitud correcta de la mecha; bien podía ser que las cargas estallaran antes de lo previsto. Pero ahora ya no tenía tiempo para entretenerse en cálculos. Asintió Peccam encendió la mecha y apretó el interruptor en el panel de control de Tuercas. La cabeza del robot se movió en derredor y para buscar la señal del ecolocalizador. En cuanto la captó, las cámaras apuntaron directamente al camión blindado.

Warne miró al autómata. A pesar de todo, le dolía tener que sacrificar al robot de esta manera.

- Adiós, Tuercas -murmuró-. Lo siento.

Tuercas permaneció inmóvil durante un par de segundos, con las cámaras enfocadas en el camión. Warne pensó por un instante que quizá sabía lo que estaba a punto de pasar, que en un algún nivel muy profundo había algo que le impedía obedecer una orden equivalente a un suicidio. Luego, con un zumbido de sus potentes motores, salió disparado en persecución del parachoques. Cuando no había recorrido más que unos metros, se detuvo bruscamente, iluminado por el fulgor de la llama de la mecha.

Warne miró al robot con una expresión de horror, mientras intentaba adivinar qué había salido mal. ¿Era posible que Tuercas se negara a aceptar la orden? Entonces, cuando miró hacia el final del pasillo, encontró la explicación.

En el suelo, debajo del parachoques trasero del vehículo, vio los trozos de algo que parecía un gran reloj de plástico negro. La sacudida del camión en la frenada había hecho que se desprendiera el ecolocalizador y se rompiera en la caída.

Tuercas había quedado paralizado en el pasillo, con una carga de cinco kilos de pólvora y sin instrucciones.

- ¿Qué es eso? -preguntó John Doe desde el compartimiento trasero. Estaba apoyado en uno de los cofres, con las manos cruzadas detrás de la cabeza. La chaqueta entreabierta dejaba ver el forro de seda y la pistolera a un lado.

- Hay alguien en el pasillo -respondió el conductor-. Apareció cuando salí de la curva.

- Pues dale un minuto para que se aparte.

- No se mueve.

- Toca la bocina.

Heladero hizo sonar la bocina.

- Sigue allí. Por lo visto no tiene intención de moverse.

John Doe bajó los brazos y se inclinó hacia el conductor.

- ¿Está sordo?

- El tipo nos mira.

- ¿Es un guardia?

- No. Es un civil.

John Doe frunció el entrecejo.

- Es posible, es siquiera concebible, que… -Se sujetó del respaldo del asiento y se inclinó para mirar por el parabrisas-. He visto a ese hombre antes -murmuró. Una fracción de segundo después, su rostro se contorsionó con una expresión de rabia y sorpresa-. ¡Es Warne! -gritó-. ¡Pisa el acelerador! ¡Venga, atropéllalo, vamos, vamos!

En cuanto oyó que el conductor ponía la marcha y aceleraba, Warne dejó de mirar a Tuercas y se volvió hacia los morteros. Acercó el bastoncillo a la mecha del sauce dorado. A la vista de que Tuercas, carente de instrucciones, no se movía, no podía sino disparar él mismo una bengala contra el camión. Sin embargo, una extraña laxitud se apoderó de sus miembros. Por un momento, el tiempo pareció detenerse.

Una sucesión de imágenes desfiló por su mente como la acelerada proyección de una linterna mágica: Norman Pepper en el monorraíl, gesticulando ampulosamente con una gran sonrisa; Sarah, con los ojos desorbitados en la sala de los espejos holográficos; Terri Bonifacio abrazada a él hecha un mar de lágrimas en la sala de guardia; Georgia observándose a sí misma en Metamorfosis convertida en una anciana, y más tarde, en el cubículo del centro médico.

Con un rápido movimiento, Warne acercó la llama del bastoncillo a la mecha.

La mecha se encendió con un fugaz destello blanco, y en seguida la llama corrió por el papel retorcido con una velocidad sorprendente, acompañada de un sonoro chisporroteo. Warne desvió la mirada en el último momento. Se oyó un ruido extraño, como un súbito escape de aire comprimido debajo del agua. Luego, con un siseo feroz, la bengala salió del mortero. Warne la siguió con la mirada mientras el proyectil volaba a una velocidad tremenda, un cometa de luz con una cola de humo que rebotaba de pared a pared hasta que se estrelló en el techo del pasillo, encima del camión blindado.

Durante una milésima de segundo, no pasó nada. Después el mundo se volvió blanco.

El resto de la carga propulsora estalló con un ruido atronador. Un millar de lenguas de fuego dorado se extendieron por el pasillo como serpientes furiosas que trepaban por las paredes y el techo y envolvían al camión con una caricia ardiente. Luego comenzaron los estallidos, como si lanzaran una lluvia de granadas. La luz blanca fue seguida por una fantástica y aterrorizadora corona dorada. Warne se agachó cuando las lenguas de fuego pasaron por encima de su cabeza, cada vez más brillantes, para luego apagarse al otro extremo del pasillo.

Al extinguirse los ecos de las explosiones, se oyó otro so nido: el lejano aullido de las sirenas de alarma. La humareda comenzaba a disiparse, y Warne intentó ver cuál había sido el resultado.

El morro del camión se había desplazado como consecuencia de la explosión y el conductor luchaba con desesperación para recuperar el control del vehículo.

Había apuntado demasiado alto, y la bengala había estallado encima del camión.

Miró por encima del hombro. Smythe estaba tumbado en el suelo, hecho un ovillo, con los brazos sobre la cabeza. Peccam, acurrucado un poco más allá, contemplaba la escena con una expresión de incredulidad.

Warne se despreocupó de ambos. El mortero humeaba junto a sus pies. Tuercas continuaba inmóvil en el pasillo, la mecha cada vez más corta. Vio cómo el robot giraba las cámaras hacia él, como si quisiera preguntarle qué debía hacer.

Al final del pasillo, el conductor seguía empeñado en su lucha frenética por recuperar el control. Un par de segundos más y se habría ido.

Echó una ojeada a los morteros. El tubo pequeño que había servido de apoyo había volado por los aires con la violencia del disparo y el resto de los tubos estaban dispersos. No tenía tiempo para cargar un mortero y efectuar un segundo disparo. Aun cuando lo consiguiese, era prácticamente imposible hacer puntería. Miró a Tuercas. ¡Si hubiese una manera de llegar hasta él para modificar el programa! Tampoco disponía de tiempo para ello, y mientras tanto allí estaba el robot, con la carga que necesitaban para detener el vehículo a punto de estallar, sin la orden necesaria para realizar su cometido.

Delante, en la intersección, la boca de un fusil asomó por una de las troneras del camión.

Warne se agachó. Se le había ocurrido una idea. Quizá había una directiva que Tuercas obedecería. No era una orden que hubiese dado antes; en realidad, iba en contra de su programa. Así y todo…

- ¡Tuercas! -gritó al tiempo que le señalaba el camión blindado-. ¡Perseguir!

Tuercas permaneció inmóvil.

- ¡Tuercas! -repitió Warne-. ¡Perseguir!

El robot titubeó, como si estuviese intentando procesar esta orden desconocida. Luego comenzó a moverse, primero lentamente, pero después aceleró. Warne se incorporó a medias, sin decir palabra. La mecha resplandecía entre las ruedas traseras del robot. Mientras Warne lo miraba, Tuercas pareció comprender del todo la orden y aceleró al máximo, dispuesto a alcanzar al camión.

Warne cerró los ojos y se volvió.

Vio el fogonazo incluso a través de los párpados, y siguió un trueno que pareció sacudir los cimientos de Utopía. La violencia de la onda expansiva lo tumbó de espaldas y le arrebató el aire de los pulmones. Jadeó al tiempo que intentaba levantarse. Por un segundo, los músculos no le respondieron. Después, con un esfuerzo, consiguió arrodillarse.

El camión había volcado y la parte delantera se había incrustado en la pared del pasillo. Las ruedas giraban como alocadas peonzas y un humo negro emanaba de los ennegrecidos paneles laterales. Parte del pesado blindaje de la parte inferior había desaparecido como si hubiese sido papel de aluminio.

Los rociadores del pasillo se habían puesto en marcha, y las cortinas de agua se mezclaban con la densa humareda de la pólvora.

Warne permaneció arrodillado, todavía atontado por los efectos de la brutal explosión. Durante unos momentos que le parecieron eternos solo oyó los jadeos de su respiración, el estrépito del agua contra el metal y el cemento, y el aullido de las alarmas de incendio.

Entonces se movió una puerta del camión blindado.

Warne forzó la mirada. Se preguntó si no había sido una ilusión óptica, si las cortinas de agua y las nubes de humo no le estarían gastando una jugarreta. Pero luego la puerta se movió de nuevo, como si la empujaran por abajo.

Alguien intentaba salir.

Se le aceleró la respiración. Miró los morteros que estaban en el suelo, las dispersas bengalas con las mechas como colas e intentó concentrarse. Vio el doble crisantemo, con las pesadas bolsas de las cargas impulsoras. ¿Qué había dicho Smythe? Equivalían a varios cartuchos de dinamita.

La puerta del camión se abrió del todo y golpeó contra la pared del pasillo. Warne vio asomar la cabeza de un hombre, luego los hombros de una cazadora de cuero. El hombre, que empuñaba una metralleta, trataba de elevarse a fuerza de brazos, pero sus esfuerzos se veían dificultados por la inclinación del vehículo.

Warne retrocedió, al tiempo que miraba en derredor con desesperación. El bastoncillo continuaba ardiendo con un siseo, y la luz roja de la llama iluminaba el suelo de cemento.

No había tiempo para pensar, para considerar otras alternativas. Recogió el bastoncillo y, cogiendo el mortero más cercano, introdujo una carga impulsora, luego otra más, y colocó las mechas en posición. El hombre levantó el arma, se apoyó en el marco de la puerta. Se vio el fogonazo y un proyectil silbó por encima de la cabeza de Warne.

Dejó caer el doble crisantemo en el mortero, lo inclinó y con mano torpe acercó el bastoncillo a las mechas. El hombre volvió a disparar, y las esquirlas de cemento le rozaron el rostro, pero ahora las mechas estaban encendidas y, con el mortero lo más apartado posible, apuntó directamente a su agresor.

Se oyó otro furioso siseo, y después una nube de humo escapó por la boca del mortero y el brutal retroceso lo tumbó en el suelo. Otro cometa de luz, más brillante que el primero, voló a lo largo del pasillo con un movimiento ondulatorio, un rayo de fuego que buscaba la puerta abierta del camión blindado. Warne levantó los brazos para protegerse la cabeza.

Durante una milésima de segundo, silencio. Después llegó un terrible estruendo doble, una tremenda bola de fuego que se esparció en un millón de puntos de luz incandescentes, rojos, amarillos y turquesa, un millón de diminutos soles refulgentes que era imposible mirar. Warne casi se sintió sacudido por la intensidad de la luz. Intentó levantarse, pero la potencia de la onda expansiva lo derribó como un pelele.

Luego sintió -o creyó sentir- que estaba bajo una lluvia de confeti que caía suavemente sobre el suelo de cemento. Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, asustado a más no poder.

Por unos momentos, no oyó nada más que un zumbido atronador en los oídos. A medida que este se disipaba, le llegaron otros sonidos: el retumbar del estallido por los pasillos del nivel C, las alarmas de un centenar de coches en el aparcamiento.

- ¡No puedo ver! -gritaba Peccam a su espalda-. ¡No veo!

Ahora se habían disparado los rociadores de todo el pasillo, y el agua le caía a Warne sobre la cabeza, el cuello y los hombros. Por fin, fue capaz de moverse. Se levantó, abrió, los ojos y miró al frente.

El camión continuaba en la misma posición, con las ruedas girando lentamente, y el agua chorreaba por los costados como una telaraña. El hedor de la pólvora y el fósforo flotaba en el aire. El dinero, convertido en confeti, se había desperdigado por todas partes; cubría los costados del camión, el suelo y las paredes, y se iba oscureciendo a medida que se empapaba. El hombre de la metralleta había desaparecido. La puerta abierta estaba bañada en sangre y restos humanos, y en la pared detrás de la puerta había una enorme mancha de sangre en forma de abanico. Warne contempló absorto cómo el agua de los rociadores abría surcos en la mancha roja.

Se sentó con la espalda apoyada en la pared, demasiado aturdido para ser consciente de cualquier otra cosa que no fuera una molesta sensación en las manos. Se las retiró como si fuesen las manos de otra persona; las tenía desolladas, pues el calor del disparo le había quemado la piel. Las dejó caer a los lados y, moviéndose lentamente, como en un sueño, miró hacia atrás. Vio a Peccam sentado contra la pared opuesta, con las manos sobre los ojos. Smythe había desaparecido.

Warne exhaló lentamente y apoyó la cabeza contra la fría superficie de la pared. Sobre el regazo tenía el bastoncillo apagado. El dolor en las manos era cada vez más fuerte, pero mucho peor era el cansancio. El sonido de las alarmas, el agua que le chorreaba por la cara le parecían cosas muy distantes. Quizá, si cerraba los ojos, conseguiría dormir.

Su mirada se posó de nuevo en el camión blindado. Entonces, como si hubiese recibido una descarga eléctrica, se sentó con tanta brusquedad que el bastoncillo rodó por el duelo.

John Doe caminaba por encima del capó del camión. Tenía el rostro tiznado y los cabellos quemados, le humeaban los hombros de la chaqueta, y la sangre le manaba de la nariz y los oídos. No pareció darse cuenta de la presencia de Warne, de los billetes destrozados, ni de nada de lo que lo rodeaba. Su mirada se mantenía fija en la salida del pasillo.

Warne se levantó tambaleante, sin apartar los ojos de las manos de Doe. En una empuñaba una pistola, y en la otra, el transmisor de infrarrojos.

Miró en derredor. Las quemaduras le impedían utilizar las manos e, incluso de haber podido usarlas, el agua había empapado las bengalas. No tenía nada a su alcance para impedir la fuga, no podía hacer nada.

Miró de nuevo hacia el camión. John Doe ya había alcanzado al suelo y había desaparecido de la vista, camino de la salida.

**16.32 h.**

John Doe caminó por el pasillo sin pensar en el humo, el agua, la confusión, ni los cadáveres destrozados en el interior del camión. Su paso era inseguro, pero mantenía bien sujeto el transmisor. Las sirenas de las alarmas de todo tipo sonaban por todas partes, pero no las oía: la explosión de la tercera bengala le había roto los tímpanos. No prestó ni la más mínima atención a la sangre y los restos humanos que tenía en la chaqueta y en los pantalones, porque no eran suyos.

Un guardia apareció a la carrera. Al ver a Doe, le gritó:

- ¿Qué demonios ha pasado? ¿Está herido?

La respuesta de Doe fue levantar el arma y disparar. Tenía sangre y quemaduras en los ojos, pero aún era capaz de ver el semicírculo de luz al final del pasillo de acceso. No estaba muy lejos.

Apareció un segundo guardia, y tampoco esta vez vaciló John Doe. Efectuó un certero disparo sin siquiera detenerse.

Pasó por el puesto de vigilancia -ahora desierto- y solo tuvo que dar unos pocos pasos más para salir al aparcamiento. La sombra de la cúpula cubría la mayor parte de la zona, pero así y todo la luz era casi demasiado intensa para sus ojos malheridos. Avanzó a trompicones, mientras la sangre le goteaba de las orejas. Algunos de los empleados, que habían acudido corriendo desde los muelles de carga al oír las explosiones, se detuvieron y

lo miraron, atónitos. Doe siguió caminando, sin hacerles caso. Un par de coches circulaban por el aparcamiento, unas vagas sombras para él, pero a Doe solo le interesaba llegar al coche que había escoltado al camión blindado y que lo sacaría de este lugar, de la terrible catástrofe que estaba a punto de abatirse sobre el parque. ¿Cuál era aquella frase de *Vishnu* citada en el *Bhagavad Gita*? «Me convertiré en la muerte, el destructor de mundos.» Al menos, así la recordaba; no tenía la mente clara como de costumbre.

Había perdido el dinero, por supuesto, pero tenía los discos; eran una compensación muy generosa. Distinguió la inmensa curva que trazaba la sombra de la cúpula en el suelo. Apretó con fuerza el transmisor. Cuando llegara a ese punto, se volvería. Allí tendría el ángulo adecuado para enviar la señal.

Con los puños apretados para protegerse las palmas, Andrew Warne consiguió trepar por encima del capó del camión y pasar al otro lado. Ignoraba qué podía hacer; solo sabía que debía impedir que John Doe transmitiera la señal.

El proyector holográfico portátil que Peccam y él habían colocado para detener el camión estaba ahora tumbado como consecuencia de las ondas expansivas de las explosiones. Así y todo continuaba proyectando una imagen de Warne contra el techo: los brazos cruzados, las piernas separadas. Apretó el paso y se encontró en mitad del pasillo con un guardia muerto de un disparo en el pecho, y un poco más allá un segundo. Escuchó detrás un griterío, gente que corría. Pasó junto al puesto de guardia y salió al aparcamiento.

Se detuvo por un instante y miró en derredor, buscando a John Doe. Para su gran horror lo vio directamente delante, a un centenar de metros, justo en la línea de sombra proyectada por la cúpula de Utopía.

Vio cómo levantaba un brazo con un movimiento lento y preciso.

- ¡No! -gritó Warne y echó a correr en línea recta.

Pero, incluso mientras corría, vio el transmisor apuntando al cielo, distinguió la sonrisa sádica en el rostro de John Doe y comprendió que era demasiado tarde.

Entonces, como por arte de magia, la cabeza de john Doe estalló en una nube de sangre y sesos.

El cuerpo se desplomó hacia atrás; el transmisor cayó al suelo. Solo entonces Warne oyó el estampido. Resonó por todo el aparcamiento, por encima del estruendo de las sirenas, y continuó rebotando entre las paredes del cañón.

Warne corrió hasta el transmisor y comenzó a darle taconazos hasta reducirlo a fragmentos. Luego se volvió para mirar hacia lo alto del inmenso muro trasero de Utopía. Allá arriba, casi en el borde; se recortaba una silueta contra la sombra de la cúpula, una figura con una gorra y una chaqueta de pana y apoyada en un fusil. La figura levantó un brazo en un débil saludo para Warne. Después se sentó bruscamente y el fusil desapareció de la vista.

Warne también se sentó en el cemento, que, a pesar de la sombra, aún retenía parte del calor de todo el día. Un poco más allá, yacía el cuerpo de john Doe con la cabeza deshecha.

Miró en derredor, abrazado a las rodillas, y vio vagamente un coche último modelo con una luz ámbar en el techo, que salía del aparcamiento y encaraba el camino de servicio que llevaba a la carretera 95. Warne no le hizo caso. Tenía la mirada fija en un punto más lejano: en la línea roja del horizonte, donde una hilera de abultadas sombras se acercaban

por encima de una banda de nubes. Le pareció oír un tronar, como el batir de unas alas gigantescas. Llegaba la caballería.

## EPÍLOGO

El sol de la mañana reverberaba en las paredes del cañón, y la piedra arenisca resplandecía en una profusión de rojos, amarillos y ocres. Warne ocupaba un asiento junto a la ventanilla y disfrutaba con el calor en el rostro. En esta ocasión había recordado traer las gafas de sol. El suave balanceo del vagón era reconfortante, como el recuerdo del mecer de la cuna en la infancia. Las palabras de bienvenida que sonaban en el altavoz las decía la misma voz educada que en su viaje anterior, solo que ahora habían añadido una referencia a Calisto, que había reabierto las puertas dos semanas antes con nuevas atracciones.

Alguien le hablaba por encima del hombro. Salió de su ensimismamiento y se volvió. Su interlocutor era un hombre de unos cuarenta años, con una calvicie incipiente y una expresión amable.

- ¿Decía? -preguntó Warne.

- Decía si esta es su primera visita.

Warne sacudió la cabeza. Recordó la última vez que había visto estas laderas rojas: desde un helicóptero de salvamento que volaba a toda velocidad hacia Las Vegas, con las manos metidas en bolsas de hielo, y un hombre de uniforme que no dejaba de hacerle preguntas. Por un momento, el balanceo del vagón fue menos reconfortante.

- Pues para mí es mi primera visita, y no puedo creerlo -añadió el hombre de carrerilla-, y todo por un artículo que escribí.

Desapareció la sensación, y Warne apartó los recuerdos.

- ¿Un artículo?

- Efectivamente. Para el Epicurean Quarterly Review. Sobre cocina medieval. Mi especialidad es la historia de la cocina.

- La historia de la cocina -repitió Warne.

- Sí -dijo el hombre, con un tono de entusiasmo-. La semana pasada me llamó Lee Dunwich, el jefe del servicio de Restauración de Utopía, ¿qué le parece? Nada menos que Lee Dunwich en persona, que renunció a su restaurante de tres estrellas en París para venir aquí. El caso es que me invitó a venir para que revisara algunos de los menús que ofrecen. Han abierto dos nuevos restaurantes, y las encuestas señalan que los clientes no están muy conformes con algunos de los platos. Vera, la comida medieval suele ser un poco… ¡Oh, Dios mío, allí está!

El monorraíl había pasado por un curva del cañón, y delante se alzaba la impresionante fachada color cobre de Utopía, que, iluminada por el sol, parecía un monumental espejismo. El hombre había callado bruscamente y solo tenía ojos para el fantástico espectáculo.

Al ver la expresión de asombro en el rostro del experto en cocina medieval, Warne no pudo evitar una sonrisa.

- Que disfrute de la visita -dijo.

En el Nexo todos los relojes marcaban las 00.50. Las largas galerías vacías parecían estar esperando, como si contuviesen el aliento ante la invasión que no tardaría en llegar. Warne se quedó en el andén, entretenido en contemplar la estructura de acero y madera del inmenso recinto, los restaurantes y comercios vacíos, la grácil curva azul de la cúpula. Respiró lenta y profundamente. El experto -Warne ya ni recordaba su nombre- bajaba la rampa para dirigirse hacia la fila de recepcionistas, vestidos con americanas blancas y formados como si se tratara de una revista militar. La fila comenzó a deshacerse a medida que los recepcionistas iban al encuentro de los especialistas externos y las personalidades. Warne vio a una joven que saludaba al historiador. Le pareció que era Amanda Freeman, la recepcionista que lo había recibido nueve meses antes.

Luego, cuando se disponía a bajar, vio inesperadamente que Sarah Boatwright subía la rampa con paso enérgico.

En un primer momento se sorprendió, como siempre, de las líneas de su rostro, puras y fuertes. Pero, al acercarse, vio algo más: la leve inclinación hacia abajo de las comisuras de los labios y unas sombras debajo de los ojos que parecían delatar un profundo e íntimo pesar.

En las semanas que siguieron a su regreso a Pittsburgh, se había entrevistado con una legión de investigadores de diversos Organismos de Seguridad estatales y federales, y con agentes de relaciones públicas de Utopía. Después había mantenido innumerables conversaciones telefónicas con los diseñadores y los técnicos de sistema del parque. Pero esta era la primera vez que tendría la ocasión de hablar con Sarah. La última vez que la había visto, Sarah estaba sentada en el suelo de una celda con el moribundo Fred Barksdale entre sus brazos. Pensó en si correspondía saludarla con un abrazo, y acabó por tenderle la mano.

- Sarah, que agradable sorpresa.

Ella le estrechó la mano, un apretón firme pero breve.

- Vi tu nombre en la lista de los especialistas visitantes y me pareció correcto darte la bienvenida.

- ¿No tendrías que estar en otra parte? En la reunión matinal, ¿cómo se llamaba?

- ¿La reunión previa a la apertura? Creo que por una vez podrán apañárselas sin mí.

Bajaron la rampa tras los especialistas y sus acompañantes, que los conducían a los lugares donde necesitaban de sus servicios. Warne vio otro reloj: marcaba las 0.48.

- La verdad es que resulta agradable alejarse de vez en cuando -comentó Sarah-. Todo el mundo está como loco con los preparativos del segundo aniversario, y después tenemos que atender a un sinfín de nuevas normas. Cuando no es un funcionario, es otro. El Departamento de Salud y Seguridad Pública de Nevada, la Dirección de Medio Ambiente, la Agencia de Seguridad Laboral. A veces tengo la sensación de que nos han convertido en burócratas.

- ¿Tan malo es?

- Peor. Pero no ha perjudicado al negocio. La asistencia al parque ha subido un quince por ciento en el último trimestre. Ahora somos los terceros en el ranking de parques temáticos.

Warne era consciente de que había algo reconfortante en esta charla, en la mención de cifras y porcentajes. Había algo diferente en Sarah, algo en el fondo de su mirada agridulce, pero fue incapaz de definirlo.

Pasaron entre un grupo de fuentes, y dejaron atrás las atracciones holográficas y el portal de entrada de Camelot. Los actores y los empleados pasaban a toda prisa, entraban y salían de puertas ocultas, todos muy ocupados en los detalles de última hora. Más adelante, cerca de la entrada de Calisto, un músico vestido con un mono color mercurio cargaba con un instrumento que parecía un violonchelo futurista.

- Vamos -dijo Sarah, cuando el silencio amenazaba con hacerse incómodo-. Hay algo que creo que querrás ver.

Caminaron por la calle de los negocios, pasaron frente a la galería del Ojo de la Mente, al fin llegaron al Nexo, donde había un enorme portal hexagonal. La palabra «Atlantis» aparecía en el frontispicio escrita con unas letras que se ondulaban como si estuviesen hechas de agua. «Por supuesto», pensó Warne al verla.

Al ver que se acercaban, un grupo de acomodadores reunidos delante del portal saludaron a Sarah y se apartaron. Ambos recorrieron un pasillo de techo bajo y salieron a lo que a Warne le pareció una playa tropical. Al parecer, estaban llevando a cabo una gran excavación arqueológica; miró sorprendido la multitud de herramientas, las zonas acotadas, los estratos del terreno. Todo tenía el aspecto de ser una excavación realizada por profesionales. A esta hora todavía temprana, se encontraba desierta.

- ¿Qué es todo esto? -preguntó Warne.

Sarah lo miró, un tanto sorprendida.

- ¿Es que no has visto las representaciones virtuales?

- Solo vi unos bosquejos. Estaba muy ocupado con las especificaciones técnicas.

- Sigue el modelo de las excavaciones que se están realizando en la actualidad en Akrotirti. Es una excavación arqueológica en toda regla, donde no falta detalle, incluidos los registros fotogramétricos. La idea es que los visitantes pasen por una excavación de Atlantis en marcha. Será la «descompresión». Después el portal los llevará a través del tiempo, hasta la edad dorada de la ciudad. Hemos intentado que esta inmersión sea lo más real posible. La construcción ya está terminada; hemos demorado un mes la inauguración para hacer un par de… refinamientos. -La directora del parque lo miró con viveza.

- La demora no fue culpa mía -Señaló Warne.

- No he dicho que lo fuese. Estamos completando las pruebas de la tercera fase, y los informes que recibimos no pueden ser más entusiastas -Le hizo un seña-. Ven, te mostraré el Mundo. Si ni siquiera has visto las imágenes virtuales, lo pasarás de fábula.

Cruzaron la excavación hasta el otro extremo y entraron en uno de varios compartimientos cilíndricos. Cuando las puertas se cerraron, se hizo la oscuridad por un momento.

Después se abrieron unos paneles laterales, y Warne vio que estaban rodeados de agua. La luz se reflejaba en el suelo y el techo con unos tonos verdeazulados. Se oyó un zumbido, seguido por una leve sacudida, y las burbujas acariciaron el cilindro cuando comenzaron a descender. Warne miró a Sarah.

- En realidad no nos movemos, ¿verdad?

- Calla. Estropearás la ilusión.

Muy abajo, en lo que parecía ser el lecho marino, Warne vio aparecer unas siluetas. Apretó el rostro contra la pared de plexiglás. Eran las cúpulas y los minaretes de una ciudad fantástica. Las luces brillaban como diminutos diamantes, distorsionadas por las corrientes

de las profundidades. Las luces se fueron apagando y la imagen se desvaneció. Warne se apartó de la pared transparente.

Entonces, con una suave sacudida, el cilindro se detuvo.

Se oyó el siseo del aire comprimido y se abrió la puerta en el otro extremo.

- Adelante. -Sarah hizo un gesto acompañado con una pequeña sonrisa.

Warne cruzó la puerta y entró en el Paraíso.

Eso al menos fue lo que creyó. Si alguna vez le hubiesen pedido que imaginara cómo sería el Paraíso, esta habría sido su visión.

Habían salido a un gran espigón de un blanco translúcido. A su alrededor, casi tocándoles los pies, se hallaba el mar en calma; un mar de un color azul tan intenso que Warne habría querido mojar un pincel. Unas amplias y gráciles pasarelas del mismo material translúcido se desplegaban en todas las direcciones, cruzaban las vías de agua para dirigirse a varios grupos de edificios con esbeltas torres y rodeados con terraplenes plateados, que se extendían hasta perderse en el horizonte. Palmeras y plantas exóticas bordeaban las calles.

Una flotilla de embarcaciones de madera estaba anclada un poco más allá, las esbeltas y altas proas talladas como cuellos de cisnes. Aquí y allá se veía saltar a los peces como chispazos cuando el sol se reflejaba en las escamas. Por encima de todo esto se alzaba la cúpula y el límpido cielo al otro lado del cristal.

Sin decir palabra, Sarah lo llevó hasta un banco de mármol, a la sombra de una palmera.

Warne se sentó, hechizado por la visión que los rodeaba. Soplaba una leve brisa, fresca y vigorizante, que parecía traer el perfume de grandes promesas. Se le antojó que esta ciudad eterna había surgido del mar como un regalo personal.

- ¿Qué te parece? -oyó que le preguntaba Sarah.

- Es magnífico, es absolutamente perfecto.

Sarah sonrió, muy complacida por el elogio.

- Me alegra, dado que pasarás aquí la mayor parte de la semana. No se ha reparado en gastos. Algunos de los efectos acuáticos que han desarrollado nuestros ingenieros hay que verlos para creer. Una de las atracciones, «Los últimos momentos de Pompeya», será seguramente la que tenga más éxito en Utopía. Quizá hayas oído algún comentario. Han utilizado la tecnología de los hologramas portátiles para poner una imagen de Eric Nigthingale en cada una de las vagonetas, y…

Se produjo una súbita conmoción en el agua que tenían delante, como si de pronto hubiese comenzado a hervir, y después emergió una larga y afilada cabeza cubierta de brillantes escamas. Unos ojos amarillos sin párpados los miraron fijamente. Warne sonrió.

- Hola, has aparecido -dijo.

La criatura marina lo miró con atención, al tiempo que continuaba elevándose por encima del agua, palmo a palmo, alta y delgada como una enorme serpiente. Brillaba con una pátina iridiscente que reflejaba la centelleante superficie de la agalla. Las gotas como gemas caían del tejido de aletas mecánicas a lo largo de sus costados. Permaneció inmóvil durante unos segundos, en equilibrio sobre la espuma, y luego se volvió con la velocidad del rayo y comenzó a hacer caracolas en la superficie.

Warne sacudió la cabeza. Solo había podido hacer un ensayo con la criatura en la piscina de Carnegie-Mellon, que doblaba en longitud a las olímpicas, debido a las protestas del entrenador del equipo de natación. Verla ahora aquí, en esta vasta extensión acuática, era algo fantástico. Construir un robot marino digno de estar en Atlantis -con la inteligencia de un delfín y la agilidad de una anguila- había sido el mayor desafío de su carrera hasta el momento. Al menos había contado con la ayuda de un excelente especialista. Así y todo, había tenido que resolver un sinfín de problemas, robarle horas al sueño para corregir los fallos en la programación. Pero el resultado final -lady Macbeth, como habían bautizado al prototipo- había sido su más exitosa demostración del aprendizaje de las máquinas. Al verla en este entorno, comprendió que los esfuerzos habían valido la pena.

De pronto, el robot cesó en sus piruetas y desapareció debajo de la superficie. Durante unos segundos, todo estuvo en calma. Después salió del agua bastante más lejos, con la fuerza de un misil, las mandíbulas abiertas para dejar a la vista dos hileras de dientes como diamantes. Con un tremendo rugido, escupió una larga lengua de fuego. A continuación se sumergió y salió varias veces hasta volver a aparecer delante del banco, y los miró como si esperara que le dieran su aprobación. Dos delgadas columnas de humo escapaban de los orificios nasales.

- ¿Qué sería Atlantis sin serpientes marinas? -murmuró Warne. Miró a Sarah-. ¿Qué tal se comporta?

- Está sometida a la prueba beta desde que la enviaste. Por lo que me han dicho, todas las actuaciones horarias las ha hecho sin el menor fallo. Solo han detectado un mal hábito.

- ¿Un mal hábito? ¿A qué te refieres?

Sarah inclinó la cabeza hacia la serpiente.

- Tú mírala. No tardarás en descubrirlo.

- Vaya. -Warne frunció el entrecejo-. En cualquier caso, los dos primeros modelos ya están en el aeropuerto. Los trajeron ayer, en un avión de carga. Después de instalarlos, me llevará a lady Macbeth al laboratorio, buscaré cualquier orden errónea o un comportamiento anómalo.

Guardó silencio. Ahora que lo pensaba, le parecía imposible estar de nuevo allí, en Utopía, junto a Sarah. La última vez, lo habían llamado para que quitase la metarred, que hiciera una lobotomía a los robots que se comportaban de una forma anormal. Pero los acontecimientos habían seguido otro curso. Ahora, por una ironía del destino, se había cerrado el círculo. Había hecho considerables progresos en su trabajo sobre el aprendizaje de las máquinas. Sus teorías, en un tiempo consideradas radicales, eran aceptadas sin problemas, y ese día estaba de nuevo allí para instalar unos robots mucho más inteligentes. Carraspeó e hizo un gesto que abarcaba el soberbio panorama.

- Esto es realmente fabuloso, Sarah. Tendrías que estar orgullosa.

La directora del parque asintió.

- Hemos creado un sistema de circulación de agua que purifica y distribuye ochocientos mil litros de agua por minuto. La ciudad de Venecia nos ha pedido una monografía. Cuando inauguremos Atlantis el mes que viene, todos los demás parques acuáticos del mundo quedarán obsoletos. -Hizo una pausa para mirar en derredor, La brisa le agitó los cabellos castaños-. Todo irá bien -añadió en voz baja.

Warne se volvió para mirarla. La sonrisa continuaba en su rostro, la mirada de los ojos, tristes era clara. Entonces comprendió cuál era el cambio. Desde el día que se habían

conocido, Sarah siempre había mostrado una seguridad casi agresiva. Aún podía sentirla, como el calor de un brasero; pero parecía haber sido atemperada, velada, por alguna amarga experiencia.

En el viaje desde Pittsburgh se había preguntado qué diría cuando llegase este momento. Ahora, delante de este paraíso acuático, solo las palabras más sencillas salieron de sus labios.

- ¿Tú cómo estás, Sarah?

Ella continuó mirando las torres de Atlantis.

- Estoy bien. Al principio no, pero ahora sí.

- Cuando no tenía noticias tuyas, cuando no me devolvías las llamadas, tuve miedo… -Se interrumpió por un instante-. Tuve miedo de que no pudieras perdonarme. Por lo que le pasó a Barksdale.

- No podía, Drew. Ahora sí. -Por fin se decidió a mirarlo-. Tú ayudaste a salvar todo esto. Ahora el parque es mi vida. Tendría que estar agradecida. Pero es duro, ¿sabes? Algunas veces es muy duro.

Volvió la cabeza. Warne la observó por un momento y después miró de nuevo a lady Macbeth, que continuaba con sus zambullidas.

- ¿Sabes? -dijo en voz muy baja-, al final no fui yo quien salvó a Utopía. Fue Tuercas. -Hizo una pausa mientras recordaba la escena final en el pasillo del nivel C, Sarah lo interrogó con la mirada.

- Peccam seguramente le explicó la situación a tu gente. Los explosivos sujetos en el cuerpo de Tuercas, el ecolocalizador que colocamos en el camión blindado para que lo siguiera…

La mujer asintió.

- Pero el ecolocalizador dejó de transmitir, y Tuercas se detuvo en cuanto perdió la señal. Todo el plan corría el peligro de irse al garete. Casi sin pensarlo, le di a Tuercas la orden de perseguir, y eso fue lo que hizo. Persiguió al camión blindado y lo detuvo.

Sarah asintió de nuevo.

- Sarah, Tuercas no estaba programado para aceptar la orden de «perseguir». Todo lo contrario. Lo había programado para obedecer la orden de «no perseguir». Sin embargo, fue capaz de procesar la orden por sí mismo y determinar la acción que debía realizar. No podía explicármelo. ¿Había sido el tono? ¿Mis gestos? ¿Es que la capacidad había estado allí desde siempre, a la espera de un precipitante desconocido? Así que me entró la curiosidad. Cuando me entere de que no volverían a activar a Currante, le pedí a Terri que me enviara la unidad lógica a Pittsburgh. Verás, estaba seguro de que el motivo por el que se había vuelto peligroso era el virus introducido por John Doe, que sin darme cuenta había activado prematuramente. Para el bien de todos, conseguí desconectarlo antes de que me lesionara o lesionara a alguno de los visitantes que se encontraban en el mostrador. Eso era lo que creía.

- Continúa -le pidió Sarah.

- Cuando revise los archivos internos, descubrí que había acertado en lo del virus. Estaba allí y se había activado prematuramente. En cambio, me equivoque en otra cosa. Sarah, yo no llegue a desconectarlo. El interruptor no se había activado. Pero aquello no tenía sentido. Currante no se podía desconectar solo. No tenía la capacidad para hacerlo.

- Pero sí que podía sobrecargar su red neuronal -replicó Sarah-. Forzar el cierre. Comprendió que estaba haciendo algo malo, que no respondía a la programación original, y adoptó una acción correctiva. En otras palabras, aprendió.

- ¿Lo sabías? -preguntó Warne, sorprendido.

- Leí el informe confidencial que nos enviaste sobre el tema, y el artículo «El aprendizaje de las máquinas en situaciones de estrés». -Señaló a lady Macbeth-. Por eso nunca le habríamos encargado a nadie más que la construyera.

- Vaya, y yo que creía que había sido por mi foto en la portada del Robotics Journal.

Sarah esbozó una sonrisa.

Warne estiró las piernas y metió las manos en los bolsillos. Vio a unos peces que nadaban a flor de agua. Lady Macbeth escupió una llamarada y se lanzó detrás de los peces, que se dispersaron en todas las direcciones.

- ¿Qué ha sido eso? -preguntó Warne, atónito-. No es parte de su programación.

- Es el único fallo que han observado los técnicos -respondió Sarah-. El mal hábito que te mencioné. Le gusta perseguir a los peces.

El interior de madera y cromo de la estación de embarque comenzaba a llenarse de visitantes que se apresuraban a ponerse en las colas formadas delante de las taquillas, a la espera de que abrieran a las nueve en punto. Warne, en compañía de Sarah, caminaba entre la multitud, atento a la presencia de Georgia. Entonces la vio, de pie junto a una columna cerca de las puertas de salida. Balanceaba una pierna y movía la cabeza al compás de la música que sonaba en los auriculares, mientras miraba en derredor.

A su lado estaba Terri Bonifacio. El sol que entraba por el techo de cristal daba un brillo satinado a sus cabellos oscuros.

Por el rabillo del ojo, vio que Sarah se detenía. Acababa de verlas.

Sarah se acercó a Georgia con su paso rápido y decidido.

- Hola, Georgia -dijo, y apoyó una mano en el hombro de la adolescente-. ¿Qué tal estás?

- No muy bien -respondió la jovencita.

- ¿Por qué no?

- Porque estoy aquí. Papa no me deja entrar.

Sarah miró a Warne, extrañada.

- Me pareció que debíamos tomarnos las cosas con tranquilidad en nuestro primer día -respondió Warne-. Lo que se dice tantear el terreno. La verdad es que no hacía falta tanta precaución. Así que volveremos mañana, y lo haremos bien.

- Si te queda algo de tiempo libre, búscame -le dijo Sarah a Georgia-. Si no estoy reunida, te mostraré Atlantis.

Georgia la miró con un súbito interés.

- Papá me ha contado algunas cosas. Parece algo fantástico.

Sarah no apartó la mano del hombro de Georgia mientras miraba a Terri.

- Me alegra verte. ¿Qué tal el nuevo trabajo?

- Carnegie-Mellon me da más trabajo del que puedo hacer -contestó Terri, con una sonrisa que le iluminó el rostro-. Me encanta. Andrew me tiene metida hasta el cuello en

investigación y desarrollo. -Warne sintió el rápido e íntimo apretón de la mano de la muchacha en la suya-. Sí hubiese un par de casinos y un buen restaurante, estaría en el séptimo cielo.

- Bueno, no se puede tenerlo todo.

- Lo dé. Así que me conformaré con tres pases libres para mañana.

- Hecho.

Warne siguió atentamente la interacción. No vio el menor rastro de tirantez entre las mujeres.

Sarah se volvió hacia él con una gran sonrisa.

- Tendría que soltarte los perros por ayudar a Carnegie-Mellon a que nos robaran a Terri.

- Siempre se la puedes robar tú a ellos.

- Lo tendré presente -dijo Sarah, que los miró a los dos-. Solo dame tiempo.

En el aparcamiento delante de la estación de recepción, los encargados ya se ocupaban de indicar las zonas de aparcamiento a un centenar de coches por minuto. Una flota de tranvías amarillos circulaban entre las hileras para trasladar a los alborozados visitantes hasta la estación. Sarah los acompañó hasta donde tenían aparcado el coche de alquiler, muy entretenida en charlar con Georgia. Aquel era uno de los pocos días en Nevada en que la temperatura era fresca. Warne atrajo a Terri a su lado mientras caminaban.

- Tú le añadiste a lady Macbeth la orden de perseguir cuando yo no estaba mirando, ¿no es así? Niña mala. Te espera una azotaina cuando regresemos al motel.

- Promesas, promesas. Además, Tuercas no habría aceptado otra cosa.

Warne miró a Sarah.

- ¿Sabes? -dijo en voz alta-. Nunca más he vuelto a saber nada de Poole.

- Yo sí.

¿Sí?

- Recibí una tarjeta postal hace unos meses. Sin nombre ni dirección, solo un matasellos de Juarez. Quería saber si la oferta del pase perpetuo aún era válida.

Warne se echó a reír.

- Será mejor que te sientes atrás -le avisó Georgia a Terri cuando llegaron al coche-. Aún no he acabado.

- ¿Acabado qué? -quiso saber su padre.

- De convencer a Terri para que suba con nosotros a la Máquina.

- Ni hablar -replicó Terri en el acto.

- Tienes que hacerlo. No será divertido si no lo haces.

- Te lo he dicho. No soporto las montañas rusas.

- Venga.

Terri vaciló, miró de reojo a la jovencita.

- ¿Me devolverás el disco de Brubeck que me pediste prestado hace tres meses?

- Vale.

- ¿También el de Art Tatum?

Georgia hizo una mueca.

- Vale.

- Pues lo pensaré.

Sarah se echó a reír y le abrió la puerta a Georgia. Esperó a que se abrochara el cinturón para inclinarse hacia ella y darle un fuerte abrazo.

- Adiós, Georgia.

- ¿Lo dijiste de verdad? -preguntó Georgia-. Me refiero a la visita a Atlantis.

- Por supuesto. Ve a una sala de servicios. Tu padre tiene mi extensión. -Sarah dio la vuelta y se apoyó en la ventanilla de Warne. No llevaba maquillaje, y con la luz del sol sus ojos tenían el color del jade-. Buena suerte con la instalación.

Warne le dio un beso en la mejilla.

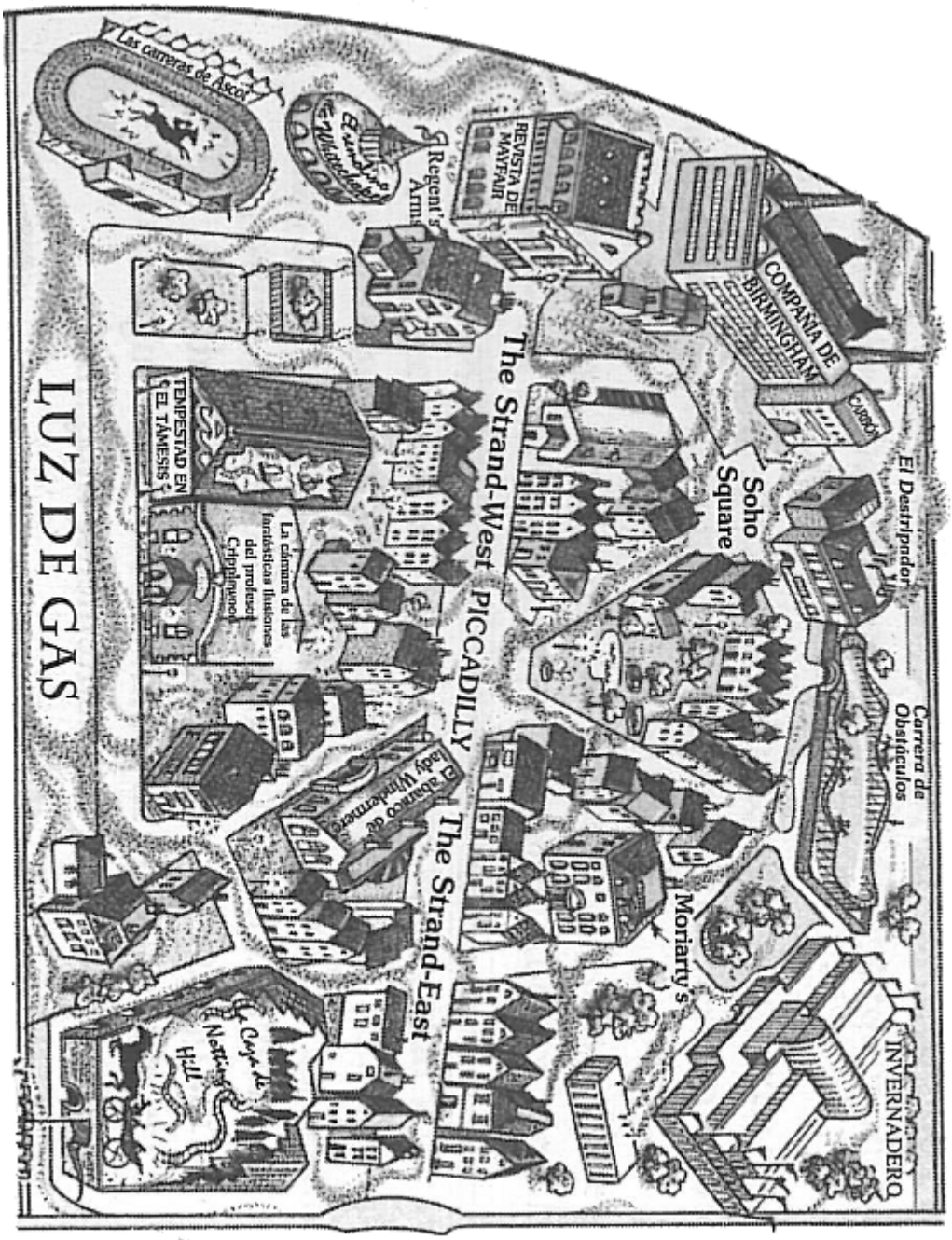
- Mañana nos veremos en el parque.

Sarah asintió.

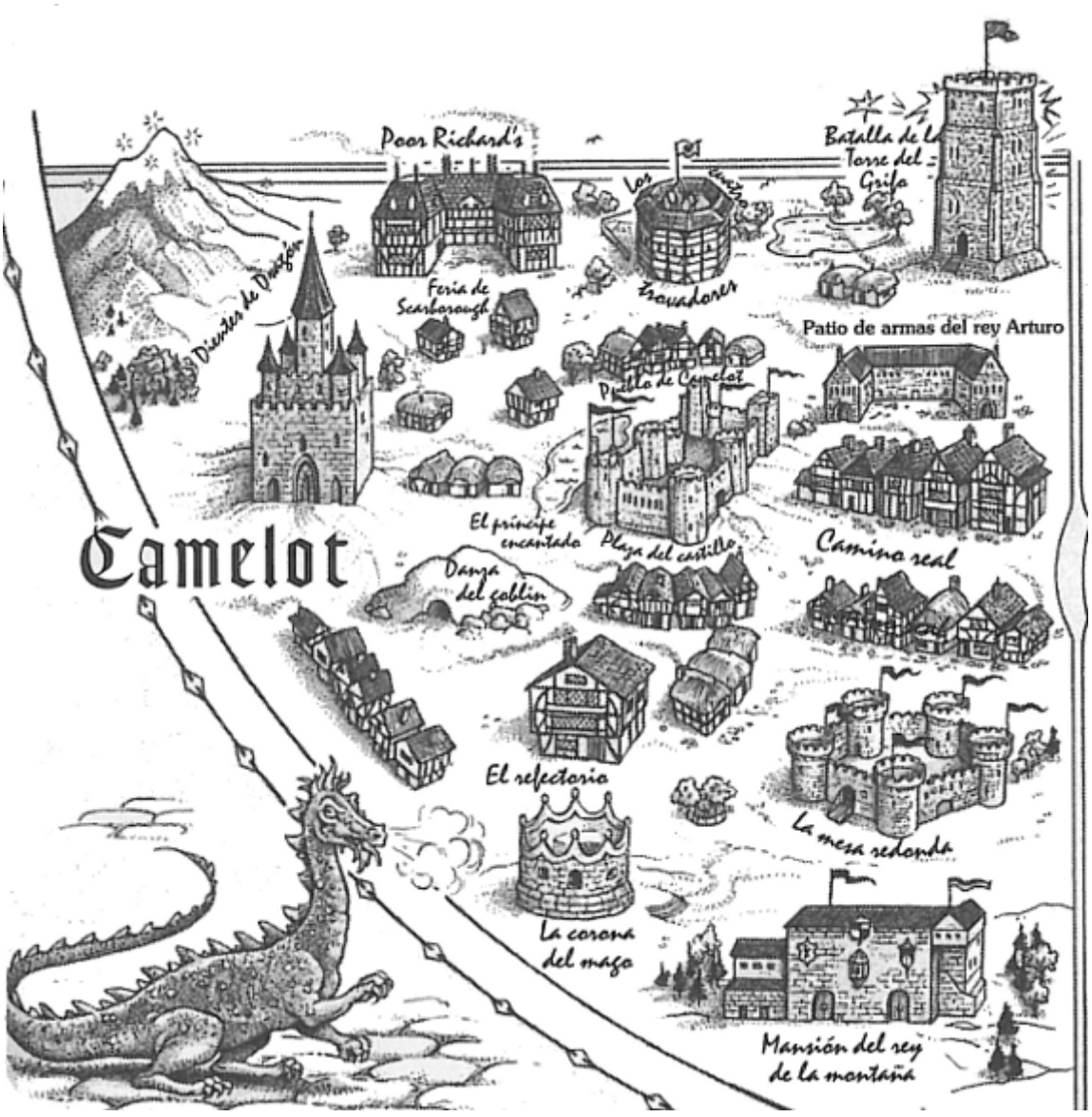
Mientras salía del aparcamiento para dirigirse a la autopista de regreso a Las Vegas, Warne la vio por el espejo retrovisor, inmóvil como una sombra dorada contra el fondo Art Deco de la estación, con un brazo en alto en señal de despedida.

**FIN**

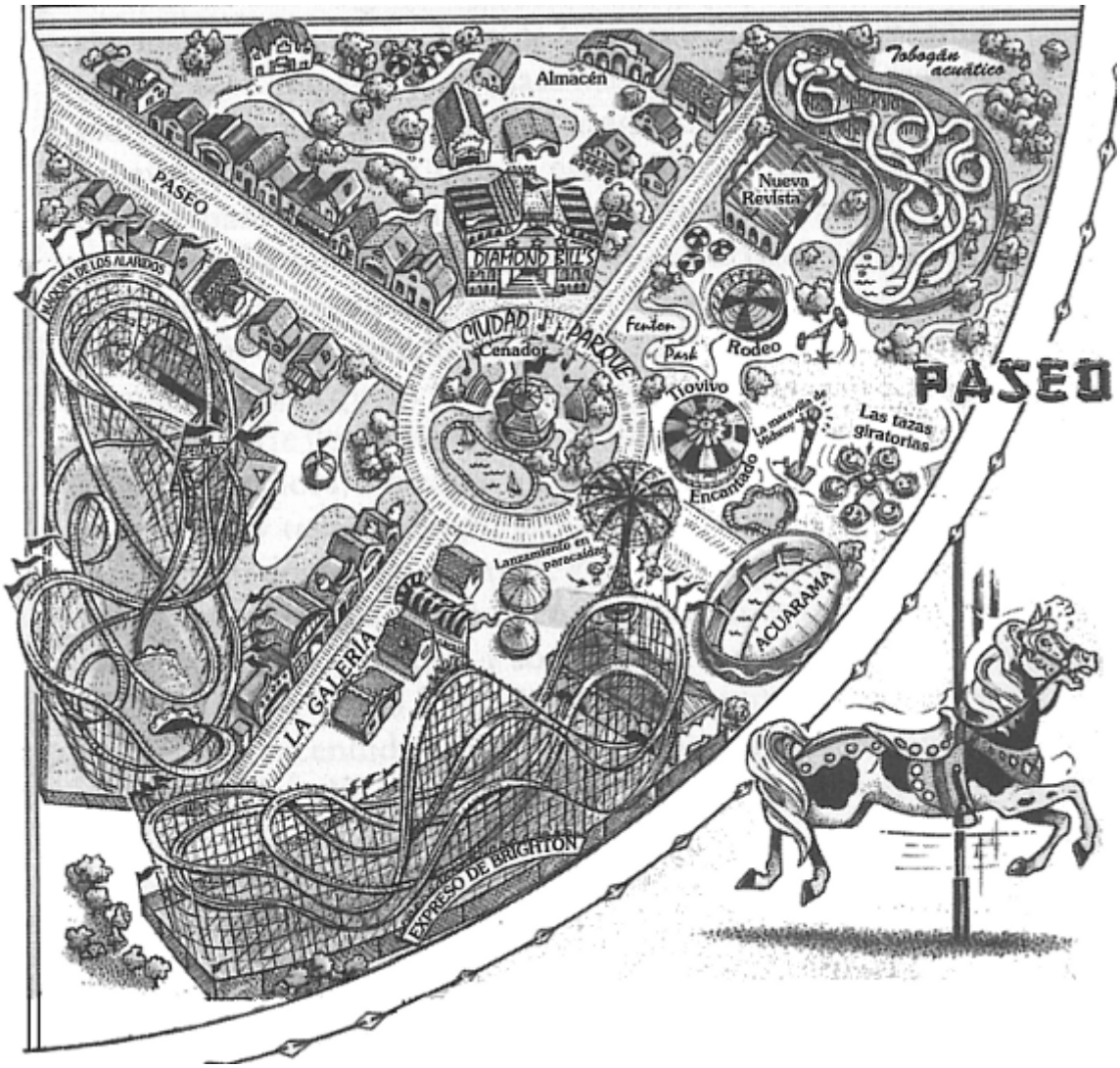
**PLANO DE LUZ DE GAS**



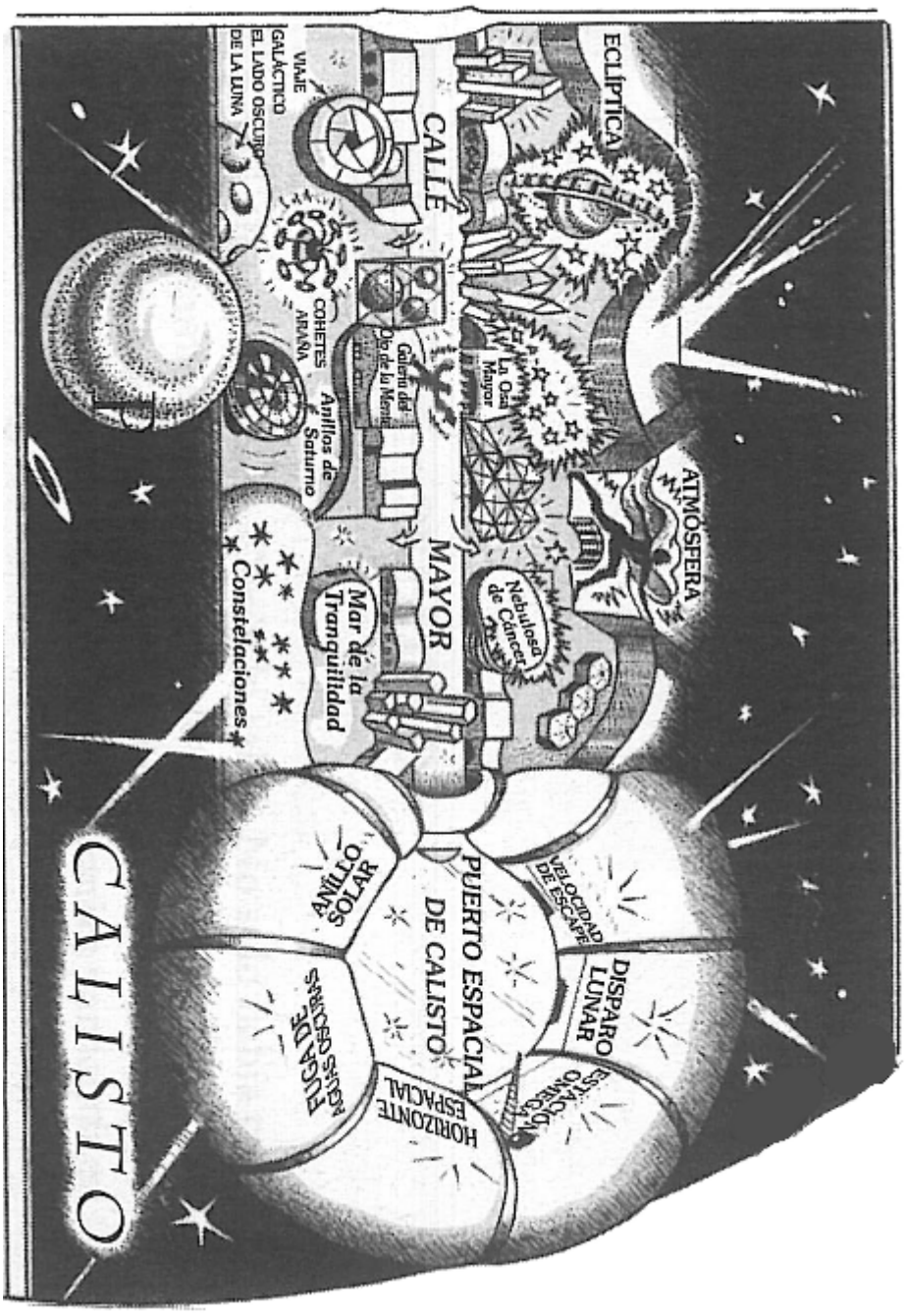
**PLANO DE CAMELOT**



# PLANO DE PASEO



# PLANO DE CALISTO



**DATOS DE PUBLICACION**

Título original: Utopia
Diseño de la portada:
Departamento de diseño de Random House Mondadori
Ilustración de la portada: Xavier Alamany
Primera edición: mayo, 2006
© 2002, Lincoln Child
Publicado por acuerdo con Doubleday, un sello de Random House, Inc.
© 2006 de la presente edición para todo el mundo:
Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2006, Alberto Coscarelli, por la traducción
Printed in Spain - Impreso en España
ISBN-13: 978-84-8346-010-8
ISBN-10: 84-8346-010-6 (vol. 651/1)
Depósito legal: B. 18.120 2006
Fotocomposición: Zero pre impresión, S. L.
Impreso en Novoprint, S. A.
Energía, 53. Sant Andreu de la Barca (Barcelona)
P 8 6 0 1 0 8

***